This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08160119 1

TROZOS SELECTOS

DE

LITERATURA

Y

MÉTODO DE COMPOSICION LITERARIA

SACADOS DE AUTORES ARJENTINOS Y ESTRANJEROS

POR

ALFREDO COSSON.

TOMO I.

MÉTODO DE COMPOSICION LITERARIA. — NARRACIONES Y CUADROS.— DESCRIPCIONES, CARACTÉRES, RETRATOS Y PARALELOS.

NUEVA YORK.

Imprenta de Hallet y Breen, Calle de Fulton No. 60.

1870.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
477790
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

ADVERTENCIA.

Los ejercicios literarios ocupan un lugar tan importante en la enseñanza, que, en razon á la escasez de testos que puedan servir de guia á los principiantes, hemos pensado que seria prestar un verdadero servicio á la juventud estudiosa de nuestros Colejios, coleccionar para ella modelos que abarcaran los diversos tópicos en que suele ejercitarse, tales como *narraciones—descripciones y cuadros—caractéres, retratos y paralelos—crítica literaria—definiciones—discursos—disertaciones morales y filosóficas—diálogos—cartas—poesías.*

Estos modelos son los que, en la presente obra, ofrecemos á nuestros alumnos; y, para cuantos no tengan maestros que puedan dirijirles en sus ensayos, hemos añadido un *Método de composicion literaria*, el de Pelissier, que, por ser breve, no deja de presentar cuanto consejo ó regla pueda ser útil para encaminar á la adquisicion del dificil arte de escribir.

" Para los jóvenes que desean escribir, dice Pelissier, la mayor dificultad nace precisamente del embarazo que esperimentan en encontrar las palabras propias para espresar su pensamiento. Cuando una idea ha tomado para ellos una forma, les parece esta como definitiva é inmutable, y les es casi imposible encontrar otras, entre las que puedan en seguida

elejir, ó merced á las cuales den á su diccion una variedad, abundancia y riqueza que le presten atractivo y amenidad. Esta esterilidad tan natural, nace de la ignorancia de los jóvenes y de la falta de hábito. Un ejercicio muy sencillo, muy fácil, pero que necesita ser á menudo repetido, puede procurarles seguramente una fácil elocucion.

"Este ejercicio consiste en leer detenidamente algun trozo notable, en penetrar bien su sentido, reteniendo aun las espresiones mas felices, y en tratar en seguida de reproducir las ideas y el estilo. Concluido este trabajo, será menester comparar con el modelo el resultado obtenido, siendo este un escelente medio de ilustrarse sobre las dificultades del arte de escribir, y sobre los recursos que presenta.

"Si se renueva este ejercicio, variando el carácter de los autores y de los trozos, pasando, por ejemplo, de Mme de Sévigné á Pascal, de Bossuet á Molière, se adquirirá sin mucho trabajo y seguramente, una notable flexibilidad de lenguaje, una soltura de diccion, una fecundidad de espresion y delicadeza de gusto, que difícilmente se obtendrian de otra manera. Mucha perseverancia y un poco de reflexion bastan para alcanzar un feliz resultado."

Así procedió Demóstenes, quien, para penetrarse del espíritu de Tucídides, copió ocho veces la historia de la guerra del Peloponeso, no sin duda como mero copista, que apenas fija la atencion en lo que trascribe, sino reproduciendo libremente el sentido del pasaje estudiado, agregando, modificando, segun le dictaba la propia inspiracion.

Así procede el aprendiz de pintor ó escultor, que, durante años, emplea siete ú ocho horas diarias en copiar una y diez veces sus modelos, y llega, por

fin, seguro ya de su pincel ó de su buril, á pedir obras orijinales á su imajinacion, y las ejecuta con toda maestría.

Así proceden, por último, cuantos quieren adquirir habilidad, sea en las ciencias, sea en las letras, sea en las artes, copiando, imitando, hasta encontrarse el copista con el saber é inspiracion de los maestros. Y no se diga que el que siga este camino en las letras llegará, cuando mas, á ser solo pálido imitador de este ó de aquel, privado de toda orijinalidad, pues los modelos que ha de estudiar é imitar son muchos y de índole muy diversa, resultando para el espíritu, fecundado por los Cervantes, los Larra, los Chateaubriand, los Bossuet, los Sarmiento, los Mitre, los Gutierrez, los Mármol, los Echeverría, &c., &c., lo que con el bronce de Corinto, que, formado de diferentes metales, no era ya cobre, ni plomo, ni estaño, ni zinc, sino una cosa nueva, *sui generis:* bronce.

En la eleccion de los trozos, hemos dado preferencia á los autores modernos, no porque consideremos que no merezcan ser estudiados con todo esmero los grandes injenios del siglo de oro de la literatura española, sino en razon á que nos dirijimos á jóvenes que todavía no poseen bien su lengua, y á quienes nos parece un error dárselos como modelos en que han de tomar sus primeras nociones literarias, pues si bien en ellos se eleva el pensamiento á grande altura, la frma en que lo vertieron es á menudo anticuada, y de consiguiente, no la mas á propósito para ser confiada á su memoria ; ademas, —y para decirlo con franqueza,—en esas producciones, hijas de siglos en que el pensamiento vivia como maniatado y encerrado en estrecho calabozo, con

la Inquisicion á un lado, y un Rey, á la vez absoluto y humilde servidor de la Inquisicion, al otro, no se siente ni se puede sentir ese hábito poderoso de un espíritu libre, que, ufano de su dignidad que nadie ni nada menoscaba, se espacía sin temor por todos los ámbitos de la creacion, y comunica al que lo lee el entusiasmo que le inspira cuanto ve bueno, bello y verdadero; al leer, pues, esos autores,—así como á los mas de sus contemporáneos de la vieja y esclavizada Europa,—si bien admira uno la lozanía de la imajinacion y vigor del espíritu que se ciernen en los campos de la fantasía, queda entretanto frio, y pronto le cansa ese pomposo estrépito de palabras que,—escepto en la moral y la relijion,—nada encubren de lo que ante todo anhela conocer el hijo del siglo XIX : la vida é ideas de su época, y con especialidad, la vida é ideas de la sociedad en que ha nacido.

BUENOS AIRES, Marzo 20 de 1869.

MÉTODO

DE

COMPOSICION LITERARIA

(PELLISSIER)

I.

DE LA ENSEÑANZA DE LA RETORICA.

1. DE LA APLICACION DE LAS REGLAS DEL ARTE DE ESCRIBIR.—2. DE LA RETÓRICA ENTRE LOS GRIEGOS.—3. DE LA RETÓRICA ENTRE LOS ROMANOS.—4. DE LA RETÓRICA MODERNA.

1. DE LA APLICACION DE LAS REGLAS DEL ARTE DE ESCRIBIR.—Todas las observaciones de gusto inspiradas por el ejemplo de los grandes modelos ó por reflexion de los críticos, constituyen el arte de escribir. Los principios esenciales de este arte pueden ser aplicados, sea por el jenio que los tiene por intuicion, sea por el talento que se inspira en ellos y se los asimila mediante la meditacion, el estudio y repetidos ejercicios.

Pero, no ha de ser en composiciones destinadas al público, donde convendrá ejercitarse en el difícil arte de espresar su pensamiento y sus emociones. No aprende su arte el médico haciendo ensayos en sus en-

fermos, y muy mal le iria al abogado que quisiera hacer su educacion perdiendo los pleitos de sus clientes. El arte de escribir no puede ser, á este respecto, mas favorecido que el arte médico ó la jurisprudencia: en las bancas de la escuela y desde la niñez debemos ensayarnos en el difícil arte de escribir y hablar, mediante composiciones hábilmente graduadas.

Hé aquí por qué desde la mas remota antigüedad, los griegos conocieron y practicaron los ejercicios preparatorios de la retórica.

2. De la retórica entre los griegos.—Homero es en Grecia el padre de todas las cosas; es el creador del arte bajo todas las formas; fué el primer maestro de poesía y de elocuencia; enseñaba la lengua poética á la juventud de Chios.

Con la prosa, aparecieron los sofistas que amaestraron á los jóvenes en la dialéctica y les enseñaron por medio de injeniosos ejercicios, las reglas y recursos de la elocuencia deliberativa y la forense. Despues de haber tratado ante ellos, para servirles de modelos, todas las cuestiones jenerales que podian entender, dábanles temas para componer fábulas, amplificaciones literarias ó morales, elojios, acusaciones, refutaciones, &c.

De esta enseñanza universal, muy osada, surjió desde el siglo de Pericles, un arte fecundo si bien peligroso, una habilidad oratoria, una superabundancia de buenas y malas razones que ha desacreditado el nombre de los sofistas. La palabra era para ellos una arma de dos filos, y el modelo del orador griego en aquellos tiempos fué aquel Carneades, igualmente apto para hacer triunfar las buenas y las malas causas, y conquistar sucesivamente los mismos aplausos con el elojio de la paz y el de la guerra. En aquel pais, donde el amor de la palabra y el gusto por las artes eran pasiones nacionales, el cuidado y culto de la forma habian acarreado el descuido y aun el olvido de un objeto mucho

mas importante, el cuidado de lo esencial, esto es, el culto de la moralidad, de la justicia y de la virtud.

Obra de Sócrates fué la de enseñar á posponerlo todo al respeto debido á la justicia. Instruido por sus lecciones, pudo el siglo de Platon, de Aristóteles, y de Demóstenes, ofrecer constantemente al espíritu helénico las embriagadoras fiestas de la intelijencia, en esa Aténas, el lugar de Grecia, dice Platon, donde existe mayor libertad de hablar.

3. De la retórica entre los romanos.—En vez de considerar la elocuencia como el arte universal de la palabra aplicada á todo jénero de objetos, limitaron los Romanos el dominio del orador á la tribuna y al foro. La elocuencia política y la forense animadas por el amor á la patria y el respeto á las leyes, tal fué desde luego el único objeto de los estudios de la juventud romana.

Entretanto, hácia los años 90 ántes de J. C., el Galo L. Plautio inauguró la enseñanza de la retórica en latin é hizo tratar por sus discípulos asuntos jenerales y ficticios, propios para prepararles á hablar sobre toda clase de cuestiones Ese arte fué considerado peligroso por los majistrados, y el mismo orador Craso, durante su censura, promulgó un edicto que cerró aquellas escuelas en que parecia la juventud pasar los dias en la ociosidad.

Tomaron, pues, el antiguo método de educacion oratoria, ese método práctico que consistia en seguir al foro á un orador que servia de modelo y de protector. A esa enseñanza de los hechos y de la accion, agregábase la continua asistencia á las audiencias de los jurisconsultos, y aun á veces, á las lecciones de los retóricos griegos que continuaban profesando en su lengua y cuya enseñanza siguió Ciceron hasta la edad de treinta y nueve años. Memorable ejemplo: á la conclusion de su Pretura, esto es, teniendo mas de cuarenta años de edad, aun despues de su discurso contra

Verres, aun despues de su elocuente panejírico á favor de Pompeyo, creia todavía Ciceron hallar aprovechamiento escuchando al retórico Antonio Gniphon, para suplir las lecciones de Plautio que echaba de menos.

Los ejercicios literarios á que se dedicaban los jóvenes romanos, eran del todo semejantes á los de nuestras clases de retórica: por ejemplo, tenian que presentar la defensa de Epaminondas acusado por la ingratitud de los Tebanos, ó de Horacio matador de su hermana. Esos trabajos eran preparados y completados por narraciones, lugares comunes, paralelos, &c.

No cabe duda que asuntos de tan elevada moralidad llegaron á ser unos despropósitos y declamaciones huecas, en medio de la sociedad corrompida del Imperio; pero la culpa no es de los retóricos, sino de las costumbres del pueblo; la afrenta del contraste entre los principios de la justicia y la organizacion social, no puede recaer sobre esos pobres maestros de retórica que conservaban las voces cuando ya estaban muy lejos las cosas.

4. De la retórica moderna.—A pesar de las acusaciones triviales dirijidas desde largo tiempo contra esta clase de ejercicios, ha permanecido la retórica en la enseñanza tradicional del mundo civilizado. Y esto con sobrada razon, porque el único medio para aprender á escribir es, despues del trabajo de la traduccion, el trabajo de la composicion libre sobre un asunto ficticio ó tomado de la historia.

Los hechos históricos son acciones que la memoria y la imajinacion siempre pueden hacer presentes, dando motivo para que el alma de los jóvenes se enardezca hasta la pasion, y se desenvuelva con un brillo que ha dejado vivos recuerdos en los anales de los Colejios.

Por ello es que no hay un asunto indicado por los antiguos retóricos que no ofrezca la oportunidad de ejercitar y desarrollar las potencias de la inteli-

jencia y del raciocinio. La variedad misma de los asuntos es otro poderoso auxilio para la imajinacion, haciéndola flexible y formándola en todos los tonos y jéneros de pensamiento y estilo. Fábulas, narraciones, descripciones, retratos, paralelos, desarrollos de una palabra célebre ó de una verdad moral, análisis literarios, elojios, defensas, discursos políticos, todos los jéneros forman una escelente jimnástica para el espíritu.

De todos estos ejercicios, el que mas á menudo es señalado y practicado es el discurso. La razon de ello estriba en que este jénero de composicion reune en sí todos los demás: tal discurso contiene una fábula como el de Menenio Agrippa; casi todos encierran una narracion. El retrato, el paralelo, el elojio ó la crítica son medios empleados en la confirmacion. En fin, el discurso es á menudo un elojio, una defensa, una discusion. Hé aquí por qué los alumnos cuyos estudios son completos y bien dirijidos, encuentran en la clase de retórica la ocasion de acostumbrarse á la práctica de todos los jéneros de estilo, desde el mas sencillo hasta el mas elevado.

Al profesor toca mezclar los tonos y los asuntos de modo que dé á su enseñanza la variedad de donde nacerá el interés; á él le toca fijar la forma en que las materias han de ser redactadas; á él le toca guardar una justa medida, ofreciendo los auxilios suficientes y dejando cierta libertad á la imajinacion.

II.

DE LOS DIFERENTES JENEROS DE COMPOSICION.

1. EJERCICIO PRELIMINAR DE ESTILO.—2. OBSERVACION JENERAL SOBRE LAS COMPOSICIONES LITERARIAS.—3. TRABAJO DE INVENCION—4 TRABAJO DE DISPOSICION—5 TRABAJO DE ESTILO—6. CLASIFICACION DE LOS DIFERENTES GÉNEROS DE COMPOSICION.—7. REGLAS JENERALES DE COMPOSICION LITERARIA.

1. EJERCICIO PRELIMINAR DE ESTILO.—Para los jóvenes que desean escribir, la mayor dificultad nace precisamente del embarazo que esperimentan en encontrar las palabras propias para espresar su pensamiento. Cuando una idea ha tomado para ellos una forma, les parece esta como definitiva é inmutable; y les es casi imposible encontrar otras, entre las que puedan en seguida elejir, ó merced á las cuales den á su diccion una variedad, abundancia y riqueza que le presten atractivo y amenidad. Esta esterilidad tan natural nace de la ignorancia de los jóvenes y de la falta de hábito. Un ejercicio muy sencillo, muy fácil, pero que necesita ser á menudo repetido, puede procurarles seguramente una fácil elocucion.

Este ejercicio consiste en leer detenidamente algun trozo notable, en penetrar bien su sentido, reteniendo aun las espresiones mas felices, y, en seguida, en reproducir las ideas y el estilo. Concluido este trabajo, será menester comparar con el modelo el resultado obtenido, siendo este un escelente medio de ilustrarse sobre las dificultades del arte de escribir y sobre los recursos que presenta.

Si se renueva este ejercicio, variando el carácter de los autores y de los trozos, pasando, por ejemplo, de Mme de Sévigné á Pascal, de Bossuet á Molière, se adquirirá, sin mucho trabajo y seguramente, una notable flexibilidad de lenguaje, una soltura de diccion, una fecundidad de espresion y delicadeza de gusto,

que difícilmente se obtendrian de otra manera. Mucha perseverancia y un poco de reflexion bastan para alcanzar un feliz resultado.

Andrieux ha dicho con admirable tino:

" Para aprender á pensar, á sentir y á espresarse con acierto, se necesita un tacto esquisito en la eleccion de las lecturas, debiendo únicamente buscarse modelos perfectos, hasta adquirir un gusto tan seguro que no pueda dejarse estraviar por producciones imperfectas."

2. Observacion jeneral sobre las composiciones literarias.—Cualquiera que sea, por otra parte, el género de trabajo literario á que se aplique el espíritu, hay ciertas reglas de buen sentido y gusto que deben dominar todas las prescripciones de detalle.

A pesar del desarrollo, á pesar de los detalles que puede abarcar, todo asunto es uno; es la esposicion de un pensamiento que puede resumirse en una palabra lo mismo que puede amplificarse en muchos volúmenes. Así toda la *Historia universal de Bossuet* no es mas que el desarrollo de esta simple proposicion: el encadenamiento de los hechos tiene por objeto el advenimiento y la propagacion del cristianismo.—Todo el *Discurso sobre el estilo* de Buffon puede compendiarse en esta frase: *el jenio es hijo de una larga paciencia.*

El mérito supremo, la primera calidad de una composicion es, pues, la unidad, es decir, la concepcion bien clara de un punto fijo al cual se refieran y se liguen todos los detalles de un centro á que converjan todas las ideas. Por consiguiente, el primer cuidado debe ser penetrarse bien de esta idea madre, tenerla siempre presente en la mente, subordinarle todas las otras, empaparse en ellas para evitar los rodeos, las digresiones y detalles inútiles. Todas las otras vendrán á agruparse al rededor de este pensamiento, que es menester haber fijado y escrito de antemano bajo

una forma precisa y rigorosa, que quede ante los ojos ó en la memoria.

Una vez sentada esta base, lo que queda por hacer corresponde á la division misma de la retórica, y se refiere á la invencion, disposicion y elocucion.

3. Trabajo de invencion.—Cuando la materia dada está desarrollada por sí misma, contiene, á mas de la idea principal, todas las ideas accesorias que se pueden y se deben agregar como auxiliares. En este caso, todo el trabajo consiste en reconocer esos elementos, en distinguir la idea principal de las accesorias, y en darse cuenta de su valor respectivo.

Si la materia es corta, y solo contiene la sumaria indicacion del objeto, es menestar buscar los medios accesorios que sirvan para desarrollarla. En este trabajo, la reflexion será dirijida y sostenida por el empleo de lugares comunes, que indicarán bajo qué puntos de vista mas naturales y fecundos deba ser mirado el objeto. Sin duda, este auxilio muy desdeñado en nuestros dias no dará al espíritu la fecundidad que le falte, pero dirijirá la investigacion del juicio y le preservará de importantes olvidos. El escritor ó el orador que ha tenido la paciencia de interrogar sucesivamente todos los lugares comunes está cierto por lo menos de no dejar escapar ninguna de las faces interesantes del objeto.

3. Trabajo de disposicion.—Una vez descubiertos, notados y fijados con esmero los medios de desarrollo, deben ser dispuestos de la manera mas propia para persuadir, esto es, comenzando por los juicios mas sencillos y de mas fácil comprension para elevarse por grados á los mas complicados y difíciles.

La parte de la composicion que contiene el desarrollo de los medios de persuasion es la mas importante de toda ella; es menester agregar dos partes accesorias, una introduccion ó exordio y una conclusion ó peroracion.

Esta division elemental, tomada á la Retórica, conviene de una manera jeneral á todas las composiciones; la diferencia de los objetos tratados y del fin que uno se propone, solo introduce diferencia en la estension y carácter de cada una de estas partes.

En fin, el conjunto mismo de la composicion debe estar siempre dispuesto segun un órden de gradacion ascendente; es menester que el interés aumente desde la primera hasta la última frase.

4. Trabajo de estilo.—Una vez dueño del asunto y del órden regular en que las ideas deben ser presentadas, es preciso pensar en la forma que conviene al asunto.

El estilo debe tener un carácter general en armonía con el carácter mismo del asunto, siendo una eleccion en la que se debe pensar ántes que en cualquier otro trabajo. Bien fijo ya el espíritu sobre el género de estilo que se armoniza con las ideas que se trata de espresar, es decir, una vez hechos todos los preparativos, es preciso escribir. Aquí se unirán las ventajas de la improvisacion á las de la reflexion, si se sigue esta marcha indicada por la razon:

1° Escribir rápidamente y al correr de la pluma, sin preocuparse de ningun detalle. Este trabajo tiene la ventaja de sacar el mejor partido posible del interés que en nosotros despierta el asunto, dejando campo abierto al arrebato y exaltacion de la imajinacion, y aprovechando todas las inspiraciones y todos los movimientos que sujiere la fecundidad espontánea del espíritu.

2° Dejar á un lado esta primera redaccion, para dar al espíritu un poco de descanso, permitirle que se refresque, y no agotarlo en un mismo asunto. En efecto, la imajinacion queda durante algun tiempo bajo el imperio de las mismas disposiciones, y por consiguiente, se encuentra incapaz de dar un juicio acertado sobre su obra.

Es el consejo de Horacio reproducido por Quintiliano.

El mejor modo de correjir sus escritos, es dejarlos descansar y no volverlos á ver sino despues de algun tiempo, como si se tratara de una composicion hecha por otro, por temor de congratularse en su propia obra, mirándola con los ojos de una madre contemplando á su recien nacido.

3° Tomar otra vez, para correjirlo, el trabajo olvidado por un tiempo. Volverlo á ver con un esmero muy prolijo, pesando todos los vocablos y preocupándose de las calidades esenciales del estilo, correccion, claridad, precision, naturalidad, armonía y calidades peculiares del estilo que conviene al asunto. Será preciso no olvidar que, al paso que se ha de respetar y conservar el carácter general del estilo, tambien se debe atender á los detalles, á los movimientos del pensamiento y sentimiento, para poner el estilo de cada frase en armonía con las cosas que ella tiene que espresar.

Al revisar así el primer trabajo, se averigua si todas las partes están en debida relacion con el fin propuesto; se quita lo que es superfluo y se fortifica lo que se conoce ser flojo; se sustituye la espresion propia á los términos inadecuados; se sacrifican los adornos pretenciosos; en fin se trata de aproximarse á la naturaleza, nuestro modelo y nuestro guia.

6. Clasificacion de los diferentes géneros de composicion.—Las observaciones que anteceden son bastante generales para aplicarse indistintamente á todas las especies de composicion. Con el objeto de ser mas preciso y dar á los consejos un alcance mas práctico, bueno es clasificar los diferentes géneros de composicion mas usados en nuestras clases y presentar respecto de cada uno de ellos algunas reglas que deberán seguirse y un modelo que imitar; de esta manera se agregará el ejemplo al precepto, hallándose la aplicacion al lado de los preceptos establecidos.

Estos diversos jéneros pueden ser reunidos en dos grupos elementales que se subdividen del modo siguiente :

1° *Composiciones literarias :* Descripciones — Cuadros — Narraciones — Fábulas — Cartas — Relatos— Discursos—Diálogos.

2° *Composiciones filosóficas :* Caractéres — Retratos—Paralelos—Elojios—Amplificacion de una palabra histórica—de una verdad moral—Análisis.

7.— Reglas generales de composicion. — Estas observaciones sobre las composiciones literarias pueden resumirse en cinco reglas fijas:

I.—*Enriquecer y dar soltura al estilo, mediante imitaciones razonadas de los grandes escritores.*

II.—*Percibir claramente y jamás perder de vista la unidad del asunto.*

III.—*Discernir por el análisis de la materia ó buscar por la reflexion y uso de los lugares comunes, todas las ideas accesorias del asunto.*

IV.—*Disponer las ideas en gradacion creciente, refiriendo todos los elementos de la composicion á tres partes, un exordio ó introduccion, una confirmacion ó desarrollo, una peroracion ó conclusion.*

V.—*Unir las ventajas de la improvisacion y las de la reflexion por un trabajo metódico; redaccion muy rápida ; en seguida, despues de un intérvalo de reposo, revision muy prolija.*

III.

COMPOSICIONES LITERARIAS.—DESCRIPCIONES.—CUADROS.—NARRACIONES.—FÁBULAS.

1. DE LA DESCRIPCION.—2. DEL CUADRO.—3. EJEMPLOS DE DESCRIPCION Y DE CUADRO.—4. DE LA NARRACION.—5. MODELO DE NARRACION.—6. DE LA FÁBULA.—7. MODELO DE FÁBULA.—8. RESÚMEN Y REGLAS.

1. De la descripcion.—La *descripcion* es la pintura de un objeto; reemplaza las líneas y los colores con palabras. Es el detalle interesante de todos los lineamientos que pueden representar un objeto; da á conocer un lugar, una particularidad, un fenómeno, mediante las mas vivas espresiones; se esmera en rivalizar con la obra del dibujante ó del pintor.

Platon, en el principio del Fedon, describe el paisaje en medio del cual tiene lugar la escena; Buffon y los escritores de su escuela han multiplicado las descripciones de la naturaleza.

El objeto de la descripcion es producir en la imajinacion del lector ó del oyente una impresion análoga á la de la realidad; la descripcion debe ser tan viva y tan verdadera que ya no se lea, sino que se vea.

Entretanto, como en la naturaleza divisa el ojo todos los objetos, sin poder discernir y conocer realmente mas que unos cuantos, la calidad mas importante de una descripcion es la eleccion de detalles á que conviene dedicarse. La aplicacion del lugar comun llamado enumeracion de partes, es aquí del todo natural, si bien debe ser empleada con mucha reserva, pues la primera regla de la descripcion consiste menos en multiplicar los detalles que abrumarian el espíritu, que en escojer los puntos que tienen verdadero valor para dar á conocer el objeto descripto.

Conviene disponer los detalles en un órden de gradacion ascendente que haga cada vez mas interesante la pintura.

2. Del cuadro.—La descripcion llega á ser cuadro, cuando sus detalles están ordenados en vista de un efecto único, y además, cuando el hombre, al mezclarse al espectáculo de las cosas, les da por esto solo un nuevo interés, como Marmontel lo ha espresado bien en el estudio siguiente:

Teneis que pintar, por ejemplo, un buque azotado por la tempestad y á punto de naufragar. Desde luego, este cuadro se presenta á vuestro espíritu solo en lontananza y con tintes apagados; pero si quereis que os sea mas patente, recorred con los ojos del espíritu las partes que lo componen: en el aire, en las aguas, en el mismo buque, ved lo que debe ocurrir. En el aire, vientos luchando unos contra otros, nubes oscureciendo la luz del dia, chocándose y lanzando, con horrible estruendo, rayos de sus flancos surcados por relámpagos; en las aguas, olas espumosas que se levantan hasta las nubes, montañas de agua suspendidas sobre el abismo en que parece sumerjirse el buque, y de donde se lanza á la cima de las olas; hácia la tierra, rocas puntiagudas donde va á estrellarse el mujiente mar; en el buque, las entenas que se doblan bajo el empuje de las velas, los mástiles rechinando y rompiéndose; los mismos flancos del buque jimiendo y amenazando abrirse.... ¿Quereis hacer ese cuadro aun mas conmovedor y terrible? añadid un piloto despavorido cuyo arte impotente sucumbe y es reemplazado por la desesperacion; marineros agobiados por un trabajo inútil y que, suspendidos en las jarcias, piden al cielo con gritos lastimeros se digne secundar sus últimos esfuerzos; un héroe que les anima y trata de inspirarles una confianza que él mismo no tiene ya.

3. Modelo de descripcion y de cuadro.—Chateaubriand nos ha dejado un modelo de descripcion en el trozito siguiente:

EL NIDO DEL BOUVREUIL.

Recordamos haber hallado una vez un nido de *Bouvreuil* en un rosal; parecia una concha de nácar conteniendo cuatro perlas azules; una rosa toda húmeda colgaba encima. El *Bouvreuil*, posado sobre un arbusto vecino, semejaba una flor de púrpura y azul. Estos objetos estaban reflejados en el agua de un estanque con la sombra de un nogal que servia de fondo á la escena y detrás del cual veíase asomar la aurora.

Supongamos, por ejemplo, que se tenga que desarrollar el asunto muy sencillo de la *Salida del sol.*

Hé aquí como dos grandes escritores han tratado con un talento muy diferente esta descripcion que su misma vulgaridad hace muy difícil.

SALIDA DEL SOL.

Asunto. Describireis la aparicion del Sol, el efecto producido en toda la naturaleza por la vuelta de la luz, y la impresion que esperimenta el espectador.

Amplificacion. Vésele anunciarse de lejos por las ráfagas de fuego que lanza ante sí. Crece el incendio y el Oriente parece todo llamas: ese resplandor hace que se espere al astro largo tiempo antes que se muestre; á cada instante se cree verlo aparecer; al fin se le vé. Un punto brillante parte como un relámpago, y en el acto llena todo el espacio: el velo de las tinieblas se desvanece y cae, el hombre reconoce su mansion y la halla embellecida. La verdura ha cobrado durante la noche nuevo vigor; el naciente dia que la ilumina, los primeros rayos que la doran, la muestran cubierta de un brillante manto de rocío, que refleja á la vista la luz y los colores. Las aves se reunen en coro y saludan de concierto al padre de la vida: en ese momento ninguna calla. Su gorjeo, débil aun, es mas lento y mas suave que en el resto del dia; participa de la languidez de un apacible despertar. El concurso de todos estos objetos lleva á los sentidos una impresion de frescura que parece penetrar hasta el alma. Hay allí media hora de arrobamiento al que ningun hombre resiste: á nadie deja indiferente un espectáculo tan grande, tan bello y tan delicioso.

J. J. Rousseau.

Héme aquí en la altura culminante; la mañana es deliciosa, lleno el aire del perfume de los tiernos manzanos. Las praderas, en rápido descenso, se estienden blandamente á la distancia, ostentando en el valle su alfombra blanca todavía por el helado rocío de la mañana. Los árboles que costean las orillas del Indro diseñan en los prados meandros de un verde deslumbrante que el sol empieza á dorar en la cumbre.

Acaban de abrir la esclusa del rio; un ruido de cascada que me recuerda la constante armonía de los Alpes, se levanta en medio del silencio, y á su vez se despiertan mil voces de avecillas. Hé ahí la cadencia voluptuosa del ruiseñor; allá en ese matorral, el grito burlon de la curruca; arriba, en el aire, el himno de la alondra enajenada que sube con el sol. Bebe el astro magnífico los vapores del valle y hunde sus rayos en

el rio, disipando su velo brumoso. Hélo aquí que se apodera de mi cabeza húmeda, de mi papel; me parece que escribo sobre una mesa de metal ardiente. Todo se enciende, todo canta; los gallos se despiertan mútuamente y se llaman de una á otra cabaña; la campana de la aldea toca el Angelus; un aldeano, que está podando su viña á mis piés, suelta sus herramientas y hace la señal de la cruz. ¡De rodillas, amigo, donde quiera que te halles, de rodillas! ora por tu hermano que ora por tí. —*J. Sand.*

4. De la narracion.—*La narracion* es la pintura de una accion. Se distingue de la descripcion y del cuadro por el movimiento dramático que es inherente á ella. En efecto, toda narracion es como un drama que tiene su nudo, sus peripecias y su desenlace. Importa, pues, empezar por reconocer y discernir estas partes por el análisis razonado del asunto.

La claridad es calidad indispensable, sobre todo en la esposicion; la vivacidad conviene á las peripecias; la verosimilitud es la calidad principal del desenlace. Por sobre todas estas recomendaciones domina la brevedad, condicion esencial de interés para cualquier relato.

Así es como el narrador arrastra á su lector hasta el desenlace, sin fatiga y sin fastidio.

5. Modelo de narracion.—Hé aquí por ejemplo un asunto de narracion histórica, tratado con una vivacidad de imaginacion muy notable por un candidato á la escuela militar de Saint-Cyr:

EL TORNEO DE MONTENDRE.

Asunto.—A principios del año de 1402, el Senescal de Saintonge dió á conocer á la corte de Cárlos VI, en Paris, la peticion de siete caballeros ingleses que desafiaban á siete caballeros franceses. Siete gentileshombres de la casa del duque de Orleans, á la sazon regente del reino, pidieron y obtuvieron el honor de alzar el guante: eran estos el caballero de Barbazan, el caballero Duchatel, Guillermo Bataille, Guillermo de Champagne, Ivon de Kérouïs, Archambaud de Villars y Pedro de Breban. Señalaron á Montendre, cerca de Burdeos,

para sitio del combate y elijieron por jefe al mas afamado entre ellos, el señor de Barbazan.

El 19 de Mayo, halláronse frente á frente los dos pequeños bandos; el Senescal presidia la lucha. Dos Ingleses caen muertos á los piés de sus adversarios; Barbazan atraviesa con su espada el cuerpo del señor Scales, jefe de los ingleses; los demás tuvieron que rendir sus armas.

Habiendo el Senescal vuelto á traer á Paris á los vencedores, fueron estos presentados al rey, quien los colmó de presentes.

Amplificacion.—Corre la muchedumbre y se apiña; hombres de armas, ciudadanos, nobles y siervos, todos compiten para llegar primero. ¿Trátase acaso de alguna fiesta? No, mejor que esto. Francia é Inglaterra, en la persona de siete caballeros que representan á cada una, se han dado cita en Montendre, y los Ingleses son los que han arrojado el guante.

Vieron loco al rey Cárlos VI, rivales los príncipes, enlutado todo el reino, la tristeza en los castillos y en las cabañas: creyeron que les seria fácil humillar el honor francés. Siete de ellos, siendo Scales el jefe, desafiaron á la nobleza de Francia; deben batirse contra todo aquel que se les presente delante. Nuestra nobleza les ha enviado á Barbazan, Duchatel, Guillermo Bataille, Guillermo de Champagne, Ives de Kérouïs, Archambaud de Villars y Pedro de Breban. ¡Por *Montjoie y Saint Denis!* puede ella dormir en paz; si estos son vencidos, sabrán morir con gloria, y os juro que su rescate no irá á enriquecer los tesoros de Inglaterra.

El Senescal de Saintonge es el que preside el combate. El encuentro ha sido pregonado con la pompa acostumbrada; todo está dispuesto como en las grandes solemnidades. El pueblo espera; las damas se inclinan pálidas de ansiedad. ¡Guardias del campo, dejadlos ir! — Hé aquí los dos bandos; mídense con la mirada ántes de medirse con el hierro. Barbazan manda los nuestros; Scales está al frente de los de Albion.

¡Qué choque! estremecióse la tierra; los caballos, ocultos bajo el acero, han comprendido el ardor de sus jinetes. Se han lanzado, se han chocado con un ruido semejante al de inmensas olas estrellándose contra las rocas. Las lanzas se han hecho astillas contra los escudos, pero ningun caballero ha perdido los estribos. Están todos firmes en sus sillas, dando ó parando terribles golpes. ¡Dios de la Francia! ¿acaso nos abandonarias? Veo á nuestros campeones perder campo. ¡Mas no! no son inferiores á sus adversarios. ¡Ah! bravo! sobre todo á tí, Barbazan, á tí, Ives de Kérouïs; ¿qué digo? á vosotros todos, campeones del lis.

Pero, largo tiempo hace ya que están peleando, y nada decisivo todavía se ha manifestado. Los corceles están sin aliento;

los brazos no soportan ya con el mismo brio la pesadas hachas de combate; los destellos del hierro golpeando el hierro son mas escasos y menos terribles. ¡Caballeros! no es vergonzoso acceder á una tregua, desde que esta debe ser seguida de nuevo combate. La concurrencia os convida á tomar un momento de descanso.

Obedecen; pero al cabo de algunos minutos, resuenan de nuevo los gritos de guerra: Barbazan, *à la rescousse!* ¡Scales, Scales, muerte á los Franceses! ¡Ah! á fé de Heraldo de armas, este es un glorioso combate!

Las armaduras no resisten á la pujanza de los golpes; varios guerreros pelean con cara descubierta; empieza la sangre á enrojecer la arena. El silencio se hace cada vez mas solemne. ¡Pero qué! Barbazan arroja su hacha; ¿declárase por ventura vencido? ¡Barbazan, implorando merced! Hé aquí lo suficiente para hacer llorar á toda la Francia, que derrama amargas lágrimas.

¡Scales, terrible Scales, si has creido que así fuera, héte aquí desengañado! No arrojó su hacha el discípulo de Duguesclin sino para echar mano de la espada; y cuando Barbazan hiere con la punta, ¡ay del herido! En efecto, Scales yace tendido en el polvo. Imitando á su jefe, Ives de Kerouïs y Guillermo Bataille dan fin con sus adversarios. Estalla luego un prolongado grito: es el grito de la Francia victoriosa.

Pero, tal vez que, acordándose del héroe de Roma, los Ingleses aun vivos van á recobrar por ardid la ventaja que acaban de perder. ¡Oh! por *Montjoie y Saint-Denis*, como van á reirse en el Louvre y dar puñetazos en la Torre de Lóndres. Estos famosos desafiadores imploran merced; se rinden. ¿Por qué hablarnos tanto de vuestras damas, caballeros, y encarecerlas como superiores á las nuestras? Mucho dudamos que os agradezcan el conservaros para ellas con tanto afan.

Y tú, Francia, acongojada por la locura de tu rey y los desórdenes de tu reina, alza la frente. Tú no has muerto todavía: Barbazan reemplaza al digno Condestable.—Ivon y sus compañeros hallarán imitadores. ¡Suceda lo que suceda, ó mi patria, no pierdas ánimo! Podrás en el principio ser humillada; pero empuñarás tu espada, y atacando cuerpo á cuerpo á tus enemigos, los arrojarás del territorio, ó les tenderás muertos en el polvo.

6. De la fábula.—La fábula es el relato de una accion imajinada como prueba en apoyo de una verdad moral.

La Fontaine la ha definido *una comedia en cien actos di-*

versos. En efecto, para dar una leccion y tornarla mas espresiva y fácil de entender, la fábula debe hacer hablar á animales, plantas, ó aun seres imajinarios, como la Fortuna ó la Verdad.

La naturalidad y la sencillez son las calidades indispensables de esta pequeña composicion; los mismos animales y objetos han recibido de la naturaleza un carácter y una fisonomía que el escritor debe respetar en sus ficciones, si quiere escitar el interés.

El diálogo es el medio mas seguro de dar vida á este relato; es una forma dramática que coloca la accion ante la vista de una manera mas patente.

En fin, debe la moral resaltar con toda luz, de las palabras y acciones prestadas á los personajes; es el desenlace de la comedia que acaba de ser representada. Todos los detalles deben concurrir al efecto moral, pero sin pedantería; se necesita unir la sutileza á la sencillez.

La lectura de una fábula de La Fontaine será siempre la mejor preparacion para este trabajo literario.

7. Modelo de fábula.—La moral de la fábula de La Fontaine, *la cigarra y la hormiga*, no está de ningun modo en armonía con los sentimientos de humanidad y de caridad cristiana; se puede, pues, suponer á esta fábula bien conocida, una continuacion asaz instructiva.

CONTINUACION DE LA CIGARRA Y DE LA HORMIGA.

Asunto.—Desairada por la hormiga, alejábase tristemente la cigarra, cuando llegó á encontrar á su primo el topo-grillo, que emigraba para América y le dejaba una cueva llena de provisiones.

A los pocos dias, habiendo una tempestad asolado la campiña, halláronse inundados los almacenes de la hormiga, mientras que el asilo subterráneo de la cigarra quedó en salvo. Errante y sin recursos, la hormiga vino á implorar un socorro que no le negó la cigarra, recordándole por única venganza, esta verdad:

Nunca debe uno burlarse de los desgraciados, pues ¿quién puede estar seguro de ser siempre feliz?

Amplificacion.—Conoceis todos la súplica hecha por la cigarra á la hormiga, y sabeis con qué burlona terquedad la desapiadada avara despide á su imprevisora vecina; la historia, dicen, tiene una continuacion no menos instructiva, pero sí mas consoladora; esta continuacion, hé aquí como me la han contado.

Triste, vergonzosa, humillada, la pobre cigarra iba á morirse de frio y de hambre, cuando, muy á tiempo, recordó que su primo el topo-grillo, anheloso de conocer tierras, acababa de emigrar para América, dejando una cueva llena de todas sus provisiones de invierno. Imaginaos si se daria prisa la cigarra para instalarse en ella: corria, pues, allá con tanta mayor prisa cuanto que la tempestad estaba amenazando, y ¡qué tempestad! un diluvio que anegó todos los campos circunvecinos. Cuidadosamente agazapada en su asilo subterráneo, la cigarra dejó pasar la tormenta, que fué tan larga como terrible.

A pesar de todos sus esfuerzos, la hormiga, su vecina, vió su morada invadida por el agua, anegados sus almacenes, sus granos arrebatados por la corriente, destruidas todas sus provisiones, perdidas sus esperanzas, llegando ella misma á salvarse á duras penas.

Calmada la tempestad, era preciso cenar; nada habia ya, ni en el granero ni en el armario. ¡Mendigar! ¡qué vergüenza! ¡qué humillacion! Pero el hambre hace salir al lobo del bosque; la hormiga se arrastró, pues, hasta la puerta de su vecino el topo-grillo. Llama; al momento aparece la cigarra. "¡Ah! sois vos, señora hormiga; ¿qué buscais á estas horas?" De buena gana hubiera querido la hormiga retirarse sin contestar, pero se acercaba la noche. "Ya no puedo mas, dijo ella, estoy rendida de fatiga y de hambre; todo lo he perdido en la última borrasca; anegados y destruidos han sido mis almacenes."—Pero, ¿qué haciais miéntras tanto?—¡Apenas si he podido salvarme yo misma! corriendo al acaso, trepando sobre guijarros, saltando de hebra en hebra de yerba! ¡Me estoy muriendo!—Y si yo os replicase á mi vez: ¡Y bien! bailad ahora!" Nada tuvo que contestar la hormiga; estaba ya pronta á alejarse: "No, no, bien puedo ser lijera, pero no mala; entrad, pues; secaos, y comed hasta hartaros, mas recordad, en pro de las cigarras que puedan un dia implorar vuestro auxilio, recordad este consejo del todo amistoso:

Nunca debe uno burlarse de los desgraciados, pues ¿quién puede estar seguro de ser siempre feliz?

8. Resúmen y reglas.—Todas estas observaciones y ejemplos rematan en las siete reglas prácticas que

siguen y que resumen todo lo que se refiere á la descripcion, al cuadro, á la narracion y á la fábula:

I.—*Elejir, para hacerlos entrar en la descripcion, todos los detalles que hieren mas vivamente la imajinacion.*

II.— *Disponerlos en una gradacion ascendente de interés y hacer resaltar las imájenes por efectos de contraste.*

III.—*Introducir al hombre con sus pasiones, par dar al cuadro un movimiento dramático.*

IV.—*Discernir en el sujeto de una narracion, el nudo, las peripecias y el desenlace.*

V.—*El nudo debe ser claro, vivas las peripecias, verosímil el desenlace.*

VI.—*La narracion no es interesante sino en cuanto evita todo detalle inútil.*

VII.—*La fábula debe ser sencilla, natural, proceder por diálogo y llegar con claridad á la moraleja.*

IV.

CONTINUACION DE LAS COMPOSICIONES LITERARIAS.—CARTAS.—RELATOS.—DISCURSOS.—DIALOGOS.

1. DE LA CARTA.—2. CALIDADES ESENCIALES PARA EL ESTILO EPISTOLAR.—3. DEL RELATO.—4. MODELO DE RELATO.—5. DEL DISCURSO.—6. MODELO DE DISCURSO.—7. DEL DIÁLOGO.—8. MODELO DE DIÁLOGO.—9. RESÚMEN Y REGLAS.

1. DE LA CARTA.—La carta es una conversacion escrita. El objeto para que han sido inventadas las cartas determina su carácter general; la carta es el medio de informar á los ausentes de lo que les importa

saber, ó de lo que tenemos interés en hacerles presente; debe ser, pues, la espresion mas clara posible del sentimiento y del pensamiento. Es preciso escribir como se habla, siendo admitido que se hable de una manera correcta y acorde con la gramática y el buen gusto.

San Gregorio ha indicado los caractéres generales del estilo epistolar en una carta que reune el ejemplo al precepto; resume bajo la forma mas amena todas las reglas del jénero.

CARTA A UN AMIGO.

Me preguntais como se debe escribir una carta: hé aquí, mi querido Nicóbulo, algunas observaciones que tal vez os podrán ser provechosas.

Hay personas que, en sus cartas, siguen siempre adelante sin saber donde detenerse; otras, por el contrario, dan en un laconismo exajerado; es lo que se llama tirar mas acá ó mas allá del blanco, y apartarse del justo medio que consiste en arreglarse segun la necesidad. ¿Teneis mucho que decir? muy mal hariais en encerraros en un espacio demasiado estrecho. ¿Basta una palabra para espresar vuestro pensamiento? Evitadme detalles supérfluos, y de consiguiente, poco agradables. Se debe medir la estension ó brevedad de una carta por la materia que abraza.

No basta ser conciso, se necesita ante todo ser claro: una carta no es un enigma: mas valdria ser algo hablador que mostrarse oscuro al aspirar á la brevedad. En una palabra, una carta escrita con la conveniente claridad, una carta bien escrita, es la que, comprendida del ignorante como del hombre instruido, agrada igualmente á ámbos.

Una tercera calidad es la gracia. Sin ella, una carta es seca, triste, monótona: con ella, por el contrario, el estilo se vuelve festivo y corre con amenidad. Máximas picantes, proverbios citados con oportunidad, pequeñas anécdotas, reticencias ladinas, chistes injeniosos, admite ella cuanto puede despertar el espíritu, si bien sin afectacion. La púrpura no se usa mas que en los ribetes, y la carta no admite mas que una elegancia sin afeite. El estilo figurado no está admitido sino en cuanto haga su aparicion de tarde en tarde y con modestia. A los retóricos dejarémos los apóstrofes, antítesis, miembros de frases distribuidas con simetría; y si nos sucede á veces tomarles prestada esta pompa, solo hagámoslo como por broma. No puedo concluir

mejor que con este rasgo de apólogo: "Disputándose antaño las aves la dignidad real, y afanándose cada una en adornar su plumaje, el águila fué la unica en pensar que su mas bello adorno era no tener ninguno." La mas hermosa carta, segun mi parecer, es la que saca todo su adorno de la manera sencilla, suelta, natural, en que está escrita.

Tales son, á mi entender, las calidades del estilo epistolar. Cuanto haya podido omitir yo, os será sujerido por vuestras propias reflexiones, ó suplido por los hábiles maestros que estais oyendo cada dia.

2. De las calidades esenciales para el ejercicio epistolar.—Como el dominio del estilo epistolar es casi ilimitado, admite todas las formas de estilo; no es pues un ejemplo, sino diez modelos lo que se necesitaria dar sin tener la pretension de agotar un inagotable asunto.

Las observaciones indicadas en la carta que antecede, pueden ser formuladas con mas précision en algunas palabras.

La sencillez de la carta:

1° Escluye ese énfasis que hace decir á Madama de Maintenon:

Me llegan al alma estos sentimientos que califico de virtudes; pero era preciso manifestarlos sin buscar espresiones mas propias de la declamacion, que de una carta.

Madama de Sévigné ha dicho asimismo con la autoridad del gusto mas refinado:

Es necesario, entre buenos amigos, dejar trotar las plumas como á ellas se les antoja; la mia tiene siempre suelta la rienda.

2° Rechaza igualmente ese descuido que raya en jerga y trivialidad.

El gracejo es el verdadero carácter de este estilo; el gracejo comprende la jocosidad y urbanidad, y dimana de la eleccion de las voces y jiros mas sueltos; da al estilo una amenidad que no deja sospechar trabajo alguno. El primer cuidado del arte consiste en

ocultarse; al leer una carta, cada uno debe imajinarse que la hubiese escrito de la misma manera.

La propiedad consiste en el arte delicado de poner el lenguaje en armonía con el asunto tratado y con la persona á quien está dirijida la carta

La chanza debe ser escaseada, limitada por la reflexion que á menudo envuelve la sospecha de ser maliciosa: decidor de agudezas, corazon perverso.

La naturalidad ante todo; Madame de Sévigné escribia:

Sed vos mismo y no otro; vuestra carta debe abrirme vuestra alma y no vuestra biblioteca . . . . . Hariais de vuestras cartas trozos de elocuencia; esa pura naturalidad es precisamente lo que es bello y lo único que agrada.

3. Del relato ó informe.—El *relato* no es mas que una carta de negocio de determinada naturaleza.

Su mérito consiste en decir claramente lo necesario y nada mas; la sobriedad es, pues, su primer deber. Entrar en materia sin preámbulo; pasar de un punto á otro sin transicion, siguiendo el órden mas conveniente para producir la claridad; concluir muy brevemente: tal es el programa que debe proponerse el redactor de un relato ó informe.

4. Modelo de relato.

HEROICIDAD DE ANDRES THILLET.

Asunto.—En el año de 1811, el mariscal Massena, estando á la sazon en Portugal, recibió del Emperador órden de hacer volar la plaza de Almeyda; pero, era preciso comunicar esta órden al general Brennier, estrechamente cercado por un ejército de cien mil Ingleses, Portugueses y Españoles.

Al llamado del mariscal, presentáronse cuatro hombres para llevar esa órden; uno de ellos era Andrés Thillet.

Andrés Thillet echó cuatro dias para andar tres leguas, ocultándose de dia y arrastrándose de noche. En fin, volteó el último centinela inglés, y bajo una lluvia de balas, logró penetrar en la plaza y entregar la órden al general Brennier.

A los doce de la noche voló la plaza, y la guarnicion francesa, llevándose á Thillet, fué á reunirse al ejército.

La impresion producida por este hecho fué tan honda que el coronel inglés Bevan se hizo saltar la tapa de los sesos.

Concedieron á Andrés Thillet una dotacion de seis mil francos, que jamás recibió.

Amplificacion.—En el año 1811, el ejército francés mandado por el mariscal Massena, ocupaba el Portugal; el jefe del gobierno habia prescrito poner la plaza de Almeyda en estado de ser volada á primera órden; pero, la retirada fué mas pronta de lo que se habia esperado, y, al llegar la órden, Almeyda estaba cercado por los Ingleses.

A fin de ejecutar la órden de Napoleon, el mariscal Massena dió batalla: no tuvimos la dicha de despejar el sitio de Almeyda.

Entretanto, imperiosa era la órden de hacer volar aquella plaza. El ejército francés estaba distante solo tres leguas de Almeyda; este espacio, cubierto de peñascos, estaba ocupado por un ejército de cien mil Ingleses, Portugueses y Españoles, y además, por un numeroso jentío que habia acudido allí en busca de refujio. La plaza de Almeyda, que tiene poca estension, estaba estrechamente bloqueada; el general Brennier, que mandaba en ella, lo habia dispuesto todo para hacer saltar las fortificaciones; las minas estaban cargadas: no esperaba mas que la órden de pegarles fuego.

El mariscal Massena mandó llamar voluntarios para ir á Almeyda; presentáronse cuatro soldados. De los cuatro, tres perecieron: solo uno queda, Andrés Thillet.

Andrés Thillet empleó tres dias y tres noches en recorrer el trayecto; no quiso disfrazarse, por temor de ser ahorcado como vil espía. Ocultábase de noche, se arrastraba, mas bien que caminaba de dia; ora daba en medio de un vivac de los enemigos, y, para que no reparasen en él, tendíase en el suelo y roncaba al par de ellos; ora encontraba familias españolas refujiadas en las cavernas; era este el momento en que mas necesitaba presencia de ánimo para salvarse del mayor de los peligros.

El tercer dia, Thillet llegó al último cordon delante de Almeyda; lanzóse sobre el último centinela inglés, lo volteó y se fué corriendo al cerco de la plaza bajo una lluvia de balas disparadas por las tropas del cordon y por la guarnicion: felizmente ninguna de esas balas hirió á este bravo; entregó la órden al general Brennier.

A las doce de la noche, la plaza de Almeyda voló por el aire. El general Brennier, con su valiente guarnicion, rompió la línea

inglesa que encontró ante sí, y volvió á incorporarse con el ejército francés, trayéndonos á Andrés Thillet.

Este suceso, único en la historia de los tiempos modernos, hizo honda impresion en los Ingleses. El coronel Bevan, que mandaba la porcion de la línea que fué rota, no pudo sobrellevar el dolor que le causó tan inesperado suceso, y se saltó la tapa de los sesos.

Concediósele á Andrés Thillet una renta de seis mil francos sobre los dominios que el gobierno francés se habia reservado en Castilla. Thillet, entretanto nada recibió, ni siquiera la gratificacion concedida á los donatarios despojados.

5. Del discurso.—El *discurso* es, de todas las composiciones escolares, la que requiere mayor número de méritos diversos, y por consecuencia, es el ejercicio mas aventajado para adquirir todas las calidades literarias.

Dar las reglas del discurso, seria enumerar todas las de la retórica; basta, pues, recordar que, á pesar de la diversidad de asuntos, todo discurso se propone persuadir, y por consecuencia, debe: 1° agradar y seducir por el exordio; 2° convencer por la confirmacion; 3° conmover y arrebatar por la peroracion. Así como la carta, admite el discurso todos los tonos y todas las formas de estilo. Hé aquí como modelo una de las mas notables composiciones conservadas por los anales de los concursos de oposicion: es un discurso hábilmente encerrado en una narracion histórica.

6. Modelo de discurso:

DION CRISÓSTOMO Á LOS ROMANOS.

Asunto.—Dion Crisóstomo, proscrito por Domiciano, anduvo por mucho tiempo errante de ciudad en ciudad, honrando su miseria con su resignacion. Así recorrió la Media y la Tracia, y se estableció en el país de los Getas, donde acampaba un ejército romano.

El ejército, que recien habia recibido la noticia del asesinato del emperador, estaba á punto de rebelarse. De repente, Dion se lanza sobre el altar de la patria, y de allí, dirijiéndose á los soldados, se da á conocer, les pinta con enerjía los crímenes de

Domiciano, la situacion del imperio, que necesita una mano sabia y pacífica, capaz de reparar los desastres, aplacar las sediciones á imponer respeto á los bárbaros.

Demuestra que Nerva es el príncipe necesario para la salvacion del imperio y dicha del mundo, exhortando á los soldados á que lo nombren emperador.

Este discurso hace mella en los soldados, y Nerva es proclamado.

Amplificacion.—Roma, bajo sus Cónsules, daba coronas á la virtud: entónces estaba libre. Roma, esclava bajo Domiciano, honró á los grandes hombres con proscripciones. Acusado, por la estimacion pública, de tener virtud y jenio, Dion fué proscrito: abandonó sin pesar una ciudad que de Roma no habia conservado mas que el nombre, y llevándose, con un Platon y un Demóstenes, los consuelos de la filosofía y los recuerdos de la libertad, fué á buscar un pais donde se pudiese ser impunemente elocuente y virtuoso. Recorrió por mucho tiempo las rejiones habitadas por los bárbaros, á quienes su jenio y la injusticia de su patria causaba asombro: en fin, llegó á orillas del Tanais, donde acampaba un ejército romano; detúvose en este punto, pues volvia á hallar en los campamentos á Roma, desterrada de sus muros. Allí, honrando su miseria con noble paciencia, ejercia en los mas penosos trabajos esas austeras virtudes que pondera el filósofo y practica el sabio; allí se compadecia de los infelices que, por no abandonar sus palacios, adulaban al tirano y esperaban la muerte.

Entretanto, cunde por el ejército una noticia recien llegada: dicen que el emperador ya no existe; lo dicen con toda reserva, pues tienen miedo de aparentar dar crédito á esta noticia. Luego llegan mensajes irrecusables que confirman los confusos susurros. Domiciano ya no existe; pero Roma, acostumbrada á la esclavitud, esperaba que el ejército le diese un amo. Solo el ejército manifestó pesar; los soldados, habituados á hacerse comprar cada año su obediencia, recordaban con dolor esa liberalidad que todo lo hace perdonar á los tiranos, y creian echar de menos á Domiciano. La memoria del pasado y la incertidumbre del porvenir conmueven esas almas guerreras: recorren el campamento, comunicándose sus inquietudes; pero de repente tórnase en furor la postracion, toman las armas, golpean sus escudos, empuñan las águilas, y gritan: "¡á Roma! ¡á Roma!" temerosos de que otro ejército se les haya adelantado; parten para vender la patria.

Entónces, un hombre cubierto de harapos se abre paso por entre la muchedumbre admirada, y se precipita sobre el altar de la patria, levantado en el centro del campamento: sus ojos, sus facciones, su estatura, eran de un dios; todos callan.

"Soy Dion, esclama; tal vez conoceis mis infortunios; he nacido en Asia, pero mi corazon es romano. Vengo á hablaros en pro de Roma; bravos guerreros, dad fé á las palabras de un hombre que han proscrito por no haber jamás adulado á nadie.

"Marchais contra vuestra patria, ¡O Romanos! No os hago un reproche por querer vengar á vuestro Emperador, alabo mas bien vuestro agradecimiento. Demasiado fuertes para ser oprimidos, no conocisteis de Domiciano sino favores. No habeis visto al Senado sitiado y á Roma inundada en sangre; no habeis visto á Caro Mecio acusar á sus hijos por haber llorado la muerte de su padre; no habeis visto arrastrar al suplicio á Senecion, á Rústico y al virtuoso Helvidio; no habeis visto al vencedor de los Bretones, á vuestro antiguo general, Agrícola, espiar su gloria y la vuestra con una muerte prematura. Romanos, los Dioses se han compadecido de Roma: sois libres. Pero, ¡las llagas de la patria todavía chorrean sangre, y vais á sumirla otra vez en las convulsiones de la guerra civil y de la anarquía! ¿La estais oyendo? ella es, es ella misma que, de lo alto de este altar, os grita por boca mia:

—"¡Oh! hijos mios, ¿por qué levantarme altares, si desgarrais mi seno? ¡en vàno, pues, he conquistado el mundo, si no me es permitido descansar despues de quinientos años de guerra! Pueblo infatigable de Marte, dejadme respirar en la vejez; unios bajo un jefe pacífico que cierre el templo de Jano y me haga olvidar á Domiciano y mis infortunios, que no tema el mérito y fomente la virtud. Entónces, luego que quereis combates y gloria, dirijireis contra los Dacios y los Getas vuestras armas hechas invencibles con la concordia; espiareis vuestras guerras sacrílegas venciendo á los bárbaros, y hareis retroceder hasta los confines del mundo las fronteras del imperio eterno!

"Romanos, este hombre que os pide la patria, lo conoceis: en tiempos mas felices, admirasteis su prudencia y valor; ahora, oculta en el oscuro retiro de un lejano destierro unas virtudes á las que Roma no es acreedora; ejerce en las meditaciones de la filosofía esa sabiduría que hará la dicha de las naciones, si consiente sacrificarse en pro del Imperio; él es el único que pueda todavía restablecer en Roma la virtud y los Dioses. Romanos, vais á decidir sobre la suerte de la tierra; ese sabio, digno de mandar á vosotros y al mundo, se apellida Nerva...."

Hablaba, y el furor de los soldados iba calmándose poco á poco; vencidos por la fuerza de sus discursos, sueltan las armas; todos alaban la sabiduría de Nerva; relatan las virtudes de sus antepasados; estalla un grito, y las márjenes del Tanais repiten el nombre de Nerva. Así es como la elocuencia dió al mundo á Nerva, á Trajano, á los Antoninos.

7. Del diálogo.—El diálogo es la imájen de la conversacion entre dos ó mas personas.

Hállase á veces mezclado con el relato de un hecho; preséntase jeneralmente en este caso bajo forma indirecta, no teniendo sino corta estension.

Otras veces, está aislado de todo relato: es tambien á menudo una obra distinta, un jénero literario aparte, que puede permitir grandes desarrollos. Ora es una pequeña escena dramática, cuyos personajes son Dioses de la fábula ú hombres ilustres, como los *Diálogos de los muertos* de Luciano y de Fénelon. Ora es un cuadro injenioso y cómodo, donde se hallan espuestos, bajo una forma mas interesante que la forma didáctica de los *Tratados*, diferentes puntos de filosofía, de política, de literatura, &c.: tales son los *Diálogos* de Platon y de Ciceron, y los *Diálogos sobre la elocuencia* de Fénelon.

En el diálogo, cada opinion toma, por decirlo así, la palabra, personificándose para sostenerse y defenderse; toma prestado un nombre humano, á veces un nombre famoso, el de un hombre que ha profesado cierta doctrina y representado cierta idea. Tantos interlocutores hay como opiniones sobre un punto. Todos los interlocutores desenvuelven su opinion y refutan las objeciones de sus adversarios: nada deben decir que no se refiera directamente á la cuestion, y que no esté en armonía con su propio punto de vista.

Hemos dicho que el diálogo es la imájen de la conversacion: como esta, debe animarse cuando el punto principal de la discusion es traido á exámen, y que se supone que los diversos interlocutores disputan cada uno por la preeminencia de su opinion. Tambien como la conversacion, debe el diálogo ser cortado, esto es, que cada interlocutor debe tomar á su vez y con frecuencia la palabra, estar atento y siempre listo para la réplica; es preciso evitar que el diálogo dejenere en una serie de monólogos.

El estilo del diálogo debe ser claro y sencillo, elegante sin afectacion, animado sin declamacion, siendo necesario introducir una leve progresion en el tono, y tratar que los interlocutores se enardezcan solo por grados.

8. Modelo de diálogo:

BAYARD Y EL CONDESTABLE DE BORBON.

Asunto.—En 1523, el ejército francés, mandado por Bonnivet, habiendo sufrido varios descalabros en el Milanesado, iba huyendo á toda prisa. Bayard recibió en esa retirada una herida mortal.

Miéntras yace tendido moribundo al pié de un árbol, el Condestable de Borbon, vencedor, se acerca á él, y, dirijiéndole palabras afectuosas, promete tratarle con miramiento, y cuidar de su curacion. Bayard no contesta sino con altanería á estas manifestaciones de estimacion é interes.

El Condestable se admira de esto; Bayard le declara que prefiere su suerte á la de su vencedor: pues muere cumpliendo su deber, y el Condestable ha traicionado su patria.

El Condestable se disculpa, diciendo que la ingratitud del rey todo lo habia orijinado: Bayard contesta que la Francia no tenia la culpa de la injusticia del rey, y que nada puede autorizar un hombre á traicionar su patria.

Amplificacion.—El Condestable.—¿No es aquel el pobre Bayard que veo al pié de ese árbol, tendido en la yerba, y cubierto de heridas? Sí, es el mismo. ¡Ay! ¡cuánto le compadezco! Ya van dos que perecen por nuestras armas, Vandenesse y él. Por su valor, estos dos franceses eran el ornato de su nacion. Siento que mi corazon se conmueve aun por mi patria. Pero, acerquémonos para hablarle. ¡Ay! mi pobre Bayard, con qué sentimiento te veo en este estado.

Bayard.—Tambien es con pesar que os veo yo.

El Cond.—Comprendo que te es sensible que la suerte de la guerra te haya puesto en mis manos. Pero, no quiero tratarte como prisionero; quiero guardarte como un buen amigo, y atender á tu curacion como si fueses hermano mio; así, no debes sentir al verme.

B.—¡Ah! ¿Creis acaso que yo no siento el tener que agradecer algo al mayor enemigo de la Francia? Ni mi cautiverio, ni mis heridas me importan. Yo muero; dentro de breves instantes la muerte ha de librarme de vuestras manos.

El Cond.—No, mi querido Bayard, pues espero que nuestras atenciones lograrán salvarte.

B.—No aspiro á ello, y estoy satisfecho con morir.

El Cond.—¿Qué tienes? ¿No puedes acaso consolarte de haber sido vencido y hecho prisionero en la retirada de Bonnivet? No es culpa tuya, sino de él: la suerte de las armas es veleidosa. Tu gloria está suficientemente bien probada por tantas y tan bellas proezas. Jamas podrán los Imperiales olvidar esa vigorosa defensa que les presentó Mezières.

B.—En cuanto á mí, ni un momento puedo olvidar que sois ese gran Condestable, ese Príncipe de la mas noble sangre que haya en el mundo, y que, con sus propias manos, se empeña en desgarrar su patria y el reino de sus antepasados.

El Cond.—¡Cómo, Bayard! ¡Yo te alabo, y tú me acusas! ¡Te compadezco, y me insultas!

B.—Si me compadeceis, yo os compadezco tambien, y os hallo mucho mas digno de compasion. Dejo sin mancha una vida que he sacrificado á mi deber; muero por mi pais, por mi Rey, estimado de los enemigos de la Francia y sentido por todos los buenos Franceses. Mi suerte es digna de envidia.

El Cond.—Y yo soy vencedor de un enemigo que me ha ultrajado; me vengo de él; le arrojo del Milanesado; hago comprender á toda la Francia lo desgraciada que es por haberme impelido al último estremo. ¿Llamas tú eso ser digno de lástima?

B.—Sí, siempre uno es digno de lástima cuando obra contra su deber; ¡mas vale perecer peleando por la patria que vencerla y humillarla! ¡Ah! ¡cúan horrible es la gloria que se cifra en destruir su propio país!

El Cond.—Pero mi patria ha sido ingrata despues de los muchos servicios que le he prestado. Madame me ha hecho tratar indignamente, por un despecho de amor. El Rey, por debilidad hácia ella, me ha tratado de la manera mas injusta al despojarme de mis bienes. Me malquistaron hasta con mis sirvientes Matignon y D'Argouges. Me he visto obligado, para salvar mi vida, á huir casi solo; ¿qué querias que hiciese?

B.—Que sufrieseis todo género de vejámenes, ántes que faltar á la Francia y á la grandeza de vuestra casa. Si la persecusion era demasiado violenta, podiais retiraros; pero, mas valia vivir pobre, desconocido, inútil para todo, que empuñar las armas contra nosotros. Vuestra gloria hubiese llegado á su colmo en la pobreza y en el mas miserable destierro.

El Cond.—Pero, ¿no ves que la venganza se ha unido á la ambicion para arrojarme á ese estremo? He querido que el Rey se arrepintiese de haberme tratado tan mal.

B.—Mas bien hacerle arrepentir por una paciencia á toda prueba, virtud de un héroe que no es menos laudable que su valor.

El Cond.—Pero, ¿merecia acaso el rey, al mostrarse tan injusto y tan obediente á su madre, que yo le tuviese tantos miramientos?

B.—Si él no lo merecia, la Francia entera era acreedora á vuestros respetos. La dignidad misma de la corona, de la que sois uno de los herederos, lo merecia. Era vuestro deber contemporizar con la Francia, cuyo rey podiais ser algun dia.

El Cond.—¡Bien! hice mal, lo confieso; pero, ¿no sabes acaso cuanta dificultad encuentran los corazones mas bien dispuestos para acallar su resentimiento?

B.—Bien lo sé; pero el verdadero valor consiste en resistirlo. Si conoceis vuestra falta, apresuraos á repararla. En cuanto á mí, muero; y os hallo mas digno de compasion en vuestra prosperidad que yo en mi sufrimiento. Aun cuando no os engañase el Emperador, aun cuando os diese en matrimonio su hermana, y entre los dos se repartiesen la Francia, jamas se borraria la mancha que deshonra vuestra vida. ¡El Condestable de Borbon, rebelde! ¡Qué mengua! Oid á Bayard que muere como ha vivido, sin cesar de decir la verdad.—*Fénelon.*

9. Resúmen y reglas.—Si se quisiera todavía resumir y convertir las observaciones que preceden en fórmulas prácticas, se podria reducirlas á las cuatro reglas siguientes:

I. *La carta debe ser sencilla, clara y natural. Escluye el énfasis y la trivialidad.*

II. *El relato requiere claridad y sobriedad.*

III. *El discurso debe agradar por el exordio, convencer por la confirmacion, conmover por la peroracion.*

IV. *El diálogo debe llegar al interés dramático por la progresion de las ideas, de los sentimientos y de las figuras de estilo.*

V.

COMPOSICIONES MORALES Y FILOSOFICAS—CARACTERES—RETRATOS—ELOGIOS—PARALELOS.

1. DE LAS COMPOSICIONES MORALES Y FILOSÓFICAS.—2. DEL CARÁCTER.—3. MODELOS DE CARACTÉRES.—4. DEL RETRATO.—5. MODELOS DE RETRATOS.—6. DEL ELOGIO.—7. MODELOS DE ELOGIOS.—8. DEL PARALELO.—9. MODELOS DE PARALELOS.—10. RESÚMEN Y REGLAS.

1. De las composiciones morales y filosóficas.—Bajo este título pueden reunirse todas las composiciones que no consisten simplemente en la amplificacion literaria de ideas suministradas por un argumento, sino que requieren por parte de los alumnos, mas reflexion, mas madurez de espíritu, mas conocimientos adquiridos.

Estas composiciones tienen por objeto el desarrollo de verdades que interesan la conciencia ó el gusto; tal es el análisis de los principios de la virtud y de los caractéres de lo bello en la literatura ó en las artes; tal es el estudio de las manifestaciones de la voluntad libre en el hombre ó de sus relaciones con Dios.

Como regla general, estas composiciones requieren un método muy rigoroso, un estilo cuya claridad y precision sean los méritos esenciales, las calidades permanentes.

Este género importante de composiciones puede ser subdividido en ocho especies principales, de las que cada una es digna de un análisis y estudio separado, y que son el carácter, el retrato, el elogio, el paralelo, la amplificacion histórica, la amplificacion literaria, el análisis crítico y la amplificacion moral.

2. Del carácter.—Desígnase bajo este nombre la indicacion de los rasgos morales que distinguen un

género de seres ó de individuos. Es una descripcion moral, y, por consiguiente, mucho mas difícil que la descripcion física ó el cuadro. Por ejemplo, se hace un carácter pintando al avaro, al hipócrita, al embustero, al pródigo, al valiente, al filántropo, &c.

Las reglas relativas á la descripcion y al cuadro pueden ser trasportadas del mundo físico al mundo moral: los medios son idénticos; requieren solamente mas reflexion y delicadeza en su uso.

El primer cuidado que se debe tener en esta clase de composiciones, es buscar desde luego cuáles son los rasgos verdaderamente distintivos, indispensables para el cuadro, escojerlos y ponerlos de relieve, evitando con igual esmero dos escollos diferentes: la aridez que se produce cuando los rasgos son mal definidos é incompletos; la prolijidad, que se pierde en los detalles y origina la oscuridad, la confusion y el tédio.

3. Modelo de caractéres.—Hé aquí, como prueba de las diversas formas que se puede dar á este estudio literario, dos caractéres muy diferentes, trazados por dos escritores de genio tambien muy diferente.

EL EGOISTA.

Asunto.—No vive mas que para sí y no se cuida de los demás. En la mesa, en una tertulia, en viaje, todo lo dispone en provecho suyo; todo le pertenece, no tiene compasion mas que para sí, y con gusto rescataria su vida mediante la estincion del género humano.

Amplificacion.—Gnaton no vive mas que para sí; y todos los hombres juntos son para él como si no existiesen. No satisfecho con ocupar en la mesa el mejor asiento, él solo ocupa el de otros dos: olvida que la comida es para él y para toda la compañía; se hace dueño del plato, y se apodera de cada servicio; no se decide por ningun manjar hasta haberlos probado todos: y quisiera poder saborearlos todos á un mismo tiempo. Dispone para sí, sea cual fuere el lugar en que se halle, una especie de acomodo fijo, y no permite que lo dejen mas apretado en la iglesia que en su aposento. En un carruaje, solo le gustan los

asientos del fondo; en cualquier otro, si se quiere darle crédito, se pone pálido y desfallecido. Si viaja con varios compañeros, se adelanta á estos en las posadas, y siempre sabe reservarse, en el mejor cuarto, la mejor cama; á todos hace tributarios suyos: sus sirvientes y los agenos, van corriendo al mismo tiempo para servirle; todo cuanto halla á la mano, se lo apropia, ropa, equipajes; estorba á todos, no se molesta por nadie, no se compadece de nadie, no conoce mas males que los suyos, esto es, su plétora y su bílis; no llora la muerte de nadie, solo teme la suya, que, con gusto, rescataria mediante la estincion del género humano.—*Labruyère.*

EL SACERDOTE.

Asunto.—Es el amigo de los desgraciados. Consagra su vida entera á la dicha ajena y se olvida de todos los bienes y de todos los placeres para dedicarse á trabajos oscuros y penosos. Todo el dia lo pasa á la cabecera de los enfermos ó moribundos.

Amplificacion.—¿Sabeis lo que es un sacerdote? Un sacerdote es, por deber, el amigo, la providencia viva de todos los desgraciados, el consolador de los aflijidos, el defensor de cuantos no tienen quien les defienda, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes, de todos los males que engendran vuestras pasiones y vuestras funestas doctrinas.

Su vida entera no es mas que una larga y heróica dedicacion á la dicha de sus semejantes. ¿Cuál de vosotros consentiria en cambiar, como él, los goces del hogar, todas las fruiciones, todos los bienes que los hombres buscan con tanta avidez, por trabajos oscuros, deberes penosos, funciones cuyo ejercicio destroza el corazon y repugna á los sentidos, no debiendo recojer á menudo mas fruto de tantos sacrificios, que el desden, la ingratitud ó el insulto?

Todavía estais sumido en el mas profundo sueño, cuando ya el hombre de caridad, adelantándose á la aurora, ha vuelto á empezar el curso de sus obras benéficas. Ha aliviado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del infortunio ó hecho correr las del arrepentimiento, aleccionado al ignorante, fortificado al débil, afianzado en la virtud las almas conturbadas por las borrascas de las pasiones. Despues de haber ocupado todo el dia en repartir tales beneficios, llega la noche, pero no el reposo. En la hora en que el placer os llama á los teatros, á las fiestas, vienen á toda prisa á llamar al santo ministro; un cristiano está por exhalar el último suspiro; va á morir, y tal vez de una enfermedad contagiosa; nada importa; el buen pastor no dejará espirar su oveja sin endulzar sus

angustias, sin orar á su lado al Dios que murió por ella y que le da en el mismo instante, en el sacramento de amor, un gaje seguro de inmortalidad.

Oponed á esta bella y conmovedora pintura la siguiente imájen tan admirablemente trazada por Massillon:

EL CONQUISTADOR.

Siempre su gloria estará manchada con sangre; algun insensato tal vez cante sus victorias; pero las provincias, las ciudades, las campiñas lloran. Se le levantará monumentos para inmortalizar sus conquistas; pero las cenizas aun humeantes de tantas ciudades antes florecientes; pero la desolacion de tantas campiñas despojadas de su antigua belleza; pero las ruinas de tantos muros, bajo los cuales han sido sepultados tantos ciudadanos pacíficos; pero tantas calamidades que le sobrevivirán, serán monumentos lúgubres que inmortalizarán su vanidad y su locura. Habrá pasado como un torrente para asolar la tierra, y no como un rio majestuoso para llevarle la alegría y la abundancia; su nombre será escrito en los anales de la posteridad entre los conquistadores, pero no estará entre los buenos reyes; mentarán la historia de su reinado solo para traer á la memoria los males que ha causado á los hombres.

Así, su orgullo, dice el espíritu de Dios, habrá ascendido hasta el cielo; su cabeza habrá tocado las nubes; sus triunfos habrán igualado sus deseos; y todo ese cúmulo de gloria no será yá, al fin, mas que un monton de lodo que no dejará tras sí sino infeccion y oprobio.

En fin, en un género muy distinto, Desmahis nos suministra un último modelo:

EL FÁTUO.

Es un hombre cuya vanidad sola forma su carácter; que nada hace por gusto, que no obra mas que por ostentacion, y que, al querer elevarse por sobre los demás, solo ha conseguido rebajarse á sí mismo. Familiar con sus superiores, orgulloso con sus iguales, impertinente con sus inferiores, tutea, proteje, desprecia. Le haceis una cortesía, no os ve; le hablais, no os escucha; dirijis la palabra á otro, os interrumpe. Mira con lente, silba en medio de la sociedad mas respetable y de las

conversaciones mas serias. Dice al hombre virtuoso que le vaya á ver, y le indica la hora del bordador y del joyero. No tiene ciencia alguna, y da consejos á los sabios y á los artistas. Los hubiera dado á Vauban sobre fortificaciones, á Lebrun sobre pintura, á Racine sobre poesía.

4. Del retrato.—Cuando la descripcion de los caractéres y de los rasgos se refiere, no ya á una especie ó á un género, sino á un individuo, llega á ser un retrato en vez de un carácter; es la pintura de las disposiciones ó de las pasiones que dominan el corazon de un hombre y le dan su fisonomía moral.

El retrato puede, además, ser la representacion viva de los rasgos morales que distinguen un pueblo ó una coleccion de individuos tomados en su conjunto.

Así, Bossuet ha trazado en la oracion fúnebre de la Reina de Inglaterra un admirable retrato de Cromwell; Barthélemy ha presentado el retrato del pueblo ateniense en su *Viaje del jóven Anacharsis.*

La fidelidad y el interés son las calidades indispensables en el retrato. Del mismo modo que el pintor debe percibir en su modelo el rasgo que le da su fisonomía propia; así el escritor debe comprender, estampar y dar perfectamente á conocer el carácter predominante, el rasgo distintivo de su personaje, para referir á esta idea madre todos los otros detalles. Pero cuanto mas fecunda es la aplicacion adecuada de esta regla, tanto mas peligrosa es la prosecucion desordenada de una unidad ficticia; falsea la naturaleza y pone la imaginacion del pintor en lugar de la realidad.

5. Modelos de retratos.—Hé aquí como Chateaubriand en un estilo de una sencillez algo estudiada, ha trazado el retrato de Pascal.

RETRATO DE PASCAL.

Asunto.—Dotado de jenio precoz y fecundo, á los doce años aprendió, solo, la geometría; á los diez y seis, escribió un Tra-

tado de las secciones cónicas; á los diez y nueve, creó la máquina para contar, y á los veinte y tres hizo la demostracion de la pesantez del aire. En seguida, dirijió todos sus pensamientos hácia la religion, y, en medio de los padecimientos que ocasionaron su muerte á los treinta y ocho años, arrojó sobre el papel pensamientos escritos en la lengua de Bossuet y de Racine.

Amplificacion.—Existia un hombre que, á los doce años, con *rayas* y *círculos*, habia creado las matemáticas; que, á los diez y seis, habia escrito el mas excelente Tratado de Secciones Cónicas que se hubiera visto desde la antigüedad; que, á los diez y nueve, convirtió en máquina una ciencia que existe toda entera en la inteligencia; que, á los veinte y tres, demostró los fenómenos de la pesantez del aire, y destruyó uno de los grandes errores de la antigua física; que, en esa edad en que los otros hombres apenas empiezan á nacer, habiendo concluido de recorrer el círculo de las ciencias humanas, se dió cuenta de su nada, y dirijió todos sus pensamientos hácia la religion; que desde ese momento hasta su muerte, acaecida el trijésimo nono año de su edad, siempre achacoso y doliente, fija la lengua que han hablado Bossuet y Racine; da el modelo del mas fino chiste, como del mas enérgico raciocinio; en fin, que, en el corto intérvalo en que no le atormentaban sus males, resolvió, privándose de todo auxilio, uno de los mas difíciles problemas de geometría, y arrojó al acaso sobre el papel, pensamientos que son manifestaciones tanto de Dios como del hombre. Este pasmoso jénio se llamaba Blas Pascal.

Aunque sea interesante sobre todo hacer conocer y apreciar á los hombres, actos y sentimientos que pueden servirles de ejemplos y de modelos; aunque la admiracion sea una pasion noble y fecunda, hay retratos que distan mucho de los elogios; prueba de ello el retrato de Tiberio por Tácito. Las mas veces tiene el historiador que mezclar en un retrato el vituperio al elogio, como M. Thiers lo ha hecho en este bello estudio histórico y moral:

CÉSAR.

Nacido con todos los talentos, valiente, ufano, elocuente, pródigo y siempre sencillo, pero sin el menor interés por el bien ó el mal, no tiene mas que un pensamiento: salir bien de la

empresa en que escollaron Sila y Mario, esto es, hacerse dueño de su pais. Alejandro quiso conquistar el mundo conocido: César, en esta Roma que casi ha conquistado el universo, no quiere conquistar mas que á la misma Roma. En la vida de este hombre, todos los medios son perversos como los fines, y, sin embargo, es preciso reconocer en César un mérito: el haber querido instituir el imperio, no por medio de sangre derramada como lo hicieron Mario y Sila, sino mediante la corrupcion que convenia á las costumbres de Roma, y mediante el espíritu que convenia á su jénio. En fin, el rasgo particular de este personaje estraordinario, gran político, gran orador, gran guerrero, gran libertino sobre todo, y clemente sin bondad, será siempre el haber sido el mortal mas completo que haya aparecido sobre la tierra.

A este retrato harémos seguir el que el mismo M. Thiers ha trazado de Napoleon, indicando con suma finura de crítica las trasformaciones físicas y morales de aquella naturaleza estraordinaria, y resumiendo así toda la vida política y moral de ese hombre único en la historia:

BONAPARTE.

Flaco, taciturno, triste aun en su juventud, triste con esa ambicion concentrada que se devora hasta que hace esplosion y llega al logro de sus deseos, cobra poco á poco confianza en sí mismo; á veces brusco como un jóven, si bien conservándose siempre esquivo; en seguida, cuando la admiracion empieza á manifestarse en derredor de él, se hace mas comunicativo, mas sereno, comienza á hablar, pierde su flacura espresiva, en una palabra, se dilata. Cónsul vitalicio, Emperador, vencedor de Marengo y de Austerlitz, ya reprimiéndose poco, si bien reprimiéndose todavía, parece estar en el apogeo de su carácter, y, estando entónces solo semi repleto, irradia con regular y varonil belleza. Pronto, viendo los pueblos someterse, humillarse los soberanos, ya no hace caso ni de los hombres ni de la naturaleza; todo lo osa, todo lo emprende, todo lo dice, tórnase festivo, comunicativo, destemplado en su lenguage, llega á su completo desarrollo físico y moral, adquiere una corpulencia escesiva que en nada disminuye su belleza olímpica, conserva en su rostro ensanchado una mirada de fuego, y si, de esas alturas en que estamos acostumbrados á verle, admirarle, temerle, aborrecerle, desciende para mostrarse festivo, familiar, casi vulgar, vuelve á remontarse á ellas de un vuelo despues de haber ba-

jado por un momento, sabiendo así poner á un lado su ascendiente sin comprometerlo. Cuando en fin, se le creeria menos activo ó menos osado, porque su cuerpo parece serle pesado ó porque la fortuna cesa de sonreirle, lánzase mas impetuoso que nunca sobre su caballo de guerra, demostrando que, para su alma ardiente, la materia no tiene pesantez, ni prostracion la desgracia.

6. Del elogio.—El elogio es un retrato destinado á hacer amar ó admirar el personaje que el escritor pinta. Debe tener todas las calidades del retrato, con este carácter particular de insistir sobre el bien y pasar lijeramente por sobre el mal, ó aun no mentarlo. El panejirista no es testigo ni historiador; no debe decir nada que no sea verdadero, pero no tiene necesidad de decir toda la verdad.

La sobriedad en el tono y en la eleccion rde es presiones es indispensable para el éxito sério de un elogio; todo panejirista debe siempre tener presetnte la observacion de La Bruyère: cúmulo de epítetos, malas alabanzas. A este respecto, las dos amplificaciones que siguen, contienen, en términos muy diferentes, escelentes lecciones de gusto, cuya comparacion puede ser de mucho provecho.

7. Modelos de elogios.

SAN LUIS.

Asunto.—San Luis es el modelo del héroe cristiano; humilde en la grandeza, siempre pronto á servir á los pobres, aceptando con igual ánimo el poder y la cautividad, la vida y la muerte, siempre en presencia de Dios, á quien todo lo refiere.

Amplificacion.—Rey, es el modelo de los reyes; cristiano, es el modelo de todos los hombres. ¡Qué ejemplo para nosotros! Es humilde en el seno de la grandeza; y nosotros, hombres vulgares, estamos hinchados de vanidad y orgullo! Es Rey, y es humilde: honra á los simples ciudadanos el ser modestos; pero, ¡qué diferencia entre la modestia y la humildad! San Luis socorre á los pobres, todos los paganos hicieron otro tanto; pero, se humilla delante de ellos y es el primer Rey que los haya servido.

Esto es lo que la moral pagana ni siquiera habia imajinado. Hallábanse todas las virtudes humanas entre los antiguos; solo entre los cristianos se encuentran las virtudes divinas. Ver con igual tranquilidad la corona y las cadenas, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte; hacer cosas admirables y temer ser admirado; no tener en el corazon mas que á Dios y su deber; no sentir mas que los males de sus hermanos; estar siempre en presencia de su Dios; emprender, triunfar, sufrir, morir solo por él: hé aquí á San Luis, hé aquí al héroe cristiano; siempre grande y siempre sencillo; siempre olvidado de sí mismo.

Otra amplificacion.—¡Qué corazon cristiano podria dejar de conmoverse de admiracion, al pensar en todo lo que ha habido en esa alma de San Luis; en ese sentimiento tan vivo y tan puro del deber, en ese culto exaltado y escrupuloso de la justicia, en esa esquisita delicadeza de conciencia que le inducia á devolver las adquisiciones ilegítimas de sus antecesores, aun en perjuicio de la seguridad pública y afeccion de sus súbditos; en ese amor inmenso hácia el prójimo que brotaba de su corazon, y que, despues de haber inundado á su querida esposa, á su madre y á sus hermanos, cuya muerte lloraba tan amargamente, iba á buscar el último de sus súbditos, le inspiraba tan tierna solicitud para las almas de los demás y le dirijia durante sus horas de ócio hácia la choza de los pobres que él mismo aliviaba!

Y, sin embargo, á todas las virtudes del santo, sabia unir el valor mas osado; era á la vez el mejor caballero y el mejor cristiano de Francia, como lo probó en Taillebourg y Masura. Verdad es que podia pelear y morir sin temor aquel que habia hecho con la justicia de Dios y de los hombres un pacto inviolable, que sabia para permanecerle fiel, ser tan severo para con su propio hermano; que no se habia ruborizado, ántes de embarcarse para la cruzada, de enviar por todo su reino monjes mendicantes encargados de averiguar de las jentes mas pobres si se les habia ocasionado algun daño en nombre del Rey, y de enmendarlo en el acto á espensas suyas.

Nos ha dejado dos monumentos inmortales, su oratorio y su tumba, la Santa Capilla y Son Dionisio, ambos puros, sencillos, elevándose hácia el cielo como él mismo. Dejó otro mas bello y mas inmortal todavía en la memoria de los pueblos: la encina de Vincennes.

Grande es el arte de saber alabar bien, y ningun género requiere pensamientos mas finos y giros mas delicados. Esta observacion general debe ser recordada á la Francia y á estos tiempos; pues el buen gusto

tiene derecho de reprochar al siglo décimo nono, el abuso, en prosa y verso, del panejírico y de la apoteósis. ¡Cuántos grandes hombres hemos erijido, cuyas estatuas derribarán nuestros hijos!

8. Del paralelo.—La comparacion es una forma de estudio y amplificacion que ilumina dos ideas ó dos objetos por su contraste ó por su semejanza; esta forma aplicada á las personas ó á los caractéres constituye lo que se llama propiamente el *paralelo*.

Destinado á dar mejor conocimiento de los dos objetos ó dos personajes que el espíritu pone en contacto, debe el paralelo contener todos los detalles que pueden ofrecer algun interés.—El escollo mas peligroso, porque es el mas seductor, consiste en la tendencia á multiplicar las analogías ó los contrastes, á buscar una simetría ficticia que quita todo valor histórico y moral al paralelo.

9. Modelos de paralelos.

Asunto.—Condé tiene todas las calidades brillantes, la impetuosidad, el valor fogoso, la inspiracion súbita. Turenne es mas reflexivo, mas sosegado; pero, á fuerza de jenio, triunfa de todos los obstáculos.

La muerte de ambos es igualmente diferente: Turenne cae en el campo de batalla; Condé espira en su lecho.

Amplificacion.—El uno parece obrar por reflexiones profundas, y el otro por súbitas iluminaciones; este por consecuencia mas vivo, pero sin que su ardor tenga nada precipitado; aquel, con aire frio, sin mostrarse jamas lento, mas osado en obrar que en hablar, resuelto y determinado en su interior, aun cuando se manifestaba embarazado en su esterior. El uno, luego que aparece en los ejércitos, da una alta idea de su valor y deja esperar algo estraordinario, aunque avanza con órden y llega como por grados á los prodijios que terminaron el curso de su vida; el otro, como hombre inspirado, se hace, desde su primera batalla, el igual de los maestros mas consumados. El uno, por vivos y continuos esfuerzos, arrebata la admiracion y hace callar la envidia; el otro, arroja desde el principio tan viva luz, que la envidia no osaba atacarle. El uno, en fin, por la profun-

didad de su jenio y los increibles recursos de su valor, se eleva por sobre los mayores peligros, y aun sabe aprovechar todas las veleidades de la fortuna; el otro, por la ventaja de tan alto nacimiento, por esos grandes pensamientos que envia el cielo, y por una especie de instinto admirable cuyo secreto no conocen los hombres, parece haber nacido para arrastrar á la fortuna en sus designios y forzar los destinos.

Y para que se viese siempre en estos dos hombres, grandes caractéres, si bien diversos, el uno, arrebatado por un golpe súbito, muere por su pais, como un Judas Macabeo; el ejército le llora como á un padre, y la corte y todo el pueblo gimen: su piedad es alabada como su valor, y su memoria no se mancilla con el tiempo; el otro, elevado por las armas al colmo de la gloria como un David, como este, muere en su lecho, enaltecíendo las alabanzas de Dios é instruyendo á su familia, y deja todos los corazones llenos tanto con el brillo de su vida como con la dulzura de su muerte. ¡Qué espectáculo el ver y estudiar á estos dos hombres, y aprender de cada uno de ellos la estimacion que se merecian recíprocamente!—*Bossuet.*

LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS.

Asunto.—Las ciencias merecen admiracion y reconocimiento por los descubrimientos y cálculos que ensanchan el espíritu humano.

Pero, ante todo, es preciso que las letras hayan iluminado y fecundado los espíritus. Esto lo habia comprendido Napoleon cuando dijo: "Las letras son el mismo espíritu humano."

Amplificacion.—¡Honra á las ciencias! ¡honra á las escuelas científicas! honra á esos vigorosos jenios que estudian con pujanza y amor cuanto ha sometido Dios á las miradas é investigaciones del espíritu humano, que se elevan á la contemplacion de los mas sublimes misterios de la naturaleza, miden la inmensidad de los cielos, penetran en sus profundidades y van á buscar y dar nombres á nuevos astros; despues de lo cual, volviendo á bajar rápidamente sobre el globo que habitamos, penetran hasta dentro de sus entrañas, leen como á libro abierto en lo que encierran mas oculto, le arrebatan sus invisibles tesoros, y por sus cálculos tan seguros como osados, estienden por todas partes el horizonte y el dominio del espíritu humano. ¡Honra á las ciencias!

Pero, permítanme las ciencias que les diga: ante todo, ¡honra á las letras! Las ciencias contribuyen á acrecentar la fuerza y riqueza de las naciones, pero solo despues que las letras han iluminado las cumbres de la tierra y fecundado los siglos, depositando en el seno de las sociedades el gérmen pujante de la ci-

vilizacion, al hacer penetrar la mas viva luz en las profundidades de la intelijencia humana.

Por eso es que los grandes siglos científicos fueron casi siempre hijos de los grandes siglos literarios, y el renacimiento de las letras fué la comun señal de los grandes descubrimientos de la ciencia. Lo cual comprendia tan bien Napoleon, cuando decia en su viva y brusca elocuencia: "Amo á las ciencias; cada una de ellas es una bella aplicacion parcial del espíritu humano; pero las letras son el mismo espíritu humano."

Un orador contemporáneo, cuyo talento literario crece y se eleva cada dia por el trabajo y la esperiencia, nos ofrece un muy bello modelo de *paralelo histórico*.

FLORENCIA Y VENECIA EN LA EDAD MEDIA.

Cuando se considera lo que ha ocurrido desde el año 1000 hasta el año 1600, en esa época tan brillante, tan fecunda, tan admirable, ¿qué semejanza hay, pregunto yo, entre Venecia, la reina de los mares en la edad media, Venecia; mas asiática que europea, no teniendo ninguna de las pasiones de la Italia donde poseía apenas un ventorrillo, y, despues de una prolongada opulencia, durmiéndose apaciblemente en brazos de la aristocracia y en el seno de los placeres, habiéndonos dejado un recuerdo indeleble de su magnificencia en ese arte de colores mil del Ticiano y de Veronés; ¿qué semejanza hay entre esa aristocrática Venecia y la democrática Florencia? Florencia, estendiéndose en las llanuras del Arno, mas rica aun por sus manufacturas que Venecia por sus buques, Florencia, incitada por el mismo orgullo de esa riqueza á luchar contra la aristocracia feudal de los Gibelinos, soplando sobre la Italia las pasiones güelfas de las que estaba devorada, en seguida, y como toda democracia, concluyendo por el despotismo, el de los Médicis, verdaderos Césares de la paz, y destinada á llevar en adelante los rasgos descollantes del jenio de la guerra civil, en sus palacios que no son mas que embellecidas fortalezas, en esa poesía profunda y conmovedora de Dante inspirada por los dolores del destierro, en ese saber tan seguro de Maquiavelo y sacado de la esperiencia de las revoluciones, en ese arte, en fin, severo y sublime de Miguel Angel, tan diferente del arte chispeante de colorido de Ticiano.

10. Resúmen y reglas.—Las observaciones críticas justificadas por estos ejemplos se resumen en las cinco reglas siguientes:

I.—Las composiciones filosóficas requieren un método riguroso en las ideas y en el raciocinio, mucha claridad y precision en el estilo.

II.—El carácter debe diseñar los rasgos esenciales sin aridez y sin prolijidad.

III.—El retrato debe ser fiel é interesante; el carácter principal del modelo debe servir de punto central para el cuadro.

IV.—El elogio no debe decir mas que la verdad en un estilo sobrio de epítetos.

V.—El paralelo debe ser exacto y precaverse de similitudes forzadas que no estén en la naturaleza.

VI.

CONTINUACION DE LAS COMPOSICIONES FILOSOFICAS Y MORALES.—AMPLIFICACION HISTORICA.—AMPLIFICACION LITERARIA.—ANALISIS CRITICO.—AMPLIFICACION MORAL.

1. DE LA AMPLIFICACION HISTÓRICA.—2. MODELO DE AMPLIFICACION HISTÓRICA.—3. DE LA AMPLIFICACION LITERARIA.—4. MODELO DE AMPLIFICACION LITERARIA.—5. DEL ANÁLISIS CRÍTICO.—6. MODELO DE ANÁLISIS CRÍTICO.—7. DE LA AMPLIFICACION MORAL.—8. MODELO DE AMPLIFICACION MORAL.—9. RESÚMEN Y REGLAS.

1. DE LA AMPLIFICACION HISTÓRICA.—La historia no es solamente la relacion de los hechos que interesan á los individuos ó las naciones; es sobre todo la investigacion de las causas, el análisis de las pasiones humanas y la apreciacion de los acontecimientos importantes que son el orígen y la fuente de los otros.

El exámen de cualquiera de estas leyes de la humanidad es un trabajo muy propio para desarrollar la inteligencia, ejercitar la penetracion del juicio y dar el hábito de la argumentacion. Esta composicion requiere un estilo sobrio, severo, y sobre todo muy claro y muy preciso.

2. MODELO DE AMPLIFICACION HISTÓRICA.—Hé aquí, por ejemplo, una página de Guizot en que la elevacion de estilo es digna de la elevacion del pensamiento político y moral:

DE LOS GRANDES HOMBRES.

Asunto.—La vida de los grandes hombres consta de dos partes muy distintas.

En el principio, el grande hombre comprende mejor que cualquier otro las necesidades de su tiempo y los medios de satisfacerlas. De aquí su poder y gloria.

Mas tarde, se entrega á proyectos personales, á ensueños arbitrarios. Entónces, despues de algun hesitacion, lo abandona la opinion pública: queda solo y cae.

De su obra solo sobrevive la primera parte.

Amplificacion.—Hay en la actividad de un grande hombre dos partes; representa dos papeles; se puede señalar dos épocas en su carrera.

Comprende mejor que cualquier otro las necesidades de su tiempo, las necesidades verdaderas, actuales, lo que precisa la sociedad contemporánea para vivir y desarrollarse regularmente; tambien sabe mejor que cualquier otro apoderarse de todas las fuerzas sociales para dirijirlas hácia ese fin. De aquí su poder y gloria; esta es la causa porque, desde que hace su aparicion, es comprendido, aceptado, seguido, que todos se prestan y concurren á la accion que ejerce en beneficio de todos.

No se contenta con esto: ya casi satisfechas las necesidades de su tiempo, van mas léjos el pensamiento y la voluntad del grande hombre. Lánzase fuera de los hechos actuales; entrégase á miras que le son personales; se complace en combinaciones mas ó menos especiosas, pero que no se fundan, como sus primeros trabajos, sobre el estado positivo, los instintos comunes, los votos determinados de la sociedad; se pierde en lejanas y arbitrarias combinaciones; quiere, en una palabra, estender infinitamente su accion, poseer el porvenir como posee el presente. Aquí empiezan el egoismo y el ensueño.

Durante algun tiempo, y á mérito de lo que ya hizo, siguen todos al grande hombre en esta nueva carrera; tienen fé en él, le obedecen, se prestan, por decirlo así, á sus caprichos que sus aduladores y ciegos partidarios aun admiran y ponderan como sus mas sublimes concepciones.

Entretanto, el público, que es demasiado perspicaz para quedar largo tiempo fuera de lo verdadero, pronto echa de ver que se le arrastra á donde no tiene deseo ninguno de ir, que se le engaña y se abusa de él. Antes, el grande hombre habia puesto su alta inteligencia, su pujante voluntad al servicio del pensamiento general, del voto comun; ahora, quiere emplear la fuerza pública en servicio de su propio pensamiento, de su propio deseo; él solo sabe y dicta lo que hace. Inspira primeramente inquietud, luego aversion; se le sigue algun tiempo con tibieza, con mala voluntad; en seguida, estallan gritos, quejas; en seguida, en fin, lo abandonan.

El grande hombre queda solo y cae, cuanto habia pensado y dictaminado solo, toda la parte personal y arbitraria de sus obras, cae con él.

3. De la amplificacion literaria. — Los trabajos del espíritu humano, así como los acontecimientos de la historia, están sometidos á leyes cuya investigacion y esplicacion ofrecen al pensador una amplia materia de estudios y reflexiones. Entre los principios literarios, los hay bastante simples para servir aun de tésis á las amplificaciones escolares. Estas cuestiones delicadas pueden y deben atraer y detener la atencion de los jóvenes; sobre todo en nuestra época en que las pretensiones literarias se han estendido desmedidamente, para mezclarse, en singular liga, con el espíritu de cálculo é interes mercantil.

El estilo de la amplificacion histórica embellecido con algunos adornos conviene á la amplificacion literaria. Sin embargo, estos adornos deben ser empleados con estrema sobriedad, porque podrian dar la apariencia de una declamacion á una obra que debe parecerse mas bien á una esposicion casi científica.

4. Modelo de amplificacion literaria:

DE LA CRÍTICA.

Asunto.—La crítica es el exámen de las obras del espíritu pero procede del sentimiento así como del juicio. Por esto, el escritor crítico contribuye á nuestro placer, casi á nuestra dicha, al asociarnos á sus emociones.

Amplificacion.—La crítica es inseparable de las letras, de las que forma una parte esencial. No tan solo examina las obras del espíritu, sino que trata de deducir de ellas reglas, iluminando así las sendas del porvenir; no solo busca en la comparacion de las producciones del arte, en su conformidad con las leyes de la razon y la sensibilidad, una autoridad para los juicios que emite, sino que la crítica tiene una vida que le es propia: no es ella un trabajo, es un sentimiento.

Del mismo modo que admiramos los objetos de la naturaleza, del mismo modo que estamos conmovidos por las afecciones humanas, del mismo modo que la creacion del poeta ó del artista nos hace esperimentar una viva impresion, así tambien el crítico nos asocia á lo que ha sentido; nos hace participar de su inspiracion; de manera que los placeres del espíritu, el movimiento de la imaginacion, los beneficios de las letras y de las artes, ocupan un gran espacio en la vida del alma y contribuyen á nuestra satisfaccion, casi diria, á nuestra felicidad.

El crítico es aquel que nos habla de sus nobles goces, que nos refiere con elocuencia lo que ha sentido, que nos llama para que admiremos lo que ha escitado su admiracion, que nos comunica sus emociones y despierta nuestras simpatías.

5. Del análisis crítico.—Uno de los estudios mas interesantes para el espíritu de los jóvenes, consiste en tratar de darse cuenta de los méritos que provocan la admiracion por las obras de los grandes escritores. En efecto, el análisis razonado de los procedimientos y medios usados por los buenos escritores y por los grandes maestros, es la mejor escuela de gusto.

El estudio crítico de sus obras está sometido á un órden metódico, cuyos rasgos principales son fijados de la manera siguiente por el buen sentido y la esperiencia:

1° Buscar la idea madre que hace el asunto mismo del trozo y que es de ordinario indicada por solo el título de la composicion.

2° Reconocer y apreciar los medios por los cuales esta idea ha sido desarrollada.

3° Examinar y juzgar el estilo en sus caractéres generales, en sus calidades particulares y en su relacion con las ideas y los sentimientos que el autor ha querido espresar.

El espíritu dominante de la crítica debe ser la tendencia para descubrir y esplicar las calidades distintivas de un escritor; el placer de denigrar es una triste satisfaccion de la vanidad y de la necedad; solo el placer de la admiracion es fecundo y vivificante. Por esto, el carácter esencial de la crítica consiste en ser imparcial con un deseo sincero y constante de descubrir, proclamar, admirar lo bueno y lo bello.

6. Modelo de análisis crítico.—Una de las aplicaciones mas regulares y mas felices de estos principios elementales de la buena crítica se encuentra en el siguiente estudio de Batteux:

ANALISIS CRITICO DE LA FABULA.

LE CHÊNE ET LE ROSEAU.

La Fontaine ponia en el rango de sus mejores fábulas la de la Encina y la Caña. Antes de leerla, busquemos nosotros mismos cuales serian las ideas que la naturaleza nos presentaria sobre este asunto. Tomemos la delantera para ver si el autor seguirá el mismo camino que nosotros.

Desde que se nos habla de la Encina y de la Caña, nos llama la atencion el contraste entre lo grande y lo pequeño, entre el fuerte y el débil. Hé aquí una primera idea que nos es suministrada por solo el título del asunto; estariamos chocados, si en el relato del poeta se hallase trastornada de tal manera que se concediese la fuerza y la altura á la Caña, y la pequeñez y la debilidad á la Encina; no dejariamos de protestar en favor de los derechos de la naturaleza diciendo que no es espresada, que no es imitada: el autor está pues comprometido por solo este título.

Si se supone que las dos plantas se dirijen la palabra, se comprende que la Encina ha de hablar con altanería y confianza, la Caña con modestia y sencillez; otra exigencia de la

naturaleza. Entretanto, como casi siempre ocurre que los que toman un tono altanero son unos necios, y que las personas modestas tienen razon, no causaria sorpresa ni disgusto el ver humillado el orgullo de la Encina y salva la modestia de la Caña. Pero, esta idea se halla envuelta en las circunstancias de un suceso que todavía no se concibe. Apresurémonos á ver como lo desarrolla el poeta:

Le Chêne un jour dit au Roseau:
"Vous avez bien sujet d'accuser la nature."

El discurso es directo; este modo es mas vivo; se cree oir á los mismos actores, el discurso es dramático. Este segundo verso contiene la proposicion del asunto é indica cuál será el tono de todo el discurso; la Encina ya manifiesta sentimiento y compasion, pero de esa compasion orgullosa con que se hace sentir al desgraciado las ventajas que le tenemos ganadas:

Un roitelet pour vous est un pesant fardeau.

Esta idea de la debilidad es muy viva y muy humillante para la Caña, huele á insulto.

Le moindre vent qui d'aventure
Fait rider la face de l'eau,
Vous oblige à baisser la tête.

Es el mismo pensamiento bajo otra imájen. El poeta solo raciocina mediante ejemplos; es el modo mas sensible, porque hiere la imaginacion al mismo tiempo que el espíritu. Estos tres versos son dulces; parece que la Encina se rebaja hasta este tono de bondad por conmiseracion hácia la Caña. Habla de sí misma en términos muy diferentes:

Cependant que mon front, au Caucase pareil,
Non content d'arrêter les rayons du Soleil,
Brave l'effort de la tempête.

¡Qué nobleza en las imágenes! ¡Qué soberbia en las espresiones y en los jiros! *Cependant que*, término noble y pomposo; *au Caucase pareil*, comparacion hiperbólica; *arrêter* indica una especie de dominio y superioridad; ¿sobre quién? sobre el mismo sol; *braver* no significa solamente *résister*, sino *résister avec insolence*. Estos tres versos, cuya armonía es fuerte, llena, grandes y nobles las ideas, contrastan con los tres anteriores, cuya armonía es dulce así como las ideas.

Tout vous est aquilon, tout me semble zéphyr.

La Encina vuelve á su paralelo tan lisonjero para su amor propio, y para hacerlo mas sensible, lo reduce á dos palabras: "tout vous *est* réellement aquilon, et à moi tout *me semble* zéphyr." El contraste está observado por todas partes, hasta en la armonía: *tout me semble zéphyr* es mucho mas dulce que *tout vous est aquilon*. ¡Qué energía en la brevedad!

Encore si vous naissiez à l'abri du feuillage
Dont je couvre le voisinage,
Vous n'auriez pas tant à souffrir;
Je vous défendrais de l'orage.

Estando satisfecho el orgullo de la Encina, toma de nuevo su anterior tono de compasion. ¡Qué placer hay en presentarse á sí mismo como alguien que proteje!

Mais vous naissez le plus souvent
Sur les humides bords des royaumes du vent.

Este giro es poético, y aun de la poesía elevada, lo que no desdice en boca de la Encina.

La nature envers vous me semble bien injuste!

Esta es la conclusion que pronuncia la Encina, apoyando sin duda en ella con ofensiva conmiseracion.

Se espera con impaciencia la respuesta de la Caña. La Fontaine, que ha sabido despertar el interés, no encontrará dificultad para satisfacerlo. La respuesta de la Caña será cortés, si bien seca, sin que esto cause sorpresa:

—Votre compassion, lui répondit l'arbuste,
Part d'un bon naturel.

Es una antífasis; la Caña no ha querido decirle que su compasion provenia del orgullo, si bien le hace sentir que habia examinado y visto su móvil; á la Encina competia comprender este discurso. Todo lo que sigue es seco y aun amenazante:

Mais quittez ce souci:
Les vents me sont moins qu'à vous redoutables;
Je plie et ne romps pas. Vous avez jusqu'ici,
Contre leurs coups épouvantables,
Résisté sans courber le dos;
Mais attendons la fin."

El discurso no es largo, pero es enérgico. Los actores ya no

tienen nada que decirse; toca al poeta concluir el relato. Asume el tono de la materia; pinta un furioso huracan:

Comme il disait ces mots,
Du bout de l'horizon accourt avec furie
Le plus terrible des enfants
Que le Nord eût portés jusque là dans ses flancs.

El viento parte de los confines del horizonte; su rapidez crece á medida que avanza; hay imágen. En vez de decir un *vent du nord*, el poeta lo personifica, y la perífrasis da nobleza á la idea.

L'arbre tient bon; le Roseau plie.

Hé aquí á nuestros dos actores en situacion paralela

Le vent redouble ses efforts,
Et fait si bien qu'il déracine
Celui de qui la tête au ciel était voisine,
Et dont les pieds touchaient à l'empire des morts.

Estos versos son hermosos, nobles; la antítesis y la hipérbole que se encuentran en los dos últimos, les hacen sublimes.

El poeta, como se ve, ha seguido las ideas que el asunto presenta naturalmente, estableciendo así la verdad de su relacion. Pero, ha sabido darle realce con todos los adornos que podian cuadrarle; de aquí su belleza. Sus pensamientos, sus espresiones, sus giros están en perfecta armonía con el asunto, cuyas partes todas son adecuadas y unidas por la hilacion y el órden de las palabras, por la forma del estilo, presentándonos de esta manera un cuadro del arte en que todo es gracia y verdad. Agregad á esto el sentimiento que reina desde el principio hasta el fin, y lo anima todo. Contiene esta composicion cuanto se puede apetecer en una fábula perfecta.

7. De la amplificacion moral.—Este género de composicion está en el límite estrecho que separa la retórica de la filosofía. Hay gran número de verdades morales que son principios de sentido comun, respecto de los cuales la argumentacion no necesita precision y rigor científicos; pueden, de consiguiente, admitir la forma literaria y fácilmente se prestan á esos sobrios adornos que dan encanto á la verdad sin encubrirla, disfrazarla ó alterarla en nada. Los ora

dores del púlpito en todo tiempo han suministrado brillantes ejemplos de esta union fecunda de la lójica y la imajinacion. En esta union debe dominar la razon, pero sin sofocar las calidades literarias del espíritu y del estilo.

8. Modelo de amplificacion moral.—Se puede dar mayor atractivo y vivacidad á la esposicion de una verdad moral empleando una alegoría trasparente como en la amplificacion que sigue de este simple lugar comun: los hombres mas cuerdos son á menudo irracionales en sus votos y ruegos.

RUEGOS DE LOS HOMBRES.

Asunto.—Luciano, en los últimos dias de su vida, fué á pasar algun tiempo en casa del filósofo Xilander, cerca de Atenas. Al volver una noche de las fiestas de Júpiter, aturdido por el estrépito de los regocijos públicos, se sienta al pié de un árbol, y durmiéndose, tiene una vision.

Júpiter se le aparece, convidándole á que escuche con él los ruegos de los mortales, y le manda abrir un escotillon al que se dirijen el incienso y los votos de toda la tierra.

Mil ruegos se hacen oir á un mismo tiempo; Júpiter da órden á Boreo de restablecer el silencio, y la voz de un estudiante es la única que sube; en seguida, es un pueblo entero que, con motivo de un tirano, dirije á Júpiter votos contradictorios; despues, vienen los ruegos inspirados por diversas pasiones; en fin el ruego del mismo Xilander, ruego mas irracional que todos los otros.

Júpiter, indignado, deja caer otra vez el escotillon, y Luciano se despierta.

Amplificacion.—Luciano, en los últimos dias de su vida, fué á pasar algun tiempo al lado del filósofo Xilander, que vivia á corta distancia de Atenas. Un dia, despues de haber asistido á las fiestas de Júpiter, que celebraban los Atenienses con la mas fastuosa magnificencia, volvia á casa de su huésped, aun aturdido por el estrépito de los regocijos públicos, fatigado de la pompa y de la locura de los Atenienses; entretanto, satisfecho del empleo de su dia, pues jamás el mundo le habia parecido tan ridículo, jamás habia recojido contra los hombres burlas tan finas, ni tan picantes. No sé qué autor añade aun que los lijeros vapores de un vino de Chio tambien podian contribuir á

alumbrar los oscuros senos de la moral en el cerebro del buen anciano. La noche era una de las mas bellas de la Atica; todo estaba en calma á su alrededor; empezaba la luna á derramar sobre las campiñas, su luz dulce y pálida que parecia convidar al sueño. Pronto cedió el filósofo á tantas agradables impresiones, y hé aquí cómo terminó su festivo dia con una vision aun mas festiva.

Vió abrirse ante sí las puertas del Olimpo; el gran Júpiter, de lo alto de su trono, le hizo una señal para que se acercara. Ya no tenia el Dios esa frente terrible que Homero nos representa preñada de amenazas y haciendo temblar los cielos; se sonreia al mirar al sabio, cuya sorpresa parecia causarle entretenimiento. "Buenos dias, Luciano, le dijo, bienvenido seas. Voy á dar audiencia á los ruegos de los hombres; ¿quieres escucharlos conmigo?" Confuso por semejante honra el filósofo contestó á Júpiter con un cumplimiento de gusto asaz equívoco, que perdonaré al lector así como otros muchos detalles. El padre de los Dioses le manda entónces levantar un escotillon colocado al pié de su trono, al que se dirijen, de todos los ámbitos de la tierra, los votos y sacrificios de los mortales. No bien estuvo abierto el escotillon, cuando una nube de humo estuvo á punto de sofocar al filósofo. Al mismo tiempo, el sonido atronador de mil voces le aturdió de tal modo que se imaginó haberse ensordecido para el resto de sus dias. Júpiter, que no dejaba de estar á su vez muy molestado por estas bocanadas, llamó al impetuoso Boreo, y, no pudiendo hacer oir su voz, le mandó con una señal de cabeza que espeliese con su aliento este importuno vapor.

Era imposible distinguir nada en medio de esta confusion de gritos y votos; solo las palabras de riquezas, honores, larga vida, se dejaban oir sin dificultad, porque eran repetidas mas á menudo y con mayor fervor que las demas. Entónces Júpiter bajó el escotillon y lo dejó casi cerrado, de modo que no podia ya salir mas que un ruego á un mismo tiempo.

El primero que oyeron fué el de un jóven estudiante de Atenas: "Gran Júpiter, decia, tú conoces mi mérito; sabes cuan superior soy á todos mis rivales: ¡desaparezcan ellos ante mi gloria, humillados y confundidos! Tengo dos jarras de plata: la una es para el maestro que nos juzga; la otra para tí si cumples mis votos."—"Señor Júpiter, dijo el filósofo, ¿no enviareis á Mercurio á que corte las orejas á este impudente?—Despacio, mi querido Luciano, no sabes que haciéndolo así, se tendria que cortar las orejas á toda la juventud de Atenas: Mercurio tendria demasiado trabajo."

De repente fué interrumpido por una multitud de votos que le dirijia un pueblo entéro por la salud de un tirano. Luciano

se sorprendió mucho, cuando, despues de haber oido ruegos pronunciados con tanto ardor y devocion, oyó las mismas voces murmurar sordamente maldiciones contra su príncipe, y reproches á Júpiter porque no habia todavía aniquilado al tirano. Pero el señor de los Dioses se indignó tanto de la bajeza de estos miserables, que acojió, para castigarles, el primer voto, desechando el segundo.

Venian en seguida los ruegos de costumbre; un piadoso jóven suplicaba á Júpiter, que librara cuanto antes de las miserias de la vida humana á su viejo tio, cuya herencia aguardaba; un avaro pedia otro talego de plata; un médico pedia enfermos, no se diga para sanarlos; un chistoso, agudezas; un retórico, frases.

Miéntras el filósofo hacia en sus adentros reflexiones sobre todos estos ruegos, una voz cascada dejó oir estas palabras: "Padre de los Dioses y de los hombres, ya no os pido mas que un año de vida despues del cual moriré contento." "Este sí que es el mas impertinente de los ancianos que haya en el mundo, dijo Júpiter; hace mas de diez y seis años que me está dirijiendo el mismo voto. Pedíame, cuando no tenia mas que setenta años, le dejase vivir hasta que pudiese ver casada su hija; lo permití. En seguida, no tuvo mas deseo que ver concluida la educacion de su nieto. Ahora me está suplicando para que le deje acabar una casa que hace edificar, pues esta es hoy la locura general. Cansado estoy de vanos pretestos para prolongar una vida ya demasiado larga.

"Pero, continuó con ira, ¿no he de oir mas que votos insensatos y locos ruegos? ¿Acaso no recibiré jamás un ruego razonable entre los de tantos mortales que cada dia me imploran?"

El dios irritado estaba por cerrar el escotillon, cuando le suplicó Luciano que escuchase todavía una voz que conoció ser la de su huésped, el ateniense Xilander, uno de los filósofos mas estimados en su época: "con mucho gusto; tal vez que este tenga razon por todos los demás." "Gran Júpiter, decia el filósofo, mi sabiduría es la que me ha conquistado tanta reputacion en mi patria; aumentad en mí esta sabiduría tan preciosa; sobre todo, haced crecer al mismo tiempo esta barba espesa sin la cual todo mi mérito ..." Júpiter, indignado, hizo caer el escotillon con violencia, y tantas fueron las ganas de reirse que se apoderaron de Luciano, que se despertó sobresaltado.—*V. Cousin.*

Un modo mas severo de tratar un asunto moral, consiste en desarrollar los argumentos en apoyo de la tésis que se trata de plantear y hacer aceptar. En-

tonces la amplificacion literaria se trasforma casi en una disertacion filosófica.

DE LA EDUCACION.

Asunto.—La educacion tiene un doble fin: 1° desarrollar en el hombre la intelijencia y la voluntad; 2° prepararle para el papel que debe desempeñar en la sociedad.

Amplificacion.—La educacion no es mas que el perfeccionamiento del hombre segun el plan trazado por la Providencia. Esta obra se cumple por el desarrollo elevado, libre, generoso, de todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas del niño; así es como viene á ser para él la preparacion lejana, si bien esencial á todos los deberes que tendrá que desempeñar mas tarde sobre la tierra.

Pero, al lado de este fin general, de esta preparacion lejana, debe la educacion proponerse otro fin, un fin especial; debe ofrecer al hombre una preparacion próxima é inmediata á su vocacion social.

Desde luego, todo individuo debe trabajar para llegar á ser hombre honrado é intelijente, hábil y virtuoso; es este el fin comun, general, necesario. Pero, además, siempre tiene una vocacion especial, en virtud de la cual está llamado á desempeñar tal ó cual funcion en la sociedad humana. Fuera de la educacion general y esencial que, antes que todo, forma al hombre, lo inicia de lejos en todas las cosas, desarrolla en él y eleva las facultades generales de la naturaleza, haciendo así de él un hombre digno de tal nombre; debe, pues, existir una educacion especial y profesional que tambien forme al ciudadano y lo prepare á servir á su patria en tal ó cual profesion, mediante la que deberá alcanzar su fin particular y hacerse al mismo tiempo útil á sus semejantes.

Estos dos géneros de educacion son de igual importancia para el hombre. La una le da toda la dignidad, toda la fuerza de su naturaleza, lo eleva por sobre todas las cosas en este mundo, lo hace apto para alcanzar el fin mas alto en un mundo mejor, al paso que lo torna mas hábil y mas fuerte en este. El otro lo perfecciona con relacion á su vocacion sobre la tierra y lugar en la sociedad, preparándolo á ello directamente, y haciéndolo entrar así con firmeza en las vias providenciales que Dios ha trazado para él, como un camino especial hácia el fin supremo y definitivo.

Estas dos educaciones no son opuestas la una á la otra; muy al contrario, pues se fortifican, se perfeccionan, se completan una con otra.

9. Resúmen y reglas.—Las observaciones generales sobre estos asuntos pueden ser resumidas en las cinco reglas siguientes como principios de la crítica literaria y moral:

I.—*La amplificacion histórica será sencilla, clara y precisa en el pensamiento y en la forma.*

II.—*La amplificacion literaria debe agregar á esto algunos adornos en armonía con el asunto.*

III.—*La crítica literaria debe ser animada con el deseo de hallar lo bueno para ilustrarse é instruirse.*

IV.—*Estudiar la idea madre, despues las ideas accesorias, en fin el estilo.*

V.—*La amplificacion moral debe subordinarlo todo á la precision en las ideas y razonamientos.*

NARRACIONES.

Escena campestre.

1.—Yo he presenciado una escena campestre, digna de los tiempos primitivos del mundo, anteriores á la institucion del sacerdocio. Hallábame en 1838 en la Sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Habia edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años habian carecido. Era aquel un cuadro homérico; el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvian al redil hendian el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cútis, los ojos azules, la frente espaciosa y despejada, hacia coro, á que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones cuyos caballos, no bien domados aun, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluido el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oido voz mas llena de uncion, fervor mas puro, fé mas firme, ni oracion mas bella, mas adecuada á las circunstancias, que la que recitó. Pedia en ella á Dios, lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para

los caminantes. . . . Yo soy muy propenso á llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento relijioso se habia despertado en mi alma con exaltacion y, como una sensacion desconocida; porque nunca he visto escena mas relijiosa; creia estar en los tiempos de Abrahan, en su presencia, en la de Dios y de la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre candoroso é inocente me hacia vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos.—*D. F. Sarmiento.*

Las catacumbas.

2.—Un dia fuí á visitar la Fuente Egeria. Sorprendióme la noche; y para volver á tomar la Via Apia, me dirijí hácia el sepulcro de Cecilia Metela, obra maestra de elegancia y grandeza. Al atravesar unos campos abandonados, advertí que muchas personas se deslizaban por la oscuridad, y que, deteniéndose todas en un mismo paraje, desaparecieron repentinamente. Movido de curiosidad, me adelanto, entro animosamente en la caverna donde se habian sumido los fantasmas misteriosos, y veo prolongarse enfrente de mí unas galerías subterráneas, que apenas recibian luz de algunas lámparas colgadas de trecho en trecho. A entrambos lados de aquellos fúnebres corredores, habia en las paredes tres filas de sepulcros, colocados unos sobre otros. La luz lúgubre de las lámparas, deslizándose por las paredes de las bóvedas y moviéndose con lentitud á lo largo de los sepulcros, parecia que daba una movilidad espantosa á aquellos objetos eternamente inmóviles. En vano aplicaba yo atentamente el oido para aprovecharme de cualquier ruido que oyese, y caminar al través de aquel abismo de

silencio; en el reposo absoluto de aquellos sitios, no oia mas que los latidos de mi corazon. Quise volver atrás, pero ya no era tiempo; tomé un camino por otro, y en vez de salir de aquel dédalo, me interné mas en él; nuevas calles que por todas partes se abren y se cruzan, aumentan á cada instante mi perplejidad; cuanto mas me esfuerzo en hallar un camino, mas me estravío; unas veces me adelanto con lentitud, otras paso con velocidad, y entónces por un efecto del eco que repetia el ruido de mis pisadas, me figuraba que oia caminar precipitadamente detrás de mí.

Hacia ya mucho rato que andaba estraviado de este modo; comenzaba á perder las fuerzas, y me senté en una encrucijada solitaria de la ciudad de los muertos. Miraba con inquietud la luz de las lámparas, casi consumidas, que amenazaban apagarse, cuando de lo profundo de aquellas mansiones sepulcrales sale repentinamente una armonía, semejante á un coro lejano de espíritus celestiales: aquellos divinos acentos espiraban y renacian alternativamente; y aun parecian adquirir mayor suavidad, perdiéndose en los tortuosos caminos del subterráneo. Levántome, me dirijo hácia el paraje de donde salian aquellos mágicos conciertos, y descubro una sala iluminada. Sobre un sepulcro adornado de flores, celebraba Marcelino el misterio de los Cristianos; unas doncellas, cubiertas con velos blancos, cantaban al pié del altar; una crecida concurrencia asistia al sacrificio. Conocí entónces que me hallaba en las Catacumbas.—*Chateaubriand.*

Peste de Aténas.—43 años ántes de J. C.

3.—Al principio del segundo año de la guerra del Peloponeso, se declaró la peste en Aténas. Nunca este azote terrible asoló tantos paises. Salido de la

Etiopia, habia recorrido el Egipto, la Libia, una parte de la Persia, la isla de Lemnos, y otros lugares. Un barco mercante lo introdujo sin duda en el Pireo, donde se manifestó al principio; de allí se difundió con furor por toda la ciudad, y sobre todo en aquellas habitaciones oscuras y enfermizas, donde los habitantes del campo estaban amontonados.

El mal atacaba sucesivamente todas las partes del cuerpo: los síntomas eran espantosos, los progresos rápidos, y las consecuencias casi siempre mortales. Desde los primeros ataques, perdia el espíritu sus fuerzas, y el cuerpo al parecer las adquiria nuevas; y era un cruel tormento resistir á la enfermedad, sin poder resistir al dolor. Las vigilias, los terrores, los sollozos continuos, las convulsiones violentas, no eran los únicos tormentos que padecian los enfermos, sino que les devoraba interiormente un ardor insufrible. Cubiertos de llagas y de manchas lívidas, los ojos encendidos, oprimido el pecho, despedazadas las entrañas, exhalando un hedor pestilente de su boca manchada con sangre impura, se les veia arrastrarse por las calles para respirar mas libremente, y no pudiendo apagar la sed abrasadora que los consumia, precipitarse en los pozos y en los rios cubiertos de hielo.

La mayor parte morian al séptimo ó noveno dia. Si prolongaban la vida mas allá de estos términos, era para sufrir una muerte mas dolorosa y mas lenta.

Los que no morian de la enfermedad, casi nunca la tenian otra vez. ¡Débil consuelo, pues que no ofrecian á la vista mas que los restos infelices de lo que fueron! Unos habian perdido el uso de algunos miembros, y otros no conservaban ninguna idea de lo pasado! ¡Felices sin duda en ignorar su situacion, pues no podian reconocer á sus amigos!

El mismo método de curar producia unas veces efectos saludables, y otras perniciosos; parecia que la enfermedad se burlaba de las reglas y de la esperiencia. Como se estendia tambien por muchas provin-

cias de la Persia, resolvió Artaxerxes llamar al célebre Hipócrates, que estaba entónces en la isla de Cos. En vano le convidó con oro y dignidades; este grande hombre respondió al gran rey, que él no tenia ni necesidades ni deseos, y que se debia á los Griegos mas bien que á sus enemigos. En efecto, vino á ofrecer sus servicios á los Atenienses, quienes lo recibieron con tanto mayor reconocimiento, cuanto la mayor parte de sus médicos habian muerto víctimas de su celo. Agotó los recursos de su arte, y espuso muchas veces su vida: y si no logró todo el feliz éxito que merecian tan grandes sacrificios y talentos, á lo menos dió consuelos y esperanzas. Se dice que para purificar el aire mandó encender grandes hogueras en las calles de Aténas; otros pretenden que este medio le empleó con utilidad un médico de Agrijento, llamado Acron.

Al principio de la epidemia se vieron grandes ejemplos de piedad filial y de amistad generosa; pero como casi siempre fueron funestos á sus autores, rara vez se renovaron en lo sucesivo. Entónces se rompieron los lazos mas respetables; los ojos próximos á cerrarse eternamente, no vieron por todas partes mas que una soledad profunda, y la muerte no hizo ya derramar lágrimas.

Este endurecimiento produjo una licencia desenfrenada. La pérdida de tantas gentes buenas, confundidas en un mismo sepulcro con los malvados, y la ruina de tantos caudales hechos de repente herencia ó presa de los ciudadanos mas oscuros, llamaron vivamente la atencion de los que no tenian mas principio que el temor; persuadidos de que los Dioses no se interesaban ya por la virtud, y que la venganza de las leyes no seria tan pronta como la muerte que les amenazaba, creyeron que la fragilidad de las cosas humanas les indicaba el uso que debian hacer de ellas, y que no teniendo mas vida que la de algunos momentos, debian á lo menos pasarlos en el seno de los placeres.

Al cabo de dos años pareció que calmaba la peste.

En este intérvalo se vió mas de una vez que el gérmen del contagio no estaba destruido; y así volvió á producirse diez y ocho meses despues, y en el discurso de un año renovó las mismas escenas de duelo y horror. En una y otra época pereció un gran número de ciudadanos, entre los cuales es necesario contar cerca de cinco mil hombres aptos para llevar las armas. La pérdida mas irreparable fué la de Pericles, que murió de resultas de la epidemia en el año tercero de la guerra del Peloponeso (429).—*Barthélemy.*

El Arabe y su caballo.

4.—Un árabe y su tribu habian atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria era completa y los árabes estaban ya ocupados en cargar su rico botin, cuando los ginetes del Bajá de Acre, que venian al encuentro de esta caravana, se precipitaron de improviso sobre los árabes victoriosos, mataron á un gran número de ellos, hicieron prisioneros á los demás, y, habiéndoles atado con cuerdas, los llevaron á Acre para regalarlos al Bajá. Abu-el-Marsch, tal era el nombre de este árabe, habia recibido una bala en el brazo durante el combate, y como su herida no era mortal, los Turcos le habian atado sobre un camello, y habiéndose apoderado del caballo, se llevaban caballo y caballero. En la tarde del dia en que debian entrar en Acre, acamparon con sus prisioneros en las montañas de Japhradt; el árabe herido, tenia las piernas atadas juntas con una correa de cuero y estaba tendido cerca de la tienda donde dormian los Turcos. Durante la noche, que pasó en vela por el dolor de su herida, oyó relinchar su caballo en medio de los demás caballos maneados al rededor de las tiendas,

segun la costumbre de los orientales; reconoció la voz, y no pudiendo resistir al deseo de ir á hablar todavía una vez con el compañero de su vida, se arrastró penosamente por el suelo, ayudándose con las manos y las rodillas, y llegó hasta su corcel. "Pobre amigo, le dijo, ¿qué harás tú en medio de los Turcos? Estarás encerrado debajo de las bóvedas de un kan con los caballos de un Agá ó de un Bajá; las mujeres y los niños no te llevarán ya la leche del camello, la cebada ó el *dura* en la palma de la mano; ya no correrás en el desierto, libre como el viento de Egipto; ya no dividirás con tu pecho el agua del Jordan que refrescaba tu pelo tan blanco como su espuma; ¡que, á lo menos, si quedo esclavo, tú seas libre! Vamos, parte, regresa á la tienda que tú conoces, vé á decir á mi mujer que Abu-el-Marsch ya no volverá, é introduce tu cabeza entre las cortinas de la tienda, para lamer la mano de mis hijitos." Hablando así, Abu-el-Marsch habia roido con sus dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve de manea á los caballos árabes, y el animal estaba libre; pero viendo á su amo herido y encadenado á sus piés, el fiel é intelijente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podia esplicarle; bajó la cabeza, olfateó á su amo, y agarrándole con los dientes por la cintura de cuero que tenia al rededor del cuerpo, partió á galope y lo llevó hasta sus tiendas. Al llegar y arrojar á su amo sobre la arena, á los piés de su mujer y sus hijos, el caballo espiró de cansancio. Toda la tribu lo lloró, los poetas lo cantaron, y su nombre está en boca de todos los árabes de Jerichó.—*Lamartine.*

Muerte de Andrés Chénier.

5.—Este jóven poeta que, asociándose al sacrificio del anciano Malesherbes, trazó con mano animosa la

carta en que el rey condenado apelaba al pueblo, Andrés Chénier no tardó en ser considerado como sospechoso por la recelosa tiranía que pesaba por aquel entónces sobre la Francia. Fué conducido á la casa de detencion de San Lázaro, donde halló una muchedumbre azorada que parecia ya herida de muerte. Ninguna ilusion se hacia él sobre su suerte; al oir cerrarse detrás de sus pasos la puerta de la cárcel, se imaginó sentir el hacha descargarse sobre su cabeza, diciéndose á sí mismo que ya todo habia concluido. Entretanto, cada vez que se hallaba en la sala comun con los demás presos, reanimaba el valor de todos y los arrancaba momentáneamente á la desesperacion. Agolpábanse todos esos desventurados en derredor del poeta, cuyos ojos aun lanzaban chispas, y que les recitaba una de esas ingenuas composiciones pastoriles que recordaban la amena sencillez de Teócrito. A los primeros acentos de su voz, veíanse despejarse frentes anubladas por el dolor, y vagar una sonrisa sobre descoloridos labios, cual si llegara del cielo un rayo de sol por entre las rejas de la prision. Luego, animándose con la misma emocion que escitaba, continuaba el poeta recitando versos compuestos en mejores dias. Los presos, arrastrados por la dulce melodía, perdian por un momento el sentimiento de sus males; su imaginacion, un instante emancipada, veia los amores de los pastores, y respiraba el aire embalsamado de los bosques. Pero dura poco el entusiasmo: luego que el poeta cesaba de hablar, mirábanse asombrados estos desgraciados, pues la terrible realidad reaparecia en todo su horror; y sus hierros, olvidados un instante, les parecian aun mas pesados. Pronto resonaba á su vez la voz del carcelero; dispersábase la muchedumbre, dirigiéndose cada uno á su celda para volver á hallar en ella, en lugar del sueño, el sentimiento de su desgracia y el temor de la muerte.

En el número de las víctimas, notábanse mujeres

cuya gracia y virtudes merecian otra suerte. Algunas, por sublime esfuerzo, parecian resignadas, y veian sin murmurar el cadalso que las esperaba, dando á menudo á los hombres el ejemplo del valor; pero una de ellas, brillante de juventud, lamentaba candorosamente el horror de su triste destino; lloraba sobre sí misma, diciendo como la Ifigenia de Eurípides: "¡á mi edad, es tan dulce ver la luz del dia!" Andrés Chénier, movido por una profunda compasion, interpretó en preciosos versos las lamentaciones y suspiros de *la jóven cautiva.*

"¿Me toca acaso morir? Tranquila duermo y tranquila velo, sin que agovie el roedor remordimiento mi sueño ó vigilia. Todos los ojos acogen risueños mi despuntar al dia, y mi aspecto en estos lugares reanima un tanto el júbilo en las frentes abatidas.

"¡Aun dista tanto de su fin mi viaje ameno! Apenas han dejado atras mis pasos los primeros olmos que lindan el camino! En el banquete de la vida comenzado apenas, un solo instante han libado mis labios la copa llena aun en mis manos.

"Estoy en la primavera, y deseosa de ver la cosecha; quiero, como el sol, acabar mi año de estacion en estacion. Brillante en mi tallo y honor del jardin, solo he visto fulgurar los primeros albores matutinos, y deseo concluir el dia.

"O muerte! aun puedes aguardar; aléjate, aléjate; ve á consolar los corazones carcomidos por la vergüenza, el espanto, la pálida desesperacion: que para mí guarda todavía Palés verdes asilos, encantos el amor, conciertos las Musas. No, no quiero aun morir."

Entretanto, miéntras que esos juegos poéticos amenizaban el horror de su prision, corria el tiempo, y Andrés Chénier fué designado entre los que debian ser trasladados de San Lázaro á la Concergería, para comparecer ante el tribunal revolucionario. Subió con aire reposado al carreton que le esperaba en la puerta; pero, ¡cuál no seria su dolor, cuando vió sentado á su lado

al antiguo amigo de su juventud, al compañero de sus trabajos, á Roucher, que gemia desde largo tiempo en la misma cárcel, y que con él iba á ser juzgado! Dicen, sin embargo, que durante el trayecto, su conversacion fué apacible y dulce: recordaron sus caras ocupaciones, sus proyectos de gloria y dicha, sus obras bosquejadas; citaron aun algunos versos de los poetas que preferian; siendo conmovedor el oir á esos dos hombres, nacidos para honrar las letras de su pais, recitar varios trozos de Virgilio ó de Racine, al dirijirse hácia el tribunal que debia hacer caer sus cabezas. Presentáronse ante esos verdugos que se daban el nombre de jueces, y, condenados en el acto, casi sin haber sido oidos, fueron á pasar su última noche en la prision de la Concergería.

Al dia siguiente, los dos amigos que ya no debian separarse, aparecieron en el fatal carreton, tan serenos como la víspera. Veíase sin embargo en la espresion de sus rostros una notable diferencia: Roucher, de mayor edad, y, es preciso confesarlo, menos poeta que Chénier, inclinaba la cabeza, parecia doblegado bajo el peso de una profunda tristeza: verdaderos lazos le ligaban á esa vida que iba á perder, y, en la languidez de sus facciones, en las lágrimas que, á pesar suyo, corrian de sus ojos, fácil era imaginar que pensaba en su mujer y en sus hijos. Andrés, en el pleno vigor de un talento que el tiempo aun no habia desarrollado, alzaba al cielo una miraba inspirada; agolpábanse, encendíanse sus ideas; torrentes de poesía parecian cruzar por su alma; luego, como oprimido por ese raudal de inútiles riquezas, y llevando la mano á la frente donde irradiaban nobles pensamientos, decia á los que con él iban á morir: "¡Cómo! ¡perecer tan pronto! sentia entretanto algo aquí!" El pueblo, sumerjido en mustio y estúpido silencio, vió pasar el carreton, como habia visto pasar otros tantos. Miraban los unos estas víctimas rodeadas de guardias como un espectáculo ofrecido á su curiosidad; los

otros gemian en secreto, ocultando toda su indignacion en el fondo de su corazon, pues en tiempos de revolucion los hombres no piensan mas que en la propia seguridad, y el terror, como la peste, los hace egoistas y crueles.

Párase en fin el carreton; ya llegó al sitio del suplicio. Andrés Chénier y su amigo son los primeros en subir al cadalso, y los dos poetas dan á sus compañeros el ejemplo del valor y de la resignacion. —*Filon.*

Muerte de Cárlos I.

6.—Despues de cuatro horas de profundo sueño, se levantó Cárlos de su lecho: "Tengo que terminar un gran asunto, dijo á Herbert, es menester que me levante pronto!" y se puso al tocador. Turbado, Herbert le peinaba con menos cuidado que de costumbre: "Poned, os lo ruego, dijo el rey, el esmero de siempre, aunque no deba mi cabeza quedar mucho tiempo sobre mis hombros; quiero estar hoy acicalado como un novio." Al vestirse, pidió una camisa mas; "La estacion es tan fria, dijo, que podria temblar; algunos lo achacarian tal vez á miedo; y no quiero que sea posible semejante suposicion." —Apenas apuntó el dia, cuando llegó el obispo y comenzó los ejercicios religiosos; y como leyera en el capítulo XXVII del Evangelio segun Mateo, el relato de la pasion de Jesucristo, preguntó el rey: "Milord, ¿habeis escogido este capítulo como el mas aplicable á mi posicion?—Ruego á Vuestra Magestad que observe, respondió el obispo, que es el Evangelio del dia, como lo prueba el calendario." Mostróse el rey profundamente conmovido, y continuó

con mas fervor sus oraciones. Cerca de las diez, llamaron suavemente á la puerta de la Cámára, Herbert permaneció inmóvil: se oyó otro golpe, un poco mas fuerte, aunque débil aun. "Id á ver quién está ahí," dijo el rey: era el coronel Hacker. "Hacedle entrar, dijo.—Sire, dijo el coronel, en voz baja y un poco trémulo, ha llegado el momento de ir á Whitehall; Vuestra Magestad tendrá todavía mas de una hora para descansar allí.—Parto al instante, respondió Cárlos; dejadme." Hacker salió: el rey se recojió aun durante algunos minutos; despues, tomando de la mano al obispo, dijo: "venid, partamos. Herbert, abrid la puerta; Hacker me ha hecho ya dos advertencias;" y bajó al parque, que debia atravesar para trasladarse á Whitehall.

Muchas compañías de infantería le esperaban allí, formando á su paso una doble hilera; un destacamento de alabarderos marchaba adelante con banderas desplegadas; redoblaban los tambores; el ruido apagaba todas las voces. A la diestra del rey, iba el obispo; á la izquierda, y con la cabeza descubierta, el coronel Tomlinson, comandante de la guardia, y á quien Cárlos, conmovido por sus miramientos, le habia pedido que no le abandonase hasta el último momento. Conversó con él en el tránsito, le habló de su entierro, de las personas á quienes deseaba que lo concerniente á él fuera confiado, conservando el aspecto sereno, la mirada brillante, firme el paso, marchando mas lijero aun que la tropa y estrañando su lentitud. Uno de los oficiales de servicio, proponiéndose sin duda turbarle, le preguntó si no habia asistido con el finado duque de Buckingham, á la muerte del rey su padre: "Amigo mio, respondióle Cárlos, con desprecio y dulzura, si no tuviera mas pecado que ese, por el nombre de Dios te aseguro que no tendria necesidad de pedirle perdon."—Llegando á Whitehall, subió de prisa la escalera, atravesó la gran galería y entró en su dormitorio, donde le dejaron solo con el obispo que se pre-

paraba á darle la comunion. Algunos ministros independientes, Nye y Goodwin entre otros, vinieron á llamar á la puerta, diciendo que querian ofrecer al rey sus servicios: el rey está orando, les respondió Juxon; insistieron: "¡eh! bien! dijo Cárlos al obispo, agradecedles su oferta en mi nombre, pero decidles francamente que despues de haber orado tantas veces contra mí, sin motivo alguno, no orarán jamás conmigo en mi agonía. Pueden, si quieren, orar por mí; lo agradeceré." Se retiraron; el rey se arrodilló, recibió la comunion de manos del obispo, y levantándose con vivacidad: "ahora, dijo, que vengan esos truhanes: les he perdonado de todo corazon, estoy preparado para lo que á va sucederme." Se habia dispuesto su comida: nada queria tomar: "Sire, le dijo Juxon, Vuestra Majestad está en ayunas desde mucho tiempo: hace frio; y tal vez, en el cadalso, alguna debilidad.", . . . —"Teneis razon," dijo el rey; y comió un pedazo de pan y bebió un vaso de vino. Era la una: Hacker llamó á la puerta. Juxon y Herbert cayeron de rodillas: "Levantaos, mi viejo amigo," dijo el rey al obispo, tendiéndole la mano. Hacker llamó de nuevo; Cárlos hizo abrir la puerta: "marchad, dijo al coronel, os sigo." Se adelantó á lo largo de la sala de los banquetes, siempre entre dos hileras de tropas; una multitud de hombres y de mujeres se habia precipitado allí, con peligro de su vida, permaneciendo inmóviles detrás de la guardia, y orando por el rey miéntras pasaba: los soldados mismos, silenciosos, no los molestaban. En la estremidad de la sala, una abertura practicada en el muro, el dia anterior, conducia llanamente al cadalso enlutado; habia dos hombres, de pié cerca del hacha, ambos vestidos de marinero y enmascarados. Llegó el rey, erguida la cabeza, paseando hácia todos lados sus miradas y buscando al pueblo para hablarle; pero solo las tropas llenaban el sitio; nadie podia aproximarse: dióse vuelta hacia Juxon y Tomlinson: "solo vosotros podeis escucharme, les di-

jo; á vosotros pues dirigiré algunas palabras;" y les dirijió en efecto un breve discurso que habia preparado, grave y templado hasta la frialdad, destinado únicamente á sostener que habia tenido razon, que el desprecio de los derechos del soberano era la verdadera causa de las desgracias del pueblo, que el pueblo no debia tener parte alguna en el gobierno, que solo bajo estas condiciones volveria á hallar el reino, la paz y sus libertades. Miéntras hablaba, alguien tocó el hacha; se dió vuelta rápidamente diciendo: "no melleis el hacha, me causaria mayor dolor." Y terminando su discurso, como alguien se aproximara todavía: "¡cuidado con el hacha! ¡cuidado con el hacha!" repetía en tono de espanto. Reinaba el mas profundo silencio: se puso un gorro de seda, y dirijiéndose al verdugo: "¿os estorban mis cabellos?" "Ruego á Vuestra Majestad que los recoja debajo de su gorro," respondió el hombre inclinándose. El rey los arregló con la ayuda del obispo: "Tengo en mi favor, le dijo mientras tanto, una buena causa y un Dios clemente.—*Jux.* Sí, Sire, no teneis mas que dar un paso: está lleno de turbacion y de angustia, pero dura poco; y pensad que os hace recorrer un gran trayecto: os trasporta de la tierra al cielo.—*El Rey.* Paso de una corona corruptible á una corona incorruptible, por la cual no tendré que temer ninguna perturbacion, ninguna especie de perturbacion; y, dándose vuelta hácia el verdugo: "¿están bien mis cabellos?" Se quitó su capa y su San Jorje, dió el San Jorje al obispo, diciéndole: "acordaos;" quitóse su vestido, volvió á ponerse su capa y mirando el tajo: "colocadlo de manera que esté bien firme," dijo al verdugo.—Está firme, Sire.—*El Rey.* Haré una corta oracion, y cuando alce las manos, entónces...." Se recojió, se dijo á sí mismo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrodilló, colocó su cabeza sobre el tajo: el verdugo tocó sus cabellos para sujetarlos bajo su gorro: el rey creyó que iba á herir: "Esperad la señal, le dijo.—La es-

peraré, Sire, como Vuestra Majestad lo quiere." Al cabo de un momento, el rey estendió las manos, el verdugo hirió, la cabeza cayó al primer golpe: "¡Hé ahí la cabeza de un traidor!" dijo mostrándola al pueblo. Un largo y sordo gemido se levantó en torno de Whitehall; muchas gentes se precipitaron al rededor del cadalso para empapar sus pañuelos en la sangre del rey. Dos cuerpos de caballería, avanzando en direcciones diferentes, dispersaron lentamente la muchedumbre. El cadalso quedóse solitario: alzaron el cuerpo; estaba ya encerrado en el féretro, cuando Cromwell quiso verle: le consideró atentamente, y levantando con sus manos la cabeza, como para asegurarse de que estaba bien separada del tronco: "Hé ahí un cuerpo bien constituido, dijo, y que prometia vivir largo tiempo."—*Guizot.*

Facundo Quiroga acosado por un tigre.

7.—Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía.* El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del Oriente no pasa la última *represa* ó algibe de campo sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar la estraña escena que sigue: las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros gauchos habian forzado á uno de ellos á abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* á pié, con su montura al hombro, á fin de escapar á las persecuciones de la justicia. Debian alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entónces solo el hambre ó la sed los peligros que

le aguardaban en el desierto aquel, pues un tigre *cebádo* andaba hacia un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habian sido víctimas de su predileccion por la carne humana: Suele ocurrir á veces en aquellos paises en que la fiera y el hombre disputan el dominio de la naturaleza, que este cae bajo la garra sangrienta de aquella: entónces el tigre empieza á gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado á este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones, convoca á los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y direccion se hace la persecucion del tigre *cebado*, que rara vez escapa á la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo habia caminado cosa de seis leguas, creyó oir bramar al tigre á lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido, como el del cerdo, pero ágrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos despues, el bramido se oyó mas distinto y mas cercano; el tigre venia ya sobre el rastro, y solo á una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin, porque los bramidos se sucedian con mas frecuencia, y el último era mas distinto, mas vibrante que el que le precedia. Al fin, arrojando la montura á un lado del camino, dirijióse el gaucho al árbol que habia divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar á su copa y mantenerse en una continua oscilacion, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenia lugar en el camino; el tigre marchaba á paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con mas frecuencia á medida que sentia la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que esta se habia separado del

camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manoton, esparciendo en el aire sus prendas. Mas irritado aun con este chasco, vuelve á buscar el rastro, encuentra al fin la direccion en que va, y levantando la vista, divisa á su presa haciendo con el peso balancearse al algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entónces ya no bramó el tigre; acercábase á saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose á dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba á obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente: dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre; y, al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho, y la fascinacion aterrante que ejercia sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil del tigre, del que por una fuerza invencible de atraccion no podia apartar los ojos, habian empezado á debilitar sus fuerzas, y ya veia próximo el momento en que su cuerpo estenuado iba á caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvacion. En efecto, sus amigos habian visto el rastro del tigre, y corrian sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena; y, volar á él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera, estirada á dos lazos, no pudo escapar á las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, la traspasó el que iba á ser su víctima. "Entónces supe lo que era tener miedo," decia el General D. Juan Facundo Quiroga, contando á un grupo de oficiales este suceso.—*D. F. Sarmiento.*

Los cazadores de la guardia en Waterloo.

8.—Eran las siete. El Emperador informado del movimiento ofensivo de la caballería inglesa, se habia apresurado, algunos momentos antes, á dar á cuatro batallones de la guardia, los que primero habian vuelto de Planchenoit, la órden de ir á sostener nuestra gruesa caballería en las posiciones que habia conquistado, y que, en su opinion, debia ocupar todavía en la plataforma. El mismo, luego que la intervencion de Bulow sobre nuestra retaguardia se hallaba anulada, resolvió colocarse á la cabeza del resto de las tropas para realizar lo que el esfuerzo de toda nuestra caballería no habia obtenido, para acabar la destruccion del ejército inglés. Miéntras daba órdenes con este fin, y para apoyar su derecha, mandaba hácia Planchenoit al general Pelet con los cazadores de infantería, avanzaban los cuatro batallones de la guardia. La aparicion de esta nueva columna, cuyos soldados llevaban altos morriones de pelo, y que marchaba silenciosa y compacta, sorprendió á Wellington, de vuelta en este momento á su puesto de combate. Oponer hombres á estos hombres escojidos, era correr el albur de un contraste casi seguro: el duque ordenó romper la columna á cañonazos; una batería que no debia tirar mas que á metralla vino inmediatamente á colocarse en la direccion de los cuatro batallones. El general inglés y su estado mayor prestaron atencion en el momento del choque; la fusilería cesó en torno de ellos.

La cabeza de la columna no tardó en hallarse á tiro; los soldados que la componian, subian lentamente las pendientes de la plataforma; marchaban de frente, alineados y tranquilos como en un dia de revista; todos llevaban el arma al brazo. Truenan los cañones ingleses; miran Wellington y los oficiales que le rodean: el bosque de morriones de piel que tienen delante es-

perimenta entónces en su parte mas próxima el movimiento de ondulacion que imprime una fuerte ráfaga de viento á las altas espigas de un trigal. La oscilacion se debilita y desvanece. Pónese de nuevo en marcha la columna; parece menos profunda, pero el paso de los soldados se mantiene siempre firme y lento, los fusiles derechos, las filas iguales y apretadas; no se oye ni un disparo, ni el menor grito. Estalla una segunda descarga; se ha tirado de mas cerca. La oscilacion, en la superficie de las primeras filas, es mas pronunciada que en la primera vez; como entonces los morriones y los fusiles se enderezan despues de haberse inclinado lentamente varias veces de izquierda á derecha y de derecha á izquierda. Muévese de nuevo la columna; avanza, lenta siempre, siempre silenciosa; su frente, siempre alineado como un muro, no presenta vacío alguno; pero la masa parece considerablemente reducida. Brilla por tercera vez el fulgor de los cañones ingleses. Disipada la humareda, el estado mayor enemigo interroga con avidez el terreno: la columna apareció aun en el mismo sitio, han dicho testigos oculares, pero, los soldados que no habian caido aun, permanecian inmóviles.—*Vaulabelle.*

Descubrimiento de América.

9.—Mandó Colon que cargasen las velas, que se echara la sonda delante de las naves y que se navegase con lentitud, temiendo los bajíos y escollos, y convencidos de que los primeros albores del crepúsculo descubririan la tierra bajo las proas de sus naves. Nadie durmió en aquella noche suprema, pues la impaciencia del ánimo habia alejado toda necesidad del sueño; los pilotos y los marineros subidos á los pa-

los, á las vergas y á las cofas, rivalizaban entre sí de puesto y atencion para echar una primera ojeada sobre el nuevo hemisferio. El Almirante habia prometido un premio al primero que diese el grito de *Tierra!* si esta, en efecto, justificaba el anuncio; pero la Providencia le tenia reservada á él mismo aquella primera ojeada, que habia comprado á costa de veinte años de vida y de tanta constancia y peligros. Paseándose solo y á media noche por la popa de su nave, fijando su mirada penetrante en las tinieblas, vió pasar y repasar ante sus ojos un destello de luz, al nivel de las aguas. Temiendo ser engañado por una alucinacion ó por una fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un gentilhombre español de la corte de Isabel, llamado Gutierrez, en quien tenia mas fé que en sus pilotos, y le indicó con la mano el punto del horizonte donde habia vislumbrado un fuego, preguntándole si no percibia una luz por aquel lado. Contestó Gutierrez que veia en efecto relucir un resplandor fugitivo en aquella direccion; pero Colon, á fin de confirmarse mas en su conviccion, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, otro de sus confidentes. Sanchez no titubeó mas que Gutierrez en asegurar que veia una claridad en el horizonte, pero esta desaparecia en cuanto aparecia, para volver á aparecer en una emersion alternativa del Océano, sea que fuese la llama de un hogar en una playa baja, descubierta y cubierta alternativamente por el horizonte, ondeando segun el movimiento de las grandes oleadas, sea que fuese el farol flotante de una canoa de pescadores elevándose alternativamente en la cima de las olas y hundiéndose entre ellas. Así se aparecieron á la vez la tierra y la vida á Colon y á sus dos confidentes, bajo la forma del fuego, en la noche del once al doce de Octubre de mil cuatrocientos noventa y dos. Recomendó el almirante á Rodrigo y á Gutierrez que callasen, guardó para sí solo su vision, por temor de causar otra falsa alegría y otro desengaño á sus tripulaciones, y habiendo perdido de vista la luz,

probablemente apagada, veló sobre cubierta, hasta las dos de la madrugada, rezando, esperando y desconfiando él solo, entre el triunfo y el regreso, lo cual debia decidirse al dia siguiente.

Sumido estaba en esa angustia que precede á los grandes descubrimientos de las verdades, como precede la agonía á la franquicia del ánimo que da la muerte, cuando un cañonazo que retumbó en el Océano á algunas centenares de brazas delante de él, vino á estallar á su oido como el rumor de un mundo, y le hizo estremecer y caer de rodillas sobre la popa. Era el grito de *Tierra!* dado por el bronce, —señal convenida con la *Pinta*, que navegaba á la cabeza de la flota para despejar la derrota y sondear el mar. A tal estruendo, estalló en todas las vergas y jarcias de las naves un grito general de *Tierra!* Se amainaron las velas y se esperó la aurora. El misterio del Océano habia ya pronunciado su primera palabra en el seno de la noche, y el dia iba á revelarle enteramente á todas las miradas. Los perfumes mas suaves y desconocidos llegaban por ráfagas hasta las naves con la sombra de una costa, el ruido de las olas en los arrecifes y el viento de tierra. El fuego vislumbrado por Colon anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de civilizacion. Jamás noche alguna pareció mas lenta en descubrir el horizonte, porque este horizonte era para los compañeros de Colon y para él tambien una segunda creacion de Dios.

Al estenderse el crepúsculo en el aire, dejó salir poco á poco las formas de una isla del seno de las aguas. Sus dos cabos se perdian en la bruma matutina y sus dos costas bajas se elevaban en forma de anfiteatro hasta la cima de las colinas cuya verdura sombría contrastaba con el color azul del cielo. A pocos pasos de la espuma de las olas que iban á morir en la arena amarilla, unas selvas de árboles majestuosos y sin nombre aún se estendian gradualmente sobre los diversos planos que presentaba la isla. Verdes ensenadas y claros

luminosos en el fondo dejaban ver á medias los misterios de la soledad y unas habitaciones dispersas semejantes á colmenas de hombres por su forma redonda y sus techos de ramas secas. Veíase tambien elevarse el humo acá y acullá por sobre las cimas de los bosques. Grupos de hombres, de mujeres y de niños, mas asombrados que asustados, asomábanse medio desnudos por entre los troncos de los árboles mas cercanos á la playa, adelantábanse con timidez y retirábanse alternativamente, demostrando con sus jestos y ademanes sencillos tanto amor como curiosidad y admiracion al aspecto de aquellas naves y de aquellos estranjeros llevados allí aquella noche por las olas.

Colon, despues de haber contemplado en silencio aquella primera playa avanzada de la tierra, tantas veces construida en sus cálculos y tan magníficamente colorida en su imaginacion, la halló aun superior á sus pensamientos. Ardia de impaciencia por ser el primer europeo que pusiese el pié en aquella arena y enarbolar allí, con el signo de la cruz y el pabellon de España, el estandarte de la conquista de Dios y de sus soberanos, por medio de su genio. Pero contuvo en sí mismo y en sus tripulaciones tanta prisa de abordar á la orilla, pues queria dar á aquella toma de posesion de un nuevo mundo, la solemnidad del mayor acto ejecutado tal vez por navegante alguno, y, á falta de hombres, llamar á Dios y á los ángeles, al mar, á la tierra y al cielo, en testimonio de su conquista sobre lo desconocido.

Vistióse todas las insignias de sus dignidades de almirante del Océano y de virey de los futuros reinos; desplegó su manto de púrpura, y tomando con la mano derecha la bandera bordada con una cruz, donde las cifras de Fernando é Isabel, enlazadas como sus reinos, estaban debajo de su corona, saltó en su lancha y se dirijió á la playa seguido de las de Alonso Pinzon y de Nuñez Pinzon, sus dos tenientes. Al pisar la tierra se puso de rodillas para consagrar con un

acto de humildad y de adoracion el don y la grandeza de Dios en aquella nueva parte de sus obras. Besó la arena, y lloró con el rostro pegado en la yerba.

" ¡ Dios eterno y todopoderoso ! " esclamó Colon, alzando su frente del polvo, en una oracion latina que sus compañeros nos han conservado, " Dios, que, con la energía de tu palabra creadora, has engendrado el firmamento, el mar y la tierra, ¡ bendito y glorificado sea tu nombre en todas partes ! ¡ Que tu majestad y tu soberanía universal sean exaltadas de siglo en siglo, tú que has permitido que tu sagrado nombre fuera conocido y propagado por el mas humilde de tus esclavos, en esta mitad de tu imperio, hasta ahora desconocida ! "

Luego bautizó á aquella isla con el nombre de Cristo, apellidándola isla de *San Salvador.—Lamartine.*

Los dos vecinos.

10.—Dos hombres eran vecinos, y tenia cada uno de ellos una mujer y varios hijos pequeños, y solo su trabajo para mantenerlos.

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo : si muero ó si enfermo ¿ que vendrá á ser de mi mujer y de mis hijos ?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roia su corazon como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento habia ocurrido tambien al otro padre, mas no se habia detenido en él ; porque decia : Dios que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará tambien sobre mí, y sobre mi mujer y mis hijos.

Y este vivia tranquilo, en tanto que el primero no

gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegría.

Un dia que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió unos pájaros que entraban en unas matas, y que salian, y que tornaban despues.

Y habiéndose acercado, vió dos nidos, al lado uno del otro, y en cada uno sendos pajarillos recien salidos del huevo y sin plumas todavía.

Y cuando hubo vuelto á su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba aquellos pájaros, que iban y venian llevando el alimento á sus pequeños.

Mas hé aquí que de pronto, y á la sazon que volvia una de las madres con provisiones en el pico, ásela un buitre, y la arrebata, y la mísera madre, porfiando en valde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Esto visto, el hombre que trabajaba sintió su alma mas conturbada que de primero; porque, presumia él, la muerte de la madre, es la muerte de los hijos.

Así tambien, los mios á nadie tienen sino á mí, ¿ qué será de ellos, si les falto?

Y el dia entero anduvo triste y sombrío, y á la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo se dijo: quiero ver los hijuelos de esa pobre madre: algunos habrán perecido ya, y encaminóse hácia las matas.

Y mirando, vió sanos y tranquilos los pequeñuelos: ninguno parecia haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultóse para observar cuanto pasase.

Y transcurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vió á la segunda madre, que á toda prisa traia el alimento que habia recojido, y lo distribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que habia desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto habia visto.

Y díjole este: ¿ Por qué inquietarse? nunca abando-

na Dios á los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero antes que vos, vos sereis el padre de mis hijos; si morís antes que yo, yo seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos antes de que estén en edad de proveer ellos mismos á sus necesidades, tendrán por padre al Padre comun que está en el cielo.—*Lamennais.*

Naufragio de Virginia.

11.—Todo presagiaba la explosion de un huracan. Las nubes que se distinguian en el cenit, eran en su centro de un negro horrible y de color de cobre en la circunferencia; el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que, á pesar de la oscuridad de la atmósfera, llegaban, de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Serian las nueve de la mañana, cuando se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua acompañados de trueno, se despeñasen por la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: "¡El huracan, el huracan!" é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubria la isleta de Ambar y su canal. Descubrióse entónces claramente el *San Géran*, llena de gente la cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellon ondeante, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta de Ambar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circunda la Isla de Francia, por cuyo paraje ningun otro navío habia pasado hasta entónces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba

su proa de tal modo, que se descubria toda la quilla; y, zabulléndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumerjida en las aguas. En esta posicion, en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó varar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por bajíos sembrados de arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rias y ensenadas, llevando guijarros mas de cincuenta piés tierra adentro; y, retirándose despues, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar, levantado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta de Ambar y esta isla, no era mas que una vasta sábana de espumas blancas, surcada de negras y profundas olas; apiñábanse estas espumas en el fondo de las ensenadas, hasta la altura de mas de seis piés, y el viento, que barria su superficie, las llevaba, por encima del repecho de la playa, á mas de media legua tierra adentro. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veian desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el cenit con la velocidad de las aves, miéntras que otras permanecian inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz opaca y verduzca.

Con los terribles balances del navío, sucedió lo que se temia. Rompiéronse los cables de proa; y, como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa No se oyó entónces mas

que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: "Hijo mio, ¿quieres ir á perecer?" A lo que exclamó: "¡muera yo mil veces antes que dejar de ir á socorrerla!" Como la desesperacion le privaba de la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entónces Pablo hácia el *San Géran*, nadando unas veces, y yendo otras á gata por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones esperanza de llegar á bordo; pues el mar, en sus movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pié todo al rededor de él; pero, volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, cubríale de inmensas oleadas, que, levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mucho mas allá de la ribera al infeliz Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y medio ahogado. Apenas recobraba el miserable jóven el uso de sus sentidos, cuando se levantaba y volvia con nueva intrepidez hácia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles sacudidas.

Toda la tripulacion, sin esperanza ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, unos en las vergas, otros en los gallineros; y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entónces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en la galería de popa del *San Géran*, una jóven con los brazos tendidos hácia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegarse á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo. La vista de esta amable criatura, espuesta á tan inminente peligro, nos llenó de dolor y desesperacion, particularmente cuando advertimos que, con cierto aire de nobleza y tranquilidad, nos hacia señal con la mano, como diciéndonos: ¡adios para siempre! Todos los

marineros se habian echado al agua, menos uno, que estaba desnudo y parecia tener la fuerza de Hércules. Acercóse este respetuosamente á Virginia, y le vimos echarse de rodillas, esforzándose aun de quitarle su vestido; pero rechazándole ella con dignidad, apartó de él sus miradas. Gritaron entónces cuantos presenciaron esa conmovedora escena: "¡Salvadla, salvadla! no la desampareis!" Pero, en aquel mismo instante, una montaña de agua de tremendas proporciones se precipitó entre la isleta de Ambar y la costa, y se abalanzó bramando hácia el navío, al cual amenazaba con sus flancos negros, y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano el vestido, puso la otra sobre el corazon, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo hácia el empíreo.

¡Oh dia espantoso! ¡Ay de mí! Todo fué sumerjido. La ola arrojó á gran distancia tierra adentro á una parte de los espectadores, que, por un sentimiento de humanidad, se habian acercado á socorrer á Virginia; igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena y esclamó: "¡Oh Dios mio! vos me habeis salvado la vida; pero la hubiera dado muy contento por esta modesta y virtuosa doncella que jamás ha querido desnudarse como yo." Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oidos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero, cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el sentimiento de creer que no podriamos siquiera rendir á esta desgraciada doncella los deberes de la sepultura.—*Bernardin de Saint-Pierre.*

Combate entre los Francos y los Romanos.

12.—Ya están los Francos á tiro de nuestras tropas ligeras, y, parándose los dos ejércitos, reina un profundo silencio. César, en medio de la legion cristiana, manda enarbolar la cota de armas de púrpura, señal de combate; los flecheros tienden sus arcos, los infantes bajan sus picas y los de á caballo desenvainan á un tiempo sus espadas, cuyo brillo se cruza en los aires. Alzase un grito del centro de las legiones: "¡Victoria al Emperador!" Los bárbaros contestan á ese grito con un bramido espantoso: no estalla el rayo con mayor fragor en las cimas del Apenino, ni retumba el Etna con mas violencia al arrojar torrentes de fuego al seno de los mares, ni embiste el Océano sus costas con mayor estruendo cuando un torbellino, bajado por órden del Eterno, desencadena las cataratas del abismo.

Espada en mano, los Galos arrojan los primeros sus venablos y se lanzan contra los Francos, que los reciben con intrepidez. Tres veces vuelven á la carga; otras tantas vienen á estrellarse contra el formidable cuerpo que los repele: así como un gran navío, bogando con viento contrario, rechaza por ámbos costados las olas que huyen y gimen á lo largo de sus flancos. Tan valientes, si bien mas diestros que los Galos, los Griegos lanzan sobre los Sicambros una lluvia de flechas; y retrocediendo paso á paso, sin romper nuestras filas, hostilizamos los dos costados del triángulo enemigo. Como el toro vencedor en cien dehesas, ufano con sus astas mutiladas y las cicatrices de su anchuroso pecho, sufre impaciente la picadura del tábano bajo los rayos del mediodia, así los Francos, traspasados por nuestros dardos, se enfurecen al sentir esas heridas sin venganza y sin gloria. Arrebatados de ciego furor, rompen el dardo en su mismo pe-

cho, se revuelcan en el polvo, y luchan desesperados con las ansias de la muerte.

Pónese en movimiento la caballería romana para romper el cuadro de los bárbaros, á cuyo encuentro se precipita el rey de luenga cabellera, Clodion, ginete en una yegua overa negra, criada entre manadas de rengíferos y corzos en las yeguacerías de Faramundo: decian los bárbaros que era de la raza de Rinfaz, corcel de la noche, de beladas crines, y de Skinfax, corcel del dia, el de fulgurosas crines. Cuando, en el invierno, arrastraba á su dueño sentado en su carro de corteza sin eje y sin ruedas, jamás sus piés se hundian en la escarcha, y mas lijero que la hoja del abedul arremolinada por el viento, rozaba apenas la superficie de las recientes nieves. La caballería traba porfiada lucha en ámbas alas del ejército.

Entretanto, avanza siempre rodando, la tremenda mole de la infantería de los bárbaros hácia las legiones, que se abren, cambiando su frente de batalla y acometiendo con redoblados golpes de sus picas los dos costados del triángulo enemigo. Los velites, los Griegos y los Galos se lanzan sobre el tercer costado, quedando entónces sitiados los Francos cual una vasta fortaleza. Vuélvese mas encarnizada la lucha, y se levanta una roja polvareda, suspensa en medio de los combatientes. Corre la sangre como torrentes engrosados por las lluvias del invierno, como las olas del Euripo en el estrecho de Eubea. El Franco, ufano de sus anchas heridas, que contrastan con la nívea blancura de su cuerpo semi desnudo, cual un espectro evocado de su tumba, ruge en medio de los muertos.

Al terso resplandor de las armas ha sucedido el sombrío tinte del polvo y de la carnicería. Rotos están los cascos, en tierra los penachos, hendidos los escudos y corazas. La respiracion de cien mil combatientes, el sofocado aliento de los caballos, el vapor del sudor y de la sangre, forman sobre el campo de batalla una especie de meteoro, atravesado de vez en

cuando por el destello de alguna espada, semejante al relámpago que cruza la lóbrega tempestad. En medio de los alaridos, de los insultos y de las amenazas, entre el ruido de las espadas, los golpes de los venablos, el silbido de las flechas y de los dardos, y el chirrido de las máquinas de guerra, no se oye ya la voz de los gefes.....

Constancio, que desde el centro de su cuerpo de reserva, observaba los movimientos de las tropas, nota el desaliento de sus cohortes, y dirigiéndose á la legion cristiana: "Valientes soldados, les dice, la suerte de Roma está en vuestras manos. Marchemos al enemigo."

Inmediatamente los fieles inclinan delante del César sus águilas coronadas por el estandarte de la salvacion. Victor da la órden; pónese en movimiento la legion; baja silenciosa de la colina, llevando cada soldado en su escudo una cruz, con este lema en torno: "Por este signo vencerás." Todos los centuriones eran mártires, cubiertos de cicatrices del hierro y del fuego. ¿Qué mella podia hacer en semejantes hombres el temor á las heridas ó á la muerte? ¡O tierna lealtad! Aquellos guerreros iban á derramar por sus príncipes los restos de una sangre que estos habian casi agotado en medio de los suplicios! Ningun temor, como tampoco ninguna alegría, se notaba en el rostro de los héroes cristianos. Al avanzar la legion por la llanura, sintiéronse los Francos detenidos en medio de su victoria, habiendo visto á la cabeza de esta legion, como despues afirmaron, una columna de fuego y de nubes y un ginete vestido de blanco, armado con lanza y escudo de oro. Los Romanos que huian, dan vuelta cara, renaciendo la esperanza en el corazon del mas débil y del mas cobarde: así, cuando despues de una tempestad reaparece el sol en su carrera, tranquilizado el labrador, vuelve con nuevo vigor á sus interrumpidas tareas.

Al acercarse los soldados de Cristo, los bárbaros es-

trechan sus filas y los Romanos se reorganizan. Al llegar al campo de batalla, la legion se para, hinca una rodilla en tierra, y recibe de la mano de un ministro de paz la bendicion del Dios de los ejércitos, ante quien se humilla el mismo Constancio quitándose su corona de laurel. La tropa santa no tarda en levantarse, y, espada en mano, avanza al enemigo sin arrojar sus venablos: vuelve á trabarse el combate en toda la línea. La legion cristiana se abre una anchurosa brecha en las filas de los bárbaros: Romanos, Griegos y Galos, todos penetramos, siguiendo á Victor, en el recinto de los Francos desordenados. A los ataques de un ejército disciplinado suceden combates á manera de los héroes de Ilion. Mil grupos de guerreros se embisten, se chocan, se estrechan, y se repelen: por todas partes reina el dolor y la desesperacion; huye el enemigo; en vano, en vano preparais, hijas de los Francos, el bálsamo para heridas que no podreis curar. El uno ha sido herido en el corazon con el hierro de una javalina, y siente escaparse con su sangre las caras y sagradas imágenes de la patria; el otro tiene los dos brazos rotos de un golpe de clava, y no estrechará mas contra su pecho al hijo que todavía cuelga del seno de su esposa. Este echa de menos su palacio, aquel su pobre cabaña; el primero sus placeres, el segundo sus privaciones; porque el hombre se apega á la vida tanto por sus miserias cuanto por sus prosperidades. Aquí, rodeado de sus compañeros, espira un soldado pagano, vomitando imprecaciones contra César y contra los Dioses. Allí muere aislado un soldado cristiano, sosteniendo con una mano sus entrañas, y estrechando con la otra un crucifijo, é implorando á Dios por su Emperador. Los Sicambros, heridos todos por delante y tendidos de espalda, conservaban en la muerte un aire tan fiero, que apenas el mas intrépido se atrevia á mirarlos.

No os olvidaré, pareja jenerosa, mancebos Francos, que encontré en medio del campo de la carnicería. Aquellos fieles amigos, mas tiernos que cuerdos, se habian atado uno á otro con una cadena de hierro, para

lograr en el combate igual destino. El uno habia caido muerto, atravesado por la flecha de un Cretense; el otro, postrado por una cruel herida, si bien con vida aun, se hallaba medio incorporado al lado de su hermano de armas, diciéndole : "Tú duermes, oh guerrero, despues de las fatigas de la batalla: ya no abrirás los ojos al sonido de mi voz; pero no está rota la cadena de nuestra amistad; es la que me retiene á tu lado!" Al acabar estas palabras inclínase el jóven Franco, y muere sobre el cadáver de su amigo. Sus bellas cabelleras se mezclan y confunden, y la muerte agrega sus cadenas indestructibles á los lazos que unian á ambos amigos.

Entretanto los fatigados brazos casi se niegan ya á la pelea; los clamores se vuelven mas desgarradores y mas lastimeros. Tan pronto gran número de los heridos, espirando á un mismo tiempo, dejan reinar un espantoso silencio; tan pronto se reanima la voz del dolor, y sube hasta el cielo en prolongados ayes. Vése errar caballos sin dueños que retozan ó caen muertos sobre los cadáveres ; algunas máquinas de guerra abandonadas, arden aquí y allí como antorchas de aquel inmenso funeral.

Bajó la noche á cubrir con su negro manto aquel teatro del furor humano. Los Francos, vencidos, pero temibles siempre, se retiraron dentro del recinto de sus carros. Aquella noche, tan necesaria para nuestro reposo, solo fué para nosotros de incesante alarma, pues á cada instante temiamos un nuevo ataque. Los bárbaros daban alaridos semejantes á los rugidos de las fieras, llorando á los bravos que habian perdido, y preparándose á morir. No osábamos ni dejar nuestras armas, ni encender fuego. Los soldados romanos se estremecian y se buscaban en las tinieblas, llamándose por su nombre, y pidiéndose un bocado de pan ó un sorbo de agua, y, para curar sus heridas, rasgaban sus vestidos. Los centinelas se respondian haciendo pasar de uno á otro el grito de alerta.—*Chateaubriand.*

Muerte de Sócrates. (400 antes de J. C.)

13.—Los once magistrados que están encargados de la ejecucion de las sentencias de los criminales, pasaron temprano á la cárcel, le quitaron las cadenas y le notificaron la hora de su muerte. Despues de esto vinieron muchos de sus discípulos, que serian como unos veinte, y hallaron que estaba á su lado Xantipa, su esposa, con el menor de sus hijos en brazos; la cual, así que los vió, esclamó, interrumpiéndole los sollozos: "¡ay! veis ahí vuestros amigos, y esta es la última vez!" Sócrates rogó á Criton que la llevasen á su casa, y en efecto, la sacaron de allí despidiendo ayes doloridos y arañándose la cara.

Nunca se habia mostrado á sus discípulos con tanta paciencia y valor; pero ellos no podian mirarle sin que les oprimiese el dolor, ni escucharle sin quedar absortos de placer. En sus últimas pláticas les dijo que á nadie era lícito quitarse la vida; porque estando en la tierra como colocados en un puesto, no debemos dejarle sin el permiso de los Dioses; y que en cuanto á él, se resignaba con su voluntad, suspirando por el momento que le habia de poner en posesion de la felicidad, á que habia procurado hacerse acreedor con su conducta. Pasando de esto al dogma de la inmortalidad del alma, lo corroboró con muchas pruebas que daban fuerza a sus esperanzas. "Y aun cuando "diésemos, añadió, que estas esperanzas no fueran fun- "dadas, además de que los sacrificios que exigen no "me han estorbado para ser el mas dichoso de los "hombres, ahora desvian de mí las amarguras de la "muerte, y esparcen sobre estos últimos instantes una "alegría pura y deliciosa.

"Así pues, prosiguió, todo hombre que ha renuncia- "do á los deleites, y ha cuidado de hermosear su alma, "no con adornos estraños, sino con los que son pro- "pios de ella, como la justicia, la templanza y demás

" virtudes, debe tener entera confianza, y esperar pa-
" cíficamente la hora de su muerte. Vosotros vendreis
" tras mí cuando llegue la vuestra: la mia se acerca,
" y valiéndome de la espresion de un poeta nuestro,
" ya oigo su voz que me llama."

Criton le preguntó si tenia alguna cosa que prevenir acerca de sus hijos ó de sus negocios; á lo que Sócrates le respondió: " os reitero el consejo que tantas
" veces os he dado de enriqueceros de virtudes. Si lo
" seguís, no necesito de vuestras promesas, y si no ha-
" ceis caso de él, serian inútiles á mi familia."

Despues de esto se entró en un cuarto pequeño para bañarse, adonde le acompañó Criton, y los demás amigos se quedaron hablando de lo que le acababan de oir, y de la situacion á que los reduciria su muerte, contemplándose ya como huérfanos que han perdido tan buen padre, y llorando sobre sí mas que sobre él. Presentáronle sus tres hijos, dos de ellos de tierna edad; y habiendo hecho algunas prevenciones á las mujeres que los traian, las despidió, y se volvió á la compañía de sus amigos.

Poco despuesde eso, entró el guarda de la cárcel, y le dijo: " Sócrates, vengo seguro de no oir las mal-
" diciones que me echan las personas á quienes vengo
" á decir que es hora de tomar el veneno. Nunca he
" visto aquí ninguno que tuviese tanta fortaleza y man-
" sedumbre como vos; y así estoy cierto de que no os
" enojareis conmigo, ni me atribuireis vuestro infortu-
" nio, y mas cuando conoceis muy bien los que lo han
" motivado. Quedad con Dios, y someteos á la nece-
" sidad." Las lágrimas no le dejaban acabar, y así se retiró á un rincon de la cárcel para darles libre curso. " Id con Dios, le respondió Sócrates, que yo seguiré
" vuestro consejo." Y volviéndose á sus amigos, les dijo: " ¡ Qué buen corazon el de este hombre! Mien-
" tras he estado aquí, ha venido varias veces á darme
" conversacion . . . . Mirad como llora . . . . Criton, es

477790

"menester obedecerle; que traigan el veneno, si está "dispuesto, y si no, que lo dispongan al instante."

Criton le hizo presente que el sol no se habia puesto todavía, y que otros habian tenido la libertad de prolongar su vida algunas horas mas: á lo que Sócrates le respondió: "ellos tendrian sus razones, y yo "tengo las mias para obrar de distinto modo."

Criton dió sus órdenes, y luego que se cumplieron vino un criado con la copa fatal, al cual preguntó Sócrates, qué era lo que tenia que hacer. "Pasearos despues de haber tomado la pócima, respondió el hombre, y echaros boca arriba, cuando sintais que las piernas empiezan á entorpecerse." Entonces sin inmutarse, y con mano firme, tomó la copa, y despues de haber dirigido sus oraciones á los Dioses, la llevó á la boca.

En aquel momento terrible quedaron los ánimos de todos suspensos y horrorizados; y las lágrimas brotaron espontáneamente de los ojos de todos: unos procuraban ocultarlas, echándose el manto por la cabeza; otros se levantaron sobresaltados para apartar de allí la vista; pero volviendo luego los ojos á él, y viendo que ya habia encerrado en su pecho la muerte, tuvo que salir afuera el dolor, por largo tiempo reprimido, y se aumentaron los sollozos al oir los gritos del jóven Apolodoro, quien, habiendo llorado todo el dia, andaba por la cárcel dando alaridos espantosos. "¿Qué es lo que haceis, amigos mios? les dijo Sócrates sin alterarse. Yo mandé salir de aquí esas mujeres, para no presenciar semejantes flaquezas. Cobrad ánimo, pues siempre he oido decir que la muerte debia ir acompañada de buenos agüeros."

En tanto, continuaba paseándose; pero luego que sintió pesadez en las piernas, se echó en la cama, y se tapó con el manto. El criado mostraba á los circunstantes el progreso del veneno: un frio mortal le habia ya dejado yerto de piés y manos, y se acercaba á insinuarse en el corazon, á cuyo tiempo levantó Sócrates

el manto, y dijo á Criton: "debemos un gallo á Esculapio; no os olvideis de cumplir esta promesa.—Así se hará, respondió Criton; pero, ¿no teneis otra cosa que prevenirnos?" Nada respondió; y poco despues hizo un leve movimiento: el criado le destapó, recibió su última mirada, y Criton le cerró los ojos.

De esta manera murió el hombre mas religioso, mas virtuoso y mas feliz; el único tal vez, que sin temor de que le desmintieran, pudo decir en alta voz: nunca cometí la mas leve injusticia, ni con mis palabras, ni con mis obras.—*Barthélemy.*

La mujer del pescador.

14.—Estiéndese la noche sobre el Océano; el cielo está oscuro y nublado, y sobre aquella costa, sembrada de escollos y peñascos, seria la oscuridad completa, si no se viesen acá y allá centellear débiles luces en las cabañas que cubren la playa. Este es el instante en que los pescadores, escapados de los peligros del mar, toman la nocturna comida con su jóven familia, y antes de entregarse al sueño, calculan, cerca del hogar, la ganancia del dia. Pero, mientras reina la alegría en todas esas cabañas, hay sentada en la playa una mujer llorosa, escuchando el ruido de la ola que se estrella, y tratando de divisar algo al través de las tinieblas que cubren el Océano. Espera á su marido cuya barca partió por la mañana antes que las demás, y que no ha vuelto todavía. Despues de haberle esperado largo tiempo, regresa á su morada, da á sus hijos el beso nocturno, y luego que ve sus párpados cerrados, sale á hurtadillas de su cabaña y trepa la colina donde se levanta una Capilla á *Nuestra Señora del Buen Socorro.* ¡Con qué fervor y ternura pide ella al

cielo la vida del pescador estraviado sobre las olas! Pero, mientras ora, se levanta el viento, el mar azota la costa con repetidos embates; un relámpago atraviesa las nubes, y arroja una ráfaga de luz sobre las lejanas olas; retumba sordamente el trueno. Espantada, la pobre mujer se deja caer tocando con el rostro la tierra, donde queda como aniquilada, hasta que, desvanecida la tempestad, se vuelve á levantar, y, mas tranquila ya, regresa á su pobre cabaña, donde encuentra á sus hijos como los ha dejado, ¡tan profundo y apacible era su sueño! Cediendo entónces ella misma al cansancio y á ese aniquilamiento originado por una prolongada inquietud, se duerme; pero, en su sueño, está su alma acosada por la misma idea: se imagina ver de nuevo á su marido ausente. Despiértase, lanzando hondo grito de alegría; mira, y se encuentra sola; dormian aun sus hijos: una luz pura y brillante entraba alegre por las rendijas de la cabaña. Repróchase la desventurada su corto sueño, y corre á la playa: lo primero que divisa son los fragmentos de una barca que impelieron allí las olas durante la noche. Estremécese al verlos; pero, animada por el afan de conocer toda la estension de su desgracia, avanza: un hombre está tendido á sus piés, inmóvil y yerto, oculta la cara en la arena. Por la estatura y girones de su traje, reconoce á su marido. Entretanto, quédanle todavía dudas; levanta con la mano esa cabeza que la muerte hace mas pesada. Inútil seria esforzarse en pintar lo que sintió en ese momento; pues hay dolores que solo Dios puede suavizar, y que en vano trataria de espresar la palabra humana.—*Filon.*

La convalecencia.

15.—Si hay una situacion en que el hombre disfrute plenamente del beneficio de la existencia, es cuan-

do, despues de haberse salvado de una larga y cruel enfermedad, siente la fuerza y la salud renacer gradualmente en sí. El aspecto de la naturaleza le inspira un entusiasmo que jamás habia esperimentado ántes; el perfume de las flores le parece mas suave; pisa el suelo con pié fortalecido y con la alegría de un niño, libre ya de los andadores de la primera edad; la voz de aquellos que ama, halaga mas su oido que la mas armoniosa música; en fin, todos sus sentidos se han perfeccionado con la enfermedad, causándole cada objeto una impresion tanto mas profunda, cuanto que ha estado á punto de perderlo todo.

El alma se asocia á este gozo de los sentidos; el soplo de las pasiones, adormecido por el dolor, no se ha despertado aun, y nada iguala la pureza que reina en los pensamientos del convaleciente. La benevolencia hácia sus semejantes y el reconocimiento hácia Dios, son los únicos sentimientos que le dominan. En esos paseos en que se abandona con embriaguez á los ensueños promovidos por el recobro de su existencia, escucha las quejas y se apresura á socorrer al desventurado, cuya indigencia implora auxilio. Dirije naturalmente sus pasos hácia algun templo rústico, donde permanece de rodillas horas enteras, dando gracias al autor de todos los bienes por haber sustituido un brevaje lleno de dulzura á la copa amarga que se habia acercado á sus labios. ¡Dichoso si ese entusiasmo dura largo tiempo, si esos éxtasis de ventura no son pasajeros como la causa que los ha originado, y si al cabo de algunos dias, no se vuelve á hallar, como ántes, menos sensible, menos bueno y menos agradecido!—*Filon.*

El prisionero de Estado.

16.—Pasó el invierno: no oigo ya el viento, cual prolongado gemido, bramar por la fortaleza. Ahora todo revive en la naturaleza; el sol permanece mas largo tiempo sobre el horizonte; pero, ¿qué me importa? Su brillo jamás desciende hasta aquí, y esta puerta está cerrada á la luz del dia, así como á la amistad y á la esperanza. Los mismos muertos no son tan estraños como yo á las revoluciones de las estaciones, pues á la vuelta de la primavera, revístese su tumba de nuevo césped, y algunas flores ierguen su tallo al lado de la fúnebre columna; el año, para mí solo, no es mas que un largo invierno.

¡Ah! cuán hermosos deben estar ahora los tilos que rodean la casa de mi padre! ¡En tiempos pasados, atravesaba los campos y las selvas como un viajero impaciente por llegar al término de su carrera, concediendo apenas una mirada á las maravillas de la creacion; y hoy daria mi vida por oir el murmullo de un arroyo, ó por disfrutar la vista de una rosa elevándose rozagante sobre su tallo.

Veinte años há que estas bóvedas pesan sobre mí, ¿y por qué? por un crímen que no era el mio. Algunos insensatos conspiran contra el Estado, haciéndome el acaso depositario de su secreto; me arrestan, y, mientras los culpables hallan un asilo en el estranjero, entro yo en esta fortaleza, de donde jamás saldré.

¿Dónde están aquellos que amaba? ¿Son acaso felices? ¿Han muerto por ventura? nada sé. Este muro de bronce me separa de los vivientes: solo el dolor me liga á la vida: tengo ojos para no ver, oidos para no oir. Ningun placer hace latir mi corazon; ninguna idea excita la actividad de mi alma, y todas mis facultades se aniquilan en el reposo, como una espada que se enmohece durante la paz.

Entretanto, el tiempo no ha detenido su marcha;

mi frente se ha llenado de arrugas; mis cabellos han encanecido. Pronto dejaré de sufrir, pero mi muerte será ignorada como mi vida; mis restos serán depositados furtivamente en algun oscuro rincon de la tierra; un carcelero es quien me tributará los últimos honores, y ninguna lágrima será derramada sobre mi tumba!—*Filon.*

Stradella.

17.—Existia en Venecia, hácia mediados del siglo XVII, un músico llamado Stradella, tan hábil cantor como distinguido compositor, cuya voz armoniosa resonaba por la mañana en los templos, y era por la noche el encanto de las reuniones privadas de la mas escojida sociedad. A veces, durante esas hermosas noches de verano tan frecuentes en Italia, oíase salir la voz de Stradella de una de esas negras góndolas que se deslizaban sobre las lagunas ó sobre el gran canal: al momento, una multitud de elegantes barcas acudia á estos acentos conocidos, agrupándose á porfía al rededor de la góndola del cantor. Pero rara vez consigue sustraerse á secretos odios, el que aclama la admiracion pública: así, miéntras la ciudad entera se embriagaba al oir á su querido músico, un caballero, celoso de la preferencia concedida á Stradella por una jóven Veneciana, cuya mano solicitaba este gran artista, alimentaba contra él un implacable odio; y para librarse de tan peligroso rival, habia jurado su muerte. Hállanse en Italia hombres sin profesion y sin nombre, que venden su brazo al que quiere comprarlo: duermen de dia, postrados por el calor del sol ó entorpecidos por el vino, y despiertan al anochecer á la vista del oro que hacen brillar á sus ojos, haciéndose fieles esclavos de una pasion que les es estraña, y yendo á herir á

sangre fria la víctima señalada á sus golpes. El noble Veneciano confió á dos de esos malvados la ejecucion de su designio; pero Stradella no estaba ya en Venecia: una lijera barca le habia llevado lejos de esa ciudad, y no se sabia hácia qué playas habia desterrado su génio.

Los dos asesinos, despues de haberle buscado en varias ciudades de Italia, llegaron por fin á Roma. Allí, no habia mas conversacion que la que se referia á un cantor veneciano que debia, en la tarde del mismo dia, dar un oratorio en la Iglesia de San Juan de Letran. Él es: no cabe la menor duda para los asesinos, cuyos ojos brillan de infernal alegría. Aguardan con impaciencia la hora señalada, y luego que ha sonado, se dirijen hácia el templo, siendo su designio dejar cantar á Stradella, no perderle de vista durante el oratorio, y herirle en el acto de salir de la Iglesia.

Al entrar en esa antigua basílica, llena de monumentos y recuerdos, no sintieron emocion alguna esos dos malvados, pasando con indiferencia ante esas columnas de mármol que bajaron del Capitolio para adornar un templo cristiano, y cuyo capitel lleva todavía esculpida la figura de los gansos que salvaron al pueblo romano; tampoco se detuvieron ante ese sarcófago de pórfido, hallado, dicen, en el Panteon, y que sirve de monumento á Clemente XII, despues de haber contenido las cenizas de Agrippa. Apenas si logran llamar su atencion las obras maestras de la pintura moderna confundidas entre los recuerdos de la antigüedad, esos mosáicos, esas soberbias columnas de granito y bronce dorado, esos mármoles de toda especie combinados con admirable arte y todos por el genio de la arquitectura, esos adornos griegos, góticos ó árabes; pues en Roma, cada siglo ha dejado una inmortal huella de su paso, siendo así que no hay corazon humano, por insensible que sea, que no palpite al ver revivir el pasado bajo tantas formas sensibles; pero el alma del criminal está cerrada al entusiasmo,

y en medio de tantas bellezas, la ardiente mirada de los dos malvados no buscaba mas que la víctima.

De repente, se oyó un armonioso preludio, repercutiendo las bóvedas de la iglesia los acentos de una voz grave y melodiosa. Reinaba en la asamblea un religioso silencio, entregándose todo el pueblo á la honda impresion despertada por la música sagrada. Uno de los asesinos, riéndose de una emocion que no le contagiaba, susurra al oido de su compañero: "¿Le estás oyendo? ¡Cómo canta! se diria que la iglesia no es bastante grande para abarcar su voz.—Tienes razon, dijo el otro, mañana no cantará en tan alta voz. —Mañana, replicó el primero, cantarán por él el oficio de difuntos." Luego, á la voz que se dejaba oir sola, unióse la de un grave y magestuoso coro, cuyos écos resonaban en todos los ámbitos del templo, cual el grito de un pueblo entero que se eleva al cielo, distinguiéndose siempre, en medio de esas masas de armonía que crecian por instantes, la voz clara y sonora del ilustre maestro superando las demás, como supera, en lo recio de la batalla, la del esforzado capitan, alma de todo un ejército. El sonido de los instrumentos sostenia el coro, resonando el ruido de las trompetas, como en la hora del juicio final. Creyeron todos un instante que las bóvedas de la iglesia iban á desplomarse, y aparecer el Juez eterno en medio del pueblo inmutado. "¿Qué tienes, al fin? dijo el mas jóven de los asesinos á su trémulo camarada. Estás tan pálido como esta estátua de mármol que parece mirarnos! ¡Por San Márcos! creo que estás conmovido.—¿Quién, yo?" replicó el otro balbuceando, miéntras limpiaba con la mano el sudor helado que corria de su frente, y trataba, con pié vacilante, de apoyarse en una columna cercana. Calla entónces el coro, oyéndose otra vez una voz sola, la de Stradella, que, grave y suave al mismo tiempo, consigue traer á las almas un sentimiento de tranquilidad y dicha. Diríase que estos acentos bajan del mismo cielo, y que la voz que se oye es la de

un ángel, encargado de llevar á la tierra el perdon de su Dios. El mas jóven de los asesinos no pudo resistir á tanto embeleso: despiértase en su corazon una emocion desconocida, y doblando á su vez la frente, siente, ese desventurado que se burlaba del remordimiento así como de la conmiseracion, brotar de sus ojos una lágrima que moja el pavimento del santo templo.

Concluido el oratorio, la muchedumbre se fué, escurriéndose silenciosa, recojida y como si oyera todavía la voz que ya no cantaba. Los dos asesinos se agarraron de la mano; arrebatados por una comun inspiracion, y entendiéndose sin tener necesidad de hablar, diríjense en línea recta á la puerta de la iglesia, aguardan á Stradella; y al salir este, rodeado de un gentío ávido de contemplar sus facciones, le toma aparte uno de ellos y le dice: "Huye; en medio de la admiracion pública, el puñal está amenazando tu pecho. Un rival celoso persigue tu gloria y tu vida; huye, y teme encontrar en otra parte asesinos que no desarme tu génio."—*Filon.*

Viaje al rededor del mundo.

18.—Existia en los Estados-Unidos un tal Ledyard, que habia acompañado al capitan Cook en algunos de sus viajes. Habia visto á este grande hombre ir de un polo al otro, reconocer todas las partes del globo, sembrar sobre riberas desconocidas, al par de los vejetales de nuestros climas, el gérmen de nuestras artes y de nuestra civilizacion, llevar por todas partes la dicha en pago de la hospitalidad, abrir nuevos caminos al comercio é industria de la Europa, en fin, colocarse á la cabeza de los bienhechores del género humano y

de los navegantes, al crear nuevas relaciones entre los miembros desparramados de la gran familia humana. Tanto valor y genio fué á estinguirse en una isla del Océano, y el brazo de un salvaje detuvo al grande hombre en su carrera. Este lamentable suceso apesadumbró á Ledyard, aunque sin desanimarle; pues, apenas de regreso á su país, despues de haber dado la vuelta al mundo en los buques del capitan inglés, meditó en una nueva espedicion y en nuevos peligros. En vano trataban sus amigos de retenerle con las mas tiernas y mas vivas súplicas; un invencible fastidio se apoderó de su alma, pareciéndole su patria una prision donde no podia respirar. "¡Cómo! se decia á sí mismo, ¡siempre permanecer en el mismo sitio! ¡vivir y morir inmóvil, sin descubrir nada, sin alcanzar nada desconocido! Aquí, siempre los mismos objetos, siempre el mismo espectáculo: lo que hice ayer, mañana lo haré; de antemano conozco toda mi vida: tanto valdria no existir. Oh!. Cook, oh! mi maestro y mi guia, ¿dónde están tus buques para trasportarme al través del mundo, siguiendo las huellas de tu genio?.... Pero, á pesar de esto, partiré; por mas que quieran detenerme, partiré.... ¿Adónde? Conozco el Océano, por haberlo atravesado en todas direcciones; réstame recorrer la tierra."

Embarcóse luego en un buque que se hacia á la vela para Francia, con el proyecto de desembarcar en la costa de ese país, atravesar á pié la Europa y el Asia, cruzar sobre el hielo el estrecho de Behring, y volver así á su patria por una direccion opuesta á la de su salida. Llega á Brest, y no tarda en ganar los límites orientales de la Francia; y recorriendo rápidamente la Alemania y la Polonia, llegó á San Petersburgo, pareciéndole el camino solo un paseo. Deteníase poco tiempo en las ciudades, no concediendo á los monumentos de los hombres mas que una mirada indiferente, y como aguijoneado por el invencible deseo de ver en fin una nueva naturaleza y pueblos aun salvajes.

En el recinto de los paises civilizados, era su existencia demasiado fácil y uniforme: con dinero, hallaba por todas partes buena cama, mesa bien servida, sin que quedara sin embargo enteramente satisfecha su imaginacion aventurera, pues anhelaba privaciones é inquietudes, siendo aun el peligro para él un encanto y la vida sin lucha un abrumante peso.

Por eso, ¡con qué placer dejó tras sí esa Rusia europea, que hallaba todavía demasiado civilizada, y vió surgir ante sus ojos la barrera de los montes Urales! Latia su corazon de esperanza y alegría en el momento de internarse en esos sombríos desfiladeros que separan la Europa del Asia; y cuando, al salir de esas montañas, bajó á las inmensas estepas y helados ciénagos de la Siberia, se sonrió al hallarse solo en medio de los desiertos. Al paso que avanza hácia el nordeste, ve borrarse las huellas de la civilizacion europea: ni caballos ni agricultura; apenas deja entrever agostadas legumbres la tierra endurecida por el frio.

Bien pronto desaparecen tambien las plantas leguminosas y aun los abedules, hallándose revestido el suelo, que jamás se deshiela, solo de algunos solitarios y estériles juncos y raquíticos arbustos. Los habitantes de esa comarca, ruines como los arbustos de su clima, tienen cuadrada la estatura, atezado el cútis, los ojos chicos y hundidos, negro y áspero el cabello; pero, en un cuerpo deforme, poseen una fuerza capaz de luchar contra la eterna cólera de esa naturaleza que les rodea. Armados de un arco ó de una clava, hacen la guerra al castor, al zorro, al oso blanco, y á esas innumerables aves acuáticas que pueblan sus heladas lagunas. Llevados en rápidos trineos, diríjense continuamente en su vida vagamunda de las costas del mar Blanco á las orillas del Lena; y tal es el instinto de la patria, profundamente grabado en el corazon de todos esos hombres, que no cambiarian sus estepas incultas y la nieve que les ha servido de cuna, por el fértil país de Francia, ó el benigno clima de Italia. Ledyard no

se cansaba de estudiar esa raza guardiana de los polos, y de comparar esa existencia completamente material, llena de peligros y obstáculos, pero libre de pesares, con la vida cual la hizo la sociedad, mas intelectual y fácil, si bien inquieta, monótona, y á menudo tan pesada.

Manteníase nuestro viajero, como mejor acertaba, con algunas provisiones que tenia el buen cuidado de procurarse en las poblaciones que atravesaba. Su salud resistia al frio, á la fatiga y á las privaciones, pues la imajinacion exaltada dobla las fuerzas del cuerpo, á lo menos durante algun tiempo. Pasaba casi todas las noches debajo de una tienda que llevaba consigo, pero, habiendo pedido una noche la hospitalidad á algunos habitantes de ese pais, el dueño de la cabaña, anciano todavía lleno de vigor, y que tenia á su familia reunida en su derredor en estrecho espacio, le habló con vivacidad: ¿qué vienes á hacer aquí? le dijo el anciano Siberio; el aire que respiramos no es bueno para tí; he visto ya varios estranjeros penetrar en nuestros desiertos de hielo: murieron en ellos, como plantas trasladadas lejos de su clima..... ¿Nada tienes por ventura que te detenga en tu pais? ¿Acaso no tienes una cariñosa esposa, hijos queridos? ¿Quién te cuidará en estas soledades si te enfermas? ¿Si mueres, ¿quién cerrará tus ojos? ¡Ay! del viajero! ni patria ni albergue tiene, y espira en una encrucijada, sin dejar mas vestigios que el polvo que se levanta bajo sus pasos, ó la nieve que se derrite en la primavera!"

Estas palabras del anciano resonaron largo tiempo en el alma de Ledyard, despues de su salida de la cabaña, persiguiéndole como el recuerdo de siniestro sueño. Entretanto, habian trascurrido varias semanas, y estaba ya tocando el término apetecido de su carrera: habia llegado á los confines del Asia, y estaba pronto á pasar el estrecho de Behring, que el invierno habia trasformado en camino seguro y sólido,

cuando fué arrestado en nombre del Gobierno Ruso, que suponia, sin razon, motivos políticos á su peligrosa espedicion. No pudiendo conseguir el permiso de proseguir su camino, y obligado á dirijir sus pasos hácia el mediodia, concibió el proyecto de pasar á Africa, para buscar, en pos de otros tantos viajeros, la fuente del Niger. Pero su salud estaba muy quebrantada por la fatiga y el rigor del clima, y ademas muy abatido su espíritu: le costó mucho trabajo atravesar el Asia, de Norte á Sur; en fin, despues de algunos meses de marcha, alcanzó las puertas del Cairo, donde murió acordándose de las palabras del anciano Siberio. —*Filon.*

Combate de las Termópilas.

19.—Leonidas habia sabido por la noche el proyecto de los Persas por los desertores del campamento de Jerjes; y al dia siguiente, muy temprano, supo el buen éxito por los centinelas venidos de lo alto de la montaña. A esta terrible nueva, se juntaron los Gefes de los Griegos; y como los unos fuesen de parecer que se alejasen de las Termópilas, y otros de permanecer allí, Leonidas les suplicó que se reservasen para mejor tiempo, y declaró, que por lo que tocaba á él y á sus compañeros, no les era permitido dejar un puesto que Esparta les habia confiado. Los Tespienses juraron no abandonar á los Espartanos: los cuatrocientos Tebanos tomaron el mismo partido, fuese por voluntad, ó por fuerza; y el resto del ejército tuvo tiempo para salir del desfiladero.

Entretanto, se disponia Leonidas á la empresa mas atrevida. "No es aquí, dijo á sus compañeros, no es aquí donde debemos combatir; es preciso marchar á la tienda de Jerjes, quitarle la vida, ó perecer en me-

dio de su campamento." Sus soldados no dieron mas respuesta que un grito de alegría. Hizo que tomasen una comida frugal, añadiendo: "Bien pronto tomarémos otra con Pluton." Todas sus palabras hacian una profunda impresion en los ánimos. Próximo á atacar ya al enemigo, se conmovió por la suerte de dos Esparciatas, parientes y amigos suyos, y dió al primero una carta y al segundo una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. "No estamos aquí, le dicen ambos, para llevar órdenes, sino para pelear;" y sin aguardar respuesta, se fueron á colocar en las filas que les estaban señaladas.

A la media noche, salen del desfiladero los Griegos, y Leonidas á su frente; avanzan en la llanura á pasos redoblados, arrollan los puestos avanzados y penetran hasta la tienda de Jerjes que habia huido ya; entran en las tiendas inmediatas, se derraman por el campamento y se hartan de carnicería. Reprodúcese á cada paso, á cada instante, el terror que inspiran, con las circunstancias mas espantosas. Rumores sordos, gritos terribles anuncian que las tropas de Hidarnes estaban derrotadas y que todo el ejército lo seria luego por las fuerzas reunidas de la Grecia. No pudiendo los mas valientes de los Persas oir á sus Generales, no sabiendo adonde dirigir sus pasos y sus golpes, se arrojan al acaso en el monton, mueren los unos á manos de los otros, cuando los primeros rayos del sol manifiestan á sus ojos el corto número de vencedores.

Se forman luego y atacan á los Griegos por todas partes. Cae Leonidas bajo una lluvia de dardos. El honor de recojer su cuerpo empeña un combate entre sus compañeros, y los soldados mas aguerridos del ejército persa. Dos hermanos de Jerjes, muchos Persas y muchos Espartanos perdieron allí la vida. Al fin los Griegos, aunque cansados y debilitados con sus pérdidas, se apoderan de su General, rechazan cuatro veces al enemigo en su retirada, y despues de haber ganado el desfiladero, saltan el atrincheramiento, y

van á situarse sobre la pequeña colina que está cerca de Antela: allí se defendieron todavía algunos momentos, ya contra las tropas que los seguian, ya contra las que Hidarnes traia del otro lado del estrecho.

Perdonad, sombras generosas, perdonad la debilidad de mis espresiones. Yo os ofrecia un homenaje mas digno cuando visitaba aquella colina donde exhalasteis los últimos alientos; cuando apoyado sobre uno de vuestros sepulcros, regaba con mis lágrimas los lugares teñidos con vuestra sangre. Sobre todo, ¿qué podria añadir la elocuencia á este sacrificio tan grande y tan estraordinario? Vuestra memoria durará mas tiempo que el imperio de los Persas al que resististeis, y hasta el fin de los siglos, vuestro ejemplo producirá en los corazones amantes de su patria el entusiasmo de la admiracion.

Lacedemonia se ensoberbece de la pérdida de sus guerreros. Todo cuanto les toca infunde interés. Cuando estaban en las Termópilas, queriendo un Traquiniense darles una idea grande del ejército de los Persas, les decia que el número de sus dardos bastaria para oscurecer el sol: "Mejor, respondió el Esparta no Dieneces, pelearémos á la sombra." Antes del ataque, Jerjes habia enviado un ginete á reconocer la posicion de los Espartanos, encontróles ejercitándose en la lucha y en peinar su larga cabellera; pero nadie se dignó fijar atencion en él. Asombrado Jerjes de tanta calma, escribió á Leonidas: "Si quieres someterte, yo te daré el imperio de la Grecia." El rey le contestó: "Prefiero morir por la patria antes que esclavizarla." En su segundo mensaje, le decia: "Rinde tus armas;" Leonidas escribió al pié: "Ven á tomarlas." Cuando el enemigo se mostró, un Griego corrió gritando: "Los Persas se acercan á nosotros;" él contestó con serenidad: "Dí que nosotros estamos cerca de ellos." Un Espartano enviado por Leonidas á Lacedemonia, estaba detenido en el lugar de Alpeno, con motivo de una fluxion en los ojos. Se le vino á

decir que el destacamento de Hidarnes habia bajado del monte, y entraba en el desfiladero; tomó al punto sus armas, mandó á su esclavo que le llevase al enemigo, le atacó á la ventura, y recibió la muerte que esperaba.

Otros dos, igualmente ausentes por órden del General, se hicieron sospechosos, á su regreso, de no haber hecho todo lo que podian para hallarse en el combate. Esta sospecha los cubrió de infamia. El uno se quitó la vida y el otro no tuvo otro recurso que perderla en la batalla de Platea.

El sacrificio de Leonidas y de sus compañeros produjo mas buen efecto que la mas brillante victoria. Enseñó á los Griegos el secreto de sus fuerzas, y á los Persas el de su debilidad. Jerjes, atónito de tener tanta multitud de hombres y tan pocos soldados, no quedó menos pasmado de saber que la Grecia encerraba en su seno una multitud de defensores tan intrépidos como los Tespienses, y ocho mil Espartanos semejantes á los que acababan de perecer. Por otra parte, el espanto que estos últimos infundieron en los Griegos, se mudó luego en un deseo violento de imitarlos. La ambicion de gloria, el amor de la patria, todas las virtudes subieron al mas alto grado, y las almas á una elevacion no conocida hasta entónces. Este es el tiempo de las hazañas heróicas, y no es el que se debe elejir para poner cadenas á pueblos animados de tan nobles sentimientos.

Sobre la tumba que se erijió mas tarde á los Lacedemonios, leíase esta sublime incripcion mandada grabar por Simónides: "Pasajero, vé á decir á Esparta que aquí hemos muerto por obedecer sus leyes."—*Barthélemy.*

Las primeras lecturas.

20.—Soy de aquellos para quienes el conocimiento de un libro puede convertirse en verdadero aconteci-

miento moral. El corto número de obras buenas de que me he imbuido desde que existo, ha servido para desarrollar las pocas buenas cualidades que poseo. Ignoro el efecto que en mí hubieran producido las malas lecturas; no las he hecho, pues tuve la dicha de ser bien dirijido desde mi infancia. No me queda pues á este respecto, mas que dulces y caros recuerdos. Siempre un libro ha sido para mí un amigo, un consejero, un elocuente y apacible consolador, á quien acudia con reserva, guardándolo para las grandes ocasiones.—¡Oh! ¡cuál de nosotros no recuerda con amor las primeras obras que ha devorado ó saboreado! Acaso la cubierta de algun viejo y polvoroso libraco divisado en el estante de un armario olvidado ¿no os ha traido de repente á la memoria los graciosos cuadros de vuestros tiernos años? ¿No os habeis desde luego imaginado ver surgir ante vuestras miradas la gran pradera envuelta en los rojos resplandores de la tarde, hora en que lo leisteis por primera vez, el olmo y el seto que os abrigaron, y la zanja cuyo respaldo os sirvió de lecho de reposo y mesa de trabajo, mientras el tordo llamaba á recojer con su canto á sus compañeros, é iban perdiéndose en lontananza los sonidos del caramillo del vaquero? ¡Oh! cuán de prisa caia la noche sobre esas divinas páginas! ¡Con qué crueldad hacia el crepúsculo vacilar los caractéres en la hoja cada vez mas pálida! Pero, imposible ya seguir leyendo: balan los corderos, las ovejas se han recojido en el aprisco, y el grillo se posesiona de los pajonales del llano. Van borrándose en los vagos espacios del aire las formas de los árboles, como antes los caractéres en el libro. Forzoso es abandonar el sitio y partir: el camino es pedregoso, estrecha y resbaladiza la esclusa, áspera la cuesta; estais empapado en sudor, pero, por mas que apresureis el paso, siempre habeis de llegar tarde, y cuando todos estén ya sentados en la mesa, cenando. En vano el anciano criado que os ama, habia retardado en lo posible el campa-

nillazo: tendreis la humillacion de entrar el último, y la abuela, señora inexorable en puntos de etiqueta, aun en el retiro del campo, os echará, con voz dulce y condolida, una reprimenda, muy leve, bien tierna, que os impresionará mas que un severo castigo. Pero, cuando, á la hora de acostaros, ella os pida cuenta de cómo habeis empleado el dia, y que hayais confesado, ruborizándoos, que todo lo habeis olvidado leyendo en un prado, y que os hayan exigido mostreis el libro, entónces, y con cierta hesitacion y gran miedo de verlo confiscado antes de haberlo leido todo, sacareis tembloroso del bolsillo, ¿qué? *Estela y Nemorino* ó *Robinson Crusoe!* ¡Ah! entónces se sonrie la abuelita. Tranquilizaos, vuestro tesoro os será devuelto; pero en adelante será preciso cuidarse de no olvidar la hora de la cena. ¡Dichoso tiempo! ¡O mi Valle Negro! ¡O Corina! ¡O Bernardino de Saint-Pierre! ¡O la Iliada! ¡O Millevoye! ¡O Atala! ¡O sauces del rio! ¡O mi juventud desvanecida! ¡O mi viejo perro que no olvidaba la hora de la cena, y que contestaba al sonido lejano de la campanilla con un plañidero aullido de pesar y de glotonería!—*Jorje Sand.*

La muerte y la niñez.

21.—Así, pronto curóse la primera herida de mi corazon; no así la segunda; porque tú, querida y noble Elisa, al rededor de cuya sien, toda vez que se levanta sobre las tinieblas tu dulce semblante, imagino ver una corona de luz ó una aureola coruscante de grandeza intelectual,—tú, cuya cabeza por su magnífico desarrollo era el asombro de la ciencia,—tú tambien fuiste arrebatada de entre nosotros; y la profunda noche en que me hundió ese acontecimiento, siguió

mis pasos por mucho tiempo en el camino de la vida; y tal vez hoy dia valgo menos para el bien ó para el mal, respecto á lo que sin tu muerte hubiera valido: ¡Columna de fuego que me precediste para guiarme y estimularme! columna de tinieblas, cuando apartando tu semblante para ocultarle en el seno de Dios, revelaste con demasiada verdad á mis nacientes temores, la sombra secreta de la muerte—¿qué misteriosa gravitacion atrajo mi corazon al tuyo? ¿Podia una criatura de seis años atribuir mucho valor á la precocidad mental? Aunque juzgo ahora vasta y serena la mente de mi hermana, ¿bastaba esto para robarle á una criatura el corazon? ¡Oh no! Pienso en ello con interés, porque puede dar á los estraños alguna esplicacion de mi escesivo cariño. Pero entónces, aquella precocidad intelectual estaba perdida para mí, ó si no perdida, solo se la percibia al través de sus efectos. Si hubieras sido idiota, hermana mia, no por eso debiera haberte amado menos, pues tenias un gran corazon inundado de ternura como el mio, templado como el mio por la necesidad de amar y ser amado. Esto fué lo que te coronó de belleza y de poder.

"El amor, el santo sentimiento, el mejor regalo de Dios, era en tí escesivamente estenso." Aquella lámpara se encendia para mí con la reflexion de la luz viva, que ardia en tí constantemente, y nunca sino á tí, nunca ya desde tu partida, tuve poder ó tentacion, decision ó deseo de revelar los sentimientos que me poseian. Porque yo era la mas tímida de las criaturas, y en todas las épocas de la vida un sentimiento natural de dignidad me impedia mostrar el menor rayo de pasion, que no se me estimulara á revelar del todo.

Inútil es recorrer todas las circunstancias que arrebataron á mi guia y compañera. Ella (segun lo que recuerdo en este momento) se hallaba tan próxima á los nueve años como yo á los seis. Y tal vez esta superioridad natural en autoridad de años y de juicio,

unida á la tierna humildad con que mi hermana rehusaba mostrarla, habia sido una de las fascinaciones de su presencia. Si puede uno fiarse en recuerdo de esta clase, fué en la tarde de un domingo, cuando la chispa de fuego fatal cayó en aquella criatura predispuesta á un ataque cerebral. Se le habia permitido ir á pasar el dia en la casa de un labrador, padre de una sirvienta favorita. Puesto ya el sol, volvia acompañada de aquella sirvienta por entre praderas humeantes de exhalaciones despues de un caluroso dia. Desde aquel dia se enfermó. En semejantes circunstancias, una criatura como yo era, no siente inquietud. Considerando á los médicos como gente privilegiada y naturalmente comisionada para hacer la guerra contra el dolor y la enfermedad, no abrigaba dudas sobre el resultado. Me aflijia, á la verdad, que mi hermana estuviese obligada á guardar cama. Me aflijia mas aun, oirla gemir. Pero, no me parecia todo esto mas que una noche de pena sobre la cual pronto habia de brillar el dia. ¡Oh! momento de tinieblas y delirio, aquel en que la nodriza me arrancó la ilusion y lanzó el rayo de Dios contra mi corazon, asegurándome que mi hermana debia morir. Bien se ha dicho que la estrema miseria no puede ser recordada. Ella misma, como cosa susceptible de recordarse, es ahogada y sepultada en su propio caos. Anarquía completa y confusion de espíritu cayeron sobre mí; y quedé sordo y ciego como si bambolease bajo el peso de la revelacion. No quiero recordar las circunstancias de aquellos momentos en que se hallaba en el colmo mi agonía; y la suya, en otro sentido, se acercaba. Basta decir que todo concluyó pronto, y llegó por fin la mañana de aquel dia que contempló desde su altura el inocente rostro de mi hermana durmiendo el sueño de que no se despierta, y á mí llorando el llanto inconsolable.

El dia siguiente al de la muerte de mi hermana, y cuando aun no estaba profanada su pura frente por el

escudriño humano, formé mi plan para verla una vez mas. Por nada del mundo hubiera divulgado esto, ni permitido á un testigo que me acompañase. Jamás habia oido hablar de pasiones llamadas sentimentales, ni habia soñado en semejante posibilidad. Pero, el dolor, hasta en los niños, odia la luz, y se recoje para ocultarse á la mirada humana.

La casa tenia dos escaleras; sabia yo que por una de ellas, y á mediodia, cuando la casa estuviera en completo silencio, podria introducirme furtivamente en su cuarto. Imagino que fué como una hora despues de la mayor altura del sol, cuando llegué á la puerta de su aposento; estaba cerrada, pero no habian sacado la llave. Al entrar, cerré la puerta tan despacio, que aunque daba sobre un corredor que ascendia por todos los pisos, ningun eco recorrió los silenciosos muros. Entónces, dando vuelta, busqué el rostro de mi hermana; pero habian movido la cama, y la cabecera estaba hácia mí. Nada se presentó á mi vista mas que una gran ventana completamente abierta, por la cual derramaba torrentes de luz un sol de mediodia de verano. El tiempo estaba seco, el cielo despejado; las azuladas profundidades parecian tipos espresos de la infinidad, y no era posible que el ojo contemplase ó el corazon concibiese símbolos mas patéticos de la vida y de su gloria.

Permítaseme que me detenga, por un momento, al aproximarme á un recuerdo tan conmovedor para mi espíritu, á fin de mencionar que en mis *confesiones*, hube de esplicar la razon por qué la muerte, siendo iguales las demás circunstancias, es mas conmovedora en el verano que en las otras estaciones del año.

La razon de esto, como allí lo insinué, se halla en el antagonismo entre la exhuberancia de la vida en el verano y las heladas esterilidades de la tumba. Por una parte, vemos el verano; por la otra, la tumba persigue nuestros pensamientos; la gloria nos rodea, las tinieblas nos poseen, y entrando ámbos en co-

lision, la una enaltece á la otra y la pone en mayor relieve.

De este majestuoso espectáculo, volví la vista hácia el cadáver. Yacia allí la dulce, infantil figura; allí, su angélico rostro; y como se cree comunmente, se diria que no habian sufrido cambio sus facciones. ¿Era así? La frente, á la verdad,—la serena y noble frente podria estar lo mismo que antes; pero los helados párpados, las tinieblas que parecian escaparse furtivamente debajo de ellos, los labios de mármol, las manos entorpecidas y colocadas palma contra palma, como si repitiesen las súplicas de una agonía que concluye ¿podrian ser síntomas de la vida? Si así hubiera sido ¿por qué no me lancé hácia sus celestiales labios, con lágrimas é inacabables besos? Pero no era así. Me quedé sobresaltado por un momento; el temor, no el miedo, cayó sobre mí; y miéntras permanecia de esta manera en pié, empezó á hacerse sentir un solemne viento, el mas triste que escucharon jamás oidos humanos. Era un viento que pudiera haber recorrido los campos de la mortalidad por miles de siglos. Muchas veces despues, en dias de verano, cuando hace mas calor, he observado levantarse el mismo viento, y emitir el mismo solemne, *memnoniense*, pero santo sonido. En este mundo es el grande y audible símbolo de la eternidad; y tres veces en mi vida, me ha sucedido oir el mismo sonido en las mismas circunstancias, es decir, parado entre una ventana abierta y un cadáver en un dia de verano.

Cuando hirió mi oido esta vasta, eoliana entonacion, se llenaron mis ojos de la aurea plenitud de la vida, de la pompa de los cielos, por arriba, de la gloria de las flores, por abajo, y cuando viniesen á fijarse en el hielo que cubria el rostro de mi hermana, instantáneamente me sobrevino un éstasis. Pareció abrirse en el cenit del hermoso y azulado cielo, una bóveda, una abertura que subia rápidamente y sin término. Yo, imajinariamente, me levanté como sobre olas, que

tambien subian por la abertura, rápidamente y sin término; y las ondas parecian seguir el trono de Dios; pero él se nos escapaba y huia constantemente. La fuga y la persecucion parecian continuarse por siempre jamás. Heladas sobre heladas y algun viento *Sarsac* de la muerte parecian rechazarme. Alguna poderosa relacion entre Dios y la muerte, luchaba oscuramente por arrancarse del tremendo antagonismo. Aun hoy dia, simbólicos significados continúan escitando y atormentando en sueños el oráculo revelador dentro de mí. Dormí, no sé cuanto tiempo; poco á poco volví en mí, y cuando desperté, me encontré como antes parado al pié de la cama de mi hermana.

Tengo razon para creer que habia pasado un larguísimo intérvalo durante este devaneo ó suspension de mi perfecta vigilia.—Cuando volví en mí, sentí (ó lo imajiné) pasos en las escaleras. Me alarmé, porque si alguien me hubiera descubierto, se habrian tomado medidas que me impidiesen venir otra vez. Apresurado, pues, besé los labios que ya no debia besar mas, y como un criminal, con pasos furtivos salí del cuarto.

Así pereció la vision mas bella de todos los espectáculos que me ha revelado la tierra; así fué mutilada la separacion que debia ser eterna; así fué oscurecido ese adios consagrado al amor y al pesar, al amor perfecto y al pesar incurable.—*De Quincey.*

La última bendicion de mi padre.

22.—Han pasado muchos años; yo era un niño que apénas contaba cinco de edad; pero el recuerdo de aquella escena estará siempre vivo en mi mente.

Era una tarde de otoño, lloviznosa y fria, y yo estaba sentado en un corredor junto al jardin, rodeado

de mis juguetes, que en aquella edad y en aquellos momentos eran mi única ambicion, mi felicidad, mi todo. "Ven conmigo,"—me dijo, acercándose á mí, una hermana de mi madre. "Déjame jugar,"—le respondí; pero ella, sin decir nada, me tomó en sus brazos. Yo noté que en su voz habia un acento estraño, y ví que estaba muy pálida y que tenia lágrimas en los ojos. Yo no podia comprender qué era aquello; pero ella me conducia á toda prisa, y no atendia á mis preguntas.

Entramos en el aposento de mi padre: todo estaba cerrado, y apénas penetraban algunos rayos de luz por un postigo entreabierto. Habia muchas personas allí; pero reinaba un silencio tan profundo como en una iglesia.

En un estremo del aposento estaba la cama de donde mi padre no se levantaba hacia mucho tiempo; apénas se podia distinguir el bulto de su cuerpo bajo las blancas y delgadas sábanas que lo cubrian: tenia su hermosa cabeza reclinada hácia atras sobre altas y muelles almohadas; y me pareció mas pálido y mas triste que nunca. Mi madre estaba de pié, junto á la cabecera del lecho, y de cuando en cuando dirijia palabras cariñosas á mi padre; pero él no hablaba:—respondia solo con las miradas de sus grandes y bellos ojos, que podian decirlo todo. Cada una de mis dos hermanas estaba á un lado de la cama, y tenia entre sus manos una de mi padre. Ellas no querian llorar; pero las lágrimas se les saltaban de los ojos.

Cuando yo entré en el aposento, mi padre me vió, é hizo un esfuerzo para levantar la cabeza; pero luego la dejó caer pesadamente sobre la almohada; y estendiendo un brazo, me llamó hácia él. Mi tia me acercó á su lado. Entónces mi padre fijó en mí su mirada: sus ojos brillaban mas que nunca y me pareció que estaba alegre, porque se sonrió dulcemente. Luego puso una mano sobre mi cabeza: hizo un poderoso esfuerzo para hablar, y (me acuerdo como si fue-

ra ahora) dijo : "Dios te haga bueno y te bendiga"... Pero no pudo continuar; apartó de mi cabeza su mano, y levantándola en alto, hizo tres veces la señal de la cruz, volviendo sus ojos cada vez hácia uno de sus tres hijos. Despues estrechó una mano de mi madre entre las suyas; derramó dos lágrimas, que eran las que le quedaban, quizá. Luego su mirada quedó seca é inmóvil, y se puso aun mas pálido.

Los amigos separaron del lecho y sacaron del aposento á mi madre y mis hermanas; pero me dejaron olvidado. En seguida ví entrar un hombre, á quien acostumbrábamos llamar "padre" tambien;—era el sacerdote de la familia. Se adelantó hácia la cama de mi padre; puso en su mano un cirio encendido, y comenzó á recitar con voz solemne, palabras que me eran desconocidas; pero pude comprenderlo una vez que dijo: "Hijo mio, Dios te llama, y tú vas donde está él."—"Sí"—respondió mi padre, dió un suspiro sin esfuerzo ninguno, y cerró los ojos. El sacerdote se arrodilló por un momento; luego se levantó, y al salir del aposento reparó en mí, y me llevó fuera.

¡Ya era huérfano! Y sin embargo, pocos momentos despues, volví á sentarme en el corredor junto al jardin, rodeado de mis juguetes, y contento. ¡Qué feliz es un niño!

Han pasado muchos años; pero mi consuelo en los borrascosos dias de la desgracia, es la fé que tengo en que Dios oirá LA ÚLTIMA BENDICION DE MI PADRE.—*Tolon.*

La madre y sus hijos.

23.—En una noche de verano se hallaba una madre arrodillada junto á la cuna de dos infantes, cuyos brazos se entrelazaban en un mútuo abrazo. Un sueño, dulce como la luz de la luna que caia sobre ellos á través de la celosía como un velo de plata, daba á sus

facciones la espresion de una calma celestial: sus suaves y brillantes rizos que caian ondeando sobre las almohadas, eran ligeramente movidos por su respiracion, y en sus labios de coral jugaba una sonrisa pura y angelical. La madre observó con orgullo, por un momento, su escesiva belleza; y luego, miéntras continuaba contemplando á los lindos dormidos, sus negros ojos brillaron con la espresion de un amor intenso y profundo; pero de súbito la sobrecojió un pensamiento triste, un sentimiento de temor. Quizás aquellos bellísimos pimpollos de vida, tan frescos y hermosos, podian ser tocados por la mano de la muerte, y devueltos, en su brillantez, al polvo. Entónces alzó su voz con solemne y fervorosa plegaria, para que el dispensador de la vida conservase aquellos frutos de amor. A medida que sus acentos se levantaban al aire, sobrecojióla un pensamiento mas vivo aun; su mente se transportó con sus amados hijos á las oscuras y escabrosas sendas de la vida, y todo su cuerpo se estremeció al considerar los peligros que allí los esperaban. Su plegaria fué entónces mas ferviente, suplicando á Dios, que es fuente de toda pureza, que conservase siempre su inocencia, y los librase del crímen, de la deshonra y de los vicios, y que los cubriese con su bendicion, como con un manto sagrado.

Cuando los acentos de la plegaria de la madre murieron en los aires, una figura sombría apareció detrás de los dormidos infantes. "Yo soy la muerte,"—dijo el espectro,—"y vengo por tus hijos, para llevarlos donde son desconocidos los peligros que tú temes, donde ni mancha, ni polvo, ni sombra pueden alcanzar al espíritu bienaventurado. Solo cediéndomelos puedes librarlos de corrupcion y ruina."

Un conflicto terrible, una lucha como la de un alma que se separa del cuerpo con grande agonía, tuvo lugar en el corazon de la pobre madre; pero la fé y el amor que tienen una fuente mas pura que la de las pasiones terrenales, triunfaron al fin; y la madre cedió sus hijos al espectro.

El hogar paterno.

24.—La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construccion, ha recibido en el transcurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apega la poesía del corazon, la imájen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo despues de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta para engreirnos de ejercer tanto poder.

Hácia la parte del sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitacion única de la casa, dividida en dos departamentos; uno, sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del divan árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no habia otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados á causa del hábito doméstico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes, y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo dia llegaba, y con él, la ne-

cesidad de hacer, por el trabajo, frente á las necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberacion del sol, sus frutos se anticipaban á la estacion, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribucion de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque Santos é higuera, fueron personajes mas tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.....

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, á no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria mas laboriosa, la moralidad mas pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignacion, se dividian todas las horas. Mis hermanas gozaron la merecida reputacion de las mas hacendosas niñas que tenia la provincia entera, y cuanta fabricacion femenil requeria habilidad consumada, fué siempre encomendada á estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimo dinero.

Nuestra habitacion permaneció tal como la he descrito hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron á la edad nubil: entónces, hubo una revolucion interior que costó dos años de debates, y á mi madre gruesas lágrimas, al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos, que no eran aquellos de la existencia colonial, de que ella era el último y mas acabado tipo. Son vulgarismos, y pasan inapercibidos, los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilizacion, se estienden por los pueblos de oríjen comun, se insinuan en las ideas, y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII habia bri-

llado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aun escitado odio y desprecio por las cosas hasta entónces venerandas; sus teorías políticas, trastornado los gobiernos, desligado la América de la España, y abierto sus colonias á nuevas costumbres y á nuevos hábitos de vida. El tiempo iba á llegar en que habia de mirarse de mal ojo y con desden la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afan en las familias de ostentar holgura, por la abundancia y distribucion de las habitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del dia en punto, á las dos y aun á las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado á algunos de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivian orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulvurulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros, y la mesa, por todo adorno, con un enorme tintero, erizado de plumas de pato, si no de condor, sobre cuyos cañones, de puro antiguos, se habian depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Este ha sido sin embargo el aspecto general de la colonia, este el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott ó de Dumas, y vénse frecuentes muestras vivientes aun, en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados á rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneracion y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas á la edad en que la mujer comprende que su existencia está vinculada á la sociedad, que tiene objeto y fin esta existencia, cuando empezaron á aspirar las partículas de ideas nuevas de belleza, de gusto, de confortable, que traia hasta ellas la atmósfera que habia sacudido y renovado la revolucion. Las murallas de la comun habitacion fueron aseadas y blanqueadas de nuevo, cosa á que no habia razon

de oponer resistencia alguna. Encontróla la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala, con su chuse* y sus cojines, divan como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilejiado en que solo era permitido sentarse á las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinados sobre almohadones (palabra árabe), trababan, visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacia de ellas un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para holganza femenil, por sustituirle las sillas en que, una á una y en hileras, como soldados en formacion, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba, que los hombres no podrian acercarse públicamente á las jóvenes, conversar libremente, y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, y fué, sin inconveniente, repudiado por las mismas que lo habian aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar, en casa, á las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un estremo á tomar mate por las mañanas, con su brasero y caldera de agua puestos en frente en el piso inferior, ó á devanar sus madejas, ó bien llenar sus canillas de noche para la tela del dia siguiente. No pudiendo habituarse á trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años. El espíritu de innovacion de mis hermanas atacó en seguida objetos sagrados. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilejio, que ellas cometian, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo y San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descol-

* Palabra quíchua, que significa alfombra.

gasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad y de elegancia refinada; porque era bajo la seductora forma del buen gusto, que se introducia en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVIII.

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre que amaba á sus dos santos domínicos, como á miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendian el santo orijen de estas afecciones, y querian sacrificar los lares de la casa al bien parecer, y á las preocupaciones de la época. Todos los dias, á cada hora, con todo pretesto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba á los santos, como si quisieran decirles: "han de salir para afuera;" miéntras que mi madre, contemplándolos con ternura, esclamaba: ¡pobres Santos! qué mal les hacen, donde á nadie estorban. Pero, en este contínuo embate, los oidos se acostumbraban al reproche, la resistencia era mas débil cada dia; porque, vista bien la cosa, como objetos de relijion, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho mas adecuado lugar de veneracion el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse á ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesion en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco á poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba, no mas que por no dar su brazo á torcer, una mañana que el guardian de aquella fortaleza salió á misa ó á una dilijencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas, donde habia dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y á juzgar por sus caras, no les habia hecho impresion ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdon con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el dia, triste el subsiguiente, mas resignada al otro dia, hasta que al fin el

tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las mas grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos brios al espíritu de reforma; y despues del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera viviendo en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestion, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero, para mi madre, era una cuestion económica, á la par que afectaba profundamente su corazon. ¡Oh! Si la madurez de mi corazon hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoismo me hacia ó neutral ó inclinarme débilmente en su favor, á causa de las tempranas brevas! Querian separarla de aquella su compañera en el albor de la vida y el ensayo primero de sus esfuerzos. La edad madura nos asocia á todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar á la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos á la existencia, que lee en nuestro corazon, que nos acusa de ingratos, y dejaria un remordimiento en la conciencia, si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba á su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecucion, los sentimientos, comprimidos en el corazon de mi madre, estallaban con nueva fuerza, y se negaba obstinadamente á permitir la desaparicion de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un dia, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habian perdido todo prestijio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los jemidos lastimeros de la víctima. Fué este un momento tristísimo, una escena de duelo y arrepentimiento. Los golpes de hacha higuericida

sacudieron tambien el corazon de mi madre; las lágrimas asomaron á sus ojos, como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traia un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparacion posible del daño comenzado. Ordenóse la suspension de la obra de destruccion, mientras se preparaba la familia para salir á la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazon de mi madre. Dos horas despues, la higuera yacia por tierra, enseñando su copa blanquecina, á medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazon nudosa de aquella estructura que, por tantos años, habia prestado su parte de proteccion á la familia. — *D. F. Sarmiento.*

Paso de los Andes. — Chacabuco.

25. —Pronto puso San Martin al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podia envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajeron la atencion de las autoridades Españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del Sud de Chile, persuadió á las mismas autoridades á que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intencion.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debia tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martin en él; un tiro de cañon anunciaba la formacion de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el dia, prolongándose á veces á la claridad de la luna.

Pero el ejército no podia aventurarse en los desfiladeros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martin que, ayudado del espíritu de la revolucion, habia sabido convertir en director de sus parques á un fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Alvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras; disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirijida al presidente de Chile, contraida á noticiarle la declaracion de la Independencia Argentina proclamada por el Congreso de Tucuman. Puede calcularse la impresion que causaria á Marcó esta embajada, verdadero desafio á su poder puesto en ridículo, mucho mas cuando forzosamente tenia que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas, prisioneros en el territorio de Cuyo. Miéntras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, divisó San Martin el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al Mayor General D. Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al General O'Higgins. Zapiola, Cramer, Las Heras, Alvarado, Plaza, &c. eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular á 600 granaderos, la artillería, compuesta de diez cañones de á seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servian trescientos hombres. Mil doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados á conducir los víveres y forrajes y á despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes Argentinos se levantaban delante de esta espedicion que llevaba la libertad á la falda que mira al Océano Pacífico. Cumbres mas elevadas que el Chimborazo, nieves perpétuas que se mantienen á la al-

tura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas á otras desnudas de toda vegetacion, constituyen la naturaleza de esa Cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero mas que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado á otro, facilitan la comunicacion entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho dias y despues de caminar al borde de los abismos mas de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos á descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzaron á guerrillar al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres mas tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los Españoles, despues de varios movimientos en diversas direcciones que demostraban la sorpresa y el terror que les infundia el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del General Maroto al pié de la Cuesta de Chacabuco. Allí les fué á buscar San Martin el dia 12 de Febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. A las dos de la madrugada del 12, comenzaron á moverse los patriotas divididos en dos cuerpos; el uno á las órdenes de Soler, y el otro á las de O'Higgins. San Martin los seguia de cerca rodeado de su Estado Mayor; á media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron á operar, la una á la derecha y la otra á la izquierda. La accion se trabó poco despues, y las cargas á la bayoneta dirijidas por el General O'Higgins, el empuje de los granaderos á caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea, pusieron

en completo desórden al enemigo y le obligaron á huir, dejando dueño del campo al general San Martin. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco despues del mediodia estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamentos y el estandarte del batallon de Chiloe. Mas tarde y á consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas mas, tres de las cuales se conservan en la Catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco quedó inscripto desde el memorable 12 de Febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las mas ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce dias despues. A las tres de la tarde del 26 de Febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo á las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó á presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron á las salvas de la artillería y á los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba á nuestra poblacion, la prensa de aquellos dias esclamaba con entusiasmo : " Gloria inmortal á cuantos han tenido la dicha de merecer el elojio sublime del regocijo público de sus compatriotas."

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pension vitalicia de 600 pesos, á favor de su hija Doña María Mercedes Tomasa de San Martin, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones : La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.—*Juan María Gutierrez.*

Los cazadores de la sábana.

25.—La noche habia cubierto la tierra con una ligera veste de nieve. Al despuntar la mañana, vimos un ciervo corriendo á través de la sábana, como acosado por algun peligro inminente. Iba á toda carrera, y no miraba hácia atras. Por algun tiempo observamos su marcha, y aunque corria hácia adelante con gran rapidez, era tal la vasta llanura sobre la cual pasaba, que despues de un rato parecia mas bien arrastrarse que correr. Disminuyó por grados en tamaño, hasta que no lo podiamos descubrir sino como un punto pequeño. Al fin llegó á las lomas que se ven como una escalera al pié de las montañas peñascosas; y al subirlas parecia un insecto que se arrastra sobre una hoja de papel blanco.

Apénas se perdió de vista, cuando vimos una partida de ocho lobos de la sábana, que seguian su huella con el ahinco que caracteriza esa raza de animales. Dos iban en la delantera, con las narices junto á la tierra; pero corriendo en derechura, con una determinacion que espresaba á la vez su seguridad y resolucion. Los demás los seguian, como si pusiesen entera confianza en sus guias; y mucho ántes de que llegasen á las montañas, los habiamos perdido de vista.

Aquella era una escena que sugeria una larga série de meditaciones. Cualquiera habria creido que la paz reinaba en las soledades aun no turbadas por las huellas del hombre. A lo lejos estaba el océano; á lo lejos tambien, los bulliciosos mercados á lo largo de sus playas, cuyos senos, como los de un mar tormentoso, son agitados por encontradas olas. Ante nosotros se estendia la inmensa pradera, inviolada, pura, y vestida de un manto arrojado sobre ella desde el cielo. Sin embargo, habia allí cosas que nos recordaban las escenas presenciadas por la sociedad humana. No habia,

es verdad, ni compras ni ventas; y sin embargo, aquel pobre animal huia como un deudor, y aquellos sabuesos de la selva le perseguian como hambrientos alguaciles. No habia allí distincion de sectas, ni diversidad de creencias; y sin embargo aquel manso ciervo parecia un cuáquero de los bosques, llevando hasta el último grado su doctrina de no-combatividad. ¡Pobre criatura! tanto él como Guillermo Penn, su gran prototipo, han visto, al fin, que una vida pacífica no es una segura proteccion contra la malicia del mundo que nos rodea.

Caprichos como este pasaron por mi mente, hasta que otras escenas me sugirieron otros pensamientos, y olvidé el ciervo y los lobos. Sin embargo, á tiempo que el sol se ponia tras las montañas, el silbo del primero, y el ahullido de los segundos, ya sobre él, llamaron mi atencion. El ciervo habia vuelto á atravesar la pradera y buscado abrigo en un pequeño monton de rocas, situado en el medio de la llanura. Vanos fueron sus esfuerzos para escaparse, porque durante todo el dia habian continuado la caza sus infatigables perseguidores. Ya estaba cansado y exánime; y la vista de los lobos que le seguian tan de cerca, con los dientes de fuera y los ojos clavados en su presa, fué apénas suficiente para producir un salto vacilante. Habiendo cruzado un arroyuelo, faltáronle las piernas al subir por la orilla; y unos de los lobos saltó sobre él y clavó sus garras en el cuello del pobre ciervo.—*Washington Irving.*

Los dos hermanos.

27.—En la primavera de 1824 hice conocimiento en una de las ciudades del sur, con un caballero que habia venido de Inglaterra á este pais con dos hijos pe-

queños; el uno, un varon de diez años, y la otra, una niña de nueve. Ambos eran las mas lindas criaturas que jamas he visto. Su estrema belleza, su afeccion profunda y sin artificio, y sus frecuentes raptos de pueril é inocente alegría, me los hicieron tan queridos como si yo hubiera sido el compañero de su infancia.

Ellos eran felices en sí mismos, felices el uno por el otro, y felices en el mundo de la vida y de la naturaleza que los rodeaba. Yo no habia conocido á la familia, sino por pocos meses, cuando mi amigo se vió obligado á hacer un viaje repentino é inesperado á la América del Sur. La idea de dejar huérfanos á sus hijos amargaba sus sentimientos; y como yo estaba á punto de embarcarme para Liverpool, le prometí llevarlos adonde residian sus parientes y amigos.

Mi partida se demoró dos semanas; durante este tiempo, viví bajo el mismo techo que los niños que se habian puesto á mi cuidado. Por algunos dias estuvieron pensativos, y hacian frecuentes preguntas acerca de su padre ausente; pero pronto se mitigó su tristeza, y el pesar de la ausencia del padre se convirtió en una placentera esperanza de su regreso. Las pesadumbres de la infancia son como las gotas de rocio sobre las plumas del águila, que desaparecen al momento en que la orgullosa ave se eleva á los aires para gozar de los espléndidos rayos del alba.

Llegó, al fin, el dia de nuestra partida, y nos dimos á la vela en una apacible tarde de verano. Las azuladas cumbres de las lejanas colinas se reflejaban en las aguas; y cuando el sol, como imágen de su creador, trasmontó en el occidente, aparecieron sobre las olas, sucesivamente, brillantes tintes de oro, púrpura y violeta, que flotaban como barcas que venian de una tierra encantada. Mis jóvenes compañeros contemplaban fija y silenciosamente aquellas escenas; y cuando desaparecieron los últimos colores de la tarde, tomáronse la mano el uno al otro, y derramaron algunas

espontáneas lágrimas como un adios á la tierra que habian amado. Poco despues de la puesta del sol, llevé á mis amiguitos á la cámara, y volví luego sobre cubierta para contemplar el océano.

A cosa de media hora, estando yo sentado aparte y solo, sentí que me estrechaban suavemente la mano, y al volver mis ojos en torno, ví que la niña estaba á mi lado. Pocos momentos despues, la estrella de la tarde empezó á centellear en el borde de una nube de color violado. Al principio, brillaba escasamente y á intérvalos; pero despues apareció esplendente, y resplandecia como una cosa santa sobre la faz de la noche.

La niña, que estaba á mi lado, fijó en ella sus ojos y la saludó con un tono que revelaba que habia en su corazon un sentimiento estraordinario. Preguntó, con sencillez, si en la hermosa tierra adonde íbamos, podríamos ver tambien aquella linda estrella; y parecia mirarla como á otro amigo que habia de estar con ella en su largo y tedioso viaje.

Durante la primera semana de nuestra travesía, no ocurrió ningun incidente importante. A veces, el mar estaba tempestuoso; pero en seguida abonanzaba, y parecia como un espejo, estendiéndose apaciblemente hasta la línea del horizonte. Al octavo dia de nuestro viaje, el niño se levantó pálido y abatido, y se quejó de una indisposicion. A la mañana siguiente se vió obligado por la fiebre á hacer cama, y el médico del buque manifestó muchas dudas con respecto al resultado de la enfermedad. Jamas puedo olvidar la mirada de estremo dolor y de agonía que apareció en el rostro de la niña cuando conoció el peligro en que estaba la vida de su hermano. No lloraba, no se quejaba; pero hora tras hora estaba sentada junto á la cama del jóven enfermo, como una imágen del amor y de la afliccion. El niño se debilitaba y enflaquecia cada vez mas.

No podia devolver las prolongadas y ardientes ca-

ricias de su hermana; y al fin, una débil palpitacion de su pecho, la elocuencia de sus ojos medio cerrados, y á veces un color de púrpura en sus pálidas mejillas, como la primera tinte de violeta de una nube de la mañana, era todo lo que revelaba que aun no habia pasado el tenebroso dia de la nada.

La duodécima noche fué la mas bella que jamas he visto, y persuadí á la niña á que viniese por un rato sobre cubierta, para que la brisa vespertina refrescase su abrasada frente. El sol se habia traspuesto, y los restos de su purpúrea luz se veian aun sobre las aguas del occidente.

Las estrellas aparecian poco á poco, pero brillantemente, en la bóveda del cielo, y otro firmamento aparecia debajo; y la espuma sobre la cresta de las olas brillaba como guirnalda de nieve. Habia música en cada ola, y sus dulces tonos flotaban como el sonido de blanda brisa entre un bosque de cipreses.

Pero ni la música ni la belleza tenian encanto para el corazon de mi amiguita; le señalé la estrella que ella siempre habia gustado contemplar; pero su única respuesta fué un suspiro, y volví con ella á la cabecera de su hermano. Al punto conocí que se estaba muriendo.

Ella se sentó á su lado; acercó su boca á los pálidos labios del enfermo; y despues como de costumbre, fijó en su rostro la melancólica mirada. De súbito los ojos del niño brillaron por un momento, y pronunció el nombre de su hermana. Ella respondió con una caricia apasionada, y me miró á la cara como si implorase consuelo.

Yo sabia que sus esperanzas no eran mas que ficcion. Un momento despues, pasó sobre los labios del moribundo niño un temblor convulsivo; luego, un lijero sacudimiento por todo su cuerpo, y quedó en calma. La niña conoció, como por intuicion, que su hermano habia muerto. Sentóse con un silencio sin lágrimas; pero ví que las aguas de amargura se agol-

paban á su frente. Al fin, levantó las manos con un súbito esfuerzo, y apretándolas contra su frente, lloró con la incontrastable agonía de la desesperacion.

Al siguiente dia el cadáver del niño fué entregado á las olas. La niña sabia que debia ser así; pero luchaba por apartar de sí aquel pensamiento, como una vision terrible. Al acercarse la hora señalada, vino y me rogó, con un tono que, ménos que voz humana, parecia la de un espíritu separado del cuerpo, que fuese á mirar á su hermano, y viese si de veras estaba muerto.

No pude resistir á sus súplicas, y fuí con ella á ver el cadáver. Ella se detuvo junto á la cabecera, y yo casi creí que su vida iba á estinguirse en la mirada fija y prolongada que le dió. No se movió, no pronunció una sola palabra, hasta que se llevaron la forma del que tanto amaba, para entregarlo al océano.

Entónces se levantó, y siguió á su hermano muerto, con una calma que parecia del cielo. El cuerpo se hundió, y despareció solemnemente bajo las olas; aparecieron sobre las aguas, unos tras otros, varios círculos brillantes, y todo lo que en un tiempo habia sido gozo y belleza acabó para siempre.

Durante el resto de nuestro viaje, la desconsolada hermana parecia marchitarse; pero estaba bella como una nube en un mediodía de verano. Su corazon habia perdido su comunion con la naturaleza: á menudo fijaba sus ojos en el mar y murmuraba palabras incoherentes acerca de sus frias y solitarias profundidades; pronunciaba el nombre de su hermano y lloraba amargamente, hasta que se restituia á la calma.

Heroismo de Guzman el Bueno.

28.—Entre las personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguir-

se el infante D. Juan, uno de los hermanos del rey; inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho, fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle ni contenerle el favor. A cualquier soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen; ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos.

Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entónces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos Aben-Jacob, que pensaba entónces hacer guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el Estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa, y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atácanle despues con todos los artificios bélicos, que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y la abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, desercarian la villa. " Los buenos caballeros, respondió

Guzman, ni compran ni venden la victoria." Furiosos los Moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarle allí, le llevó á Africa y le trajo á España consigo; y entónces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza.

Al ver al hijo, al oir sus gemidos y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre, pero la fé jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. "No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; ántes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mí me dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá vá mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad." Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto, el infante, desesperado y rabioso hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: "Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa." De allí á poco los Moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.—*Quintana.*

Sitio de Amberes—Ultimo combate.

29.—Al entrar por la puerta de Malinas, salió á mi encuentro un capitan belga, amigo mio, á quien acababan de dar la órden de que se hallase en el muelle con su compañía y algunas otras mas á cierta hora: se temia que la flotilla holandesa, que no estaba comprendida en la capitulacion, tratase de evadirse á favor de las tinieblas. Testigo personal de los principales incidentes del sitio, no quise dejar de presenciar este, que, segun todas las probabilidades, debia ser el último de todos, si bien el primero y único en su género.

Trasládome, pues, al punto de reunion á eso de las diez de la noche. El muelle estaba cubierto de soldados belgas, erizado de piezas de artillería y guarnecido de centinelas, que se paseaban sobre el parapeto construido durante las hostilidades para dominar el rio. Reinaba un silencio universal, interrumpido únicamente por el rumor que siempre se desprende de las reuniones considerables de hombres, por el murmullo del agua que azotaba las paredes del muelle y resonaba á lo lejos como el zumbido del viento en una ala-

meda, y finalmente por el ronco son de las cadenas de tal cual barco amarrado á la orilla, que se mecia á compás. Delante de nosotros el majestuoso raudal del Escalda, formando horizonte por muchos lados; á nuestra espalda, la ciudad oscura y silenciosa, sin mas luz que la que en sus tejados derramaba la luna, sin mas ruido que el ladrido de algunos perros, el *¿ quién vive ?* de los centinelas y la armoniosa orquesta de campanas con que el relój de la catedral advertia á los habitantes el curso perezoso de las horas. Esta música, que es tan general en los relojes de las iglesias del Norte, tiene, oida de lejos, un misterio y un encanto extraordinarios. Cuando, en medio del estruendo de la artillería, llegaban á nuestros oidos aquellos sones vagos y al parecer inconexos, pero al mismo tiempo tan armoniosos, débiles unas veces é imperceptibles como el murmullo del viento en una flor, sonoros y vigorosos otras, segun los caprichos del aura, al oir aquella música, solemne como la torre gigantesca de que se exhalaba, no podia ménos de elevarse nuestra imaginacion á las regiones celestes, de las cuales parecia desprenderse aquella armonía como el canto de los ángeles alabando al Señor é implorando el perdon de los que á sus piés fecundizaban la tierra con su sangre.

Largo rato habiamos esperado en vano, y ya empezábamos á dudar que se realizase la tentativa anunciada, cuando de repente nos pareció distinguir en medio del rio un cuerpo opaco que se recortaba sobre el reflejo plateado de la luna. Todos los ojos se clavaron en él, y aun dudaban muchos todavía cuando una vóz sonora grito cerca de nosotros "Soldados, ¡apunten! ¡fuego! y un centenar de balas de fusil saludaron con sus silbidos infernales la lancha holandesa, que resbalaba sobre el agua con la rapidez de una saeta. Las baterías del muelle la hicieron inmediatamente sus saludos; pero en vano, porque avistada demasiado tarde, se perdió poco despues en las tinieblas. Sin embargo, hallándose aun el resto de la flotilla enemiga delante

de la *Cabeza de Flandes*, se tomaron nuevas disposiciones para divisarla á tiempo y disputarla vigorosamente el paso. Pero el comandante de la marina holandesa Koopman, no tuvo por conveniente exponer su escuadra y sus tripulaciones á los azares de un combate desventajoso para él bajo todos conceptos.

Ya llevaban los belgas algunas horas de la mayor vigilancia sin que ninguna sombra manchase la superficie tersa y plateada por intérvalos del Escalda, y no se sabia generalmente qué pensar, cuando un reflejo de fuego llamó nuestra atencion del lado de la *Cabeza de Flandes*. Poco despues las llamas, que vimos lanzarse á las nubes, nos anunciaron que la flotilla holandesa habia sido incendiada.

Magnífico espectáculo se ofreció entónces á nuestra vista. Hechos ascuas los mástiles, se cimbreaban en el aire como árboles de fuego hasta que, roida su base por la llama, cedian á su pesadumbre, quebrándose al caer en mil pedazos, como si fuesen de vidrio, y zumbando con violencia al sepultarse en el agua. Una luz vivísima bañaba algunos edificios de la *Cabeza de Flandes*, quebrándose en mil reflejos sobre sus vidrieras, y en medio del resplandor se paseaban como sombras siniestras y de mal agüero los Holandeses, que, prefiriendo que su escuadra fuese pasto de las llamas á pasar por la ignominia de que se apoderasen de ellas los Franceses sin perder un solo hombre, contemplaba con una alegría feroz su flotante domicilio devorado por los opuestos elementos.

Al cabo de cierto tiempo, resonaron sucesivamente algunas detonaciones, volaron los tizones por el aire, desapareció la llama, y la naturaleza toda volvió á su acostumbrada tranquilidad. Entónces cada cual regresó á su alojamiento.—*Campo Alange.*

Gil Blas y el parásito.

30.—Luego que llegué al meson pedí la cena. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Miéntras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dejado ver. Parecióme bastante linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafalote. Acercóse á mi con cierto aire alegre y apresurado: señor licenciado, me dijo, acabo de saber que usted es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea usted aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este país? Vosotros no sabeis, volviéndose al mesonero y á la mesonera, qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello: excuse usted, me dijo, mis arrebatos, no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza le dije: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. Usted está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un

nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parásitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya, pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente, ántes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compaña, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á usted, comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se ejecutó prontamente: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir, cuando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado, añadia incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y la de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándo-

me á que le correspondiese. Con efecto, no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual, y con sus adulaciones, me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha, pero costará caro á los que la coman, y es bocado demasiadamente agrio para usted. ¿Qué llama usted *demasiadamente agrio*? replicó mi adulador. Traiga usted la trucha, y descuide de lo demás. Ninguno bocado, por costoso que sea, es agrio para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que prevenirme. Dime por ofendido, y dije con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del parásito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez ni mas ni menos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dijo, alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que usted me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá usted encontrarse con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea usted su hazmereir, y no crea

sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volvióme las espaldas.—*Le Sage.*

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo y se hace famoso médico.

81.—Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escojer en su rejistro otra casa donde servir, pero cuando estaba ya muy cerca del rincon donde vivia, me encontré con el Dr. Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro traje y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. Hé menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como usted no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente, te trataré con distincion, no te señalare salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y acepté la proposicion del doctor, con la esperanza de hacerme un ilustre médico bajo la disciplina de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban miéntras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducia toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal

que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuorio* ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo; ni mas ni menos como en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el Dr. Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave, y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas, con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua á discrecion. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios; la salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. ¿Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen Doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una tísis natural, que nos deseca y nos consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sos-

tenia que antes bien los desgasta, y los destruye, diciendo muy elegantemente que aquel licor, así para los viejos como para todos los demás, era un amigo traidor, y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padecí una disentería, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dijo, hay mil arbitrios para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de cocleria.

Por mas que me ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas, sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él, me dijo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las partecillas de la bilis, y darlas mayor vigor y mayor actividad, cuando era necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua debilite, ni enfrie demasiado tu estómago. Léjos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo fiador del buen suceso, y si no tienes satisfaccion de mi fianza, el divino Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elojio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas de indócil, cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, bajo la fé de Celso, ó por mejor decir, comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copa aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas incomodado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de pensamiento. Mira, hijo mio, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dejan envejecer los criados en la servidumbre, sin pasarles por el pensamiento el recompensar los servicios. Estoy contento de tí, te amo, y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, quiero hacer tu fortuna. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años ha. Los otros médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo pretendo abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males, no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí; este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones, quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangría y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes á fondo toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas experiencias, serás tan médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á

visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero: tú visitarás los del estado general que me llamaren, y cuando hayas trabajado algun tiempo, haré que seas incorporado en nuestro gremio. Hé aquí Gil Blas, que ya eres sabio sin ser médico, cuando otros por muchos años, y quizá por toda la vida, son médisin ser ni haber sido jamás sabios. —*Le Sage.*

Gil Blas, privado del Arzobispo de Granada.

32.—El dia siguiente me hizo llamar su S. Illma. bien de mañana para darme á copiar una homilía; me encargó mucho lo hiciera con toda la exactitud posible, lo que ejecuté sin olvidar acento, punto, ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al prelado. Luego que recorrió todas las ojas esclamó arrebatado: ¡ Eterno Dios ! ¡ Puede darse copia mas correcta ! Para no ser gramático eres muy buen copista. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿ has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado ? ¿ algun descuido en el estilo, ó algun término impropio ? Es muy fácil se escape algo de esto con el fuego de la composicion. ¡ Oh, señor ! respondí modestamente, no es tanta mi instruccion que pueda meterme á crítico y aun cuando fuera capaz de ello, estoy seguro que las obras de V. S. Illma. no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de ganarle con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues

con la ocasion siguiente: Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilía que debia predicar en la catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general qué me habia parecido; sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe; tuve la fortuna de citarle aquellos de que estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. S. Illma. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas hermosuras de una obra. Esto es, esclamó, lo que se llama tener gusto y delicadeza. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de *Beocia*. En fin, tan contento quedó, que me dijo con mucha espresion: no tengas ya cuidado, corre de mi cuenta tu fortuna, y yo te la procuraré agradable. Yo te quiero, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los piés de S. S. Illma. penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazon sus piernas torcidas, y me creí ya hecho hombre Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion; sí, hijo mio, quiero hacerte depositario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilías, porque ellas hieren á los pecadores, les hacen entrar dentro de sí mismos, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro espantado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con mano pródiga: apartarse un lascivo de sus torpezas: retirarse los ambiciosos á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones que son frecuentes, debian por sí solas excitarme al trabajo; con todo te confieso mi flaqueza, todavia me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; esta es la estimacion del público á las obras perfectas.

Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador consumado. Hoy pasan mis obras por fuertes y delicadas: pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben por muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el prelado, espero una cosa de tu celo: cuando percibas que mi pluma se envejece, cuando notes se baja mi estilo, no dejes de advertírmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial; por tanto elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictámen. Señor, le dije, V. S. Illma. está todavia bien lejos de ese tiempo, á Dios gracias. Ademas que un entendimiento tal como el de V. S. Illma. se conserva mas bien que los de otro temple, y para hablar con propiedad, V. S. Illma. será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. Illma. como un otro Cardenal Jimenez, cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años, en lugar de debilitarse con la vejez. Dejémonos de adulacion, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo bajarme y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya, se principian á sentir las enfermedades, y las enfermedades del cuerpo alteran el espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme cuando adviertas se debilita mi cabeza. No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad; porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte, va en ello tu interés; porque si por desgracia tuya supiese se hablaba en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad; esto sacarás de tu necia discrecion.

Aquí acabó la exhortacion de mi amo para oir mi

respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado.

En el tiempo que me encontraba mas favorecido tuvimos un grande susto en palacio: el Arzobispo fué atacado de apoplegía, pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á muy pocos dias; pero le quedó algo débil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver, pero no podia comprender del todo la diferencia de este con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á caer, y por esto aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fué menester esperar mas. El buen prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatia hasta el suelo; su oracion fué difusa, arenga de catedrático cansado, un sermon de mision sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplegía. Vamos, señor censor, y árbitro de las homilías, me dije, prepárese usted para hacer su oficio. Ya ve usted que S. S. Illma. declina: usted está obligado á advertírselo, tanto por depositario de sus confianzas, como por el temor de que alguno de sus amigos le prevenga: si llegara este caso, sabe usted muy bien sus consecuencias; seria usted borrado de su testamento, en el cual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas útil que la biblioteca del licenciado Sedillo.

A estas reflexiones se sucedian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente por sus obras: por otra parte me parecia era imposible que le disgustase mi libertad despues de habérmelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En

fin, persuadiéndome á que aventuraba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Gracias al cielo el orador mismo me sacó de este embarazo preguntándome qué se decia de él en el mundo, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilías siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia conmovido tanto al auditorio como las antecedentes.—¿Cómo es eso, amigo, respondió sobresaltado, se ha encontrado algun Aristarco?—Señor Illmo., respondí, no son obras las de V. S. Illma. que haya quien se atreva á censurarlas; antes todos las celebran; pero como V. S. Illma. me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me he atrevido á decir que su último discurso no me parece tiene la solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. Illma. de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dijo:—¿Señor Gil Blas, con que esta pieza no es del gusto de usted?—No digo yo eso, interrumpí todo turbado, es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Illma.—Ya te entiendo, replicó, te parece que voy bajando; ¿no es esto? Acorta de razones, tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme.—Jamas hubiera yo hablado á V. S. Illma. con tanta claridad, si espresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Illma., le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento.—No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que tal cosa os reprenda: en eso seria yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictámen; pero tu dictámen no me parece justo; yo me engañé habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar un autor irritado, y mas si está acostumbrado á

no oir mas que elogios.—No hablemos mas de esto, hijo mio, me dijo: tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilía que esta que ha tenido la de gracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su gabinete, y dí á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya usted con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre usted toda felicidad con un poco de mas gusto.—*Le Sage.*

Batalla de D. Quijote con los molinos de viento.

33.—En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear: porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quienes pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen an-

dos manos, con buena fé y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan aflijido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así D. Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.—Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela; ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre la que se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero D. Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitárselo al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rosinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta, asió de un lanzon que allí estaba, para que le sirviese de lanza.—*Cervantes.*

Sancho Panza manteado.

35.—El ventero que vió ir á D. Quijote, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que por la ley de caballería que su amo habia recibido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigüa usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria (*) de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que clara-

(*) Lo mismo que *feria*; pronunciacion andaluza.

mente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por eso cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: vés aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí: y el acabar de decir esto y e comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenia unas sombras y lejos de cristiana.

Así como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intento, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se debia, mas Sancho no las echó menos segun salió turbado.—*Cervantes.*

Encuentro de Don Quijote con dos manadas de ovejas y carneros.

36.—En estos coloquios iba Don Quijote y su escudero cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.—A esa cuenta dos deben ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios que en los libros de caballerías se cuentan; y

todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote, que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?—¿Qué? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestro frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no lo veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. —¿Cómo dices eso? respondió Don Quijote; ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.—El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la

costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir, vuélvase. ¡Desdichado del padre que me engendró! ¡qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguís y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello, pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: ¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela en la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero

dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no lo decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?—Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente y verás como, en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en

ello, echó de ver en el color, sabor y olor que no era sangre sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perla. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.—*Cervantes.*

Aventura de los batanes.

37.—A poco trecho que caminaban entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban, estaba colmado de verde y menuda yerba: No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que el hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote;

y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me

hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna,* y aquel incesante golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafo-

* No son los montes, sino el monte de la Luna, en la alta Etiopía.—En él suponian los antiguos que nace el Nilo.

rado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna?—Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuando mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia.—Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud,

y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.

Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. —¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote: ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension.—No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que yo

lo dije por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle. . . .

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaban entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante. . . . . .

Seguíale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole D. Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favore-

ciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian lo que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche les habia tenido; y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asestó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedaria libre de pagarle el salario sino fuera á sus herederos. —*Cervantes.*

Bodas de Camacho.

38.—Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante, y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso, se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se habian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de dos arrobas cada uno, y todos llenos segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba, cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cocidos por encima servian de darle sabor y enternecerle; las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar á un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sarten, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteces y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero; ¡pecador de mí, y que melindroso y para poco debeis de ser! y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba Don Quijote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos escabeles en los petrales, y todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita diciendo: viva Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo cual Don Quijote dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. —*Cervantes.*

Sentencia dada por Sancho Panza en un intrincado pleito.

39. —Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratorio, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recibirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo: es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion de esta ínsula, y dice el epitafio: hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion desta ínsula el señor D. Sancho Panza, que

muchos años la goce.—¿Y á quien llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho.—A V. S., respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.—Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni doñas, y yo imagino que en esta ínsula debe haber mas dones que piedras: pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que, si el gobierno me dura cuatro dias, yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca, ó no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano, y el sastre dijo: señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y el caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí señor, respondió el hombre: pero hágale vuesa merced que

muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando en continente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: he aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la carcel, y no hay mas.—*Cervantes.*

Sancho Panza, gobernador de la Insula Barataria, y su médico Tirteafuera.

40.—Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á

Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza, como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cena, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato de otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. —Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el médico respondió: esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida.—¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *omnis saturatio mala, perdices autem pessima.* Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si esto es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas pro-

vecho y cual menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela.—Vuesa merced tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.—*Atsit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida; allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó como se llamaba, y donde habia estudiado. A lo que él respondió: yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo á la mano dere-

cha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: pues, señor Doctor Pedro Recio de mal agüero, natural del Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quítese luego de delante; si no voto al sol que tomo un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.—*Cervantes.*

DESCRIPCIONES Y CUADROS.

La República Arjentina.

1.—El mal que aqueja á la República Arjentina es la estension; el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas: la soledad, el despoblado sin una habitacion humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras de sus Provincias. Allí la imensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los rios, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores ténues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sud y al norte, acéchanla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos, y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesan pesadamente las Pampas, y que se detienen á reposar por momentos, la tripulacion, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hácia el sur al mas lijero susurro del viento que ajita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede, de un momento á otro, sorprenderla desapercibida. Si el oido no escucha rumor alguno, si la vista no al-

canza á calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, á las orejas de algun caballo que está inmediato al fogon, para observar si están inmóviles y neglijentemente inclinadas hácia atras. Entonces continúa la conversacion interrumpida, ó lleva á la boca el tasajo de carne medio sollamado de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, á mi parecer, en el carácter arjentino, cierta resignacion estóica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá esplicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.

La parte habitada de este pais privilejiado en dones y que encierra todos los climas, puede dividirse en tres fisonomías distintas, que imprimen á la poblacion condiciones diversas, segun la manera como tiene que entenderse con la naturaleza que lo rodea. Al norte, confundiéndose con el Chaco, un espeso bosque cubre, con su impenetrable ramaje, estensiones que llamariamos inauditas, si en formas colosales hubiese nada inaudito en toda la estension de la América. Al centro, y en una zona paralela, se disputan largo tiempo el terreno, la Pampa y la Selva: domina en partes el bosque, se degrada en matorrales enfermizos y espinosos, preséntase de nuevo la selva á merced de algun rio que la favorece, hasta que, al fin, al sud triunfa la Pampa, y ostenta su lisa y velluda frente, infinita, sin límite conocido, sin accidente notable: es la imájen del mar en la tierra; la tierra como en el mapa; la tierra, aguardando todavía que se la mande producir las plantas y toda clase de simiente. Pudiera señalarse, como un rasgo notable de la fisonomía

de este país, la aglomeracion de rios notables que al Este se dan cita de todos los rumbos del horizonte, para reunirse en el Plata, y presentar dignamente su estupendo tributo al Océano, que lo recibe en sus flancos, no sin muestra visible de turbacion y de respeto. Pero, estos inmensos canales, escavados por la solícita mano de la naturaleza, no introducen cambio alguno en las costumbres nacionales.

El hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegacion, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote ó de la lancha. Cuando un gran rio le ataja el paso, se desnuda tranquilamente, apresta su caballo y lo endilga, nadando á algun islote que se divisa á lo lejos; arribado á él, descansan caballo y caballero, y, de islote en islote, se completa en fin la travesía. De este modo, el favor mas grande que la Providencia depara á un pueblo, el gaucho arjentino lo desdeña, viendo en él mas bien un obstáculo opuesto á sus movimientos, que el medio mas poderoso de facilitarlos; de este modo, la fuente del engrandecimiento de las naciones, lo que hizo la celebridad remotísima del Egipto, lo que engrandeció á la Holanda y es la causa del rápido desenvolvimiento de Norte-América, la navegacion de los rios, ó la canalizacion, es un elemento muerto, inesplotado por el habitante de las márgenes del Bermejo, Pilcomayo, Paraná, Paraguay y Uruguay.

Por sobre todos los accidentes peculiares á ciertas partes de aquel territorio, predomina una faccion general, uniforme y constante; ya sea que la tierra esté cubierta de la lujosa y colosal vejetacion de los trópicos, ya sea que arbustos enfermizos, espinosos y desapacibles revelen la escasa porcion de humedad que les da vida; ya en fin, que la Pampa ostente su despejada y monótona faz, la superficie de la tierra es generalmente llana y unida, sin que basten á interrumpir esta continuidad sin límites, las sierras de San Luis y Córdoba en el centro, y algunas ramificaciones

avanzadas de los Andes al Norte. Nuevo elemento de unidad para la nacion que pueble un dia aquellas grandes soledades, pues que es sabido que las montañas que se interponen entre unos y otros paises y los demas obstáculos naturales, mantienen el aislamiento de los pueblos y conservan sus peculiaridades primitivas. La República Arjentina es "una é indivisible."

Esta estension de las llanuras imprime, por otra parte, á la vida del interior, cierta tintura asiática que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces, al ver salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney en su descripcion de las Ruinas: "La pleine lune, à l'orient, s'élevait sur un fond bleuâtre aux planes rives de l'Euphrate." Y en efecto, hay algo en las soledades arjentinas que trae á la memoria las soledades asiáticas; alguna analojía encuentra el espíritu entre la Pampa y las llanuras que median entre el Tígris y el Eufrates; algun parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades, para llegar, al fin de una marcha de meses, á Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirije hácia Bagdad ó Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya jente tiene costumbres, idioma y vestido peculiares que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra. Es el capataz un caudillo, como en Ásia el jefe de la caravana: necesítase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad, para contener la audacia y turbulencia de los filibusteros de tierra, que ha de gobernar y dominar él solo en el desamparo del desierto. A la menor señal de insubordinacion, el capataz enarbola su *chicote* de fierro, y descarga sobre el insolente, golpes que causan contusiones y heridas: si la resistencia se prolonga, antes de apelar á las pistolas, cuyo auxilio por lo general desdeña, salta del caballo con el formidable cuchillo

en mano, y revindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo. El que muere en estas ejecuciones del capataz no deja derecho á ningun reclamo, considerándose lejítima la autoridad que lo ha asesinado. Así es como en la vida argentina empieza á establecerse, por estas peculiari dades, el predominio de la fuerza brutal, la preponde rancia del mas fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debate. La tropa de carretas lleva además, armamento: un fusil ó dos por carreta, y, á veces, un cañoncito jiratorio en la que va á la delantera. Si los bárbaros la asaltan, forma un círculo, atando unas carretas con otras, y casi siempre resisten victoriosamente á la codicia de los salvajes, ávidos de sangre y de pillaje. La arria de mulas cae con frecuencia indefensa en manos de estos beduinos americanos, y rara vez los troperos escapan de ser degollados. En estos largos viajes, el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y luchar individualmente con la naturaleza, endurecido en las privaciones, y sin contar con otros recursos que su capacidad y su maña personal para precaverse de todos los riesgos que le cercan de contínuo. —*D. F. Sarmiento.*

Las Selvas de América.

2.—Penetrad en esas selvas tan antiguas como el mundo; ¡qué profundo silencio en esas soledades, cuando los vientos reposan! ¡Qué voces desconocidas, cuando se levantan! Si estáis inmóvil, todo queda mudo; si dais un paso, todo suspira. La noche se acerca, las sombras se hacen mas densas; óyense hatos de bestias salvajes corriendo en medio de las tinieblas; la tierra murmura bajo vuestras pisadas; de vez

en cuando el trueno hace retumbar el desierto; ajítanse las selvas, caen los árboles, un rio desconocido corre ante vuestra vista. La luna sale en fin del Oriente; á medida que pasais por el pié de los árboles, parece que ella os precede en sus cimas y sigue tristemente vuestras miradas. El viajero se sienta sobre el tronco de una encina para esperar el dia; mira sucesivamente el astro de las noches, las tinieblas, el rio; se siente inquieto, conmovido, y en la espectacion de algo desconocido; un placer inaudito, un temor estraordinario, hacen palpitar su corazon, como si fuera á penetrar en algun secreto de la divinidad; está solo en el fondo de las selvas; pero el espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la naturaleza, y todas las soledades de la tierra son menos vastas que un solo pensamiento de su alma. Hay en el hombre un instinto que le pone en relacion con las escenas de la naturaleza. Y, ¿quién no ha pasado horas enteras, sentado en la márgen de un rio, viendo deslizarse las olas? ¿Quién no se ha deleitado, en la orilla del mar, mirando blanquear el escollo lejano? Debemos compadecer á los antiguos que no habian encontrado en el Océano mas que el palacio de Neptuno, y la gruta de Proteo. ¡Cuán triste era no ver sino las aventuras de los Tritones y de las Nereidas en esa inmensidad de los mares, que parece darnos una medida confusa de la grandeza de nuestra alma, en esa inmensidad que despierta en nosotros un vago deseo de abandonar la vida, para abrazar la naturaleza y confundirnos en su autor.—*Chateaubriand.*

La noche en los desiertos del nuevo mundo.

3.—Una hora despues de la puesta del sol, mostrábase la luna por sobre las árboles, y en el horizonte

opuesto, una brisa embalsamada que traia consigo del Oriente, parecia, cual su fresco aliento, precederlas en las selvas. La reina de las noches subia poco á poco en el cielo, ora siguiendo apaciblemente su carrera azulada, ora reposando sobre grupos de nubes, que se asemejaban á la cima de altas montañas coronadas de nieve. Estas nubes, plegando y desplegando sus celajes, se desenvolvian en zonas diáfanas de raso blanco, esparciéndose en leves copos de espuma, ó formando en el cielo bancos como de deslumbrante algodon, tan suaves para la mirada, que se creia sentir su blandura y elasticidad.

La escena, en la tierra, no era menos encantadora; la luz azulada y aterciopelada de la luna descendia por los intersticios de los árboles, lanzando hazes de luz hasta dentro de la espesura de las mas profundas tinieblas. El rio que se deslizaba á mis piés, á veces se perdia en los bosques, á veces volvia á aparecer, chispeante por el brillo de las constelaciones de la noche que se reflejaban en su seno. En una vasta pradera, situada al otro lado de este rio, el resplandor de la luna quedaba sin movimiento y como dormido sobre el césped. Abedules, mecidos por las brisas, y esparcidos acá y allá por la sábana, formaban islas de sombras flotantes, en un mar inmóvil de luz. Al lado, todo era silencio y reposo, fuera de la caida de una que otra hoja, el veloz tránsito de una ráfaga de viento, y los escasos é interrumpidos jemidos de la lechuza; pero, en lontananza y de vez en cuando, oíase los solemnes retumbos de la catarata del Niágara, que, en la calma de la noche, se prolongaban de desierto en desierto, hasta perderse en el fondo de las selvas solitarias.

Imposible seria espresar en ninguna lengua humana, la sublime y mágica melancolía de este cuadro, del que no podrian dar ideas las mas hermosas noches de Europa. En vano se esfuerza la imaginacion por estenderse en medio de nuestros campos cultivados, siempre encuentra por do quier las habitaciones de los

hombres; pero, en estos paises desiertos, el alma se complace en sumerjirse en un Océano de selvas, en errar á orillas de inmensos lagos, en cernirse sobre el abismo de las cataratas, y por decirlo así, en hallarse sola en presencia de Dios.—*Chateaubriand.*

Las ruinas de Palmira.

4.—Recien se habia puesto el sol; una faja rojiza marcaba aun sus huellas en el horizonte lejano de las montañas de la Siria; al Oriente, levantábase la luna llena en azulado campo, sobre las esplayadas riberas del Eufrates; el cielo estaba puro, suave y templado el aire; el crepúsculo mitigaba el horror de las tinieblas; la fresca brisa de la noche temperaba los ardores de la tierra abrasada; los pastores habian recojido ya sus camellos; la vista no apercibia animacion alguna en la llanura monótona y parduzca; reinaba en el desierto, misterioso é imponente silencio, tan solo interrumpido á largos intérvalos por lúgubres graznidos de las aves nocturnas y por el desapacible grito del chacal..... Crecian las tinieblas, y ya en medio del crepúsculo, solo distinguíase las blancas fantasmas de las columnas y de los muros..... Estos lugares solitarios, esa apacible tarde, esa escena majestuosa, penetraron mi espíritu de un relijioso recojimiento. El aspecto de una gran ciudad desierta; el recuerdo de los triunfos pasados, la comparacion del estado presente, el denso é impenetrable velo del porvenir, elevaron mi espíritu á las vastas rejiones del pensamiento. Sentéme sobre el tronco de una columna; y allí, con el codo fijo en mi rodilla, la cabeza apoyada sobre mi mano, dirijiendo mi vista, ya sobre el desierto, ya fijándola sobre las próximas ruinas, me absorbí en profunda meditacion.

Aquí, me decia interiormente, aquí floreció en otro tiempo una opulenta ciudad, aquí fué el asiento de un poderoso imperio. Sí, estos lugares, ahora desiertos, eran un tiempo animados por una muchedumbre bulliciosa; un gentío activo circulaba por estas calles ahora solitarias; en estos muros, donde reina un sombrío silencio, resonaban sin cesar el ruido de las artes y los gritos de regocijos y de fiestas; estos mármoles amontonados en desórden formaban magníficos palacios; estas columnas derrumbadas ornaban la majestad de los templos; esas galerías desplomadas señalaban las plazas públicas! Aquí acudia un numeroso pueblo para los deberes respetables de su culto, para las atenciones de su subsistencia. Aquí, una industria creadora de nuevos goces, convidaba á las riquezas de todos los climas, y se veia cambiar la púrpura de Tiro por la seda preciosa de la Sérica, los suaves tejidos de Cachemira por los lujosos tapices de la Lidia, el ámbar del Báltico, por las perlas y los perfumes de la Arábia, el oro de Ofir por el estaño de Tule.

Y, ¡ ved ahí entretanto lo que subsiste de tan opulenta ciudad! un lúgubre esqueleto. ¡ Ved ahí lo que queda de tan vasta dominacion! un recuerdo confuso y vano. A la bulliciosa multitud que se agolpaba bajo estos pórticos, ha sucedido la soledad de la muerte! El silencio de las tumbas se ha sustituido al murmullo de las plazas públicas. La opulencia de una ciudad comercial se ha cambiado en repelente pobreza. Los palacios de los reyes se han convertido en guaridas de las bestias salvajes; los ganados se guarecen en el suelo de los templos y los inmundos reptiles habitan el santuario de los Dioses! ¡ Ah! ¿ cómo se ha eclipsado tanta gloria? ¿ Cómo se han aniquilado tantas construcciones? Así pues perecen las obras de los hombres! Así pues se desvanecen los imperios y las naciones!

Y la historia de los tiempos pasados se trazó vivamente en mi memoria; recordaba los antiguos siglos

en que veinte pueblos famosos existian en esas comarcas; pintábame al Asirio en las riberas del Tigris, al Caldeo en las del Eufrates, al Persa reinando sobre el Indo y el Mediterráneo. Recordaba los reinos de Damasco y de la Idumea, de Jerusalen y de Samaria, los belicosos Estados de los Filisteos y las repúblicas comerciantes de la Fenicia. Esta Siria, decíame yo, hoy casi despoblada, contaba entónces cien poderosas ciudades. Sus campiñas estaban cubiertas de aldeas, de villas y de cabañas. Veíanse por do quier campos cultivados, vias frecuentadas, habitaciones apiñadas. ¡Ah! ¿qué se han hecho esos tiempos de abundancia y de vida? ¿qué se han hecho tan portentosas creaciones de la mano del hombre? ¿Dónde están ahora esos baluartes de Nínive; esas murallas de Babilonia, esos palacios de Persépolis, esos templos de Balbek, ese santuario de Jerusalen? ¿En dónde están esas flotas de Tiro, esos astilleros de Arad, esos astilleros de Sidon, esa multitud de marinos, de pilotos, de mercaderes, de soldados? ¿Qué se han hecho esos labradores, esas fértiles mieses, esos numerosos rebaños, y toda esa creacion de seres vivientes de que se enorgullecia la superficie de la tierra? ¡Ay! ya he recorrido esa tierra devastada, he visitado esos lugares, teatro un tiempo de tanto esplendor, y no he encontrado allí sino abandono y soledad. . . . . He buscado los antiguos pueblos y sus obras, y no he visto sino la huella, semejante al rastro que el pié del viajero deja sobre la arena. Los templos yacen derrumbados, los palacios derribados, cegados los puertos, destruidas las ciudades, y la tierra, erial é inhabitada, no es sino un vasto cementerio. . . . . ¡Gran Dios! ¿De dónde vienen tan funestas revoluciones? ¿Por qué la fortuna de estas comarcas ha cambiado tanto? ¿Por qué se han arruinado tantas ciudades? ¿Por qué no se ha reproducido y perpetuado esta antigua poblacion? —*Volney.*

Al Océano.

5.—¡Desenvuelve tus azuladas olas, profundo y sombrío Océano! En vano recorren tus ámbitos innumerables flotas: estréllase en tus riberas el poder del hombre, que señala su paso en la tierra hacinando ruinas. Obra tuya son los naufragios que ocurren en la líquida planicie, donde no queda el menor vestijio de las devastaciones del hombre, que solo aparece un instante en tu superficie, cuando se hunde, arrojando un suspiro ahogado, y desaparece como una gota de agua en tus profundos abismos, privado de tumba, de féretro, de honores fúnebres, y de recuerdo.

No conservan tus senderos la huella de sus pasos, ni son presa suya tus dominios. Te alzas, y le arrojas léjos de tí. Esa despreciable fuerza que él emplea para sembrar ruinas en la tierra, tú la desprecias. Rechazándole de tu regazo, le levantas como un juguete, y le lanzas, envuelto en tu espuma, hasta las nubes, donde trémulo y despavorido, pide á sus Dioses un feliz regreso á cualquier puerto vecino; y tú, compasivo, le botas de nuevo á la playa. ¡Quédese en ella!

Esos armamentos preparados á tanto costo para ir á fulminar rayos sobre los muros de ciudades edificadas en peñascos, infundir terror á las naciones y hacer temblar á los monarcas en sus capitales; esos leviatanes de roble y gigantescos flancos, á mérito de los cuales sus ensoberbecidos dueños se dan á sí mismos el pomposo título de Señores del Océano, árbitros de la guerra, ¿qué son para tí? un juguete y nada mas: los vemos, cual copos de nieve, deshacerse en la espuma de tus ondas, que, con igual facilidad, aniquilan la orgullosa Armada ó los despojos de Trafalgar.

Tus orillas son imperios donde todo ha variado, salvo tú. ¿Qué ha sido de la Asiria, de la Grecia, de Roma, de Cartago? Tus olas azotaron sus fronteras

en los dias felices de la libertad, y, en seguida, en los aciagos de la tiranía; sus territorios, postrados en la esclavitud ó en la barbarie, obedecen la ley del estranjero; su decadencia ha trasformado reinos en áridos desiertos:—pero, en tí nada varía, salvo el capricho de tus olas; y el tiempo no imprime arruga alguna en tu azulada frente.—Cual te vió la aurora de la creacion, tal te vemos aun.

¡Glorioso espejo, en que la faz del Omnipotente se refleja durante la tempestad! sosegado ó irritado,—alzado por la brisa ó el aquilon, helado hácia el polo, oscurecido y ajitado bajo la zona tórrida;—siempre eres inmenso, sin límites, sublime,—la imágen de la eternidad,—el trono del Invisible;—de tu limo se han formado los monstruos del abismo; todas las zonas te obedecen; tú avanzas terrible, impenetrable, solitario.

Y yo te he amado ¡oh Océano! Desde mis mas tiernos años, cifraba mis goces en sentirme hospedado en tu seno, y mecido al movimiento de tus olas; siendo niño, me solazaba en las ráudas de tus rompientes; —sentia indecible placer; y si tus frígidas ondas conseguian á veces inspirarme un sentimiento de terror, era este terror lleno de dulzura, pues era yo como hijo tuyo; y sea que me quedase cerca de tu orilla, sea que me alejase de ella, fiábame de tus olas, jugueteando mi mano con tu húmeda cabellera como juguetea ahora.—*Byron.*

La campiña de Roma.

6.—Imaginaos algo semejante á la desolacion de Tiro y Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan vastos como el ruido de los hombres que se apiñaban en otro tiempo sobre este suelo. Se cree oir resonar allí esta maldicion del profeta: *venient tibi duo hæc subito in die una, sterilitas et vidui-*

tas: vendrán sobre tí dos cosas á la vez, en un mismo dia, la esterilidad y la viudez (*Isaias*). Percibis aquí y allá algunos fragmentos de vías romanas en lugares donde nadie pasa ya, algunas huellas desecadas de los torrentes del invierno: esas huellas, vistas de léjos, parecen grandes caminos trillados y frecuentados, y no son mas que el lecho desierto de una onda tempestuosa que se ha escurrido como el pueblo romano. Apenas descubris algunos árboles, pero en todas partes se levantan ruinas de acueductos y de tumbas; ruinas que parecen los bosques y las plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los muertos y los despojos de los imperios. Frecuentemente he creido percibir ricas mieses en una vasta planicie; me he aproximado: eran yerbas marchitas que habian engañado mi vista. A veces, distinguis bajo estas estériles mieses, las huellas de un antiguo cultivo. No hay pájaros, ni labradores, ni movimiento campestre, ni aldeas, ni mujidos de ganado. Un corto número de quintas arruinadas se presenta en la desnudez de los campos; sus puertas y ventanas están cerradas; no salen de allí ni humo, ni ruido, ni habitantes. Una especie de salvaje casi desnudo, pálido y devorado por la fiebre, guarda esas tristes chozas, como los espectros que, en nuestras historias góticas, impiden la entrada á los castillos abandonados. Se diría, en fin, que ninguna nacion se ha atrevido á suceder á los señores del mundo en su tierra natal y que estos campos están como los dejó la esteva de Cincinato ó el último arado romano.

En medio de este terreno inculto es donde domina y contrista todavía un monumento llamado por la voz popular el *Sepulcro de Neron*, donde se levanta la gran sombra de la ciudad eterna. Despojada de su poder terrestre, parece haber querido aislarse en su orgullo: se ha separado de las demas ciudades de la tierra; y, como una reina destronada, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad.

Me seria imposible deciros lo que se esperimenta cuando Roma se os aparece de repente en medio de esos reinos vacíos, *inania regna*, semejando levantarse para vos de la tumba en que yace. Tratad de imaginaros la turbacion y el asombro que se apoderaban de los profetas cuando les enviaba Dios la vision de alguna ciudad á la que habia ligado los destinos de su pueblo: *Quasi aspectus splendoris.* "Era una vision esplendorosa." (Ezequiel). La multitud de los recuerdos, la abundancia de los sentimientos, os oprimen; vuestra alma se trastorna en presencia de esa Roma que ha recojido en dos ocasiones la sucesion del mundo, como heredera de Saturno y de Jacob.

¿Creereis tal vez, mi caro amigo, segun esta descripcion, que nada hay mas espantoso que las campiñas romanas? Os engañariais en gran manera; tienen una grandeza inconcebible; se está siempre dispuesto, cuando se las mira, á esclamar con Virgilio:

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum.

Si las considerais como economista, os dejarán desolados; si las contemplais como artista, como poeta y aun como filósofo, no querriais tal vez que fuesen diferentes de lo que son. El aspecto de un trigal ó de una lomada de viñas no os causarían emociones tan fuertes como la vista de esta tierra, cuyo suelo no ha sido rejuvenecido por el cultivo moderno, y que ha permanecido antigua como las ruinas que la cubren.

Nada es comparable por la belleza á las líneas del horizonte romano, á la dulce inclinacion de sus planos, á los contornos suaves y fugitivos de las montañas que lo terminan. Los valles toman con frecuencia en la campaña la forma de una arena, de un circo, de un hipodromo; las lomadas están cortadas en terraplenes, como si la mano poderosa de los Romanos hubiese removido toda esa tierra. Un vapor particular, es-

parcido en lontananza, redondea los objetos, y disimula lo que podrian tener de duro ó áspero en sus formas. Las sombras jamás son negras y pesadas; no hay masas tan oscuras de rocas y de follaje, en las que no se insinúe siempre un poco de luz. Un tinte singularmente armonioso confunde la tierra, el cielo y las aguas: todas las superficies, por medio de una gradacion insensible de colores, se unen por sus estremidades sin que se pueda determinar el punto donde un matiz concluye y otro comienza. ¿Habeis, sin duda, admirado en los paisajes de Claudio Lorrain esa luz que parece ideal y mas bella que la de la naturaleza? ¡Pues bien! ¡esa es la luz de Roma!

No me cansaba de ver, en la *Villa* Borghese, ponerse el sol sobre los cipreses del monte Marius y sobre los pinos de la *Villa* Pamphili, plantados por Le Nôtre. He remontado tambien muchas veces el Tíber hasta Ponte-Mole, para gozar con esta gran escena del fin del dia. Las cumbres de las montañas de la Sabina parecen entonces de ópalo y de lapiz-lázuli, mientras sus bases y sus flancos se sumerjen en un vapor de tinte violáceo y purpurino. A veces, algunas bellas nubes, como lijeros carros conducidos sobre el viento de la tarde con una gracia inimitable, hacen creer en la aparicion de los habitantes del Olimpo bajo ese cielo mitológico; á veces, parece que la antigua Roma ha estendido en el Occidente toda la púrpura de sus Cónsules y de sus Césares, bajo los últimos pasos del Dios del dia. Esta espléndida decoracion no desaparece tan pronto como en nuestros climas: cuando creeis que sus tintas van á borrarse, reaparece con mas viveza en algun otro punto del horizonte: un crepúsculo sucede á otro crepúsculo, y la magia del poniente se prolonga. Es cierto que en esta hora del reposo de las campiñas, el aire no resuena ya con los cantos bucólicos; ya no hay pastores allí, "¡Dulcia linquimus arva!" pero se ven todavia *las grandes víctimas de Clitumnio*, bueyes blancos ó manadas de yeguas

salvajes que descienden hasta los bordes del Tíber y vienen á abrevar en sus aguas. Os creeriais trasportado al tiempo de los antiguos Sabinos ó al siglo del Arcadio Evandro, cuando el Tíber se llamaba Albula y el piadoso Eneas remontó sus ondas desconocidas.

Convendré, entretanto, en que las perspectivas de Nápoles son quizá mas deslumbradoras que las de Roma: cuando el sol encendido ó la luna ancha y enrojecida se levanta sobre el Vesubio, como un globo lanzado por el volcan, la bahía de Nápoles, con sus orillas bordadas de naranjos, las montañas de Pulla, la isla de Caprera, la costa de Pausílipo, Bayas, Misena, Cumes, el Averno, los Campos Eliseos y toda esa tierra virgiliana, presentan un mágico espectáculo; pero no despliega, á mi juicio, el *grandioso* de la campiña romana. Por lo menos, es indudable que nos aficionamos prodijiosamente á este suelo famoso. Hace dos mil años que Ciceron se creia desterrado bajo el cielo del Asia, y que escribia á sus amigos: "En Roma es donde debe habitarse, mi querido Rufo; es bajo su luz donde se debe vivir." Este atractivo de la bella Ausonia es siempre el mismo. Se cita muchos ejemplos de viajeros que, habiendo venido á Roma con el designio de pasar en ella algunos dias, han permanecido aquí toda su vida. Fué necesario que el Poussin viniese á morir en esta tierra de los bellos paisajes. — *Chateaubriand.*

La oracion á bordo.

7.—El globo del sol, pronto ya á sepultarse en las olas chispeantes, y del que nuestros ojos no podian soportar el resplandor, aparecia por entre las jarcias del buque, derramando todavía luz por ilimitados espacios. Hubiérase dicho, por el balanceo de la popa, que el astro radiante variaba á cada momento de hori-

zonte. Los mástiles, los obenques, las vergas del buque estaban anegados en una atmósfera color de rosa. Algunas nubes vagaban, como descarriadas, en el oriente, donde la luna elevábase con lentitud. Las otras partes del cielo estaban puras y trasparentes; y, en el horizonte del norte, formando un glorioso triángulo con el astro del dia y de la noche, una trómba, penetrada de los colores del prisma, elevábase del seno del mar, como una columna de cristal sosteniendo la bóveda del cielo.

¡Muy digno de compasion hubiera sido aquel, que, en tan bello espectáculo, no hubiese reconocido la belleza de Dios! Lágrimas involuntarias brotaron de mis ojos, cuando todos mis compañeros quitándose los sombreros embreados, se pusieron á entonar, con bronca voz, su simple cántico á Nuestra Señora del Buen Socorro, patrona de los marineros.

¡Cuán conmovedora era la plegaria de estos hombres, que, en una frágil tabla, en medio del Océano, contemplaban la puesta del sol sobre las olas! ¡Cómo penetraba el alma esta invocacion del pobre marinero á la Madre del dolor!

Esta humillacion ante Aquel que envia las tempestades y la calma; esta conciencia de nuestra pequeñez en presencia del infinito; estos cantos que se estendian á lo lejos sobre las olas; esos monstruos marinos, sorprendidos al oir estos acentos desconocidos, precipitándose en el fondo de sus abismos; la noche acercándose con su séquito de asechanzas; la maravilla de nuestro barco en medio de tantas maravillas; una tripulacion relijiosa sobrecojida de admiracion y de terror; un augusto sacerdote en oracion; Dios, inclinado sobre el abismo, reteniendo con una mano el sol en las puertas del occidente, y con la otra, levantando la luna en el horizonte opuesto, y prestando al traves de la inmensidad, atento oido á la débil voz de su criatura: hé ahí lo que no se podria pintar y lo que apenas consigue abarcar por completo el corazon del hombre. —*Chateaubriand.*

Una tempestad en el desierto.

8.—Representaos playas arenosas, surcadas por las lluvias del invierno, abrasadas por los ardores del estío, de aspecto rojizo y horrorosa desnudez. Algunos nopales espinosos cubren aquí y allí una pequeña parte de ese arenal sin límites, sin que pueda el viento, que se abre paso por entre esas selvas armadas, conseguir doblegar sus inflexibles ramas: nótanse, á trechos, restos de naves petrificadas que asombran la vista, y montones de piedras que sirven para indicar su camino á las caravanas.

Caminamos un dia entero por esa llanura y descubrimos otra mas vasta y desolada aun que la primera, despues de haber cruzado una cadena de montañas.

Llegó la noche. Alumbraba la luna aquel desamparado desierto, en el que no se descubria mas sombra que la inmóvil de nuestro dromedario, y la errante de algunas manadas de gacelas. El silencio no era interrumpido sino por el crujido de marchitas ramas bajo el diente de los jabalíes, ó por el canto del grillo, que reclamaba en vano, en medio de aquel arenal inculto, el hogar del labrador.

Nos pusimos de nuevo en marcha antes del amanecer; y saliendo el sol despojado de sus rayos, á manera de un disco de hierro candente, se iba aumentando el calor á cada instante Seria como la tercera hora del dia, cuando el dromedario empezó á dar señales de inquietud; hundió sus narices en la arena, y resoplaba con violencia. El avestruz lanzaba, de vez en cuando, lúgubres gritos, mientras las serpientes y camaleones se apresuraban á refujiarse en sus guaridas. Yo ví al guia que miraba al cielo y palidecia. Preguntándole el motivo de su turbacion, me contestó:

"Mucho temo que nos acometa el viento del mediodia, huyamos."

Y volviendo la cara hácia el norte, se lanzó á escape

con su dromedario. Yo le seguí: pero, el horrible viento que nos amenazaba, era mas veloz que nosotros.

De repente, del fondo del desierto, acude impetuoso el torbellino que, en su violento empuje, arranca y se lleva el suelo, que ya falta á nuestros pies, mientras que otras columnas de arena, arrebatadas tras de nosotros, vuelan arremolinadas sobre nuestras cabezas. Estraviado en medio de un laberinto de médanos movedizos y parecidos entre sí, declara el guia que ya no conoce el camino: por última calamidad, escúrrese, en la impetuosidad de nuestra carrera, el agua contenida en los odres. Jadeantes, devorados por una sed ardiente, deteniendo enérgicamente el resuello por no aspirar llamas, corre copioso sudor por nuestros exhaustos miembros. Cobra nuevos brios el huracan: cava hasta los antiguos cimientos de la tierra, y desparrama por el cielo las abrasadas entrañas del desierto. Envuelto en una atmósfera de ardiente arena, pierdo de vista á mi guia. Oigo de repente su grito, acudo á su voz: herido por el viento de fuego, el desventurado yacia muerto en la arena, habiendo desaparecido su dromedario.

En vano traté de reanimar á mi desgraciado compañero, mis esfuerzos fueron inútiles. Fuí á sentarme á alguna distancia, teniendo mi caballo de la brida, confiando únicamente en aquel que cambió en fresca brisa y grato rocío el fuego del horno de Azarías; una acacia, que afortunadamente habia crecido en ese sitio, me prestó un abrigo. Guarecido tras ese frágil baluarte, esperé el fin de la tempestad. Hácia el anochecer, volvió á tomar su rumbo el viento del norte; perdió la atmósfera su insufrible calor, y cayendo del cielo las nubes de arena, aparecieron por fin las estrellas, inútiles antorchas que solo me mostraron la inmensidad del desierto.—*Chateaubriand.*

Las nubes.

9.—Mientras estaba en alta mar, sin tener ante mis ojos otro espectáculo que el cielo y el agua, entretenía-me á veces en diseñar hermosas nubes, blancas y parduzcas, que, parecidás á grupos de montañas, bogaban en pos unas de otras en el azul del cielo. A la caida del dia, especialmente, era cuando ostentaban toda su belleza, al aglomerarse al ocaso, donde revestian los mas vistosos colores, combinándose bajo las mas vistosas formas.

Una tarde, poco ántes de ponerse el sol, calmó el viento alisio del sudeste, como de ordinario sucede en hora tal. Las nubes, que arrea este por el cielo, á distancias iguales á las que recorre su soplo, se tornaron mas escasas, y las del oeste se detuvieron, hacinándose unas sobre otras, en forma de paisaje, simulando una vasta tierra compuesta de altas montañas, separadas por profundos valles dominados de colosales riscos. En sus cimas y laderas, divisábanse grupos aislados de nubarrones, como los que se elevan sobre la misma tierra. Un estenso rio parecia serpentear por sus valles, y despeñarse aquí y allí en cataratas, siendo además atravesado por un gran puente apoyado en arcos medio arruinados. En las faldas y perfiles de esa isla aérea, elevábanse bosquecillos de cocos, en cuyo centro se entreveian unas que otras habitaciones. Todos esos objetos no se hallaban revestidos de aquellos brillantes tintes de púrpura, de amarillo dorado, de nácar, de esmeraldas, tan comunes de tarde en las puestas de sol de aquellos parajes; ese paisaje no era un cuadro pintado, sino un simple grabado, en el que se veian reunidos, en perfecta armonía, los tintes mas variados de luz y de sombras. Representaba una comarca iluminada, no de frente por los rayos directos del sol, sino por detrás, con solo su reverberacion. En efecto, en el acto de ocultarse el astro del dia detrás

de él, viéronse algunos de estos rayos descompuestos iluminar, con color purpúreo, los arcos semi trasparentes del puente, y reflejarse en los valles y en la cima de los riscos; mientras que torrentes de luz cubrian sus contornos con el mas puro oro, formando en el cielo como una aureola de gloria; pero, la masa entera con servó su tinte semi oscuro, al paso que se veia en torno de las nubes que se elevaban de sus costados, el brillo de los truenos, cuyos lejanos retumbos se sentian. Cualquiera hubiera jurado que era una verdadera tierra, situada como á media legua de nosotros. Quizá era una de aquellas reverberaciones celestes de alguna isla muy lejana, de la que las nubes nos representaban la forma por sus reflejos, y los truenos por sus ecos. Muchas veces, esperimentados marinos se han dejado engañar por iguales perspectivas.

Sea como fuere, todo ese aparato fantástico de magnificencia y de terror, esos montes coronados de palmeras, esas tempestades que rujian en sus cimas, el rio, el puente, todo se disipó y desapareció á la llegada de la noche, como las ilusiones del mundo en presencia de la muerte. El astro de la noche, la triple Hécate, que renueva con armonías mas suaves las del astro del dia, repelió, al elevarse sobre el horizonte, el imperio de la luz, haciendo reinar el de la oscuridad. Luego, innumerables estrellas de eterno resplandor, fulguraron en el seno de las tinieblas. Oh! si el dia no es sino una imágen de la vida, si las rápidas horas del alba, del mediodia y de la tarde representan las edades tan fugitivas de la infancia, juventud, virilidad y vejez, debe la muerte, como la noche, descubrirnos tambien nuevos cielos y nuevos mundos.—*Bernardin de Saint-Pierre.*

El Meschacebé.

10.—Riega este rio, en una estension de mas de mil leguas, una deliciosa region, denominada por los habitantes de los Estados Unidos el *nuevo Edan*, y conocida por los Franceses con el dulce nombre de *Luisiana*. Otros mil rios, tributarios del Meschacebé, el Missuri, el Illinois, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tennesse, la benefician con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando estos rios corren, engrosados por las lluvias del invierno, y las tempestades han derribado bosques enteros, los árboles arrancados se agrupan en los manantiales. A poco tiempo, el légamo los asegura, las lianas los enlazan, y las numerosas plantas, que en ellos se arraigan, concluyen por solidar aquellos despojos, que, arrastrados por las espumosas olas, siguen la corriente del Meschacebé. Este, se apodera de ellos, los impele hasta el golfo Mejicano, y encallándolos en los bancos de arena, acrecientan el número de sus bocas. De tiempo en tiempo, levanta su voz poderosa al pasar por los montes, y derrama sus desbordadas aguas, Nilo de los desiertos, en derredor de las columnas de los bosques y las pirámides de los sepulcros indios. Empero, como la gracia se muestra siempre unida á la magnificencia de las escenas de la naturaleza, hé aquí que, mientras la corriente del centro empuja al mar los ya inertes pinos y encinas, en las dos corrientes laterales se ve subir, á lo largo de las orillas, flotantes islas de pistia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas descuellan, á manera de pequeños pabellones. Las serpientes verdes, las garzas reales azules, los flamencos de color de rosa, y los escamosos cocodrilos, se embarcan, cual osados navegantes, en aquellos bajeles de flores; y la feliz colonia, desplegando al viento sus velas de oro, aborda en tranquilo sueño alguna oculta ensenada del rio.

Las orillas del Meschacebé presentan el mas sor-

prendente panorama. En la márjen occidental, las sábanas se estienden, hasta perderse de vista, y alejándose sucesivamente, parecen desvanecerse en el azul del cielo; en estas praderas sin límites, se ven vagar á su capricho rebaños de tres á cuatro mil búfalos silvestres. Tal vez, un decrépito bisonte, hendiendo las revueltas ondas, vá á echarse en las altas yerbas de alguna isla del Meschacebé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su barba añosa y cubierta de limo, pudiera creérsele el dios del río, que dirije una mirada altiva á la estension de sus aguas y á la salvaje riqueza de sus orillas.

Si tal es la perspectiva de la orilla occidental, la de la oriental cambia, por completo, para formar un admirable contraste con aquella. Inclinados sobre las límpidas corrientes, agrupados sobre los peñascos y las montañas, ó dispersos por los valles, vistosos árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, se confunden, crecen á la par, y se pierden en el aire á desmesurada altura. Las vides silvestres, las bignonias y las coloquintidas, se entrelazan al pié de estos árboles, escalan sus ramas, se asen á sus copas, y pasan del arce al tulípero, y de este al alceo, formando mil grutas, mil bóvedas y pórticos.

Y acontece, que, perdidas de árbol en árbol, estas lianas atraviesan los diferentes brazos de los rios, sobre los cuales forman maravillosos puentes de flores. En el seno de estas enramadas, levanta la magnolia su cono inmóvil, terminado en anchas rosas blancas, dominando todo el bosque, sin otro rival que la palmera, que mece levemente á su lado sus frondosos abanicos.

Multitud de animales colocados en aquellos retiros por la mano del Criador, esparcen en ellos el encanto y la vida. Desde la estremidad de las espesas arboledas, descúbrense los osos, que, ébrios con el zumo de la vid, vacilan sobre las ramas de los olmos; los caribús se bañan en un lago, y las ardillas negras se solazan en los espesos ramajes, en tanto que los pája-

ros-burlones, las palomas de la Virginia, del tamaño de un pajarillo, bajan á los céspedes enrojecidos por las fresas; los papagayos verdes, de cabeza amarilla, los pico-verdes encarnados y los cardenales de color de fuego, saltan y giran en la estremidad de los cipreses; los colibrís centellean sobre los jazmines de las Floridas, y las serpientes-cazadoras silban sobre los bosques y se columpian en ellos, á semejanza de las lianas.

Mas, si todo es silencio y reposo en las sabanas de la opuesta orilla del rio, todo aquí, por el contrario, es movimiento y murmullo: los picotazos de las aves en el tronco de las encinas; el rumor de los animales que marchan, pacen ó trituran entre sus dientes los frutos de los árboles; el murmurio de las aguas; los débiles jemidos, los sordos mujidos y los dulces arrullos, llenan los desiertos de gratas y salvajes armonías. Pero, cuando el viento anima aquellas soledades, y estremece los cuerpos que flotan, confundiendo aquellas masas blancas, azules, verdes y de color de rosa; cuando mezcla todos los colores y reune todos los murmullos, se exhalan tales rumores del fondo de los bosques, y la vista admira tales escenas, que fuera intento vano describirlas á los que no han recorrido aquellos campos primitivos de la naturaleza.—*Chateaubriand.*

Los sepulcros aéreos.

11.—La jóven madre se levantó y buscó con la vista, en el desierto hermoseado por la aurora, un árbol en cuyas ramas pudiera colocar el difunto niño. Al fin, escojió un arce de flores encarnadas, festonado con guirnaldas de apios, y que esparcia los mas suaves perfumes. Bajó con una mano las ramas inferiores, y

con la otra, colocó el cuerpo de su hijo; despues, soltando la rama, recobró esta su posicion natural, llevándose los despojos de la inocencia, ocultos en su embalsamado follaje. ¡Oh! ¡cuán tierna es esta costumbre india! En sus sepulcros aéreos, esos cuerpos, bañados por la sustancia etérea, sumidos en el fondo de un lecho de flores y de verdor, refrescados por el rocío, embalsamados por las brisas, que los mecen en la misma rama donde el ruiseñor ha construido su nido y dejado oir su quejumbrosa melodía, esos cuerpos, así colocados, pierden la fealdad del sepulcro. Pero, si son los restos de una doncella, que la mano de un amante ha colgado en el árbol de la muerte; si son los despojos de un hijo querido, que una madre ha depositado en la morada de los pajarillos, se acrecienta todavía mas el encanto. ¡Arbol americano, que, al llevar cuerpos en tus ramas, los alejas de la mansion de los hombres y los acercas á la de Dios, yo me detuve enajenado debajo de tu sombra! En tu sublime alegoría, me enseñabas el árbol de la virtud: sus raices crecen en el polvo de este mundo; su copa se pierde en las estrellas del firmamento, y sus ramas son los únicos eslabones por donde el hombre, viajero en este globo, pueda ascender desde la tierra hasta el cielo.—*Chateaubriand.*

Nido de las aves.

12.—Una Providencia admirable resalta en el nido de las aves; y no se puede contemplar sin enternecimiento esa bondad divina, que infunde el jenio industrial á una criatura débil, y dota del espíritu de prevision á un ser tan poco cauto en apariencia.

Apenas se coloran de flores las copas de los árboles, cuando artífices miles comienzan sus trabajos primo-

rosos: unos trasportan largos filamentos de paja en el hueco de una pared añosa; otros construyen edificios de cal y canto en las ventanas de una iglesia; estos arrancan una cerda á la yegua que pace; aquellos aprovechan de los copos de lana que la oveja dejara en las zarzas, mientras que activos leñadores disponen simétricamente las astillas de la madera ó los sarmientos ténues en la cima de un árbol, y lindas hilanderas atesoran y aprovechan de la seda del cardo. Mil alcázares se elevan, y cada alcázar es un nido; cada nido es el teatro de tiernas y admirables metamórfosis: en el blanco algodon, resalta un huevo brillante y matizado, del cual debe salir un lindo polluelo, cubierto de sedosa borrilla, que no tardará en tornarse en vistosas plumas. La madre afanosa le enseña á levantarse sobre la mullida y cálida alfombra, que tapiza la frájil habitacion, y el animal donoso se inclina á orillas de la cuna aérea, para divisar, por primera vez, la inmensidad de la naturaleza. Lleno de recelo y admiracion, se precipita entre sus hermanos, que aun no contemplan tan imponente espectáculo; pero, reclamado por la voz de sus padres, sale, por segunda vez, de su lecho, y ese monarca juvenil del luminoso espacio, que lleva aun la corona de la infancia, osa ya contemplar el cielo inmenso, la cima movediza de los pinos, los abismos de verdura bajo la encina paternal. Y mientras se regocijan los bosques de acojer al nuevo huésped, un pájaro anciano, cuyas alas la edad paraliza, se abate junto al manantial cristalino, y aguarda tranquilo la muerte en el paraje ameno do cantara sus amores, y cuyos árboles cobijan aun su nido y armoniosa posteridad.—*Chateaubriand.*

Canto de las aves.

18.—La naturaleza tiene una época de solemnidad para la cual convoca músicos diversos de las diferentes

rejiones del globo. Así vemos acudir consumados artistas con maravillosas sonatas, trovadores errantes que entonan la misma balada, peregrinos que repiten mil veces los mismos cánticos. La oropéndola silba, la golondrina gorjea, la paloma suspira; la primera, empinada en un olmo, parece retar al tordo, que seguramente no cede al huésped estranjero; la segunda, bajo un techo hospitalario, trina con voz plateada, como en el tiempo de Evandro; la tercera, oculta en el follaje de una encina, prolonga sus arrullos, parecidos á los undulantes sonidos de un cuerno de caza. Por último, el pitirojo repite su cancion á la puerta de la granja, en que colocara su nido de musgo. Pero el ruiseñor desdeña perder su voz en esta sinfonía y la reserva para la hora del recojimiento y misterio, cuando los rayos plateados de la luna filtran al traves las lustrosas hojas de los naranjos, cuyo cándido azahar perfuma en torno el ambiente.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del dia luchan armónicos en los collados, en los bosques y en los valles; cuando acalla gradualmente el susurro de las selvas, sin que ni aun siquiera suspire una hoja ni se ajite el menor filamento de musgo, cuando la luna fúljida recorre el ámbito azulado, el primer cantor de la creacion entona sus himnos al Eterno. Al principio, vibra el eco alborozado, repitiendo los trinos del placer; ora lento, ora precipitado, ora mudo, parece un corazon, que de júbilo rebosa, que la esperanza inunda, que de amor palpita. De repente, apágase la voz y enmudece el pico del ave, mas, no tarda el melodioso flujo en animar la atmósfera. ¡Cómo consigue variar el tono! ¡qué tierna melodía! A menudo, las modulaciones son lánguidas, aunque variadas; otras veces resuena una monotonía simpática, como la que distingue las antiguas tonadas francesas, obras maestras de sencillez y melancolía, pues el canto es con tanta frecuencia la señal de tristeza como de alegría. El ave que ha perdido su

posteridad, no cesa de cantar y repetir la melodía del tiempo feliz, pues una sola sabe; pero, efecto de su arte maravilloso, basta al músico cambiar la llave de su instrumento, para que el himno del placer llegue á ser la querella del dolor.—*Chateaubriand.*

Grito de los animales.

14.—Hay leyes relativas á los gritos de los animales, que no han sido bien estudiadas hasta la actualidad, si bien merecerian serlo. El diverso lenguaje de los huéspedes del desierto, nos parece calculado en consideracion de la grandeza ó encanto del lugar en que viven, y de la hora del dia en que se muestran. El rujido del leon, fuerte, seco y áspero, resuena armónico en los arenales abrasados do caza el rey de los bosques, mientras que el mujido del buey tardío ameniza el eco campestre de nuestros valles; el balido trémulo y selvático de la cabra, se adapta á los riscos escarpados en que se complace; el grito del alazan belicoso, simula el agrio son del clarin, y como si le constase que no nació para las faenas serviles, enmudece bajo el aguijon del rústico, y relincha al tascar el freno del guerrero. La noche, ora risueña, ora lúgubre, posee al ruiseñor y al mochuelo: aquel canta el céfiro balsámico, la luna, el amor; este, el vendaval silbador, los bosques despojados por el invierno, las tinieblas, los difuntos. Por último, casi todos los animales que viven de sangre, tienen un grito particular que se asemeja al de sus víctimas. Así, el gavilan gañe como los conejos y maulla como los gatos de edad tierna; el mismo gato afecta un sonido análogo al de los pájaros que pueblan nuestros jardines; el lobo bala, muje ó ladra; el zorro cloquea, el tigre imita el mujido del toro, y el oso ma-

rino prorumpe en un ronquido horrendo, que recuerda el choque del agua espumosa contra los recios arrecifes, en que busca su presa el monstruo boreal. Misteriosa es esta ley, y oculta tal vez un gran secreto. Observemos que los monstruos humanos siguen la ley de las fieras. Muchos tiranos manifestaron trazas de sensibilidad en el jesto ó en la voz, y afectaron el lenguaje de los desgraciados que destinaban á la muerte y á los suplicios. No obstante, no plugo á la Providencia que completo fuese el error, y por poco que examinemos á los hombres feroces, no tardará en notarse, bajo su finjida dulzura, un aire de falsedad, mil veces mas horroroso que su desalmada furia.—*Chateaubriand.*

La naturaleza bruta y la naturaleza cultivada.

15.—Ved esas playas desiertas, esas tristes comarcas donde jamás el hombre ha residido, cubiertas, ó mas bien dicho, erizadas de espesos y sombríos bosques en todas sus eminencias, de árboles sin corteza y sin copa, inclinados, hendidos, cayéndose de vejez; otros, y el mayor número, tendidos al pié de estos, sofocan, sepultan los jérmenes prontos á brotar para podrirse sobre montones ya podridos. La naturaleza, que, en cualquiera otra parte, brilla por su juventud, se muestra aquí decrépita. La tierra, sobrecargada por el peso de estas producciones, y cubierta por sus residuos, solo ofrece en vez de lozano verdor, un espacio obstruido, enmarañado de añejos árboles agobiados por plantas parásitas, líquenes, agaricos, productos impuros de la corrupcion; en los parajes bajos, aguas estancadas, verduzcas y fétidas, por falta de direccion: terrenos cenagosos, que no siendo ni sólidos ni líqui-

dos, son inabordables, y quedan igualmente inútiles para los habitantes de la tierra y de las aguas: bañados que, cubiertos de plantas acuáticas y hediondas, solo nutren insectos venenosos, sirviendo de guarida á inmundos animales. Entre esas infectas ciénagas, que ocupan los parajes bajos, y entre esos bosques decrépitos que cubren los terrenos elevados, estiéndense unas especies de landas y de sabanas, que nada tienen de comun con nuestros prados: allí, plantas dañinas dominan, sofocan á las buenas; no es ese fino césped, que parece ser el vello de la tierra; no es ese esmaltado prado, que anuncia su lozana fecundidad; sino vejetales agrestes, yerbas leñosas, espinosas, entrelazadas las unas con las otras, que parecen menos adheridas á la tierra que entre sí mismas, y que, agostándose y brotando de nuevo unas sobre otras, forman una grosera broza, de muchos piés de espesor. Ni senda, ni comunicacion, ni rastro de intelijencia en estos sitios salvajes. El hombre que quiere recorrerlos, viéndose forzado á seguir el sendero de la bestia feroz, cuyos movimientos debe espiar constantemente, si no quiere ser su presa, espantado á sus bramidos, penetrado del imponente silencio de estas vastas soledades, retrocede, diciendo: "Horrorosa y decrépita es la naturaleza bruta: yo, solo yo, puedo hacerla agradable y llena de vida; desequemos estos bañados, animemos estas aguas muertas, haciéndolas correr; formemos con ellas arroyos y canales; empleemos ese elemento activo y voraz que se nos habia ocultado, y que solo debemos á nosotros mismos; peguemos fuego á esta broza supérflua, á estas seculares selvas semi consumidas; acabemos de destruir con el hierro lo que no haya podido consumir el fuego: y bien pronto, en vez del junco y del nenúfar, de que el zapo formaba su veneno, veremos aparecer el renúnculo, el trébol, y dulces y saludables yerbas; hatos de alegres rebaños hollarán esta tierra, antes intransitable; y hallando en ella abundante sustento, pastos siempre lozanos, se

multiplicarán sin fin: sirvámonos, pues, de estos nuevos auxiliares para terminar nuestra obra; que el buey, sometido al yugo, emplee sus fuerzas y el peso de su masa para surcar la tierra; que esta se rejuvenezca con el cultivo; una nueva naturaleza va á salir de nuestras manos.—*Buffon.*

El Abra de Yumurì.

16.—Hay tal encanto para mí en ciertos sitios que he visitado, y sobre todo, en algunos de los que se hallan en las cercanías de Matanzas, que siempre que los contemplo, encuentro allí alguna nueva belleza que admirar. Uno de ellos, es el "Abra de Yumurí."

Me acuerdo de cuando yo era niño, y entre la tropa de traviesos condiscípulos, recorria aquellos lugares en algunas tardes que ahora la ilusion del recuerdo me pinta tan alegres, tan rosadas, tan hermosas! Y, acuérdome tambien de que, algunos años despues, volví á visitar con frecuencia aquellas soledades; pero ya no era para correr y travesear alegremente, sino para esconder mi tristeza, y á veces, mis lágrimas, en el seno de aquella naturaleza inviolada todavía. Antes, como niño; luego, como hombre,—hé aquí la dolorosa diferencia.

Aun no se han borrado de mi corazon las impresiones de la última vez que estuve allí.

Era una de esas apacibles tardes de Febrero, en que el cielo de Cuba, azul y trasparente, como un cendal de leve gasa, se teñia con un color de rosa suavizado por la misteriosa media tinta del crepúsculo.

Los que nunca hayan estado en aquel sitio solitario, silencioso y agreste, deben quedar sorprendidos á la vista de esa naturaleza salvaje que, á tan pocos pasos de la ciudad, se presenta todavía tan majestuosa y tan intacta, como en los tiempos de la raza primitiva que

habitaba nuestra isla. Al llegar,—por un camino que á la izquierda limitan las faldas de las alturas de Simpson, y á la derecha los mangles de la márjen del rio,—se descubre, de súbito, el paisaje: en el primer término, dos altas y escarpadas lomas parece que acaban de desunirse, abiendo un abismo en el medio, para dar paso al manso Yumurí que, murmurando dulcemente, lleva al mar el eterno tributo de sus aguas; y allá, al fondo, se alcanza á ver un jiron del bellísimo cuadro de ese poético valle que da su nombre al rio. Algunas veces, al llegar allí, me ha parecido que miraba al traves del lente de un panorama inmenso; y luego reconociendo la realidad de la naturaleza, he sentido en mi alma la profunda admiracion á que nos mueven las obras del divino Artífice universal. ¿Qué es del arte humano, donde la Creacion brilla como allí?

De un lado y otro, el aspecto de las jigantes rocas que forman el Abra, es imponente y melancólico. Ambos montes parecen cortados á pico verticalmente; y las concavidades, las grietas y los ángulos que proyectan de su superficie, parecen atestiguar que un grande cataclismo fué lo que las separó, segun cuenta cierta antigua tradicion cubana. Caprichosas estalactitas cubren, con mil formas diferentes, los muros de ámbas soberbias moles que, una frente á la otra, con el rio á sus piés, parecen dos gigantes de piedra, puestos de centinela á la puerta del magnífico valle.

Ora se vé un arco ojivo, sostenido por una columna de enormes dimensiones; ora un cuerpo de mujer que se destaca de la ennegrecida roca; ora un colosal cocodrilo que parece que baja de la cumbre para lanzarse al agua; y otras innumerables y fantásticas formas, á que la imajinacion da nombre, vida y movimiento. La vejetacion, entre aquellas estériles y escarpadas rocas, es, como debe presumirse, rara y mezquina; y yerbas de tallos delgados, rectos y desnudos de hojas, que mas bien parecen alambres que vejetales, coronan la frente sombría de ámbos montes.

Hácia la parte del Este, se ve un camino que va á lo largo de la orilla del rio, y se pierde hácia el norte, torciendo á la derecha, por donde la falda de la montaña es mas accesible, aunque escabrosa. Allí, he fijado mis ojos algunas veces, con zozobra, en una enorme piedra, que, desprendida de la peñascosa cresta del monte, se ha detenido allí, en mitad de la carrera, amenazando con su caida, de un momento á otro, al caminante que tranquilamente pasa por debajo, quizas sin echar de ver.

A la izquierda, junto á un lugar donde todavía existen las ruinas de un pequeño y tosco edificio, que llaman el "Baño de la Marquesa," hay un trillo que, á través de algunas maniguas conduce á la subida de las elevadas rocas, cuyos cimientos lame el rio. Tomé aquel camino, y aunque á costa de algun esfuerzo, subí hasta la mitad de la altura del paredon, y me sentó á tomar algun descanso en una meseta formada por un peñasco suelto, bajo una especie de bóveda bajo la cual pueden abrigarse hasta una docena de hombres.

Desde allí, descubria yo los techos y las torres de nuestra pintoresca ciudad; las aguas de la bahía, sus buques y sus botes; y en el fondo, hácia el Sur, la cordillera, desde la loma de San Juan hasta las colinas de Camarioca, que apenas se divisaban como dos azules nubecillas sobre el horizonte rosado y sereno. La niebla empezaba á levantarse sobre la ciudad, para envolverla en su flotante y transparente velo.

Bajo mis piés, seguian su sosegado curso las mansas aguas del Yumurí, que, torciendo á la izquierda, á poco andar del Abra se perdia entre dos riberas de verdes y espesos mangles. Sobre mi cabeza, pendian los rudos y colosales peñascos que amenazaban desprenderse sobre mí, cuando alzaba mis ojos para ver el cielo, y engañado por el vuelo de las nubes que venian del Este, creia que la montaña en que estaba yo sentado corria á reunirse con la otra.

Aquel espectáculo tan inmenso, tan variado, tan su-

blime,—la soledad, el profundo silencio, lo agreste del paisaje,—arrobaban mis sentidos, suspendian mi espíritu entre la tierra y el cielo; y un confuso tropel de diversos pensamientos, ora tristes, ora alegres, se agolparon entónces en mi mente. Pasados los primeros momentos, la fuerza de aquellas impresiones abrumó mi alma, y como quien acaba de sufrir una gran fatiga y necesita descanso, permanecí sentado en la ruda peña, hasta que las lenguas de bronce de la vecina iglesia, anunciando la hora de la plegaria vespertina, me sacaron de mi abstraccion, y me encaminé de vuelta á la ciudad—*Tolon.*

La mañana de primavera cubana.

17.—Una mañana de Abril, en un país tan bello como la isla de Cuba, es uno de los cuadros de la naturaleza en que el hombre puede contemplar con mas admiracion la grandeza del divino Creador.

Mas de una vez, sentado sobre una alta peña de un monte, que se levanta á unas cincuenta varas sobre la orilla de un rio de mansas aguas, he admirado ese espectáculo que nos inspira adoracion al autor omnipotente, señor de los cielos y de la tierra.

A la hora del alba, la parte oriental del horizonte empieza á tomar un bello color de rosa que luego se cambia en brillante púrpura; y por fin, se levanta el sol entre nubes de oro, con la majestad de un rey, cuyos dominios son la inmensidad del espacio. El primer rayo de su luz refleja en la cumbre del monte: despues, en las aguas del mar, allá léjos, en las ondas del rio, en el bosque, en el valle, y en la gota de rocío, que tiembla sobre la hoja de la flor y brilla como una perla. Los pájaros saltan de rama en rama y cantan alegremente: los rebaños, saliendo del aprisco, se des-

bandan por el prado y corren y triscan, llenos de contento: enjambres de mariposas de mil colores, pueblan los aires y vuelan en torno de las flores; hasta el mas humilde insecto manifiesta su alegría; toda la naturaleza sonrie plácidamente al despertar de su sueño. El movimiento, el bullicio, la vida, suceden al reposo y al silencio de la noche.

Un humo azul empieza á elevarse sobre el techo de la humilde cabaña del habitante del valle y jira lentamente, impelido por la blanda brisa de la mañana. El labrador unce su yunta al arado, y se prepara dilijentemente para la diaria faena de su vida.

Allá léjos, el campanario de la modesta iglesia de la aldea, se levanta entre los árboles que crecen al rededor de ella. Si es un dia de fiesta, se oye el tañido de la campana que llama á los fieles al templo, y el solemne son es repetido por el eco de los montes que rodean el valle. Los hombres relijiosos se postran entónces ante el Señor del universo, y reconocen que son sus humildes criaturas, y que á él deben todo lo que poseen y gozan en la tierra.—*Tolon.*

El huracan.

18.—En las márjenes del Tigre están sembradas á trechos y como perdidas entre arboledas y jardines, las elegantes casas de campo que han fabricado las familias pudientes de la ciudad de Buenos Aires, dejando atrás y paralela á sus fondos la vieja calle de las Conchas. Esos vistosos edificios, de arquitectura caprichosa y variada, están como las casas del pueblo sobre arquerías ó empalizadas, para dejar paso á las aguas de las altas mareas, que suelen inundar todo el lugar, convirtiéndolo en una Venecia silvestre, cuyas

avenidas en esos momentos se ven surcadas á la vez por embarcaciones lijeras, por coches ó carretones y por jinetes que se mezclan y alternan en gran algazara.

Mi mansion era una bella casita que pertenece al dignamente afamado doctor Albarellos, y que está escondida entre árboles jigantescos, rodeada de emparrados y de enredaderas que estienden sus gajos y sus flores, trepando hasta el segundó piso de aquél pequeño chalet suizo.

La mañana del 19 de Marzo (1866) era bellísima, como todas las del otoño de estas latitudes. Los árboles y flores habian aumentado su brillantez con el abundante rocío de la noche; los bulliciosos *hornéros* saltaban con esa vivacidad que les es peculiar por todas partes, por las enredaderas y los terrados, por los balcones, y las cornizas, repitiendo sus gorjeos; y la tenca, que allí llaman calandria, aunque no pertenece á la familia, y con mas propiedad el *Burtos*, se remontaba y se abatia remedando al hornero, y tomándole sus temas para variarlos en escala y trinos admirables de dulzura y melodía.

El Tigre estaba de baja, y un gran buque de vela que carenaban cerca del puente estaba casi en seco, de modo que los calafates hormigueaban sobre la quilla, haciendo un ruido disonante con sus martillos. Yo los miraba al traves de los sauces, desde el balcon, y estendia mi vista rio abajo por la calle que le forman sus márjenes de verdura hasta la estacion, donde la locomotora despidiendo columnas de humo y de vapor, se adelantaba y retrocedia, ensayando su próximo viaje á la ciudad. Por la orilla izquierda del rio corrian, y por sus aguas bogaban á toda fuerza los pasajeros que iban á tomar el tren de la madrugada. La locomotora paró y cerró sus válvulas, y de repente soltó al aire su trompeta y partió rauda, arrastrando sus largos wagones barnizados y despidiendo gruesas bocanadas de vapor, sucesivas unas en pos de otras, que subian y se quebraban dejando una larga cauda blanca, flotante,

que desapareció á lo léjos con el acompasado estruendo del tren.

El sol se habia elevado mucho ya en el horizonte, para borrar con sus torrentes de luz las medias tintas y bellas sombras de la mañana. El viento del Oeste habia principiado á soplar caliente y terroso. El rio bajaba cada momento mas. Los habitantes y paseantes del lugar se encerraban en sus casas. Los calafates trabajaban con menos bulla y el movimiento de los barqueros y jente trabajadora del muelle y de la estacion se habia paralizado.

Todo el dia estuvo pesadísimo. Nubes de polvo blanquizcas y rojizas cubrian el sol y se despedazaban en la atmósfera en jirones, en remolinos, en espirales, segun las corrientes del viento. El horizonte se estrechaba á veces y se oscurecia, ó se aclaraba y dilataba con alguna ráfaga que llevaba el polvo al rio. El calor era intenso y molesto.

Como á las cuatro de la tarde el viento calmó casi enteramente, y la calma fué sofocante, porque la atmósfera quedó cubierta de nubes de polvo desiguales, densas las unas, claras y vaporosas las otras. La parte del Plata estaba despejada. Las aguas ya no corrian en la baja marea y el Tigre estaba seco.

Yo vagaba entonces por las avenidas que están á la derecha del Tigre, y notaba con estrañeza que, á pesar de ser medio tarde, los pájaros buscaban sus alojamientos. Los horneros habian dejado de reir y pisaban con tristeza á la puerta de sus hornos. Los pequeños cardenales de pechuga carmesí hacian buena amistad con chingolos, jilgueros y chirihues, apiñándose en grupos entre las mas espesas ramas de los ceibos, cuyas flores purpurinas caen entre los juncales donde se elevan apenas dos metros los ceibos nuevos. Bandadas de corpulentos chajáes pasaban en silencio hácia el sur y como abatiéndose, en tanto que los picaflores se precipitaban como una flecha en línea recta, sin detenerse á temblar sobre las flores.

Eran las cinco cuando llegé á la apartada y bella casita de campo de una noble familia, que rivaliza en bondades y en bellezas con las primeras de la reina del Plata.

El jardin está delante de la casa que se eleva sobre una arquería de ladrillo y que tiene una escalera de mármol, por donde se sube á la galería abierta que resguarda las habitaciones. El lugar es enteramente despejado, y esto mediante, podia divisarse desde el jardin una montaña tan alta como los Andes, que palpablemente se adelantaba por el lado del nordeste con una velocidad solemne, imponente.

Era con toda propiedad una montaña de tres á cuatro mil metros de elevacion, oscura y densa, como se ven los Andes á las últimas luces del crepúsculo de la tarde; y sus crestas eran desiguales y caprichosas.— Al través de las nubes pardas, terrosas, en ebullicion, en vorájine, en torbellinos que formaban aquella masa jigantesca en veloz movimiento, se veia una oscuridad densa, negra, que era como el cuerpo de la montaña. Este espectáculo era sublime y producia la impresion indescifrable que causa el gran poder de la naturaleza puesta en accion. Yo no podia darme cuenta del fenómeno, por mas que le consagraba toda mi atencion.

Estaba estupefacto cuando alcancé á percibir un ruido espantoso, indefinible, que crecia, que se convertia en un fragor, incomparable ni aun con el de las estupendas cataratas que forman el Amazonas al chocar con las mareas del Océano. Una de las señoras que recojia flores levanta su vista, ve adelantarse la montaña, y corre á las habitaciones llamándome y esclamando: ¡Huracan!

En ese momento la montaña se acercaba al Tigre, á trecientos metros de la casa, y se sentia claramente el crujido de las arboledas y de los sauces que se quebraban á su paso. Apenas habiamos ganado las habitaciones y cerrado las puertas, cuando ya el huracan

estaba sobre la casa, y alcanzó á penetrar por una ventana derribando con espantoso estruendo un tabique interior de ladrillos. Afortunadamente, uno de los dueños de casa, auxiliado por otro hombre, lograron cerrar la ventana, quedándose en ella para sujetarla con todas sus fuerzas.

La casa se estremecia como un buque ajitado por las olas. Una oscuridad, densa mas que la de una noche tenebrosa, nos envolvia. En una noche de tinieblas la vista alcanza á divisar algo, sombras, bultos informes; pero yo me apegaba á las vidrieras y veia menos que con los ojos cerrados. Todo era negro, renegrido; el polvo del huracan y del tabique derrumbado se sentia, se respiraba; el trémulo movimiento de la casa daba vértigos, el estruendo asordaba, y casi ahogaba los lamentos de las señoras, haciendo sentir sus jemidos como á lo lejos. ¡Momentos espantosos, supremos, en que no se siente, se muere; y en que se necesita una voluntad poderosa para reflexionar y observar!

La oscuridad densa duró poco mas de diez minutos, que parecian un siglo; pero el huracan continuaba en toda su fuerza. Al favor de la claridad incierta que sucedió, se veia llover á torrentes barro líquido en chorros continuos, multiplicados, y de entre ellos cruzaba trasversalmente el granizo ó piedra de media pulgada de espesor, que saltaba en el suelo ó se chocaba en los pilares y la verja.

La casa se estremecia aun, y yo esperaba verla despeñarse de repente, por cuyo motivo me empeñaba en colocar á las señoras en los ángulos de la sala para salvarlas; pero una de ellas, llorando y rezando con un hermoso chico en los brazos, y las otras desesperadas por no tener á su lado á los suyos, no paraban un instante y recorrian los salones siempre llorando y jimiendo

Entretanto llovia y granizaba á cántaros, pero la fuerza del tiempo amainaba. El huracan habia durado en todo su furor mas de una hora. Eran las seis y cuarto, y en esos momentos recorria la superficie del Plata,

á una distancia de 180 quilómetros, en la cual habia tomado otra direccion, pues no se sintió lo mismo en Montevideo. Si hubiera conservado su furia y su curso del noroeste, á esa hora debia haber causado los mismos estragos en aquella ciudad, pues la violencia de su carrera, habia sido cincuenta metros por segundo. Hora y media antes de visitar á Buenos Aires, es decir á las tres y media de la tarde, habia pasado por el Rosario, aunque con menor violencia.—*J. V. Lastarria.*

Catarata del Niágara.

19.—Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mujidos: está formada por el rio Niágara, que sale del lago Erie y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro piés. Como desde el lago Erie hasta el salto, corre el Niágara por una rápida pendiente, en el momento de la caida es menos un rio que un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan y chocan á la entreabierta boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva á manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla, que, socavada por sus cimientos, parece suspendida con todos sus árboles sobre el cáos de las ondas. La masa de rio que se precipita hácia el mediodía, se redondea á manera de un inmenso cilindro, y desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hácia Oriente baja en medio de una sombra espantosa, á semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos íris se conservan y cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma que se levantan sobre los bosques, cual los remolinos de humo

de un vasto incendio. Los pinos, los nogales silvestres y las rocas cortadas á manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, y los carcajús se suspenden por sus flexibles colas de la estremidad de una rama, para cojer en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos. —*Chateaubriand.*

El Velino.

20.—¡Escuchad el bramido de estas aguas! De esas alturas escarpadas, lánzase el Velino en el precipicio que han ahondado sus olas! ¡Imponente catarata! Rápida cual el relámpago, el raudal deslumbrante hierve y se lanza en el abismo estremecido! Verdadero infierno de las aguas, donde la ola ruje y silba en medio de un eterno hervidero; el sudor de agonía arrancado á este nuevo Flejetonte se adhiere en copos sobre las negras peñas que, á orillas de la sima, alzan una frente horrible, inexorable.

Sube espumante hasta el cielo, de donde desciende en inagotable lluvia. Esa nube de suave rocío forma, para los campos vecinos, un perenne abril donde brilla con el color de la esmeralda un verde siempre lozano. —¡Cuán profundo es ese abismo! ¡Cómo salta de roca en roca el jigantesco elemento! En el delirio que lo arrebata, aplasta los peñascos, que, gastados y hendidos por sus tremendos choques, dejan ver espantosas aberturas por entre las cuales se precipita la inmensa columna de agua: diríase que es el raudal de un jóven mar, arrancado del flanco de las montañas en el doloroso parto de un nuevo mundo, sin que uno pudiera jamás imajinarse que da nacimiento á ondas apacibles que serpentean murmurando por el valle:—

daos vuelta! y vedla avanzar como una Eternidad que todo lo va á devorar en su curso, magnetizando la vista espantada,—¡Catarata sin igual, hermosa en sus horrores! pero, suspendida sobre ese abismo, abajo de los rayos brillantes de la mañana y de uno á otro borde, Iris estiende su gracioso arco en el seno de la infernal tempestad; diríase que es la Esperanza sentada á la cabecera de un moribundo; sus tintas no han sufrido alteracion y mientras que al rededor de ella todo está ajitado por el delirio de las aguas, conserva su serenidad y el brillo de sus colores; creeria uno ver, en medio de esa escena de Desolacion, al Amor siguiendo con mirada tranquila y serena los arrebatos de la Demencia.—*Byron.*

Hay unas dos horas de distancia de la poblacion de Terni al despeñadero del Velino; y el camino, al dejar la poblacion, se interna bajo espessas bóvedas formadas por árboles acuáticos, cuyas hojas destilan continuamente el incesante rocío que reciben del despeñadero. Este camino atraviesa, sobre puentes romanos medio desplomados, y alfombrados del verde y húmedo musgo, tres ó cuatro brazos del rio. Aun vense huir las olas con increible velocidad, silbando como la flecha, estremecidas aun y espumantes de la impulsion que recibieron al caer de tan tremenda altura, salpicando las verdes praderas con anchos copos de nevada espuma, hasta que se pierden arremolinándose en el ceñudo Valle de Narni, para reunirse bajo las rotas arcadas del Puente de Augusto.

Despues de haber atravesado así las praderas que forman las márjenes del rio, se eleva insensiblemente el rio, durante una hora, por un camino en forma de cornisa, sobre las pendientes húmedas, rezumantes y umbrosas de la montaña. A medida que se acerca á

la cumbre, se vuelve mas imponente el mujido del Velino. La sombra acrecienta el terror, pues hasta mas tarde no recibe la luz del sol el costado de la montaña que mira del lado del oriente, que parece chorrear en esas horas de frescura y rocío matutino, y solo á la parte estrema de los recodos y agudas puntas formadas por las sinuosidades del declive, apercibe el viajero, á la izquierda, las olas brilladoras del rio que ruedan espumosas y centellantes en el valle, al través de los sonrosados vapores, destellos y deslumbramientos del sol que se asoma en el horizonte. Plateadas nieblas, tierno verdor de los prados, negros abetos, olorosos pinos, álamos descoloridos, rocas escabrosas y jaspeadas, colores mil que las cascadas á profusion ostentan, grupos de islas sepultadas bajo la sombra movediza de los algarrobos, esplendor del cielo que contrasta con las tinieblas adyacentes, rayos del sol que parecen brotar de los despeñaderos mismos, estrépito fragoroso que continuamente acrecienta, húmedo viento producido por las aguas iracundas que voluptuosamente salpican el rostro, temblor del suelo á medida que se eleva el nivel del terreno; tales son los preludios del espectáculo al cual asiste delirante el viajero.

Detúvose la calesa al llegar á la cima de la loma, en un camino ahuecado contiguo á dos ó tres pobres cabañas, en cuyo alrededor jugaban algunos cuantos muchachos, y triscaban balando algunas cabras, á orillas de un rio encajonado y profundo que cortaba la pradera con siniestra calma y pérfido silencio: tal era el Velino.

Al verlo velarse con los árboles y cañas que crecen abundantes en sus márjenes, y adherir á las paredes del cauce de las aguas verduzcas y profundas, parecia que el terror del abismo en que iba á precipitarse el rio, paralizaba de espanto su curso y hacia retrogradar sus ondas.

El resueno de los despeñaderos, rodeados y ocultos

por espesas arboledas, nos condujo, por una serie de sotos ó bosquecillos, hasta un promontorio elevadó como un cabo proyectado en el océano.

A la estremidad de este cabo tajado perpendicularmente, entramos en un terreno alfombrado de menuda yerba y cercado de un parapeto de piedras secas, destinado á impedir que el vértigo y deslumbramiento arrebatasen á los curiosos y los precipitasen en el rio, como la hoja seca que arrebata y arremolina el huracan. Tal era el anfiteatro de este brillador desmoronamiento de aguas, que incesantemente reclama un sumidero profundo é insaciable.

Prescindiremos de toda descripcion, pues no hay en la lengua humana suficientes recursos para traducir esos juegos de la omnipotencia divina. En vano se afanaria nuestra pluma en describir la mole de un rio que siente faltar repentinamente su cauce, la profundidad inconmensurable del abismo que sepulta la enorme catarata, la masa de pulverulenta espuma que forma al chocar con el aire ese cúmulo de materia líquida que se dispersa al grado de su propia volatilizacion, huyendo á los cuatro puntos cárdinales como una bandada de aves jigantescas, ó aferrándose á los peñascos perpendiculares de la montaña, como fulminados Titanes que se esfuerzan en asirse á las cornizas del firmamento: los mágicos efectos producidos por la trasparencia verde ó azulada del colosal torrente, cuya rapidez é impulso parecen cristalizar el líquido volúmen en el momento mismo en que se encuentra y choca con el vacío; la luz del sol de oriente que lo traspasa quebrándose en mil fragmentos, en innumerables chispas, en destellos sin fin que deslumbran con los colores del prisma; el choque tronador en el aire, á que responde el fragor horrísono en la tierra; la eterna tempestad, el sublime horror que eriza los cabellos, encoje el corazon y anuda la garganta, impotente para protestar, con un solo grito, contra el súbito aterramiento que avasalla y petrifica. No, no hay

palabras para pintar tal escena, que revelar tan solo pueden los devaneos, los desmayos, los raudos torbellinos que deslumbran la vista y la razon ofuscan, los estremecimientos que la sangre hielan, el terrífico pasmo que anonada el lenguaje; y segun la espresion de lord Byron en el mismo lugar, el hombre, precipitado con el rio, queda pulverizado antes del mismo rio, al caer en este infierno de agua.

Y si á este espectáculo se agrega lo despejado del dia, la pura serenidad del cielo italiano, los marmóreos tintes de la roca, la átmósfera diáfana y olorosa, el céfiro tibio y balsámico que baña y refresca el rostro con el aliento de las aguas, circunstancias que faltan siempre á las cascadas de los Alpes y aun á la del Niágara; si se considera que, en lugar de efectuarse en sumideros tenebrosos y lóbregos precipicios, que quiebran el horizonte y acongojan la vista, la escena pasa en un espacio dilatado, en plena luz, rodeada de un horizonte sin límites y de un firmamento azulado y cristalino, cuya risueña serenidad contrasta con el juego de los elementos embravecidos, se tendrá no solamente la sensacion de una catástrofe iracunda, sino la de una fiesta de la naturaleza, á la cual permite Dios asistir al hombre con el tributo de la adoracion. *Lamartine.*

Habitaciones de los castores.

21.—Si á un hombre que jamás hubiese oido hablar de la industria de los castores y de la manera de fabricar sus habitaciones, se le enseñasen los edificios que construyen, creeria que eran obra de hábiles arqui-

tectos. Todo es maravilloso en los trabajos de éstos animales anfibios. El plan regular, el tamaño, la solidez y el admirable arte de sus fábricas, deben llenar de asombro á todo atento observador. Los castores elijen para su residencia un lugar donde haya abundancia de provisiones, y un rio en que puedan formar un lago donde bañarse. Empiezan por construir un dique ó muro, el cual mantiene el agua al nivel del primer piso de su fábrica: este muro es á veces una obra prodijiosa, de diez á doce piés de espesor en su cimiento: es hecha con declive, y disminuye gradualmente en anchura hasta que, hácia la cima, no tiene mas que dos piés de ancho. Los materiales de que se compone son madera y barro. Los castores cortan, con gran facilidad, gajos de árboles tan gruesos como el brazo de un hombre: los aseguran en la tierra por una de sus estremidades, muy cerca unos de otros, y atan al rededor de ellos otras varas que son menores y mas flexibles. Pero como el agua puede todavía pasar al traves de esta cerca, y dejar secos sus baños, hacen uso del barro para llenar todos los intersticios, tanto de adentro como de afuera; y á proporcion que el agua sube, alzan su dique.

Cuando concluyen esta obra, empiezan á trabajar en sus casas, las cuales son redondas, ó de forma oval, divididas en tres pisos, uno sobre otro, y el mas inferior está mas bajo que el dique, y por lo comun lleno de agua. Si encuentran un islote cerca del lugar de baños, edifican sus casas sobre él, por ser mas firme y estar allí ménos incomodados por el agua, en la cual no pueden permanecer por mucho tiempo seguido. Si no encuentran esta conveniencia, clavan estacas en tierra, con ayuda de sus dientes, para sostener su casa contra la fuerza del viento y del agua. Hacen dos aberturas en el piso bajo para salir al agua: una conduce al lugar donde se bañan, y la otra al punto en que depositan todo lo que puede ensuciar sus aposentos altos. Tienen una tercera puerta, mas arriba, para salir en

caso de que el hielo cierre las inferiores. Algunas veces construyen sus casas sobre terreno seco, y cavan fosos de cinco á seis piés de profundidad, hasta encontrar el agua. Usan los mismos materiales y la misma industria para sus casas que para sus diques. Las paredes son perpendiculares, y tienen cerca de dos piés de espesor.

Cortan con los dientes las estremidades de los maderos y palos que salen fuera de la pared; y mezclando barro con yerba seca, hacen una composicion con la cual repellan con la cola la parte interior y esterior de su fábrica. El interior de esta es en forma de arco, y su tamaño es proporcionado al número de habitantes. Un espacio de doce piés de largo y ocho ó diez de ancho es suficiente para ocho ó diez castores. Si el número es mayor, ensanchan su casa proporcionalmente.

Los instrumentos que usan los castores son cuatro dientes, fuertes y agudos; las dos patas delanteras, cuyos dedos están separados; las dos patas traseras, provistas de membranas; y la cola, que está cubierta de escamas, y es á manera de una llana de albañil, de forma oblonga. Con estos sencillos instrumentos, esceden á nuestros albañiles y carpinteros con todo su aparato de llanas, escuadras, hachas, sierras, etc. Con los dientes cortan los árboles que usan para sus fábricas; con los piés delanteros cavan la tierra y preparan el barro; y con la cola conducen la mezcla y repellan sus casas.

En las obras de los castores, se nota la mayor semejanza con las de los hombres, y á primera vista podemos creer que son producidas por seres racionales y pensadores; pero cuando las ecsaminamos mas de cerca, encontramos que, en todos sus procedimientos, estos animales no obran bajo los principios de la razon, sino por un instinto de la naturaleza. Si la razon dirijiese sus trabajos, deduciriamos naturalmente que

los edificios que ahora construyen serian diferentes de los que ántes hacian, y que adelantarian gradualmente hácia la perfeccion. Pero vemos que jamás se apartan, en lo mas mínimo, de las reglas de sus antepasados, ni se desvian del círculo que les ha prescrito la naturaleza; y los castores de hoy en dia fabrican ecsactamente bajo el mismo plan que los que vivian antes del diluvio; mas no por eso son menos dignos de nuestra admiracion.—*Buffon.*

El Niágara.

22.—El rio Niágara sale del Erie manso y cristalino, reflejando en sus ondas rododendrones y encinas entremezcladas, formando á lo lejos lontananzas azuladas de selvas primitivas, bajo cuyas espesuras pueden aun verse los rastros misteriosos del mocasin del indio indómito. Ábrese en dos para formar la grande isla, y recoje luego sus aguas para prepararse al sublime juego de aguas que comienza en los *Rápidos*, y termina en la *Cascada*. El rumor lejano de este salto portentoso, la neblina que se alza en el cielo, de partículas acuáticas, la escitacion que causa la proximidad de sensaciones de largo tiempo esperadas y presentidas, traen al viajero desasosegado y acusando de lentitud al tren que lo arrastraba. Llégase por fin á *Niagara-Falls*, villa que alimenta la concurrencia de curiosos, desde donde el redoble pavoroso de la caida atruena los oidos, el torbellino de agua se hace mas visible, descollando blanquecino sobre las copas de los árboles; y entre los claros que los troncos dejan, á medida que uno se acerca, divísase, contrastando con la opacidad de la enrama-

da sombría, algun pedazo de rápidos, como un fragmento de plata bruñida.

Son estos rápidos, cascadas subacuáticas en que la enorme masa del Niágara viene despeñándose sobre un lecho de rocas escarpadas que no se presentan á la vista, y que dan al agua un blanco marmóreo. Mil trájicas aventuras han ocurrido, desde el cazador indio, que, distraido un momento por el ardor de la persecucion, se sintió llevado de la corriente en su frájil piragua, y despues de esfuerzos sobrehumanos, para resistirla, apuró su calabaza de aguardiente, y de pié, con los brazos cruzados, se dejó llevar á la catarata, que ni los cadáveres entrega de sus víctimas, hasta los presidarios que apoderados de un vapor no supieron gobernar y vieron descender la mal dirijida nave los rápidos y la catarata, sepultándolos para siempre el abismo sin fondo que ha escavado la caida. Hablábase del reciente fin de un niño caido en los rápidos y que ya tenian de la mano en la isla de Cabra, que promedia las dos caidas, y volvióseles á escapar.

Escribir escena tan estupenda seria empeño vano. Lo colosal de las dimensiones atenúa la impresion del pavor, como la distancia de las estrellas nos las hace aparecer pequeñas. Cítanse con elojio los versos que el espectáculo inspiró á una señorita.

Flow on forever, in the glorious robe
Of terror and beauty. God hath set
His rain bow on thy forehead ; and the cloud
Mantled around thy feet. Awe he doth give
Thy voice of thunder, power to speak to him
Eternally—bidding the lip of man
Keep silence ; and upon thine altar pour
Incence of awe struck praise.

Teníame por viajero pasablemente erudito en punto á cascadas. Habia visto la de Tívoli, tan bella, tan artística y tan poéticamente acompañada de recuerdos históricos ; la del Rin, la mas grande que ocurre en Europa, y aquellas cien que alegran el paisaje Snizo eu

los Alpes. La del Niágara, empero, sale de los términos de toda comparacion; es, ella sola en la tierra, el mas terrífico espectáculo. Sus dimensiones colosales, la enormidad de las masas de agua, y las líneas rectas que describe, le quitan, empero, toda belleza, inspirando solo sensaciones de terror, admiracion, y aquel deleite sublime que causa el espectáculo de los grandes conflictos.

Imajinaos un rio cristalino como el Bio-Bio, descendiendo de golpe de un plano superior á otro inferior, cortado el borde perpendicularmente: el agua describirá un ángulo recto al cambiar del plano horizontal al vertical, y desde allí, despues de revolverse sobre sí misma en torbellinos plateados, seguirá el nuevo plano inferior, con la misma mansedumbre que antes de caer. La belleza de la cascada la hacen las puntas de roca salientes, que fuerzan el agua á retroceder, lanzarse en el aire, subdividirse en átomos, ó impregnarse de luz.

La vista de las otras cascadas me habia hecho sonreir de placer; mas, en la del Niágara, sentia que las piernas me temblaban y aquella sensacion fiebrosa que indica que la sangre se retira de la cara. Llegándose á ella por la isla de la Cabra que la subdivide en dos, el ánimo viene alegremente preparado por la escena menos tumultuosa que presentan los rápidos, en que el Niágara desciende cincuenta piés en una milla. El bosque primitivo que cubre la isla y oculta tras su ramaje la vecina ciudad, la perspectiva rio arriba, en que el rio viene caracoleando, presenta uno de esos golpes de vista risueños, virjinales, tan comunes en los Estados Unidos. La cascada inglesa tiene la forma de una herradura, y cuatro cuadras de desenvolvimiento, sin accidente ni interrupcion alguna. La cascada del lado americano tiene doscientas yardas de ancho, y esto la hace llamar la chica. En ámbas cae el agua 165 piés; y el canal, escavado en la roca que la recibe, tiene cien varas de profundidad y ciento treinta de ancho. Al ver escritas estas cifras averiguadas por mensuras, nó-

tase la incompetencia del ojo humano para abrazar las grandes superficies. San Pedro, en Roma, aparece una estructura de dimensiones naturales, y la cascada del Niágara se achica á la simple vista, para ponerse al nivel de nuestra pequeñez.

El espesor de la masa de agua es de veintiun piés, de manera que no pudiendo atravesarla la luz, conserva su color verde en el centro de su caida. Este accidente, que revela á los ojos la magnitud de la escena, aumenta el pavor que inspira. Vésela desde una linterna ó garito construido en la isla de la Cabra; vésela mejor todavía, porque se llega al borde de ella desde el lado inglés, desde donde el ojo puede perfilar la línea vertical de la caida y medir el abismo que ruge como una tormenta de rayos, ó un aguacero de cañonazos á sus piés. Vésela, en todo su esplendor y magnificencia, desde á bordo de un vapor que sube todos los dias del lago Ontario, llega cargado de pasajeros hasta cien yardas de distancia de la caida, detiénese allí con su motor listo para contrariar la atraccion de los remolinos, tirita el casco sobre aquella agua atormentada y espumando como si estuviera en delirio, y vuelve atrás con los pasajeros satisfechos ya de emociones terríficas. Pero, la cascada no se siente, no se palpa sino descendiendo al abismo que le sirve de base, envolviéndose para ello en capotes de goma elástica, y dejándose conducir de la mano por un guia debajo de la caida misma, donde se ha practicado un camino en la roca, con pasamanos de fierro, que garantizan de las caidas, ocasionadas por la presencia de centenares de anguilas mucosas y rebaladizas que se acojen entre las sinuosidades de la roca. Colocado en el fondo de esta singular galería, aturdido, anonadado por el ruido, recibiendo sobre su cuerpo la caida de gruesos chorros de agua, ve delante de sí una muralla de cristal, que creyera dura y estable, si las filtraciones de goteras no acusaran la presencia del líquido elemento salido de aquel húmedo infierno: volviendo

á ver de nuevo el sol y el cielo, puede decirse que el corazon ha apurado la sensacion de lo sublime. Una batalla de doscientos mil combatientes no causará emociones mas profundas.—*D. F. Sarmiento.*

Ventisquero de Rosenlaui.

23.—Levanteme al romper el dia y me reuní á mi pequeña caravana. Miéntras que mi mujer se disponia, llamé á nuestros dos cargadores y al guia. No pudiendo subir sino á pié, dejé mi caballo en la cuadra. Los cargadores, con una solicitud constante, se obstinaron en preservar á mi mujer de toda fatiga, acomodándola sobre sus sillas á fin de llevarla lo mas lejos posible.

Habiamos franqueado el Reichenbach por un puente de madera, y en seguida, las cuestas de la montaña en direccion al ventisquero de Rosenlaui. A medida que subiamos de los torrentes á las rocas, y de estas á los torrentes, el ventisquero se dibujaba y brillaba cada vez mas entre el Wellhorn, el Wetterhorn y el Engel, cuyos montes le dominan, y á causa de sus nieves, le renuevan constantemente.

Cuando habiamos subido, aun teniamos que subir de nuevo, y de roca en roca, ascendíamos hasta las nubes; en aquel vértigo de cúspides que me rodeaba, el mismo cielo no me asombraba, y el aire de arriba, el aire de los astros, se me figuraba ser el natal. Ilusion efímera, bien que profética, del hombre móvil, que en el majestuoso reposo de los Alpes, se apodera anticipadamente del mundo eterno. Por último, los cargadores, viendo las reiteradas súplicas de mi mujer, que sufria al ver sus continuados esfuerzos, dejaron sus sillas, y apoyada en mi brazo, adelantóse, aunque con temor, en medio de tan divinos horrores.

Una alegría profunda me hacia temblar, y me imajinaba que el invisible Creador de tantos milagros iba á aparecérseme en medio de los resplandores de su grandeza.

El ventisquero tiene legua y media de largo por media de ancho, y resplandece como una piedra preciosa. Su forma inclinada es la de un brillante y colosal talud, y su sendero mas escarpado que una pared.

La superficie del ventisquero no se hallaba pulida como la de los estanques y la de los lagos en el invierno; por el contrario, era desigual, arrugada, llena aquí y allá de pozos y receptáculos, marcada por huellas mas ó menos profundas, erizada de figuras caprichosas en forma de agujas, debidas á la conjelacion de los arroyuelos de agua.

Todo esto era encantador, tanto mas cuanto que las *moraines*, especie de hundimientos, que cubren, ya el centro, ya las orillas, ó la estremidad de los ventisqueros, no se encuentran en el Rosenlaui, donde no ví trazas de ellas.

El Rosenlaui, mas bien que un rio es un lago, de cuyo seno se ha apoderado de repente el frio, helándole para siempre con sus ondulaciones. Ha conservado el color azul, y brilla como el lápiz; su color es múltiple en este lago sólido, lo mismo que en los sólidos. De lejos, parece de estaño, de plata, azul; de cerca, azul y turqueza: de tal modo que, como llevo dicho, el ventisquero no está hecho de una sola piedra preciosa, sino de diferentes pedazos de piedras.

Toda mi alma se hallaba en mis ojos, fijos en este mosáico de mas de una legua, que es algunas veces el campo de batalla de los elementos enfurecidos, y con mayor frecuencia, un espejo admirablemente tallado y cincelado que colora el sol, y en el que se miran las estrellas. La rupicabra, ese gamo de los Alpes, le rompe con sus cuernos; yo vagaba solo y con mi guia, media el contraste del hombre y de la naturaleza, y mi corazon latia con violencia. Mi efímera vida exal-

tábase impetuosamente, y hubiera deseado hallar, en la intensa rapidez de sus esplosiones, el equivalente de dureza que le faltaba, en tanto que los serenos montes reposaban con una majestuosa estabilidad y con una tranquila conciencia de su eternidad. Inclinábame respetuosamente ante aquellos montes que corona el inmenso brillo de las nieves, y que mece, sin turbarlos nunca, el ruido de los torrentes y de las avalanchas.

Adelanteme hasta la espumosa boca que vomita el torrente de Weissbach, el cual se precipita bullente del seno del ventisquero como una prodijiosa descarga de artillería por aquellos abismos del Erebo, sombrías cavidades á las que el sol da un tinte azul, atravesándolas con sus rayos mas brillantes que reverberos. El torrente sale de un formidable golpe, ruje en el fondo de su catarata, se enrosca, se desenvuelve en canastillos espumosos y se ahonda un sonoro lecho hasta los inconmensurables antros, donde no se deshacen los pedazos de roca sino despues de una caida de un minuto. Aquel es el torrente del vestinquero de Rosenlaui, el Weissbach, que se arroja en el Reichenbach por la parte de las chozas de Breitennatt. En las orillas del Weissbach, y sobre todo cerca de su embocadura, serpentean yedras, escalan bejucos alpestres, y zumban moscas, brillantes como las chispas de un rayo.

La gruta de Rosenlaui, de la que el torrente solo es un episodio, encierra todo un mundo de centellas y ensueños. Estalactitas de mil colores cuelgan en jirándulas de palio de turquesa: prodijios de espuma se columpian á través de rayos de cristales: margaritas de esmeralda florecen en invernáculos de lazulita, y las fuertes ráfagas de los Alpes embalsaman con sus olores aquellas cavernas, cuyos techos destilan millones de perlas.

No deja de presentar peligro la permanencia bajo aquellos techos. El jenio del ventisquero está distraido, trabaja en su mina como un minero hábil, y cada uno

de sus sueños es un iris en el que bailan las hadas y duendes del subterráneo. Así, desde su sepulcro, mas risueño que un palacio, no siempre vela por los viajeros. Durante mi permanencia en la bóveda de Resenlaui, que fué de una media hora escasa, las gotas rezumaban, desprendíanse fragmentos pequeños de mica, del tamaño de una nuez, y á pocos pasos de donde me hallaba, cayó un pedazo de hielo. Pero, ¿á qué no se espondrá el hombre ante semejantes magnificéncias?

Al dia siguiente, á las diez, nos internamos en el bosque Negro de la gran Scheideck, siguiendo á lo largo el torrente de Schwarzbach. Las cúspides del Wetterhorn se destacan sobre él, y se parecen, á través de los abetos, á las torres de la ciudad de Dios. Aquel dia lo pasé en la intimidad de los montes mas altos, caminando por encima y por debajo de sus hielos. Hallábame penetrado de la omnipotencia de Aquel que se divertia con tales juegos, y á él me confié en medio de aquellas bellezas y horrores. Nombrele uno por uno á todos aquellos á quienes quiero en la tierra y en el cielo, encomendandóselos ardientemente y humillándome ante su grandeza: Èl me respondia con su acostumbrada bondad.

Nos encontrábamos en un claro del bosque Negro, sombreado de pedazos de rocas, y casi en la cresta de la gran Scheideck, en la frontera que separa los pinos de los rododendros. De repente, dejose oir un estrepitoso ruido, mas terrible que el de la tormenta, y nuestro guia esclamó: "Una avalancha." Todo se conmovia ante la gigantesca masa que se desprendia de los flancos del Wetterhorn. Di la brida de mi caballo á uno de los mozos, despues de haber soltado el estribo, pues al animal le acometió una especie de convulsion que duró tanto como el fenómeno; el pobre sudaba y temblaba á mas no poder. Entretanto la avalancha bramaba y aceleraba su caida, tropezando de cumbre en cumbre con un estrépito de tormenta,

que repercutia y se multiplicaba en innumerables ecos. Su impetuosa corriente era como la de un rio de cauce perpendicular, formando de este modo, ¡oh espectáculo sublime! una cascada de plata mate, un segundo Reichenbach cincuenta veces redoblado en volúmen y velocidad, un Reichenbach formidable que se desborda en torrentes y en polvareda, no de agua, sino de nieve, y rebotaba á veinte pasos de donde nos hallábamos: no he visto nada mas magnífico; solamente que aquel Reichenbach se disipó en tres minutos que no olvidaré en mi vida.—*Dargaud.*

La Arabia Petrea.

24.—Figuraos un pais sin verdura y sin agua, un sol ardiente, un cielo siempre seco, llanuras arenosas, montañas aun mas áridas, sobre las cuales se estiende la vista y se pierde la mirada, sin poder detenerse en ningun objeto viviente; una tierra muerta, y por decirlo así, desollada por los vientos, solo presentando osamentas, guijarros por do quiera, rocas paradas ó volcadas; un desierto enteramente descubierto donde jamás el viajero ha respirado bajo la sombra, donde nada le acompaña, nada le recuerda la naturaleza viviente: soledad absoluta, mil veces mas horrorosa que la de las selvas; pues los árboles aun son seres para el hombre, que se ve solo, mas aislado, mas desprovisto, mas perdido en esos lugares vacíos y sin límites. Divisa por todas partes el espacio como su tumba; la luz del dia, mas triste que la sombra de la noche, sólo renace para alumbrar su desnudez, su impotencia, y presentarle el horror de su situacion al alejar ante sus ojos las barreras del vacío, y estender en torno de él el abismo de la inmensidad que le separa de la tierra habitada; inmensidad que en vano trataria de recorrer, pues el hambre, la sed y el calor ardiente acosan todos los instantes que le quedan entre la desesperacion y la muerte.—*Buffon.*

El Monte Líbano.

25.—El Líbano, cuyo nombre debe estenderse á la cordillera de Kescaun y del pais de los Drusos, presenta todo el espectáculo de las grandes montañas. Hállanse allí á cada paso esas escenas en que la naturaleza despliega, ya el adorno ó esplendor, ya el capricho, aunque siempre la verdad. Se llega por el mar y se bajá á la orilla; la altura y rapidez de aquella muralla, que parece cerrar la tierra, lo jigantesco de las masas que se elevan á las nubes, inspiran asombro y respeto. Si el curioso observador se trasporta en seguida hasta las cúspides que limitan su vista, la inmensidad del espacio que descubre presenta otro motivo á su admiracion; pero para gozar enteramente de la majestad de semejante espectáculo, preciso es colocarse sobre la cúspide del Líbano ó del Sanina. Allí, estiéndese por do quiera un horizonte sin límites, y con un tiempo despejado, la vista se pierde en el desierto que confina con el golfo y en el mar que baña á Europa; el alma cree abarcar el mundo. Unas veces las miradas, errando sobre las cordilleras sucesivas, conducen la mente, en un abrir y cerrar de ojos, de Antioquía á Jerusalen; otras, aproximándose á aquello que las rodea, investigan la lejana profundidad de la orilla. En fin, la atencion, provocada por objetos distintos, examina en detalles, rocas, bosques, torrentes, cerros, aldeas y ciudades. Se esperimenta un secreto placer en hallar pequeños aquellos objetos que se han visto tan grandes. Mírase con contentamiento el valle cubierto de encapotadas nubes, y sonríese al oir bajo la planta el trueno que bramó largo tiempo sobre la cabeza; complace el ver á los piés aquellas cúspides, amenazadoras en otro tiempo, y que en su descenso se han vuelto parecidas á los surcos de un campo, ó á las graderías de un anfiteatro: halaga el amor propio ser el punto mas elevado de tantas cosas,

y un sentimiento de orgullo hace mirarlas con mayor complacencia.

Así que el viajero recorre el interior de estas montañas, empiezan por atemorizarle la aspereza de los caminos, la rapidez de las cuestas y la profundidad de los precipicios. Pero, no tarda en tranquilizarle la destreza de las mulas que le conducen, y camina á gusto á través de los incidentes pintorescos que se renuevan para distraerle. Lo mismo que en los Alpes, camina allí dias enteros para llegar á un punto que se presenta á la vista desde que se pone en camino; torna, baja, costea y trepa, y en tan perpetuo cambio de sitios, se diria que un poder májico cambia á cada paso las decoraciones de la escena. Ya son aldeas á punto de resbalar por rápidas pendientes y dispuestas de tal modo, que las terrazas de una fila de casas sirven de base á la fila que las domina; ó ya es un convento colocado sobre un aislado cono, como *Marchaía* en el valle del Tigris? Aquí una roca taladrada por un torrente se ha convertido en un soportal natural, como en Nahr-el-Leben, donde la cascada mide mas de 160 piés de largo sobre el torrente. Allá, otra roca cortada á pico se asemeja á una alta muralla: frecuentemente en los ribazos, los bancos de piedras lamidas y aisladas por las aguas, parecen ruinas dispuestas por el arte. En diferentes parajes, hallando las aguas capas inclinadas, han minado la tierra intermediaria y formado cavernas, como en *Nahr-el-Kelb*, cerca de Antura: en otras partes, se han practicado corrientes subterráneas, donde discurren arroyos durante parte del año, como en *Mar-Elías-et-Roum*, y en *Mar-Hanna:* algunas veces, estos incidentes pintorescos han tenido un fin trájico. Se ha visto perder el equilibrio á rocas, á causa de deshielos ó temblores de tierra, y caer sobre las casas contiguas, aplastando sus moradores: hace cosa de veinte años que un accidente parecido sepultó cerca de Mardjorjos una aldea que no dejó rastro alguno. Mas recientemente, y cerca del mismo lugar, el terre-

no de un ribazo, cargado de moreras y viñas, se desprendió por rápido deshielo, y rodando sobre el talud de roca que le mantenia, fué, como un buque que se bota desde el astillero, á posarse, completamente entero, en el valle inferior. Parecerá que semejantes accidentes deberian hacer perder el gusto de habitar esas montañas; pero, además de que no son frecuentes, compénsalos una ventaja que hace su estancia preferible á la de las mas ricas llanuras, á saber: la seguridad contra las vejaciones de los Turcos; seguridad que ha parecido tan precioso don á los habitantes, que han desplegado en aquellas rocas una industria que en vano se buscaria en otra parte: á fuerza de arte y trabajo han fertilizado un suelo pedregoso. Casi todas las montañas de este modo presentan el aspecto de una escalera ó de un anfiteatro, en que cada gradería es una hilera de moreras ó de viñas. En una sola cuesta, he contado hasta ciento y veinte, desde el fondo del vallado hasta la cumbre de la colina; olvidé entonces que me hallaba en Turquía.—*Volney.*

Roma.

26.—¡Oh Roma! ¡Oh mi patria! ¡Oh ciudad del alma! ¡Los huérfanos del corazon deben volverse hácia tí, madre solitaria de imperios fenecidos! Aprenderán entónces á ocultar en su seno sus mezquinos dolores. ¿Qué son nuestros males y nuestros sufrimientos? ¡Venid á ver los cipreses, á oir al buho, y á abriros paso por entre los despojos de los tronos y de los templos, vosotros, cuyos tormentos son desgracias de un dia!—¡Un mundo está á vuestros piés, tan frájil como vuestro polvo!

¡La Niobé de las naciones! ¡vedla aquí de pie!

Madre sin hijos, reina sin corona, muda en su dolor, sus marchitas manos sostienen una urna vacía, cuya sagrada ceniza dispersaron los siglos á lo lejos; el sepulcro de los Escipiones no encierra ya su polvo; las tumbas mismas están viudas de sus heróicos habitantes. ¡Oh viejo Tiber! tú continúas corriendo por un desierto de mármol; levántate, y con tus olas amarillentas haz un velo que encubra sus angustias.

El godo, el cristiano, el tiempo, la guerra, la inundacion, el incendio, han abatido uno tras otro el orgullo de la ciudad de las siete colinas; ella ha visto apagarse una por una las estrellas de su gloria, y á los reyes bárbaros hollar, bajo el casco de sus caballos, la via por la cual subia al Capitolio el carro de los triunfadores: templos y torres se han desplomado sin dejar huella:—¡Caos de ruinas!—¿Quién se reconocerá en medio de ese vacío, y dirá, alumbrando con pálido destello estos oscuros fragmentos: "¡Allí estaba, allí está!" en momentos en que una doble noche reina por do quiera?

La doble noche de los siglos y de la Ignorancia, hija de la Noche, ha envuelto y envuelve todavía todo cuanto nos rodea; allí no se marcha sino á tientas. El océano tiene su mapa, los astros tienen el suyo, la ciencia los desarrolla en su vasto regazo; pero Roma es un desierto donde solo avanzamos con la ayuda de recuerdos que á menudo nos estravian; á veces batimos palmas, y gritamos: *¡Eureka!* Creemos descubrir algo, y no tenemos delante de nosotros mas que un miraje engañador de ruinas.

¡Ay! ¿Dónde está la soberbia ciudad? ¿Dónde los trescientos triunfos y el dia en que el puñal, en mano de Bruto, sobrepujó en gloria á la espada del conquistador? ¿Qué se ha hecho la voz de Tulio, la lira de Virjilio, y el cincel elocuente de Tito Livio? Pero Roma revive en los escritos de estos tres hombres; todo lo demas ha muerto.—*Byron.*

El Coliseo.

27.—Estos lugares han oido el murmullo de las naciones apiñadas, el ¡ay! de la conmiseracion ó las estrepitosas aclamaciones, en momentos en que el hombre caia inmolado por el hombre. Y, ¿por qué inmolado? porque tales eran las leyes del circo sangriento y el capricho imperial..... ¿Qué importa, si hemos de servir de pasto para los gusanos, que caigamos en un campo de batalla ó en un circo? Ambos no son mas que teatros donde se pudren los principales actores.

Veo al gladiador tendido ante mí; su mano sostiene el peso de su cuerpo; su frente varonil indica que consiente en morir, si bien desprecia el dolor; su cabeza se inclina cada vez mas hácia el suelo; una ancha herida, abierta en su costado, deja escapar una por una las últimas gotas de su sangre, pesadas como las primeras de una lluvia tempestuosa; hé aquí que ya la arena parece dar vueltas en derredor de él!—Ha dejado de vivir antes que haya cesado de resonar el inhumano clamoreo que saluda al mísero vencedor.

Lo ha oido, pero con desden.—Sus ojos acompañaban su corazon, y su corazon estaba muy lejos. No ha echado de menos la vida perdida, la victoria que se le arrebata; sus miradas iban en busca de su pobre cabaña situada en las orillas del Danubio; *allí* jugaban sus tiernos bárbaros, *allá* estaba su madre, la esposa del Dacio,—y él, su padre,—degollado para divertir á los Romanos!—¡Todo eso cruzaba su mente miéntras chorreaba su sangre!—¿Quedará acaso impune su muerte? ¡Godos, alzaos, y venid á saciar vuestro furor!

Pero aquí, donde el homicidio sorbia vapores de sangre; aquí, donde la multitud de naciones embarazaba todas las salidas y mujia ó murmuraba como el torrente de las montañas, segun brotan ó serpentean

sus ondas; aquí, donde millones de Romanos lanzaban, con su aprobacion ó vituperio, una sentencia de vida ó muerte, juego feroz del populacho, solo se oye, en estas altas horas de la noche, resonar mi voz;—la débil luz de las estrellas no cae mas que sobre una arena vacía, gradas derruidas, muros hundidos, y galerías en que el ruido de mis pisadas es repetido por ecos sonoros.

Ruinas ¡y qué ruinas! con sus despojos construyéronse muros, palacios, casi ciudades; y sin embargo, al pasar por delante del enorme esqueleto, pregúntase uno lo que pudieron quitarle. ¿Despojaron este recinto, ó solo lo limpiaron? ¡Ay! al acercarse al colosal edificio, es cuando se ve á la destruccion ostentar sus heridas á la vista; no soporta la luz del dia, cuyo brillo es demasiado refulgente para todos los objetos que devastaron el tiempo y el hombre.

Pero cuando la luna, alcanzando la mas alta de las arcadas, se detiene suavemente en ella; cuando las estrellas centellean al través de las hendiduras de las ruinas, y la nocturna brisa mece silenciosamente la inmensa guirnalda de yedra que corona los muros parduzcos, así como el laurel en la calva frente del primero de los Césares; cuando brilla en el aire una luz dulce y serena que no ofende la vista, levántanse entónces los muertos en este mágico recinto: héroes han pisado este suelo, y es sobre su ceniza que apoyais vuestra planta.—*Byron.*

La Grecia moderna.

28.—¡Cuán bella eres todavía en tu dolorosa vejez, patria desheredada de los dioses y de los héroes! El verde de tus valles, la nieve de tus montañas anuncian la variedad de un suelo favorecido por la naturaleza. Tus altares, tus templos, se inclinan hácia tu superfi-

cie, y rotos por la reja del arado, se mezclan lentamente con una tierra heróica. Así perecen los monumentos, labor del hombre; todos desaparecen uno tras otro, todos, escepto el recuerdo de las grandes acciones estampadas en las obras del jenio.

Escepto, aquí y allá, una columna solitaria que llora sobre los restos de sus hermanas, oriundas de la misma cantera, y al presente, yaciendo á sus piés; escepto ese templo aéreo de Tritonia, que adorna todavía la roca de Colona y brilla por sobre las olas; escepto la oscura tumba del guerrero, cuyas parduzcas piedras y tupido musgo desafian aun, si bien débilmente, no el olvido, sino los siglos, atrayendo cuando mas la atencion de algun forastero, que, como yo tal vez, se detiene un momento, mira y suspira.

Y, no obstante, tu cielo es siempre tan azul, tus rocas tan salvajes como en tiempos pasados; tus bosquecillos son amenos, verdes tus campiñas; tus aceitunas maduran como cuando veias á Minerva sonreirte; una miel pura mana todavía sobre él Himeto, y libre viajera por el ambiente de la montaña, la festiva abeja aun construye en él su odorífera ciudadela; Apolo dora tus largos estíos, y los mármoles de Mendeli reflejan todavia el brillo de sus rayos. ¡Las artes, la gloria, la libertad han desaparecido; pero la naturaleza es bella todavia!

Por do quier se camina, ¡la tierra es consagrada y santa! Ningun sitio de tu suelo ofrece vulgar aspecto; por do quier maravillas nos rodean, pareciendo verdaderas todas las ficciones de la verdad, hasta que se canse la mirada de contemplar esta patria de nuestros primeros ensueños. Allí no hay colina, valle, selva ó llanura que no desafie el poder que ha recostado los templos en el polvo: el tiempo ha derribado los muros de Atenas, y respetado el viejo Maraton.

Es el mismo sol, el mismo suelo, si no el mismo esclavo que lo cultiva; solo cambió de dueño estranjero el campo de batalla donde la horda de los Persas

doblegó por primera vez la cerviz ante la espada de los Helenos; ha conservado sus límites y su gloria imperecedera, como en aquel dia querido de la gloria, en que el nombre de Maraton llegó á ser una palabra májica, que no se puede pronunciar sin evocar á la vista de aquel que la oye, el campamento, los dos ejércitos, el combate, la victoria.

Aquí, huia el Medo despojado de sus flechas y llevando su arco roto. Allá, el Griego amenazante le perseguia con su lanza ensangrentada y victoriosa; ¡arriba, las montañas, abajo la llanura y el Océano! ¡la Muerte en frente! ¡la Destruccion en la retaguardia! este era el cuadro. ¿Qué queda ahora de todo eso? ¿Qué trofeo señala esta tierra consagrada que vió sonreir la libertad y llorar el Asia? Unas urnas despojadas, tumbas violadas, y el polvo que levanta bajo su casco el corcel de un Bárbaro.

Y, sin embargo, los pensativos peregrinos no se cansarán de visitar los restos de tu pasada grandeza; largo tiempo aun, el viajero, impelido por el viento de Jonia, saludará la brillante patria de los poetas y de los guerreros. ¡Largo tiempo, y en lejanas playas, continuará la juventud embriagándose con tu gloria, conservada en tus anales y tu inmortal lengua! orgullo de los ancianos, tú que el sabio venera y adora el poeta, cuando Palas y la Musa nos abren sus sagrados tesoros!—*Byron.*

Marco Bozzaris.

29.—A media noche, en su tienda bien guardada, el Otomano soñaba con la hora en que Grecia, suplicante, de rodillas, temblase en su poder. Soñaba que conducia por los campos y la corte los trofeos del conquistador; en sueños, escuchaba el canto de victo-

ria; despues, que llevaba el anillo del sello del monarca; ocupaba el trono del monarca; era rey. Sus pensamientos eran tan atrevidos y pomposos como el ave del paraiso.

Pasada una hora, el Turco despertó; aquel brillante sueño fué el postrero; despertó para oir sus centinelas gritar: "¡A las armas! ¡Ahí viene! ¡el Griego! ¡el Griego!" Despertó para morir entre las llamas y el humo, entre gritos, jemidos, sablazos y balas que caian apiñadas como los rayos de la nube de la montaña; y oyó á Bozzaris que animaba á los suyos con voz tan fuerte como la del clarin:—"Herid, hasta que espire el último con armas! Herid en defensa de vuestros altares, de vuestros hogares! Herid en defensa de las verdas tumbas de vuestros abuelos, de Dios y la madre patria!"

Batiéronse, como bravos, largo y bien; llenaron el suelo de cadáveres musulmanes; vencieron. Mas, Bozzaris cayó, brotando sangre de todas sus venas. Los pocos compañeros que le sobrevivieron, miraron su sonrisa al resonar el grito de victoria cuando eran dueños del campo; luego vieron sus párpados cerrarse á la muerte tranquilamente y como para el descanso, cual las flores al ponerse el sol.

¡Ven, oh muerte, á la cámara nupcial! ¡Ven á la de la madre cuando siente por primera vez el aliento de su primer hijo! Ven, cuando rotos los benditos sellos que encadenan la peste, las ciudades populosas jimen á sus golpes. ¡Ven, bajo la forma luctuosa de la consuncion, el terremoto y la tempestad marítima! ¡Ven, cuando el corazon palpita, vivo y alegre, con las canciones del festin, la danza y el vino! Entónces eres terrible. Las lágrimas, los jemidos, el doble fúnebre, el sudario, el ataud y cuanto sabemos, soñamos ó tememos de la agonía, tuyo es.

Mas, para el héroe, cuando su acero ha ganado la victoria de libertad, suena tu voz como la palabra del profeta, y en sus acentos profundos, suena el himno

de gratitud de las jeneraciones venideras. Bozzaris, tú duermes con los héroes que Grecia produjo en los tiempos de su gloria; aun, bajo ese cielo sublime, no hay tumba mas gloriosa. Contamos tu suerte sin un suspiro, porque ya perteneces á la libertad y á la fama. Tu nombre es uno de los pocos inmortales que no nacieron para morir.—*Halleck.*

Las divinidades de la Grecia.

30.—La fértil imajinacion de los Griegos pobló el universo de una multitud de divinidades. Esa caprichosa y confusa mitolojía tuvo no obstante sus encantos. Estuvo adornada con cuanto puede enjendrar el gusto mas delicado. El entusiasmo de la libertad, la pureza del aire, la variedad de los paisajes, la escelencia de las producciones, los accidentes de la naturaleza, la belleza del cielo, todo ese delicioso concurso escitaba en los sentidos de los Griegos las mas voluptuosas impresiones, é inclinaba su espíritu á las mas brillantes imájenes, así como su corazon á los mas dulces goces. Para ellos la naturaleza rebosaba de vida y animacion; cuanto les rodeaba, parecia dotado de sentimiento é intelijencia.

El espectáculo del mar les ofrecia el séquito mas galante de divinidades, como Neptuno sobre su carro, Anfitrita, acompañada de las mas graciosas ninfas, recorriendo lijeramente su superficie, Zéfiro ajitando blandamente sus ondas; y si, á veces, el violento Bóreas trastornaba las olas, se tenia aun la esperanza de apaciguarle mediante sacrificios. El Dios que tenia á su cargo la corriente de un rio, inclinado sobre su urna y coronado de cañas, miraba con ternura las danzas de las Ninfas á quienes sus ondas servian de asilo; los

manantiales y las fuentes eran grutas de coral, donde las Nayades establecian su morada; las Oreades habitaban las montañas; en la soledad de los bosques, hallábase uno en medio de una multitud de Driadas, Faunos y Sátiros, cuya grotesca figura formaba contraste con el talle esbelto y flexible de las Ninfas, que se esforzaban en sustraerse á su persecucion —*Cousin-Despréaux*.

Pompeya.

31.—En Roma solo se encuentran restos de monumentos públicos, y estos, apenas si nos recuerdan la historia política de los siglos pasados; pero, en Pompeya, preséntase á nuestra vista la vida privada de los antiguos tal cual era, pues el volcan que cubrió de cénizas esta ciudad, la ha preservado de las injurias del tiempo; jamás se hubiesen conservado del mismo modo esos edificios espuestos á la accion de la atmósfera, y no hubiese surjido intacto del seno de la tierra ese testigo del pasado. Las pinturas y los bronces mostraban aun su primitiva belleza; y ¡cosa sorprendente! todo cuanto puede servir á los usos domésticos se hallaba en perfecto estado de conservacion. Aun están preparadas las ánforas para el festin del siguiente dia; aun está allí la harina que iba á ser amasada. Vénse, además, los restos de una mujer ataviada aun con las galas que llevaba el dia de fiesta que turbó el volcan, y sus brazos desecados no llenan ya las pulseras de pedrerías que los rodeaban todavía. Es imposible ver en ninguna parte una imájen tan conmovedora de la interrupcion instantánea de la vida. El surco de las ruedas está señalado visiblemente en el empedrado de las calles, y las piedras que cercan los pozos tienen la señal de las cuerdas que poco á poco

han ido gastándolas; se ven todavía en las paredes de un cuerpo de guardia letras mal formadas, figuras toscamente bosquejadas que trazaban los soldados por pasatiempo, mientras que acudia presuroso á devorarlos ese mismo tiempo.

Cuando uno se para en las boca-calles, desde donde se divisa á todos rumbos la ciudad que aun subsiste casi entera, parece que se está esperando ver llegar alguien, que el amo vá aparecer; y aun la misma imájen de vida que presenta aquella mansion hace notar mas tristemente su eterno silencio: es con trozos de lava pretrificada que se hallan edificadas en su mayor parte estas casas que fueron sepultadas por la lava; así, ¡ruinas sobre ruinas, y sepulcros sobre sepulcros! Esta historia del mundo, en que las épocas se cuentan de escombro en escombro, esta vida humana, cuya huella se sigue al resplandor de los volcanes que la consumieron, llena el corazon de profunda melancolía. ¡Cuánto tiempo ha que existe el hombre! ¡cuánto ha que vive, padece y muere! ¿Dónde podemos encontrar las huellas de sus pasiones é ideas? ¿será en el aire que se respira entre estas ruinas, ó acaso en el cielo donde reina la inmortalidad? Algunas hojas quemadas de los manuscritos que se han encontrado en Herculano y en Pompeya, y que se esfuerzan en desarrollar en Pórtici, es cuanto nos queda para hacernos conocer las víctimas desventuradas que devoró el volcan, rayo de la tierra. Pero, al pasar por cerca de aquellas cenizas que hemos logrado en cierto modo reanimar, teme uno respirar, no sea que el soplo se lleve aquel polvo donde acaso están aun grabadas tantas ideas sublimes.—*Madame de Stael.*

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como há salido y se ha puesto durante 1800 años, sin encontrar á nadie, sin lucir para nadie en Pompeya.

¡Ah! ¡cómo se van diez y ocho siglos! ¡cómo se van!

Si esta ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy estaria atestada de cadáveres. No cubririan las cenizas del Vesubio los restos de una jeneracion; pero en cambio, la jeneracion que hoy morase aquí, hollaria con su planta la ceniza de otras cien generaciones precedentes.

En este momento de solemne tristeza, no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron en Pompeya ó á los que en Pompeya hubieran nacido á no desaparecer la ciudad. Los padres fenecieron con su descendencia; la posteridad no existió para ellos: ni una lágrima regó su sepultura.

"*Año* 79" marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos reunidos en este circo, creyeron que habia llegado el fin del mundo. "*Año de* 1861" marca el sol de un dia de Enero al despedirse hasta mañana de Pompeya, sin habitantes.

¿Qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcan, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, rejenerada todos los años por las caricias del sol, siempre jóven y hermosa, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma tierra; qué vale la existencia de un astro mas ó menos incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica agrupada sobre un centro fortuito por la misteriosa fuerza centrípeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado..... qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del orbe, con la inmensidad del infinito, donde jiran, mueren ó nacen continuamente millares de millares de mundos, animados y dirijidos por la omnipotencia de Dios?...

Es de noche. El universo esterior ha desaparecido,

las tinieblas se han apoderado del cielo, tierra y mar. . . . .

Refujiémonos en lo profundo del alma, donde tambien reside el infinito.—*P. A. de Alarcon.*

El Vesubio.

32.—En comer huevos asados en la lava y devorar naranjas, vendidas á peso de oro en aquellas alturas, hubimos de pasar la tarde para ver el Vesubio entrada ya la noche. El espectáculo cambia entonces de imponente y grandioso en sublime y aterrador. La lava tibia y opaca que durante el dia nos habia servido de pavimento, deja ver por entre las grietas el fuego que esconde en sus entrañas; los torrentes se iluminan y despiden llamas como el metal que corre en los hornos de fundicion, y el cráter, negro con la oscuridad de la noche, se corona de tiempo en tiempo de un ramillete de fuego, esmaltado de globos rojos, amarillos, punzó, segun la calidad é incandescencia de las materias que arroja, bañándose despues de brazas que semejan rubíes colosales. Cuando este inmenso fanal se enciende, los círculos de las lavas enfriadas se presentan á la vista con sus crestones erizados de puas como lomos de caimanes, y enseñando unos á otros los grupos de espectadores, iluminados los semblantes como á la luz de fuegos de Bengala. La oscuridad sobreviene súbitamente, las estrellas reaparecen blancas como hostias, derramadas sobre un cielo azul terciopelo, hasta que una nueva erupcion las eclipsa, sostituyéndoles las formas estravagantes, con patas á veces como zapos, de la lava derretida que describe arcos de círculo en el espacio.—*D. F. Sarmiento.*

El tercio de cuesta que subimos ahora es lo que se llama el *cono de cenizas*. Es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevacion y vuelven á caer sobre la montaña. La mayor parte de esta ceniza se acumuló el mismo dia que desapareció Pompeya.—Nos acercamos á la cima. Empezamos á sentir el calor bajo nuestros pies, reciamente calzados. Cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos que retirarla al punto. De los hoyos que abrimos con los bastones, cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilente. La lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros. El monte empieza á estremecerse con un lijero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena. Un trueno sordo, continuo, profundo, resuena ya bajo de nosotros; ora crece, ora se debilita: pero siempre hierve. El olor á azufre, á gas, á brea, á infierno, es cada vez mayor. La ceniza grietada, incandescente, deja escapar un leve humo casi blanco, que apenas se ha levantado algunos piés en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse en la misma grieta de donde salió, traido por una aspiracion subterránea. Estos vapores fujitivos, fátuos, traviesos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del averno á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que se vuelven á su antro, á decirle á su rey que ya estamos aquí, ó creyendo en su malicia, que tratarémos de pillarlos y nos precipitarémos tras ellos en el abismo. Un paso mas, un último esfuerzo. Hemos llegado.—Estamos en la cumbre del volcan. . . . . .

Séanos permitido un arranque de soberbia.—¡Hollamos la cúspide de la pirámide de fuego! ¡Pisamos la frente del verdugo de Pompeya! El humo nos envuelve en el primer momento. Luego se desvanece la nube, y nos permite durante algunos minutos ver lo que nos rodea. En torno nuestro se dilata una escabrosa planicie redonda de unos cien metros de diáme-

tro, cubierta de ceniza oscura y de escorias y rebabas. Las escabrosidades de esta meseta son unas masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos contínuos causan horror y miedo. A pocos pasos de nosotros, levántanse lijeramente los bordes del cráter, al cual nos vamos á asomar. El terreno que pisamos parece hueco: debajo de nuestros piés tiembla y brama el incansable monstruo. El estruendo es cada vez mas terrible. Respiramos un aire mefítico, abrasado, infernal.

Pero no retrocedemos. De diez en diez minutos lanza el volcan un espantoso rujido; de su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y en la inmediacion brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos mas lijeros. Esta nube, que vemos levantarse entre nuestros piés y por todas partes en el momento que el cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumerjiéndonos en una tenebrosa noche: despues, *aspira* el cráter, y todos los humos paroiales corren á sepultarse en él, absorvidos por sus formidables pulmones.

Llego al borde de la cima. Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada. El guia me retiene por los piés, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable. De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo Es una especie de pozo, de seis varas de diámetro, circular, cuyas paredes revestidas de azufre, presentan largas hendiduras. Asomo la cabeza, miro á lo hondo. Al principio, el humo denso no me deja ver nada.—Luego distingo llamas rojizas y azules que iluminan un sumidero negro, profundísimo.—Parece que allí borbotan y hierven cien calderas de plomo derretido. Los gases me ahogan.—El aliento del dragon me abrasa.—En esto retumba un espantoso trueno.—El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracan. ¡La lava sube! La llama as-

ciende entre torbellinos de humo! ¡Vá á respirar el cráter!—Retrocedamos.—Apenas me aparto y me cubro el rostro con las manos, el aliento sofocante del volcan pasa sobre mi cabeza.—Palpita la tierra: arde el aire, el cielo se ennegrece; la respiracion me falta. Esto es morir.—Pero calma el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza.

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno. ¡Y así continuamente! ¡Oh! no reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas por satisfacer una curiosidad que solo ha conseguido avivarse!—Descender á ese abismo: ¡He aquí lo que ahora se atreve á codiciar el alma!—Y es que ese abismo atrae. Colgado sobre él, he creido estar asomado al corazon humano, viendo la cuna de las pasiones, la raiz de los sentimientos, los estragos de la desventura.....

> Aquí la turbacion, aquí el jemido,
> Aquí la guerra, aquí los hondos males,
> Tienen reinado eterno—

murmuraba, recordando unos versos de Carolina Coronado.

Aquí, decíame, se ven las entrañas de la tierra; de aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida: aquí late en su orijen la actividad del planeta. La perpetua fecundidad del mundo esterior; la reproduccion incesante de los principios jeneradores de animales y plantas; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica savia que se torna en frutos; la sal incorruptible que renueva lo que muere y sazona lo que nace; el calor vital y la fuerza progresiva que anima y sostiene, inspira y multiplica las variadas formas de la terrenal materia, todo eso se comprende por este movimiento oculto,

por este fuego activo, por esta ajitacion constante que reside en el corazon del globo.—Los latidos de ese corazon, yo los oigo, yo los siento ahora: esta palpitacion intermitente que lo ajita, no es mas que el sístole y diástole, cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra.

Todas estas han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi alma.—*P. A. de Alarcon.*

El valle del Jordan.

83.—Saliendo del convento á las tres de la tarde, subimos al torrente Cedron, y lo atravesamos; seguimos luego nuestro camino hacia Levante, y descubrimos á Jerusalen por una separacion de las montañas. Yo no podia darme una cuenta exacta de lo que miraba, pues creia ver un conjunto informe de peñascos rotos; la súbita aparicion de aquella ciudad desolada en medio de una soledad, desolada tambien, tenia algo de aterrador: era verdaderamente la ruina del desierto.

Adelantamos: el aspecto de las montañas era siempre el mismo; esto es, blanco-pulverulento, sin sombras, sin árboles, sin yerba y sin musgo. A las cuatro y media bajamos de la alta cadena de estas montañas á otra menos elevada. Durante cincuenta minutos caminamos por un terreno bastante igual. Al fin llegamos á la última fila de los montes que rodean al Occidente el valle del Jordan y las aguas del mar Muerto. El sol se hallaba próximo á su ocaso; nos apeamos para dar algun descanso á los caballos, y contemplé á mi placer el lago, el valle y el rio.

Cuando se habla de un valle, la imaginacion se lo representa cultivado ó inculto: si cultivado, está cu-

bierto de mieses, viñedos, aldeas y rebaños; si inculto, presenta dehesas ó bosques; y si lo riega un rio, este tiene sinuosidades cuyas perspectivas atraen agradablemente las miradas.

Pero en el valle del Jordan nada de esto tiene lugar; figúrese el lector dos largas cordilleras que se estienden paralelamente de Norte á Mediodia, sin rodeos, sin sinuosidades. La cordillera oriental, llamada *Montaña de Arabia*, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho ó diez leguas, parece una inmensa pared perpendicular, enteramente semejante al Jura por su forma y su color azulado; no se distingue en ella ni una cumbre, ni la mas pequeña cima; tan solo se descubren á trechos algunas leves inflexiones, como si la mano del pintor que trazó esta línea horizontal en el cielo, hubiese temblado en algunos parajes.

La cordillera occidental pertenece á las montañas de Judea. Mas alta y desigual que la anterior, se diferencia tambien de ella por su naturaleza, pues presenta grandes masas de greda y arena, que imitan haces de armas, banderas desplegadas ó tiendas de campaña, al borde de una llanura. Por la parte de la Arabia presenta, por el contrario, unos peñascos negros cortados á pico, que esparcen á lo lejos su sombra sobre las aguas del mar Muerto. La mas pequeña avecilla del cielo no hallaria en esos peñascos una brizna de yerba para su sustento; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar allí el horror y el incesto de que salieron Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cordilleras presenta un suelo parecido al fondo de un mar que se hubiese retirado de mucho tiempo atrás; unas playas de sal, un lecho seco y unas arenas movedizas y como surcadas por las olas. Aquí y acullá crecen con penoso esfuerzo algunos arbustos raquíticos, sobre aquel suelo sin vida; sus hojas están cubiertas de la sal que las ha nutrido, y su corteza tiene el sabor y el olor del humo. En lugar de aldeas, descúbrense las ruinas de algunas

torres. Por medio del estéril valle corre un rio incoloro, que se arrastra lentamente hácia el pestilente lago en que se sepulta. Su corriente no se distingue entre la arena sino por los sauces y los cañaverales que lo rodean; el árabe se embósca en estos para acometer al viajero y robar al peregrino.

Tales son esos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: ese rio es el Jordan; ese lago es el mar Muerto; este mar parece brillante, pero las criminales ciudades que en su seno esconde parece han envenenado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden alimentar á ningun ser viviente; ningun bajel ha oprimido sus ondas; sus márjenes no tienen pajarillos, árboles ni verdor; y sus aguas, de horrorosa amargura, son tan pesadas, que los vientos mas impetuosos pueden apenas ajitarlas.

Cuando se viaja por la Judea, se apodera al pronto del corazon un profundo disgusto; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se estiende sin límites á la vista, el disgusto se disipa poco á poco, y se esperimenta un terror secreto, que, lejos de abatir el alma, inspira valor y eleva el jenio. Las estraordinarias perspectivas revelan por todas partes una tierra teatro de grandes milagros; el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesía y todos los cuadros de la Escritura se encuentran allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta declara el porvenir; cada cumbre resuena con los acentos de un profeta. El mismo Dios ha hablado allí: los torrentes secos, los peñascos hendidos, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y pudiera decirse que no se ha atrevido á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.—*Chateaubriand.*

Asedio de Jerusalen.—(70 despues de J. C.)

34.—Cuanto hasta entonces habia inventado el jenio de la guerra en el arte de los asedios se empleaba contra Jerusalen; habíanse demolido los arrabales de la ciudad y se habian cortado todos los árboles de las cercanías para levantar terraplenes y construir máquinas: las enormes piedras que estas lanzaban hacian grandes estragos en los defensores de la ciudad. Largos arietes con cabezas de bronce batian las murallas; en veinticuatro dias cayeron deshechas la primera y la segunda cerca, la cual daba entrada á Bezetha ó la Ciudad-Nueva formada por calles angostas habitadas solo por los tratantes en lana, los ropavejeros, los caldereros y los cuchilleros. La mitad de Jerusalen estaba invadida, pero el templo, la torre Antonia, la ciudadela y el palacio de Sion, lo mas difícil en una palabra, faltaba por ocupar.

Un enemigo mas terrible que Simon, Juan y los Romanos preparaba sus estragos contra el pueblo de Jerusalen: ese enemigo era el hambre que, desde los primeros dias, pudo tristemente presentirse. A los principios de esta plaga, los que aun tenian víveres comian furtivamente y á toda prisa, devorando el grano crudo, la carne á medio cocer, y en las familias, el padre, la madre, los hijos se arrancaban de la mano los últimos recursos. Los hombres de Juan y de Simon registraban las casas, asesinaban á los infelices que habian escondido un resto de vituallas, robaban cuanto podian haber á las manos y arrancaban al pobre hasta las yerbas que con riesgos de su vida habia cojido fuera de la ciudad. ¡Ay de aquel cuyo semblante conservaba los colores de la vida! á fuerza de tormentos se le obligaba á descubrir sus ocultos recursos. Los ricos vendian secretamente toda su hacienda por una medida de trigo ó de cebada que iban á devorar en los

últimos rincones de sus casas. Un destino cruel aguardaba á los que, impelidos por el hambre, eran sorprendidos cojiendo yerbas alrededor de la ciudad: Tito los hacia crucificar, y como no pasaba dia sin que sorprendiesen al pié de quinientos, pronto faltaron á los verdugos maderos y sitio para aquellas horrendas inmolaciones.

Cuando Tito, para quitar á los sitiadores todo medio de surtirse de víveres fuera de la ciudad, la hubo cercado con un muro flanqueado de trece torres que construyó en tres dias, el hambre se desarrolló mas horrible y Jerusalen entera cayó bajo el dominio de la muerte. Cada casa era un sepulcro; los cadáveres de los ancianos y de los niños atestaban las calles, y los jóvenes se arrastraban por las plazas públicas semejantes á espectros evocados de sus tumbas. Como no habia ya medio de enterrar á los muertos, muchos, haciendo un esfuerzo supremo, se iban por su pié á los sepulcros abiertos, á esperar en ellos su última hora; de esta suerte se daban los vivos á sí propios sepultura. Los Judíos moribundos volvian piadosamente sus miradas al templo, ya sin lágrimas en los ojos, sin gemidos en sus pechos, sin voz en sus labios; Jerusalen, en su silencio, parecia una ciudad sin pobladores. La peste, originada del hedor de los cadáveres, añadió sus estragos á los del hambre. Los dueños de la ciudad, temerosos de las exhalaciones, habian tomado el partido de hacer enterrar las víctimas á espensas del erario público; esta resolucion, que no era el cumplimiento de un deber relijioso sino una medida de precaucion, no pudo ejecutarse por mucho tiempo, y al cabo se tomó el partido de arrojar los cadáveres por encima de las murallas, con lo que se lograban dos objetos, libertarse de las influencias pestíferas y echárselas al enemigo. Los feroces secuaces de Juan y de Simon fueron los últimos á quienes faltó el sustento; mas al cabo se vieron reducidos á comerse las correas de sus sandalias y el cuero de los cinturones y de los

broqueles: un puñado de heno era manjar caro. A medida que iban trascurriendo dias, era mayor la desesperacion de los pocos que habian logrado sobrevivir á tantos horrores, y entónces fué cuando una madre mató y devoró á su propio hijo..... ¡Espantoso recuerdo en la historia de los tormentos del hambre! ¡espectáculo digno de eterna conmiseracion! La Jerusalen viva no aparecia ya mas que como un campo segado, y los montones de cadáveres eran las gavillas hacinadas despues de aquella siega de muerte.....

La llama debia terminar la obra de la invasion romana y cumplir la sentencia del cielo. Los Judíos prenden fuego á la galería que unia el templo á la torre Antonia: llenan de madera, azufre y betun uno de los pórticos al occidente, y en un ataque de los Romanos, encierran á gran número de sus enemigos en medio de los horrores de un incendio. A su vez, los Romanos ponen fuego al pórtico del septentrion, y por órden de Tito, todos los pórticos y aun las puertas, hasta las galerías, son presa de las llamas: así se vé acercando por dias la destruccion al santuario. El enemigo celebra consejo para decidir la suerte de la casa de Jehová; los intereses romanos reclaman su ruina, porque el templo es una vasta ciudadela donde siempre podrá atrincherarse la rebelion; pero el hijo de Vespasiano declara que importa al honor del nombre romano la conservacion de aquel magnífico monumento relijioso. ¡Inútiles esfuerzos! de nada sirve la voluntad humana contra los decretos divinos: el Mesías habia predicho que el templo seria destruido, y *que no quedaria de él piedra sobre piedra.*

El historiador judío es quien nos habla de aquel lejionario *movido de un impulso de Dios*, que se hizo levantar en alto por uno de sus compañeros para arrojar sobre las construcciones mas inmediatas al templo un gran madero ardiendo. Rápido fué el incendio: Tito daba órdenes de que nadie hacia caso, y su voz y las seña-

les de los jefes de las lejiones se perdian en medio de los clamores de los Judíos, del estruendo de las columnas y de las paredes derruidas, entre la densa humareda: no era ya al hijo de Vespasiano, sino al hijo de Dios á quien obedecian los soldados romanos, y lo que atizaba las llamas era el soplo del cielo. Los infelices que habian buscado un asilo en el santuario eran sacrificados; la inmolacion de las víctimas humanas reemplazaba á la de los animales alrededor del altar, y aquellos eran los últimos sacrificios.— Tito queria conservar á lo menos el santuario, pero el furor de los suyos se le habia anticipado en el sagrado recinto; un soldado habia prendido fuego á la puerta del templo, y pronto devoró el incendio aquel sitio tan caro á la creencia y á los recuerdos de los Hebreos. ¡Oh! qué espectáculo para la mísera poblacion que habia sobrevivido á tantas calamidades! Aquel monte Moria preso de las llamas, aquellas espaciosas galerías, aquellos altos pórticos, aquellas paredes, aquellas bóvedas, aquel inmenso templo cayendo desmoronado, los jemidos de los ancianos, de los niños y de los sacerdotes pereciendo bajo la espada, los alaridos de las huestes de Simon y de Juan pugnando por arrojar á los Romanos de aquellas ruinas humeantes; todo aquel estruendo de destruccion, de dolor y de muerte que llenaba el valle de Cedron, el monte de los Olivos y las cercanas colinas, es uno de los cuadros mas espantosamente solemne, cuya memoria han conservado los anales del mundo. El 10 de Agosto del año 70 fué para la nacion judía el dia de la desgracia; seiscientos cincuenta y cinco años hacia que el mismo dia quemaron los Babilonios el primer templo.

Siniestros presajios habian anunciado los desastres de Sion: Tácito acusa á la nacion judía *entregada*, dice, *á la supersticion y enemiga de las prácticas religiosas*, de no haberlos conjurado con votos y sacrificios. La aparicion de carros armados discurriendo por los aires, y de un cometa semejante á una espada, que, durante un

año entero, amenazó á Jerusalen; la resplandeciente luz que de pronto inundó el ámbito del templo en medio de la noche; la grande y ponderosa puerta del santuario al oriente, que se abrió por sí sola; aquella voz que oyeron los sacrificadores en el templo y que gritaba: *salgamos de aquí;* aquella otra voz de que habla Tácito y que repetia; *los dioses se van;* todos estos prodijios cuyo recuerdo exaltaba las imajinaciones, hacen esclamar á Josefo que los *hombres perecen siempre* por su culpa. La vision profética mas espresiva al acercarse la gran ruina, es la de aquel hombre del pueblo que estuvo gritando durante siete años: *¡Ay de Jerusalen!* y que al cabo pereció bajo los muros de la ciudad sitiada, continuando en sus lastimeros acentos.

Mientras que Roma se recocijaba con la caida de la nacion judía y se engalanaba con sus despojos, Jerusalen, sola con sus ruinas y los cadáveres de sus moradores, vijilada por una lejion romana como para impedirla que se escapase de su sepulcro, no era visitada mas que por las aves de rapiña y por las fieras que á ella acudian en busca de sustento. Sin duda por la noche, la sombra de Jeremías, evocada del Ejipto y desertando su desconocida sepultura, llenaba entonces con sus jemidos los escombros que cubrian las montañas de Sion y de Mória, y suspiraba nuevas elejías al lúgubre murmullo de la fuente de Siloe. Su voz, animándose luego al soplo de las venganzas eternas, podia repetir antiguas sentencias; por segunda vez el profeta oia al Señor pronunciar las terribles palabras de la condenacion: "Entonces me dijo el Señor: aun cuando Moisés y Samuel se me pusieran delante, no se doblaria mi alma á favor de este pueblo: arrójalos de mi presencia y vayan fuera. Que si te dicen: ¿A dónde iremos? les responderás: Esto dice el Señor: El que está destinado á morir de peste, vaya á morir de peste: el que á perecer al filo de la espada, á la espada: el que de hambre, muera de hambre: el que está destinado á ser esclavo, vaya al cautiverio. Y

emplearé contra ellos cuatro especies de castigo, dice el Señor: el cuchillo que los mate, los perros que los despedacen, y las aves del cielo y las bestias de la tierra que los devoren y consuman. . . . . Y los desparramaré con el bieldo hasta las estremidades de la tierra."—*Poujoulat.*

La Jerusalen moderna.

35.—Ahora que me dispongo á abandonar la Palestina, es preciso que el lector se traslade conmigo fuera de las murallas de Jerusalen, para dirijir la última mirada á esta ciudad estraordinaria.

Detengámonos primero en la gruta de Jeremías, cerca de los sepulcros de los Reyes. Esta gruta es bastante espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra; en ella, segun se dice, hizo oir el Profeta sus *Lamentaciones*, que parecen compuestas á la vista de la moderna Jerusalen; ¡tan al vivo pintan el estado de esta desolada ciudad!

"¿Qué causa pudo haber, para que una ciudad tan poblada, tan rica y deliciosa, se vea ahora tan solitaria, y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Cómo es que la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era mirada como la reina de las provincias, se halle al presente como viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin majistrados, y sufriendo el ignominioso yugo de los Caldeos?

"Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, jimen y suspiran sus sacerdotes: sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada toda de amarga pena.

"¡Oh vosotros, todos los que pasais al lado de Je-

rusalen por el camino, ved, contemplad, y decidme, si hay alguno que tenga materia de sentir y de dolerse, que se pueda comparar con la que yo tengo!

"Tenia el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sion; y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar, ó igualar algun terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo todo destruido, é igualado con el suelo. Cayó, pues, el muro, y todo lo que tenia delante, que le servia de resguardo.

"Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban: su rey y sus príncipes, llevados cautivos, jimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la esposicion de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios: enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.

"Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabia en el pecho mi corazon al ver el quebranto de mi pueblo, y como desfallecian de hambre y de sed en medio de las calles los niños, y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.

"¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalen, y darte por este medio algun consuelo? ¿Con cuáles penas igualaré las tuyas, hija de Sion, para que respiren algun tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?

"Pero quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarnecian en tus desgracias, y meneando la cabeza, decian: ¿Es este el paradero de aquella grande, hermosa y gloriosa Jerusalen, que llenaba de gozo toda la tierra?"

Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalen presenta un plano inclinado sobre un suelo que baja desde Occidente á Oriente. Un muro almenado, fortificado con algunas torres y con un castillo gótico, encierra el casco de la ciudad, dejando libre, no obstante, una parte del monte Sion que en otro tiempo comprendia.

En la rejion del Poniente y en el centro de la ciudad hácia el Calvario, las casas se estrechan bastante; pero hácia el Oriente y á lo largo del valle del Cedron, se descubren unos espacios vacíos, entre otros, el recinto que se estiende al rededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del Templo, y el terreno casi abandonado donde se alzaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalen son unas pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas y sin ventanas, terminando en unas azoteas aplanadas ó en cúpula, y se asemejan á unos calabozos ó á unos sepulcros. Todo se presentaria bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosquecillos de nópalos no interrumpiesen la triste uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisaje de piedras, puede creerse que son los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entrais en la ciudad, nada os consolará de la tristeza esterior; os perdereis en unas callejuelas no empedradas que suben y bajan en un piso desigual, y caminais envueltos en nubes de polvo ó entre guijarros que ruedan á vuestro paso. Los tòldos sostenidos de una casa á otra aumentan la oscuridad de este laberinto; y los bazares abovedados é infectos acaban de privar de luz á la desolada ciudad; algunas mezquinas tiendas no ofrecen al público sino la miseria; y por lo regular están cerradas por temor al paso de un cadí. A nadie se ve en las calles, á nadie en las ventanas;

solo algunas veces un paisano se desliza á través de las tinieblas, ocultando bajo sus vestidos los frutos de su labor, temiendo ser robado por el soldado; en un apartado rincon, el carnicero árabe degüella alguna res colgada por las patas á una tapia arruinada; y al ver el semblante sombrío y tosco de este hombre, pudiera creerse que, mas bien que de degollar un cordero, acaba de perpetrar un homicidio. El único rumor que por intervalos se percibe en la ciudad deicida, es el galope de la yegua del desierto, en que monta el jenízaro que lleva la cabeza del beduino, ó que va á saquear el Fellah.

En medio de esta desolacion estraordinaria, es preciso detenerse un momento para contemplar cosas aun mas estraordinarias. Entre las mudas ruinas de Jerusalen, dos clases de pueblos independientes encuentran en su fe los recursos que bastan para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos relijiosos cristianos, á quienes nada puede inducir á abandonar el sepulcro de Jesucristo: ni latrocinios, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan dia y noche en derredor del Santo Sepulcro; y despojados á la mañana por un gobernador turco, la tarde les encuentra al pié del Calvario, orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salvacion de los hombres. En su frente se retrata la paz del alma, y sus labios sonrien. Sin poder y sin soldados, protejen poblaciones enteras contra la iniquidad. Maltratados por el palo y el sable, las mujeres, los niños y los rebaños, se refujian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Quién impide al protervo armado perseguir su presa y demoler tan débiles murallas? la caridad de los relijiosos, pues se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus suplicantes. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos se entregan á la proteccion de unos pobres relijiosos, que no pueden defenderse á sí mismos. Aquí debemos reconocer con Bossuet, que "las manos levantadas al cielo destruyen mas batallones que las armadas de flechas."

Mientras la nueva Jerusalen sale así *del desierto, brillante de claridad*, dirijid una mirada entre el monte Sion y el Templo: ved ese otro pueblo que vive separado del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular del general desprecio, dobla la cerviz sin quejarse; sufre todas las injurias sin pedir justicia; se deja abrumar á golpes sin exhalar un suspiro, y si se le pide la cabeza, la entrega impasible á la cimitarra. Si algun miembro de esta sociedad proscrita, deja de existir, su compañero irá á enterrarle furtivamente á favor de la noche, en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetrad en la mansion de ese pueblo, y le hallareis sumido en una miseria horrorosa, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos que á su vez le harán leer á los suyos. Ese pueblo hace hoy lo mismo que hacia há cinco mil años.

Ha asistido diez y siete veces á la ruina de Jerusalen, y nada puede impedirle que dirija á Sion sus tristes miradas. Cuando vemos á los judíos dispersos por la tierra, segun la palabra de Dios, nos asalta sin duda la sorpresa; pero para que esta raye en lo sobrenatural, es preciso verlos en Jerusalen; es preciso ver á esos lejítimos señores de la Judea, esclavos y estranjeros en su propia patria; es preciso verlos esperando, bajo todas las formas posibles de la opresion, un rey que ha de venir á libertarles. Abrumados por la cruz que los condena, y que está plantada sobre sus cabezas; ocultos cerca del Templo, de que no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguedad. Los Persas, los Griegos y los Romanos han desaparecido de la tierra; y un reducido pueblo, cuyo oríjen precedió al de estos grandes pueblos, subsiste aun sin mezcla en los desfigurados escombros de su patria. Si alguna cosa presenta en las naciones el sello del milagro, creo que este sello se encuentra aquí. En efecto, ¿hay algo mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo, que este encuentro de la antigua y nueva Jerusalen al pié del Calvario: la primera, aflijiéndose

al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; la segunda, consolándose al lado de la única tumba que no tendrá cuenta alguna que dar al espirar los siglos? —*Chateaubriand.*

El Sousonghirli.

36.—El 10, despues de seis horas de marcha, llegamos para desayunarnos á la agradable aldea de Souseverlé, que es acaso el Sousurluck de Thevenot; y á no dudarlo, es el Sousighirli de Espon y el Sousonghirli de Tournefort; esto es, la aldea de los Búfalos de Agua. Está situada al fin y al lado opuesto de las montañas que acabábamos de pasar. A quinientos pasos de la ciudad corre un rio, y á la otra orilla de este se estiende una hermosa y dilatada llanura. Este rio Sousonghirli es el Gránico, y esta llanura ignorada es la de la Misia.

¡Oh, qué prestigio es el de la gloria! Un viajero va á atravesar un rio que nada notable presenta; díceseles que el rio se llama Sousonghirli, y pasa y continúa indiferente su camino; pero si alguno le grita: "Este rio es el Gránico!" retrocede, abre sus ojos lleno de asombro, y fija sus miradas en la corriente, cual si sus aguas estuviesen dotadas de algun poder sobrenatural, ó cual si en ellas hubiese resonado alguna voz estraordinaria. ¡Y un solo hombre basta á inmortalizar de esta manera un pequeño rio en un desierto! Aquí se desploma un imperio inmenso; allá se levanta otro mayor aun; el Océano Indico oyó la caida del trono que se hundió cerca de los mares de la Propóntide: el Ganjes vió correr á sus orillas al Leopardo de las cuatro alas (Daniel), que triunfó en las márjenes del Gránico; Babilonia, edificada por el rey en el esplendor de su poder (Daniel), abrió sus puertas para

recibir á un nuevo dueño. Tiro, reina de los bajeles (Isaias), desaparece, y su rival surje de las arenas de Alejandría.

Alejandro cometió crímenes; su cabeza no pudo resistir la embriaguez que le produjeron sus victorias; pero ¡con cuánta magnanimidad rescató los errores de su vida! Sus crímenes fueron espiados siempre por sus lágrimas; todo en Alejandro salia del corazon. Al partir á hacer la guerra á Dario, distribuyó sus Estados entre sus capitanes, que le preguntaron atónitos: "¿Qué te reservas, pues?" "¡La esperanza!" contestó el héroe. "¿A quién legas el imperio?" preguntáronle de nuevo esos mismos capitanes, cuando espiraba.—"Al mas digno." Coloquemos entre estas dos palabras la conquista del mundo, llevada á cabo con treinta y cinco mil hombres en ménos de diez años, y confesemos que si algun hombre se ha asemejado á un Dios entre los hombres, es Alejandro. Su muerte prematura imprime cierto sello divino á su memoria, pues le vemos siempre jóven, apuesto y vencedor, sin ninguno de esos achaques corporales, sin ninguno de esos contratiempos de la fortuna que los años y el instable curso de las cosas humanas traen consigo. Esta divinidad se desvanece, y los mortales no pueden sostener el peso de su inmensa obra. "Su imperio, dice el profeta Daniel, fué entregado á los cuatro vientos del cielo."—*Chateaubriand.*

Constantinopla.

37.—A las seis y media pasamos delante del Polvorin, edificio blanco y largo, construido á la italiana, á cuya espalda se estendia la tierra de Europa, de aspecto llano y monótono. Varias pequeñas poblacio-

nes, anunciadas por algunos árboles, estaban diseminadas aquí y acullá; aquel terreno parecia un paisaje de la Beauce, despues de la cosecha. Mas allá de la punta de esta tierra, que se conservaba á manera de media-luna á nuestra vista, descubríanse algunos minaretes de Constantinopla.

A las ocho, un caique se acercó á nuestro bordo; y como estábamos casi detenidos por la calma, dejé la falúa y me embarqué con mis criados en aquel. Costeamos la punta de Europa, donde se eleva el castillo de las Siete-Torres, antigua fortaleza gótica que se desploma por momentos. Constantinopla, y especialmente la costa de Asia, estaban envueltas en la niebla; los cipreses y los minaretes que descubria á través de este vapor presentaban el aspecto de un bosque seco. Al acercarnos á la estremidad del Serrallo, el viento del Norte empezó á soplar, y barrió en pocos minutos la bruma esparcidapor el cuadro; y me hallé de repente en medio del palacio del jefe de los creyentes; aquel májico efecto pareció obra del golpe de la vara de un jenio. A mi frente serpenteaba el canal del Mar Negro entre dos risueñas colinas, á la manera de un rio soberbio; á mi derecha veia el Asia y la ciudad de Escútari; Europa se ostentaba á mi izquierda, y formaba, ahuecándose, una espaciosa bahía, llena de bajeles de alto bordo, y atravesada por innumerables barquichuelos. Esta bahía, encerrada entre dos colinas, presentaba en perspectiva y en anfiteatro, á Constantinopla y Galata. La inmensidad de las tres ciudades que se desplegaban á mi vista, Galata, Constantinopla y Escútari; los cipreses, los minaretes, los mástiles de los buques que se elevaban y confundian por donde quiera; la frondosidad de los árboles; los colores blanco y encarnado de las casas; el mar que estendia al pié de estos objetos su alfombra azul, y el cielo que desplegaba sobre nuestras cabezas su tambien azul pabellon: hé aquí lo que atónito admiraba. Nada se exagera cuando se dice que Constantinopla presenta

el punto de vista mas hermoso del universo. Prefiero, no obstante, la bahía de Nápoles.

Llegamos á Galata, donde observé al punto el movimiento de los muelles, la multitud de conductores de cargamentos, y de marineros; estos anunciaban en el diverso color de sus rostros, en sus diferentes idiomas, en sus estraños trajes, túnicas, sombreros, gorros y turbantes, que habian ido de todas las rejiones de Europa y Asia á habitar aquella magnífica frontera de los dos mundos. La ausencia casi total de mujeres, la falta de vehículos de ruedas, y las traillas de perros sin dueño, fueron los tres caractéres distintivos que desde luego hirieron mi atencion en el interior de esta ciudad estraordinaria. Como todos los habitantes calzan babuchas, y no se oye el ruido de coches ni carros, ni hay campanas, ni casi oficios de martillos, el silencio es continuo. Veis en vuestro derredor una muchedumbre muda, que parece quiere pasar desapercibida, y que intenta siempre sustraerse á las severas miradas de un amo. Llegais sin cesar de un bazar á un cementerio, como si el destino de los Turcos en la tierra fuese comprar, vender y morir. Los cementerios sin paredes y colocados en medio de las calles, son magníficos bosques de cipreses; las palomas anidan en ellos y participan de la eterna paz de los finados. Aquí y allá, descúbrense algunos monumentos antiguos, que no tienen relacion alguna con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que los rodean; podria creerse que han sido trasladados á esta ciudad oriental por el maravilloso efecto de un talisman. Ninguna esterioridad de alegría, ningun indicio de felicidad se muestra á vuestros ojos; lo que veis no es un pueblo, sino un rebaño que un iman conduce y un genízaro degüella. No conoce otro placer que la disolucion, ni otro castigo que la muerte. Los tristes sonidos de una cítara salen alguna vez del fondo de un café, y allí veis á unos niños degradados que ejecutan obscenos bailes delante de una especie de mi-

cos sentados circularmente en unos pequeños taburetes. En medio de las prisiones y mazmorras descuella un Serrallo, ominoso capitolio de la esclavitud; en él, un guarda sagrado conserva solícito los mortíferos jérmenes de la peste y las leyes primitivas de la tiranía. Muchos pálidos adoradores jiran sin cesar en torno del templo, y van á presentar sus cabezas al torpe ídolo. Nada puede sustraerles al cruel sacrificio: un poder fatal les arrastra, que los ojos del déspota atraen á los esclavos, no de otro modo que las miradas de la serpiente fascinan á los pájaros de que insaciable se alimenta.—*Chateaubriand.*

Las antigüedades de Mérida.

38.—Tres dias rodamos por el vacío: hácia el fin del cuarto una esplanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso, los confusos y altísimos vestijios de una magnífica poblacion. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta.*

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitacion en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrépita. Es un niño dormido en brazos de un jigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos mas antiguos de nuestra España. Sus fundadores elijieron un terreno fértil, un clima productor, y un rio cuyas aguas, pérfidamente mansas, debian regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posicion, los dominadores del mundo la llevaron al mas alto grado de

esplendor; y es fama conservada por los mas de nuestros autores, que ha tenido un millon de habitantes. Erijida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caida del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominacion de los árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitacion romana: nada mas comun que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales; y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los dias con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocacion de un Dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadon de un estremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es comun allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es mas asombroso, gran número de cosecheros se sirven aun en sus bodegas de las mismas tinajas romanas que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavia al tiempo por mas siglos de los que lleva vividos. Las

vasijas mismas que se construyen en el pais tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida y rodeado de ruinas, la imajinacion cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa poblacion romana. ¡Error! un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador . . . .

En esto llegué al puente, verdadera obra romana: colocado sobre uno de los puntos en que presenta el rio mayor latitud, mas de sesenta ojos espaciosos le dan una lonjitud que se pierde de vista: él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo: solo las dos cabezas, en una estension regular, se conservan puras é intactas; remendado lo demás á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas; la mas moderna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierro y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazon consiste en su colocacion, y que durarán todavia mas que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigacion de los tiempos: romano ya enteramente, figurábaseme ver el dios tutelar del rio, que, levantando la espalda colosal, repelia indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas.

Dos acueductos magníficos enriquecian de aguas á Mérida: otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caido; sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y jigantes asombran la vista; allí todo es obra

del hombre, que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería; el hombre ha cojido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecia no tener otro objeto que formar un gran depósito de agua destinado á una *naumaquia*, gran diversion de un gran pueblo, para quien era solo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oir el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones....

Pasé en seguida á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipodromo, apenas reconocible por la meta, y de allí me dirijí hácia la *via romana*, vulgo en el pais *calzada romana;* aquí es tradicion que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solian en sus epitafios dirijir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus espresiones propias; así, cuando hablamos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos segun los hablistas una belleza, llamada figura retórica, y

segun mi entender una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra.*

El arco Trajano colocado en el centro de la actual poblacion está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estatuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego mas puro, considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer órden: y digo que esto me asombró por dos razones: primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura estraordinariamente pobre; segunda, porque la posteridad de los romanos se divierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algun Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á santa Olalla, patrona de la que fué *colonia romana* llamada el *hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí: está construida con fragmentos de un templo de Marte: el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se vé ó se adivina la efijie de santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripcion siguiente:

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI.

La idea que ese contraste presenta, imajínela el lector: estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, solo ha quedado el hueco de ellas, y este hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos,

construida de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pié todavía y empotradas en ella: el conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado á un cadáver; aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.—*Larra.*

La Mar de Hielo.

39.—¡Alto! Hemos llegado. La emocion no puede estar dispuesta con mejor arte.—La áspera senda termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el borde mismo del monte.—Entremos, y desde sus ventanas contemplaremos á vista de pájaro todo el *glacier*....que en español se traduce *ventisquero*, á pesar de que "ventisquero" es otra cosa muy diferente.—Y si no, veamos qué es un *glacier*....

¡Oh!....¡qué asombro!—Asomaos... Mirad....

Su nombre lo dice... ¡Esta es una mar de Hielo!—Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate.—Desde aquí no se ve mas que hielo y nieve: blancas montañas en torno nuestro y rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran las mas altas rejiones de la atmósfera; y por en medio de una y otra mole, bajan torrentes de alabastro á abastecer este piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Y este mar, este inmenso rio, que se pierde de vista allá á lo lejos, á dos leguas de nosotros, está como volcado en un violento declive; está colgado, por decirlo así; parece que se despeña, á la manera de poderosa catarata, amenazando sumerjir valles y montes! y así baja, y así llega á un punto dado; y allí se detiene, y allí termina de pronto, como si la clemen-

cia de Dios le hubiera dicho *¡párate!* ó como si él, condolido de los estragos que iba á causar, hubiese refrenado su propia ira.—Por eso digo que está petrificado en el momentodel combate.

Y esto mismo se puede suponer de todas las cosas que nos rodean. —El rizado oleaje de la superficie de la Mar de Hielo; las amplias ondas que simula este hielo al arrastrarse por las vertientes de los montes; la violenta actitud de los témpanos suspendidos en las alturas; la animada disposicion de las masas y de sus menores accidentes; todo da idea del movimiento, todo revela que aquí hubo un período de accion, todo recuerda una pasada vida, como el jesto permanente de un cadáver traduce el último pensamiento del espíritu que huyó de él. Diríase que en algun tiempo esta mar habia sido líquida; esos torrentes habian fluido; esos montes habian palpitado; esta soledad amortajada habia tenido voz y perfume, vida y actividad; y que repentinamente, en un súbito momento, el invierno habia asomado por encima de la sierras su cabeza de Medusa, conjelando, cristalizando, pertrificando esta naturaleza.—*La Mar de Hielo*, en fin (y aquí termino por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, el planeta tallado en mármol, la estatua sepulcral del globo; la haz funeraria de la luna, tal como la hallamos en remotísima apariencia.—*P. A. de Alarcon.*

Al lago Leman.

40.—Sobre mi cabeza se elevan los Alpes, ese palacio de la naturaleza, cuyas vastas murallas corona una corniza de hielos perdidos en las nubes—trono sublime y frio de la eternidad donde se forma y de donde cae la avalancha, ¡ ese rayo de nieve! En torno de esas

cimas se ve reunido todo lo que puede elevar el espíritu y espantarlo, como para demostrar que la tierra puede aproximarse al cielo y dejar al hombre aquí abajo, mal que le pese á su orgullo.

El lago Leman me sonrie con su frente de cristal, espejo profundo en que las estrellas y las montañas reflejan la calma de su aspecto, sus elevadas cumbres, sus variadas tintas.... La presencia del hombre se deja aun sentir aquí demasiado para que yo pueda abandonarme á la contemplacion del grande espectáculo que se ofrece ante mis ojos.—Pero pronto la soledad despertará en mi alma pensamientos ocultos.—Huir de los hombres, no es odiarlos. No todo el mundo ha de haber nacido para ajitarse y trabajar con ellos.

Yo no vivo encerrado dentro de mí mismo. Yo me identifico con todo lo que me rodea. Las altas montañas despiertan en mí cierto sentimiento—pero el tumulto de las ciudades me sirve de suplicio. Lo único que encuentro yo odioso en el mundo es esto, de ser, á pesar suyo, uno de tantos anillos de una cadena carnal; el ver que se le señala un puesto entre las criaturas de su misma especie, cuando se tiene un alma que podria volar y confundirse, no sin fruto, con los cielos, los montes, las estrellas ó las ajitadas llanuras del Océano!

¡Limpio y tranquilo Leman! Tu lago, contrastando con el mundo tempestuoso en que siempre he vivido, me dice con su silencio que cambie las turbulentas aguas de la tierra por una fuente mas pura. La vela de esta pacífica barca es como un ala silenciosa sobre la cual puedo alejarme de la desesperacion. Hubo un tiempo en que yo amaba los mujidos del Océano furioso; pero hoy tu dulce murmullo me enternece como la voz de una hermana que me echase en cara el haber corrido demasiado tiempo detras de sombrios placeres.

Ya desciende la noche silenciosa; y desde tus orillas hasta las montañas, todos los objetos se envuelven en el crepúsculo.—*Byron.*

Las aves y los peces.

41.—Toda la economía de los peces contrasta hasta en sus menores detalles con la de las aves. El ser aéreo descubre claramente un inmenso horizonte; su oido sutil aprecia todos los sonidos, todas las entonaciones; su voz los reproduce: si su pico es duro, si su cuerpo ha debido ser cubierto con un vello que le preservara del frio de las altas rejiones, encuentra en sus patas toda la perfeccion del tacto mas delicado. Goza todas las dulzuras del amor conyugal y paterno. Cumple sus deberes con enerjía; los esposos se defienden y defienden su prole. Un arte sorprendente preside á la construccion de su morada; cuando llega el tiempo, trabajan en ella juntos y sin descanso: mientras la madre fecunda sus huevos con admirable constancia, el padre, convertido de amante apasionado en tierno esposo, ahuyenta con sus cantos el fastidio de su compañera. Aun en la esclavitud, el ave se apega á su dueño; se le somete y ejecuta bajo sus órdenes los actos mas diestros y delicados: caza para él como el perro, y vuelve á su llamado desde lo mas alto de los aires: imita hasta su lenguaje, y solo con dolor nos decidimos á negarle una especie de razon.

El habitante de las aguas, por el contrario, no se apega á nadie, carece de lenguaje y de afectos; ignora lo que es ser esposo y padre, no sabe prepararse un abrigo; en el peligro, se oculta debajo de las rocas del mar, ó se precipita en la profundidad de las aguas; su vida es silenciosa y monótona; solo su voracidad lo ocupa, solo por ella puede enseñársele á dirijir sus movimientos por signos esteriores. Y sin embargo, estos seres á quienes se han concedido tan pocos goces, han sido adornados por la naturaleza con todo jénero de bellezas: variedad en las formas, elegancia en las proporciones, diversidad y vivacidad de colores, nada les falta para atraer la atencion del hombre, y

parece que el designio de la naturaleza ha sido escitar esa atencion: el brillo de todos los metales, de todas las piedras preciosas, con que resplandecen, los colores del íris que se quiebran, se reflejan, en bandas, en manchas, en líneas ondulosas, angulosas y siempre regulares, simétricas, siempre formadas con matices admirablemente armonizados ó contrastados, ¿para quiénes habrian recibido todos esos dones, ellos que cuando mas pueden entreverse en esas profundidades donde apenas penetra la luz? Y aun cuando se vieran ¿qué placeres podrian despertar en ellos semejantes relaciones?—*Cuvier.*

La naturaleza Sud Americana.

(DE VALPARAISO A BUENOS-AIRES.)

42.—El camino á vapor es el Valdivia, el Hernan Cortes, el Pizarro de nuestros dias, para completar la conquista de América en servicio de la civilizacion y la paz. La espada comenzó esa conquista; la ayudó y continuó la cruz en manos de los misioneros; la ciencia de la mecánica que da direccion asombrosa á la fuerza espansiva de uno de los elementos antiguos encerrados en una caldera de hierro, acortando en tiempo las distancias, dando al andar del hombre la rapidez del vuelo de las aves, satisfaciendo una necesidad apenas sentida, acercando los pueblos apartados para que conversen, por decirlo así, mano á mano, está llamada en este siglo á completar la obra comenzada en América por el guerrero y el sacerdote. El silbo de las locomotivas es hoy la voz del verdadero apóstol, el sonido de la lira de los Anfiones modernos, el eco de los taumaturgos del siglo, que predica la union y la paz entre los hombres hablándoles de sus intereses, levanta centros sociales por encanto y aconseja

el amor al prójimo y el respeto á Dios, tiñendo con dulces colores de rosa los horizontes de esta existencia de un dia para las criaturas y eterna para las sociedades.

¿No piensa V. mi amigo, como yo? ¿Cree V. que una ley escrita y nada mas, sea tan poderosa como el *fiat* de Dios para dar condiciones de Nacion y formas regulares de cuerpo social á una familia de desiertos como son los miembros de todas las Repúblicas Sud-Americanas? El aislamiento natural ahoga la eficacia del pacto, como agosta la maleza robusta é indómita á la planta delicada acostumbrada á sentir cerca de sí la mano intelijente del hombre. La América es el campo de aplicacion de todos los descubrimientos de la ciencia europea, no porque yo lo digo, sino porque así lo dispuso el artífice que fraguó una vez para siempre la cadena de los destinos del mundo. El poder de dilacion de esa ciencia, es como el de la mente de Colon—no puede reconocer por meta las columnas de ningun Hércules. La América es el jardin del mundo para la aclimatacion de todo lo grande y de todo lo bueno. Si alguien lo duda, que ponga la vista en el mapa de su jeografía, y diga despues si el hombre podrá encontrar en alguna otra parte del mundo, mejor cielo que admirar, mejores sombras á que asilarse, mejores frutas para su paladar, aguas mas frescas y salubres para su sed, rios mas capaces de ser surcados, montañas mas preñadas de plata y de oro, tierras mas fértiles que en América? En poco tiempo el habla y la relijion cristiana se aclimataron en nuestro continente desde la tierra magallánica hasta la alta California: el hijo del conquistador y de las Indias cautivas fué superior en fuerza muscular y en intelijencia á sus padres. El inca Garcilaso criado al seno de una *Palla* cusqueña, escribió con veracidad y talento las proezas de Pizarro que no sabia escribir su nombre. Esta facultad absortiva de asimilacion y de mejora que distingue al nuevo mun-

do, se manifiesta desde luego, en el hombre americano, por su facilidad para imitar, por su notable aptitud para las artes y para los idiomas: en segundo lugar, se manifiesta en las condiciones del suelo, algunas de las cuales podemos señalar sin salir de casa. Los españoles, por ejemplo, traen al Rio de la Plata unos cuantos potros andaluces, *y esos céfiros del Betis* como les llama Góngora, encuentran su verdadera patria en las llanuras arjentinas; se reproducen al infinito; la libertad los mejora, y aquí en su centro, es en donde aconseja Buffon que se contemple y se estudie ese bruto jeneroso, "la mejor conquista entre cuantas hizo el hombre." El pico de una ave ó el movimiento de una ola depone á las orillas del Paraná la simiente de un durazno, y hé ahí el oríjen de esa abundancia de "fruta del monte," que nos deleita entre los meses de Febrero y Marzo. Dos carozos de damasco traidos por casualidad de Italia, poco mas ha de medio siglo, bastaron para producirse en Buenos Aires en los términos que conocemos. El morrueco de las cabañas españolas, tan mimado en Sajonia, crece y se reproduce sin desmejorar en nuestros campos, sin mas techo ni cobertizo que la benignidad del temperamento. Para estos animales, pues, y para aquellas semillas, estaba preparado *ab initio* la tierra que tanta y tan agradecida hospitalidad les brinda.

Y ahora, dígame V. mi amigo, ¿para qué puede haber nivelado la mano de la naturaleza el espacio que media entre el Plata y el Paraná ("caminos que caminan") y la falda de las Cordilleras, límites de nuestro país con Chile y Bolivia? ¿Será para que se arrastre sobre esa superficie plana la tarda rueda de la carreta al paso lerdo del robusto buey tucumano, cuya piel y cuya carne se pagan á peso de oro al occidente de los Andes? ¿Será para que se espacie en ella el avestruz "privado por Dios de intelijencia," como quiere la Escritura, y para que "cuando llegue la ocasion, levante las alas y se burle del caballo y del cabalga-

dor?" ¿Será para que pueble sus soledades el alarido de los ranqueles y el relincho de sus potros *orejanos*? ¿ó para que se convierta, en fin, en Calvario, demostrando á cada paso con sus cruces que la vida del hombre no es allí de Dios, ni de la ley humana, sino de la barbarie codiciosa?

¡No! el injeniero invisible sujetó *á regla* ese mar de verdura, como sujetó la superficie del océano á un nivel permanente, y con iguales designios. Divorció con el agua salobre los continentes, porque habia puesto en la mente humana el jérmen de la navegacion y en la atmósfera los vientos constantes. Tendió el desierto, que es en apariencia el sudario de la vida social, porque en el siglo XIX, el hombre habia de inventar un monstruo corpulento como los Megatherios, veloz mas que el gamo, sobre cuya espalda habia de erguirse en realidad como Rey de la Creacion, mostrándose invencible en la lucha con las resistencias de la naturaleza y del espacio.—*Juan María Gutierrez.*

En la Cordillera.

(DE VALPARAISO A BUENOS AIRES.)

43.—En mi calidad *inalienable* de porteño, ayuno de granito y de basalto, huérfano de mesetas, de morros y promontorios, sin conocer otros *montes* que los de durazno, ¡cuánto no ansiaba por acercarme á ese lindero del occidente arjentino divinizado en los cantos guerreros con que me habia arrullado en la cuna! Qué ansia tenia por poner mi pié donde le estamparon los valientes de San Martin y los leones de Necochea!

Un dia 6 de Mayo de un año de que no quiero acordarme, esos Andes tan deseados se presentaron á mi vista. Sus cumbres celestes como nuestra bandera,

en la mañana, y al ponerse el sol, rosadas como la inocencia y la juventud, fueron para mí verdaderos íris de bonanza despues de cuarenta dias de *capa* y tempestades en ese *cabo*, acabador de toda paciencia, que se llama de Hornos.....

En todo esto cavilaba, mi querido amigo, en tanto que la luna de la noche del 31 de Marzo, brillaba sobre mi cabeza peregrinando por el cielo trasparente de la provincia de Aconcagua. Aquella luna era verdaderamente para mí, luna de Valencia, porque estaba acostado sobre mis ponchos de viaje en el patio de la casa de mi *arriero*, á quien me habia entregado con la docilidad de un fardo para que me trasportase á Mendoza.

Una mula con el equipaje y provisiones, dos de remuda, el guía tras de ellas, y yo cabalgando en silla inglesa á retaguardia, íbamos en procesion por una senda angosta á las cuatro de la mañana siguiente. La luna no alumbraba; las estrellas tímidas todavía ante la reina eclipsada, no alumbraban tampoco; y yo solo contaba para mi salvacion con el instinto de mi cuadrúpedo y del bípedo delantero. No sabia si caminaba para adelante ó para atrás; y por salir de una ofuscacion muy frecuente en semejantes situaciones, llevaba la mano á la cabeza del caballo porque me parecia que el animal estaba al revés. "Las tinieblas estaban sobre la haz del abismo," como en el primer capítulo del Génesis. Poco á poco comenzó á fosforecer la columna de vapor tibio de la respiracion de las bestias; el aire tomó el oriente de las perlas; la inevitable compañera de todo cuerpo, comenzó á marcarse en el suelo; hasta que al fin, el dedo de Dios "separó la luz de las tinieblas," que huyeron. ¡Qué sitios tan bellos habia robado la noche á mi contemplacion! La montaña estaba á mi derecha; el torrente á la izquierda. Unas *tunas* del jénero *cirio*, mas corpulentas y cilíndricas que las que conocemos aquí, reunidas en familias de cinco y seis individuos de todas edades

estaturas, se levantaban verdes y airosas, con envidia del aficionado á jardines. Con este instinto del mal que distingue al hombre, las hacia *emigrar* con la imajinacion, y las colocaba dentro el círculo artificial de un parque á la inglesa. No solo por sus formas y color eran bellos, que la naturaleza les habia dado aduladores para realzar sus méritos. Una planta parásita llamada *quiltre*, que á merced de sus tenaces puas se injerta en los árboles hasta connaturalizarse con ellos, formaba de rojo y amarillo guirnaldas preciosas sobre la cabeza de los cactus: en otros, ceñidos mas abajo por las mismas flores, remedaban sartas de corales en la garganta de una mujer de Arauco. Piedras enormes, árboles pequeños, obligan al sendero á arrastrarse por aquellas faldas como una serpiente; que tal parece en realidad, cuando la vista puede descubrir la serie sin interrupcion de sus anillos blanquizcos.

Voy á hacer una advertencia. Cuando le diga á V. me paré; almorcé aquí; comí allá; dormí en tal parte; no era yo el que tenia cansancio, hambre ni sueño, sino las mulas ó el conductor, porque mi voluntad no entraba para nada en la formacion de las leyes de aquella República ambulante. Por otra parte, las jornadas están señaladas por la naturaleza, por decirlo así, combinada con la necesidad del transeunte en las Cordilleras. Es preciso parar á comer donde haya agua y sombra; dormir en paraje abrigado y en las cercanías de algunas yerbas para que pasten las bestias.

A las once y media de la mañana, mi caballo no quiso obedecer las espuelas; lo atribuí á la mala calidad del pihuelo ó á la peor colocacion de estos instrumentos pedestres que se me habian subido á las pantorrillas. Pero esto era un mal juicio en toda la estension de la palabra. El pobre cedia á una costumbre inveterada; habíamos llegado al lugar de almorzar. Y á fé que el sitio era á propósito para el efecto. Un hilo de nieve derretida caia trasparente de la montaña por

entre sombras de árboles, y un peñon plano y estenso prestaba mesa para una orgía de 25 cubiertos. Esta piedra rodeada en círculo de otras en forma de pirámides, altas y truncadas, realizaba con perfeccion la idea que tengo de las aras druídicas de los antiguos galos; y por un rapto vagamundo de la imajinacion, me trasporté al teatro de Cárlos Alberto en donde habia oido por primera vez aquella sublime elegía que inspiró á Bellini el presentimiento de una muerte prematura. El poco respeto que me infundia el criterio músico del muletero, me dió ánimo para echar al aire algunas notas, y entoné la famosa cavatina de la sacerdotisa sacrílega: *Casta Diva!* . . . . .

Un pollo fiambre y un trago de jerez *bien rubio*, me habian infundido tan buen humor, que me puse á reir á vista de un espectáculo artísticamente interesante y patético tambien, que en aquel momento se ofreció á los ojos de *Norma*.—Un anciano vestido pobremente, descendia en sentido opuesto al nuestro la ladera del camino, colgadas dos *arganitas* de cuero á los hijares de su mula *cuyana*, ética y tropezadora. La fruta que traia en ellas no la producen ni los árboles ni las plantas. Eran dos chiquillos de 5 á 6 años que, hincaditos, parecian esas *ánimas* de bulto que con las manos juntas al pecho, coloca la piedad pedigüeña sobre las alcancías de las iglesias católicas.—Murillo que ha llenado los conventos de España con esos lienzos inmortales que representan la huida á Egipto de la santa familia, habria tomado de aquí asunto para un cuadro orijinal como pocos.

Siguiendo nuestro camino nos encontramos hasta tener literalmente á nuestros piés el torrente, compañero fiel del sendero.—El *Salto* se presentaba en el fondo de la sima dando salida por un corte jigantesco de la montaña al agua anhelante por espaciarse en un lecho menos limitado que el que trae emparedada por un trecho considerable. El cauce por donde corre allí, está sembrado de piedras de colores variados, y

de formas redondas, dadas contra la voluntad del granito por esa pertinacia del agua que eternamente se desliza y que se ha presentado como imájen del triunfo de la constancia: "la gota horada la piedra, *non vi sed sæpe cadendo*." Fuera imposible contemplar aquel espectáculo sin atribuir inteligencia á la lucha que levantaba espumas de plata y de jazmines en torno de los guijarros desnudos. Allí habia sin duda Nayades que lavaban sus encajes y sus túnicas de cambrai con pasta perfumada de almendras de la fábrica de Mompelas; Ninfas de la fuente que contaban sus amores desconocidos y desgraciados á los escasos viajeros; y de ellas (no puede por menos) es esa cadencia monótona que llena el oido y convida á "soñar é imajinar con desaliño," frase castiza que guardo en la memoria porque me parece la traduccion mas jenuina del verbo francés *rêver*, que tanto da que hacer á los traductores noveles . . . . .—*Juan María Gutierrez.*

Los Andes y la Pampa.

44.—Cuando un hijo de los Andes ha pasado largo tiempo en la Pampa Arjentina, dilatando su mirada en aquellos horizontes lejanos, sobre las aguas del Plata ó sobre la grama de la campaña, viendo salir el sol de las ondas del rio, para verlo perderse entre celajes terrosos y opacos, allá en los confines de la planicie, se cansa de aquella inmensidad del espacio y echa de menos sus montañas.

Los montañeces estamos en una relacion mas íntima con la madre tierra, que los pamperos. Acá en los Andes, estamos rodeados por el alma de nuestra madre, que nos envia los suspiros de su corazon envueltos en el fuego de sus volcanes, que nos rejenera con

la savia de sus entrañas, vestida en las fuentes de vida que manan en sus montes, y que nos alienta con el espíritu de sus selvas.

El montañes vive la vida de sus montañas, es orgulloso como ellas, tiene su gravedad seria y risueña, ama su luz y sus sombras, y por eso es ufano de su hogar.

En las pampas está la inmensidad, la soledad, el silencio, la abrumante igualdad de lugar y de tiempo: en las montañas, el hombre halla horizontes limitados, que hace suyos, que toca como si fueran su propiedad; se siente acompañado por las colinas graciosas de pendientes circulares y suaves, por los picos rocallosos y salvajes, por los bostcajes aislados y las mesetas de verdura; encuentra la animacion bulliciosa de la naturaleza en todas partes, en las voces del torrente que se desata furioso entre las rocas de la quebrada, en los ruidos de las auras que juguetean en las selvas, en los zumbidos del viento que se choca en las cumbres sinuosas. Todo es variedad, lo bello al costado de lo sublime, lo apacible en seguida de lo adusto y zañudo, las sombras en medio de la luz torrencial reflejada por las cimas nevadas, el silencio del bosque encima del bramido del torrente y debajo del huracan que silba en los alterosos pinos.

¿Qué hay de comparable en la naturaleza con un valle perdido entre las cadenas andinas? Allá, en una ensenada que las sierras estrechan entre sus brazos rocallosos, hay un pequeño paraiso que solo ven el sol y la luna y algunos astros que han tenido la felicidad de colocarse en su zenit. Un arroyuelo de plata serpentea en un lecho de arenas doradas y de piedrecillas de todos colores, entre boscajes apacibles y al pié de colinas graciosas que apenas se elevan, figurando en sus formas redondas los senos de la madre Ceres. Prados de verdura se ocultan entre ellas y los bosquecillos. El torrente brama al pié de la sierra, perdido entre las breñas y los boldos jigantescos. El zéfiro re-

meda sonidos indefinibles, entibiando la pradera con un hálito cargado del aroma de los árboles, entre cuyas hojas juguetea. El sol inunda todo el valle, avivando los cambiantes colores de la verdura, y penetrando en las sombras del bosque, cuyas hojas movibles quiebran en mil prismas los rayos de la luz, y les dan la apariencia de una lluvia de agujas quebradizas de plata y oro, de rubíes y esmeraldas, de ópalos y brillantes que ciegan y estravian la vista. ¡Oh! encantos de luz! ¡Cómo alternais con los ruidos armoniosos de la naturaleza, y con los embriagantes olores de la vejetacion en esos valles encantados que guardan los Andes en sus senos.—*J. V. Lastarria.*

El Tupungato.

45.—Una tarde, á la caida del sol, bajábamos en la posta del Desaguadero, desde donde yo esperaba divisar las Cordilleras. A medida que el astro descendia en un horizonte brumoso, se dibujaba allá en los cielos un domo inmenso, un hemisferio, que parecia mas bien una ilusion de óptica. Era el Tupungato que estaba velado por la bruma de la tarde, y que empinaba su cabeza sobre el horizonte opaco, como si estuviera pendiente del firmamento y separado del mundo. Con el crepúsculo, se elevaron nuevos vapores que ocultaron aquel portento, dejándome una anhelante y relijiosa impresion. ¡Ya habia entrevisto á mis queridos Andes!

Al otro dia, hice el camino en una constante ansiedad, divisando por momentos algunas cimas nevadas, cuando los árboles ó el polvo lo permitian. Pero, en la mañana siguiente, desde el Ramblon á San Martin, el espectáculo era imponente, pues la vista abarcaba

una dilatadísima estension de la cadena de los Andes.

¿Qué es la vista de los Alpes desde Clarens, en comparacion de la de los Andes desde la despejada campaña de Mendoza? Allá ha podido Byron lanzar esta esclamacion, cuya relijiosidad admira Michelet: "Lo que aquí se siente está mas alto que una pasion individual, mas que todo amor de este mundo. Es el sentimiento de lo grande, de lo sublime, del amor universal." A la vista de los Andes, el alma enmudece, la palabra no asoma á los labios, porque la impresion que se siente no tiene lenguaje.

Una inmensa cadena de brillantes colosales cruza el horizonte, á la altura de los cielos, hasta donde puede alcanzar la vista, del austro al setentrion. Las lineas circulares y suaves del cerro del Tupungato contrastan con los angulosos picos de la sierra de las Vacas, y con la caprichosa punta del Aconcagua, que, mas atrevido que todos, se remonta á la rejion del éter, mostrando el último esfuerzo que la tierra ha hecho para alcanzar á los dominios del sol. Por el sud se prolongan, hasta perderse de vista, los esbeltos cerros, los grupos de apilados picos, figurando el conjunto de las torres de una ciudad aérea, las curvas sinuosas que, ora se remontan, ora descienden, dibujando de plata el azul de la atmósfera.

¡Salve, portentosos Andes! ¡Al fin vuelvo á vuestros brazos, á sentir el halago de vuestras brisas! ¡Salve, jeneradores de la vida, que distribuis los climas y los vientos, el calor y el agua, que formais los valles templados de las mieses, y las ardientes hoyas del café, del ananá y la chirimoya! ¡Sois la imájen del infinito, centro de poesía y de verdad, que habeis afrontado los siglos de una eternidad, siempre jóvenes y bellos! —*J. V. Lastarria.*

El hogar.

46.—¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazon, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los dias de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades, por qué, decimos, este sentimiento santo que multiplica y difunde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo anglo-americano con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad, desconocida hasta hoy en la historia del jénero humano?

Es que nunca ha sido tampoco conocido el fenómeno social que la produce—el advenimiento de un pueblo entero á la propiedad territorial. El hogar es su resultado, como es tambien su glorificacion.

El hogar es el sueño, el ideal norte-americano. Para realizarlo, el *pionneer* sale al desierto y desmonta el bosque, ahuyentando al salvaje y á la fiera. Su primer trabajo le ha dado un derecho de preferencia al suelo y materiales de construccion que vende. Un año despues ha comprado al gobierno federal su tierra. Es ya propietario. Una nueva vida se abre delante de él. Su porvenir se halla seguro; y puede oponer á la soledad—la familia. La casa se construye. El invierno pasa. La primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros.

La madre de este niño es la sacerdotisa del nuevo culto que tiene por Dioses—la gloria de la Union Americana, la independencia y el trabajo. Ella se llama tal vez Nancy Hanks, la madre de Abraham Lincoln, nacido en las soledades del Kentucky. El

niño crece, y cuando ella le ha enseñado la mision que la vida impone á todo hombre nacido bajo el cielo de la Union, lo conduce un dia al bosque, y dándole un hacha, y señalándole el árbol que debe derribar, á fin de que principie agrandando con su primer esfuerzo el dominio civilizado de su pais, la santa mujer se inclina radiante sobre él, para bendecirlo, con las palabras con que fué bendito el nieto de Franklin—DIOS Y LA LIBERTAD.—*N. Avellaneda.*

La casa materna.

47.—¡Hé ahí el techo que, con tanto amor, mi madre apellidaba su Jerusalen, su casa de paz! ¡Hé ahí el nido que nos cobijó durante tantos años contra la lluvia, el frio, el hambre, el soplo del mundo; el nido donde la muerte ha venido á arrebatar sucesivamente al padre y á la madre, y del que los hijos han tomado su vuelo unos tras otros, estos para un punto, aquellos para otro, algunos para la eternidad!.... Conservo preciosamente sus restos, la paja, los musgos, el vello; y aunque esté ahora vacío, desierto y helado por la carencia de todas esas deliciosas afecciones que le daban animacion, me complazco en volverlo á ver, me complazco todavía en dormir á veces en él, como si debiera encontrar de nuevo, al despertar, la voz de mi madre, los pasos de mi padre, los gritos jubilosos de mis hermanos, todo ese bullicio de juventud, de vida y de amor que resuena para mí solo debajo de las viejas vigas, y que ya no tiene mas que á mí para oirlo y perpetuarlo algun tiempo.—*Lamartine.*

El viaje á pié.

48.—Yo no conozco mas que una manera de viajar que sea mas agradable que la de andar á caballo, es ir á pié. Parte uno cuando se le antoja, se para cuando quiere, hace tanto y tan poco ejercicio como desea. Se observa todo el pais, ora yendo á mano derecha, ora á mano izquierda, examinando cuanto agrada, deteniéndose en todos los bellos sitios. Me encuentro acaso con un rio, lo costeo; con un bosque tupido, penetro bajo su sombra; con una gruta, la visito; con una cantera, examino los minerales. Donde quiera que me halle á mi gusto, me demoro. En el acto que me fastidio, me voy. No dependo ni de los caballos ni del postillon. No necesito escojer sendas trilladas, caminos cómodos; me abro paso por do quiera otros se abren paso; veo cuanto puede ver un hombre; y no teniendo mas que yo para gobernarme, gozo de toda la libertad accesible al hombre.

Viajar á pié, es viajar como Tales, Platon y Pitágoras. Cuéstame comprender cómo un filósofo puede resolverse á viajar de otro modo, y privarse del exámen de las riquezas que huella y que la tierra prodiga ante sus ojos....

¡Cuántos placeres en este modo de viajar, sin contar la salud que se robustece, y el humor que se alegra!—*J. J. Rousseau.*

El paseo.

49.—Antes de la una, aun en los dias mas calurosos partia con un sol rajante, apresurando el paso, por temor de que alguien viniese á apoderarse de mí antes que hubiese podido esquivarme; pero, luego que habia

conseguido doblar cierta esquina, ¡con qué latido de corazon, con qué estrépito de alegría empezaba á respirar al sentirme en salvo, diciéndome: "¡héme aquí dueño de mi persona por el resto del dia!" Caminaba entonces con paso mas sosegado en busca de algun sitio salvaje de la selva, algun paraje desierto, algun asilo donde pudiese imajinarme haber sido el primero en penetrar, y donde ningun importuno viniese á interponerse entre mí y la naturaleza. Allí era donde parecia desplegar á mis ojos una magnificencia siempre nueva. El oro de las retamas y la púrpura de los brezos herian mi vista con un esplendor que conmovia mi corazon; la majestad de los árboles que me encubrian con su sombra, la elegancia de los arbustos que me rodeaban, la maravillosa variedad de yerbas y flores que pisaba, mantenian mi espíritu en una continua alternativa de observacion y embeleso. El concurso de tantos objetos interesantes que se disputaban mi atencion, atrayéndome sin cesar de uno á otro, me hundia cada vez mas en indecibles contemplaciones, que á menudo me hacian repetir dentro de mí: "no, jamas Salomon, en todo el resplandor de su gloria, fué tan vistosamente engalanado como cualquiera de ellos."

Así trascurrian para mí los dias mas amenos; y cuando el sol en su ocaso me hacia pensar en la hora del regreso, admirado de la rapidez del tiempo, creia no haber aprovechado bastante el dia; y pensando poder gozar mas aún, y reparar el tiempo perdido, me decia: Volveré mañana.—*J. J. Rousseau.*

Una noche al raso.

50.—Recuerdo haber pasado una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que costeaba el Ródano ó el Saona, pues no tengo presente cual de am-

bos fué. Jardines levantados en terraza bordaban el camino del lado opuesto. Ese dia habia sido muy caluroso, la noche era encantadora, y el rocío humedecia la yerba marchita; ningun viento; la noche estaba apacible, el aire fresco sin ser frio; el sol, tras su ocaso habia dejado en el cielo vapores rojizos, cuyo reflejo daba al agua un tinte rosado; los árboles de las terrazas estaban llenos de ruiseñores, respondiéndose unos á otros. Paséabame en una especie de éstasis, entregando mis sentidos y mi corazon al goce de todo ese embeleso. Absorto en mi dulce fantasía, alargué mi paseo hasta muy entrada la noche sin darme cuenta que estaba cansado; al fin tuve que ceder á la evidencia. Me acosté con voluptuosidad en el tablado de una especie de nicho ó arcada, practicada en el muro de una terraza; el cielo de mi cama lo formaban copas de árboles; un ruiseñor estaba precisamente encima de mí; me dormí arrullado por su canto. Dulce fué mi sueño, y mas dulce aun mi despertar. Era ya de dia muy claro; al abrirse, mis ojos vieron el sol, el agua, la verdura, un paisaje admirable. Me levanté, sacudí el polvo que me cubria; y sintiéndome con hambre, me encaminé alegremente hácia la ciudad.—*J. J. Rousseau.*

La vida en el campo.

51.—Respiro en fin, empiezo á renacer. He esperimentado la influencia de la tierra natal; el silencio del campo ha penetrado poco á poco mi corazon. Amigo, la naturaleza es buena; y es en vano que descuidamos su culto y llevamos lejos de ella nuestros deseos y nuestras ambiciones; madre induljente, no tenemos mas que volver hácia ella para que al momento nos abra su seno. ¡Dichoso aquel que sabe contentarse durante su vida con amarla y comprenderla!

Mi casa se eleva á media cuesta á orillas del *Sorre nantés*, en un rinconcito de este mundo sublunar que se puede decir querido del cielo. Muy á menudo te lo pinté; pero, ¿qué conocia de él entónces? Solo al volver tras prolongadas ausencias, y despues de haber llorado y sufrido á la distancia, es cuando se ama y se aprecia la patria. En ninguna parte has visto tan bellas aguas, ni sombras mas frescas; en ninguna parte has hallado soledades mas amenas. Los curiosos que atrae este pais durante el verano, se detienen en Clisson, y no llegan hasta aquí, donde solo se oye el ruido de las esclusas. Debajo de este techo, en el fondo de este valle, á la sombra de estos bosques, al murmullo de estas cristalinas ondas, es donde ha vivido mi padre. Su vida y su muerte fueron las de un dichoso y de un sabio. Así tambien pretendo vivir y morir. Me basta con lo que conozco de los hombres y de las pasiones. No he nacido para aquellas borrascas. Heredé de mi padre gustos sencillos, apacibles instintos; como él, pasaré mis dias en la paz y en el retiro. Las vias mundanas son demasiado escabrosas, y se necesita, para mantenerse en ellas derecho y firme, un pié mas seguro que el mio. Si me sucedió con el corazon mas puro y las intenciones mas honestas, resbalar en ellas desde los primeros pasos, ¿qué seria de mí en adelante, y despues de hallarme enteramente despojado de los pudores y escrúpulos de los tiernos años? Me estaba perdiendo. Me retiro, pues, desde ahora, sin pesar y sin amargura, de un mundo que he visto demasiado para amarlo, y no lo suficiente para aborrecerlo. Comprendo que la sociedad no apruebe semejantes determinaciones; cual dueña de casa amueblada, mucho le agrada alquilar sus aposentos; pero, como siempre hay mas personas de las que se precisan para ocuparlos, ¿acaso no podria ella, sin perjudicar sus intereses, permitir á algunos hijos de la Bohemia el alojarse al aire libre y dormir á cielo raso? Tal ejemplo no es muy contajioso. No ignoro ninguna de las altisonantes ver-

dades que sobre esto se ha puesto en circulacion. Yo sé que un hombre es reputado como uno zero, si no es algo, es decir, si no tiene una posicion, una profesión, una carrera. Entretanto, ¿si á mí me agrada el ser un zero? ¿si vuestros empleos no me seducen? ¿si nada se me da de vuestros puestos y honores? ¿si prefiero el silencio á vuestro ruido, el reposo á vuestras ajitaciones, y la soledad á vuestras fiestas? Entónces es cuando la sociedad, que no soporta con paciencia que pueda uno pasar sin ella, os arroja en la cara los epítetos de egoista y de cobarde. ¡Hágalo así, enhorabuena! la blanca espina está con flores, cantan las aves en los cercos, cerca está y ensillado el caballo que me espera. Considera á mi padre, por otra parte; no fué ni abogado, ni diputado, ni siquiera *maire* de su aldea. No fué mas que hombre dichoso; pero durante treinta años, su dicha irradió como un sol sobre estos campos. Ni un pedacito de esta tierra que no haya embellecido ó fertilizado. Ha cubierto de pámpanos estos collados, de trigales estos campos, de frutas estos verjeles. Despues de haber escrito con la azada y el arado poemas que no perecerán, duerme en paz debajo de los árboles que ha plantado, y los aldeanos conservan piadosamente su memoria. Tal es la suerte que envidio; mis ambiciones no se estienden mas léjos, y por mas fatal que haya sido, no me arrepiento del ensayo que acabo de hacer, pues que le debo el haber entrevisto en edad temprana y comprendido el verdadero fin de mi destino.—*Julio Sandoun.*

La máquina de vapor.

52.—En su actual estado de perfeccion la máquina de vapor á la que el fecundo jenio de Watt hizo ejecutar milagros de sencillez y utilidad, parece una cosa dotada casi de intelijencia. Regula con precision y

uniformidad cabales el número de sus movimientos en un tiempo dado y los cuenta y anota como para decir cuanto trabajo ha hecho, así como un reloj cuenta las oscilaciones de su péndulo; regula la cantidad de vapor que necesita, la viveza del fuego, la cantidad de agua en la caldera, la de carbon en la hornalla, abre y cierra sus válvulas con exacta precision en tiempo y modo; aceita sus junturas; espele el aire que por casualidad se introduce en las partes donde debe hacerse el vacío; y cuando marcha mal sin que por sí misma pueda correjirse, lo avisa al operario tocando una campana, y con todos estos talentos y cualidades, á pesar de tener una fuerza de 600 caballos, obedece á la mano de un niño; su alimento es el carbon, la leña ú otro combustible; no lo consume cuando está ociosa; no se cansa ni necesita dormir, no se enferma cuando desde su oríjen queda bien hecha, y solo rehusa trabajar cuando se encuentra gastada por los años; es igualmente activa en todos los climas y trabajará de todas maneras; es bombero, minero, marinero, escardador de algodon, tejedor, herrero, molinero, etc.; y una pequeña máquina, como si dijéramos una jaca de vapor, puede arrastrar en un camino de hierro cien toneladas de mercancías ó un rejimiento de soldados con mayor rapidez que el mas lijero de nuestros coches. Es la reina de las máquinas y la realizacion efectiva de los jenios de la leyenda oriental cuyas facultades sobrenaturales se pusieron á veces á disposicion del hombre.—*Arnott.*

La locomotora.

53.—Ved por ejemplo aquella locomotora que se apronta para la carrera; gruñe sordamente, como impaciente de abalanzarse. Pero, tan dócil como poderosa, espera la señal. Dentro de poco, su amo, cuyas

caricias la están puliendo y preparando, va á tocar, con sus dedos ennegrecidos por el humo, un resorte que se doblaria bajo la presion de la mano débil de una criatura, y en el acto, la enorme masa se conmoverá. Héla aquí que respira; una tos grave y potente sacude sus entrañas de hierro candente: jime bajo la carga. Uno tras de otro sus órganos entran á funcionar con una regularidad sábia; su movimiento se acelera; los golpes, siempre acompasados, se suceden con tan asombrosa rapidez que la vista no los puede seguir; devora el espacio. Es el huracan desencadenado que todo lo rompe y todo lo voltea. Pero, esperad: otra presion de mano bien lijera va á calmar luego, en un instante, toda esa efervescencia, y la obediente máquina irá al lugar de su descanso, ya adelantando, ya atrasando obsequiosamente de una media pulgada, con toda la suavidad del movimiento mas moderado. ¿No es esta, os ruego, una *hermosa* máquina? Y ¿qué admiramos en ella? La fuerza, por supuesto, pero tambien, y sobre todo, la disposicion hábil de todos esos órganos, cuyo juego es tan bien concertado y su efecto tan seguro y ecsacto. Ya lo veis; ese pobre diablo cubierto de harapos manchados de hollin y de aceite, al frotar y al ensebar el hierro, os prepara emociones artísticas; él es un artista, pues, á su manera: pensabais que esto que hacia era pura mecánica, y habia sido casi *estética*.—*Amadeo Jacques.*

Ruan.

(Carta al Dr. D. Carlos Tejedor.)

54.—Si alguna vez viene V. á Francia, desembarque en el Havre y no en Burdeos. Por aquí va el camino de su historia para llegar á Paris. Aquí se encuentra

todo su pasado, los señores normandos y los ingleses, las tradiciones y las batallas, la edad media con sus conventos, sus agujas y sus castillos; y para el americano, poco conocedor al principio, conviene que se le presenten en grandes masas los objetos para que hieran hondamente su imajinacion. He descrito ya lo mas notable del bellísimo rio, y me tiene V. en Ruan, en medio del conjunto de monumentos góticos mas nobles que ostenta ciudad alguna de Europa: los siglos se han parado sobre esta ciudad, y del quince acá nada de notable hay moderno. Las masas de techumbres de pizarra aumentan la oscuridad de las calles estrechas, flanqueadas de edificios parduzcos, dominados por iglesias, conventos, catedrales, cuyas agujas se desprenden en el aire, como si los edificios de cuatro y seis pisos que las circundan, fueran matorrales al pié de añosos cipreses. He recorrido la ciudad y alrededores, escalado las torres de Saint-Ouen y de la Catedral, tocado con mis manos esta piedra tallada, calada, vaporizada como piezas chinescas de ajedrez, para convencerme de que tantas maravillas son obras humanas. Seria en vano que tratase de darle detalles de una arquitectura que ella toda se compone de detalles, bien que allá, donde este jénero no alcanzó, interesarian mas que otros que prodigo sin temor de cansar. Pero, ¿qué decirle de estas murallas caladas y cubiertas de vidrios de colores, en los cuales están pintadas las vidas de los Santos, cuyos ropajes colorados ó azules dejan pasar al interior de la iglesia los rayos del sol, teñidos de todos los colores del íris, bañando en seguida las naves, el pavimento con esta luz estraña, esmaltada, fantástica, dando visos sobrenaturales á las estatuas de santos de escultura rara? Lea en un libro alguna descripcion de esta clase de combinaciones; tome V. el caleidoscopio, y hallará allí modelo de estos rosetones que decoran las fachadas de las antiguas catedrales, en lo que cifraban su gloria los maes-

tros, tanto que en Saint-Ouen el que hacia el roseton de la fachada principal, clavó el puñal en el corazon al discípulo que hacia, en una fachada lateral, otro que el maestro encontró fatal para su reputacion. Suba V. á los Andes, y aquellos numerosos penitentes que forma en la nieve la desigual accion del viento no le darán idea de esta muchedumbre de pináculos, agujas, y torrecillas que decoran, erizan los edificios desde su base; cada uno de ellos con remate diverso, cada uno en Saint-Ouen rematado en una estatueta de fraile, en todas las actitudes imajinables. Si quiere darse idea de la forma de las goteras, que en ángulo obtuso contrastan con los pináculos, cierre los ojos y cree monstruos de todas las formas, perros, serpientes, monos, zapos, lagartos, frailes que se roban mujeres, mujeres que vomitan demonios, demonios que se llevan almas, sátiros peleando ó que hacen cosas peores, abortos de la imajinacion, cosas sin nombre, pero todos con formas caprichosas, absurdas, fantásticas, imposibles. La ley de esta arquitectura es clara á mi pobre modo de entender: sobreponerse á la materia, espiritualizarla, darle vida, presentar un drama infinito sin que el espectador descubra la maquinaria, algo del espíritu cabalístico de la época: el arquitecto ha querido pasar en las edades futuras por nigromántico; presentando, de pié, despues de siglos, enormes moles de piedra, diáfanas, sosteniendo sobre murallas de vidrios pintados techumbres de plomo, apuntaladas sobre hacecillos de columnas como manojos de varillas. Si hay dos torres, la una en punta, la otra es una corona rejia de piedra calada; la una es alta y la otra baja; hay un pórtico al frente y otro al costado, que es á veces mas lujoso que aquel: las agujas se elevan al cielo sobre las bases frájiles que se están meciendo como álamos con el viento; un torreoncillo sube por un costado pegándose al edificio como la yedra, compañera inseparable del monumento gótico; otro torreon por el lado opuesto termina en un segundo cuerpo y un ter-

cero ú otra invencion absurda, sin plan, sin correspondencia, le arrima su hombro á la base. Caprichos fantásticos, dice uno á primera vista; pero observando con ojo atento, vése que aquellos torreoncitos son los sustentáculos de aquella espuma petrea que afecta formar el cuerpo del edificio; los hacesillos aparentes son en realidad enormes masas de piedra correspondientes á la mole que sustentan. Tanta lijereza, tanta riqueza de detalles, tanto arte y tanta ciencia encapotada, dan á esta arquitectura el mérito sorprendente, maravilloso que Victor Hugo reveló á la Europa entera, asombrada de poseer una epopeya en lo que hasta entonces habia creido una pueril rapsodia: la última espresion del arte humano, en lo que pasaba plaza de ensayos de la imajinacion de pueblos semi-bárbaros. —*D. F. Sarmiento.*

Las catedrales españolas.

55.—Las catedrales españolas con sus altos campanarios y sus cúpulas inmensas, dominan sobre los huracanes de las revoluciones que braman á sus piés, y sólidamente asentadas sobre sus bases de granito, parecen dormir al sol en su inmovilidad oriental.

No bastan algunas horas; seria preciso pasar dias enteros en esos templos magníficos, sentado, de pié, recojido, con los ojos fijos en sus vasos de mármol y de pórfido, sus santos de plata, sus vírjenes cubiertas de pedrerías, sus lámparas, sus candelabros, sus viriles de rubíes y de esmeralda, las espirales esbeltas, los artesones de oro, las vidrieras de color, que parecen inflamarse con los rayos del sol africano, las capillas caladas, caireladas, festonadas, sus mil injeniosas y estrañas figurillas, sus caprichosos arabescos, sus frutos embutidos, sus flores imajinarias, que corren, serpen-

tean, trepan, circulan, bajan y se suspenden en las ojivas, en las verjas de los altares, en los bajorelieves de las tumbas, vuelven á encaramarse por las columnas, y se pierden en las aristas de la cúpula y en el fronton sublime de los pórticos. En las Iglesias de España no le penetra á uno el frio, el vacío y la desnudez, como en las de Francia; allí la oracion no se evapora, antes por el contrario se condensa y se repliega; respírase allí la majestad de Dios vivo, se siente uno como levantado de la tierra, como envuelto y absorto en las medias tintas de luz y de sombra, que no causan en el alma los horrores de la noche ni las distracciones del dia; las bóvedas descansan sobre bóvedas, las cúpulas se lanzan, suben y se pierden sin que pueda seguirlas la vista, y la meditacion sube con ellas hácia la eternidad; y despues de haber dominado aquellas inmensas alturas, demasiado débil para sostenerse mas tiempo en sus alas cansadas, vuelve á bajar, y de cúpula en cúpula, de nave en nave, de calvario en calvario, se hunde en la nada para volver á subir despues hasta Dios, sumerjirse, arrobarse en éxtasis, precipitarse nuevamente desde lo mas alto del cielo, y posarse aterrada y temblando sobre el frio mármol de los sepulcros.—*Carmenia.*

El claustro.

56.—Un claustro es un patio rodeado de un pórtico; en medio del patio, segun las tradiciones antiguas, debia haber un pozo, símbolo de aquella agua de la Escritura que sale con ímpetu en la vida eterna. Bajo las baldosas de piedra del pórtico cavaban sepulcros; á lo largo de los muros grababan inscripciones funerales; en el arco formado por el oríjen de las bóvedas, describian los actos sagrados: hasta los relijio-

sos no se paseaban allí sino en silencio, teniendo en su mente el pensamiento de la muerte y la memoria de los antepasados. La sacristía, el refectorio, grandes salas comunes, seguian al rededor de aquella galería importante que comunicaba tambien con la iglesia por dos puertas, una que daba entrada en el coro y otra en las naves. Una escalera conducia á los pisos superiores construidos encima del pórtico, y en el mismo plano. Cuatro ventanas abiertas á los cuatro ángulos de los corredores esparcian en ellos sus resplandores durante la noche. A lo largo de aquellos corredores altos y anchos, cuya limpieza era su único lujo, la vista encantada descubria á derecha é izquierda una hilera simétrica de puertas exactamente semejantes. En el espacio que les separaba colgaban unos antiguos cuadros, mapas, planos de ciudades y de torres, la tabla de los monasterios del órden, mil sencillos recuerdos del cielo y de la tierra. Al sonido de una campana todas aquellas puertas se abrian con una especie de suavidad y de respeto. Ancianos encanecidos y serenos, hombres de una madurez precoz, adolescentes en quienes la penitencia y la juventud hacian un matiz de belleza desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecian juntos bajo un mismo hábito. La celda de los cenobitas era pobre, bastante grande para contener una cama de paja, ó de crin, una mesa y dos sillas; un crucifijo, y algunas imájenes relijiosas eran todo su adorno. De este sepulcro que habitaba durante sus años mortales, el relijioso pasaba al sepulcro que precede la inmortalidad.

Ni siquiera allí era separado de sus hermanos vivos y muertos. Le tendian envuelto con sus hábitos bajo la losa del coro; su polvo se mezclaba con el de sus antepasados, mientras que los homenajes al Señor cantados por sus contemporáneos y descendientes del claustro, conmovian todavia lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡O amables y santas casas! Han construido en la tierra augustos palacios, han erijido

sublimes sepulcros, han hecho á Dios moradas casi divinas; pero el arte y el corazon del hombre no han ido jamás mas lejos que en la creacion del monasterio.—*Lacordaire.*

La Torre de Lóndres.

(LÓNDRES, 1844.)

57.—Al pasar los umbrales de la Torre, al recorrer los diversos aposentos de ese edificio de no bien conocida antigüedad — defensa, palacio, prision y cadalso de tantos próceres y de tantos reyes,—no es posible alejar de la imajinacion las misteriosas y horribles escenas de sufrimientos y de sangre, de que esos envejecidos muros fueron testigos, y que tan negra celebridad les han dado en la historia de Inglaterra hasta el siglo XVII. Ni era ese solo el recuerdo que en mí despertaba: — esos horrores, esas atroces injusticias, — aun en épocas en qué tan adelantada se hallaba la Inglaterra, — me parecian alternativamente *disculpa* á los que manchan y asombran hoy á mi desventurada patria, ménos civilizada que la Inglaterra de entónces, y *esperanza* de que tras de esa época de desbocamiento y de crímen, nazcan los dias que alumbran y ennoblecen hoy á esa misma Torre, teatro de aquellas escenas.

No se sabe con fijeza quién edificó primero esa fortaleza: hay quienes la han atribuido á Julio César; pero la comun opinion es que fué obra de Guillermo el Conquistador, lo que le da una antigüedad de cerca de 800 años. De todos modos, historiadores del siglo XII hablan ya de la Torre, cuyo edificio—á escepcion de la parte en que estaba la armería y que se quemó en 1841—permanece en su forma primitiva, bas-

tante bien conservado; especialmente la parte central, llamada la *Torre blanca* (*White tower*). Todo el edificio es jeneralmente de piedra, toscamente labrada, pero perfectamente asentada, y los muros hechos con suma regularidad. Algunos de esos muros, especialmente los de una sala que sirvió de prision, y de que adelante hablaré, tienen 14 piés de espesor. Se conservan aun algunas de las enormes puertas primitivas, barreadas y tachonadas de hierro. La que mas antigüedad representa, y que ofrece algun interés, es la que cerraba un arco que está á la izquierda de la entrada frente á la puerta que llamaban de los traidores (*Traitors gates*). Cuesta mover sobre sus ejes aquella venerable mole de madera, que va cediendo al insensible poder del tiempo....

Lo primero que visité fué la gran sala que llaman Armería de los Caballos (*Horse Armoury*), larga de 150 piés, sobre 31 de ancho.

Es un curioso depósito de armaduras y armas ofensivas y defensivas de todas las épocas y paises del mundo antiguo. Las armas de la civilizacion actual, que, por mas comunes y de todos conocidas, ningun interés particular ofrecen, están colôcadas formando doseles, esculturas y adornos que, á primera vista, producen la mas completa ilusion, y no se creerian formados de tales materiales. Un dosel de baquetas de fusil merece entre otros atencion.

El centro de esa sala está ocupado por 21 figuras de tamaño natural, á caballo, vestidas con todas las clases de armaduras, conocidas por los Caballeros desde el tiempo de Eduardo I (1272) hasta el de Jacobo II (1685). Es curiosísimo ver esas variadas defensas de hierro acero, que tantas veces se nos representan pintadas, esas espadas y lanzas de prodijiosas dimensiones, y observar las alteraciones que sucesivamente esperimentó la forma de las armaduras, desde el siglo XII hasta el XVII. Algunas de las que allí existen son las mismas que pertenecieron á los personajes cuyo nombre llevan.

Parece *hoy* increible que los guerreros de aquellos dias pudieran soportar el peso de su armadura. Me he puesto uno de esos cascos—no de los mas pesados —y apenas podia tener erguida la cabeza, al paso que poquísimo podia ver por entre las barras de la visera. La armadura de Enrique VII pesa algo mas de un quintal; y la espléndida y delicadamente labrada y dorada que fué regalada á Enrique VIII, cuando casó con Catalina de Aragon, pesa 157 libras. Es de lo mas rico, mas laborioso y de mayor interés que allí existe. Tambien es muy bella la armadura que la *Ciudad* de Lóndres regaló al desgraciado Cárlos I y que costó 1400 libras.

De ella pasamos á una sala en piso algo mas alto, antes de la cual, cerca de la escalera, se halla la mas bella y mas elaborada pieza de artillería que debe haber salido de fundicion alguna. Se tiene aquí por única en el mundo. La cureña de madera es forrada por los cuerpos de dos figuras de las Furias, perfectamente talladas, sobre cuyas cabezas reposa la culata del cañon. Los adornos y relieves, que cubren toda la pieza, son tan notables por el dibujo como por la ejecucion. Cerca del oido tiene este letrero: *Terreni fulmina Martis;* y en el plano circular verticular donde está la boca, dice: *Et usu et pompa*, lo que es una verdad porque la pieza es sólidamente construida, y tan útil como lujosa. Los Franceses la tomaron en Malta, junto con otra igual; pero la fragata que las llevaba fué tomada por un buque inglés, despues de un reñido combate, en que la otra pieza desapareció.

La sala cuyos muros dije antes que tiene 14 piés de espesor que se llama Armería de la reina Isabel, es un departamento tan rico en recuerdos como en objetos curiosos. Que aquella sala fué una prision por muchos habitada, no tiene duda, por las inscripciones que aun conservan sus muros, talladas en la piedra, protejidas hoy de revestimientos de madera, que se quitan para mostrarlas. Copié dos que están al lado de un gabi-

netito estrecho y oscurísimo que comunica con la sala.

Se conserva en esa sala los instrumentos de suplicio y de tormento, usados en aquella mansion de crímen y de sangre. El Tajo, sobre el cual tanta ilustre cabeza fué cortada, es un trozo de madera negra, de forma de un paralepípedo con los cortes en la parte alta, que representa la figura del márjen. Tiene dos piés de altura, algo ménos de largo, y como doce á trece pulgadas de ancho. Aunque de nada puedo acusarme ménos que de *traidor*, y á *nada* tengo mas horror que á la traicion, me hinqué y estendí mi cuello sobre aquel madero en la posicion en que le colocaban, para ser dividido por el hacha, los acusados de traicion, de los cuales muchos eran culpables como yo del delito porque murieron.

El hacha, con la cual se dice fué cortada la cabeza de la hermosa y fascinada Ana Bolena, es de la hechura que se ve al márjen; el cabo de madera comun, redondo, tiene dos piés de largo, y el hacha algo mas de 12 pulgadas, en la mayor lonjitud del hierro. Los aparatos de seguridad son varios; entre ellos unos para apretar los dedos pulgares y sujetar por ellos al hombre; es invencion digna de Rosas. Me lo hice colocar en uno de mis pulgares y comprendí lo que se puede hacer sufrir con ese pequeñísimo aparato á un desventurado. Es un simple cuadrito de hierro, no mas grande que la figura, unido á dos cadenillas; una barrita corrediza, y que se oprime mas ó menos con un tornillo, aprieta el dedo hasta romperle.

Encierra esa sala una copiosa coleccion de todas las clases de armas que se usaban antes de la invencion de la pólvora, y de todas las de fuego, que sucesivamente se fueron perfeccionando, antes de aplicar la piedra y el acero á las llaves de los fusiles. Lanzas, mazas, ballestas de muy diversas clases, javalinas, arcos, partesanas, etc. etc., llenan aquellas paredes. Entre las ballestas hay una, cuya caja es primorosa-

mente embutida de marfil y plata y cuyo arco de acero fortísimo es necesario montar por medio de un molinete anejo á la arma. Las dos figuras del márjen dan una idea de lanzas usadas en tiempo de Isabel.

Mucho me ha llamado la atencion el ver que las armas de fuego, de muchos tiros, que se han hecho pasar como invenciones ó mejoras, se usaron desde los primeros tiempos de la invencion de las armas de fuego. Allí he visto pistolas y arcabuces de dos, de cuatro, de cinco tiros, aun anteriores á la aplicacion de la piedra y el eslabon. Algo mas, he visto *cañones* de tres tiros, y un obus de nueve tiros. Pero estos últimos no son antiguos.

Saliendo de ella, recorrimos un costado, aun no examinado por mí, de la primera, donde ví un cruzado de principios del siglo XII (1135) con su completa armadura de malla de hierro, algunas armaduras de los sarracenos, incompletas, sumamente curiosas; muchas corazas tomadas á los Franceses en Waterloo, y otros muchos objetos que contiene el catálogo. Ví, en seguida, el patio cuadrado, llamado *green* en los siglos XV y XVI, donde se ejecutaban las sentencias de muerte; estuve parado en el lugar en que fueron decapitadas Ana Bolena y Juana Grey con tantos otros; y horror y enojo involuntario me acometieron al contemplar, desde aquel punto, la ventana tras de la cual se ocultaba el brutal Enrique VIII, á mirar la ejecucion de sus víctimas. Saliendo de la Torre Blanca hácia la puerta de los traidores, hay un cuarto alto, pequeño, de solidísimos muros, con dos ventanitas barreadas, que es la prision donde los tiernos hijos de Eduardo IV fueron asesinados por su tio, que usurpando el trono se llamó Ricardo III.

En un cuarto separado se conservan todas las insignias y vasos reales de la Inglaterra; coronas que han servido á varios reyes: la que llevó Ana Bolena; el cetro de la misma; uno que usó Eduardo el Confesor, que pesa 9 libras de oro puro; la corona hecha

para la actual reina de Inglaterra; es la mas leve que se ha hecho, y solo pesa una y tres cuartas libra; de las que, una libra y diez onzas son peso de piedras y oro. Se estima en un millon esterlino. Hay de muy notable un diamante azulado, que por su color le llaman diamante de mar (*sea diamond*) del tamaño de un huevo de gallina regular; pesa 136 quilates: su valor, por supuesto, es mas imajinario que real.—*Dr. D. Florencio Varela.*

El carnaval en Roma.

58.—El dia de mi llegada á Roma, la campana del Capitolio empezó á tañer á golpes redoblados, pasado medio dia, y el murmullo jeneral respondió de todos los ángulos de la inmensa ciudad á esta señal impacientemente esperada, como la voz del ángel del placer que llama á los muertos á una vida febril. Era la apertura del carnaval. ¡Oh! Entónces se oye palpitar el corazon de la ciudad que hasta poco dormitaba; mil carruajes embarazan con su movimiento el tránsito de las calles, gritos confusos de alegría hienden el aire, y *¡ecco fiori! ¡eco confetti! ¡ecco siguri!* tales son las letanías que en coro universal cantan en todos los tonos.

La muchedumbre afanada y radiante marcha en una sola direccion, y siguiendo sus oleadas matizadas fuertemente, como un cuadro del Correggio, el curioso desemboca á la calle del Corso, la mas ancha, la mas rica en palacios, y que desde la Plaza del Pópolo, digna de la antigua Roma por sus estatuas, templos, obeliscos y fuentes, se dirije en línea recta cerca de la columna Trajana y la base del Capitolio, siguiendo por espacio de media legua la antigua via Flaminia. Todas las puertas, almacenes, balcones, y ventanas,

hasta los quintos pisos, están ya decorados de tapices y colgaduras, carmesíes, amarillas y de colores entremezclados, pareciendo cobrar vida y ajitarse las murallas así engalanadas, con la animacion de las cien mil personas que ocupan aquellos palcos improvisados. Un espeso friso de seres humanos llena las veredas de ambos lados, y dos líneas de carruajes van y vienen sin interrumpirse, de un estemo al otro de aquel inmenso circo, mientras que en el espacio restante de la calle, entre los intervalos de uno y otro vehículo, no diré se mueve, hierve en torbellinos la alegre masa popular, condensándose ó rarificándose, segun que encuentra mas ó menos espacio.

En la plaza del Pópolo, al pié de la columna Antonina y á lo largo del Corso, estacionan, de distancia en distancia, músicas militares aguzando con su arjentino estrépito la rabia de placer que de todos se ha apoderado; y si algunos destacamentos de tropas se muestran aquí y allí, mas que de poner órden en aquel animado desórden, sirven para añadir nuevo brillo con sus penachos, yelmos y corazas, al golpe de vista sorprendente que ofrece el espectáculo; porque en el Corso, y durante el carnaval, desaparecen todas las pequeñeces prosáicas de la vida ordinaria, inclusos los andrajos populares, y la distincion de clases y jerarquías. Todos los tiempos históricos, todos los pueblos de la tierra, aun los caprichos de la imajinacion, tienen sus representantes en el carnaval, como si esta fiesta hubiese sido instituida para reunir por los trajes, todas las naciones que, en diversos siglos, la señora del mundo dominó.

El juego comienza, y un combate jeneral se traba en una arena de una legua, de balcones á carruajes, de estos á balcones y veredas, y en jeneral, de individuo á individuo, desde el quinto piso hasta la superficie de la tierra. Oscurecen el aire los ramilletes de flores que se cruzan en todas direcciones, y forman nublados blancos los puñados de confites que van á escarmentar

alguna máscara descuidada; porque todo este frenesí popular se desahoga lanzando flores y confites, y nunca es mas dichoso el Romano que cuando ha logrado que el ramillete emisario sea recibido en propia mano por la persona á quien iba dirijido. Este espectáculo es único en el mundo, y el pueblo romano se alza á la altura de la noble tradicion de Grecia y Roma por la cultura, decencia y urbanidad que muestra en los dias del carnaval. En medio de aquella batahola en que se hallan confundidos y hacinados los nueve décimos de los habitantes, gran parte de los alrededores, y los millares de estranjeros que de toda la Europa acuden, jamás ocurre un tumulto, nunca se oye una espresion descompuesta, y si algunos se esceden, son los estraños, menos conocedores que los Romanos de ciertas reglas tácitas y tradicionales que contienen los arranques de pasion en límites decorosos. Distínguense entre aquellos sobre todos los Ingleses, los cuales juegan al carnaval como hacen el comercio, es decir en grande y por asociaciones, con un capital de dos mil ramilletes, cuatro quintales de confites de yeso y dos arrobas de verdaderos confites de azúcar, haciendo imposible toda concurrencia y arruinando á sus adversarios, á quienes sepultan bajo erupciones de flores y yeso. Con esta sola escepcion, el carnaval de Roma es el único placer que aquí abajo no venga mezclado de sinsabores, rico y pródigo de emociones igualmente para el príncipe y para el plebeyo, confundidos bajo el disfraz.

Dos cañonazos del castillo de San Anjelo, repetidos desde el Capitolio, dan la señal de desembarazar el Corso de los millares de carruajes que lo cubren; y para la turba que prolonga el eco por medio de descargas cerradas de aclamaciones, nuevo incentivo para activar el combate hasta haber apurado el último ramillete. Una vistosa cabalgata de granaderos recorre en seguida todo el Corso, abriendo en el centro un espacio, que no bien pasa, se cierra de nuevo, como si la masa

humana que cubre el pavimiento tuviese la propiedad de los líquidos. A nuevos cañonazos responden nuevas aclamaciones, y el grito que viene, repitiéndose y avanzando como un avalanche: *¡eccogli! ¡eccogli!* precede y anuncia la procsimidad de los treinta caballos, que, partiendo de la plaza del Pópolo, y aguijoneados de espuelillas que les azotan los hijares, banderolas de oropel y los clamores de la multitud, se disputan sin jinetes la gloria del vencimiento.

Algunos minutos despues, el Corso está punto menos que desierto; la algazara popular ha ido estinguiéndose poco á poco; aquellos semblantes animados con la embriaguez del contento, recobrada su seriedad habitual, y los grupos de arlequines, griegos, pierrots y polichinelas colúmbranse marchando silenciosamente por las oscuras calles de atravieso, como si las sombras evocadas por Roberto el Diablo, para entregarse á una orjía infernal, hubiesen sido sorprendidas por los demonios y llevadas de nuevo al reposo eterno de la tumba, de donde no hubieron de haberse escapado. Esta escena se renueva durante quince dias, desde las doce á las cinco de la tarde, con la misma animacion y con mayor delirio, si cabe, cada nuevo dia; y si la imajinacion pudiera concebir un espectáculo mas animado que el del Corso, se quedaria muy atrás de la realidad al quererse dar idea del último dia de carnaval. Los senadores romanos precedidos de alabarderos, heraldos, trompetas, y timbales, atraviesan lentamente el Corso en carrozas doradas y seguidos de tropas numerosas, como para anunciar con su oficial presencia, que la vida festiva va á tener término y volver el duro remar de la ecsistencia ordinaria. Concluida la carrera de los caballos, y á medida que la oscuridad de la noche aumenta, empiezan á aparecer lucecillas llamadas *mocco*, *moccheti*, *moccoletti*, las ventanas y balcones se iluminan, comunícase el incendio á veredas y carruajes, y á la masa inmensa de seres humanos, que bulle por todas partes. Tantas almas hay reunidas,

y estas pasan de trescientas mil, tantas luces arden: ajitándose en círculos ó en espirales, subiendo y bajando como fuegos fátuos que vagan á merced del viento. El Corso presenta entónces un espectáculo único, fantástico, inconcebible como las alucinaciones del espíritu durante el delirio de la fiebre. Los gritos *Senza moccoletti*, repetidos sin descanso por tantas voces, forman un rumor estraño en el aire, que llenaria de pavor al que cerrase los ojos para no ver mientras oye, y el estampido de un cañonazo pasaria plaza de bostezo al incorporarse en este sonido de una legua de largo, que toma la masa de aire á cada pié de distancia para imprimirle una nueva vibracion. Y ¡qué decir del placer que centellea en todo semblante! ¡que de los millares de pañuelos que, cual lechuzas nocturnas, revolotean en torno de las luces para estinguirlas! ¡qué de la perspectiva de la calle entera vista desde algun balcon, cuando las luces lejanas y las próximas caen bajo el mismo punto visual, formando lagos de fuego en el fondo oscuro del espacio! vénse estas candelillas, sin las manos que las sostienen, agrupándose en un punto, como atraidas por algun encanto invisible, despertándose como despavoridas, saltando, bailando, entrechocándose y desapareciendo.....!!—*D. F. Sarmiento.*

La Rioja.

59.—La Rioja actual es una provincia arjentina que está al Norte de San Juan, del cual la separan varias travesías, aunque interrumpidas por valles poblados. De los Andes se desprenden ramificaciones que cortan la parte occidental en líneas paralelas, en cuyos valles están los Pueblos y Chilecito, así llamado por los mineros chilenos que acudieron á la fama de las ricas

minas de Famatina. Mas hácia el Oriente se estiende una llanura arenisca, desierta y agostada por los ardores del sol, en cuya estremidad Norte, y á las inmediaciones de una montaña cubierta hasta su cima de lozana y alta vejetacion, yace el esqueleto de la Rioja, ciudad solitaria, sin arrabales, y marchita como Jerusalen al pié del Monte de los Olivos. Al Sud y á la larga distancia, limitan esta llanura arenisca los Colorados, montes de greda petrificada, cuyos cortes regulares asumen las formas mas pintorescas y fantásticas: á veces es una muralla lisa con bastiones avanzados; á veces créese ver torreones y castillos almenados en ruinas. Ultimamente, al Sudeste y rodeados de estensas travesías, están los Llanos, país quebrado y montañoso, á despecho de su nombre, oásis de vejetacion pastosa, que alimentó en otro tiempo millares de rebaños.

El aspecto del país es por lo jeneral desolado, el clima abrasador, la tierra seca y sin aguas corrientes. El campesino hace *represa* para recojer el agua de las lluvias y dar de beber á sus ganados. He tenido siempre la preocupacion de que el aspecto de la Palestina es parecido al de la Rioja, hasta en el color rojizo ú ocre de la tierra, la sequedad de algunas partes, y sus cisternas; hasta en sus naranjos, vides é higueras de esquisitos y abultados frutos, que se crian donde corre algun cenagoso y limitado Jordan. Hay una estraña combinacion de montañas y llanuras, de fertilidad y aridez, de montes adustos y erizados, y colinas verdinegras tapizadas de vejetacion tan colosal como los cedros del Líbano. Lo que mas me trae á la imajinacion estas reminiscencias orientales, es el aspecto verdaderamente patriarcal de los campesinos de la Rioja. Hoy, gracias á los caprichos de la moda, no causa novedad el ver hombres con la barba entera, á la manera inmemorial de los pueblos del oriente; pero aun no dejaria de sorprender por eso la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado siempre

la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave y taimado; árabe, que cabalga en burros, y viste á veces de cuero de cabra, como el ermitaño de Engaddy. Lugares hay en que la poblacion se alimenta esclusivamente de miel silvestre y de algarroba, como de langostas San Juan en el desierto. El *llanista* es el único que ignora que es el ser mas desgraciado, mas miserable y mas bárbaro; y gracias á esto, vive contento y feliz cuando el hambre no le acosa.—*D. F. Sarmiento.*

El valle de Calingasta.

60.—En Calingasta se encuentran numerosos vestijios de las poblaciones indíjenas, y restos visibles de la conquista. Por allí estaban las célebres *Labranzas de Soria*, minas de plata cuyos derroteros se encontraron en el Cuzco, en poder de los indios, y que mas tarde en su busca trajeron el descubrimiento de las minas del Tontal y Castaño, como la alquimia tras la piedra filosofal, reveló los principios de la química. En Calingasta la tradicion oral da al Capitan Soria una epopeya que termina en la muerte, mandado ajusticiar por los reyes de España, por haberse rebelado con las indiadas. Quizá este es sólo el eco lejano del fin trájico de Francisco Pizarro, ajusticiado por Gasca, y cuyo rumor se estendió por toda la América. En apoyo del hecho muéstranse varios lugares donde en escavaciones naturales á lo largo de la falda de ciertos cerros, están hacinados por millares, esqueletos de indios, muertos se dice de hambre, por no someterse á los conquistadores españoles. Un ecsámen intelijente de estos curiosos restos, muestra sin embargo que son cementerios de antiguas y numerosas poblaciones

indíjenas que poblaron el fértil valle de Calingasta, y que han desaparecido con la conquista. Mas al norte y en direccion hácia el punto de donde vino el pueblo de las terminaciones en *gasta*, se encuentra una montaña de sal jema con cavernas prolongadas á estensiones aun no reconocidas en su interior. Estas cavernas son un vasto osario de momias de indios, que conservan el cabello en trenzas, y las carnes acartonadas, preservadas acaso por las emanaciones salinas del lugar, ó por algun procedimiento de embalsamar.

Mas significativos restos se conservan en el valle mismo de Calingasta, cerca de las actuales poblaciones cristianas. En las estremidades de los espolones de un conglomerato antiguo de guijarros unidos por un cimento, en que el rio se ha escavado su actual lecho, vense unas depresiones circulares de oríjen artificial, hasta quince en un solo lugar. Estas depresiones corresponden á la entrada de otros tantos criptos ó tumbas escavadas dentro del conglomerato, en bóvedas, llenas, hasta la altura de la entrada, de esqueletos de indios. En los que se han sacado, todos con cabello rojizo, por la accion del tiempo, se encontraron algunos objetos de arte indíjena, tales como agujetas de oro con un guanaco figurado, y algunos de cobre. Un esqueleto de niño en una canastilla de esparto de las Lagunas, preciosa industria que se conserva aun en Guanacache, y en Valdivia de Chile. Una espada toledana con empuñadura de plata, encontróse en otro punto, y es variado el surtido de vasijas de barro que abundan por todas partes.

A lo largo del rio por leguas vénse de ambos lados, en el terreno alto, dos bandas ó listas blancas que señalan los vestijios de antiguos canales de irrigacion, que sirvieron al cultivo del maiz, pues las piedras llamadas *conanas*, en que lo molian, y agujereadas por el uso, abundan por todas partes. La vega es igualmente fertilísima y produce hoy el preferido trigo de Calingasta. Aquellas indicaciones de canales, sirvie-

ron al Gobernador de San Juan en 1863 para fijar el lugar donde habian de erijirse las fundiciones de Hilario, que empiezan á dar nueva vida y riqueza mayor que las Labranzas de Soria á aquellos lugares despoblados por la conquista.

Hácia el centro del valle está la Tambería, que los habitantes muestran como poblacion indíjena, y el nombre haria creerla colonia Peruana; pero inspeccionándola de cerca vése que es *Reduccion*, segun el plan de los jesuitas, y la esplicacion no solo de la desaparicion de los indios, sino de hechos iguales en la Rioja, y que van á entrar luego en la historia del movimiento indíjena campesino suscitado por el Chacho.

La Tambería de Calingasta compónela una serie de ruinas, siguiéndose unas á otras para construir una plaza en cuadro, visiblemente, como medio de defensa. En la parte mas alta del terreno hay un edificio de piedras toscas, *pirca* de diez varas de ancho y veinte de largo. Esta ha sido la Iglesia, aunque no se descubra como ha sido techada, no habiendo á los alrededores maderas naturales. El tamaño del edificio indica que la reduccion no pasó de cuatrocientas almas.—*D. F. Sarmiento.*

Las ciudades arjentinas.

61.—Las ciudades arjentinas tienen la fisonomía regular de casi todas las ciudades americanas: sus calles cortadas en ángulos rectos, su poblacion diseminada en una ancha superficie, si se esceptúa á Córdoba, que edificada en corto y limitado recinto, tiene todas las apariencias de una ciudad europea, á que dan mayor realce la multitud de torres y cúpulas de sus numerosos y magníficos templos. La ciudad es el centro de la civilizacion arjentina, española, europea; allí están

los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colejios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, á los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tienen allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeracion trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras ecsiste algunas veces ella sola sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda á mas ó menos distancia, las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce á unos estrechos oásis de civilizacion enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas, apénas interrumpido por una que otra villa de consideracion. Buenos-Aires y Córdoba son las que mayor número de villas han podido echar sobre la campaña, como otros tantos focos de civilizacion y de intereses municipales: ya esto es un hecho notable. El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instruccion, alguna organizacion municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto: el hombre del campo lleva otro traje que llamaré americano por ser comun á todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas: parecen dos sociedades distintas, dos pueblos estraños uno de otro. Aun hay mas; el hombre de la campaña, léjos de aspirar á semejarse al de la ciudad, rechaza con desden su lujo y sus modales corteses; y el vestido del ciudadano, el frac, la silla, la capa, ningun signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado allí, proscrito afuera; y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo, y montado en silla inglesa atraeria sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos.—*D. F. Sarmiento.*

Educacion y vida del hombre del campo arjentino.

62.—A falta de todos los medios de civilizacion y de progreso, que no pueden desenvolverse sino á condicion de que los hombres estén reunidos en sociedades numerosas, ved la educacion del hombre del campo. Las mujeres guardan la casa, preparan la comida, trasquilan las ovejas, ordeñan las vacas, fabrican los quesos, y tejen las groseras telas de que se visten; todas las ocupaciones domésticas, todas las industrias caseras las ejerce la mujer: sobre ella pesa casi todo el trabajo; y gracias si algunos hombres se dedican á cultivar un poco de maiz para el alimento de la familia, pues el pan es inusitado como mantencion ordinaria. Los niños ejercitan sus fuerzas y se adiestran por placer en el manejo del lazo y de las bolas, con que molestan y persiguen sin descanso á los terneros y cabras: cuando son jinetes, y esto sucede luego de aprender á caminar, sirven á caballo en algunos quehaceres: mas tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos cayendo y levantando, rodando á designio en las viscacheras, salvando precipicios, y adiestrándose en el manejo del caballo: cuando la pubertad asoma, se consagran á domar potros salvajes, y la muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas ó el coraje. Con la juventud primera viene la completa independencia y la desocupacion.

Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, pues que su educacion está ya terminada. Es preciso ver á estos españoles por el idioma únicamente y por las confusas nociones relijiosas que conservan, para saber apreciar los caractéres indómitos y altivos que nacen de esta lucha del hombre aislado con la naturaleza salvaje, del racional con el bruto: es preciso ver estas caras cerradas de barbas, estos semblantes gra-

ves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desden que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leido muchos libros, pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte, que no sabrá proveerse de caballo á campo abierto, á pié y sin el auxilio de nadie, que nunca ha parado un tigre, y recibídolo con el puñal en una mano y el poncho envuelto en la otra para meterle en la boca, miéntras le traspasa el corazon y lo deja tendido á sus piés. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior á la naturaleza, desafiarla y vencerla, desenvuelve prodijiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad. Los arjentinos, de cualquier clase que sean, civilizados ó ignorantes, tienen una alta conciencia de su valer como nacion; todos los demas pueblos americanos les echan en cara esta vanidad, y se muestran ofendidos de su presuncion y arrogancia. Creo que el cargo no es del todo infundado, y no me pesa de ello. ¡Ay del pueblo que no tiene fé en sí mismo! Para ese no se han hecho las grandes cosas! ¿Cuánto no habrá podido contribuir á la independencia de una parte de la América la arrogancia de estos gauchos arjentinos que nada han visto bajo el sol, mejor que ellos, ni el hombre sabio, ni el poderoso? El europeo es para ellos el último de todos, porque no resiste á un par de corcobos del caballo. * Si el orijen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso ménos nobles las consecuencias; como no es ménos pura el agua de un rio porque nazca de vertientes cenagosas é infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, é invencible su disgusto por sus vestidos, usos y ma-

* El Jeneral Mancilla decia en la Sala durante el bloqueo frances: "¿Y qué nos han de hacer esos europeos, que no saben galoparse una noche?" Y la inmensa barra plebeya ahogó la voz del orador con el estrépito de sus aplausos.

neras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos; y es fácil imajinarse lo que hábitos de este jénero pueden dar en valor y sufrimiento para la guerra. Añádase que desde la infancia están habituados á matar reses, y que este acto de crueldad necesaria los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazon contra los jemidos de las víctimas.

La vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la intelijencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérjico. Sin ninguna instruccion, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni estendió mas alto sus deseos. De manera que si esta disolucion de la sociedad radica hondamente la barbarie por la imposibilidad y la inutilidad de la educacion moral ó intelectual, no deja, por otra parte, de tener sus atractivos. El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario, la casa del patron ó pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado ecsije se reducen á correrías y partidas de placer; la hierra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo: allí es el punto de reunion de todos los hombres de veinte leguas á la redonda, allí la ostentacion de la increible destreza en el lazo. El gaucho llega á la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero*, que detiene á distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo le anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad del rayo á cuarenta pasos de distancia: lo ha cojido de una uña, que era lo que se proponia, y vuelve tranquilo á enrollar su *cuerda*.—*D. F. Sarmiento.*

Córdoba antigua.

63.—Córdoba era, no diré la ciudad mas coqueta de la América, porque se ofenderia de ello su gravedad española, pero sí una de las ciudades mas bonitas del continente. Sita en una hondonada que forma un terreno elevado llamado *Los Altos*, se ha visto forzada á replegarse sobre sí misma, á estrechar y reunir sus regulares edificios El cielo es purísimo, el invierno seco y tónico, el verano ardiente y tormentoso. Hácia el oriente tiene un bellísimo paseo de formas caprichosas, de un golpe de vista májico. Consiste en un estanque de agua encuadrado en una vereda espaciosa, que sombrean sauces añosos y colosales. Cada costado es de una cuadra de largo, encerrada bajo una reja de fierro forjado con enormes puertas en los centros de los cuatro costados, de manera que el paséo es una prision encantada en que se da vueltas siempre en torno de un vistoso cenador de arquitectura griega. En la plaza principal está la magnífica catedral de órden gótico con su enorme cúpula recortada en arabescos, único modelo que yo sepa que haya en la América del Sud de la arquitectura de la edad media. A una cuadra está el templo y convento de la Compañía de Jesus, en cuyo presbiterio hay una trampa que da entrada á subterraneos que se estienden por debajo de la ciudad, y van á parar no se sabe todavía á donde; tambien se han encontrado los calabozos en que la Sociedad sepultaba vivos á sus reos. Si quereis, pues, conocer monumentos de la edad media, y ecsaminar el poder y las formas de aquella célebre órden, id á Córdoba, donde estuvo uno de sus grandes establecimientos centrales de América.

En cada cuadra de la sucinta ciudad hay un soberbio convento, un monasterio, ó una casa de beatas ó de ejercicios. Cada familia tenia entónces un clérigo, un fraile, una monja, ó un corista; los pobres se con-

tentaban con poder contar entre los suyos un belemita, un motilon, un sacristan ó un monacillo.

Cada convento ó monasterio tenia una ranchería contigua, en que estaban reproduciéndose ochocientos esclavos de la órden, negros, zambos, mulatos y mulatillas.

Andando un poco en la visita que hacemos, se encuentra la célebre Universidad de Córdoba, fundada nada menos que el año de 1613, y en cuyos claustros sombríos han pasado su juventud ocho jeneraciones de doctores en ambos derechos, ergotistas insignes, comentadores y casuistas. Oigamos al célebre Dean Fúnes describir la enseñanza y espíritu de esta famosa Universidad, que ha provisto durante dos siglos de teólogos y doctores á una gran parte de la América.

"El curso teolójico duraba cinco años y medio. La teolojía participaba de la corrupcion de los estudios filosóficos. Aplicada la filosofía de Aristóteles á la teolojía, formaba una mezcla de profano y espiritual. Razonamientos puramente humanos, sutilezas y sofismas engañosos; cuestiones frívolas é impertinentes: esto fué lo que vino á formar el gusto dominante de estas escuelas." Si quereis penetrar un poco mas el espíritu de libertad que daria esta instruccion, oid al Dean Fúnes todavía: "Esta Universidad nació y se creó esclusivamente en manos de los jesuitas, quienes la establecieron en su colejio llamado Máximo, de la ciudad de Córdoba." Muy distinguidos abogados han salido de allí, pero literatos ninguno que no haya ido á rehacer su educacion en Buenos Aires y con los libros modernos.

Esta ciudad docta no ha tenido, hasta hoy, teatro público, no tiene aun diarios, y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espíritu de Córdoba hasta 1820 es monacal y escolástico: la conversacion de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre ecsámenes universitarios, profesion de monjas, recepcion de las borlas de doctor.

Hasta donde puede esto influir en el espíritu de un pueblo ocupado de estas ideas durante dos siglos, no puede decirse; pero algo ha debido influir, porque ya lo veis, el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está á cuatro cuadras de la plaza y sale por las tardes á pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, y en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario: la ciudad es un claustro encerrado entre barrancas, el paseo es un claustro con verjas de fierro, cada manzana tiene un claustro de monjas ó frailes; los colejios son claustros, la lejislacion que se enseña, la teolojía, toda la ciencia escolástica de la edad media, es un claustro en que se encierra y parapeta la intelijencia contra todo lo que salga del testo y del comentario. Córdoba no sabe que ecsiste en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oido, en verdad, decir que Buenos Aires está por ahí, pero si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: "¿Tiene Universidad? pero será de ayer: veamos, ¿cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como este? Entonces eso no es nada."

¿Por qué autor estudian ustedes lejislacion allá? preguntaba el grave doctor Jijena á un jóven de Buenos Aires.—Por Bentham.—¿Por quién dice Vd.? ¿Por Benthancito? señalando con el dedo el tamaño del volúmen en dozavo en que anda la edicion de Bentham.

....¡Por Benthancito! En un escrito mio hay más doctrina que en esos mamotretos. ¡Qué Universidad y qué doctorzuelos!—¿Y ustedes por quién enseñan? —¡Hoy! ¿y el cardenal de Luca? ¿qué dice Vd? Diez y siete volúmenes en folio!....

Es verdad que el viajero que se acerca á Córdoba, busca y no encuentra en el horizonte la ciudad santa,

la ciudad mística, la ciudad con capelo y borlas de doctor; al fin, el arriero le dice: "Vea ahí... abajo... entre los pastos... Y en efecto, fijando la vista en el suelo y á corta distancia, vense asomar, una, dos, tres, diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la *media edad*.

Por lo demás, el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participaba del espíttitu de las clases altas; el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería, y os enderezaba un testo latino al tomaros gravemente la medida; el *ergo* andaba por las cocinas, y en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones. Añádase que durante toda la revolucion, Córdoba ha sido el asilo de los Españoles, en todas las demás partes maltratados. ¿Qué mella haria la revolucion de 1810 en un pueblo educado por los jesuitas, y enclaustrado por la naturaleza, la educacion y el arte? ¿Qué asidero encontrarian las ideas revolucionarias, hijas de Rousseau, Mably y Voltaire, si por fortuna atravesaban la Pampa para descender á la catacumba española, en aquellas cabezas disciplinadas por el peripato, para hacer frente á toda idea nueva; en aquellas intelijencias que, como su paseo, tenian una idea inmóvil en el centro, rodeadas de un lago de aguas muertas, que estorbaba penetrar hasta ellas?

Hácia los años de 1816 el ilustrado y liberal Dean Fúnes logró introducir en aquella antigua universidad los estudios hasta entonces tan despreciados: matemáticas, idiomas vivos, derecho público, física, dibujo y música. La juventud cordobesa empezó desde entonces á encaminar sus ideas por nuevas vias, y no tardó mucho en dejarse sentir sus efectos.—*D. F. Sarmiento*

Tucuman.

64.—Es Tucuman un país tropical en donde la naturaleza ha hecho ostentacion de sus mas pomposas galas; es el Eden de América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imajinaos los Andes cubiertos de un manto verdinegro de vejetacion colosal, dejando escapar por debajo de la orla de este vestido, doce rios que corren á distancias iguales en direccion paralela, hasta que empiezan á inclinarse todos hácia un rumbo, y forman reunidos un canal navegable que se aventura en el corazon de la América. El pais comprendido entre los afluentes y el canal tiene á lo mas cincuenta leguas. Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos, pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia.

El nogal entreteje su anchuroso ramaje con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer á su lado el clásico laurel, que á su vez resguarda bajo su follaje el mirto consagrado á Venus; dejando todavía espacio para que alcen sus varas el nardo balsámico y la azucena de los campos.

El odorífero cedro se ha apoderado por ahí de una ceneta de terreno que interrumpe el bosque; y el rosal cierra el paso en otras con sus tupidos y espinosos mimbres.

Los troncos añosos sirven de terreno á diversas especies de musgos floreçientes, y las lianas y moreras festonan, enredan y confunden todas estas diversas jeneraciones de plantas.

Sobre toda esta vejetacion que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riqueza de colorido, revolotean enjambres de mariposas doradas, de esmaltados picaflores, millones de loros color de esmeralda, urracas azules, y tucanes naranjados. El estrépito de estas aves vocingleras os aturde todo el dia, cual si fuera el ruido de una canora catarata.

El Mayor Andrews, un viajero inglés que ha dedicado muchas pájinas á la descripcion de tantas maravillas, cuenta que salia por las mañanas á estasiarse en la contemplacion de aquella soberbia y brillante vejetacion; que penetraba en los bosques aromáticos, y delirando, arrebatado por la enajenacion que lo dominaba, se internaba en donde veia que habia oscuridad, espesura, hasta que al fin regresaba á su casa donde le hacian notar que se habia desgarrado los vestidos, rasguñado y herido la cara, de lo que venia á veces destilando sangre sin que él lo hubiese sentido. La ciudad está cercada por un bosque de muchas leguas formado esclusivamente de naranjos dulces, acopados á determinada altura, de manera de formar una bóveda sin límites, sostenida por un millon de columnas lisas y torneadas. Los rayos de aquel sol tórrido no han podido mirar nunca las escenas que tienen lugar sobre la alfombra de verdura que cubre la tierra bajo aquel toldo inmenso. ¡Y qué escenas! Los domingos van las beldades tucumanas á pasar el dia en aquellas galerías sin límites; cada familia escoje un lugar aparente; apártanse las naranjas que embarazan el paso, si es el otoño, ó bien sobre la gruesa alfombra de azahares que tapiza el suelo, se balancean las parejas del baile, y con los perfumes de sus flores se dilatan debilitándose á lo lejos los sonidos melodiosos de los tristes cantares que acompaña la guitarra. ¿Creis por ventura que esta descripcion es plajiada de las mil y una noches, ú otros cuentos de Hadas á la oriental? Dáos prisa mas bien á imajinaros lo que no digo de la voluptuosidad y belleza de las mujeres que nacen bajo un cielo de fuego, y que desfallecidas van á la siesta á reclinarse muellemente bajo la sombra de los mirtos y laureles, á dormirse embriagadas por las esencias que ahogan al que no está habituado á aquella atmósfera.—*D. F. Sarmiento.*

El Yaravi.

65.—Una noche del mes de Diciembre, en la bella provincia de Tucuman, despues del calor del dia que habia sido escesivo, y á la triste claridad de la luna, nos fuimos á buscar el aire libre al pié del pirámide de Belgrano. El aire era tibio aun; las torres blancas de la iglesia Matriz y del cabildo, la casa de Jesus (*), los árboles y el campo estaban suavemente iluminados. Una que otra luz rojiza anunciaba la vida de los labradores que descansaban de sus fatigas del dia.

El cielo azul estaba cubierto de nubes blancas, trasparentes, vaporosas, que, dibujando fantásticas figuras, se agrupaban y confundian ó se estendian, desvaneciéndose como lijerísimo vapor. La luna teñia estas nubes trasparentes de una luz pálida que parecia reflejar sobre nácar. Impulsadas blandamente por las brisas, se movian con lentitud, tan sin prisa, que hubiérase dicho se detenian con cariño sobre la ciudad que descansaba.

Entre los bosquecillos de los contornos, negruzcos en aquella hora, veíase de vez en cuando la luz fosforescente de la luciérnaga, que vagaba sobre la superficie de la tierra, y entre las ramas de los arbustos y de los matorrales: estas luces brillaban por intervalos; tan pronto aparecian allí como se apagaban allá; se mezclaban, se oscurecian, para volver á aparecer lucientes como brillantes.

La luna era clarísima, podia leerse á su luz suave. Esas noches tienen no sabemos qué de magnético, cuyo recuerdo las hace vivir siempre en la memoria.

Al alejarnos de las calles de la ciudad, tan silenciosas, tan solitarias, en las cuales se oía de cuando en cuando la dulce voz de una mujer que cantaba, ó los armoniosos sonidos de un piano, para sentarnos al

(*) Beaterio de este nombre.

pié de aquel monumento, no teniamos otro objeto sino aspirar el aire fresco y gozar del melancólico espectáculo del campo á la luz de la luna.

¡No puede decirse con precision las ideas que vienen á la mente, cuando, rodeado de un silencio profundo, absorta el alma en la contemplacion del cielo, de las nubes, de las estrellas, en medio de aquellas fosforescentes luces de las luciérnagas que poblaban matorrales y arbustos, respirando el aire tibio embalsamado por los azahares y jazmines, por las diamelas y las rosas, se oye el triste y melodioso sonido del arpa! ¡qué impresion tan inolvidable! aquel instrumento de sonidos apacibles y relijiosos, parecia sentir bajo las pulsaciones del *Yaravi*, las angustias dolorosas de quien le arrancaba aquellos tiernos y tristísimos sonidos. Poco despues, la voz acentuada de un hombre acompañó con su canto las notas que iban á perderse en la soledad, sin mas acompañamiento que las vagas y misteriosas armonías de la naturaleza intertropical durante la noche; este hombre cantaba con dulzura un *triste*, un *yaravi*.

.....¡cuánto afecto
Movió en su corazon aquella tierna
Melancólica trova! de otra vida,
Vida de amores y de encantos llena,
Era revelacion: adios postrero
De horas de dicha que pasaron bellas
Para mas no volver;—era presajio
De infortunio ó de gloria venidera.

¡Oh santa relijion de los recuerdos! Música dulce de tiernísimos encantos, cuantas reminiscencias evocasteis! Sin querer, balbuceamos los versos de Estevan Echeverria, que tan bien describian nuestras impresiones.

Oimos atentamente aquel sentimental y melancólico canto y su melodioso y sencillo acompañamiento. Bellini, el desgraciado amante de Maria, hubiera que-

rido oirlo en aquella hora de profundo silencio, y en medio de la salvaje solemnidad de aquel sitio. Atraidos por el canto y fascinados por un poder desconocido, nos fuimos acercando poco á poco hácia el cantor. ¡Era un ciego! quizá en su *yaravi* cantaba sus amores de los dias serenos en que podia contemplar aquella naturaleza espléndida, y quizá lloraba la viudez eterna de su bien amada y la lobreguez sin fin á que estaba condenado por la pérdida de vista!

¡Cuánto afecto habia en aquella tierna y melancólica trova!

Largo tiempo trascurrió sin darnos cuenta á nosotros mismos de la impresion que recibimos y de esas confusas y tristes reminiscencias que se agolpaban á nuestra memoria.

Todo parece mas estraordinario y sorprendente en una noche de luna, en medio de la soledad del campo: esta luz da á los objetos una vaguedad fantástica y misteriosa, y sin poder dominar las impresiones que se reciben, el pensamiento flota en un mundo de visiones estrañas, poblado de fantasmas, ora tristes ó alegres, segun los recuerdos evocados. ¡Los que no han contemplado el campo á la luz de la luna no han podido sentir el vacío que se esperimenta al triste recuerdo de ilusiones perdidas, de decepciones y desencantos sufridos! Es entonces que la tristeza asalta y que nos estremecemos, sin darnos cuenta, al escuchar las ramas de los árboles rozarse unas contra otras para quejarse tambien como si simpatizaran con nuestro dolor! ¡Cuántas reminiscencias nos vinieron á la mente, de los dorados ensueños de la primera edad!

En medio de aquel campo, y no distante, se elevaba una inmensa cruz de palo, descolorida y sombria, como el recuerdo que simbolizaba: allí fué el sitio de un combate de la guerra civil. ¡Cuántas madres perderian al hijo querido de sus entrañas! ¡Cuántos huérfanos habrian derramado lágrimas por la pérdida de su padre! La luna, en tanto, iluminaba con la misma serena claridad aquella cruz, de funesto recuer-

do, y la que se eleva en la casa de Jesus, á cuyo pié ora la mujer piadosa! ¡qué contrastes! Allí la cruz es el signo funerario de la muerte, allí es el símbolo de la oracion! Y con la misma indiferencia quizá pasamos junto á una ó distinguimos la otra.—*V. G. Quesada.*

La música y la danza en Santiago del Estero.

66.—El sol acababa de ponerse en Occidente hacia largo rato. La luz crepuscular iluminaba las vastas soledades de Santiago del Estero. Hácia el Oriente la luna se levantaba sobre un cielo despejado y azul.

Los peones y postillones aguijoneaban á los caballos jadeantes porque deseaban descansar de la larga y pesada fatiga de un viaje de veinte leguas, bajo un sol de fuego y en medio de una seca espantosa, azote del pobre agricultor.

El carruaje se detuvo al fin: acabamos de llegar á la posta. Inmediatamente fuimos rodeados por hombres, mujeres y niños, pacíficos moradores de aquel sitio. Una multitud de perros flacos los acompañaban, al parecer habituados á satisfacer su apetito con los despojos de los viajeros.

Aquellos habitantes hablaban *quichua* como un signo visible de haber sido conquistados por los Incas, cuyo idioma conservan á pesar de la posterior conquista de los españoles y de encontrarse por todas partes rodeados de pueblos que hablan nuestro idioma. Estábamos en la provincia de Santiago del Estero, pueblo singular por su carácter, por su idioma, por sus gustos y costumbres, que aparece en la República como una orijinalidad antigua digna de observacion y de estudio.

Desensillados los caballos, se colocó el carruaje en

lugar conveniente, los peones se apresuraron á calentar el agua y á darnos *mate*, mientras nosotros colocábamos nuestros asientos delante de los ranchos, al frente de los cuales se estendia un piso limpio y endurecido por el continuo caminar de los habitantes de la posta.

Algunos caballos estaban atados al palenque.

Las cabras habian sido recientemente encerradas en el corral, y oiamos claramente el balido de los cabritos y el ladrido de los perros. Sobre los árboles trepaban las gallinas para dormir.

Todo tomaba esa actitud tranquila, descansada y perezosa, precursora del reposo de la noche.

Las santiagueñas vestidas de blanco se ocupaban de los quehaceres de la casa; pero á poco empezaron á llegar las muchachas de los ranchos vecinos atraidas por el arribo de los pasajeros. Era una costumbre en aquella posta bailar para entretener á los viajeros, de modo que la llegada de un carruaje era aviso infalible de danza, que ponia en movimiento á los habitantes de los ranchos vecinos.

En medio de las santiagueñas y santiagueños, acababa de sentarse un gaucho que templaba con sus toscas manos un arpa melodiosa, cuyas armonías sencillas y melancólicas, arrancaba sin esfuerzo del rústico instrumento, pintado de color rojo. Despues de haber tocado largo rato, el santiagueño cantó lo que en estas provincias se llama *un triste*, canto profundamente sentimental, que aun cuando nosotros no entendíamos la letra, nos dejó impresionados por la manera sentida y la espresion tristísima del cantor. Nos encontrábamos alumbrados por una luna clarísima, rodeados de árboles en medio de aquellas soledades salvajes, entre un grupo de compatriotas, cuyo idioma sin embargo no entendíamos y nos recordaba las razas primitivas de la América, cuya destruccion ha sido cruel é inevitablemente consumada. Todo esto nos produjo una de esas impresiones misteriosas pero inolvidables.

El arpa es un rasgo característico de las poblaciones *quichuas* en la República; por eso es jeneral en Santiago del Estero, mientras es escepcional ó desconocida en las otras provincias.

La guitarra es el instrumento popular en el resto de la nacion, importacion de los conquistadores que se conservará como una propiedad de los habitantes de las campañas, porque la guitarra es una compañera cómoda de la vida vagabunda del gaucho.

Es con el arpa que los improvisadores santiagueños cantan los grandes acontecimientos de la vida popular y de sus héroes; acompañados con ella cantan al amor, á la libertad, á la patria. Santiago tiene tambien sus bardos que nunca espresan los sentimientos íntimos ni las grandes cosas sino en *quichua*, porque el español es el lenguaje oficial que arrebata el sabor especialísimo y grato del corazon de aquel pueblo escepcional y simpático. Los improvisadores adquieren celebridad y nunca les falta auditorio.

Hemos oido despues el arpa en Santiago en distintos parajes y á diversas horas, unas veces pulsada por la mujer del pueblo, por el gaucho improvisador ó por la sencilla y amable jóven de la capital de la provincia, y aunque siempre hemos escuchado con gusto sus armonías, no hemos olvidado nunca el cantor de la posta.

Todos los bailes de la campaña se hacen al compás del arpa, que es un elemento indispensable de las fiestas populares, y el tocador ocupa siempre un lugar preferente, puesto que es necesario.

La lengua quichua segun sus conocedores es armoniosa y se presta á la poesía, y esas canciones tienen bellezas dignas de estudio. Siempre escuchamos con placer á esos bardos de chiripá dominados casi siempre por la cadencia triste del canto y la suave melodía del instrumento.

Aquella noche empezó el baile á la luz de la luna; el arpa era la música de aquella danza alegre, y las mu-

chachas rozagantes, de blanquísimos dientes y de hermosas formas, reian y se divertian. El baile duró algunas horas; de vez en cuando habia recitados breves en quichua y volvia el baile en medio de las risas injenuas y francas de aquella buena jente. Los gauchos hacian cierto zapateo gracioso al compás de la música, y mientras duraba el recitado no sonaba el arpa ni se danzaba.

¡Era un espectáculo sumamente interesante aquel baile á la claridad de la luna, al son del arpa, oyendo la lengua de los Incas, aunque adulterada, en 1853! en una provincia arjentina, en medio de compatriotas cuyo idioma sin embargo no entendiamos.

Despues del baile, la velada se pasó á la luna. Allí, sobre el mismo suelo, nos tendieron nuestras camas. La serenidad de aquella noche, el cielo tan despejado y la atmósfera tan trasparente, me hizo no poder conciliar el sueño, embriagándonos en aquella naturaleza hermosa.—*V. G. Quesada.*

Las aguadoras Correntinas.

67.—Sentados á la orilla del Paraná sobre una de las muchas rocas descarnadas y negruzcas que han sido pulidas por las corrientes, teniamos á nuestra espalda uno de esos árboles de largas hojas y de recto tronco, conocidos bajo la denominacion de *palmeros*, y nos gozábamos en contemplar el sol que se ocultaba tiñendo el horizonte con colores rojizos, alumbrando las cimas de los árboles que señalan el Chaco en la ribera opuesta. Desde aquella roca y al pié de aquel árbol, empezamos á ver dirijirse hácia el rio las *aguadoras* con sus cántaros en la cabeza, alegres y cantando como las aves en los bosques. Así llegaron á la orilla

del rio, sobre cuya superficie los rayos del sol que se ocultaba, parecian barras de hierro candente. Esta escena nos recordó la manera sentida con que la Biblia nos cuenta como iban las hijas de los Hebreos á tomar el agua de las fuentes, y la imájen de aquellas Israelistas se presentaba á nuestra mente fascinada por la trasparencia de la atmósfera y la poesía de la tarde.

Cuando deteniamos la mirada sobre uno de esos grupos de aguadoras, vestidas de blanco, con sus brazos desnudos, su seno casi descubierto, sus piés limpios y descalzos, nos parecia un grupo pintado de mujeres ejipcias. Llevaban sobre sus cabezas el cántaro de barro colorado y movian graciosamente sus flexibles cuerpos para guardar el equilibrio. Sus miradas eran vivas y penetrantes como los ojos de la gacela en el desierto, y nos imajinábamos que la realidad que teniamos ante nosotros era la ilusion de una leyenda bíblica.

Todas reian y cantaban, jugaban y se regocijaban con la vista de los pescados que saltaban sobre la superficie de las aguas, reflejando sus lucientes cuerpecillos los prismas variados del íris. Gozábanse contemplando las blancas velas de las embarcaciones que descendian el Paraná, estendido todo su velámen como las colosales alas de un pájaro que se mece en las ondas, y gustaban oir la voz de los marineros que maniobraban. Cuando llenaron sus cántaros, colocaróneselos sobre la cabeza y regresaron alegres á sus hogares.

Estas aguadoras son las que proveen de agua á la ciudad, y muchas viven con el producido de su modesta ocupacion, otras son criadas de alguna familia, ó la pobre mujer del trabajador ó la hija del jornalero que van á tomar el agua en el rio donde la providencia la prodigó á raudales.—*V. G. Quesada.*

Las noches arjentinas.

68.—Todas las impresiones que hemos recibido en la noche tienen algo de misterioso que nos ha sorprendido siempre.

Cuando hemos contemplado la Pampa á la claridad de las estrellas y hemos asistido en torno del fuego á las ardorosas narraciones de los pastores de estas soledades sin límites, nos hemos sentido sorprendidos ante la solemnidad de aquellas escenas salvajes.

Cuando hemos cabalgado en la Sierra de Córdoba alumbrada por una clara luna, y hemos escuchado el ruido de las pisadas de nuestros caballos resonando lúgubremente en medio del silencio profundo de aquellos sitios sin jente, hemos buscado allá en el cielo al que en medio de la naturaleza revela su omnipotencia.

Cuando hemos visto los *salitrales* de Santiago del Estero reflejar la claridad de una noche de Marzo y en lontananza las negras sombras de los bosques de algarrobos, hemos sentido oprimirse nuestro corazon en presencia de tan triste soledad.

Cuando sentados al pié del Pirámide de la Ciudadela en Tucuman, hemos respirado el aire cargado de perfumes y visto ese mundo infinito de luciérnagas que vagan entre los matorrales y los arbustos, creiamos soñar en medio de una realidad que embotaba nuestros sentidos y sorprendia nuestra intelijencia.

Cuando hemos visto deslizarse sobre las aguas apacibles del Paraná las embarcaciones que lo surcan con sus blancas velas, iluminadas por la luna, y hemos escuchado la grita alegre de los marineros que cantan y que rien, buscábamos entre las islas ó en las costas las ciudades alegres que nuestra imajinacion forjaba.

Cuando hemos recorrido la campaña de Corrientes, y ora fuese que la luna alumbrase tristemente un bosque de palmeros, ó que sus rayos hiriesen las aguas sin ondas de sus lagunas, ó hiciese brillar como una

cinta de plata las aguas del Santa Lucía, encerrado entre verde musgo, ú ora iluminase el riacho de Goya y nos mostrase las amables jóvenes de esa ciudad naciente, en todas partes hemos sentido algo que no está en la tierra, algo que era preciso buscarlo en las alturas para satisfacer el vacío que nuestro corazon sentía en medio de la noche que nos revelaba la eternidad! —*V. G. Quesada.*

Guardia-Vieja.

69.—Hace veintiocho años (4 de febrero de 1845) que tuvo lugar la escena que voy á referir. Eran las cinco de la tarde del 4 de febrero de 1817, hora en que el sol, aun muy elevado en el cielo, echaba sus rayos de despedida en un oscuro y hondo valle que forman las ramificaciones de las cordilleras de los Andes. El rio de Aconcagua desciende por entre ellas de pedrisco en pedrisco, interrumpiendo con sus murmullos el silencio de aquellas soledades alpinas. La vanguardia de la division del Coronel Las-Héras, que descendia á Chile por el camino de Uspallata, caminaba silenciosa por un sendero quebrado y erizado de puntas. La Guardia-Vieja se divisaba en lo hondo del valle como un castillejo feudal, abandonado en la apariencia, pero ocultando un destacamento español que veia venir la columna de los insurjentes que se acercaba en silencio, y apercibida para el combate. Dos descargas de detrás de las trincheras iniciaron la jornada; una compañía de Cazadores del número 11 se acercaba tiroteando por la orilla del rio hasta doce pasos de la muralla, miéntras que otra desfilaba por las faldas escarpadas de un cerro para imposibilitar todo escape. Un momento despues, la tropa de línea tomaba los parapetos á la bayoneta, y la Guardia-

Vieja presentaba todos los horrores del asalto. Treinta sables se veian en la orla de este cuadro subir y bajar en el aire con la velocidad y el brillo del relámpago: entre estos treinta Granaderos á Caballo mandados por el Teniente José Aldao, y en lo mas enmarañado de la refriega, veíase una figura estraña, vestida de blanco, semejante á una fantasma, descargando sablazos en todas direcciones, con el encarnizamiento y la actividad de un guerrero implacable. Era el capellan segundo de la division, que arrastrado por el movimiento de las tropas, exaltado por el fuego del combate, habia obedecido al fatídico grito de ¡á la carga! precursor de matanza y esterminio, cuando heria los oidos de los vencedores de "San Lorenzo." Al regresar la vanguardia victoriosa al campamento fortificado que ocupaba el Coronel Las-Héras con el résto de su division, las chorreras de sangre que cubrian el escapulario del capellan revelaron á los ojos del jefe, que ménos se habia ocupado en auxiliar moribundos, que en aumentar el número de los muertos. "Padre, cada uno en su oficio: á su Paternidad el Breviario, á nosotros la espada." Este reproche hizo una súbita impresion en el irascible Capellan. Traia aun el cerquillo desmelenado y el rostro surcado por el sudor y el polvo; dió vuelta á su caballo en ademan de descontento, cabizbajo, los ojos encendidos de cólera y la boca contraida. Al desmontarse en el lugar de su alojamiento, dando un golpe con el sable que aun colgaba de su cintura, dijo como para sí mismo: "¡lo verémos!" y se recostó en las sinuosidades de una roca. Era este el anuncio de una resolucion irrevocable: los instintos naturales del individuo se habian revelado en el combate de la tarde, y manifestádose en la superficie con toda su verdad, á despecho del hábito de mansedumbre ó de una profesion errada: habia derramado sangre humana, y saboreado el placer que sienten en ello las organizaciones inclinadas irresistiblemente á la destruccion: la guerra lo llama-

ba, lo atraia, y queria desembarazarse del molesto saco que cubria su cuerpo, y en lugar de un cerquillo, símbolo de humillacion y de penitencia, queria cubrir sus sienes con los laureles del soldado: habia resuelto ser militar como José y Francisco, sus hermanos, y en vez del pacífico valor del sacerdote que encamina al cielo el alma del guerrero moribundo, encaminar á la muerte á los enemigos de su patria. Y el temor del escándalo no era parte á retraerlo de esta resolucion, pues muchos ejemplos análogos podia citar en su apoyo: el célebre injeniero Beltran, que iluminaba con antorchas bituminosas las hondonadas de la cordillera para facilitar en medio de la noche el pasaje de los torrentes, y que preparó despues en Santiago los cohetes á la *congréve* que debian lanzarse sobre los castillos del Callao, era tambien un fraile que habia colgado los hábitos á fin de hallarse mas espedito para servir á la patria: por todas partes en América, sobre todo en Méjico, se habian visto curas y monjes ponerse á la cabeza de los insurjentes, aprovechándose del prestijio que su carácter sacerdotal les daba sobre las masas: últimamente no era de devotos de lo que podia acusarse á los ejércitos revolucionarios de la época, que participaban del espíritu de reaccion que se apodera de los pueblos en las crísis sociales. Sus instintos naturales, por otra parte, habrian vencido al fin y al cabo una conciencia poco escrupulosa, aunque su resolucion careciese de ejemplos tan influyentes y de una aquiescencia tolerante.

El Coronel Las-Héras en su parte oficial del combate de la Guardia-Vieja, en cumplimiento de su deber, habia recomendado al fraile por haber rendido y hecho prisioneros dos oficiales; lo que segun la ordenanza militar, constituye un título para merecer ascensos; y á su pedido, el fraile, que en la Guardia-Vieja hacia su primer ensayo como aficionado, pudo ya presentarse en la batalla de Chacabuco bajo el honroso carácter y uniforme de Teniente, agregado á Granaderos á Ca-

ballo, y optar á los laureles que ciñen la frente del guerrero; y aunque nunca pudo librarse de la denominacion de *fraile* con que el ejército y el público le designó siempre, justificó desde sus primeros pasos en la escabrosa senda de la gloria, que no en vano ceñia una espada, y que habia la patria rescatado un hijo que ayudaria poderosamente á su salvacion. En todos los encuentros se mostró soldado intrépido, acuchillador terrible, enemigo implacable. La campaña de Chile, que concluyó con la completa espulsion de los españoles, fué para él un teatro glorioso en que ostentó su audacia característica y su sed de combates. Un hecho citaré que merece un lugar distinguido entre los muchos que ocurrian en aquella época de hazañas estupendas. En la persecucion que siguió á la batalla de Maipú, un granadero español de una talla jigantezca se abria paso por entre centenares de enemigos que le precedian y rodeaban por todos lados: cada golpe de su terrible sable echaba un cadáver mutilado á tierra: un círculo vacío en derredor suyo mostraba bien á las claras el terror que inspiraba, y los vencedores todos que habian osado traspasarlo, habian pagado con la vida su temeridad. El valiente Lavalle lo seguia á corta distancia, y por confesion suya, sentia flaquearle su valor romancesco cada vez que el calor de la persecucion lo conducia á aproximársele demasiado. El Teniente Aldao los alcanza, ve al terrible español, se lanza sobre él, y cuando sus compañeros esperaban verle caer abierto en dos, le ven parar el tremendo sablazo que le manda el granadero, y hundirle en seguida y revolverle hasta el puño en el corazon repetidas veces la espada. Mil vivas fueron la inmediata recompensa de su temerario arrojo.

D. F. Sarmiento.

La Tablada.

70.—La batalla de la Tablada es tan conocida, que sus pormenores no interesan ya. En la *Revista de Ambos Mundos* se encuentra brillantemente descrita; pero hay algo que debe notarse. Facundo acomete la ciudad con todo su ejército, y es rechazado durante un dia y una noche de tentativas de asalto, por cien jóvenes dependientes de comercio, treinta artesanos artilleros, diez y ocho soldados retirados, seis coraceros enfermos, parapetados detras de zanjas hechas á la lijera y defendidas por solo cuatro piezas de artillería. Solo cuando se anuncia su designio de incendiar la hermosa ciudad, puede obtener que le entreguen la plaza pública, que es lo único que no está en su poder. Sabiendo que Paz se acerca, deja como inútil la infantería, y marcha á su encuentro con las fuerzas de caballería, que eran sin embargo de triple número que el ejército enemigo. Allí fué el duro batallar, allí las repetidas cargas de caballería; pero todo inútil!

Aquellas enormes masas de jinetes que van á revolcarse sobre los ochocientos veteranos, tienen que volver atrás á cada minuto, y volver á cargar para ser rechazados de nuevo. En vano la terrible lanza de Quiroga hace en la retaguardia de los suyos tanto estrago, como el cañon y la espada de Ituzaingó hacen al frente de las bayonetas y en la boca de los cañones! Inútil! son las olas de una mar enbravecida que viene á estrellarse en vano contra la inmóvil y áspera roca; á veces queda sepultada en el torbellino que en su derredor levanta el choque; pero un momento despues sus crestas negras, inmóviles, tranquilas, reaparecen burlando la rabia del ajitado elemento. De cuatrocientos auxiliares solo quedan sesenta; de seiscientos *Colorados* no sobrevive un tercio; y los demas cuerpos sin nombre se han desecho, y convertídose en una masa informe é indisciplinada que se disipa por

los campos. Facundo vuela á la ciudad, y al amanecer del dia siguiente estaba como el tigre en acecho, con sus cañones é infantes; todo, empero, quedó muy en breve terminado, y mil quinientos cadáveres patentizaron la rabia de los vencidos y la firmeza de los vencedores.

En la Tablada de Córdoba se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad bajo sus mas altas inspiraciones, Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van á disputarse el dominio de la República. Facundo, ignorante, bárbaro, que ha llevado por largos años una vida errante, que solo alumbran de vez en cuando los reflejos siniestros del puñal que jira en torno suyo; valiente hasta la temeridad, dotado de fuerzas hercúleas, gaucho de á caballo como el primero, dominándolo todo por la violencia y el terror, no conoce mas poder que el de la fuerza brutal, no tiene fé sino en el caballo; todo lo espera del valor, de la lanza, del empuje terrible de sus cargas de caballería. ¿Dónde encontraréis en la República Arjentina un tipo mas acabado del ideal del *gaucho malo?* ¿Creis que es torpeza dejar en la *ciudad* su infantería y artillería? No: es instinto, es gala de gaucho: la infantería deshonraria el triunfo, cuyos laureles debe cojer desde á caballo.—*D. F. Sarmiento.*

Corrida de toros.

71.—¡Qué movimiento, qué espectáculo! un circo enorme en el centro de un anfiteatro con graderías, donde 10,000 hombres con niños y mujeres están apiñados formando marejadas! Cae el sol á plomo sobre aquella multitud tempestuosa; abrasa la atmósfera y parece exhalar un olor de sangre y de carnicería;

allí los Españoles, de semblante grave y serio, se animan y se encienden, tiñéndose sus facciones de rojo sombrío; los mas taciturnos prorrumpen en esclamaciones; los mas flemáticos saltan y se ajitan, todos vociferan y hacen estremecer los bancos de madera: es un pueblo entero que goza á un tiempo y que delira.

Abrese de repente la barrera, sale el toro á la arena, y corre saltando mas lijero que el corcel que entrega sus crines al viento en las doradas arenas de la Andalucía. ¿Qué va á hacer ahora ese rey de las praderas? Primero está como atolondrado, luego se irrita y escarba la arena con su pezuña; inclina la cervíz amenazante dando resoplidos en la tierra, brillan sus ojos, y arranca de repente contra sus enemigos, que, al huir y evitar su furor, le siguen hostigando; pero no huye él, no retrocede ese noble animal, para el cual no hay esperanza, y cuya muerte está cercana. Un par de donquijotes encaramados en sus rocinantes con los ojos tapados, se le ponen delante á darle pinchazos en el cuello con sus picas; y cuando el toro se digna arrojarse sobre ellos, hace rodar en el polvo jinetes y monturas, que se levantan mal parados, y despues de limpiarse, vuelven aquellos á tomar su gloriosa posicion. Los banderilleros y capeadores, cubiertos de cintajos, de lentejuelas y de caireles, con el cabello recojido en una redecilla á lo Fígaro, bien apretados de cintura y de pantorrilla, arrastran culebreando delante del toro sus capas de holandilla encarnada, amarilla y verde; cuando se ven apurados, se refujian en la barrera salvándola de un salto, mientras otros, despues de haber ofuscado al toro y tomado sus precauciones, le clavan dardos agudos que le desgarran la piel y los tegumentos, tiñéndose de negra sangre; el animal bufa, levanta al cielo su hocico humeante, sus pechos se estremecen y procura en vano sacudirse las agudas puntas que lleva clavadas; óyese luego un toque de clarin, y sale un espada con su muletilla de púrpura, el cual, despues de saludar con su

montera á la autoridad que preside y dirije la funcion, de anunciar un brindis chavacano á su salud con la sangre que va á derramar, se pone delante del toro y le hunde en la cerviz el acero, mientras que el animal engañado se abalanza al paño rojo. Sus movimientos se entorpecen, agótanse sus fuerzas, apáganse sus ojos y quedan sus astas inmóviles de entumecimiento y de dolor; revuélvese trabajosamente, intenta en vano saltar la barrera, y vuelve á caer moribundo; lanza entonces al viento espantosos bramidos, y al morir, le responden diez mil voces con aullidos aun mas espantosos; llega el cachetero y le dá el último golpe; suenan al instante los timbales y los clarines, vuelven á abrirse las barreras, y tres mulas vigorosas, enganchadas á sus astas, sacan á galope de la arena el cadáver del vencido.—*Cormenin.*

Los Trópicos.

72.—Cuando viene á apoderarse de mí el recuerdo de los grandes aspectos de la naturaleza que mas me han impresionado, pienso frecuentemente en el mar de los trópicos, visto en una tibia y serena noche, cuando la blanca luz de las estrellas, sin brillo, pero lanzando sus rayos dulcemente como los planetas, se estiende en la superficie de las rizadas olas. Allí, altas palmeras, taladrando la sombría bóveda de follaje de árboles menos elevados, forman anchas columnatas y sostienen un bosque por cima de otro bosque. Algunas veces, mi imajinacion me trasporta al pico de Tenerife. Un mar de nubes separa la cumbre de la montaña de las partes bajas de la isla: de pronto, las columnas de aire ascendentes, determinan una ruptura en la brumosa capa, y el viajero, colocado á orillas

del cráter, distingue, por entre un claro, los ribazos que rodean á Orotava, cubiertos de viña, y los jardines de naranjos que bordan la costa. No cautiva nuestra atencion en aquellos sitios el sentimiento de esa vida universal, cuya accion lenta, aunque íntima, penetra la naturaleza, sino el carácter pintoresco del paisaje, el concierto de las nubes, de la mar y de los contornos de la playa que se confunden en el ambiente embalsamado de la mañana; es la belleza de las formas vejetales agrupadas armoniosamente entre sí.

En un bello paisaje, lo inconmensurable, aun lo terrible, se convierte en manantiales de goces. La imajinacion completa por sus creaciones el cuadro imperfecto que los sentidos han bosquejado por los ojos del injenio, y sigue paso á paso todas las fluctuaciones morales del observador: á cada momento cambia la direccion de sus ideas. Juguete de sus ilusiones, cree recibir del mundo esterior las impresiones, cuya fuente radica en sí mismo.

Despues de una larga navegacion, cuando el viajero posa por vez primera la planta sobre una tierra de los trópicos, reconoce con cariño, á la vista de los primeros montes de las costas, las rocas de su pais natal. Al encontrar sobre otro continente las formaciones geolójicas de Europa, adquiere la conviccion de que la estructura de la antigua corteza del globo es independiente de los climas. Pero, esas rocas de la patria se hallan adornadas de una vejetacion exótica. El habitante del norte se ve rodeado de vejetales de formas estrañas y de una naturaleza que no conoce. Agobiado por la grandeza del poder orgánico bajo el cielo de los trópicos, vuelve en sí y admira la grandeza de asimilacion del injenio mismo. Desde luego, le parece que el tranquilo paisaje de la patria habla un lenguaje mas dulce é íntimo, como el dialecto de su aldea. Encuéntrase aislado en medio de aquel lujo exhuberante de la vejetacion; pero siente al mismo tiempo que todo lo que tiene vida no le es estraño, y bien

pronto el país de las palmeras se hace el suyo: pues un secreto lazo une entre sí á todas las formas de la naturaleza viviente. Tenemos el sentimiento de ello, por mas que no revista el carácter de una nocion distinta, y nuestra imajinacion abulta y ennoblece todas esas formas exóticas, comparándolas á las que rodean nuestra cuna. Así, esos sentimientos mal definidos, el conjunto de nuestras sensaciones y las deducciones del razonamiento, conducen á todos los hombres, cualquiera que sea el grado de su desarrollo intelectual, á la conviccion profunda, que un lugar comun reune bajo la misma ley á todos los seres tan diferentes que componen la naturaleza viva.—*A. de Humboldt.*

Bellezas del hemisferio austral.

73.—Despues de haber penetrado en la zona tórrida, no nos cansábamos de admirar cada noche la belleza del cielo meridional, que, á medida que nos acercábamos al sur, descubria á nuestra vista nuevas constelaciones. Esperiméntase un sentimiento estraño y desconocido, cuando, al avanzar hácia el Ecuador, ó mas bien al pasar de un hemisferio á otro, se ve bajar gradualmente y desaparecer en fin las estrellas que se habia aprendido á conocer desde la niñez. La vista de un nuevo cielo es lo que mas hondamente recuerda al viajero la inmensa distancia que le separa de su patria.

El cúmulo de estrellas de primera magnitud, algunas nebulosas rivalizando por el brillo con la via láctea, y espacios notables por un renegrido poco comun, dan al cielo meridional una peculiar fisonomía. Ese espectáculo impresiona aun la imajinacion de aquellos, que, no habiendo jamás estudiado ciencias exactas, con-

templan la bóveda celeste como se admira un bello paisaje ó majestuoso punto de vista. No se precisa ser botánico para conocer la zona tórrida en el solo aspecto de la vejetacion; y sin haber adquirido conocimientos en astronomía, sin estar familiarizado con los planisferios de Flamstead ó de La Caille, siente uno que no está en Europa cuando ve elevarse sobre el horizonte la inmensa constelacion del navío ó las nubes fosforescentes de Magellan. La tierra, el cielo, todo toma en las rejiones equinocciales un carácter diferente.

Las bajas rejiones de la atmósfera estaban desde algunos dias cargadas de vapores. En la noche del 4 al 5 de Julio (1799,) al décimo sesto grado de latitud, es cuando, por primera vez, vimos distintamente la Cruz del Sud: estaba muy inclinada y aparecia á ratos entre nubes, cuyo centro, surcado de relámpagos producidos por el calor, reflejaba una luz plateada. Las personas que habian habitado las colonias sintieron el mismo placer que nosotros al descubrir la Cruz del Sud. En la soledad de los mares, se saluda una estrella como á un amigo de quien hemos sido separados por mucho tiempo. Motivos particulares parecen aun acrecentar ese interés en los Portugueses y Españoles: un sentimiento relijioso les hace querer una constelacion cuya forma trae á su memoria el símbolo de la fé que sus antecesores han propagado en los desiertos del nuevo mundo.—*A. de Humboldt.*

El Delta del Paraná.

74.—Figuraos un laberinto de canales, cuyas orillas están pobladas de sauces, de seibos, de enredaderas y flores silvestres, surcados de vez en cuando por las canoas de los isleños moradores de este archipiélago, y

por los buquecillos de cabotaje que trasportan las naranjas y los duraznos—y tendreis una idea del Delta. Tierras feraces colocadas á las puertas de un gran mercado consumidor, con canales para el fácil trasporte de los productos, clima saludable y templado, tienen un porvenir halagüeño. Allí ecsisten ya agricultores inteligentes que cultivan el mimbre, el cáñamo, la hortaliza, las flores y las frutas; tambien habitan esas islas los leñadores, cuya hacha destructora las va despojando de sus árboles frondosos; entre esos isleños están igualmente los carboneros que sin piedad queman los grandes árboles muchas veces en pié, para convertirlos en carbon. Varias veces hemos viajado por entre ese jardin natural, tocando las ramas de los sauces de las orillas, y siempre hemos encontrado fascinador el espectáculo, poéticos los cuadros, bella la calma interrumpida por el murmurio de las aguas, por el céfiro que pasa quejumbroso por entre las ramas de los árboles, trayendo al oido los cánticos de los pájaros en sus amores. La mañana, cuando el sol derrama su luz sobre aquellos parajes, la tarde con sus melancólicos crepúsculos, la noche con sus sombras y sus misterios—todas las horas en una palabra, tienen en aquellos lugares encantos arrobadores.

Subiendo el Paraná hácia su orijen, esas islas cambian de forma: el rio se ensancha, las barrancas de tierra firme comienzan á mostrarse. Las barrancas de la costa de Buenos Aires, el Rosario, y San Lorenzo, se ven despojadas de los árboles y de la lozana vejetacion de las islas; solo en Entre-Rios y Corrientes cambian de aspecto: los bosques las adornan, las quebradas las hermosean, y el Chaco, en la ribera opuesta, ostenta una vejetacion mas potente y mas lujosa, el aire va sintiéndose mas tibio á medida que se aprocsima el viajero al trópico.

Pero, no todo es poesía en esas islas; la prosa de la vida está representada en su espíritu especulativo por los leñadores y los carboneros.

Los montes de sauces y otros árboles son derribados por los leñadores, ya para alimentar el fuego de los hornos de cal en Entre-Rios, ó bien para ser espendidos al comercio en postes y para otros usos de la vida rural. . . . . .

Al morador del Delta se designa con el nombre de *carapachay*, y vive en la isla con la familia y nunca le falta una canoa. Cuando las islas del Delta se inundan en las grandes crecientes, los ranchos, jeneralmente mal construidos y sin las precauciones y elevacion necesaria, son abandonados por la familia del carapachay que se refujia en tierra firme; pero, en el Paraná hay islas que no se inundan.—*V. G. Quesada.*

Orcones.

75.—¡Orcones! hogar paterno, monton informe de ruinas habitado solo por los chacales y las culebras, ¿qué ha quedado de tu antiguo esplendor? Tus muros yacen desmoronados, los pilares de tus galerías se han hundido, cual si hubieran sido edificados sobre un abismo. Apenas si las raices sinuosas de una higuera, y el bronceado tronco de un naranjo, señalan el sitio de tus verjeles. A la ruidosa turbulencia de tus fiestas ha sucedido el silencio y la soledad. Tus avenidas están desiertas, y la yerba del olvido crece sobre tus umbrales abandonados. Un dia la fatalidad penetró en tu alegre recinto, arrebató á tus huéspedes desprevenidos, y los esparció en los cuatro vientos del mundo.—¿Qué fue de ellos? Unos cayeron agobiados de cansancio: los otros marchan aun en las penosas sendas de la vida. Si un dia los llamaras, algunos responderian con un jemido; por los mas, hablaria solo el silencio de la tumba. Es fama que sus almas, bajo el blanco sudario de

los fantasmas, vagan en la noche, renovando entre tus escombros el simulacro de su ecsistencia. ¡Ah! yo tambien, sombra viviente entre esas vanas sombras; yo tambien voy allí con el recuerdo á reconstruir mi vida despedazada por tantos dolores, y estraer del delicioso oásis de la infancia, algunos rayos de luz, algunas flores para alumbrar y perfumar mi camino. ¡Ah! cuántas veces, huyendo del desolado presente, he tenido necesidad de refujiarme como á mi único asilo, en las sombras del pasado, y evocar las nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos; asirme á la memoria de las virtudes de aquellos, para perdonar á la providencia los crímenes de estos; colocar en la misma balanza la deslealtad, la perfidia, la cobardía y la impiedad con que los unos han escandalizado y entristecido mi juventud y la lealtad, la fe, el heroismo y la piedad con que los otros unjieron mi infancia, para poder decir ¡Dios es justo!..... Mas, ahora como entonces, apartemos nuestra mirada de los malos, esa bílis necesaria quizá, en la eterna sabiduría, al equilibrio de la humanidad moral; y adorando, aun en ellos, los designios de Dios, que ha enviado esa sombra para realzar mas su divina luz, volvámonos hácia este y hácia los buenos, y sigamos la huella de admiracion y de amor que deja en pos de sí esa aureola, preludio de la eterna beatitud.—*Juana Manuela Gorriti.*

El Ombú.

76.—El Ombú es el único objeto que se eleva sobre la dilatada pampa destruyendo la monotonía de ese océano de verdura. Sus abultadas raices, que se levantan en una enorme masa cónica, base de su tronco, imitan las rocas, simulando en los huecos de su seno som-

brías cavernas que pueden servir de cómoda habitacion en el desierto. Casi siempre su presencia indica desde bien lejos la morada humana al caminante estraviado, que apresura hácia él sus pasos para gozar el seguro reposo del rancho hospitalario de nuestros campos.

En las dilatadas llanuras, sin caminos, el ombú es el norte del viajero, y levantándose sobre la planicie de las costas del Plata, en forma de colinas invariables como las montañas, son la guia segura del navegante para tomar el puerto, evitando los bajios peligrosos.

Uno de los caractéres distintivos del ombú es su lonjevidad dilatada, condicion requerida en un ser que con dificultad se reproduce. No se conoce el término de su vida, nadie ha visto hasta ahora un ombú seco de vejez, no hay tradicion que recuerde la edad juvenil de algunos. Por las enormes dimensiones de muchos de ellos, con treinta varas de circunferencia en su monstruosa raiz, y diez en su tronco, puede juzgarse que tienen miles de años de ecsistencia. . . . .

Además de su estraordinaria lonjevidad tiene el ombú tal fortaleza que no hay huracan que lo derribe; y es su vitalidad tan prodijiosa que ni la sequedad ni el fuego tiene poder para destruirlo. Si por acaso algun violento torbellino llega á destrozar su copa, muy pronto se rehace con asombroso vigor y doble lozanía.

Él ha resistido las sequias destructoras que, de tiempo en tiempo, han asolado las campiñas. . . . . .

El ombú prospera en los lugares mas áridos, y en toda clase de terrenos, con tal que no tenga una humedad escesiva. Solo se multiplica por la semilla, y es preciso mientras es pequeño ponerlo á cubierto de las heladas. Trasplantándolo jóven, no requiere ya ningun otro cuidado, ni el del riego, y á los cuatro ó cinco años es un árbol frondoso.

No hay árbol como el ombú para formar umbrosas alamedas ó avenidas arboladas. La naturaleza de nuestro clima, madrastra de los árboles exóticos, parece que les niega el sustento; exigen la solicitud y cons-

tante atencion del hombre. El ombú, su hijo predilecto, prospera admirablemente sin necesidad de sus cuidados. Y, ¿cuál es el árbol de otros climas, que aventaje á nuestro ombú en frondosidad, majestad, hermosura? Bien puede herir su copa un sol abrasador, bien puede faltarle el refrijerio de los rocíos y el alimento de las lluvias, no por eso dará paso á un solo rayo del astro, ni soltará una sola de sus hojas; mientras que los demás árboles languidecen, se agota su follaje y ralea su sombra en la estacion de los calores. —*Marcos Sastre.*

El Alto Uruguay.

77.—Luego dejamos aquel paraje; y caminando durante cuatro dias al Oriente, llegamos á una montaña desde la cual se percibian en lontananza las pintorescas márjenes del Uruguay.

Circóndale un ancho sendero que baja hasta el valle por entre mil árboles diversos, en cuyo medio la flexible palma eleva su tronco recto y desnudo al diáfano azul del firmamento. — A su lado se alzan con majestad, cual soberanos de la selva, cedros de colosales dimensiones, cuyos frondosos copos estrechados por las lianas en abrazos seculares, estienden sobre el bosque un espeso techo de verdura; formando ya arcos diminutos de curvas caprichosas, ya templos de ramas, de hojas y de flores, que exhalan balsámica fragancia.

Al pié del cerro, por la parte que mira al mediodía corre un arroyuelo de agua fresca y pura, el cual se precipita en el gran torrente, no lejos de las ruinas de una capilla solitaria, que la piedad cristiana erigió á María, la reina de los cielos, allá en los confines del desierto.

La capilla de Abbororé ya no existe. Un bosquecillo de tacuaras, tunas y naranjos señala el lugar que ocupaba, y sus cimientos derruidos se ocultan entre las yerbas del monte.—Inútilmente busca el viajero el altar, á cuyas gradas se agrupaban los sencillos Guaraníes, á escuchar la palabra del Evanjelio; el altar ha desaparecido, así como el guerrero de Cristo que lo erijió en el seno de la selva.—La humanidad dió un paso por la senda nebulosa de los tiempos; un segundo solo ha trascurrido en el reloj de la eternidad, y ya la obra de la fé mas viva, y de aquella ardiente caridad que estrecha las familias, los pueblos y las razas en un abrazo perpetuo de amor, apenas aun subsiste como un recuerdo vago, que conserva la mente de los hombres. Hoy yace destrozada la cruz de la Mision, y para siempre enmudeció la voz sonora y grave de la campana que llamaba los fieles á la oracion. Pero en cambio, á la hora del crepúsculo, cuando el céfiro vespertino ajita las hojas de los árboles, y la luna ostenta su plateado disco arriba de los bosques, parten de aquellos escombros solitarios rumores misteriosos, que trasportando la fantasía del viajero á tiempos ya lejanos, le refieren una historia sublime y triste, la melancólica historia del pasado.

Un dia y una noche quedamos inmediatos al cerro de las once vueltas; despues nos acercamos á las márjenes del Uruguay.

En aquella altura aun no ha perdido este rio la silvestre hermosura de sus costas, aun conserva el aspecto grave y majestuoso que ostentan las obras de la naturaleza; pero que se borra para siempre cuando el hombre trata de embellecerlas á su modo. En paz perpetua rueda el torrente sus ondas cristalinas y tranquilas, surcan las antas sus corrientes, sin inquietar á las aves de nevadas plumas, que junto á ellas se refrescan, alegres saltan y zambullen en busca del sustento.

Sólo por intervalos interrumpe el silencio de estas soledades el triste grito de las garzas, que cruzan los

aires acompañadas de flamencos peregrinos cuyas alas parecen partículas desprendidas de la naciente aurora.

Lijeras balsas de tacuaras y ramas cubiertas de espinas; cadáveres jigantescos de árboles sin hojas, islas de nenúfares con blancas flores que doblan sus pétalos bajo el aliento de la brisa, y se deslizan sobre la clara superficie, unas con lentitud, como adormecidas, sin apartarse de las riberas, otras con rapidez vertijinosa, arrebatadas por las ondas juguetonas del torrente.

Algunas veces, entre la yerba verde y húmeda de estas florestas viajeras, levantan la cabeza enormes serpientes cazadoras, y se precipitan sobre el pequeño cocodrilo, que viene á reposar en aquellos barcos de aroma. Entónces presencian los bosques una escena espantosa, entónces en medio de las islas y encima de las aguas se traba una lucha horrenda, un combate de muerte, tenaz y sangriento, cuyo ruido ahuyenta á las antas que temblorosas ganan la cercana playa.

Durante muchos dias seguimos la márjen occidental del Uruguay con direccion á sus vertientes, hasta que dejamos el gran Salto *.

¿Cómo hallaré palabras para describir el espléndido espectáculo que presenta aquella cascada formidable?

Nadie, sí, nadie podrá pintar la impetuosidad de sus corrientes que todo lo arrancan, remueven y arrastran en terribles remolinos; el furor indómito y la violencia prodijiosa con que la masa entera de las aguas se desploma de peñascos escabrosos, á cuyo pié se estrella, ruje, hierve y se deshace en densos vapores, que del abismo suben á las nubes. Allí todo es ruido, esfuerzo, movimiento. Se estremecen los peñascos bajo el peso del rio embravecido; perpétuamente

* El gran Salto ocupa el vértice del ángulo obtuso que forma el Uruguay desde sus fuentes hasta su desembocadura en el Rio de la Plata. Por una coincidencia harto singular, se halla situado casi bajo el mismo meridiano que la catarata de Iguazú, la cual es conocida con el nombre de *Salto de la Victoria* por los habitantes de Curitiba.

se ajitan y susurran los arbustos, que crecen arriba de la catarata; en el fondo del horrible precipicio, en medio del caos bramador de perlas y espumas, alzan negras rocas sus puntas aceradas, sosteniendo una eterna guerra contra el torrente, que durante muchos siglos se empeña en destruir aquellos campeones de granito.

Aves de rapiña, grandes y pequeñas, cuervos voraces y buitres colosales, jiran en torno del Salto bullicioso; ora se bajan hasta rozar la superficie de las aguas, ora remontan el vuelo hasta perderse de vista, y desde las alturas descubren con mirada penetrante los cadáveres de cuadrúpedos que mutilados ruedan por el cáuce.

Pero los bosques vírjenes ofrecen á menudo contrastes singulares; y en ellos se halla no raras veces la morada de lo bello cercana á los sitios en donde reina el terror. Así es que inmediato al Salto, hácia la orilla del yerbal que atraviesa las tierras del pequeño Peperé, se estiende un valle ameno y deleitable cual ninguno de cuantos encontré en las soledades del Goyuena. Parece que la divinidad, aun no contenta con la magnificencia de sus obras, proyectara un dia la creacion de una hermosura imposible. Puso en juego sus recursos infinitos; vació el arca de sus tesoros mas preciosos, y reuniendo todos los encantos y combinando todos lo colores, formó aquella poética mansion, digno monumento de su inmenso poderío.

Es aquel recinto el santuario de un perpetuo regocijo.

En el oloroso césped, ataviado de flores encarnadas y azules, pastan las gamas con alegres brincos, sin temer el dardo de los cazadores; insectos dorados, mariposas amarillas, y los graciosos picaflores que zumbando construyen sus pequeños nidos, vuelan al rededor de los arbustos; mientras que las palomas de la selva, ocultas entre el ramaje de las ombas, cantan con arrullo suave los placeres de sus cándidos amores.

Pintados papagayos y yacutingos de color oscuro

pasan veloces arriba de la abra; y ya aislados en reducidos grupos, ó ya confundidos en bandadas numerosas, avivan el desierto con sus voces incesantes, y con el ruido de sus pendencias tumultuosas.

Un lago de aguas diamantinas ocupa el centro del valle delicioso, en cuya ribera habita una colonia de pacíficas cigüeñas, junto á otras aves siempre quietas, las cuales viven y espiran sin alejarse nunca de aquel sitio ignorado.

A la sombra de los seibos que se dibujan en la superficie del hermoso lago, reposan los ciervos, de sus correrías por la selva, rodeados de un pueblo de perezosas capiguaras que los contemplan con mirada soñolienta.—*Francisco Rayo.*

La Cabeza Negra.

78.—Estábamos en la *Tête Noire*,—en español, la *Cabeza Negra.*

Llámase así un altísimo monte cubierto de nieve y hielo por la base, y de oscuros pinos por la cumbre,—singular anomalía, que le da un aspecto aterrador.

Hay un punto llamado *Roche Percée* (Roca Agujereada),—especie de túnel que perfora la montaña por su pié,—pasado el cual, la naturaleza llega á tal grado de hermosura, de atrocidad, de poderío, que el viajero espantado cree contemplar las ruinas de un mundo ó el embrion informe de la creacion. En cuanto alcanza la vista, solo se perciben selvas y sombras, rocas inmensas festoneadas de abetos, despeñaderos profundos cortados á pico, moles desgajadas de sus cimientos, amenazando cegar los abismos; abismos cuyo fondo no se distingue, pero donde se oyen lamentos desesperados de torrentes que luchan como titanes para abrirse camino entre las peñas; cataratas que

rujen en las tinieblas; montañas hechas pedazos, cuyos escombros, estratificados caprichosamente sobre aquella ancha grieta de la tierra, forman inaccesibles grutas tapizadas de musgo y flores y adornadas de trasparentes carámbanos; un rio, en fin, un misterioso rio,—el *Trient*—Hércules potente, que trabaja y remueve todas aquellas masas ciclópeas, empujándolas, arrastrándolas, hundiéndolas, mojándolas con su sudor, y haciéndolas temblar y bambolearse al solo impulso de su anheloso aliento, cuyo estertor salvaje llena de palpitaciones la comarca.

Y todo esto, matizado de los mas vivos colores; alternando el verde de los árboles con el blanco de los hielos; contrastando el amarillo y rojo de las piedras abiertas por el corazon con la negra sombra de los recónditos abismos en que el sol no penetra nunca; resaltando las tintas violadas del granito húmedo sobre el pálido vislumbre de líquen agostado. . .—Y á veces, en el hueco de un risco, una cama de violetas aromosas que se han hecho allí un mundo y una primavera aparte. . . —Y en medio de todo, algunas losas funerales, en que se ve escrito el epitafio del guia ó del viajero que pereció en aquellos sitios al quererle robar sus secretos al hondo tajo de la *Cabeza Negra!*

Tal es aquel horrible desfiladero, cuya aterradora majestad no olvidará en toda su vida quien haya tenido la fortuna de admirarla.—Tal es el acceso de los Alpes por sus flancos ménos defendidos.—Tales son las condiciones de esa jigantesca cordillera, que sirve de alcázar á las nieves, de donde nacen para estenderse por Europa, rios tan ilustres como el Rin, el Pó, el Ródano y el Danubio.—*P. A. de Alarcon.*

El buzo.

79.—"¿Cuál de vosotros, caballeros y escuderos, osará hundirse en este abismo? En él arrojo una copa de oro: ya la tragó la sombría boca de la sima. Aquel que me la enseñe de nuevo puede guardarla; es suya."

Dice el rey; y de lo alto de la empinada y escarpada roca que se desploma sobre el dilatado mar, lanza la copa en la mujiente vorájine de Caríbdis. "¿Cuál de vosotros, repito, tendrá ánimo bastante para hundirse en estas honduras?"

Los caballeros y escuderos que le rodean han oido sus palabras; pero quedan mudos; miran la mar embravecida, y ninguno se siente con coraje para ganar la copa. Por tercera vez esclama el rey: "¿Será cierto que no haya nadie que ose hundirse en esta sima?"

Continuaba el mismo silencio, cuando un jóven paje, con aire amable y resuelto á la vez, sale fuera del círculo de sus tímidos compañeros y se saca el cinturon y la capa. Todos los concurrentes, hombres y mujeres, contemplan con sorpresa y admiracion al noble jóven.

En el instante en que avanza hácia el borde de la roca y mira el abismo, Caríbdis, mujiendo, vomitaba las olas que acababa de tragar, las que, con estruendo semejante al de lejano trueno, se lanzan, espumantes, del fondo de la lóbrega caverna.

Y hierve, brama, silba la vorájine, cual agua mezclada al fuego. Brotan hasta el cielo chorros de humeante espuma, y sin interrupcion, la ola sigue á la ola, como si no pudiera vaciarse el abismo, ó si quisiera el mar enjendrar otro mar.

En fin, sosiégase el iracundo remolino, y por entre la blanca espuma divísase un negro y anchuroso boqueron: diríase que esta abertura se interna hasta dentro de los infiernos. Vénse las impetuosas ondas bullir

con impetuosidad y caer de nuevo remolineando, en el pavoroso embudo. . . . .

En el acto, y antes que vuelva á subir la ola, el jóven encomienda á Dios su alma . . . . De todos los labios parte un grito de terror. Ya lo arrastró la vorájine; la boca del monstruo se cierra misteriosamente sobre el esforzado buzo; ya no lo ven.

Reina otra vez el silencio en la superficie del abismo, si bien se oye todavía un sordo bramido en las honduras: la emocion arranca este grito de todas las bocas: "¡Adios, animoso jóven!" Y los mujidos se hacen cada vez mas sordos, y cada instante de espectativa aumenta la ansiedad y el terror.

—Aun cuando arrojaras en él tu corona, diciendo: aquel que me la traiga podrá guardarla y será rey, no me dejaria seducir por tan espléndida recompensa, pues lo que oculta en su seno el mujiente abismo, alma viviente tendrá nunca la suerte de revelarlo.

Navíos mil, arrastrados por la vorájine, han sido sepultados en sus hondos senos. De esta tumba que todo lo devora, nada se vió salir sino fragmentos de mástiles y carenas.—Y, ¡cual fragor de tempestad, hácese cada vez mas atronador el bramido de las olas, que, de continuo vienen acercándose!

Y hierve, brama, silba la vorájine cual agua mezclada al fuego. Brotan hasta el cielo chorros de humeante espuma, y sin interrupcion, la ola sigue á la ola, y con un fragor semejante al de lejano trueno, brota espumante de la lóbrega caverna.

Y, ¡mirad! del seno de las sombrías ondas vése salir un brazo, despues un cuello blanco como el plumaje de un cisne; nada con brios y perseverancia; ¡él es; es el paje! Con la mano izquierda alza la copa, que ajita, dando muestras de júbilo.

Aspira con anhelo y á grandes sorbos el aire, y saluda la luz del cielo. Todos esclaman con arrebato: "¡Vive! ¡hélo aquí! El intrépido buzo salió de

la tumba de las ondas, consiguiendo disputar victoriosamente su vida al abismo y al remolino!"

Avanza, rodeado de la multitud enajenada, y, cayendo á los piés del rey, le presenta de hinojos la copa de oro. El rey hace una señal á su amable hija, que llena la copa con vino generoso, y esclama el jóven:

"¡Larga vida tenga el rey! ¡Dichoso el que contempla la dulce luz del dia! ¡Espantoso es el abismo! Guárdese el hombre de tentar á los Dioses, deseando ver lo que, en su clemencia, han envuelto entre tinieblas y terrores.

"Estuve arrebatado hasta el fondo con la velocidad del relámpago; allí, un torrente rápido é impetuoso, brotando del hueco de las rocas, se precipita sobre mí. Arrastrado por el furioso embate de corrientes encontradas, estaba arremolineado y sin fuerzas para evitarlo, con la velocidad de un trompo.

"Entonces Dios, que invoqué en las angustias de peligro tanto, me mostró la punta de una roca que se elevaba en el fondo del abismo; agarréme de ella y me salvé de la muerte; allí estaba la copa suspendida en unas ramas de coral, que impedia que se cayese en el abismo sin fondo.

"Y, debajo de mí, estendíanse todavía inmensas profundidades sumidas en rojiza lobreguez; y aunque ningun ruido llegase á mis oidos en esa pavorosa morada de eterno silencio, veia con espanto moverse confusamente en él, salamandras, reptiles y dragones.

"Allí hormigueaba en horrible confusion, asqueroso enjambre: la raya espinosa, el perro marino, el esturion de horroroso y formidable aspecto, y el espantoso tiburon, esa hiena de los mares, que me enseñaba sus dientes.

"Y estaba allí, colgado pensando con terror que me hallaba alejado de todo humano socorro, el único ser sensible en medio de esas fantasmas, solo en esa pavorosa soledad, en honduras inaccesibles á la voz huma-

na, rodeado de los monstruosos habitantes de ese desamparado desierto.

"Sentia ya helárseme el alma al hacer esas tristes reflecsiones, cuando, de repente, los veo en inmenso tropel que se mueven, que se arrastran, culebreando hácia á mí, abiertas las bocas para devorarme; trémulo, despavorido, solté la rama de coral de la que estaba asido. En el acto, me coje, me envuelve, me arrebata en su corriente el impetuoso remolino. Fué mi salvacion, pues me remontó á la superficie del abismo."

Admirado al oir tal relato, dice el rey: "Tuya es la copa, y ademas, te destino este anillo, adornado de piedras preciosas, si pruebas otra vez la hazaña, y vienes á contarme lo que hayas visto en lo mas hondo de los mares."

Su hija lo oye con tierna emocion pronunciar estas palabras, é implorándole con voz cariñosa: "¡Dejad, padre mio! este cruel juego; para agradaros, este jóven ha hecho lo que nadie se atrevió á acometer. Si no podeis vencer los deseos de vuestro corazon, á los caballeros es á quienes toca sobrepujar el arrojo del jóven paje."

Oido esto, agarra bruscamente el rey la copa, y la lanza en medio del abismo. "Si me traes otra vez la copa, te consideraré como el mejor de mis caballeros, y hoy mismo abrazarás como á esposa tuya, á la que acaba de rogar por tí con tan tierna compasion."

A estas palabras, una enerjía sobrenatural avasalla el corazon del jóve paje. Lanzan chispas sus ojos; ve á la jóven princesa ruborizarse, luego palidecer y caer desmayada. Arde por conquistar tan preciosa recompensa, y con peligro de la vida, se precipita en las ondas.

Oyese el bramido de la ola tragada por el remolino; vuelve, anunciada por un ruido semejante al del trueno. Inclinados todos sobre el abismo, hunden en él inquietas miradas; las olas siguen á las olas, suben, para volver á bajar otra vez; pero ninguna trae al jóven buzo. —*Schiller*.

El rio.

80.—Brillante cual un rayo emanado de las estrellas, ved al arroyo escaparse alegremente del centro de la roca; jénios bondadosos alimentaron su infancia en la rejion de las nubes, en medio de malezas y encrespados riscos.

Con la impetuosidad de la juventud, lánzase, jugueteando, del seno de la nube sobre moles de mármol, y lleno de alegría, se remonta de nuevo hácia el cielo.

En la senda que él abre á su paso por las alturas, corre tras los matizados guijarros, y se hace ya el guía de las fuentes, sus hermanas, que arrastra consigo. Desciende al valle, y nacen las flores bajo sus pasos, y la pradera vive de su aliento.

Pero, ni la sombra del valle, ni las flores que abrazan sus rodillas y lo miran con amor, tienen atractivos bastantes como para detenerlo en su carrera. Por entre sinuosa ruta dirije sus pasos hácia la llanura.

Numerosos arroyos vienen á reunirse; entonces, reluciente como plata bruñida, avanza por la llanura que su presencia hace resplandecer, y los arroyos de la llanura y los arroyos de la montaña lo saludan con alborozo, eslamando: ¡ Hermano ! ¡ Hermano ! llévanos contigo al palacio de tu viejo padre, el eterno Océano, que nos espera y nos abre sus brazos; ¡ ay ! en vano los abre para abrazar á sus hijos, que suspiran por él! Sé nuestro guia, pues la ávida arena nos devora en el árido desierto; de lo alto del cielo, bebe el sol nuestra sangre, y una colina detiene nuestro curso, trasformándonos en lago. ¡ Hermano ! ¡ lleva contigo hácia tu padre á tus hermanos de la llanura, á tus hermanos de la montaña !

¡ Venid todos !—Y ahora, el héroe lleva con mas pompa sus ondas henchidas, y alzado en espaldas de toda una raza, hace rodar sus olas triunfantes, dando

nombres á las rejiones que atraviesa : brotan las ciudades bajo sus pasos.

Al proseguir sin descanso su mujiente carrera, deja tras sí torres adornadas con banderolas y palacios de mármol, creaciones de la abundancia que derrama.

Semejante á Atlas, lleva edificios de cedro en sus espaldas de jigante ; millares de banderas, mecidas por el aire, flotan sobre su cabeza, y atestiguan su majestad.

Así es como, bullente de gozo, colma los votos paternales del Océano, trayéndole sus hermanos, sus hijos, sus tesoros.—*Gothe.*

El Rin.

81.—Cuando, á principios de los tiempos hubo la naturaleza echado los cimientos de las montañas y ahuecado la hoya de los mares, salió de su tienda de nubes, presentóse ante el *Saint Gothard*, y dijo: " Conviene que á la grandeza se una la bondad, y á la fuerza una vasta esfera de accion. Estás inmóvil y fijo en el suelo, pero quiero darte un hijo que lleve á lo lejos la fuerza y las bendiciones que has recibido de lo alto.

Dijo, y el *Rin* brotó del *Saint Gothard.*

Libre y ufano, lleno de fuerza y arrojo lanzóse el jóven de lo alto de la montaña. Como quien juega, se precipitó en el lago de Constanza, pero el lago no lo encadenó ; dividiéronse sus ondas para abrirle paso, y tal como era ántes, sin haber perdido nada de su vigor, el jóven rio salió y prosiguió su carrera ; pues era hijo de la naturaleza, enjendrado por las nubes sobre la montaña.

Llegado á la adolescencia, escojió su camino. Una noble naturaleza no se equivoca en su eleccion ; abraza siempre lo grande y lo bueno.—Ahondó él mismo

su lecho, por entre las montañas y peñas, así ejercitando y templando su ardor juvenil. Collados, cubiertos de pámpanos, tambien bordaron la senda del adolescente.

Majestuoso era su curso. Cien rios é innumerables arroyuelos lo acompañaban y mezclaban sus dulces ondas con sus pujantes olas; pues lo divino atrae hácia sí cuanto es noble, y cuanto es elevado aspira á unirse á lo sublime.

Su marcha era entónces mas viril y mas tranquila. Corria mas apaciblemente, aunque sin haber perdido nada de su enerjía. El rigor del invierno intentó aprisionarle con eternas cadenas; rompió estas cual fráji-les hilos.—Habia ejercitado su fuerza en la juventud y desgajado peñascos.

Semejaban sus ondas un espejo bruñido. No estaba ya rodeado de alegres pámpanos, fruto de las montañas, sino de campos cubiertos de abundantes mieses. Llevaba en sus hombros buques y almadías.—Así es como la fuerza sosegada asocia lo bueno á lo útil.

Acercábase al término de su carrera. Entónces el suelo plano y la industria humana dividieron el paciente rio en una multitud de brazos que llevan diversos nombres.

Cuando se celebra su fuerza y sus beneficios, se le apellida el *Padre Rin.—Krummacher.*

La niña en la cuna.

82.—Duerme amor mio; aun eres pequeña, y no conoces ni el brillo del sol, ni la viva luz de la aurora, ni las selvas, ni las flores; duerme amor mio, y crece; un dia, apoyada en mi seno, verás todas estas bellas cosas.

Admirarás el esplendor del cielo, de cuyo seno verás salir el sol, alumbrando en su carrera las frescas y verdes praderas, donde florecen las azuladas violetas, que entonces irémos cojiendo mientras te apriete sobre el maternal pecho.

Acariciada por la brisa matinal, estás jugueteando gozosa sobre mi corazon, querida hija; encima de tu cabeza resuenan gritos de alegria, y en derredor de tí himnos de alabanza al Señor; los árboles y el rio murmuran mansamente, mientras tú recibes el beso matutino.

¡Duerme, amor mio, y crece! llevada en mis bazos, verás tambien la ardiente púrpura del sol en su ocaso; y cuando reine el reposo en los campos y en el valle, verás por do quiera brillar el oro y la púrpura, en tanto que el ruiseñor dejará oir su canto.

En tanto que llenan el aire las suaves melodías del ruiseñor, se eleva en el cielo el astro brillante de la noche y baja sobre tí y sobre mí sus dulces miradas; inclínanse todas las flores, y yo hago que juntes tus manecitas, diciéndote: anjelito mio, aquí está Dios.

Dios está allá arriba en el esplendor de los astros y en estas humildes guirnaldas de violetas; está allí, donde oyes cantar ese pájaro, y conmigo, que te estoy llevando en brazos. Díte á tí misma, en cada rincon, querida hijita, Dios está aqui.—*Jacobi.*

El año nuevo.

83.—El año se ha desvanecido como la espuma en el impetuoso arroyo. ¡Pensad en sus horas serenas, pensad tambien en sus horas lóbregas! Fué á reunirse con las tinieblas de los años que ya no ecsisten, despues de habernos traido muchas alegrías, muchas penas, y llevádonos mas cerca de nuestro fin.

La corta ecsistencia del hombre jira en un círculo siempre el mismo: florece, se hace viejo, cúbrese de canas, y se va á la eternidad. Pronto aun desaparecen las inscripciones de su tumba carcomida; y belleza, riqueza, honor, poderío, van hundiéndose con las tinieblas de la muerte.

¿Están aun acaso con vida todos aquellos que, llenos de fuerza y vigor, se regocijaban con sus amigos, hace hoy un año? ¡Ay! algunos ya no ecsisten, y recostados en el polvo, descansan en paz. ¡Descienda el reposo de Dios á la tumba silenciosa de nuestros amigos!

¿Quién podria decir cuántos de nosotros bajarán este año á la fosa? ¡La muerte llama á los hombres sin hacerse anunciar, y muchas hojas caen marchitas, á pesar del dulce aliento de la primavera! Hagan los que queden, votos para que los amigos descansen en paz en la tumba, y den lágrimas á su memoria.

El hombre virtuoso cierra dulcemente los ojos, enviándole Dios sueños dorados que endulzan el reposo de la tumba. Dormita apaciblemente tras los padecimientos de esta vida, hasta que, radiante de luz, Dios le despierte para hacerle revivir en un mundo mejor.

Así, pues, ¡valor y alegría, aun en la hora de la separacion! El hombre virtuoso hallará la felicidad en la vida y en la muerte. Allá arriba, nos reuniremos otra vez para cantar himnos de júbilo. ¡Animo! abramos el año nuevo formando el voto de *ser siempre buenos.* —*Voss.*

El camino de la vida.

84.—La vida humana es semejante á un camino cuya salida es un espantoso precipicio: nos lo advierten desde el primer paso; pero la ley está dictada, es preciso avanzar siempre. Quisiera volver sobre mis

pasos: anda! anda! Un peso invencible, una fuerza invencible nos arrastra; es necesario avanzar sin tregua hácia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Oh! si pudiera evitar este espantoso precipicio. No, no; es necesario andar, es necesario correr, ¡tal es la rapidez de los años! Nos consolamos, empero, porque de tiempo en tiempo hallamos objetos que nos recrean, aguas que corren, flores que pasan. Quisiéramos detenernos: anda! anda! Y sin embargo, vemos caer todo lo que hemos dejado atras: horroroso derrumbe, inevitable ruina! Nos consolamos porque llevamos algunas flores cojidas al pasar, que vemos marchitarse en nuestras manos de la mañana á la noche, algunos frutos que perdemos al gustarlos. ¡Encanto! siempre arrebatado, te vas al abismo. Ya todo comienza á borrarse; los jardines menos florecidos, las flores menos brillantes, sus colores menos vivos, las praderas menos risueñas, las aguas menos claras, todo se empaña, todo se borra: la sombra de la muerte se presenta; comenzamos á sentir la cercanía del fatal abismo. Pero, es necesario ir hasta el borde. Un paso mas. Ya el horror turba los sentidos, desvaría la cabeza, la vista se estravia: es necesario marchar. Quisiéramos volver atrás: imposible; todo se ha desplomado, todo se ha desvanecido, todo ha desaparecido.—*Bossuet.*

Grandeza de Dios.

85.—Si quieres, hombre, barruntar algo de esta incomprensible grandeza, pon los ojos en la fábrica de este mundo, obra de las manos de Dios: por la condicion del efecto, conocerás algo de la nobleza de la causa. En todas las cosas hay ser, poder y obrar:

todas están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el ser de ellas, tal es su poder; y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado, y cuán grande es este mundo. Mira cuán poblado está de infinita variedad de cosas, tanto en la tierra, como en el agua y en el aire, todas fabricadas con la mayor perfeccion. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo crió Dios en un momento, y esto sin tener materiales de que la hiciese, oficiales de que se ayudase, y herramientas de que se sirviese, modelos ó dibujos esteriores en que la trabajase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase; sino con sola una simple muestra de voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas, que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de ellos; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera deshacer y aniquilar sin ninguna resistencia. Pues, díme ahora, si, como se presupuso, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de ellas, y por el poder el ser, ¿cuál no será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprensible es este poder, ¿cuál no será el ser que se conoce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, todo entendimiento.—*F. Luis de Granada.*

La Corrupcion del Siglo.

86.—Veo todas las criaturas ordinarísimamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creacion, y que derechamente, cada una en su especie, corren á su fin para que fueron criadas. Sólo al hombre veo tan desconcertado, tan desvariado, y olvidado

de sí, que me parece que no fué criado para bien ninguno. Porque veo lo primero, que los que son puestos para dar lumbre al mundo por vida y ejemplo, y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los mas ignorantes, los mas torpes, y los que mas inhábiles para mundanos ejercicios se hallan. Decidme, pues, ¿dónde hay mas disoluciones, que en los que de ellos son disolutos? ¿dónde hay mas intemperancia? ¿adónde la gula soltó mas la rienda? ¿adonde los adulterios, crímenes incestuosos de vírjenes vestales, ni correjidos ni reprendidos? ¿adónde la simonía? ¿adónde el poco temor de las escomuniones, sino en estos? ¿Quién nos enseña quebrantar lo que mandan que hagamos, sino ellos? ¿adónde la hipocresía tiene casa cierta, sino en ellos? ¿adónde es la pérdida de devocion? ¿qué jénero de personas funda mas vanidad en sus negocios, que ellos? ¿adónde se esfuerzan mas los temerarios favores? ¿quién mas usa dar maleficios por beneficios, que ellos?

Pues si de este otro lado me revuelvo, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad finjida: la triste envidia muy arraigada: veo que ya no es tenido por sabio, sino aquel que sabe arte lucrativo de pecunia: que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de miedos y temores, todos llenos de esperanzas vanas y quiméricas imajinaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos: los disfavores escesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida: la avaricia muy encumbrada, la vanagloria y jactancia muy suntuosa: los ladrones muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poder de las leyes, y los hacedores de ellas ser los primeros trasgresores. Veo el robo y el garcisobaco asentados ocupando el tribunal de la justicia. Veo que todo el derecho está en las armas: que el que tiene puede, y el que puede manda. Veo mas, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo asimismo todos los

estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene: lo que unos alaban, de otros es muy vituperado: lo que unos tienen por santidad, otros tienen por supersticion: lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso: lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este jénero lleno de abominaciones, todo lleno de maldades: todo lleno de fé rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.—*Mejía*

Miseria de la vida humana.

87.—Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en verdad; pero quien bien considere los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos como ellas son malas, con mayor voluntad deseariamos la muerte, que amamos la vida: por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que ni viérades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiérades la fortuna su atormentadora.

Primeramente considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, veremos lo cielos hechos moradas de espíritus bienaventurados, claros, y adornados de estrellas lucientes, donde no hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas ántes todo lo que en el cielo hay, persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego

y el aire, limpios elementos que reciben pura lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubierta de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan en breves mudanzas.

A los otros animales, si naturaleza no los aportó á mejores lugares, armólos á lo menos contra los peligros de este suelo. Los hombres sólo son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir, y desarmados para esperar: y aun sobre todo esto, naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho; y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. ¿Qué diré de la mísera composicion y frajilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos mas partes do poder ser ofendidos? Y aun en esta miserable condicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza; pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza, porque nos lo dé: vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido: cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana: ni podemos nosotros vivir, sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza: aves, peces y bestias de la tierra; árboles, piedras y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida: tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener. Luego viene la vejez, do en el hombre comienza á hacerse los aparejos de la muerte. Entónces el calor se resfria, las fuerzas le desamparan, los dientes se le caen como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se le van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin vienen volando con alas á quitarle de sus

dulces miserias: y aun allí en la despedida le afligen nuevos males, y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros con que mira la lumbre del cielo, que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los ojos entren en tinieblas perdurables, en que el alma los deja retraida á despedirse del seso y el corazon y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entónces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida estremeciendo el cuerpo, y á veces poniéndolo en rigor con jestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y el temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la deshace de las entrañas. Así fenece el miserable hombre.—*Fernan Perez de Oliva.*

La mansion del Engaño.

88.—Conociendo un desvalido cuan poderoso es el *Engaño*, y los prodijios que obra cada dia, determinó ir en busca suya una noche, que hasta la luz y él se aborrecian. Comenzó á buscarle; mas no le podia descubrir: en mil partes le decian estaria, y en ninguna le topaba. Fué á casa de la *Hipocresía*, teniendo por cierto estaria allí; mas esta le engañó con el mismo Engaño: porque torciendo el cuello á par de la intencion, encojiéndose de hombros, frunciendo los labios, arqueando las cejas, levantando los ojos al cielo, con la voz muy mirlada le aseguró no conocia tal personaje, ni le habia hablado en su vida; cuando estaba amancebada con él. Partió á casa de la *Adulacion*, que era un palacio, y esta le dijo: yo, aunque miento, no en-

gaño, porque echo las mentiras tan grandes y tan claras, que el mas simple las conoce: bien saben ellos que yo miento, pero dicen que con todo eso se huelgan, y me pagan. ¡Qué es posible, se lamentaba, que esté el mundo lleno de engaño, y que yo no le halle! Sin duda estará en algun casamiento; vamos allá. Preguntó al marido, preguntó á la mujer, y respondiéronle ambos: habian sido tantas y tan recíprocas de una y otra parte las mentiras, que ninguno podia quejarse de ser el engañado. ¿Si estaria en casa de los mercaderes entre mohatras paliadas, y desnudos acreedores? Respondiéronle que no, porque no hay engaño donde se sabe que le hay. Estaba desesperado sin saber ya donde ir. Echó por otro rumbo: determinó ir á buscarle en casa de los engañados, los hombres buenos, los crédulos y cándidos, jente toda fácil de engañar; mas todos ellos dijeron que por ningun caso estaba allí, sino en casa de los engañadores: que aquellos son los verdaderos necios, porque el que engaña á otro, siempre se engaña y daña mas á sí mismo. ¿Qué es esto? decia: los engañadores me dicen que los engañados se lo llevaron; estos me responden que aquellos se quedan con él; yo creo que unos y otros le tienen en su casa, y ninguno se lo piensa.

Yendo de esta suerte, le topó á él la *Sabiduría*, que no él á ella; y como sabedora de todo, le dijo: perdido, ¿qué buscas otro que á tí mismo? ¿No ves tú que el engaño no le halla quien le busca, y que en descubriéndole ya no lo es? Ve á casa de alguno de aquellos que se engañan á sí mismos, que allí no puede faltar. Entró en casa de un confiado, de un presumido, de un avaro, de un envidioso; y hallóle muy disimulado con afeites de verdad.—*Saavedra.*

La casa de locos.

89.—Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, jinebras, caracoles, castrapuercos: pandorga prodijiosa de la vida. Y preguntó Don Cleofas á su amigo, ¿qué casa era aquella, que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la Corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento? Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco se instituyó en la Corte entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo Don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban los convalecientes, pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas, estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: aquel es un loco arbitrista, que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel, que tuvo el pleito de Don Alvaro de Luna. Bien haya quien lo trajo á esta casa, dijo Don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la República. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro, y da en decir que ve con

los oidos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un Gramático que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el jerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traido, porque siendo cochero, que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano, es un Caballero, que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería, y no le ha quedado mas que aquel halcon en las manos, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo que comer, se puso á servir. Allí está un bailarin, que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador, que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres decadas de Tito Livio. Mas adelante está un Colejial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor; porque dió en decir que habia de ser Obispo. Luego en esotro aponsentillo está un Letrado, que se desvaneció en pretender plaza de ropa; y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero, y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula, es músico sinzonte, que remeda los demas pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo, se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás, si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres; que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en

todos halló una y muchas faltas; y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo en frente, pintado por defuera, está un demonio casado que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entónces Don Cleofas le dijo al compañero, que le enseñaba todo este retablo de duelos: vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros.—*Guevara.*

La poesía.

90.—Un torrente formado por la tempestad se escapa por entre las hendiduras de las rocas y baja con el fragor del trueno, arrastrando en su rápida carrera despojos de montañas y troncos de árboles. Atónito, el viajero escucha ese ruido con un terror mezclado de gozo; presta atencion, y oye mujir las olas precipitándose de la roca, si bien ignora de donde vienen. Así, las olas de la poesía brotan de una fuente que jamás ha sido descubierta.

El poeta es el aliado de los temibles seres que traman en silencio los hilos de la vida. ¿Quién podria romper sus mágicos hechizos? ¿Quién podría permanecer insensible á sus acentos? Cual si tuviese en sus manos el caduceo del mensajero de los dioses, avasalla el corazon conmovido; ora lo hunde en el imperio de los muertos, ora le arrebata, maravillado, hácia el cielo, y lo mece, entre la alegría y la esperanza, en la móvil escala de los sentimientos.

Cuando, en medio de un sarao, donde reina la ale-

gría, hace de súbito irrupcion algun aterrado hado, caminando con paso ajigantado y misterioso como el de los duendes, inclínanse todas las potencias de la tierra ante ese forastero llegado de otro mundo. Enmudecen los vanos clamores del alborozo, caen las máscaras, y se desvanece toda obra de mentira ante el deslumbrante triunfo de la verdad.

Así, cuando la voz de la poesía se deja oir, el hombre, aliviándose de todo vano peso, se eleva á la dignidad moral y se dobla bajo el imperio de una fuerza santa. Pertenece á los dioses; nada terrestre puede acercársele; enmudece la voz de los poderosos; se desvanecen las congojas, y mientras dura el embeleso, bórranse las arrugas ahondadas por el pesar.

Así, como tras los deseos burlados, tras el amargo dolor de un larga separacion, arrójase el niño en el regazo de su madre que empapa con las ardientes lágrimas del arrepentimiento, los acentos de la poesía traen de nuevo á la cuna de su juventud, á la dicha pura de la inocencia, al fujitivo que se habia estraviado en lejanas tierras, restituyéndole á la naturaleza que calienta en sus fieles brazos su corazon helado por la sujecion á reglas.—*Schiller*.

El hombre.

91.—Todo señala en el hombre, aun en el esterior, su superioridad sobre todos los seres vivientes; se mantiene derecho y erguido; su actitud es la del mando; su cabeza contempla el cielo, y presenta una faz augusta en la cual está impreso el sello de su dignidad, y pintada por la fisonomía la imájen del alma; la escelencia de su naturaleza traspira á través de los órganos materiales y anima con fuego divino los rasgos

de su rostro; su porte majestuoso, su andar firme y animado proclaman su nobleza y rango; toca la tierra con sólo sus estremidades mas lejanas, y no la ve sino de lejos, semejando desdeñarla; los brazos no le han sido dados para servir de pilares, de sosten á la mole del cuerpo; su mano no debe hollar la tierra, y perder con un continuo roce la delicadeza del tacto, cuyo principal órgano es ella; el brazo y la mano son hechos para usos mas nobles; para ejecutar los mandatos de la voluntad, asir las cosas lejanas, apartar los obstáculos, precaver el encuentro y choque de cuanto podria dañarle, abrazar y retener lo que puede agradar, poniéndolo al alcance de los otros sentidos.

Cuando el alma está tranquila, todas las partes del rostro se hallan en estado de reposo; su proporcion, union, conjunto, manifiesta todavía suficientemente la dulce armonía de los pensamientos, y corresponden á la calma interior; pero, cuando el alma está ajitada, la faz del hombre se torna en un cuadro vivo, donde las pasiones están diseñadas con tanta delicadeza como enerjía, donde cada movimiento del alma está espresado por un rasgo, cada accion por una manifestacion cuya viva y rápida impresion se adelanta á la voluntad, revelando y manifestando en el esterior, y con signos patéticos, las imájenes de nuestras secretas ajitaciones.

En los ojos sobre todo es donde se pintan y pueden ser reconocidas; el ojo pertenece al alma mas que ningun otro órgano; parece tocarla y participar en todos sus movimientos, espresando sus mas vivas pasiones y mas tumultuosas emociones, así como los movimientos mas dulces y sentimientos mas delicados; los espresa en toda su fuerza, en toda su pureza, cual acaban de nacer, y los trasmite por rápidos rasgos á otra alma que se impresiona con el fuego y accion que lo animan; el ojo recibe y refleja al mismo tiempo la luz del pensamiento y el calor del sentimiento; es el sentido del espíritu y la lengua de la intelijencia.—*Buffon.*

El caballo.

92.—La mas noble conquista que haya hecho el hombre es la de ese soberbio y fogoso animal, que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; tan intrépido como su dueño, el caballo ve el peligro y lo afronta; acostúmbrase al ruido de las armas, lo ama, lo busca y se anima del mismo ardor: comparte tambien sus placeres; en la caza, en los torneos, en la carrera, brilla, chispea. Pero, dócil al par de animoso, no se deja arrebatar por sus brios; sabe reprimir sus movimientos: no sólo se doblega bajo la mano del que le guia, sino que parece consultar sus deseos, y obedeciendo siempre á las impresiones que de él recibe, se precipita, se modera, ó se para; es una criatura que renuncia á su ser para no existir mas que para la voluntad de otro á la que sabe aun anticiparse; que, por la prontitud y certeza de sus movimientos, la espresa y la ejecuta; que siente tanto como se desea, y no hace mas que lo que se quiere; que, entregándose sin reserva, á nada se niega, sirve con todas sus fuerzas, se escede y aun muere para mejor obedecer.

Ved ahí el caballo cuyas habilidades han sido desarrolladas, cuyas cualidades naturales han sido perfeccionadas por el arte, que, desde la mas temprana edad, ha sido cuidado, y en seguida, ejercitado, amaestrado al servicio del hombre: en plena libertad empieza una educacion que una dura sujecion termina. La esclavitud ó domesticidad de estos animales es tan universal, tan antigua, que raras veces los vemos en su estado natural; siempre están, en sus trabajos, cubiertos de arneses; jamás se les alivia de todas sus trabas, ni aun en las horas de descanso; y si se les deja á veces vagar libremente por las praderas, siempre llevan allí los indicios de la servidumbre, y á menudo las crueles señas del trabajo y del dolor; la boca está deformada

por los pliegues que le ha causado el freno ; cubiertos de llagas los hijares, ó surcados de cicatrices abiertas por la espuela; sus brazos atravesados con clavos. La actitud del cuerpo aun está molestada por la impresion persistente de las acostumbradas trabas : en vano se les quitaria estas, no se hallarian por eso mas libres: aun aquellos que la esclavitud trata con particular dulzura, que se alimentan, que se mantienen únicamente para el lujo y la magnificencia, y cuyas doradas cadenas mas sirven para la vanidad de sus dueños que para adornarlos, hállanse todavía mas deshonrados por la elegancia de su copete, por las trenzas de sus crines, por el oro y la seda con que se les cubre, que por sus herraduras.

La naturaleza es mas bella que el arte ; y en un ser animado la libertad de movimiento constituye la bella naturaleza. Ved esos caballos que se han multiplicado en las comarcas de la América española, y viven en plena libertad : su andar, su galope, sus brincos, no son ni violentados, ni mesurados : ufanos de su independencia, huyen de la presencia del hombre, cuyos cuidados desdeñan; buscan y hallan ellos mismos el alimento que les conviene : vagan, retozan libremente por inmensas praderas, donde cojen las nuevas producciones de una primavera siempre nueva; sin habitacion fija, sin otro albergue que el de un cielo sereno, respiran un aire mas puro que el de esos palacios abovedados, donde los encerramos, apiñados en estrechos sitios. De ello resulta que esos caballos salvajes son mucho mas fuertes, mas lijeros, mas nervudos que la mayor parte de los caballos domésticos ; tienen lo que da la naturaleza : fuerza y nobleza ; los otros solo tienen lo que puede dar el arte ; destreza y gracia —*Buffon.*

El perro.

93.—El perro, fiel al hombre, conservará siempre parte del dominio, un grado de superioridad sobre los demas animales; él mismo reina á la cabeza de un rebaño, del que se hace oir mejor que la voz del pastor: la seguridad, el órden y la disciplina son el fruto de su vijilancia y actividad; es un pueblo que le está sometido, que conduce, que proteje, y contra el cual jamás emplea la fuerza sino para mantener la paz. Pero, en la guerra y contra los animales enemigos ó independientes, es cuando brilla sobre todo su valor y que se despliega toda entera su intelijencia.

Las dotes naturales se reunen aquí á las cualidades adquiridas. Luego que se deja oir el ruido de las armas, luego que el sonido de la trompa ha dado la señal de una próxima embestida, ardiendo en nuevos brios, el perro manifiesta su júbilo por los mas vivos arrebatos; anuncia, por sus movimientos y gritos, su anhelo por combatir y su deseo de vencer; marchando despues con cautela y sin meter ruido, trata de reconocer el país, de descubrir, sorprender al enemigo en su retiro; busca sus huellas, las sigue paso á paso, y con acentos diferentes, indica el tiempo, la distancia, la especie y aun la edad de aquel que persigue.

El perro, ademas de la belleza de su forma, de la vivacidad, fuerza y lijereza, tiene en el mas alto grado todas las cualidades interiores que pueden atraerle el cariño del hombre. Un natural ardiente, colérico, aun feroz y sanguinario, que en el perro salvaje infunde recelos á todos los animales, cede, en el perro doméstico á los sentimientos mas cariñosos, al placer de apegarse y agradar; viene, arrastrándose, á poner á los piés de su dueño su valor, su fuerza, sus habilidades; aguarda sus órdenes para ejecutarlas; le consulta, le interroga, le suplica; basta con una mirada, pues comprende los signos de su voluntad; sin tener, como el hombre, la

luz del pensamiento, tiene todo el calor del sentimiento; posee en mayor grado que éste, la fidelidad, la constancia en sus afecciones; ninguna ambicion, ningun interés, ningun deseo de venganza, ningun temor sino el de desagradar; él es todo zelo, todo ardor y todo obediencia; mas sensible al recuerdo de los buenos oficios, que al de los ultrajes, no se desalienta á causa de los malos tratos; los sufre, los olvida, ó los recuerda únicamente para apegarse mas; lejos de irritarse ó huir, se espone de por sí á nuevas pruebas; lame esa mano, instrumento de dolor, que acaba de pegarle, no oponiéndola mas que quejidos, y desarmándola con su resignacion y rendimiento.—*Buffon.*

El pájaro-mosca.

94.—Entre todos los seres animados, hé aquí el de mas elegante forma y de mas brillantes colores. Las piedras y los metales pulidos por el arte no pueden equipararse á esta joya de la naturaleza. Esta le ha colocado en el postrer grado de magnitud entre las aves, colmándolo en compensacion de todos los dones que no ha hecho mas que repartir entre estas, dotándole con cariñosa mano, de lijereza, rapidez, soltura, gracia y ricos atavíos, haciendo de él, en una palabra, su obra maestra. La esmeralda, el rubí, el topacio brillan en su vestidura, que nunca mancha con el polvo de la tierra, pues en su vida toda aérea, vésele apenas tocar por instantes el césped; vaga siempre por el aire, volando de flor en flor; tiene su frescura y su brillo, vive de su néctar, y habita en los paises donde ellas perpetuamente se renuevan.

Hállanse en las comarcas mas cálidas del nuevo mundo todas las especies asaz numerosas de pájaros-moscas, que por lo visto, están confinadas entre los dos trópicos, pues aquellos que, en el verano, penetran en las

zonas templadas, sólo quedan en ellas poco tiempo: parecen seguir el sol, avanzar, retirarse con él, y volar en ala de los céfiros en pos de una eterna primavera.

En cuanto al volúmen, las pequeñas especies son inferiores en altura al tábano, y en grosor al moscardon. Su pico es una aguja fina, y su lengua un hilo delgado; sus ojitos negros remedan dos puntitos relucientes; las plumas de sus alas son tan ténues que parecen ser trasparentes; apenas si se ve sus piés, ¡ tan pequeños y diminutos son ! poco se sirven de ellos, pues no se posan mas que para pasar la noche, dejándose de dia arrebatar por los aires; su vuelo es contínuo, zumbante y veloz. El movimiento de sus alas es tan rápido, que se diria que el pajarillo, al detenerse en el aire, no tan solo está inmóvil, sino tambien sin accion alguna; vésele así algunos instantes delante de una flor, y luego partir como una flecha para volar hácia otra; á todas visita, hundiendo en su seno su lenguita, acariciándola con sus alas, sin fijarse jamás en ninguna, y tambien sin abandonarlas jamás; no precipita sus veleidades mas que para satisfacer con mas amplitud sus pasiones y multiplicar sus inocentes goces, pues vive, ese caprichoso amante de las flores, á espensas de ellas, pero sin ajarlas: conténtase con libar su miel, para lo cual parece únicamente destinada su lengua.

Nada iguala la vivacidad de esos pajarillos, á no ser su coraje, ó mas bien su osadía; véseles perseguir con furia á pájaros veinte veces mas gruesos que ellos, aferrarse á su cuerpo, y dejándose arrebatar por su vuelo, picotearlos con indecible rabia, hasta dejar saciado su furorcillo. Aún promueven entre sí reñidos combates. La impaciencia parece ser el elemento de su vida; si se acercan á una flor, y la encuentran marchita, arráncanle los pétalos con una precipitacion que indica su despecho. Su voz sólo consiste en un gritito: *screp*, *screp*, frecuente y repetido, el que dejan oir en los bosques desde el amanecer, hasta que, á los primeros rayos del sol, toman su vuelo y se dispersan por los campos.—*Buffon.*

CARACTÉRES, RETRATOS, PARALELOS.

Washington y Bonaparte.

1.—Washington no pertenece como Bonaparte á esa raza que escede la estatura humana. Nada asombroso se encuentra en su persona; no está colocado en un inmenso teatro; no lucha con los capitanes mas hábiles de la época; no corre de Menfis á Viena, de Cádiz á Moscou; defiéndese únicamente con un puñado de ciudadanos en un suelo desconocido, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No empeña aquellos combates que renuevan los triunfos de Arbeles y de Farsalia; no derriba los tronos para levantar otros con sus despojos; no hace decir á los reyes, en la puerta de sus palacios:

"¡Que se hacen esperar demasiado y que Atila se fastidia!!"

Un velo misterioso envuelve las acciones de Washington; obra con calma: diríase tal vez que se siente encargado de la libertad del porvenir y que teme comprometerla. No son sus destinos propios los que entraña este héroe de nuevo temple: son los de su país; y no se permite arriesgar lo que no le pertenece. Pero, ¡cuánta luz va á salir de esta profunda humildad! Buscad los montes donde brilló la espada de Washing-

ton, ¿qué encontrais? ¿sepulcros? ¡No! un mundo!! Washington ha dejado los Estados Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de este grave Americano: combate con estruendo en un antiguo continente y no quiere crear mas que su fama, y solo se preocupa de su propia suerte. Parece conocer que su mision será corta, que el torrente que desciende de tan altas cumbres se escurrirá pronto; por eso se apresura á gozar y abusar de su gloria, como de una juventud fujitiva. Semejante á los dioses de Homero, pretende llegar en cuatro pasos al fin del mundo. Aparece sobre todas las riberas; inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja coronas á su familia y á sus soldados; se da prisa en levantar sus monumentos, dictar leyes y obtener victorias. Inclinado sobre el mundo, con una mano derriba los reyes y con la otra abate al jigante de la revolucion; pero, aplastando la anarquía, ahoga la libertad, y acaba al fin por perder la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia; majistrado en reposo, duérmese bajo su techo en medio del pesar de sus compatriotas y de la veneracion de los pueblos.

Bonaparte arrebata su independencia á una nacion; emperador destronado, es arrojado al destierro, donde el espanto del mundo no le cree bastante aprisionado bajo la guardia del Océano—Muere: y esta noticia, pregonada en la puerta del palacio ante la cual el conquistador hizo proclamar tantos funerales, no detiene ni admira al transeunte: ¿Qué tenian que llorar los ciudadanos?

Washington ha sido el representante de las necesidades, de las ideas, de las luces, de la opiniones de su época; ha secundado los espíritus en vez de contrariarlos; ha querido lo que debia querer: lo mismo á

que era llamado: de allí la coherencia y la perpetuidad de su obra. Este hombre que asombra poco, porque se mantiene en justas proporciones, ha confundido su existencia con la de su país; su gloria es el patrimonio de la civilizacion; su fama se levanta como uno de esos santuarios públicos donde mana una fuente fecunda é inagotable.

Bonaparte podia igualmente enriquecer el dominio comun; obraba sobre la nacion mas intelijente, mas belicosa y mas brillante de la tierra; ¿cuál seria el rango ocupado hoy por él, si á lo que tenia de heróico hubiese unido la magnanimidad; si, siendo Washington y Bonaparte á la vez, hubiera nombrado la libertad heredera de su gloria?

Pero esté jigante no ligaba sus destinos á los de sus contemporáneos: su jenio pertenecia á la edad moderna, su ambicion á los tiempos antiguos. No se apercibió de que los milagros de su vida escedian al valor de una diadema, y que este ornamento gótico le sentaba mal. Ya se precipitaba sobre el porvenir, ya retrocedia hácia el pasado; y sea que remontaba ó siguiese el curso del tiempo, por su fuerza prodijiosa arrastraba ó repelia las olas. Los hombres no fueron para él sino un medio de poder; ninguna simpatía hubo entre su dicha y la de ellos; prometió darles la libertad, y los encadenó; aislóse de ellos, y se alejaron de él. Los reyes de Egipto levantaban sus fúnebres pirámides, no en medio de las florecientes campiñas, sino entre las estériles arenas; y aquellos inmensos monumentos se elevan como la eternidad en la soledad: Bonaparte ha construido á semejanza suya el monumento de su fama!—*Chateaubriand.*

Franklin.

2.—" Nacido en la indijencia y en la oscuridad, dice Franklin al escribir sus memorias, y habiendo pasado en ellas mis primeros años, me he elevado en el mundo á un estado de opulencia, y adquirido alguna celebridad. Como la fortuna ha continuado favoreciéndome hasta una época ya avanzada de mi vida, mis descendientes se complacerán tal vez en conocer los medios que he empleado para ello, y que, gracias á la Providencia, me han servido tan bien: y pueden proporcionar útiles lecciones á algunos de ellos, que hallándose en circunstancias semejantes, creyesen deber imitarlos."

Lo que Franklin dice á sus hijos, puede ser útil á todo el mundo. Su vida es un modelo. Todos pueden aprender algo en ella, el pobre como el rico, el ignorante como el sabio, el simple ciudadano como el hombre de Estado. Ofrece, sobre todo, enseñanzas y estímulos á los que, nacidos en humilde condicion, sin apoyo y sin fortuna, desean vivamente mejorar su suerte, y buscar los medios de distinguirse entre sus semejantes. Verán allí como el hijo de un pobre artesano, que ha trabajado tambien largo tiempo con sus manos para vivir, llegó á la riqueza á fuerza de labor, prudencia y economía: como formó él solo su espíritu en los conocimientos mas adelantados de su tiempo, y doblegó su alma á la virtud por cuidados y con un arte que ha querido enseñar á los demás; como hizo servir su ciencia inventiva y su respetada honradez, al progreso del jénero humano y á la felicidad de su patria.

Pocas carreras han sido tan plena, tan virtuosa, tan gloriosamente llenas como la de este hijo de un tintorero de Boston, que comenzó por colar sebo en moldes de velas, se hizo luego impresor, redactó los primeros diarios americanos, estableció las primeras manufactu-

ras de papel en aquellas colonias, acrecentando su civilizacion material é intelectual; descubrió la identidad del fluido eléctrico y del rayo: fué nombrado miembro de la Academia de ciencias de Paris y de casi todas las corporaciones científicas de Europa; fué cerca de la metrópoli el animoso ajente de las colonias sumisas; cerca de Francia y España el feliz negociador de las colonias revolucionarias, y se colocó al lado de Jorje Washington, como fundador de su independencia; en fin, despues de haber practicado el bien durante ochenta y cuatro años, murió rodeado del respeto de ambos mundos, como un sabio que habia estendido el conocimiento de las leyes del universo, como un gran hombre que habia contribuido á la emancipacion y á la prosperidad de su patria, y mereció no solamente que la América entera llevase luto por él, sino que la Asamblea constituyente de Francia se asociara á aquel luto por un decreto público.

No es fácil, sin duda, que los que mejor conozcan á Franklin lleguen á igualarle. El jenio no se imita; es necesario haber recibido de la naturaleza los mas bellos dones del espíritu y las mas fuertes cualidades del carácter para dirijir á sus semejantes é influir tan considerablemente sobre los destinos de su país. Pero, si Franklin ha sido un hombre de jenio, ha sido tambien un hombre de buen sentido; si ha sido un hombre virtuoso, ha sido tambien un hombre honrado; si ha sido un hombre de Estado glorioso, ha sido tambien un ciudadano enteramente consagrado al servicio de su patria: bajo este aspecto del buen sentido, de la honradez, de la abnegacion, puede enseñar á todos los que lean su vida á servirse de la intelijencia que Dios les ha dado para evitar los estravíos de las ideas falsas; de los buenos sentimientos que Dios ha depositado en su alma, para combatir las pasiones y los vicios que nos hacen desgraciados y pobres. Los beneficios del trabajo, los felices frutos de la economía, el hábito saludable de una reflexion prudente que precede y di-

rije siempre la conducta, el deseo loable de hacer bien á los hombres, preparándose de este modo la mas dulce de las satisfacciones y la mas útil de las recompensas, el contentamiento de sí mismo y la buena opinion de los demás: hé ahí lo que cualquiera puede beber en esa lectura.

Pero hay tambien en la vida de Franklin bellas lecciones para aquellas naturalezas fuertes y jenerosas que deben levantarse sobre los destinos comunes. No ha cultivado su jenio sin dificultad ni fortificádose en la virtud sin esfuerzo, ni sido útil á su país y al mundo sin un trabajo tenaz. Merece ser tomado como guia por esos privilejiados de la Providencia, por esos nobles servidores de la humanidad á quienes se llama grandes hombres. Por ellos avanza cada vez mas el jénero humano hácia la ciencia y la felicidad. Llenan pronto con el don de sus ideas, con el beneficio de sus descubrimientos, con la fecunda enerjía de su impulso, el intervalo de la distancia que les separa de los demás hombres, y que estos habian estado desde luego tentados de maldecir. Levantan poco á poco hasta su nivel á los que no habian podido llegar hasta allí. Les hacen participar así de su benéfica desigualdad, que se trasforma muy pronto para todos en una igualdad de órden superior. En efecto, despues de algunas jeneraciones, lo que era el jenio de un hombre se convierte en el buen sentido del jénero humano, y una novedad atrevida se cambia en uso comun. Los sabios y los hábiles de los diversos siglos acrecentan sin cesar ese tesoro comun en que bebe el jénero humano, que habria quedado, sin ellos, en su pobreza primitiva, es decir, en su ignorancia y su debilidad. Estimulemos, pues, la verdadera ciencia, porque no hay verdad que, destruyendo una miseria, no mate un vicio. Honremos á los hombres superiores, y propongámoslos como modelos; porque eso importa preparar otros semejantes, y jamás tuvo el mundo mayor necesidad de ellos.—*Mignet.*

Lincoln.

3.—La trájica muerte de Lincoln, elevándolo á la categoría de los mártires, y colocando uno al frente de la emancipacion, como si, para levantar la parcial maldicion de Noé, hubiese sido necesaria una víctima espiatoria, ha adelantado el dominio de la historia y la accion de la posteridad hasta la puerta de su fresca tumba. Lincoln ha completado á los Estados Unidos como gobierno, sometido á la prueba del conflicto intestino, y sacándolo ileso; como asociacion, ha borrado la tacha que empañaba sus libertades con la abolicion de la esclavitud; como pueblo, llegando al poder por solo el influjo de la palabra, del convencimiento, y trayendo consigo á la Presidencia, al pueblo trabajador con ásperas y honradas manos, pero con intelijencia cultivada; mostrando al mundo completa ya la revolucion democrática á que marcha fatalmente, en el hecho de ser gobernado por el pueblo, para el pueblo, con el pueblo; bien es verdad que ese pueblo por la difusion de la enseñanza, por los raudales de luz que derrama la prensa, por los debates del jurado, el *speech* del *meeting*, el discurso de la Lejislatura, el mensaje y la proclamacion razonada del Presidente, se llama Franklin, Webster, Clay, Chase, Grant, Douglass, Jackson, Lincoln, Johnson, todos del pueblo llano, enérjico, instruido y capaz de elevarse con el trabajo, con la paciencia, con el talento, con el patriotismo, como móviles, hasta la altura de los mas grandes próceres que honran á la humanidad.

Detrás de Washington viene al espíritu invenciblemente el nombre de Lincoln, el que termina la obra liberatriz que el señor aristócrata del Sur no se atrevió á acometer; el que realiza sus previsiones de grandeza futura; y lanza á los Estados-Unidos en el mar proceloso de la historia contemporánea, como veiamos lanzar ayer al Dunderberg en las olas del Hudson, la mayor de las simbólicas naves, encorazada, tripu-

lada por cuarenta millones de marinos que pueden ser pilotos, con todas las máquinas é invenciones que encierra aun el jigantesco cerebro de la República; porque esta gran fuerza intelectual y material la ha acumulado en solo ochenta años, y la presenta hoy á las miradas del mundo, como muestra de su poder creador, y no como coercion, como ejemplo y como modelo, y no como fuerza compulsiva.—*D. F. Sarmiento.*

Moreno y Belgrano.

1.—Moreno subordinó la revolucion á su jenio, y Belgrano, infatigable obrero de la libertad y del progreso, se puso á su servicio. El uno era el hombre de las grandes vistas políticas, de las reformas atrevidas, de la iniciativa y de la propaganda revolucionaria en todo sentido; el otro era el hombre de los detalles administrativos, de la labor paciente, dispuesto igualmente á ser el héroe ó el mártir de la revolucion, segun se lo ordenase la ley inflexible del deber.

Belgrano era el yunque de la Junta: Moreno el martillo. Un vínculo comun unia á estas dos naturalezas opuestas: el interés por la instruccion pública. Miéntras Moreno fundaba la Biblioteca Pública y trazaba á grandes rasgos un programa de educacion popular, para impedir, segun decia él, que la sociedad se barbarizase por la tendencia invencible que la arrastraba á los campos de batalla, Belgrano, reanudando sus antiguas tareas, promovia en el gobierno la creacion de una "Academia de Matemáticas" para ilustrar á los militares, la que se estableció en el mismo salon del Consulado, donde antiguamente habia organizado su "Escuela de Náutica" y su "Academia de Dibujo." Belgrano, nombrado protector de ella, decia en su dis-

curso inaugural: "En este establecimiento hallará el jóven que se dedica á la honrosa carrera de las armas, por sentir en su corazon aquellos afectos varoniles, que son los introductores al camino del heroismo, todos los auxilios que puede suministrar la ciencia matemática, aplicada al arte mortífero, bien que necesario de la guerra."—*Bartolomé Mitre.*

San Martin y Bolivar.

5.—Los guerreros mas notables de la América moderna española, Bolívar y San Martin, sólo se tocan por los propósitos de su carrera y por la gloria que les cupo en la lucha de la independencia. Como hombres, son mas bien dos contrastes que dos analojías. Caractéres encontrados, talentos de temple desigual, naturalezas subordinadas á diversos impulsos, se colocaron una vez uno frente al otro, y al darse los brazos como hermanos en la victoria, se repelieron, advirtiendo que no pertenecian á la misma familia segun las leyes que la naturaleza ha establecido para eslabonar por la simpatía á los seres intelijentes.

El uno anhelaba, sediento de ruido y esplendor, á subordinarlo todo á su personalidad y á su fama. Esforzábase el otro por hacer impersonales sus proezas y esquivaba sus sienes á los laureles mejor merecidos.

El uno escala el Chimborazo para que resuene mas desde la altura su *Delirio*; el otro, silencioso, como un cometa describe su curva sobre las cumbres de los Andes, deseoso de no ser sentido. El uno vence, destruye, aniquila impaciente; el otro economiza la sangre y las cosas, crea y administra.

Bolívar es el vengador exasperado por los escesos de la guerra á muerte; San Martin el realizador con

la espada de los severos principios de los pensadores de Mayo. El primero resucita un mundo para darle su nombre; el segundo redime á los pueblos de la servidumbre para que la gran patria americana cuente con ciudadanos y no con esclavos.

El sol que calentó la cuna de San Martin es tibio en comparacion del que ardió sobre la de Bolívar. Este nace opulento y mimado en una ciudad capital; aquel en la sévera economía del hogar de un soldado, en una aldea sometida al réjimen monacal de la célebre sociedad de Jesus.

El uno tiene por maestro y mentor á un visionario, cuya razon desgreñada no conoce freno al apetito de las novedades: el otro se educa en un colejio austero bajo la disciplina del compás y la escuadra del jeómetra.

El hijo de Carácas pasea su primera juventud por las plazas de las ruidosas cortes de la Europa estranjera; mientras el nativo de las Misiones gasta sus tiernos años en los campamentos de los ejércitos de un pueblo desgraciado, invadido por un usurpador injusto, y que defiende su independencia á esfuerzos de patriotismo y de virtud....

Ambos, al fin, son víctimas del ostracismo. San Martin se retempla y prolonga en él sus dias por la resignacion magnánima y la digna espera en la justicia futura; mientras que Bolívar, á semejanza del gran desventurado de la fábula, se deja devorar las entrañas por el buitre de la desesperacion.—*Juan María Gutierrez.*

El Jeneral Paz.

6.—Lavalle, Madrid, y tantos otros son arjentinos siempre, soldados de caballería, brillantes como Murat, si se quiere; pero el instinto gaucho se abre paso

por entre la coraza y las charreteras. Paz es militar á la europea: no cree en el valor si no se subordina á la táctica, á la estratejia y á la disciplina; apenas sabe andar á caballo; es además manco y no puede manejar una lanza. La ostentacion de fuerzas numerosas le incomoda; pocos soldados, pero bien instruidos. Dejadle formar un ejército; esperad que os diga: ya está en estado, y concededle que escoja el terreno en que ha de dar la batalla, y podeis fiarle entónces la suerte de la República. Es el espíritu guerrero de la Europa hasta en el arma en que ha servido: es artillero y por tanto matemático, científico, calculador. Una batalla es un problema que resolverá por ecuaciones, hasta daros la incógnita, que es la victoria. El jeneral Paz no es un jenio como el artillero de Tolon, y me alegro de que no lo sea; la libertad pocas veces tiene mucho que agradecer á los jenios; es un militar hábil, y un administrador honrado que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia lo que otros aguardan de la fuerza brutal.—*D F. Sarmiento.*

El Jeneral Madrid.

7.—Es el Jeneral Madrid uno de esos tipos naturales del suelo arjentino. A la edad de 14 años empezó á hacer la guerra á los españoles, y los prodijios de su valor romanesco pasan los límites de lo posible; se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de Madrid ha salido mellada y destilando sangre: el humo de la pólvora y los relinchos de los caballos lo enajenan materialmente, y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda. Decia que es un tipo natural de aquel

país, no por esta valentía fabulosa, sino porque es oficial de caballería, y poeta además. Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras, el cantor de que hablé en otra parte; es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado á la libertad. Desgraciadamente, no es un jeneral *cuadrado* como lo pedia Napoleon; el valor predomina sobre las otras cualidades del jeneral en proporcion de ciento á uno. Y si nó, ved lo que hace en Tucuman: pudiendo, no reune fuerzas suficientes, y con un puñado de hombres presenta la batalla, no obstante que lo acompaña el Coronel Diasvelez, poco menos valiente que él. Facundo traia doscientos infantes y sus Colorados de caballería: Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y á Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino despues de concluido todo. Queda la infantería en columna cerrada; Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto; él solo atropella la masa de infantería; voltéanle el caballo, se endereza, vuelve á cargar; mata, hiere, acuchilla todo la que está á su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infantería. Todavía en el suelo, le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo ademas con el fogonazo. Facundo vuelve al fin á recuperar su *bandera* negra que ha perdido y se encuentra con una batalla ganada y Madrid muerto, bien muerto. Su ropa está ahí; su espada, su caballo nada falta, escepto el cadáver, que no puede reconocerse entre los muchos mutilados y desnudos que yacen en el campo. El Coronel Diasvelez, prisionero, dice que su hermano tenia una lanzada en una pierna; no hay cadáver allí con herida semejante.

Madrid, acribillado de once heridas, se habia arrastrado hasta unos matorrales, donde su asistente lo encontró deliirando con la batalla, y respondiendo al

ruido de pasos que se acercaban: "¡no me rindo!" Nunca se habia rendido el Coronel Madrid hasta entónces.

Hé aquí la famosa accion del Tala, primer ensayo de Quiroga fuera de los términos de su provincia.—*D. F. Sarmiento.*

El Jeneral Las Heras.

8.—Hay héroes de circunstancias que ocupan y abandonan bulliciosamente la escena de la historia; héroes que á veces aparecen grandes á los ojos de sus contemporáneos, mas bien por el medio en que viven y los accesorios que los rodean, que por sus propias cualidades y por sus propias acciones.

Estos son los héroes teatrales de la historia.

Ellos necesitan para brillar de las luces artificiales de la popularidad pasajera. Solo se estimulan con los aplausos de la calle y de la plaza pública. Para ellos no hay elocuencia posible sino en lo alto de la tribuna y en medio de una pomposa decoracion, ni heroismo sino en presencia de millares de testigos. Esclavos de ajenas pasiones y de su propia vanidad, solo conciben la gloria en un carro triunfal arrastrado por adoradores, y prefieren una corona de carton dorado, con tal que todos la tomen por oro de buena ley, á la inmortal corona del laurel sagrado que solo resplandece en la oscuridad de la tumba. Hambrientos de vanagloria, ebrios de aplausos, enfermos de celos y de vanidad pueril, el aplauso de la propia conciencia no llega á sus oidos, la verdadera gloria no les satisface, el silencio los anonada, la soledad los hace creer muertos, y el retiro es para ellos como el vacío de la máquina neumática que apaga los sonidos.

Sobre la tumba de estos nunca se escribió el subli-

me epitafio de Esparta:—" Murieron en la creencia de que la felicidad no consiste ni en vivir ni en morir, sino en saber hacer gloriosamente lo uno y lo otro."

Los hombres grandes por sí mismos, que no trafican con la gloria, para quienes el mando es un deber, la lucha una noble tarea, y el sacrificio una verdadera relijion: los que al abandonar el teatro de la vida pública no tienen que despojarse á su puerta de las galas prestadas de un dia, y queman el aceite de su propia vida en la lámpara de sus vijilias, esos viven en paz y conversan familiarmente con el jenio de la soledad, que en el silencio serena su alma ajitada por las tempestades populares. A esos hombres sienta bien el modesto retiro en que pueden ser estudiados y estimados por lo que en sí valen, despertando la admiracion ó la simpatía por cualidades superiores á los injeniosos prestijios de la prosperidad.

Tales, ó semejantes reflexiones á estas hacia en una hermosa y apacible tarde de verano del año de 1848, atravesando la magnífica alameda de Santiago de Chile, y dirijiéndome á uno de los barrios mas apartados de la ciudad, donde vivia y vive aun el Jeneral D. Juan Gregorio de Las Heras, capitan ilustre y libertador de tres Repúblicas, republicano sencillo y desinteresado, que siendo uno de los héroes mas notables de la epopeya de la independencia americana, vivia tranquilo en el retiro, sin espada, sin poder y sin fortuna.

Iba á pagarle la visita que infaliblemente hace este soldado lleno de cortesía, á todo arjentino que llega á aquel país; y al hacerlo era arrastrado por algo mas que un deber social, pues admirador de sus grandes servicios y virtudes, habia encontrado en él un héroe segun mi ideal, y un hombre segun mi evanjelio.

Al dirijirme á su casa, podia contemplar á la distancia las nevadas cordilleras de los Andes, á cuyo pié está el memorable campo de Chacabuco; y mi vista se perdia en la vasta llanura del Valle de Maipú y los

caminos que desde él conducen al Sur de Chile, donde Las Heras, siguiendo las huellas de San Martin, se habia ilustrado en grandes batallas y gloriosos combates.

Lleno de estas ideas, de estos recuerdos y de este espectáculo grandioso, llegué á su antigua casa de familia, cuya arquitectura pertenece á la época colonial, que era singular que quien mas habia contribuido á destruir aquel réjimen con su espada, hubiese encontrado en medio de tantas ruinas como hizo con ella, un viejo techo con el sello de la dominacion española, donde abrigar su cabeza en el invierno de la vida.....

Es el Bayardo de la República Arjentina, el militar sin miedo y sin reproche, decano del Ejército Arjentino por su edad, por sus servicios y por sus elevadas cualidades morales.

En su avanzada edad y á pesar de las dolencias que le aquejan, conservaba aun cuando le ví por la última vez en Chile en 1850, toda la arrogancia del soldado, y el reflejo de la belleza varonil de sus heróicos años. Su talla es alta y erguida; su ojo negro, profundo y chispeante, respira la firmeza y la bondad, y en sus maneras se nota algo de la habitud del mando, unida á la esquisita cortesanía de los hombres de su tiempo. En aquella época le ví una vez de grande uniforme en medio del Estado Mayor de Chile, y su imponente figura militar eclipsaba á todas, llamando sobre él la atencion del pueblo, que veia en él al representante de sus mas queridas glorias.....

El Jeneral Las Heras no necesita apelar á la posteridad para esperar justicia y afirmar la corona sobre sus sienes. El juicio que el pueblo solo pronuncia en los funerales de sus héroes, ha sido pronunciado ya, para honor y gloria de él y de su patria, por los hijos de la heróica jeneracion á que perteneció, que es la posteridad á que apelaba el Jeneral San Martin, su ilustre maestro y compañero de gloria.—*Bartolomé Mitre.*

El Jeneral Lavalle.

9.—Algo mas que un héroe, porque fué un mártir, Lavalle perteneció á aquellas lejiones inmortales, que destinadas por la Providencia para obrar la rejeneracion de un mundo, escalaron los Andes, repasaron el Maule, ocuparon la ciudad de los Reyes, tomaron la bandera de Pizarro, llegaron á la línea de fuego del Ecuador, pisaron el Brasil, venciendo á los que intentaron oponerse al paso, y contribuyeron á la emancipacion política de cinco Repúblicas, que hoy son naciones libres y soberanas.

Actor distinguido en esa lucha homérica, cábele al Jeneral Lavalle la gloria de haber sido el primero, que al doblar San Martin la Cordillera de los Andes, se desprendió como un torrente de aquella montaña de nieve, para sorprender en sus valles á los soldados españoles, que guarecidos por una valla de granito dormian tranquilos á los reflejos de una apacible luna de verano.

Cábele tambien la de haber sido el árjentino que llevó mas lejos la bandera del 25 de Mayo, paseándola en triunfo por los pueblos de Rio Bamba y Pichincha, y clavándola victoriosa en la cima del Chimborazo.

Su vida puede decirse que es un itinerario glorioso de nuestros gloriosos triunfos. Do quiera que el cañon de la libertad se ha dejado oir en liza caballerosa y leal, la figura del Jeneral Lavalle ha aparecido para aterrar á los tiranos.

Alferez en los muros de Montevideo, Teniente en Putaendo y Chacabuco, Capitan en Maypú y en el Sud de Chile, Sarjento Mayor en Pasco, Comandante en Rio Bamba, Pichincha y Moqueguá, Coronel en Ituzaingo, Jeneral en Navarro, Puente de Marquez, Palmar, Carpintería, Yerbal, Don Cristóbal, Sauce Grande, Tala, Quebracho y Famaiga, se le vió siempre, ter-

rible en la pelea, jeneroso en el triunfo, incontrastable en la derrota.

Dotado de un valor sobrehumano, y una intelijencia superior, Lavalle era tan rápido para concebir como fuerte para ejecutar en los combates.

Educado en el Rejimiento " Granaderos á caballo, " que nunca fué vencido, bajo los principios austeros del Jeneral San Martin, él llevaba siempre la vista alta y el paso mesurado.

Habituado á triunfar de subalterno en los combates de la Independencia, cuando llegó á Jeneral ordenaba una batalla con la misma serenidad que si dispusiera una parada.

Su semblante grave, pero apacible, no se alteraba nunca. Su alma de fuego se volvia de nieve cuando estaba en peligro; así como su voz plateada y dulce se dilataba como el eco del clarin cuando era necesario hacerse oir en las estremidades de la línea.

Razon ha tenido el publicista Sarmiento, cuando, al describir el paso de los Andes, pone al Jeneral San Martin al nivel de Aníbal; mucha el hábil Coronel Mitre, cuando apellida Murat al bizarro Jeneral D. Mariano Necochea, así como nosotros no tenemos menos al asegurar, que el Jeneral Lavalle reunia en sí el arrojo temerario del Bayardo del ejército francés y la serenidad é intelijencia del mariscal Ney, demostrada del modo mas patente al sostener la retirada del ejército grande en el territorio ruso.

El Jeneral Lavalle venciendo con 95 granaderos á 500 soldados españoles en Rio Bamba, acuchillando con 100 en Pasco á 300, cargando con tres escuadrones en el Puente de Marquez á 3000 gauchos, queda á la altura de Murat: cubriendo la retaguardia del ejército patrio despues de los desastres de Moqueguá y Torata, en que dió 20 cargas en tres horas, puede ponerse á la altura del afamado Ney.

En confirmacion de lo que dejamos dicho, citaremos el juicio que el Jeneral San Martin tenia del guerrero

que nos ocupa siendo subalterno, y espresado con motivo de las proezas que habia hecho, como guerrillero, en los combates de Putaendo, Chacabuco y Maipú. A fe que nadie dudará de su competencia para juzgarlo. *Lo que Lavalle haga como valiente*, decia, *muy raro será el que lo imite, y el que le esceda, ninguno;* y el Jeneral Bolivar, con quien estuvo siempre en desintelijencia, por el modo brusco con que el libertador de Colombia acostumbraba tratar á sus jefes, decia con motivo de haberse negado el Jeneral Lavalle, siendo comandante, á obedecer una órden de arresto: *El Comandante Lavalle es un leon, á quien es preciso tener enjaulado para soltarle el dia de la batalla.—Pedro Lacasa.*

San Martin y Alvear.

10.—La petulancia juvenil de Alvear, no podia sobrellevar con paciencia el ademan imperioso, la palabra incisiva y la voluntad de hierro de San Martin, profundamente convencido de su superioridad sobre cuantos le rodeaban, y que apenas se apercibia de los pueriles celos de su competidor. Alvear, con cualidades mas brillantes, aunque menos sólidas que las de San Martin, podia sobreponerse á su antiguo amigo en las oscuras intrigas de la lojia *, ó en el favor pasajero de una ciudad impresionable como la Atenas de la antigüedad. Esto tal vez le hizo creerse superior al

* En los primeros años del siglo XIX, una vasta sociedad secreta, compuesta casi esclusivamente de Americanos, se habia jeneralizado en España con la denominacion de *Sociedad Lautaro de caballeros racionales*, contando entre sus miembros algunos títulos de la alta nobleza española. En Lóndres estaba lo que podia llamarse el *grande oriente* político de la asociacion, y de allí partian todas las comunicaciones para la América.

que desde entonces pudo considerar como su rival. Era el Alcibiades moderno: hermoso, inclinado al fausto y á la ostentacion, fogoso en la tribuna, chispeante en el banquete, bravo si era necesario en el campo de batalla y devorado por la fiebre de la ambicion; en presencia del Anibal americano, tan astuto, tan reservado y tan lleno de fé en el poder de su espada como aquel héroe de la antigüedad cuya mas notable hazaña debia imitar. Alvear tenia inspiraciones súbitas que deslumbraban como un relámpago. San Martin era el vaso opaco de la Escritura, que guardaba la claridad en lo interior de su alma. Estos dos hombres eran los candidatos para jenerales designados por la lojia de Laútaro. Omnipotente en la asamblea, influyente en el gobierno, ramificada en la sociedad, la lojia aspiraba á apoderarse del mando de las armas, para centralizar en sus manos todo el poder moral y material de la República. Tal era tambien la ambicion de San Martin y Alvear, aunque cada cual tuviese en ello distintas miras. El segundo veia que el camino de la gloria militar era tambien el camino del gobierno, y esta tendencia egoista de su ambicion, podia estimularle á obrar grandes cosas; pero no formar un héroe. El primero, aunque no mirase en menos el poder, tenia vistas mas largas, propósitos mas deliberados, aspiraciones mas jenerosas; él buscaba para la revolucion el camino de la victoria, porque la consideraba mal organizada y mal encaminada en el sentido militar. Así es que cuando despues de Ayouma se pensó en Buenos Aires en remover á Belgrano del mando del ejército del Perú, Alvear se presentó como candidato; pero recapacitando sin duda que era peligroso abandonar á San Martin la supremacía de la lojia, cedió á este el poco envidiable mando de un ejército derrotado. San Martin comprendió que se trataba de alejarle para anular su influencia, y se resistió al principió á aceptar; pero, pensando quizá con mas madurez que luchaba en terreno desventajoso para él, y que

en definitiva la supremacía seria del vencedor en los campos de batalla, se decidió á marchar al Perú, abandonando á su rival el imperio de la lojia. Alvear le acompañó hasta la salida de la ciudad y al separarse dijo á sus amigos, riéndose alegremente: "Ya cayó el hombre."

Alvear, libre de la competencia de San Martin y dueño de la mayoría de la lojia, se aprovechó de su ausencia para desenvolver sus proyectos de ambicion. Fué en esta época que se acordó en los consejos secretos centralizar el poder ejecutivo en una sola persona, nombrando un Director supremo para ejercerlo. Este elevado puesto halaga la prematura é inesperta ambicion de Alvear; pero sin bastante prestijio aun, sin un partido que lo apoyase fuera de la lojia, sin títulos para mandar á los demás, hizo que los lojistas, que eran al mismo tiempo los Diputados que debian efectuar la eleccion, se fijasen en su tio D. Gervasio Posadas, preparándose así el camino del poder para más tarde. En seguida se hizo nombrar Jeneral en Jefe de las fuerzas de la capital, y muy luego, del ejército sitiador de Montevideo, á cuyo frente tuvo la gloria de rendir el último baluarte de la dominacion española en el Rio de la Plata, arrebatando este lauro al Jeneral Rondeau, á quien relevó en el mando, en momentos en que la rendicion de la plaza era cuestion de tiempo.—*Bartolomé Mitre.*

Mariano Moreno.

11.—El nombre de D. Mariano Moreno estará para siempre ligado á los oríjenes de nuestra independencia, como lo está en las concepciones humanas, la idea á la forma, el hecho á las intenciones. Y cuando en las

solemnidades patrias miramos brillar la imájen del sol en una de las faces de nuestra bandera, colocamos con el pensamiento en la opuesta, la imájen de aquel gran ciudadano, porque él fué la luz de la revolucion.

Él concentró los instintos del pueblo en su cabeza, y depurándolos en tan vasto y ardiente crisol, presentólos ante el mismo pueblo y ante el mundo como su propósito grande y jeneroso.

Nuestra revolucion nació serena como la aurora de un dia hermoso, y dió sus primeros pasos conducida por la razon y el desprendimiento. Nuestros padres discutieron antes de obrar y no admitieron el sacrificio de la sangre en el altar de la Libertad que fundaban. En Mayo de 1810, el resentimiento y la venganza se trasformaron en heroismo, en accion vigorosa la apatía colonial, en patriotismo la antigua fidelidad, los vasallos en señores de sus destinos, y brotaron, como por encanto, ejércitos, instituciones liberales, sentimientos de nacionalidad, y todos los elementos que constituyen la Patria.

Si un pueblo sacude su yugo antiguo con tanta dignidad, es porque se siente fuerte en la justicia de su resolucion, porque la virtud, que es la fuerza por escelencia, le preside en sus actos.

Esa fuerza y esa virtud, tuvieron por fortuna su representante en D. Mariano Moreno, miembro del primer gobierno revolucionario.

Comenzó á desempeñar sus delicadas funciones á la edad de treinta años con toda la precoz madurez de sus aventajadas facultades. Brioso de carácter, elocuente, avezado á las luchas de la lójica y del derecho en las discusiones forenses, reunia en su persona otras cualidades que le hacian simpático y popular. Brillaba en su abierta fisonomía la iluminacion del jenio, y la rica sangre de la juventud circulaba en su rostro, bajo una tez blanca y trasparente, como la savia de una planta lozana.

Este atleta bajó á la arena en toda la plenitud de

sus fuerzas, acendradas en la austeridad del hogar y de los estudios serios. Hijo escelente, padre afectuoso, agradecido discípulo, unia á una virjinidad de sentimientos á la antigua, el atrevimiento y la audacia que inspiran las ideas que son la gloria de los tiempos modernos.

Su personalidad se eclipsa dentro de su idea, como el núcleo de un cometa en su atmósfera luminosa. La posteridad y la historia, no él, le colocan entre los primeros hombres de la independencia y le conceden su papel principal de revelacion y de iniciativa en el drama de la revolucion. No aspira á mandar sino á dirijir. Piensa recta y jenerosamente para que el pueblo pueda gobernarse á sí propio con acierto. Quiere como borrar hasta los nombres propios de los mandatarios, para que la autoridad que preside los nuevos destinos de la patria, se sienta como influencia benéfica y no se palpe como cosa material, aspirando á dotarla, en su noble exaltacion democrática con los atributos de una entidad sobrehumana.

Moreno no tenia confianza sino en las fuerzas morales, y quiso traerlas al gobierno y darlas al pueblo como palanca para remover los obstáculos que la marcha de la Revolucion iba á encontrar en su camino.

Y como entre aquellas fuerzas, la mas poderosa es la prensa (instrumento hasta entonces vedado á los hijos de la Colonia para ventilar las cuestiones políticas y los intereses sociales), el Secretario de la Junta se constituyó voluntariamente en redactor de "La Gaceta," colocando al frente de sus escritos uno de aquellos magníficos arranques de amor á la libertad que son tan frecuentes en las inmortales pájinas de Tácito. Este periódico nació con el nuevo réjimen proclamando los tiempos "en que era dado pensar y manifestar sin trabas el pensamiento."

La prensa se hizo desde entónces militante y popular. Los anteriores ensayos periodísticos se arrastraban tímidos por las sendas de la erudicion, y apenas

si una que otra chispa de luz derramaba á favor de los intereses públicos. Los talentos y el patriotismo de Vieytes y de Belgrano, no habian conseguido interesar al pueblo en la contemplacion de su propio destino, y los tipos de nuestra única imprenta aparecian yertos sobre el papel como el metal de que estaban fundidos.

La "Gaceta" demolia y creaba al mismo tiempo. Fué el ariete asestado contra las murallas de la tiranía retrógrada del Vireinato, y la fuerza que levantaba sobre el cimiento de la libertad al pueblo que surjia del seno de los Cabildos abiertos. ¡Qué hermosa era la patria que pintaba la pluma del ilustre redactor! ¡Cuán orgulloso se sentia todo arjentino al reconocerse hijo de esa Patria y árbitro de fraguarse su propia felicidad ejerciendo derechos que ántes no habia comprendido!

La ciencia de la política amaneció entre nosotros y se popularizaron sus aplicaciones. Súpose entónces lo que era una sociedad entregada á sí misma y libre del freno pesado y de las riendas mezquinas manejadas por un elejido de la casualidad desde las remotas orillas del Manzanares. Discutiéronse las diversas formas de gobierno á que pueden someterse los hombres en sociedad, y las Provincias convocadas por la primera vez á un Congreso vieron con sorpresa que los habitantes podian dignificarse hasta el punto de dar fuerza de ley á aquellas aspiraciones mas en consonancia con sus intereses y bienestar.

Bajo el influjo de tan hábil piloto la Revolucion no podia naufragar. El rumbo estaba dado á la mejor estrella, y por muchos desvios que hubiera de esperimentar la nave de la República, tenia forzosamente que llegar á la democracia.

Esta fué la obra de D. Mariano Moreno. El pueblo habia conseguido su independencia; pero aquel gran patriota le preparó el porvenir republicano que es hoy su modo de ser definitivo.—*Juan María Gutierrez.*

.... Hácia 1765, las tempestades del Cabo de Hornos arredraban para doblarlo á la tripulacion de un navio. Mal afortunada no obstante, en el Estrecho de Magallanes, que escojió para pasar, naufragó en él, siendo arrojados sobre la *Tierra del Fuego* un centenar de viajeros, destituidos de todo recurso que no fuera la plegaria y su enerjía.—Hambrientos y helados, emplearon, á pesar de tan crudas fatigas, largos meses en construir un nuevo buque, en el cual, desistiendo de su viaje al Perú, dieron rumbo hácia el Rio de la Plata.—Uno de los náufragos de la Concepcion se estableció en Buenos Aires. Su primer hijo se llamó Mariano.

A la sombra del techo paterno, embellecido por la presencia radiosa de una madre santa, aquel espíritu, fiero desde la infancia y susceptible de toda pasion grandiosa, se desenvolvia con estraordinaria rapidez, robustecido por un sentimiento relijioso eficaz y vívido, y diariamente adquiria mayor elasticidad y vigor para recorrer las rejiones de la ciencia que sus maestros le abrian.—Su discrecion prematura era el encanto y el asombro de las íntimas y modestas veladas de su familia, y el *copista* de San Carlos no tardó en ser el orgullo de las aulas y el terror de las *conclusiones*. —Un fraile franciscano, de corazon de ánjel y alma de revolucionario, Cayetano Rodriguez, descubrió en el espíritu de aquel adolescente fuerzas superiores al radio escolástico, de cuyos límites desbordaban, y cuya dialéctica era para él un instrumento dócil y familiar; y ponia en sus manos libros que le iniciaban en rumbos mas abiertos, y le ofrecian espectáculos en que pudiera buscar contemplaciones dignas de su espíritu.

Mientras fué niño, presidió siempre los pasatiempos de sus compañeros arrastrado por un instinto misterioso de superioridad.—Cuando llegó á la juventud, discurria con impetuosidad jenial, y su palabra era dominante y atractiva.

Poseia una voluntad de hierro, resistente á todo combate, y tenaz en medio de las agresiones de la suerte.—Viajando hácia el Perú, un dia fué abandonado enfermo y casi agonizante, sin lecho ni abrigo; pero, ni las torturas ni los deslumbramientos del delirio febril enervaron su fibra, ni arrebataron á su razon el dominio de su vida. Quiso, y se puso de pié. Quiso, y aquel enérjico arranque lo devolvió á la vida y á la salud.

Devoraba en Charcas, en casa de su favorecedor el canónigo Terrazas, cuantas pájinas le esplicaban la revolucion moderna.—Allí dejóse sin duda subyugar por los espectáculos de la revolucion francesa, los cuales le inspiraron tan viva admiracion que no le permitieron discernir claramente las fuerzas y tendencias lejítimas de la democracia, del despotismo popular y revolucionario.

Temido por los mandones en el foro, que prefirió al sacerdocio, al cual parecia estar destinado, cruzaba hácia 1806 el territorio arjentino, para regresar á Buenos Aires con su esposa y su único hijo.—Nos ha dejado en pájinas palpitantes la espresion del amargo dolor que las desventuras del indio peruano suscitaron en su alma.—Lloró y meditó mas tarde, cuando las armas inglesas conquistaron la tierra de sus amores, y su carácter se acentuó en las terribles enseñanzas de aquel periodo. Las conmociones de 1809 lo hallaron en la primera línea. Su impaciente prisa por la revolucion lo complicó en la de Alzaga el 1º de Enero; pero, en seguida, rectificando su línea de conducta, abordó las cuestiones prácticas y vivas, arrancando con un escrito famoso, de labios de Cisneros, la emancipacion mercantil de la Colonia.

En la revolucion, superó á sus contemporáneos por la vision del porvenir, siquiera flaquease en la inteligencia de sus medios. Jefe del partido *demócrata*, queria levantar las muchedumbres al foro, entendia el sistema representativo, y era su vehemente deseo

verlo triunfante y arraigado; pero, influenciado por la revolucion francesa, amaba estos principios consolidados en un gobierno central y esclusivo, moderador de los pueblos en materia política y administrativa. Era demócrata unitario.—Orador y periodista, majistrado y revolucionario, él inoculaba en la juventud la savia novísima, subyugaba el Poder y lo arrastraba con ímpetu y arrojo como si Danton hubiera resucitado en la Colonia, porfiaba sin reposo por romper toda valla á la soberanía popular. En su cerebro se anidaba el rayo, y en sus grandes ojos fulguraba el estro divinizado del profeta!

Los elementos recalcitrantes que hervian en el crisol venciéronlo temprano..... y fué á morir.—Su alma no atravesó los dias del vértigo revolucionario, y salió incontaminada de este mundo.—Él hubiera tal vez encaminado la revolucion en armonía con la índole de los pueblos, variando así esencialmente el carácter de nuestra historia. Tal vez hubiera desfallecido, ó incurrido en fanatismo por sus ideas francesas y unitarias.... ¿Qué sé yo? Pero, es tanto mas glorioso, cuanto que á ninguna causa sirvió, sino á la libertad de su país y al impulso inicial de la democracia. Resonó su voz como la palabra de la Sibila en la radiosa aurora, y se sumerjió en su propio resplandor. La fuerza primitiva de la revolucion, como una esfera májica y luminosa, envuelve su sombra ante el alma entristecida, y brilla á lo lejos: muy lejos de todo rumor humano y de la tierra que guarda los muertos, entre la inmensidad del mar y la inmensidad del cielo. De las ondas saladas y las nubes encendidas, hizo la suerte un mausoleo eterno y digno de su memoria augusta, jamás empañada en cínicos fratricidios, ni en cobardes desencantos y traiciones.—*J. M. Estrada.*

El Jeneral Belgrano.

12.—Belgrano es una de las mas simpáticas ilustraciones arjentinas, y una de las glorias más puras de la América, no sólo por sus memorables servicios á la causa de la independencia y de la libertad, sino tambien, y muy principalmente, por la elevacion moral de su carácter y por la austeridad de sus principios democráticos.

Su gloria es un patrimonio nacional, y pretender arrancar á su corona cívica una sola de sus hojas sin justificar el derecho con que tal despojo se haga, sería defraudar al pueblo de su propiedad lejítima.

Belgrano no ha sido un jenio político del vuelo atrevido de Moreno, ni un jenio militar de la altura de San Martin, con quienes comparte la gloria de haber sido, á la par del primero, uno de los fundadores de la democracia arjentina, y con el segundo, el héroe y el fundador de la independencia.

Fué un gran ciudadano y un verdadero héroe republicano, y esa es su gloria.

El Jeneral Belgrano ha ejercido dos clases de autoridad en el mundo: exijia de sus subordinados una obediencia relijiosa al cumplimiento del deber, y una exactitud casi igual á la que se ecsije á una órden monástica, siendo inflecsible en el castigo de los delincuentes.

Estas cualidades de mando han formado escuela. El Jeneral Paz, que lo criticó por ellas, mandaba sin embargo sus ejércitos á la manera de Belgrano, y no por eso ha sido calificado de déspota.

El mando militar tiene en sí mismo algo de despótico, porque es personal, y sólo tiene por límite la responsabilidad moral del que lo ejerce, y el sentimiento de la justicia y de la dignidad humana. Si el carácter de Belgrano hubiera sido despótico, se habria manifestado en el ejercicio de ese mando casi absoluto,

que las ecsijencias de la revolucion y el peligro comun, hacian que fuese mas tirante que en las condiciones de la vida ordinaria; y sin embargo, es sabido que Belgrano fué siempre justo á la vez que severo en el ejercicio tranquilo de su autoridad; que jamas abusó de ella, ni fué cruel, ni voluntarioso, y todos cuantos militaron bajo sus órdenes, le guardaron por toda la vida, estimacion, respeto y amor.

Como autoridad política en los territorios donde hizo la guerra, responde en su favor, el amor, el respeto, la confianza que supo inspirar á los pueblos, y que se conserva hasta hoy aun en los hijos de los Indios, á quienes trató justiciera y paternalmente en Misiones y en las montañas del Alto Perú.

Belgrano no era ciertamente un demócrata á la manera de Artigas y de Güemes, espresiones ecsajeradas de la democracia en una época de revolucion: era un demócrata de la escuela de Washington y de Franklin, cuyos principios profesó y confesó toda su vida.

Lo prueba su anhelo por la instruccion de las masas, atestiguada por los establecimientos de educacion que fundó antes y despues de la revolucion: su respeto á la igualdad humana, manifestada hasta en su conducta con los Indios de Misiones y del Alto Perú; su amor á la libertad del pueblo á que consagró su vida y sus afanes; su empeño constante porque la revolucion se constituyera sobre la base de un poder deliberante emanado directamente del pueblo, como lo demuestra su correspondencia con Rivadavia; su respeto á la ley y á las autoridades constituidas, y mas que todo, su abnegacion, su desinterés y su modestia en presencia de los altos intereses públicos.

Por eso el Jeneral Belgrano es el ideal del demócrata. Ningun arjentino ha merecido mejor que él este nombre, y negárselo, seria querer privar á su patria de uno de los mas hermosos y acabados modelos que en tal sentido se pueden presentar como ejemplo digno de admirarse y de imitarse.

Belgrano y San Martin, los dos verdaderos grandes hombres de la historia revolucionaria argentina, pueden llamarse padres y autores de la independencia de su país, teniendo de comun, que los dos fueron hombres de órden ajenos á los partidos secundarios de la revolucion, que nunca pertenecieron sino al gran partido de la patria, ni tuvieron mas pasion que la de la independencia, la de la libertad americana, cuyo sentimiento inocularon profundamente en el corazon de los pueblos y ejércitos que dirijieron.

San Martin en las Provincias de Cuyo, y Belgrano en las del Norte, levantando el espíritu público en ellas, conquistando el amor y la confianza de las poblaciones, consiguiendo que los ciudadanos acudiesen voluntariamente y con entusiasmo á su banderas, dispuestos á la lucha y al sacrificio, haciendo concurrir hasta á las mujeres á la defensa de la causa comun, prueba que tanto el uno como el otro eran verdaderos hombres de revolucion, que si bien no se cuidaban de *encabezar partidos*, sabian como se mueve á las democracias *encabezando una causa popular*.

El Jeneral Belgrano recibiendo el mando de un ejército desorganizado despues de dos derrotas, haciendo la guerra en medio de pueblos decaidos ó descontentos en parte como lo hemos probado ya, obteniendo una victoria en una retirada desigual, haciendo por último pié firme en Tucuman y llevando á su poblacion al campo de batalla, y predisponiendo á la Provincia de Salta á hacer los sacrificios mas sublimes de que es capaz el patriotismo, nos enseña como los verdaderos demócratas encabezan, no los partidos, sino los grandes movimientos de la opinion, que deciden del destino de los pueblos.—*Bartolomé Mitre.*

Bernardino Rivadavia.

13.—Los hombres notables de la revolucion arjentina de quienes nos separan el tiempo y la muerte, soportan bajo sus humildes sepulcros el doble peso de la losa y de la indiferencia.

La vida de nuestro pueblo ha sido turbulenta, rápida como un torrente. Nos hemos derrumbado por sus aguas, sin hallar aquel reposo que exije la contemplacion de la historia para poder distinguir con claridad la fisonomía de los personajes que en ella se ilustraron.

Mientras tanto, los pueblos, como las familias se robustecen para las luchas en que la virtud sale triunfante, volviendo la vista en las horas de conflicto á las imájenes respetadas de los antepasados que conservó el arte ó perpetúa la tradicion.

¿Quién, en los momentos de frajilidad, en las indecisiones de la conciencia, no ha hallado el buen camino á la luz de la mirada de su padre, aun arrojada desde la rejion de la muerte? Nos retraemos de una accion que nos reprobaria desde su tumba aquel á quien hemos amado y respetado en vida.

Y como el ciudadano es un hombre, y el pueblo es la coleccion de familias, y la patria el hogar de una sociedad entera; ese mismo poder morijerador que ejerce sobre el individuo el recuerdo de sus antecesores, se ejerce tambien sobre las naciones por la memoria de los varones eminentes que son sus gloriosos projenitores.

El viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos á nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos en los caminos del destierro, en el pavimento de las cárceles, en la sombra triste á donde les confinó la injusticia ajena ó los propios desengaños.

Es necesario lavar de sobre ellos las manchas de

lodo con que les salpicó el carro revolucionario, separar sus mutilaciones, colocarles en dignos pedestales, á fin de que la juventud les venere y se estimule para no ser bastarda de tan noble jenealojía.

Son estas, sin duda, las consideraciones que han inspirado el pensamiento de formar la presente galería de hombres célebres del país, (*) entre los cuales se coloca con justicia en primera línea á D. BERNARDINO RIVADAVIA.

Fueron sus padres, el abogado de la Real Audiencia D. Benito Gonzales de Rivadavia y Dª María Josefa Rivadavia, y nació en esta ciudad de Buenos Aires el dia 20 de Mayo de 1780.

Era diez años menor que D. Manuel Belgrano y dos menor que D. José de San Martin, célebres jenerales de nuestra independencia: menor tres años que el Dr. D. Mariano Moreno, aquel que como un meteoro brillante cruzó el cielo de Mayo y se apagó en la inmensidad del Océano . . . .

Nada recomienda tanto el mérito y el carácter del Sr. Rivadavia como el nombramiento que, invocando "el voto público de sus conciudadanos," hizo en él el gobernador Rodríguez para desempeñar el Ministerio de gobierno, por decreto del 19 de Julio de 1821. "La importancia de sus servicios y la estension de sus luces," eran otras tantas cualidades, que segun el mismo gobernador le señalaban para ser llamado á aquel importante destino.

Los antiguos, ha dicho el mas afamado de los políticos prácticos, inventaron el rio del olvido, al contacto de cuya corriente se desvanecian en las almas los recuerdos de la vida. Pero el verdadero Leteo despues de una revolucion se forma de cuanto puede abrir al hombre las sendas de la esperanza. Este

(*) Apuntes biográficos de escritores, oradores, y hombres de Estado de la República Arjentina, por el Dr. D. Juan María Gutierrez.

injenioso pensamiento, bajo formas mas graves sin duda, dominaba el ánimo del nuevo ministerio. Esplicándose con alta y jenerosa filosofía los errores de todos (de los cuales él mismo no se consideraba exento) como consecuencia de la marcha torrentosa de la conquista de la independencia, se propuso curar esos errores, "cerrando para siempre el período de la revolucion, no acordándose mas ni de las debilidades ni de las ingratitudes." Nueve dias despues de su aceptacion del ministerio, y la primera vez que en este carácter se presentó en la Sala de Representantes, fué para pronunciar la siguiente declaracion que establece un programa tan lacónico como bello. "El gobierno quiere constituirse en protector de todas las seguridades y en un conservador de todas las garantías" . . . .

Consiste la principal gloria del Sr. Rivadavia en haber colocado la moral en la rejion del poder como base de su fuerza y permanencia, y en comprender que la educacion del pueblo es el elemento primordial de la felicidad y engrandecimiento. Sobre estas columnas fundó una administracion que todavía no conoce rival en estos paises, y parte de cuyas creaciones, como puntos luminosos, han lucido hasta en las negras horas del gobierno bárbaro que por tantos años mantuvo detenido el carro del progreso arjentino.

Apenas ocupó el puesto de ministro, erijió la Universidad mayor de Buenos Aires, con fuero y jurisdiccion académica, como estaba acordado por reales cédulas desde el año 1778. Fué este su primer paso en la tarea de fundar establecimientos de enseñanza alta y primaria, bajo un sistema jeneral, oportuno para desarrollar la educacion pública al abrigo del sosiego y del nuevo órden que sucedia á la anarquía.

Inmediatamente despues fundó las escuelas gratuitas bajo el sistema rápido y económico de Lancaster, no solo en los barrios de esta ciudad sino en los mas apartados pueblos de campaña, confiando la inspeccion jeneral de todas ellas á un sacerdote recomendable

por su ilustracion y conocido por su jenerosa filantropía. El premio dado por el Sr. Rivadavia al difundidor del benéfico preservativo de Jenner, fué el encargarlo de dirijir el espíritu de aquellos mismos niños cuya salud corporal habia salvado.

Pero su pensamiento orijinal y mas fecundo fué el de apoderarse, á favor del bien público, de las hermosas cualidades del corazon femenino. Sabia el Sr. Rivadavia—son palabras suyas—que la naturaleza al dar á la mujer distintos destinos y medios de prestar servicios, dió tambien á su corazon y á su espíritu calidades que no posee el hombre, quien, por mas que se esfuerce en perfeccionar las suyas se alejará de la civilizacion si no se asocia á sus ideas y sentimientos la mitad preciosa de su especie. La Sociedad de Beneficencia se ha defendido en épocas de retroceso social por la propia importancia de sus tareas, y ha podido educar dos jeneraciones de madres morales é instruidas que han dado, entre caricias los primeros consejos y las primeras lecciones á centenares de ciudadanos. La Sociedad de Beneficencia es una escuela normal donde se forman escelentes y dignas matronas que se sucederán unas á otras practicando el bien y ejerciendo la insigne majistratura de la mejora de sexo, mientras exista esta ciudad que la respeta y ama. La anciana moribunda la dirije las últimas bendiciones desde el lecho de la misericordia, y la tierna niña en el albor y fuerza de la vida, desde el banco de sus labores, eleva tambien sus puros agradecimientos á esas segundas madres que les dió la patria por la mano venerable de Rivadavia . . . . . .

El dia 8 de Febrero de 1826, en el salon principal de nuestra vieja fortaleza, entre un crecido número de ciudadanos y en presencia de los jefes del ejército y de los departamentos todos de la lista civil, tuvo lugar un acto importante y trascendental para la suerte del país.

En aquel dia y en aquel lugar, el gobernador de

Buenos Aires proclamó á D. Bernardino Rivadavia, presidente de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

El Congreso, haciendo justicia á los méritos contraidos por aquel ciudadano, habíale escojido para elevarle á puesto tan honroso como erizado de espinas. Al tomar el Presidente las insignias del mando y el Jeneral D. Juan G. de Las Heras al entregárselas, pronunciaron palabras que honran á uno y á otro. Los méritos de la administracion que se retiraba fueron reconocidos y aplaudidos por el Presidente, quien á su vez fué alentado con la halagüeña perspectiva de una marcha gloriosa. Tan nobles deseos se frustraron completamente. El Gobierno de la presidencia halló un terreno conmovido que no le permitió asentarse. El Sr. Rivadavia no podia fundar su gloria en los triunfos militares sino en las conquistas del pensamiento con armas pacíficas de una administracion arreglada. Mientras tanto el país estaba comprometido en una guerra esterior, en la cual las victorias sobre el enemigo fueron una verdadera derrota para el poder del Presidente. Otras causas combinadas con esta no permitieron al réjimen nacional mas que una duracion cortísima.

El Señor Rivadavia renunció el cargo de Presidente y cesó en sus funciones á fines de Julio de 1827.

Al descender de la Presidencia, el Sr. Rivadavia dirijió una carta autógrafa á cada uno de sus ministros, dándoles gracias por la cooperacion que habian prestado á su gobierno, y asegurándoles de la aprobacion que le merecia la conducta de los empleados en los tres departamentos de la administracion. Las contestaciones de los Señores Agüero, Cruz y Carril son un testimonio de los sentimientos nobles y afectuosos que el majistrado habia sabido despertar en aquellos hombres notables. En momentos en que declinaba el valimiento del gobernante, y en que ya se divisaba delante de él el camino lóbrego que iba á

recorrer en el resto de sus dias, no pueden ser tachadas de lisonjeras las espresiones con que los ministros contestaban al Sr. Rivadavia. El de hacienda se espresaba así: "La administracion de V. E. deja descubierto el secreto y en él la garantía que faltaba á los intereses sociales. No mas el saqueo y la violacion de las propiedades particulares serán en nuestra patria suficientemente escudadas con los nombres de patriotismo y de obligacion. La mas grata recompensa que me queda es haberme empleado en el servicio de la nacion, bajo las órdenes del hombre público que en la historia de la América española ocupará el lugar mas distinguido, por su constante empeño en propagar la civilizacion de los verdaderos principios con que, en menos tiempo, y escusando mil calamidades, los moradores de estas rejiones pueden llegar á la ventara social, y las diversas secciones del continente elevarse á un grado de prosperidad prodijiosa....."

Apartado el Sr. Rivadavia de la vida pública, la privada fué para él en lo sucesivo y hasta el fin de sus dias, una perpetua espatriacion. Para comprender las tribulaciones de su espíritu bastará trascribir las siguientes palabras escritas por él en Paris en Mayo de 1833: "Son estos los momentos mas tristes de mi vida. Un amigo me instruye sobre la estrema degradacion y miseria de mi desventurada patria. No he recibido una sola letra que me consuele sobre la situacion de mi esposa é hijos, ni recuerdos de mis amigos, ... sin embargo no puedo dejar de pensar constantemente en esa República Arjentina que se arruina y se degrada cada vez mas. Ni seria digno ni posible separar mi ánimo de la contemplacion de tan cara y amada patria....." En aquellos momentos lamentaba la muerte de un noble y respetable estranjero amigo suyo, "el único ser, segun su propio testimonio, á quien debiera favores en su desgracia." Pero tantas desventuras no abatian su alma bien templada. Cuantos mas motivos se le agolpaban para quejarse

de la ingratitud de la patria, mas se identificaba con ella consagrándola sus desvelos. Nada podia hacer ya en su servicio el estadista repudiado, pero sí el literato estudioso. "Para aliviar su espíritu" emprendió entónces la traduccion de los viajes de D. Félix Azara, "porque era lo mejor que se habia publicado sobre su país"....

Peregrino y proscripto por Europa, por el Estado Oriental, por el Brasil, rindió al fin el espíritu en la ciudad de Cádiz el 9 de Setiembre del año del Señor MDCCCXLV.

El Sr. Rivadavia es sin disputa un árjentino digno de preferente lugar en el panteon de nuestros grandes hombres.

Su razon fué elevada; su carácter recto y firme; su voluntad constante; sus intenciones intachables. Nadie ha hecho mas que él á favor de la civilizacion y de la legalidad en estos paises. Nadie ha amado con mas desinterés y mas sin lisonja, mas de veras al pueblo. Nadie ha respetado mas que él la dignidad de los compatriotas. Tuvo la conciencia de nuestras necesidades y se desveló por satisfacerlas. Trajo á su rededor todas las intelijencias, diólas impulso y las preparó un teatro útil y brillante de accion. Buscó en el estranjero las ciencias de que careciamos y las aclimató en nuestro suelo. Compensó y alentó los servicios y las virtudes; protejió las artes y confió mas en el poder de la razon que en la fuerza.

Su mérito es tan positivo, como su gloria será eterna.

Sus bendecidas cenizas están entre nosotros *Tandem Quiescat.* La mano del agradecimiento las ha devuelto á la Patria como un tesoro usurpado. Del fondo del sepulcro que las custodia, saldrá constantemente una voz que resonará como un aplauso ó como una censura en la conciencia de nuestros mandatarios.—*Juan María Gutierrez.*

Florencio Varela.

14.—La rectitud y la bondad, formaban el fondo del carácter de Varela.

Tenia por su anciana madre una veneracion ejemplar. Cuando hablaba de ella delante de sus hijos, se advertia el empeño que ponia en hacer que estos participasen del respeto y del amor que él la profesaba.—Lo mismo era para con sus hermanos.—En su boca solamente habia elojios para los suyos.—De este modo cimentaba la union estrecha y la moralidad intachable que siempre ha distinguido á su familia.

Amaba á sus amigos tanto como á sus hermanos; y sus amigos eran muchos. Los tiene donde quiera que haya estado en contacto con sus semejantes; tanto en su patria, como aquí; lo mismo en el Brasil como en Inglaterra y en Francia. Era realmente imposible acercarse á este hombre, siempre afable, sin amarle.—Ameno en su trato, prudente en sus consejos, civil con todo el mundo, nadie se separó de su lado sin estimarle. Si su asesino hubiese hablado diez minutos con él, no habria tenido valor para herirle. Si le hubiese tratado un dia, no habria podido ser su enemigo.

Poseia en alto grado el talento de la conversacion, y era preciso que su interlocutor le causara mucho tedio, para que el dialogo no se mantuviese animado y siempre sostenido por él.

Con nadie se esforzaba tanto en ser amable como con los estranjeros. Miraba como un deber atenderlos y servirlos, quizá por esa simpatía natural que se establece entre los que sufren una misma desgracia: la de vivir fuera de la Patria. Como un obsequio al estranjero, y como un medio de instruccion propia tambien, hablaba en sus respectivos idiomas á los Franceses, á los Ingleses, á los Portugueses y á los Italianos que frecuentaban su casa. En esto, Varela

sentia un placer especial, que era muy fácil advertir en él, cuando se reunian en su escritorio varias personas de diferentes hablas.

Tan atento y tan afable era con sus hijos en su casa, como con los estraños en la calle.

Amaba como un padre á todos los que de él dependian, sobre todo á los empleados en su establecimiento de imprenta, y era estremado el interés que tomaba en el porvenir de algunos jóvenes aprendices que en él se formaban.

La Patria era el ídolo de su corazon; pensaba en ella todos los dias y en todas las horas. Toda su esperanza era volver á ella con sus hijos; todo su deseo servirla, con sus talentos y sus luces. Hojeando los apuntes de su viaje á Inglaterra, se encuentra á cada paso que si queria ver y aprender, era con la mira de importar en su país, ó de contribuir con sus consejos á que en él se importaran los progresos de todo jénero que presenciaba en aquellos grandes centros de la civilizacion.

Se engañaria mucho aquel que pensase que Varela abrigaba ideas de ambicion política.—Deseaba mucho volver á su país, deseaba serle útil, pero no gobernar. Mil veces le hemos oido formar sus proyectos para entonces, y todos se reducian á tener una casita, sobre todo en el campo, con las comodidades necesarias; una imprenta para sostenerse con el producto de su trabajo y de su intelijencia, y el tiempo necesario para realizar su proyecto favorito: la composicion de una historia completa de la revolucion Sud-Americana. Creemos que sus conciudadanos le habrian forzado á tomar parte en las cargas públicas; pero, ciertos estamos de que si algun empleo hubiera aceptado voluntariamente, solo habria sido el de representar su país en el esterior.

La integridad y la rectitud de su carácter eran de todos conocidos.—Era sabido que en su estudio de abogado solo se defendia la justicia, y los clientes de

Varela llevaban por su parte la ventaja de que la conciencia pública estaria prevenida en su favor desde que Varela les defendia.—Nunca puso en conflicto á sus clientes por exijencias de dinero.

Su moralidad sin tacha, estaba á la vista de todos; y su evidencia misma, nos ahorra de detenernos en este punto.

Los desengaños que iba adquiriendo, y la esperiencia de la revolucion, le habian hecho volver los ojos á la juventud que cultiva el espíritu y esperar en ella. La siguiente carta, que conservamos como una reliquia preciosa, muestra sus sentimientos respecto á la jeneracion que venia tras de él.

"No puedo conceder á V. los dictados que me dá: pero de cierto, Luis, amo con pasion, con ternura, con el ardor de la esperanza, á la juventud estudiosa y *moral*: me gusta fomentarla, ayudarla cuanto puedo, por inclinacion de mi corazon, y por deber de patriotismo: porque tengo en esa juventud mas fé que la que tiene ella misma. Nada, nada, ni mis infortunios personales, ni la pérdida de mis años y de mi salud en el destierro, me duele tan hondamente, en el naufrajio de nuestra patria, como el ver errante, sin centro de union, sin aplicacion inmediata, á esa juventud llena de vida, que tal vez la malgasta como yo, en el suelo del estranjero. Créame V., Luis, busco la sociedad de Vdes. porque *nada*, despues de los cariños domésticos, me desarruga la frente y me desanubla el espíritu, como la sociedad de los jóvenes que encuentro puros de corrupcion y de infamia, en la época en que todo se corrompió; y entregados al estudio, cuando todos escarnecen al que desea ilustrarse.—Mayo 26 de 1841."

Florencio tenia un alma muy noble; con facilidad se elevaba á la altura del entusiasmo. Los actos de valor, de virtud, de heroismo, hacian vibrar su corazon y llenarse de lágrimas sus ojos. Hemos encontrado este memorandum entre sus papeles:

"Enthusiasm is the genius of sincerity, and truth accomplishes no victories without it. (Bulwer—the last days of Pompey, chap VIII). Yo puedo añadir: no puede haber entusiasmo sino por lo bello ó por la virtud. La pasion por el vicio es *irritacion* del espíritu, no es entusiasmo; es el estímulo de la embriaguez, no el de la sed."

Varela tenia un espíritu sumamente activo. Cuando estaba en su casa ocupado en pormenores domésticos, ó en trabajos manuales, á que era muy dado, pasaba el tiempo recitando en alta voz trozos de Virjilio, de Manzoni, de Byron, de Quintana, ó de los Salmos. El trabajo continuo de la redaccion de su diario, iba gastando un poco esta costumbre, que siempre tuvo hasta el año 45.

Dotado del natural elevado que hemos tratado de describir, era necesario que este varon justo supusiera siempre en sus semejantes las mismas cualidades que adornaban su alma. Así, jamás creyó encontrar en las personas que se le acercaban, defectos ni malas inclinaciones. Acojia á todo el mundo con la mayor franqueza; de nadie desconfiaba nunca. Nada era, por consiguiente, mas fácil que hacerle caer en una celada.

Varela era muy festivo en su trato familiar. Reia mucho, y le gustaba que todos los que le rodeaban fuesen de humor alegre. Todo hombre chistoso y decidor le caia en gracia.

En el interior de su familia pasaba horas enteras jugando con sus hijitos; materialmente como un niño.

Eso no impedia que fuese en estremo grave, siempre que las circunstancias lo requerian.

Era fiel á su palabra; muy reservado, é impenetrable para guardar un secreto. A estas cualidades propias de un hombre nacido para los negocios públicos, se agregaba el dominio de sí mismo, y la facilidad con que sabia disimular sus impresiones.

Aunque su diario no representaba las opiniones de

un círculo, Varela oia las opiniones de sus amigos, las pedia á algunos de ellos y las adoptaba. Hacia esto, sobre todo, en las circunstancias delicadas; pero es preciso decir, que cuando leia sus artículos á sus amigos, siempre obtenia la unánime aprobacion de ellos.—*Luis L. Dominguez.*

Rivera Indarte.

15.—Rivera Indarte era de mediana estatura, mas bien grueso que delgado y al parecer fuertemente constituido: tenia confianza en una existencia prolongada y fiaba mucho en el porvenir. Tenia la frente ancha y abultada en el centro; los ojos pequeños y claros, el cabello rubio y escaso, el rostro regular y abultado, la color pálida y despercudida como las personas de temperamento linfático. Gustaba del reposo: la idea que mas le halagaba era la de llegar un dia á gozar de los placeres domésticos: era fiel y agradecido; pero no olvidaba fácilmente las ofensas. Sensible á la gloria y muy pagado de que dijesen bien de sus escritos, era al mismo tiempo modesto y dócil á los consejos de la crítica. Casi todas sus poesías las leia á D. F. Varela, porque, segun él mismo, las juzgaba severamente. Ninguno de nuestros amigos que hacen versos nos dieron pruebas mas claras que él de sus buenas intenciones en materia de amor propio literario. Jamás se quejó de los jueces que juzgaron desfavorablemente sus obras: tenia el sentimiento de sus fuerzas y contaba con que el trabajo y el estudio paciente le ayudarian á producir cosas dignas de sobrevivirle.—Economizaba mucho su tiempo y el fruto escaso de sus trabajos: vestia con desaliño, aunque á veces reflexionaba sobre las ventajas que dan en la sociedad la elegancia del traje, la facilidad de las mane-

ras y la espontaneidad en la elocucion, dotes de que él carecia. Se impuso privaciones que le eran llevaderas porque las consideraba como medios para poder retirarse algun dia á no pensar sino en el estudio. A este fin enriquecia con empeño una pequeña y escojida biblioteca de obras serias, entre las cuales se hallaban varias ediciones de la Biblia y algunos de sus mas afamados comentadores. Era proyecto muy querido suyo, trabajar en verso sobre los libros poéticos del antiguo Testamento.—Debia tener muy desenvuelto el órgano de la *causalidad*, si es cierto el sistema de Gall; jamás estudiaba en autores de *segunda mano* y se dirijia siempre á las fuentes; jamás le vimos leer una *Revista* y la política del mundo que él tenia que seguir por necesidad, la estudiaba en las discusiones de las Cámaras y en las disposiciones gubernativas. Sus lecturas eran sumamente variadas é inconexas. Los poetas contemporáneos eran para él lo que han sido á veces los sonidos vagos del viento ó el canto de las aves para algunos músicos compositores: leia en alta voz una buena poesía antes de empezar á hacer versos, como quien mueve los brazos y el cuerpo ántes de dar un salto: era aquello un auxilio jimnástico para su inspiracion. No creia, y tal vez con razon, en lo que se llama el talento innato del poeta; creia que la inspiracion era el trabajo y la fé en el resultado que se adquiere con la constancia. Tenia facilidad suma para cambiar el jiro de sus frases métricas—á veces escribia veinte versos para completar una cuarteta que era la forma mas maleable para él; nunca escribió en silva, y preferia la estrofa empleada por Manzoni en su oda al 5 de Mayo. "Cuando esté entre nosotros mas adelantada la educacion, nos decia una vez, se enseñará á ser poeta, como se enseña á ser jeómetra." Esto puede esplicar muy bien su manera de ver en este punto. Carecia del don espositivo en la crítica literaria—sentia pero no juzgaba.—Su memoria era feliz y tenaz; ha escrito en Montevideo algunas biografías

políticas con los recuerdos de conversaciones oidas en su niñez: al ver el gran número de citas que derramaba diariamente, de documentos, de discursos, de artículos, de Gacetas, de fechas, de sucesos, de nombres individuales, podria creerse que tenia vastos apuntes ó muy metodizados sus papeles—y no era así—su cuarto tenia por único tapiz, montones de periódicos y de panfletos: bajo su cama, bajo su mesa depositaba sus materiales impresos. Sus muebles de escritor se reducian á una sola pluma y á una cosa cualquiera capaz de contener mucha tinta. Escribia en prosa sin mas demora que la precisa para el labor material de la escritura, confusa pero muy suelta. Escribia en medios pliegos de papel en forma de tiras y sus horas de trabajo serio eran de las 10 de la noche hasta la madrugada: dejaba su cama para almorzar, y el dia lo empleaba en curiosear, en oir novedades, en pasear las oficinas, en visitar á todos los hombres que pudieran contribuir con algo á la redaccion de su diario.

Rivera Indarte no fumaba, ni usaba de estimulante alguno para avivar su espíritu. Dicen que Ventura de la Vega juega con su cabello cuando compone—él se estregaba el dedo pulgar con el índice de la mano izquierda en el cual tenia un callo de la continuacion de este movimiento.—Este pobre mozo, ha de ser juzgado y visto bajo muy diversos puntos de vista, y no siempre muy favorables, por sus mismos partícipes en opiniones políticas. Ha vivido en medio de una tormenta y no siempre la nave que ayudó á pilotear salió al puerto. Fué audaz y no faltan timoratos allí, donde él esgrimió la pluma: tuvo mérito y á veces es este el calor que hace brotar la envidia: dió golpes certeros, de esos que arrancan sangre, en el corazon de muchos malos poderosos que pagan bien á los que mienten en su provecho: sostuvo ideas que por nuevas, adelantadas y jenerosas, ciegan y perturban las pupilas de algunos ojos todavía tiernos aunque no pertenezcan á niños por la edad. Su vida fué una lucha y

hay muchos vencidos por él en el palenque: fué pobre, huérfano, desvalido y le acompañó la injusticia en mas de la mitad de su camino; aunque á veces hizo á ella su mejor lazarillo. Fué hombre político, cuanto cabe serlo al que no tiene mas tribuna que las columnas de un diario, ni otra cartera ministerial que sus panfletos —por consiguiente, y para reducir nuestra idea á una sola palabra, habrá de decirse de sus escritos, como del libro del Príncipe, muchísimo bien, muchísimo mal.—*Juan María Gutierrez.*

Güemes.

16.—Güemes, perteneciente á una notable familia de Salta, se presenta él mismo en sus actos, en sus documentos públicos, en su correspondencia confidencial, como lo que es, como un caudillo político y militar. Este es el rasgo prominente y verdaderamente orijinal de su fisonomía, y es el único digno de llamar la atencion, sea que se le admire, sea que se le condene, porque como caudillo, fué grande, combatiendo por la causa comun, y como caudillo fué funesto, contribuyendo á la desorganizacion política y social.

Quítese á Güemes el carácter de caudillo, y Güemes no es nada, ó es cuando mas una pálida fisonomía militar, que nada de estraordinaria tendria en sí misma, si los hechos que ejecuta ó promueve, no fuesen la consecuencia de la táctica, del prestijio, de los medios de accion de caudillo representante de las masas populares, fanatizadas por la doble pasion de independencia y de la ciega adhesion á su persona, dispuestas igualmente á un jesto suyo, á esgrimir sus armas ya contra el enemigo comun, ya contra la sociedad.

Bórrese del retrato histórico de Güemes el nombre

de caudillo, y Güemes, ó no será nada como militar, ó será cuando mas el activo jefe de una vanguardia hostilizando á un enemigo, que invadiendo un país accidentado, y cuya opinion le es contraria, viendo cortados los recursos por la resistencia de la poblacion en masa, se vé al fin obligado á retirarse despues de una serie de guerrillas y combates, lo que si bien es meritorio, no seria por sí sola una cosa tan extraordinaria, cuando á la retirada de ese enemigo concurrieron poderosas causas mas ó menos inmediatas.

Quitarle ese título, como el de *gaucho* que él hizo glorioso y fué su nombre de guerra, es despojarle de la agreste corona que sus heróicos compañeros, aquellos hijos de la naturaleza á quienes él llamaba *mis gauchos*, colocaron sobre sus sienes en los bosques y valles de Salta, cuando le apellidaron *el Padre de los Pobres;* seria borrar uno de los rasgos característicos y propios de la resistencia popular que él acaudilló desde 1817 á 1821.

Güemes era, pues, un verdadero caudillo bajo cualquiera faz que se le considere: así lo califican los contemporáneos que le conocieron; así le pintan sus admiradores; así lo aclamaron sus partidarios, y así se retrata él mismo.

Güemes encontró el campo preparado. Ni inició la revolucion, ni libertó pueblos, ni imprimió direccion á los acontecimientos, ni fundó nada.

La fuerza de Güemes no residia tanto en su propia individualidad, cuanto en la fuerza de las multitudes que acaudillaba y representaba, y cuya sustancia, dirémos así, se asimilaba; y aun cuando sin injusticia no pueden negarse cualidades superiores al que así dominaba y dirijia esas masas fanatizadas por su palabra, conduciéndolas á la lucha y al sacrificio, no era de cierto un jenio superior ni en política, ni en milicia; ni sus hechos fueron precisamente los que decidieron de los destinos de la revolucion que se decidian en otros campos, con medios mas poderosos de accion,

y bajo una direccion mas intelijente, mas metódica y con miras mas trascendentales.

Su gloria no es esa. Su gloria consiste en que como caudillo, si bien cooperó directamente algunas veces é indirectamente otras á la desorganizacion general que ha prolongado una dolorosa revolucion social, fué siempre fiel á la idea de la unidad nacional, y salvo un corto paréntesis, reconoció siempre la autoridad general, aunque á condicion de hacer lo que mejor le convenia, pues era dueño y señor absoluto dentro de las fronteras de *su provincia*, como él la llamaba.

Su gloria consiste en que jamás desesperó de la suerte de la revolucion; que en los mas tristes dias, cuando ella era vencida en el esterior, y se veia desgarrada en su propias entrañas por las furias de la guerra intestina, él combatia sólo al frente de sus valientes gauchos en las fronteras, paralizando las operaciones de ejércitos poderosos, y dando tiempo para que se desenvolviesen otras combinaciones positivas, que fueron en definitiva las que salvaron la revolucion. A esas operaciones concurrieron eficazmente los estraordinarios esfuerzos de Güemes, dignos sin duda de ocupar un lugar distinguido en la historia arjentina, porque así como la primera conmocion revolucionaria en 1810, determinó las actuales fronteras de la República, así tambien en esa época aciaga la espada de Güemes trazó con una línea imborrable la frontera difinitiva de la Nacion Argentina por el Norte.

Cuando Güemes se puso al frente de la Provincia de su nacimiento, ya robustecida por la fuerza moral de los triunfos de Tucuman y Salta, por el desarrollo de las fuerzas populares que ocho años de revolucion habian puesto en accion, contó además, en las cuatro primeras campañas, con el apoyo de un ejército que cubria su retaguardia y su flanco ; y en la de 1817 con el de otro que iba á atravesar los Andes para dar la libertad á la América, que ya para los Arjentinos era un hecho irrevocable.

De ahí la enerjía de la resistencia de Güemes, de ahí su buen éxito.

¡Honor á las Provincias del Norte, que en la época mas calamitosa de la Revolucion, cuando el Congreso de Tucuman, producto del cansancio mas bien que de la fé, trazaba con colores sombríos el cuadro de una situacion desesperada, apoyaron la declaratoria de la independencia que inspiraron San Martin y Belgrano! A ellas que desde entonces fueron el baluarte de la Nacion, cuando ardía ésta en guerra civil, y cuando esa guerra devoraba hambrienta sus ejércitos regulares. ¡Honor á Güemes que dirijió esa heróica resistencia, en la cual rindió noblemente su vida! Pero ¡honor tambien á aquel que fué el primero que les reveló su fuerza, que les dió dos dias de gloria inmortal, y encendió en sus corazones el fuego sagrado de la revolucion, que no habia prendido en todos, ó se habia amortiguado en algunos, cuando los llamó á empuñar las armas, y á defender á la vez su credo y sus hogares en los campos de Tucuman y Salta!

Dice de él el General Paz en sus "Memorias póstumas", que, segun el Dr. Velez Sarsfield, *debe ser un testo bíblico para el historiador:* "Si Güemes mandaba con un "despotismo sostenido únicamente de la plebe que "acaudillaba, se veia constituido en circunstancias "especiales, y por grandes que fuesen sus defectos, "era el único dique que se oponia al retorno de la ti-"ranía peninsular.—Si cometió grandes errores, sus "enemigos domésticos nos fuerzan á correr un velo "sobre ellos para no ver en él sino al campeon de "nuestra libertad política, al fiel soldado de la inde-"pendencia y al mártir de la patria!"—*Bartolomé Mitre.*

Facundo Quiroga.

17.—Le llamaron *tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominacion. La frenología y la anatomía comparada, han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas esteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y la de algunos animales á quienes se asemeja en su carácter. Facundo, porque así lo llamaron largo tiempo los pueblos del interior: el Jeneral D. Facundo Quiroga, el Exmo. Brigadier Jeneral D. Juan Facundo Quiroga, todo esto vino despues, cuando la sociedad lo recibió en su seno y la victoria lo hubo coronado de laureles. Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenian sobre un cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro y ensortijado. Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, á que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa y negra, que subia hasta los juanetes, bastante pronunciados para descubir una voluntad firme y tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas, causaban una sensacion involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban á fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, y por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenia de ordinario la cabeza inclinada, y miraba por entre las cejas, como el Ali-Bajá de Monvoisin. El Cain que representa la famosa compañia Ravel me despierta la imájen de Quiroga, quitando las posiciones artísticas de la estatuaria, que no le convienen. Por lo demás, su fisonomía es regular, y el pálido moreno de su tez sentaba bien á las sombras espesas en que quedaba encerrada.

La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organizacion privilejiada de los hombres nacidos para mandar. Quiroga

poseia esas cualidades naturales que hicieron del estudiante de Brienne el jenio de la Francia, y del Mameluco oscuro que se batia con los Franceses en las Pirámides, el virey de Egipto. La sociedad en que nacen da á estos caractéres la manera especial de manifestarse; sublimes, clásicos, por decirlo así, van al frente de la humanidad civilizada en unas partes; terribles, sanguinarios y malvados, son en otras su mancha, su oprobio.—*D. F. Sarmiento.*

El Chacho.

18.—Dícese que era fámulo de un Padre, quien al llamarlo, para mas acentuar el grito, suprimia la primera sílaba de *muchacho*, y así se le quedó por apodo Chacho; y aunque no sabia leer, como era de esperarse de un familiar de convento; acaso el haberlo sido, le hiciese valer entre hombres mas rudos que él. Firmaba sin embargo con una rúbrica los papeles que le escribia un amanuense, ó tinterillo cualquiera, que le inspiraba el contenido tambien; porque de esos rudos caudillos que tanta sangre han derramado, salvo los instintos que les son propios, lo demás es la obra de los pilluelos oscuros que logran hacerse favoritos. Era blanco, de ojos azules y pelo rubio cuando jóven, apacible de fisonomía cuanto era moroso de carácter. Á pocos hombres ha hecho morir por órden ó venganza suya, aunque millares hayan perecido en los desórdenes que fomentó. No era codicioso, y su mujer mostraba mas intelijencia y carácter que él. Conservóse bárbaro toda su vida sin que el roce de la vida pública hiciese mella en aquella naturaleza cerril y en aquella alma obtusa. Su lenguaje era rudo mas de lo que se ha alterado el idioma entre aquellos campesinos con dos siglos de ignorancia, diseminados en los llanos donde vivia; pero en esa rudeza ponia exajeracion y

estudio, aspirando á dar á sus frases, á fuerza de grotescas, la fama ridícula que las hacia recordar, mostrándose así cándido, y el igual del último de sus *muchachos*. Habitó siempre una ranchería en Guaja, aunque en los últimos años construyó una pieza de material, para alojar á los *decentes*, segun la denominacion que él daba á las personas de ciertas apariencias, que lo buscaban. Hacia lo mismo con sus modales y vestidos; sentado en posturas, que el gaucho afecta, con el pié de la una pierna puesto sobre el muslo de la otra; vestido de chiripá y poncho, de ordinario en mangas de camisa; y un pañuelo amarrado á la cabeza. En San Juan se presentaba en las carreras, despues de alguna incursion feliz, si con pantalones colorados y galon de oro, arremangados para dejar ver calcetas caidas que de limpias no pecaban, con zapatillas á veces de color. Todos estos eran medios de burlarse taimadamente de las formas de los pueblos civilizados. Aun en Chile en la casa donde lo hospedaban, fué al fin preciso doblarle las servilletas á fin de salvar el mantel que chorreaba al llevar la cuchara á la boca. En los últimos años de su vida consumia grandes cantidades de aguardiente, y cuando no hacia correrías, pasaba la vida indolente del llanista, sentado en un banco, fumando, tomando mate, ó bebiendo. Las carreras son como se sabe una de las ocupaciones de la vida de estos hombres, y en los llanos ocasion de reunirse varios dias seguidos, jentes de puntos distantes. Las nociones de lo tuyo y de lo mio no son siempre claras en campañas donde el Dios Término no tiene adoradores, y ménos debian estarlo en quien vivia de los rescates, ausilios y obsequios que recibia en las ciudades que visitaba con sus hordas indisciplinadas. Entregadas estas en San Juan al saqueo é incendio de las propiedades, en presencia de Derqui, que así preparó su candidatura á la Presidencia, queriendo poner coto á desórdenes que amenazaban arrasar con todo, dióse una órden de pena de la vida á quienes fuesen sorprendidos saqueando. To-

mados cinco, el Chacho solicitó, en nombre de sus servicios, y obtuvo el perdon de todos, no obstante que el Comisionado Nacional contaba con un rejimiento de línea mandado por el Jeneral Pedernera, que fué el Vice Presidente; y todos los degüellos, salteos y asesinatos que tuvieron lugar despues, sin que pueda culpársele de ordenarlos, obtuvieron siempre la bondadosa y obtemperante induljencia del Chacho.

Su papel, su modo de ganar la vida, digámoslo así, era *intervenir* en las cuestiones y conflictos de los partidos, cualesquiera que fuesen, en las ciudades vecinas. Apenas ocurria un desórden, el Chacho acudia, dándose por interesado de alguna manera. Así habia servido á Quiroga, Lavalle, Madrid, Benavides, Rosas, Urquiza y Mitre. En favor ó en contra de alguien habia invadido cuatro veces á San Juan, tres á Tucuman, á San Luis y Córdoba una. Su situacion en la República Arjentina, con su carácter y medios de accion, era la de los kadíes de las tribus árabes de Arjel, recibiendo de cada nuevo gobierno la investidura, y cerrando el último los ojos á las *razzias* que tenia hechas, para robar sus ganados á las otras.

Y sin embargo, este jefe de bandas que subsiste treinta años no obstante los cambios que el país esperimenta, y mientras los gobiernos que lo emplean ó toleran sucumben, fué derrotado siempre que alguien lo combatió, sin que se sepa en que encuentro fué feliz; pues de encuentros no pasaron nunca sus batallas; sin que esta mala estrella disminuyese su prestijio con los que lo seguian, ni su importancia para los gobiernos que lo toleraban.

Conocido este singular antecedente, la mente se abisma buscando la atraccion que ejercia sobre sus secuaces, sometiéndose por seguirlo á privaciones espantosas, al atravesar desiertos, sin agua, esperimentando derrotas en que perecen siempre los que por mal montados no pueden escapar á la persecucion de sus contrarios. Tiene en los Llanos la misma esplicacion que

en los paises árabes. La vida del desierto, pues aquella parte de la Rioja lo es aunque tiene pastos, es de privaciones, pobreza y monotonía. Las escursiones hacen sentir la vida, despiertan esperanzas, llenan la imajinacion de ilusiones. Irán á las ciudades, donde hay goces, alimentos variados, vino, caballos escelentes, vestido; y estos estímulos bastan para hacerles afrontar peligros posibles, privaciones, que al fin de cuenta son las mismas á que están habituados diariamente.

El bárbaro es insensible de cuerpo, como es poco impresionable por la reflexion, que es la facultad que predomina en el hombre culto. Es por tanto poco susceptible de escarmiento. Repetirá cien veces el mismo hecho si no ha recibido el castigo en la primera. El bárbaro huye pronto del combate; y seguro de su caballo, la persecucion que no lo alcanza, no ejerce sobre su ánimo duraderos terrores. Volverá á reunirse lejos del peligro, sin echar muchas cuentas sobre lo que mas tarde pudiera sobrevenirle. ¿Concíbese de otro modo como Peñalosa emprende una guerra, cuando, sometida toda la República, habia cuerpos de ejércitos victoriosos en Catamarca al Norte, en Córdoba al Este, en San Juan en 1862 al Sur? Y sin embargo, esto lo repite cada uno de esos campesinos á su turno. Oyendo Elisondo el tiroteo de las Lomas Blancas, interceptando el parte del combate que da por aniquilado al Chacho, él, que habia permanecido tranquilo hasta entónces, levanta una montonera que nunca contó cien hombres, y molesta y fatiga largo tiempo á los ejércitos regulares. Cuando el Coronel Arredondo seguia la pista al Chacho, supo, decia, por los *licenciados* que alcanzaba, que se dirijia á San Juan. Los licenciados eran los que por favor, ocupaciones, ó enfermedad no lo habian seguido antes; pero al saberse que iba á San Juan, es decir á Oran ó Bujia, de quinientos hombres que llevaba, su número ascendió á mas de mil, con los que no estaban para eso ni enfermos, ni ocupados.—*D. F. Sarmiento.*

El pueblo arjentino.

19.—Existe un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres escepcionales que enjendra.

La poesía, para despertarse (porque la poesía es como el sentimiento relijioso, una facultad del espíritu humano), necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la estension, de lo incomprensible; porque solo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imajinacion, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto: ¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Arjentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver . . . no ver nada; porque cuanto mas hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, mas se le aleja, mas lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplacion y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay mas allá de lo que vé? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte!!! Hé aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores é incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo arjentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de donde, se estiende en el cielo miéntras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frio al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La oscuridad sucede despues á la luz: la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir á Dios, por decirlo

de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué mas colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el dia, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas, y muestra la Pampa á distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imájenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesion de luz y tinieblas se continúa en su imajinacion, del mismo modo que cuando miramos fijamente el sol, nos queda por largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho, á quien matan con frecuencia los rayos, y os introducirá en un mundo de idealizaciones morales y relijiosas mezcladas de hechos naturales pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana, y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual escitado subleva las pasiones y enciende entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imajinacion el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?

"Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista en su vivo anhelo
Dó fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en la mar.
Doquier campo y heredades
Del ave y bruto guaridas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él slóo puede sondear."

(ECHEVERRIA).

¿O el que tiene á la vista esta naturaleza engalanada?

"De las entrañas de América
Dos raudales se desatan;
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes, se inclinan
Ante ellos seibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja.
Luego en el Guazú se encuentran
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas,
Se derraman en el Plata.

(DOMINGUEZ).

Pero esta es la poesía culta, la poesía de la ciudad. Hay otra que hace oir sus ecos por los campos solitarios: la poesía popular, candorosa y desaliñada del gaucho.

Tambien nuestro pueblo es músico. Esta es una predisposicion nacional que todos los vecinos le reconocen. Cuando en Chile se anuncia por la primera vez un arjentino en una casa, lo invitan al piano en el acto, ó le pasan una vihuela, y si se escusa diciendo que no sabe pulsarla, lo estrañan, y no le creen, "porque siendo arjentino," dicen, "debe ser músico." Esta es una preocupacion popular que acusa nuestros hábitos nacionales. En efecto, el jóven culto de las ciudades toca el piano ó la flauta, el violin ó la guitarra: los mestizos se dedican casi esclusivamente á la música, y son muchos los hábiles compositores é instrumentistas que salen de entre ellos. En las noches de

verano se oye sin cesar la guitarra en la puerta de las tiendas; y tarde de la noche, el sueño es dulcemente interrumpido por las serenatas y los conciertos ambulantes.

El pueblo campesino tiene sus cantares propios.

El *triste* que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frijio, plañidero, natural al hombre en el estado primitivo de barbarie, segun Rousseau.

La *vidalita*, canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, á cuyos redobles se reune la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces. Este canto me parece heredado de los indíjenas, porque lo he oido en una fiesta de indios en Copiapó en celebracion de la Candelaria; y como canto relijioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles arjentinos. La *vidalita* es el metro popular en que se cantan los asuntos del dia, las canciones guerreras: el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por la asociacion que su canto exije.

Así pues, en medio de la rudeza de las costumbres nacionales, estas dos artes que embellecen la vida civilizada y dan desahogo á tantas pasiones jenerosas, están honradas y favorecidas por las masas mismas que ensayan su áspera musa en composiciones líricas y poéticas. El jóven Echeverría residió algunos meses en la campaña en 1840, y la fama de sus versos sobre la Pampa le habia precedido ya: los gauchos lo rodeaban con respeto y aficion, y cuando un recien venido mostraba señales de desden hácia el *cajetiya*, alguno le insinuaba al oido: "es poeta," y toda prevencion hostil cesaba al oir este título privilejiado.

Sabido es, por otra parte, que la guitarra es el instrumento popular de los españoles, y que es comun en América. En Buenos-Aires, sobre todo, está todavia muy vivo el tipo popular español, el *majo*. Descubrésele en el compadrito de la ciudad y en el gaucho de la campaña. El *jaleo* español vive en el *cielito*:

los dedos sirven de castañuelas: todos los movimientos del compadrito revelan el majo; el movimiento de los hombros, los ademanes, la colocacion del sombrero, hasta la manera de escupir por entre los dientes, todo es aun andaluz jenuino.

Del centro de estas costumbres y gustos jenerales se levantan especialidades notables, que un dia embellecerán y darán un tinte orijinal al drama y al romance nacional. Yo quiero solo notar aquí algunas que servirán á completar la idea de las costumbres, para trazar en seguida el carácter, causas y efectos de la guerra civil.—*D. F. Sarmiento.*

El Rastreador.

20.—El mas conspicuo de todos, el mas estraordinario, es el *Rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen ó transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio ó lijero, suelto ó tirado, cargado ó de vacío: esta es una ciencia casera y popular. Una vez caia yo de un camino de encrucijada al de Buenos-Aires, y el peon que me conducia echó, como de costumbre, la vista al suelo. "Aquí va," dijo luego, "una mulita mora, muy buena.... esta es la tropa de D. N. Zapata.... es de muy buena silla.... va ensillada.... ha pasado ayer...." Este hombre venia de la sierra de San Luis, la tropa volvia de Buenos-Aires, y hacia un año que él habia visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa en un sendero de dos piés de ancho. Pues

esto que parece increible, es con todo, la ciencia vulgar; este era un peon de árrea, y no un rastreador de profesion.

El Rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fé en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideracion: el pobre porque puede hacerle mal, calumniándolo ó denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren á buscar una pisada del ladron, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al Rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otros es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice friamente: "este es!!" El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste á esta acusacion. Para él, mas que para el juez, la deposicion del Rastreador es la evidencia misma: negarla seria ridículo, absurdo. Se somete, pues, á este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala. Yo mismo he conocido á Calíbar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años consecutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años: encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputacion fabulosa, contesta: "ya no valgo nada, ahí están los niños." Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él, que durante un viaje á Buenos-Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una arteza. Dos meses despues, Calíbar regresó, vió el rastro ya borrado é inapercibible para otros ojos, y no se habló mas del caso. Año y medio despues, Calíbar marchaba cabiz-

bajo por una calle de los suburbios, entra á una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. Habia encontrado el rastro de su raptor despues de dos años. El año 1830, un reo condenado á muerte se habia escapado de la cárcel. Calíbar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que seria rastreado, habia tomado todas las precauciones que la imájen del cadalso le sujirió. ¡Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle; porque comprometido Calíbar en su reputacion, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdia á un hombre pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuadras enteras habia marchado pisando con la punta del pié; trepábase en seguida á las murallas bajas; cruzaba un sitio, y volvia para atras, Calíbar lo seguia sin perder la pista. Si le sucedia momentáneamente estraviarse, al hallarla de nuevo esclamaba: "dónde te *mias dir!!*" Al fin llegó á una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente habia seguido aquel para burlar al Rastreador.... ¡Inútil! Calíbar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas, y dice: "por aquí ha salido; no hay rastro; pero estas gotas de agua en los pastos lo indican!!!" Entra en una viña: Calíbar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo: "adentro está." La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. "No ha salido," fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder á nuevo exámen, dió el Rastreador. No habia salido, en efecto, y al dia siguiente fué ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasion: todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo: y Calíbar!—Cierto!!! contestaron los otros anonadados, aterrados: Calíbar!! Sus familias pudieron conseguir de Calíbar que estuviese

enfermo cuatro dias contados desde la evasion, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿Qué misterio es este del Rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo á su imájen y semejanza!—*D. F. Sarmiento.*

El Baqueano.

21.—Despues del Rastreador, viene el *Baqueano*, personaje eminente, y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y la de las provincias. El Baqueano es un gaucho grave y reservado que conoce á palmos ¡veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas! Es el topógrafo mas completo, es el único mapa que lleva un jeneral para dirijir los movimientos de su campaña. El Baqueano va siempre á su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él. El Baqueano es casi siempre fiel á su deber; pero no siempre el jeneral tiene en él plena confianza. Imajinaos la posicion de un jefe condenado á llevar un traidor á su lado, y á pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un Baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva; él sabe á qué aguada remota conduce: si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un rio, mas arriba ó mas abajo del paso ordinario, y esto en cien rios ó arroyos; él conoce en los ciénagos estensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto, en cien ciénagos distintos.

En lo mas oscuro de la noche, en medio de los bosques ó en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, estraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina á tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en dereceras de tal lugar, á tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sud;" y se dirije hácia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder á las objeciones que el temor ó la fascinacion sujiere á los otros.

Si aun esto no basta, ó si se encuentra en la Pampa y la oscuridad es impenetrable, entónces arranca pastos de varios puntos, huele la raiz y la tierra, los masca, y despues de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algun lago ó arroyo de agua salada ó de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El jeneral Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del Sud de Buenos Aires.

Si el Baqueano lo es de la Pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente á un paraje distante cincuenta leguas, el Baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa á galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando dia y noche llega al lugar designado.

El Baqueano anuncia tambien la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, los gamos y guanacos, que huyen en cierta direccion. Cuando se aproxima, observa los polvos, y por su espesor, cuenta la fuerza: "son dos mil hombres," dice: "quinientos," "doscientos," y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revoletean en un círculo del cielo, él sa

brá decir si hay jente escondida, ó es un campamento recien abandonado, ó un simple animal muerto. El Baqueano conoce la distancia que hay de un lugar á otro, los dias y las horas necesarias para llegar á él, y á mas, una senda estraviada é ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo: así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están á cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exajerado? ¡No! El jeneral Rivera, de la Banda Oriental, es un simple Baqueano, que conoce cada árbol que hay en toda la estension de la República del Uruguay. No la hubieran ocupado los brasileros sin su auxilio; no la hubieran libertado sin él los arjentinos.

Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió despues de tres años de lucha con el jeneral Baqueano, y todo el poder de Buenos Aires hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruido á pedazos, por una sorpresa hoy, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho por el conocimiento de algun caminito que cae á retaguardia del enemigo, ó por otro accidente inapercibido ó insignificante. El jeneral Rivera principió sus estudios del terreno el año de 1804: y haciendo la guerra á las autoridades, entónces como contrabandista, á los contrabandistas despues como empleado, al rey en seguida como patriota, á los patriotas mas tarde como montonero, á los arjentinos como jefe brasilero, á estos como jeneral arjentino, á Lavalleja como Presidente, al Presidente como jefe proscripto, á Rosas, en fin, aliado de Oribe, como jeneral Oriental, ha tenido sobrado tiempo para aprender un poco la ciencia del Baqueano.—*D. F. Sarmiento.*

El Gaucho malo.

22.—Este es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el Ojo de Halcon, el Trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversion á las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural, y sin sus conexiones con los salvajes. Llámanle el *gaucho malo*, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa; son su albergue los cardales; vive de perdices y *mulitas*; y si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás á las aves mortecinas. De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y admiran; se provee *de los vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hácia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo persigue: mataria inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete á lo mas espeso de la partida, y á merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara ó en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos; y tendiéndose sobre el lomo del caballo para sustraerse á la accion de las balas que lo persiguen, endilga hácia el desierto, hasta que poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su troton y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña á la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta cam-

paña. A veces se presenta á la puerta de un baile campestre con una muchacha que ha robado, entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito*, y desaparece sin que nadie se aperciba de ello.

Otro dia se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa la niña que ha seducido, y desdeñando las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo á su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscripto por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser mas depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros: el Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque á la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador*: roba es cierto; pero esta es su profesion, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior: el patron propone comprarle un caballo de tal pelo estraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoje, medita un momento, y despues de un rato de silencio contesta: "no hay actualmente caballo así." ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la Pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la Provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convencídose de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleon conocia por su nombre doscientos mil soldados, y recordaba, al verlos, todos los hechos que á cada uno de ellos se referia. Si no se le pide, pues, lo imposible, en dia señalado, en un punto dado del camino entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar á la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre las deudas.

Viaja á veces á la campaña de Córdoba, á Santa Fé. Entónces se le ve cruzar la Pampa con una tropilla de caballos por delante: si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, á ménos que él lo solicite.—*D. F. Sarmiento.*

El Cantor.

23.—Aquí teneis la idealizacion de aquella vida de revueltas, de civilizacion, de barbarie y de peligros. El *gaucho cantor* es el mismo bardo, el vate, el trovador de la edad-media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El *cantor* anda de pago en pago, " de tapera en galpon, " cantando sus héroes de la Pampa, perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda á quien los indios robaron sus hijos en un *malon* reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga, y la suerte que cupo á Santos Perez. El *cantor* está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografia, que el bardo de la edad-media; y sus versos serian recojidos mas tarde como los documentos y datos en que habria de apoyarse el historiador futuro, si á su lado no estuviese otra sociedad culta con superior intelijencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias injenuas. En la República Arjentina se ven á un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remedando los esfuerzos injenuos y populares de la edad-media; otra que sin cuidarse de lo que tiene á sus piés, intenta realizar los últimos resultados de la civilizacion europea: el siglo XIX y el XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

El *cantor* no tiene residencia fija: su morada está donde la noche le sorprende: su fortuna en sus versos y en su voz. Donde quiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, donde quiera que se apura una copa de vino, el *cantor* tiene su lugar preferente, su parte escojida en el festin. El gaucho arjentino no bebe, si la música y los versos no lo escitan (*), y cada *pulpería* tiene su guitarra para poner en manos del *cantor*, á quien el grupo de caballos estacionados á la puerta anuncia á lo léjos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

El *cantor* mezcla entre sus cantos heróicos la relacion de sus propias hazañas. Desgraciadamente el *cantor*, con ser el bardo arjentino, no está libre de tener que habérselas con la justicia. Tambien tiene que darla cuenta de sendas puñaladas que ha distribuido, una ó dos *desgracias* (¡muertes!) que tuvo, y algun caballo ó una muchacha que robó. El año 1840, entre un grupo de gauchos y á orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un *cantor* que tenia azorado y divertido á su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Habia ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la *desgracia*, y la disputa que la motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que en su defensa dió, cuando el tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida,

(*) No es fuera de propósito recordar aquí las semejanzas notables que presentan los arjentinos con los árabes. En Arjel, en Oran, en Máscara y en los aduares del desierto, ví siempre á los árabes reunidos en cafés, por estarles prohibido el uso de los licores, apiñados en derredor del cantor, jeneralmente dos que se acompañan de la vihuela á duo, recitando canciones nacionales plañideras como nuestros tristes. La rienda de los árabes es tejida de cuero y con azotera como las nuestras; el freno de que usamos es el freno árabe, y muchas de nuestras costumbres revelan el contacto de nuestros padres con los moros de la Andalucía. De las fisonomías no se hable: algunos árabes he conocido, que jurára haberlos visto en mi país.—*El Autor*.

en efecto, se habia cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hácia el Paraná, que corria á veinte varas mas abajo, tal era la altura de la barranca. El *cantor* oyó la grita sin turbarse: viósele de improviso sobre el caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hácia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes despues se veia salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, á fin de que nadáse con mas libertad, y el *cantor* tomado de la cola, volviendo la cara quietamente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hácia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía orijinal del *cantor* es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona á la inspiracion del momento. Mas narrativa que sentimental, llena de imájenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas ó las de algun afamado malévolo, parécese al improvisador napolitano, desarreglado, prosáico de ordinario, elevándose á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi sin versificacion. Fuera de esto, el *cantor* posee su repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos jéneros de versos octosílabos. Entre estas hay muchas composiciones de mérito, y que descubren inspiracion y sentimiento.

Aun podria añadir á estos tipos orijinales muchos otros igualmente curiosos, igualmente locales, si tuviesen como los anteriores, la peculiaridad de revelar las costumbres nacionales, sin lo cual es imposible comprender nuestros personajes políticos, ni el carácter primordial y americano de la sangrienta lucha que despedaza á la República Arjentina. Andando esta his-

toria, el lector va á descubrir por sí solo donde se encuentra el Rastreador, el Baqueano, el Gaucho Malo y el Cantor. Verá en los caudillos cuyos nombres han traspasado las fronteras arjentinas, y aun en aquellos que llenan el mundo con el horror de su nombre, el reflejo vivo de la situacion interior del país, sus costumbres y su organizacion.—*D. F. Sarmiento.*

El Gaucho Arjentino.

24.—El gaucho estima sobre todas las cosas, las fuerzas físicas, la destreza en el manejo del caballo, y además el valor. Esta reunion, este *club* diario (*la pulpería*), es un verdadero circo olímpico en que se ensayan y comprueban los quilates del mérito de cada uno.

El *gaucho* anda armado del cuchillo, que ha heredado de los españoles: esta peculiaridad de la Península, este grito característico de Zaragoza: *guerra á cuchillo*, es aquí mas real que en España. El cuchillo, á mas de una arma, es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones: no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo. El gaucho, á la par de jinete, hace alarde de valiente, y el cuchillo brilla á cada momento, describiendo círculos en el aire, á la menor provocacion, sin provocacion alguna, sin otro interés que medirse con un desconocido; juega á las puñaladas, como jugaria á los dados. Tan profundamente entran estos hábitos pendencieros en la vida íntima del gaucho arjentino, que las costumbres han creado sentimientos de honor y una esgrima que garantiza la vida. El hombre de la plebe de los demás paises toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho arjentino lo

desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, ó rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es solo *marcarlo*, darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así se ve á estos gauchos llenos de cicatrices, que rara vez son profundas. La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor á la reputacion. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasion y avidez el centelleo de los puñales, que no cesan de ajitarse un momento. Cuando la sangre corre á torrentes, los espectadores se creen obligados en conciencia á separarlos. Si sucede una *desgracia*, las simpatías están por el que se desgració: el mejor caballo le sirve para salvarse á parajes lejanos, y allí lo acoje el respeto ó la compasion. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si *corre á la partida*, adquiere un renombre desde entónces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Trascurre el tiempo, el juez ha sido mudado, y ya puede presentarse de nuevo en su pago sin que se proceda á ulteriores persecuciones; está absuelto. Matar es una desgracia, á ménos que el hecho se repita tantas veces, que inspire horror el contacto del asesino. El estanciero D. Juan Manuel Rosas, ántes de ser hombre público, habia hecho de su residencia una especie de asilo para los homicidas, sin que jamás consintiese en su servicio á los ladrones; preferencias que se esplicarian fácilmente por su carácter de gaucho propietario, si su conducta posterior no hubiese revelado afinidades que han llenado de espanto al mundo.

En cuanto á los juegos de equitacion, bastaria indicar uno de los muchos en que se ejercitan, para juzgar del arrojo que para entregarse á ellos se requiere. Un gaucho pasa á todo escape por enfrente de sus compañeros. Uno le arroja un tiro de bolas, que en medio de la carrera maniata el caballo. Del torbellino

de polvo que levanta éste al caer, vése salir al jinete corriendo seguido del caballo, á quien el impulso de la carrera interrumpida hace avanzar obedeciendo á las leyes de la física. En este pasatiempo se juega la vida, y á veces se pierde.

¿Creeráse que estas proezas y la destreza y la audacia en el manejo del caballo son las bases de las grandes ilustraciones que han llenado con su nombre la República Arjentina y cambiado la faz del pais? Nada es mas cierto, sin embargo. No es mi ánimo persuadir á que el asesinato y el crímen hayan sido siempre una escala de ascensos. Millares son los valientes que han parado en bandidos oscuros; pero pasan de centenares los que á esos hechos han debido su posicion. En todas las sociedades despotizadas, las grandes dotes naturales van á perderse en el crímen; el *jenio* romano que conquistara el mundo, es hoy el terror de los Lagos Pontinos, y los Zumalacarregui, los Mina españoles, se encuentran á centenares en Sierra Leona. Hay una necesidad para el hombre de desenvolver sus fuerzas, su capacidad y su ambicion, que, cuando faltan los medios lejítimos, él se forja un mundo con su moral y sus leyes aparte, y en él se complace en mostrar que habia nacido Napoleon ó César.

Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil ó imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público, es una palabra sin sentido, porque no hay público el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse, y adopta para ello los medios y los caminos que encuentra. El gaucho será un malhechor ó un caudillo, segun el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado á hacerse notable.—*D. F. Sarmiento.*

Mirabeau.

25.—Cuando, despues de haber surcado el ámbito dilatado de los mares, adelantábase sereno Cristóbal Colon al continente americano, de repente silba el viento, fulguran los relámpagos, ruje el trueno, rómpense las jarcias, pierde el tino el piloto, y va el bajel á estrellarse contra los escollos ó sepultarse bajo las ondas.

Pero, mientras que rezan arrodillados los marineros, impávido Colon y confiado en sus altos destinos, ase el timon, gobierna el buque al través la tormenta y lóbregas tinieblas, y sintiendo que toca la proa las playas del nuevo mundo, grita con retumbante voz: ¡Tierra! ¡tierra!

Tal así, cuando la "Revolucion" se estraviaba con áncoras rotas y destrozadas velas, Mirabeau, de pié en la proa, desafiaba el estampido del rayo, y sosegando los aterrados pasajeros, elevaba su voz profética y les señalaba con el dedo la tierra prometida.

Todo concurrió á hacer de Mirabeau el soberbio dominador de la tribuna; su organizacion escepcional, su vida, sus estudios, sus disensiones domésticas, el tiempo estraordinario en que apareció, y el conjunto asombroso de sus facultades oratorias.

Es necesario, en una asamblea de mil y doscientas personas, que el orador pueda ser visto de lejos, y Mirabeau distinguíase á gran distancia; que sea oido en todo el recinto, y Mirabeau lo llenaba con su voz; que los accidentes de su fisonomía desaparezcan en el conjunto, que el hombre interior se revele en sus facciones, y la grandeza del alma pase en el rostro y en el discurso: todo esto lo reunia Mirabeau á un grado supremo, y en la tribuna era seguramente el mas bello de todos los oradores.

Orador tan completo, que es mas difícil decir lo que le faltaba que lo que poseia

Mirabeau era de cuerpo macizo y rechoncho, labios espesos, frente espaciosa, huesosa y protuberante, cejas arqueadas, mirada de águila, mejillas gruesas y algo caidas, el rostro sembrado y como salpicado de hoyos y manchas, una voz de trueno, cabellera enorme, y aspecto de leon.

Nacido con un temperamento de fuego, llegó á sobrepujar los vicios y virtudes de su raza. Desde la cuna lo asaltaron las pasiones y lo devoraron hasta el sepulcro; y sus exuberantes facultades, no hallando pábulo esterior, se concentraron en sí mismas, determinándose en aquella robusta naturaleza un hacinamiento, una fermentacion, un hervidero de toda clase de cosas, como un volcan que condensa, tritura, liquida y amalgama la lava antes de espelerla por su inflamado cráter. Literatura griega y latina, lenguas estranjeras, matemáticas, filosofía, música, todo lo aprendia, todo lo retenia, todo lo sabia, al paso que no le eran menos familiares los ejercicios jimnásticos, tales como esgrima, natacion, equitacion, danza, &c.

Los males que se habian ceñido á describir los filósofos del siglo, los habia él mismo sufrido. Impertérrito y firme habia mirado cara á cara y arrostrado el despotismo paternal, como mas adelante el ministerial. Pobre, fujitivo, desterrado, proscripto, encarcelado, cada dia, cada hora de su juventud fué un desliz, una borrasca, un estudio, un combate. Bajo los cerrojos de los calabozos, con la pluma en la mano é inclinada la frente en los libros, atesoraba en los inmensos depósitos de su memoria, los mas preciosos y variados tesoros, templando y retemplando incesantemente su alma en sus impetuosos ataques contra la tiranía, como el acero sumerjido en el líquido al salir candente de la fragua.

En todo y por doquier se revela Mirabeau. En sus cartas, en sus defensas, en sus memorias, en sus publicaciones sobre los arrestos arbitrarios, la libertad de la prensa, los privilejios de los nobles, la desigual-

dad de distinciones, las materias de hacienda y la situacion de Europa. Enemigo de todos los abusos, polemista acalorado, osado reformador, si bien mas notable por la elevacion ó atrevimiento y orijinalidad de sus ideas, que por la verdad y vigor del raciocinio y gracias de la forma; verboso y hasta flojo, incorrecto, desigual, pero dotado de un estilo lleno de brio é irresistible, estilo mas bien hablado que escrito, como el de todos los verdaderos oradores.

Hay muchos que creen que la fuerza de Mirabeau consistia únicamente en sus vastos pulmones y erizada melena; que como un sañudo leon postraba á sus adversarios con el golpe de su cola; que los arrastraba en su curso semejante á un torrente despeñado y espumoso; que los aterraba con su mirada, y los petrificaba con el estampido de su voz tremenda como el trueno; todas estas alabanzas se refieren únicamente á su porte, órgano y jesto, esto es, á sus ventajas esteriores, como si se tratase de un gladiador del circo ó actor dramático, y no es ciertamente alabarlo como lo merece este incomparable orador que la posteridad aun se figura ver envuelto en la tempestuosa noche de lo pasado, firme en la montaña como otro Moisés, en medio de los relámpagos y rayos, con las tablas de la ley en sus brazos, coronada la frente de una aureola de fuego, hasta perderse y ocultarse en la nube que sube y lo envuelve.

Atónita la posteridad, retrocede asombrada ante las obras jigantescas cumplidas por Mirabeau, durante los dos años de su vida parlamentaria. Largos discursos, apóstrofes, réplicas, propuestas, esposiciones, cartas á sus comitentes, polémicas de la prensa, relatos, sesiones de mañana, sesiones de noche, conferencias de comisiones: todo lo hace, á todo atiende, lo grande, lo pequeño, lo simple, lo complexo; y cargadas sus espaldas con un mundo de trabajos, parece, en esta carrera de Hércules, no esperimentar ni tedio ni cansancio.

Multiplicábase á la vez en su propia persona y en las

de los que lo rodeaban: amigos, electores, redactores, secretarios, á todos los ocupaba y abrumaba con repetidos encargos: sin parar un instante, conversaba, perorabe, escuchaba, dictaba, leia, compilaba, escribia, declamaba, correspondia con toda la Francia: dijeria los trabajos ajenos y se los asimilaba como su propia sustancia; recibia notas al subir á la tribuna, en la tribuna misma, é introducia hábilmente su contenido en su discurso sin perder nunca el hilo; retocaba las arengas é informes cuyo plan habia dado él mismo, animándolas con su espresion y fortificándolas con su idea. Este plajiario sublime, este gran maestro, empleaba sus ayudantes y discípulos en sacar el mármol de la cantera y desbastar su obra, como el estatuario que, viendo ya medio trabajada la piedra, se acerca, toma su cincel, le da la respiracion y la vida, y la convierte en un héroe ó en un Dios.

Su manera oratoria era la de los grandes modelos de la antigüedad, con un poder admirable de ademanes y una vehemencia de diccion, que jamás pudieron igualar Ciceron y Demóstenes. El estilo de Mirabeau es nervioso, porque se halla despojado de toda rijidez; natural, porque carece de todo afeite; elocuente, porque es sencillo; sin imitacion ajena, porque la propia orijinalidad le basta; desprovisto de epítetos parásitos, porque seria amortiguar el brio de su lenguaje; sin entrar en digresiones, pues seria perderse.

Sus exordios son, unas veces vivos, otras majestuosos, segun lo exije la materia; la narracion rebosa de claridad, y la cuestion la fija con certeza. Su frase ámplia y sonora se asemeja á la de Ciceron, y estiende con solemne majestad las ondas de su discurso, acumulando sus enumeraciones como pruebas, no como adornos: preocupándose del encadenamiento de las ideas, no de la armonía de las palabras; y agotando un asunto en su flor, no en sus heces. Si aspira á deslumbrar, las imájenes nacen bajo sus pasos; si quiere conmover, abunda en arrebatos de corazon, persuasio-

nes delicadas, movimientos oratorios que se sostienen y no chocan, que no se confunden sino se suceden y emanan unos de otros, brotando con feliz desórden de tan bella y rica naturaleza.

Desde el momento en que entra en el debate, es sustancial, enérjico, lójico como Demóstenes; avanza en un plan cerrado é impenetrable, pasa en revista sus pruebas, las forma en batalla y dispone el ataque.

Cubierto con las armas de la dialéctica, toca á la carga, cae en sus adversarios, los ase, los hiere en el rostro, y el pié en la garganta, no los deja hasta que se declaren y confiesen vencidos; si retroceden y huyen, los persigue, los bate por vanguardia y retaguardia, los hostiga, los acosa, los encierra en el círculo imperioso que les ha trazado, como aquellos marinos, que saltando en la cubierta estrecha de un navío tomado al abordaje, colocan al enemigo sin esperanza entre la espada y el Océano.

Si era admirable en sus discursos premeditados, aun mas resaltaba su jenio en sus improvisaciones, y en ellas rebosaba su vehemencia natural que comprimia en sus arengas premeditadas. Una especie de irritabilidad nerviosa comunicaba á su persona la animacion y la vida; su pecho se hinchaba y dilataba por un soplo impetuoso; su rostro de leon se arrugaba y contraia; sus ojos despedian llamas; el orador rujia, brincaba, sacudia su espesa melena y tomaba posesion de la tribuna con la autoridad de un soberano.

¡Cuán imponente era el verlo de momento en momento alzarse y crecer bajo los obstáculos! ¿Llegó acaso á ser tan patético el orador antiguo cuando, sin mas autoridad que su palabra, desencadenaba, sublevaba y reprimia en el foro las olas frenéticas de la muchedumbre? En tales instantes abandonaba Mirabeau las acompasadas notas de su declamacion habitualmente grave y solemne, y dejaba escapar gritos interrumpidos, voces fulminantes, palabras de fuego, acentos despedazadores: entónces revestia de carne

y colorido la seca osamenta de la dialéctica, enardecia la multitud, porque él mismo se enardecia, y arrastraba los corazones porque al mismo arrastraba una fuerza superior. Y no obstante ¡tan increible era su fuerza! se precipitaba sin estrellarse y señoreaba los ánimos con el imperio de su elocuencia sin cesar de gobernar á esta.

Sus improvisaciones eran en jeneral breves, fuese por rápido agotamiento del asunto, ó por secreto instinto del arte, pues sabia que la ajitacion causada por la elocuencia pierde su efecto por la duracion; que á un buen orador conviene no dejar al entusiasmo de sus amigos el tiempo de enfriarse, ni mostrarse las objeciones de sus rivales; que el estampido del rayo que no hiere no espanta, y que la palabra de la tribuna debe, como una bala de cañon, acabar de un solo golpe con el adversario.

La inspiracion le dictaba esas figuras vivas que trasportan repentinamente á la escena los hombres, las cosas y los lugares y les prestan oido, palabra y accion como si presentes se hallasen.

Espantado al fin del estruendo y violencia de su carrera, Mirabeau, con la pujanza descomunal de un Hércules, se esforzó, pero ya demasiado tarde, en contener el carro lanzado de la Revolucion. Tenia en su estrella esa fé algo supersticiosa de los grandes hombres, y creia que la flecha que el aire hiende en vuelo rápido, puede pararse antes de haber llegado al objeto; él solo queria servir de blanco á los tiros de sus contrarios; y ya se aprestaba con enerjía sobrenatural á volver á principiar su lucha de jigante, cuando de repente le abandonaron las fuerzas y se apagó su vida como la monarquía cuyo luto llevaba. (1)

(1) Postrado repentinamente Mirabeau por un mal desconocido, vió acercarse la muerte con la mayor serenidad, y hasta el último momento guardó la conciencia de su poder y renombre. . Próximo á espirar, dijo á su criado: "Sostén esta cabeza, la mas fuerte de Francia.—¿Qué epitafios, decia tambien, colocarán sobre mi tumba?"

Con tan alarmante noticia consternase Paris, acude el pueblo, entra, prorumpe en llantos y lamentos, en torno á Mirabeau moribundo, de Mirabeau difunto, contemplando angustioso y desesperado el cadáver del atleta infatigable que yace á sus piés. En vano lo palpa y busca aun en el cuerpo frio un resto de vida; frenético quiere abrirse las venas para reanimar su vida; quiere apretar esas manos heladas que tantas veces lanzaron los rayos populares; se unce á su carro y arrastra hasta el panteon sus restos funerales con la pompa y apoteosis de un rey.

¡Mas ay! Ya no debia volver á resonar la voz del tribuno, cuyos ecos se prolongaban, como el bramido del trueno, de columna á columna, en los magníficos peristilos de la Revolucion; esa voz política que habia proclamado los principios de la Constitucion francesa; esa voz de orador que, en la remota antigüedad, hubiera conmovido con poder irresistible, las naciones, ciudades y reinos. ¡Oh popularidad veleidosa! Un negro crespon ocultó las estatuas erijidas á su memoria, como un velo oscuro cubre el rostro de los parricidas; ese pueblo entusiasta y voluble, que habia querido sacarse la sangre para trasmitirla á las agotadas venas de Mirabeau, ese pueblo que, en triunfantes brazos, habia llevado sus restos á la cúpula del Panteon, debia pronto maldecir su ídolo y escupir en su memoria; ese Panteon, al cual la nacion agradecida habia confiado su glorioso cadáver, debia arrojarlo de su seno cual despojo de baldon.

Y el moribundo tribuno, que reclinado en su lecho mortal, soñaba la gloria de la posteridad, pidiendo á sus desconsolados amigos, epitafios para su sepulcro, ¡qué suplicio hubiera sido el suyo si hubiera podido adivinar que, en una noche lóbrega, y á la vacilante luz de un hachon, serian arrancados sus huesos del monumento en que reposaban y arrojados á la huesa comun de los criminales!

Dónde están los epitafios fastuosos que se habia

prometido? ¿Dónde encontrar, y cómo reconocer la cabeza de ese gran Riquetti en medio de tantos trozos sangrientos y tantas cabezas cortadas por el hacha del verdugo? ¡Oh vanidad de nuestros sueños! ¡oh miseria de las grandezas humanas!—*Cormenin.*

Danton.

26.—Visto de cerca, Danton tenia como Mirabeau, la tez morena, facciones chatas, frente arrugada, una fealdad repugnante; mas, como el orador de la Constituyente, visto de lejos, y en una asamblea, atraia las miradas por su fisonomía caraterística y por esa belleza varonil que es la belleza del orador.

Mirabeau tenia el aspecto de leon, Danton del alano, emblemas ambos de la fuerza.

Naturalmente elocuente, Danton, en la antigüedad, con sus voz retumbante, sus ademanes impetuosos, y las colosales figuras de sus discursos, hubiera gobernado las tempestades de la multitud.

Danton se pertrechó en la Convencion como en una fortaleza erizada de cañones, mitad amenazando á sus defensores, mitad al enemigo. Allí hizo fuego por todas las troneras, sin que nadie le disputase el mando; pero, cuando la Convencion se dividió en dos campos rivales, Danton hesitó, y si hubiera pasado á la Gironda, hubiera acabado con Robespierre; pero imprudentemente repelido por los Girondinos al pié de la Montaña, subió á ella resignado á su destino: "¡Ah! tú me acusas, decia á Guadet, elevándose á toda su altura, tú me acusas .... no conoces mi fuerza."

Descomunal era esta fuerza, pues tenia en su mano dos resortes poderosos para desquiciar la Convencion: el terror y el entusiasmo.

Increible era esa fuerza de entusiasmo, cuando asentó en sus jigantescos pilares el Tribunal revolucionario.

Irresistible era esa fuerza de entusiasmo, cuando reanimando con su terrible soplo el ardor marcial de los Franceses, pronto á decaer si continuamente no se escita, decia: "lo que necesitamos para vencer, es audacia, audacia, y mas audacia."

Y en esta ocasion: "El pueblo no tiene mas que sangre y la prodiga. Vamos, pues, miserables, prodigad igualmente vuestras riquezas. ¡Qué! teniendo una nacion entera por palanca, y la razon por punto de apoyo, ¿aun no habeis cambiado la faz del mundo? Dejad vuestras necias disputas, que aquí sólo se trata del enemigo que debemos atacar y vencer. ¡Eh! ¿qué me importan que me llamen bebedor de sangre? ¿qué viene á ser mi reputacion? que sea feliz la Francia, y maldito mi nombre si necesario fuere."

Monstruosa elocuencia á la verdad, pero llena de orijinalidad, brio y vehemencia; elocuencia que á chorros brotaba del pecho del orador, arrastraba la Asamblea, y le arrancaba aplausos frenéticos.

Oigamos aun otros fragmentos de esta misma elocuencia:

"Una nacion en revolucion es como el bronce que se derrite y rejenera en el crisol. La estatua de la libertad aun no ha sido vaciada, pero hierve el metal."

Y este otro: "Marsella se ha declarado la montaña de la república, montaña que tomará ensanche; y de su cima desprenderánse los peñascos de la libertad que aniquilarán á sus enemigos."

Y esta palabra tan esacta: "Cuando un pueblo destruye la monarquía para llegar á la república, la fuerza de proyeccion que lo empuja, hace que vaya simpre mas allá del límite que se propone."

Y esta arrogante amenaza: "A cañonazos debemos anunciar la constitucion á nuestros enemigos."

Lo que perdió á Danton y lo que debia perder á

Robespierre, fué menos el haber querido gobernar que el no haber gobernado suficientemente.

No hay que apartarse con ceño de las revoluciones, que son, habia dicho Vergniaud, como Saturno que devoraba á sus hijos, ni mirarlas pasar desde la ribera, sino embarcarse con ellas en el mismo buque, atravesar las mismas tormentas, velar dia y noche para impedir ó hacer abortar las conjuraciones, y no dejar un solo instante el timon.

Danton se durmió al lisonjero arrullo de su popularidad; sus manos dejaron escapar el timon, cayó en el mar el terrible orador, y fué sepultado en el abismo.

Las revoluciones corren veloces, el pueblo olvida, las facciones devoran.

Ni el favor de sus amigos, ni el ruido de su nombre, ni la memoria de sus servicios, ni su influjo en la Convencion, ni las secretas simpatías del Tribunal revolucionario, ni la abnegacion de sus amigos, ni la lijereza de la acusacion, ni su amor por la libertad, ni su audacia, ni su elocuencia, nada pudo salvarlo.

Levantada estaba la cuchilla, y Robespierre aguardaba su víctima.

Danton, al ir á la muerte, pasa por delante de la casa de Robespierre, y, volviéndose á ella esclama con su voz de trueno: "¡ Robespierre! ¡ Robespierre! te emplázo á comparecer antes de tres meses en el cadalso." Sube la fatal escalera, y por última vez abraza á su amigo Camilo Desmoulins; el verdugo los separa: "Miserable, le dice Danton, ¿podrás acaso impedir que nuestras dos cabezas se besen en el canasto?" ¡Qué tiempos! ¡qué palabras!"—*Cormenin.*

O'Connell.

27.—Jamás en ningun siglo ni en ningun país hubo hombre alguno que adquiriese sobre su nacion un imperio tan soberano, absoluto y completo. Él es en cierto modo y por sí solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su Dios.

Sus projenitores, descendientes de los reyes de Irlanda, llevaban pendiente de la cintura la cuchilla de las batallas. Él, como tribuno del pueblo, lleva tambien la cuchilla en los combates de la palabra, la cuchilla de la elocuencia que es mas temible que la espada.

Mirad á O'Connell con su pueblo, porque realmente su pueblo es; vive de su vida, se ríe cuando él rie, vierte sangre de sus heridas, se queja de sus dolores. Él le arrastra del temor á la esperanza, de la esclavitud á la libertad, del hecho al derecho, del derecho al deber, de la suplicacion á la invectiva, y de la cólera á la misericordia y á la compasion. Manda á sus Irlandeses que se arrodillen en tierra y oren, y vedlos como se arrodillan y oran; que levanten su frente hácia el cielo, y la levantan; que maldigan á sus tiranos, y maldicen; que canten himnos á la libertad, y los cantan; que se descubran y presten juramento con la cabeza desnuda y la mano estendida sobre los santos Evanjelios, y se descubren, levantan la mano y juran; que firmen peticiones para la reforma de los abusos, que unan sus fuerzas, olviden sus querellas, abrazen á sus hermanos, y perdonen á sus enemigos; y firman, se unen, olvidan, se abrazan y perdonan!

Lo que le hace tan incomparable á los oradores de su país como á los nuestros, es que sin premeditacion alguna y por la sola fuerza, por el solo impulso de su potente y victoriosa naturaleza, entra enteramente en su sujeto y parece mas poseido que posesor de él. Su

corazon rebosa y va por saltos y brincos, de modo que pueden contarse sus pulsaciones.

Como un corcel de raza á quien se detiene de repente sobre sus piernas nerviosas y estremecidas, del mismo modo O'Connell puede detenerse en la carrera desenfrenada de su elocuencia, inclinarse á un lado y volverla á emprender. ¡Tal es la presencia, resorte y vigor de su injenio!

Al verle se creeria que vacila y va á sucumbir bajo el peso del dios interior que le ajita. Luego se reanima con la aureola en la frente y los ojos centellantes, y su voz que nada tiene de mortal, principia á resonar en los aires y á llenar todo el espacio.

Es poeta hasta la epopeya ó familiar hasta la trivialidad. Atrae á sí su auditorio y le trasporta sobre las tablas del teatro, ó bien se baja de ellas y se mezcla á los espectadores. No deja un solo momento la escena sin accion ó sin palabras. Distribuye á cada uno su papel; se presenta como juez, interróga y condena. El pueblo ratifica la sentencia, levanta las manos y se figura que asiste á un juicio.

O'Connell arregla á veces el drama interior de la familia segun el drama esterior de los negocios públicos. Hace aparecer en sus discursos á su anciano padre, á sus antepasados y á los projenitores del pueblo. Espide sus órdenes, manda que se sienten, que estén de pié ó que se prosternen. Toma la direccion de los debates, cuida del buen órden en la audiencia, preside, lee, redacta, hace propuestas, peticiones y requerimientos, y concluye. Arregla é improvisa narraciones, monólogos, prosopopeyas, intermedios y peripecias. Sabe que el Irlandes es al mismo tiempo risueño y melancólico, que le gustan las figuras, el colorido y el sarcasmo, y corta la risa con las lágrimas, lo grandioso con lo grotesco. Ataca en masa á los Lores del parlamento, y echándolos de sus guaridas aristocráticas los persigue uno á uno como á fieras. Los ridiculiza sin piedad, los escarnece, los difraza, y

cubiertos de cuernos y corcobas ridículas los entrega á la mofa y silbidos de la multitud. Si en medio de la pelea distingue á algun amigo ó enemigo, le nombra. Si él es interpelado, se detiene, coje cuerpo á cuerpo á su interruptor, le echa por tierra y vuelve bruscamente á continuar su arenga. De ese modo es como sigue, con maravillosa electricidad, las ondulaciones de esa mar popular, ya loca y bulliciosa bajo los golpes de su tridente, ya rizada por el soplo de un viento lijero, ya tranquila, pura y dorada por los rayos del sol como un baño de blandas y delicadas sirenas.

Pero se conoce que ese orador jigantesco se encuentra estrechado y ahogado bajo la cúpula del parlamento inglés, como un gran vejetal bajo una campana de vidrio. Para que sus pulmones se hinchen, su estatura crezca y su voz truene, necesita aire, sol, y la tierra de Irlanda. Solo cuando toca á esa tierra sagrada, á esa tierra de la patria, es cuando respira y se le ensancha el corazon. Sólo allí, en presencia de su pueblo, es donde su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia, se lanza, se desplega y brilla como las inmensas mangas de cohetes de un fuego artificial Sólo allí derrama y vierte las hirvientes oleadas de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos.

Sus chanzas no son finas, no pican como una aguja. Semejante al sacrificador antiguo, levanta su maza, hiere á su víctima entre los cuernos en medio de la frente, ella da un largo jemido y cae.

Es preciso verle cuando reune toda su indignacion y fuerzas para contar la larga historia de las desgracias de su patria, y de su opresion y miserias; cuando evoca del fondo de sus tumbas aquellos héroes jenerosos, aquellos rijidos ciudadanos que regaron con su sangre los cadalsos de Irlanda, sus lagos y llanuras; cuando presenta á la vista de sus bravos amigos el lamentable espectáculo de la libertad desgarrada por el hierro de los Ingleses; el suelo de sus antepasados en manos de esos

tiranos; el gobierno instituido por ellos y para ellos, para ellos solos; los tribunales atestados de sus hechuras; las leyes teñidas de sangre, los soldados convertidos en verdugos; llenas las cárceles; los paisanos arruinados por las contribuciones, embrutecidos por la ignorancia, estenuados de enfermedades y de hambre, descarnados, huraños, doblegados, echados sobre fétida paja; las barracas cerca de los palacios; la insolencia de la aristocracia; la ociosidad sin cargas y sin compasion; el trabajo sin retribucion y sin descanso; la ley marcial restaurada, suspendida la libertad de imprenta; invadida la administracion por los estranjeros; absorvida la nacionalidad; los relijionarios incapacitados de ser jueces, jurados, testigos, renteros, maestros de primera enseñanza, y rejidores, so pena de nulidad radical y hasta del último suplicio; las iglesias católicas vacías, desnudas y sin ornamento; sus sacerdotes mendigando, estériles y perseguidos; la Iglesia anglicana con la alegria en la frente y en el corazon, y las manos en los sacos y cofres de oro. Entónces los ojos se inundan de lágrimas en medio de un sombrio y espantoso silencio, y todo ese pueblo oprimido, y ahogado en sollozos ajita en su corazon proyectos de venganza.

Sin embargo que la Inglaterra, desde lo alto de sus palacios y desde su lecho de púrpura y seda, preste un oido tembloroso al ruido de ese Encélado que ruje bajo el monte en que le tiene encerrado. Ya recorre sus sombríos subterráneos; ya se endereza sobre los piés y levanta con sus hombros los hornos abrasados de la democracia, y esperando una prócsima erupcion la Inglaterra se espanta y ya se le queman los piés, y se retira temiendo que el volcan reviente y la haga saltar.

¡Qué le importan á ese turbulento orador, á ese rústico hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, la política de los salones, la propiedad de la gramática y la urbanidad del lenguaje! Él es del pueblo y ha-

bla como el pueblo. Tiene las mismas preocupaciones, la misma relijion, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazon, un corazon que palpita con todas sus fuerzas por la Irlanda, y aborrece con todos las fuerzas á la tiránica Albion. ¡No le veis como penetra, se introduce, y se hunde en las entrañas de sus queridos Irlandeses para sentir y palpitar como ellos sienten y palpitan! ¡Cómo se condena á sí mismo á arrastrar la cadena de su esclavitud, para rujir mejor con ellos ó poder romperla mejor! ¡Cómo cede, se contornea, se abate, se reanima é investiga la gloria de lo pasado! ¡Cómo les representa sus males presentes, su soledad, ilotismo político, miseria social, desnudez y degradacion! ¡Cómo les reanima y les refresca con el soplo relijioso de sus esperanzas! ¡Cómo les levanta de nuevo con los nobles acentos de la libertad, y cómo les cubre tan perfectamente con su voz, gritos y venganzas, con su alma, brazos y cuerpo, que al fin de su discurso todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil hombres no tienen mas que un mismo cuerpo, una misma alma, y el mismo grito de ¡Viva Irlanda!

¡Sí, su Irlanda, su muy querida Irlanda es lo que él ha colocado como un altar en medio de todos sus pensamientos y afecciones. Sólo á ella ve, solo á ella escucha en el parlamento, en la iglesia, en el foro, en el hogar doméstico, en los clubs, en los banquetes, en sus triunfales ovaciones, ausente, presente, á toda hora, en todo lugar, en todas partes! A ella vuelve sin cesar por mil caminos atravesados, lleno de abismos y precipicios, de altas montañas, de lagos inmensos, de tierras fértiles y de praderas ondeantes. ¡Tú eres, verde Eryn, esmeralda de los mares, cuyo cinturon desata él sobre los arenales de la playa! ¡Tú eres quien se le aparece sentada sobre la cima atrevida de los templos del catolicismo, tú la que él oye entre los murmullos del huracan, tú la que él respira entre las brisas perfumadas de la floresta! ¡tú á quien se

figura ver sacando tu formidable cimitarra contra la Inglaterra, al ruido del trueno de las batallas! ¡Tú pobre mendiga, cuyos harapos, pechos desecados y chozas de paja prefiere él á los florecientes palacios de la aristocracia, á la insolente Albion, á la reina del Océano! ¡Tú, verde Eryn, esmeralda de los mares, cuyas gracias enfermizas y cuyas mejillas ahuecadas y marchitas contempla él lleno de respetuosa compasion, porque eres la tumba de sus projenitores, la cuna de sus hijos, la gloria de su vida, la inmortalidad de su nombre, la palma florida de su elocuencia, porque amas á tus hijos, porque le amas á él, porque padeces por ellos y por él, porque eres la Irlanda, porque eres su patria!—*Corimenin.*

La Biblia.

28.—La Biblia sobrepuja en sencillez, vivacidad y grandeza, á todos los escritores de Roma y de Grecia. Ni el mismo Homero jamás se acercó á la sublimidad de los cánticos de Moisés, particularmente al último, que todos los hijos de los Israelitas debian aprender de memoria. Jamás oda ninguna, griega ó latina, llegó á alcanzar la grandiosidad de los salmos: por ejemplo, el que así principia: *El Dios de los Dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado á la tierra*, sobrepuja la imajinacion humana. Jamás Homero ni otro poeta cualquiera ha igualado á Isaías pintando la majestad de Dios ante quien *los Reinos no son mas que un grado de arena; el universo, una tienda que hoy se levanta y mañana se alza.* Ora tiene este profeta, en las amenas pinturas que hace de la paz, toda la dulzura y toda la ternura de una égloga; ora se eleva á tanta altura que á todos supera.

Pero, ¿hay acaso algo comparable en la antigüedad

profana al tierno Jeremías, deplorando los infortunios de su pueblo; ó á Nahum, viendo de lejos, en su espíritu, caer la soberbia Nínive bajo los esfuerzos de un innumerable ejército? Cree uno ver este ejército, cree uno oir el ruido de las armas y de los carros: ¡tan á lo vivo está representado todo á la imajinacion avasallada! deja á gran distancia tras sí á Homero.

Leed, además, á Daniel, anunciando á Baltazar la venganza de Dios pronta á herirle; y buscad, en los mas sublimes orijinales de la antigüedad, algo que se le pueda equiparar.

En fin, todo se encadena en la Escritura; todo conserva en ella el carácter que le es propio, la historia, el detalle de las leyes, las descripciones, los pasajes vehementes, los misterios, los discursos morales; y por último, hay tanta diferencia entre los poetas profanos y los profetas, como hay entre el verdadero entusiasmo y el falso. Los unos, verdaderamente inspirados, espresan de una manera sensible algo divino; los otros se esfuerzan en sobrepujarse á sí mismos, dejando siempre ver en sí la debilidad humana.—*Fénélon.*

El Evanjelio.

29.—La majestad de la Sagrada Escritura avasalla mi espíritu; la santidad del Evanjelio habla á mi corazon. Ved los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡Cuán pequeños son al lado de aquel! ¿Será posible que un libro, á la vez tan sublime y tan sabio, sea obra de los hombres? ¿Será posible que aquel cuya historia narra, no sea mas que un hombre? ¿Es acaso ese el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! ¡Qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia conmovedora en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué profunda sa-

biduría en sus discursos! ¡Qué presencia de ánimo, qué finura y qué acierto en sus respuestas! ¡Qué dominio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto con todo el oprobio del crímen y digno de todos los premios de la virtud, pinta rasgo por rasgo á Jesucristo; la semejanza es tan patente que todos los Padres de la Iglesia la han notado, no siendo posible equivocarse.

¡Cuántas preocupaciones, cuánta ceguedad no se precisa tener para atreverse á comparar el hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia media entre ambos! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo sin dificultad su papel hasta el fin; y si esa fácil muerte no hubiese honrado su vida, no sabríamos decir si Sócrates, con todo su injenio, fué otra cosa que un sofista. Arístides habia sido justo ántes que Sócrates dijese lo que era la justicia. Leonidas habia muerto por su país ántes que Sócrates declarara ser un deber amar á la patria. Esparta era sobria ántes que Sócrates alabara la sobriedad; ántes que ensalzara la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero, ¿de dónde habia sacado Jesus de en medio de su pueblo esa moral elevada y pura cuyas lecciones y ejemplo ha dado él solo? Vióse salir del seno del mas furioso fanatismo la mas alta sabiduría, y la simplicidad de las mas heróicas virtudes honró al mas vil de los pueblos. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se pueda desear; la de Jesus, espirando en medio de los tormentos, injuriado, escarnecido, maldito por todo un pueblo, es la mas horrible que se pueda temer. Sócrates, tomando la copa emponzoñada, bendice al que, llorando, se la presenta; Jesus en medio de un horrendo suplicio, ora por sus verdugos encarnizados. Sí, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios.—*J. J. Rousseau.*

Homero.

30.—Yo no soy mas que un Escita, y muchas veces se escapa á mis órganos demasiado torpes la armonía de los versos de Homero, aquella armonía que enajena á los Griegos; pero no puedo contener mi admiracion cuando le veo elevarse, y cernirse sobre el universo; lanzando en todas direcciones sus miradas ardientes; recojiendo los fuegos y los colores con que centellean los objetos á su vista; asistiendo á la asamblea de los dioses; sondeando los dobleces del corazon humano; y luego, rico con sus descubrimientos, embriagado con las bellezas de la naturaleza, y no pudiendo contener ya el fuego que le devora, derramarle con profusion sobre sus pinturas y en su espresiones; poner en pugna al cielo con la tierra, y á las pasiones consigo mismas; deslumbrarnos con ráfagas de luz, que sólo pueden brotar del númen del jenio: arrastrarnos con aquellos ímpetus de sensacion en que campea el sublime verdadero, y dejar siempre en nuestra alma una impresion profunda, que parece dilatarla y engrandecerla. Porque lo que distingue principalmente á Homero, es aquel animarlo todo, y penetrarnos sin cesar de los movimientos que le ajitan: es el subordinarlo todo á la pasion principal; seguirla en su impetuosidad, en sus descarríos, en sus inconsecuencias, elevarla hasta las nubes, y cuando es preciso, dejarla caer por la fuerza del sentimiento y de la virtud, como la llama del Etna que rebate el viento hasta el fondo del abismo: es haber escojido grandes caractéres; haber distinguido el poder, el valor y las demás calidades de sus personajes, no con descripciones frias y fastidiosas, sino con pinceladas rápidas y fuertes ó con ficciones nuevas y como sembradas al acaso en sus obras.—*Barthélemy.*

Algunos sabios han supuesto ó suponen aún, que Homero no ha existido, y que sus poemas son *rapsodias* ó fragmentos de poesía hilbanados y reunidos por ciertos *rapsodistas*, cantores ambulantes que recorrian la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinion es el ateismo del jenio, y se refuta por su misma absurdidad. ¿Cien Homeros no serian aun mas maravillosos que uno solo? ¿La unidad y conjunto armonioso de las obras no atestiguan acaso la unidad del pensamiento y maestría de ejecucion en el autor? Si la Minerva de *Fidias* hubiera sido hecha pedazos por los bárbaros, y me hubieran presentado uno á uno los miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y ofreciendo todos la huella del mismo cincel, desde la cabeza á los piés, ¿diria yo, al contemplar todos aquellos fragmentos de incomparable belleza, que esta estátua no es obra de un solo Fídias, sino de mil artistas desconocidos que se han juntado por casualidad para hacer sucesivamente esta maravilla de dibujo y de ejecucion? No; reconoceria en la evidencia de la unidad de concepcion, la unidad artística, y esclamaria: ¡es Fidias! como el mundo entero esclama: ¡es Homero!—*Lamartine.*

Platon.

81.—No es ecsajeracion decir que Sócrates no hubiera podido tener un panejirista mas célebre, ni mas digno de sí. A menudo se ha criticado á Platon como filósofo; siempre se le ha admirado como escritor. Al servirse de la lengua mas hermosa del mundo, supo todavía agregar algo á su belleza. Diríase que ha contemplado y visto de cerca esa eterna belleza de la que habla sin cesar, y que por una profunda meditacion, la haya trasferido á sus escritos. Anima ella sus

imájenes, preside á su armonía, derrama vida y gracia sublime sobre los sonidos que representan sus ideas. A menudo da á su estilo ese carácter celestial del que los artistas griegos revestian sus divinidades. Como el Apolo del Vaticano, como el Júpiter Olímpico de Fidias, su espresion es grande y sosegada; su sublimidad parece tranquila como la del cielo, cuyo lenguaje parece poseer. Su estilo, ni se precipita, ni se detiene; las ideas se enlazan con las ideas; las voces que componen las frases, las frases que componen el discurso, todo se atrae y se despliega al mismo tiempo, todo se desarrolla con rapidez y compás, como un ejército bien disciplinado que no es ni tumultuoso, ni lento, y cuyos soldados se mueven con paso igual y armónico para avanzar hácia un mismo punto. — *Thomas.*

Demóstenes.

32.—A pesar de la adulacion ó afirmacion de Virjilio, los hombres de letras no se han pronunciado todavía con unanimidad respecto de Ciceron y de Demóstenes; estos dos oradores están igualmente en el primer rango, y en la opinion de varios retóricos, casi en la misma línea. Ciceron tiene una preeminencia incontestable sobre su rival en literatura y filosofía; pero no le ha arrancado el cetro de la elocuencia: él mismo le consideraba como su maestro, y le alababa con todo el entusiasmo de la mas profunda admiracion.

La fuerza de raciocinio, la arrebatadora rapidez de los movimientos oratorios, es lo que caracteriza la elocuencia del orador ateniense: solo escribe para dar nervio, calor y vehemencia á sus pensamientos, que no son mas que rasgos impetuosos de un alma ardiente;

habla no como un escritor elegante, sino como un escritor inspirado y apasionado á quien atormenta la verdad, y en quien el odio á la tiranía concentra, y ecsaspera todas las facultades; como un ciudadano, agobiado ó amenazado por la mayor desgracia, y que ya no puede sofrenar la vehemencia de su indignacion contra los enemigos de su patria.

La audacia de su estilo resulta del uso, union ó simplicidad atrevida y pintoresca de sus espresiones; y toda vez que osa mostrarse familiar, llega á ser sublime; su predominio es irresistible, y el poder soberano de la evidencia sobre el espíritu humano está en sus labios. Todo cede ante el imperio de sus palabras, y su lenguaje avasallador se enriquece con los tesoros inagotables de su númen é imajinacion. *¿Qué seria*, decia Eschinos, su rival, á sus discípulos que manifestaban su entusiasmo al oirle leer su fulminante arenga *sobre la corona*; *qué seria, pues, si hubieseis oido al monstruo mismo?* —*Maury.*

Jamás hombre alguno dió á la razon armas mas punzantes, mas certeras. La verdad es en su mano un dardo afilado que maneja con tanta ajilidad como fuerza, no dejándolo reposar un momento, tan grande es su ardor para atacar. Hiere sin dar tiempo para respirar; hostiga, acosa, derriba, no siendo él uno de esos hombres que dejan al adversario medios para negar la derrota. Su estilo es austero y enérjico, como conviene á una alma franca é impetuosa. Ocúpase rara vez en acicalar su pensamiento; semejante cuidado no es digno de él; sólo se ocupa en introducirlo todo entero en el fondo de vuestro corazon. Ninguno hizo menos uso de las figuras de diccion; ninguno ha desdeñado mas los adornos; pero, en su rápida marcha, arrastra al oyente á donde quiere, y lo que le

distingue de los demás oradores, es que la aclamacion que arranca se dirije siempre al objeto del cual habla, y no á su persona. Diríase de otro: habla bien; dícese de Demóstenes: tiene razon.—*Laharpe.*

Demóstenes y Ciceron.

33.—No temo decir que Demóstenes me parece superior á Ciceron. Declaro que nadie mas que yo admira á Ciceron: embellece cuanto toca; honra la palabra; saca de las voces lo que otro no podria sacar, y tiene no sé cuantas clases de injenio. Hácese aún conciso y vehemente cuando le conviene, contra Catilina, contra Verres, contra Antonio; pero se nota algun adorno en su discurso; el arte es maravilloso, pero se le advierte; el orador, al pensar en la salud de la República, no se olvida á sí mismo, y no deja que lo olviden.

Demóstenes parece olvidarse á sí propio, y no ver mas que la patria. No busca lo bello, lo encuentra impensadamente. No hay elojio que esté á la altura de su mérito. Se sirve de la palabra, como un hombre modesto de su traje, para cubrirse. Truena, fulmina; es un torrente que todo lo arrastra. No se le puede criticar, pues avasalla el espíritu; se medita en las cosas que dice, y no en sus palabras. Se le pierde de vista, y no se piensa mas que en Filipo que todo lo invade.

Estos dos oradores me dejan entusiasmado; pero confieso que menos me impresiona el arte infinito y la magnífica elocuencia de Ciceron que la rápida simplicidad de Demóstenes.—*Fénélon.*

Plutarco.

34.—" Evoca delante de mí los grandes hombres: quiero verlos y conversar con ellos," decia un jóven príncipe lleno de imajinacion y entusiasmo á una Pitonisa célebre, que tenia fama en el Oriente de evocar á los muertos. Un sabio que estaba á corta distancia, se acercó y le dijo: " Yo voy á hacer lo que pides: mira, toma este libro; recorre con atencion los caractéres que lo componen; á medida que vayas leyendo, verás levantarse á tu alrededor las sombras de los grandes hombres, las que ya no se alejarán de tí. " Este libro era los *Varones ilustres* del filósofo de Queronea.

Allí, en efecto, es donde se halla toda la antigüedad. Allí cada hombre hace á su vez su aparicion con su jenio, y los talentos y virtudes que han tenido influjo en la suerte de los pueblos. Nacimiento, educacion, costumbres, principios que arrancan del carácter ó lo combaten; concurso de varios grandes hombres que, al chocarse, se desarrollan; grandes hombres aislados, y que parecen arrojados fuera de las vias de la naturaleza en épocas de debilidad y decadencia; lucha de un gran carácter contra las costumbres envilecidas de un pueblo que corre á su ruina; rápido desarrollo de un pueblo naciente, á quien comunica su fuerza un hombre de jenio; movimiento dado á naciones mediante leyes, conquistas, elocuencia; grandes virtudes, siempre mas escasas que los talentos; siendo impetuosas y fuertes las unas, sosegadas y razonadas las otras; designios, ora profundamente concebidos y madurados por los años, ora inspirados, concebidos, ejecutados casi en un mismo tiempo, y con un vigor que todo lo arrolla porque no da tiempo á que nada se prevea; en fin, vidas radiantes, muertes gloriosas y casi siempre violentas, pues, por una ley inevitable, la accion de esos hombres, que todo lo revuelven, pro-

duce igual resistencia en cuanto les rodea; pesan sobre el universo, y el universo pesa sobre ellos: y tras la gloria, está casi siempre oculto el destierro, la cuchilla ó el veneno.

Tal es, poco mas ó menos, el cuadro que nos ofrece Plutarco.—*Thomas.*

Horacio.

35.—Las odas políticas y relijiosas de Horacio no son las que señalan para nosotros al poeta que el mundo letrado leerá siempre. Al prometerse él mismo una gloria sin fin, asociaba la duracion de sus cantos á la del culto de Vesta y á las procesiones del pontífice subiendo al Capitólio. No era decir lo bastante. El politeismo ha perecido así como el imperio. Muy frio hubiera parecido á la posteridad el falso entusiasmo con que Horacio los habia adulado á uno y á otro, á no haber el poeta mezclado los encantos de la filosofía á sus mismos encomios. El prestijio eterno de Horacio, estriba en la pintura interesante del hombre, y en el instinto poético en la vida privada.

Para deslumbrar y conmover, para halagar la imajinacion, y á veces aun, para elevar y fortificar el alma, no necesita los recuerdos de Delfos y de Olimpia, ni esas fiestas romanas que tenia á la vista. Un saludo de júbilo al amigo largo tiempo desterrado que torna á ver, un adios mas tierno al amigo que se aleja, un pésame al infortunio, un consejo á la prosperidad, un elojio, una queja, un lugar comun de prudencia mundana, son para este feliz jenio otras tantas inspiraciones orijinales. Creador de la oda filosófica sin teatro y sin aparato, inventor de una poesía concisa como el pensamiento, brillante como la pasion, ha encontrado lo que encantará siempre los espíritus delicados, cuales-

quiera que sean los cambios esteriores del mundo. Ha tocado el fondo del corazon del hombre, no por los lados mas conspicuos, es verdad, sino por puntos sensibles que no pueden borrarse. Amigo asaz decidido del valor y de la virtud, á lo menos por imajinacion, amigo mas eficaz del buen sentido, del desinterés, de los deseos moderados, representa la medida de la humanidad, y por allí quizá instruye mejor que un preceptor mas severo.

No cabe duda que si se aparta de las poesías líricas de Horacio lo que el tiempo ha reconocido ser embuste, lo que al pudor ofende, lo que conmueve mas los sentidos que la razon, mucho se empequeñece ese precioso cofrecito de puros y riquísimos diamantes, tesoro del arte helénico trabajado de nuevo por el jenio romano. Pero, en lo que queda, nada hay que no sea esquisito en cuanto á gusto y vivacidad de colores; ni siquiera se podria notar la falta de entusiasmo, el *mens divinior*, que Horacio pedia al poeta, y que ha hallado para sí, á veces sin tener tal pretension.—*Villemain.*

Dante.

36.—El gran poeta nació en medio de todas las pasiones de guerra y venganza que dividian los Güelfos y los Jibelinos. Era oriundo de una familia llena de esas pasiones, la familia Alighieri, ligada al partido güelfo, á ese partido que, levantado contra el Emperador de Alemania, buscaba en la defensa de los Papas la libertad de Italia. Muy jóven aun, tomó las armas en pro de esta causa, y peleó en la batalla de Campaldino, donde los Güelfos de Florencia vencieron á los Jibelinos. El crédito de su familia, su jenio naciente, todo lo llamaba á esos honores cívicos que, en

la Italia de la edad media, renovaban los peligros y las grandes ambiciones de la Grecia y de Roma. Fué sucesivamente oficial, embajador y prior, esto es, uno de los seis majistrados supremos de Florencia. Encerraba la constitucion de esta ciudad, disposiciones que pueden darnos la esplicacion del preçoz desarrollo del jenio italiano; apoyábase en la libertad, en las ciencias y en los oficios. En el principio, Florencia habia estado, como la antigua Roma, bajo el yugo de la nobleza; pero, se libró de ese yugo, y la ciudad entera formó una federacion en la que no entraban mas que las profesiones científicas y los oficios útiles.

Esas ideas que parecerian osadas, aun en la época actual, habian nacido, en el siglo XIII, de la situacion de las ciudades de Italia. Dante estaba inscrito en los rejistros de Florencia en la sesta clase, bajo el título de *físico*, esto es, médico; motivo porque pronto fué elevado á la dignidad de prior, orijen de todas sus desgracias.

Vencedor, el partido güelfo se habia dividido entre dos familias pujantes, los *Cerchi* y los *Donati*; todo partido que se divide envia reclutas á sus enemigos. La minoría invoca á los que antes combatia en contra de aquellos que hoy la oprimen.

Un suceso, frecuente por aquellos tiempos en las ciudades de Italia, vino á favorecer los disturbios de Florencia. Los Güelfos de Pistoia recien se habian igualmente dividido en dos partidos enemigos. Queriendo, tras largas y sangrientas luchas, dice Maquiávelo, acabar con sus disensiones, ó acrecentarlas mediante nuevos partidarios, vinieron los jefes de estas dos facciones á establecerse en Florencia, donde hallaron, en los odios de los *Cerchi* y de los *Donati*, alianzas ya listas; avivaron y encendieron esos odios, dando sus propios nombres de *blancos* y *negros* á ámbos partidos, y haciendo que cada dia viniesen á las manos: en los paseos públicos y en los ceremonias de los funerales, en todas partes donde se encontraban, corria san-

gre. Dante favorecia á los *blancos*; entre tanto, como magistrado de Florencia, quiso restablecer la paz, é hizo desterrar los jefes de ámbos partidos. Pero, pronto se permitió regresar á los *blancos*; conspiraron al momento los *negros* que tuvieron á favor suyo al pueblo, á la plebe, y á Cárlos de Valois, llamado para restablecer el órden en Florencia. Señalado como *blanco* por los *negros*, Dante tuvo su casa saqueada, y fué condenado al destierro y á la hoguera, en caso de ser apresado. No revisaremos ese pleito. Dante habia amado con pasion á su país; lo cual se echa de ver en las mismas maldiciones que le arroja de en medio de su destierro. Imposible le era olvidar esa Florencia que habia defendido con su espada, servido en los consejos, y que tanto debia ilustrar con su jenio. Pero, era una alma de fuego, jenerosa, implacable. Güelfo, proscrito por los Güelfos, se hizo Jibelino. No sé si tuvo razon; pero, esos espíritus ardientes, elevados, siempre van de un estremo al otro, siendo su enerjía, causa de su misma inconstancia: inoficioso seria pedirles virtudes moderadas y resignacion ante la injuria. Hé ahí, pues, á Dante Jibelino: entre tanto, aunque era este el partido del Emperador no ofrecia grandes alicientes á su ambicion. Desterrado de su ciudad, Dante se unió á los Jibelinos en una inútil tentativa contra Florencia; despues anduvo errante por la Italia, deteniéndose sucesivamente al lado del señor de Goubio, en el palacio de los Scaliger, príncipes de Verona, en Ravena, en Mantua.

Así fué como, errante, desgraciado, acabó su obra sublime. No era este trabajo sólo una preocupacion poética; era su venganza, era su arma. Dueño del infierno, del purgatorio y del paraiso, poseyéndolos por derecho de jenio, podia repartir allí sitios á sus enemigos y amigos. Este desterrado, este proscrito que habiais espulsado de Florencia, y cuya sentencia de muerte habiais dictado, tenia dificultad para hallar un asilo; tenia por fuerza, como él mismo lo dice, que

subir y bajar las escaleras de desconocidos, y sentir cuan amargo es el pan del estranjero. Sin embargo, era mucho mas pujante que vosotros. De en medio de su fuga, desde su destierro, pensaba, escribia, castigaba á sus enemigos. Tres hombres se habian mostrado perseguidores suyos; no los mataba, los dejaba en Florencia; pero en sus versos, decia que esos tres hombres habian muerto, que los habia visto en el infiérno, que sus cuerpos no tenian ya mas que una apariencia de vida animada por los demonios. Esos terribles relatos hacian que los Florentinos huian cuando veian acercárseles los tres condenados vivos, que, tal vez, no estaban muy seguros ellos mismos de estar todavía con vida, y no sabian si no eran, en efecto, unos demonios y si el poeta no habia dicho la verdad.

Hé ahí el terrible poder que el jenio de este hombre ejercia sobre sus contemporáneos; hé ahí, señores, lo que os esplicará sin dificultad el por qué sus cantos eran recitados en todas partes, por qué tenia miles de ocasiones para perder la paciencia al encontrar, por ejemplo, á un herrero ó á un asnero que estropeaba algunos de sus versos. A esta gloria popular se agregaba no sé qué terror místico que rodeaba el nombre y la persona del poeta.

Recordais sin duda ese júbilo de Demóstenes, el dia que oyó á una mujer del pueblo diciendo: "¿ves á este hombre? Es Demóstenes." Dante recojia á menudo semejantes manifestaciones de cándida admiracion popular. En Verona, al pasar cerca de una puerta donde estaban sentadas algunas mujeres, oyó á una de ellas decir en voz baja: "¿Veis á este hombre? es aquel que va al infierno cuando quiere, vuelve de allí, y trae noticias de los que en él están;" y otra contestar: "Lo que decis debe ser cierto; ¿no echais de ver como tiene crespa la barba y ennegrecido el cútis? será por el fuego y el humo del infierno." Sonrióse al proseguir su camino, no desagradándole ese crédulo terror que inspiraba mayor fé en sus versos.

Así, señores, vuestro pensamiento se representa á este hombre de jenio mezclado con sus contemporaneos, y solitario en medio de ellos, hondamente enconado, Güelfo por patriotismo, Jibelino por venganza, pero, tan parco de alabanzas para con los Emperadores como sin contemplaciones para con los Papas, hacinando á su antojo todas las potencias de la tierra en esas hornazas á las que él mismo prende fuego. Inquieto y altivo, cambia sin cesar de asilo. Los sabios ven en él un gran teólogo:

Theologus Dantes, nullius dogmatis expers.

Es este el primer verso del epitafio inscrito en Ravena sobre su tumba. El pueblo lo considera como una especie de ser intermediario entre el hombre y el demonio; sabe las cosas del infierno; conoce los nombres de los *condenados*. No es un poeta de gabinete; en él hay algo del *vates* de la antigüedad, algo aun mas grande; pues sus predicaciones no se limitan á los acontecimientos de esta vida terrestre; profetiza allende el tiempo y el mundo. Mientras tanto, este proscripto dirijia siempre sus miradas hácia Florencia: un rasgo faltaria á su carácter, si no hubiese echado tanto de menos á su patria. Pero, cuando desde Florencia, le ofrecieron una licencia indigna de él para su regreso, la rehusó con enerjía, y como defendiéndose contra el perdon insultante que se le queria imponer . . . . .

Dante quiso en el principio escribir su grande obra en lengua latina. Cítanse aun algunos versos de este primer ensayo. Pero, el progreso de la poesía italiana, los homenajes que le rendian en las ciudades por donde paseaba sus infortunios, mostrando, como él mismo lo dice, las heridas que le habia hecho la fortuna, todo lo arrojaba en el idioma vulgar: al pueblo es á quien quiere hablar.

Los contemporáneos se admiraron desde luego que

pensamientos tan elevados fuesen rebajados hasta la lengua vulgar. En un injenioso trozo de crítica sobre Dante, se ha citado una anécdota curiosa que indica perfectamente esa disposicion de los espíritus en la edad media. Un dia un peregrino habia entrado en el monasterio de Corvo, y permanecia en silencio delante de los relijiosos: uno de ellos le preguntó lo que queria y qué cosa habia venido á buscar; el forastero, sin contestar, contemplaba las arcadas y las columnas del claustro. El relijioso le preguntó por segunda vez lo que estaba buscando; entonces dió lentamente vuelta la cabeza, y mirando al relijioso y á sus hermanos, respondió: ¡La paz! Admirado al oir semejante lenguaje, el relijioso lo tomó aparte, y por algunas palabras, comprendió que era Dante; y como le produjera honda impresion, Dante, sacando un libro que tenia en el seno, se lo ofreció con aire gracioso, y dijo: Hermano, hé aquí una parte de mi obra que tal vez no conoceis. Yo os dejo este recuerdo.

Así, carácter enérjico y apasionado, carácter que sirve para el jenio y le da su forma, vida ajitada, errante, desgraciada, como la imajinacion y la teoría tratan en nuestros tiempos de imajinársela para el poeta, y como las vicisitudes de la edad media la hacian sin dificultad, hé ahí lo que desde luego nos ofrece Dante.—*Villemain.*

Cervantes.

37.—Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no hay veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal

acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos estremos, ni grande ni pequeño, la color viva, ántes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy lijero de pies, este digo, que es el rostro del autor de la Galatea, y de D. Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje del Parnaso, á imitacion del de César, Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra: fué soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos quinto.—*Cervantes.*

Lope de Vega.

38.—Ningun poeta ilustre y distinguido tuvo tanta facilidad de inventiva como él; en ninguno brilla el espíritu de la improvisacion con la espontaneidad y lozanía que en él. Este talento ha ecsistido siempre en los paises meridionales de la Europa, y en España produjo muy desde el principio resultados estraordinarios y muy notables: á él se debe sin duda alguna la invencion y perfeccion de los antiguos romances, improvisados en su oríjen, trasmitidos y mejorados despues por la tradicion oral; á él se deben las seguidillas, las boleras y otras formas de poesía popular que aun existen en España y que son diariamente

creadas por la imajinacion fogosa y lozana de las clases bajas del pueblo, acomodándolas á cantos nacionales que á veces parecen llenar el espacio de la noche, como los rayos del sol iluminan el dia.

El talento de Lope de Vega fué indudablemente muy análogo al de la improvisacion, y produjo los mismos estraordinarios resultados, animado de igual espíritu y siguiendo el mismo camino. Dicen que improvisaba versos con tanta facilidad, que un buen amanuense no podia seguirle con la pluma, y que componia en dos dias una comedia, que no alcanzaba el copiante á trascribir en el mismo tiempo. No era lo que hoy llamamos un improvisador ó repentista, porque su posicion social y su reputacion literaria le llevaron naturalmente á la composicion escrita; pero siempre estuvo rayando con la jurisdiccion del improvisador; su mérito, sus errores, su facilidad, gracia, recursos, estravagancias, dislates, bellísima versificacion y fecunda fantasía, demuestran, á no dudarlo, que con haber soltado un poco mas la rienda á su injenio; con haber dado mas holgura á su imajinacion y sentimiento, se hubiera fácilmente trasformado en un improvisador, y el primero quizá de cuantos han existido en el mundo.—*Ticknor*.

Quevedo.

39.—Su larga residencia en Italia se deja ver en sus frecuentes imitaciones de los poetas de aquel país, y una vez al menos en un soneto escrito en aquella lengua; los trabajos y persecuciones que padeció se conocen bien en la amargura de sus invectivas, y especialmente en uno de sus sueños, escrito en la cárcel, contra la administracion judicial y el órden social de la

época. Del mismo modo notamos la influencia del mal gusto de su tiempo, que bajo algunas formas él mismo combatió resueltamente, en su afan de parecer conceptuoso y brillante, y en un deseo de decir siempre agudezas, sales y epígramas que sorprenden y dejan parado al lector. A pesar de estos defectos, el jenio de Quevedo sobresale y se eleva frecuentemente ostentando gran fuerza y lozanía. No tenia, es verdad, la percepcion instintiva del ridículo, que poseyó Cervantes y le llevó como por la mano á medir con ecsactitud la distribucion de la sátira; pero en cambio, la percibe al momento y se apodera de ella con rapidez; de manera que algunas veces se equivoca por la ecsajeracion y crudeza á que le inclinaba su propio carácter; hasta en los trozos donde se notan estas faltas encontramos pinceladas llenas de gravedad y de ternura, que prueban sus grandes facultades y las prendas superiores aun á su talento que le adornaban; rasgos todos que aumentan el efecto de sus obras, si bien no nos hacen olvidar del todo la farsa grosera y procaz que muchas veces afea sus sátiras.—*Ticknor*.

Milton.

40.—Así se preparaba el Homero de las creencias cristianas; así, nutrida en las facciones, ejercitada por todos los fanatismos de la relijion, de la libertad, de la poesía, esa alma boruscosa y sublime, al perder el espectáculo del mundo, debia un dia hallar de nuevo en sus recuerdos el modelo de las pasiones del infierno, y crear, desde el fondo de su fantasía, que la realidad no interrumpia ya, dos creaciones igualmente ideales, igualmente inesperadas en ese siglo fiero, la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra. Pero,

ántes que Milton haya cubierto con los rayos de una gloria tan pura, la triste celebridad que habian alcanzado sus primeras obras, hallaremos á lo menos, en la causa desventurada á la que se habia ligado, su nombre honrado mas de una vez por las atrevidas lecciones que dirijia á Cromwell. Los estravíos del fanatismo, y no los cálculos de la bajeza, podian concordar con tan sublime jenio.—*Villemain.*

Montaigne.

41.—En todos los siglos en que el espíritu humano se perfecciona por el cultivo de las artes, se ve nacer hombres superiores que reciben la luz y la difunden, yendo mas léjos que sus contemporáneos, al paso que siguen las mismas huellas. Algo mas raro es un jenio que de nada sea acreedor á su siglo, ó mas bien que, á pesar de su siglo, por sólo la fuerza de su pensamiento, se coloca de por sí al lado de los escritores mas perfectos, nacidos en épocas mas cultas: tal es Montaigne.

Pensador profundo bajo el imperio del pedantismo, autor brillante é injenioso en una lengua informe y grosera, escribe con el auxilio de su razon y de los antiguos. Queda su obra, que, sola, basta para establecer la gloria literaria de una nacion: y cuando, despues de largos años bajo los auspicios de algunos jenios sublimes que toman á la vez su vuelo, llega por fin la edad del buen gusto y del talento, esa obra única por mucho tiempo, siempre conserva su orijinalidad; y la Francia, enriquecida de repente por tantas brillantes maravillas, no siente enfriarse su admiracion por esas antiguas é injenuas bellezas. Otro siglo llega tan famoso como el anterior, quizá mas ilustrado, mas ejercitado en la crítica, mas difícil de contentar, porque

puede estender mas sus comparaciones; esta segunda prueba no es menos favorable á la gloria de Montaigne: mejor lo entienden, y con mas libertad lo imitan; sirve para rejuvenecer la literatura, que empezaba á agotarse; da inspiraciones á nuestros mas ilustres escritores; y ese filósofo del siglo de Carlos IX parece hecho para instruir al siglo décimo octavo.

¿En qué consiste, pues, ese prodijioso mérito que sobrevive á las variaciones del lenguaje, al cambio de costumbres? En la naturalidad y la verdad. Hé ahí el embeleso que no puede envejecer. ¿Quién podria cansarse de un libro de buena fe, escrito por un hombre de jenio? Al paso que esos desahogos familiares del autor, esas revelaciones inesperadas sobre objetos importantes y sobre bagatelas, dan á sus escritos la forma de una larga confidencia, consiguen tambien hacer desaparecer la leve fatiga que se siente al leer una obra de moral. Cree uno conversar; y como la conversacion es picante y variada, como á menudo tomamos parte en ella, como aquel que nos instruye tiene el buen cuidado de decirnos: *Ce n'est pas ici ma doctrine, c'est mon étude*, como nos confiesa sus flaquezas para hacernos conocer las nuestras, y nos corrije sin humillarnos, jamas nos da tedio la tal plática.—*Villemain.*

Descartes y Newton.

12.—Los grandes hombres que se hallan en tan grande oposicion han tenido grandes analojías. Ambos han sido jenios de primer órden, nacidos para dominar sobre los demas espíritus, y para fundar imperios. Ámbos, escelentes jeómetras, han visto la necesidad de trasportar la jeometría á la física. Ámbos han fundado su física sobre una jeometría que no debian

casi mas que á sus propias luces. Pero el uno, tomando un vuelo osado, ha querido colocarse en la fuente de todo, hacerse dueño de los primeros principios por algunas ideas claras y fundamentales, para no tener mas que descender á los fenómenos de la naturaleza, como á consecuencias necesarias. El otro, mas tímido ó mas modesto, ha empezado su marcha apoyándose en los fenómenos, para remontarse á los principos desconocidos, resuelto á admitirlos, segun resultasen del encadenamiento de las consecuencias. El uno parte de lo que entiende claramente, para hallar la causa de lo que ve; el otro parte de lo que ve, para hallar su causa, sea clara, sea oscura. Los principios evidentes del uno no le conducen siempre á los fenómenos tales como son; los fenómenos no conducen siempre al otro á principios bastante evidentes. Los lindes que, en esas dos rutas contrarias, han podido detener dos hombres de esta clase, no son los lindes de su espíritu, sino los del espíritu humano.—*Fontenelle.*

Bossuet orador.

43.—Al solo nombre de Demóstenes, me recuerda mi admiracion aquel de sus émulos con quien tiene mas semejanza, el hombre mas elocuente de nuestra nacion.

Representaos, pues, uno de esos oradores que Ciceron llama vehementes, y hasta cierto punto trájicos, quienes, dotados por la naturaleza de la soberanía de la palabra, y arrebatados por una elocuencia siempre armada de dardos ardientes como el rayo, se elevan por sobre las reglas y los modelos y encumbran el arte al nivel de sus propias concepciones: un orador que, por sus arrebatos, se remonta hasta el cielo, de donde

desciende con sus vastos pensamientos, aun engrandecidos por la relijion, para sentarse en el borde de una tumba, y confundir el orgullo de los príncipes y reyes ante el Dios que, despues de haberlos distinguido en la tierra, durante el rápido instante de la vida, los restituye todos á su nada, confundiéndolos para siempre en el polvo de nuestro comun oríjen; un orador que ha mostrado, en todos los jéneros que inventa ó fecunda, el primero y mas bello jenio que haya jamás ilustrado las letras, y que se puede colocar, con justa confianza, á la cabeza de todos los escritores antiguos y modernos que mas han honrado el espíritu humano: un orador que se crea una lengua tan nueva y tan orijinal como sus ideas, que da á sus espresiones tal carácter de enerjía, que, al leerle, se cree oirle: y tal majestad de elocuencia á su estilo, que el idioma de que se sirve parece cambiar de carácter, y en alguna manera, divinizarse bajo su pluma; un apóstol que, con voz entrecortada de lágrimas, instruye al universo haciendo la apolojía de los mas ilustres de sus contemporáneos, á quienes trasforma, desde el fondo de sus féretros, en los mas grandes é imponentes moralistas de todos los siglos; que esparce la consternacion en torno suyo, al hacer, por decirlo así, presentes los infortunios que narra, y que, al deplorar la muerte de un solo hombre, pone de manifiesto toda la nada de la naturaleza humana; en fin, un orador, cuyos discursos, inspirados ó animados por el númen mas ardiente, mas orijinal, mas vehemente y mas sublime, son, en ese jénero, obras completamente aparte, obras en que, sin guias y sin modelos, alcanza el límite y la perfeccion de las obras clásicas, consagradas, en alguna manera, por el sufrajio unánime del jénero humano, y que es menester estudiar siempre, como en las artes se va á Roma para formar su gusto y su talento, meditando sobre las obras maestras de Rafael y de Miguel Anjel.

¡Hé ahí al Demóstenes francés! ¡Hé ahí á Bossuet! Se puede aplicar á sus escritos oratorios el elojio me-

morable que hacia Quintiliano del Júpiter de Fidias, cuando decia que esa estátua habia añadido algo á la relijion de los pueblos.—*Maury.*

Bossuet y su filosofía de la historia.

44.—¡Qué admirable revista de los pueblos! Cómo vienen uno tras otro á dar ante Bossuet testimonio de su debilidad y confesar que solo Dios es grande! En vano quieren detenerse y hacer alto; es preciso andar, es preciso correr.

Empuja Bossuet los siglos y los pueblos unos sobre otros: *¡marcha, marcha!* dice á Ejipto; y pasa y desaparece luego el trono majestuoso de los Faraones, y ese imponente sacerdocio, y ese pueblo grave y sério; *¡marcha, marcha!* dice á Grecia; y las repúblicas turbulentas, esa nacion de poetas y de oradores, con todas sus obras maestras y todos sus trofeos, va á perderse en el abismo de la potencia romana;—*¡marcha, marcha!* dice á la misma Roma; y ese pueblo invencible que sirve de instrumento para los designios de Dios, será á su vez borrado de la tierra que habrá conquistado solo para Jesucristo; su águila, que se figuraba volar al mandato de la política del Senado, tiene por fuerza que reconocer que su vuelo estaba trazado y que siguió el dedo de Dios mas bien que la ambicion de los Sila y de los Pompeyo.

Así Dios es poderoso, cambia y renueva á su antojo la forma del mundo; y á la voz de Bossuet, parece la antigüedad despertar del sueño de la tumba para oirle revelar ese Dios desconocido, que presidia sus designios, y que es el único que no haya adorado.—*Saint-Marc-Girardin.*

Bossuet historiador.

45. —En el *Discurso sobre la Historia universal* es donde se puede admirar la influencia del jenio del Cristianismo sobre el jenio de la Historia. Político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, tan profundo y tan gran pintor como Tácito, el obispo de Meaux tiene ademas una palabra grave y un jiro sublime que no se encuentran en ninguna otra parte, á no ser en el admirable principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es mas que un historiador; es un Padre de la iglesia, es un Sacerdote inspirado, que tiene á menudo la aureola de fuego en la frente, como el lejislador de los Hebreos. ¡Qué revista hace de la tierra! Está en mil partes á un mismo tiempo: patriarca, bajo la palmera de Tophel, ministro en la corte de Babilonia, Sacerdote en Menfis, lejislador en Esparta, ciudadano en Atenas y en Roma, cambia de tiempo y de lugar á su antojo. Con la vara de la ley en la mano, con increible autoridad, empuja confusamente ante sí á Judios y á Jentiles á la tumba; viene por fin, él mismo, tras ese cortejo de tantas jeneraciones; y caminando, apoyado sobre Isaías y Jeremías, levanta sus lamentaciones proféticas por entre el polvo y los restos del jénero humano. —*Chateaubriand.*

Linneo y Buffon.

46.—Linneo y Buffon nacieron precisamente en el mismo año, y solo con cuatro meses de diferencia, el uno en mayo, el otro en setiembre de 1707; pero, esta casi identidad de fechas, la pujanza de su jenio, y

la importancia de los servicios que prestaron á la historia natural, son las únicas similitudes verdaderas que se pueda señalar en ellos. Linneo nació pobre en una pequeña aldea de la Suecia guerrera y aun bárbara de Cárlos XII; Buffon, en el seno de una noble y rica familia, en esa Francia que el reinado de Luis XIV acababa de hacer tan grande. Linneo, obligado primeramente á hacerse aprendiz de zapatero, tuvo que sostener una larga y penosa lucha contra la adversidad. Si Buffon necesitó una voluntad firme, sólo fué para resistir á las seducciones de esa vida muelle y ociosa, cuyo privilejio le ofrecian su fortuna y su rango. Ambos habian recibido de la naturaleza tendencias intelectuales mas diversas aun tal vez que las circunstancias en medio de las cuales tuvieron que desarrollarse: Linneo, hombre tan paciente, tan sagaz en la investigacion de los hechos como injenioso en coordinarlos; preciso y rigoroso en la esposicion, para la que no buscaba mas elegancia que la que resulta de la simplicidad de los medios y elevacion de las ideas; mas prudente que osado en sus conclusiones, no avanzando nunca, aunque abordara las mas árduas cuestiones, sino apoyado paso á paso sobre hechos positivos y raciocinios lójicamente rigorosos; hábil en producir hipótesis verosímiles, si bien no tomándolas nunca, por una ilusion demasiado frecuente en los sabios de nuestros tiempos, como verdades demostradas; apreciando, en una palabra, cada hecho, cada idea, cada jeneralidad, sólo por lo que valia, y no desdeñando quedarse largo tiempo fijo en ellas, perdido en la apariencia en medio de innumerables detalles, para elevarse en seguida con mayor seguridad hácia las altas rejiones de la ciencia. Buffon, sagaz, injenioso como Linneo, pero en otro órden de ideas; descuidando crear, multiplicar para sí los hechos de observacion, si bien percibiendo todas sus consecuencias, y sobre una base en la apariencia estrecha y frájil, elevando osadamente un edificio, cuyo plan jigantesco solo él y

la posteridad entenderán; desdeñando los detalles técnicos, las divisiones sistemáticas, porque sabe cernirse por sobre ellos en sus altas concepciones, y sin embargo, por una feliz contradiccion, creando él mismo un dia una clasificacion metódica digna de servir de modelo para todos; estraviándose á veces en esos espacios desconocidos adonde se lanza sin guia, pero sabiendo hacer brotar de sus mismos errores, útiles verdades; apasionado por cuanto es bello, por cuanto es grande; ávido de contemplar la naturaleza en su conjunto, y llamando, en ayuda suya, para pintar dignamente sus grandes escenas, todos los tesoros de una elocuencia que ningun otro ha superado: Linneo, uno de esos tipos de la intelijencia humana en que la síntesis y el análisis se completan la una con la otra, y por decirlo así, se equilibran: Buffon, uno de esos hombres pujantes por la síntesis, que salvan con pié osado los límites de su época, marchan solos adelante, y avanzan hácia los siglos futuros, debiéndolo todo á su jenio como el conquistador á su espada.

Geoffroy Saint Hilaire.

Byron.

47.—Admirable era la belleza de Lord Byron, pues á la regularidad de las formas reunia la mas simpática espresion. Sus miradas eran susceptibles de pintar las emociones mas distintas, desde la alegría mas festiva hasta la mas profunda tristeza, desde la mas radiante benevolencia hasta la cólera mas concentrada: y entónces indicaban sus ojos lo que se dijo de Chatterton, que *un fuego siniestro rodaba en el fondo de sus órbitas.* Pero en su boca sobre todo y en su barba residia su mayor belleza, como igualmente la mayor espresion de su bella fisonomía. Ningun escultor ni pintor pudo

llegar á reproducir la armonía esquisita de sus labios, cuya movilidad estrema indicaba todas las emociones, ora los volviese pálidos la ira, ora los contrajese el orgulloso desden, ora sonriesen radiantes de triunfo, ora los elevase en forma de arco gracioso un sentimiento de amor y ternura. La cabeza era sumamente pequeña, y su frente, mas alta que ancha, lo parecia tanto mas cuanto que acostumbraba afeitar sus cabellos del lado de las sienes, dejando ajitarse una profusion de rizos naturales, brillantes, suaves como la seda, y de un color castaño oscuro. Sus dientes eran de una regularidad perfecta y notable blancura. Su piel poseia esa palidez marmórea peculiar á las personas sensibles y melancólicas. Su estatura era mediana, pero parecia alto, tan proporcionados eran sus miembros. Sus manos eran blancas en estremo y afectando esa forma delicada que indicaba, segun las propias ideas del Lord, la estirpe aristocrática.—*Th. Moore.*

El predicador.

48. — A su voz fulminante se espanta la conciencia, el estremecimiento del terror corre de vena en vena, arrodíllase el crímen, despiértase el remordimiento. Entonces el predicador, inclinándose desde su cátedra sagrada, toma por decirlo así todas al almas en sus manos, las asusta, las consuela, las precipita, las evoca, las lleva sucesivamente del temor á la esperanza, de la vida á la muerte, y despues de haberlas juntado y confundido, las suspende todas como anillos misteriosos á esa cadena de oro que une el cielo con la tierra.

Cuando, dominado por una ira santa, Bourdaloue se acalora, se indigna, fulmina, estalla contra los vicios de los reyes, de los grandes y del pueblo, los reyes,

los grandes y el pueblo inclinan la frente, y se humillan bajo la vara de la palabra del ministro del Dios vivo.

El predicador es dueño de su tésis; tésis magnífica como la creacion, sublime como Dios, vasta como el espacio, infinita como el tiempo. Ni las montañas, ni los mares limitan el vuelo de la palabra del misionero apostólico, que desciende en lo mas profundo del Océano para preguntar á la oscura vejetacion del mas pequeño marisco; sube mas allá de las nubes en los palacios celestiales, resplandecientes de luz, y habitados por armoniosos serafines; huella el polvo de los siglos y de los mundos y con su vara profética conduce las jeneraciones que aun no han visto la luz. Una flor que esmalta la verde y mullida yerba de un valle solitario, arrancada de su tallo por el aquilon embravecido; un volcan iracundo cuyos torrentes de candente lava sepultan los campos y ciudades, un recien nacido que de vivir cesa, un trono que se desploma, todo se armoniza y nada es ajeno á la elocuencia sagrada.

Pero hay algo que el predicador encuentra aún mas inagotable que la naturaleza, y son los misterios de la relijion y los secretos incomprensibles del corazon humano. ¡Qué tesoros! ¡qué miserias! ¡qué ruindad! ¡qué grandeza! ¡qué materias tan fecundas! Ora, armado de la palabra divina, imponga al soberbio el deber de la humanidad, al rencoroso el perdon de las injurias, al egoista el amor de sus semejantes; ora arrastre las almas despavoridas á las márjenes del abismo sin fondo ni ribera de la eternidad, y las detenga ó sumerja en él; ora las evoque de la noche sepulcral, las arrebate en las alas de su elocuencia y les abra las fulgorosas puertas del firmamento; ora azote las conciencias ulceradas y las punce con el aguijon de los remordimientos; ora diga á los desventurados: esperad; y á los niños: amaos unos á otros; la palabra del púlpito eclipsa á los demas jéneros de elocuencia en lo sublime, imponente y en la vehemencia patética; mas tambien es preciso reconocer que ninguna otra, fecun-

da tanto el entusiasmo, la imajinacion, la razon y la sensibilidad.

No obstante, la inmensidad del asunto abruma la mayor parte de los predicadores. Faltan palabras á su voz, aliento á su pecho, imájenes á su elocuencia para desempeñar cumplidamente su tarea. Sólo el águila de Meaux puede remontarse y cernirse en la elevada rejion del aire, y mirar de hito en hito el sol, cuando despide sus torrentes de fuego en un punto del vasto espacio que llenan los mundos estrellados. Pero sólo estas palabras: Dios, nada, inmortalidad, pronunciadas como al acaso, sin consecuencia, sin conecsion con otras palabras, resuenan cual eco maravilloso en todo el santuario, y se arraigan profundamente en las almas. ¿Qué puede añadirse á estas palabras? ¿Qué voz ajena equivale á la íntima voz de nuestra conciencia? ¿Quién podrá llegar jamás por el ademan ó la esprésion, á la sublimidad del pensamiento humano? ¿Quién podrá hablarnos mejor de nosotros mismos que nosotros mismos? —*Cormenin.*

Lamartine.

49.—Definir al poeta lírico es definir á Lamartine.

Ahora bien, ¿qué es poeta lírico? Es un espíritu vasto, diverso, universal, movible como la naturaleza que describe, como la naturaleza en la que ni un dia que se sucede á otro, ni una ola que pasa, ni un ave que suspira, ni un soplo que murmulla, ni una flor que se colora, ni un insecto que respira, ni una hoja de árbol que tiembla, ni un hombre entre tantos millones de hombres que viven, ni un mundo entre tantos millones de mundos estrellados como jiran en el espacio, no se parecen unos á otros, ni se tocan, ni se confunden; tal es el poeta lírico, y tal es Lamartine!

Sin duda Lamartine no es un poeta clásico, ni ha sido vaciado en el molde del antiguo Apolo; pero es orijinal á su manera, como lo son todos los hombres de jenio.

Es descuidado, pero sencillo, precisamente porque es descuidado. Juega con la rima, y la melopea se trasforma en sus dedos, se modula y se pliega á todas sus inspiraciones, á todas sus fantasías. Las esferas celestes no jiran en la inmensidad con mas armonía que sus versos. El arroyo no corre en la pradera con mas lijero murmullo. El canto del pajarillo no es mas gracioso que el suyo. Los lagos de Sicilia, hinchados de suaves brisas no se iluminan por la tarde con rayos mas puros ni mas agradables.

Y no es solamente su voz la que canta, es su alma la que suspira y habla á mi alma, la que vibra en mí, la que hace temblar todo mi ser y me inunda con su ternura y con sus lágrimas Su meditacion es la que me arrebata en alas de fuego á las rejiones de la eternidad, de la muerte, del tiempo, del espacio y del pensamiento, en las que jamás habia yo penetrado, y espresa algunas verdades metafísicas en un lenguaje pintoresco, sensible, inaudito.

No sé si la cesura de sus versos está algunas veces quebrada, si su rima es siempre suficiente, si la idea fluctúa en el vacío ó se enreda en la contradiccion, si las cuerdas de su lira producen siempre el mismo sonido; tampoco quiero saberlo. ¿Acaso los remos iguales no hieren las ondas con un ruido igual y mesurado? ¿Me quejo acaso de la silvia porque repite siempre su dulce canto? ¿Acaso el ruiseñor no me embriaga siempre con su melodía, la belleza con sus miradas y la violeta con su perfume? ¿Acaso separo yo mi oido del ruido lejano de la cascada y mi vista del brillo fijo de las estrellas? ¿Acaso el alma que sufre no arroja siempre el mismo grito? ¿Acaso la madre que acaba de perder á su hijo no se complace en las inconsolables repeticiones de su dolor? ¿Pido

yo tampoco á Lamartine que pruebe con un silogismo armonioso, la verdad de lo que canta? Yo no le pido mas que meditar sobre su lira y medito, suspirar y suspiro, amar y amo, gozar y gozo.

¿Quien podria desconocer, sin ser injusto, que Lamartine y Victor Hugo han enriquecido con sus perlas y diamantes nuestra corona poética, que tan brillante era ya? Los dos son irregulares en su marcha y rebeldes al freno de la gramática; los dos se cuidan mas, sin duda, de la palabra que de la idea, mas de la inversion que del sentido directo, mas de la novedad que del método, mas de lo inesperado que de la gradacion, y á veces mas de la rima que de la razon; los dos son un poco soporíferos con su monotonía, y un poco atronadores con su estrépito. Pero ambos son unos talentos poderosos, injenios orijinales, que han venido á rejenerar una literatura estenuada. El uno despide llamas y centellas como un carbunclo de Oriente; el otro suspira como la lira de Fingal en los matorrales desconsolados. El uno es arrebatado en su fuga lírica, demasiado pródigo de su fuerza y riquezas, desordenado, fantástico, y sublime á veces; el otro es mas relijioso, mas meditabundo, mas envuelto entre velos y fábulas mitológicas, mas en comunicacion con el cielo y cantando como si orase. El uno torciendo su ritmo y violando la musa á quien el otro acaricia. El uno con el brazo estendido parece que saca con su arco unos sonidos hinchados y victoriosos; el otro se deja ir á su fácil y corriente injenio como el agua mas cristalina. El uno es mas preciso, mas amartillado en sus moralidades filosóficas, el otro mas inspirado y nebuloso. El uno mezcla al hombre con un arte mas dramático á las escenas de la naturaleza; el otro es mas tierno, mas conmovido, mas persuasivo y elocuente en la pintura de los sentimientos íntimos y de los misteriosos laberintos del pensamiento. El uno es mas deslumbrante, mas atronador que el rayo que salta de roca en roca, y se rompe en relámpagos en las

profundas gargantas del Hemus; el otro es mas pensador, mas meditabundo que las vírjenes de Israel á orillas del rio solitario que las separaba de su patria. El uno se dirije al entendimiento, y el otro al corazon; el uno al seceso que razona y obra, el otro al secso que siente y ama.—*Cormenin.*

Victor Hugo.

50.—El nombre de Victor Hugo eleva grandes ideas en la mente y despierta sublimes sentimientos en el corazon. A su edad mostrando la frente cubierta con la nieve de la vida, guarda en el corazon el fuego del entusiasmo, y en el arpa que sus manos pulsan, torrentes de vírjenes y sublimes armonías. Parece que la ola del tiempo, cuando corre hasta sus plantas, le lleva, en sus revueltos torbellinos, secretos de la eternidad, y que humedece con un beso contínuo sus labios para que ecshalen un cántico radiante de inspiracion, eternamente bello como las estatuas Griegas. Pasma, asombra ver como á sus años, rodeado de infortunios, proscripto como Dante, pobre como Homero, protestando contra la esclavitud de la patria como Bruto, siempre con los ojos arrasados de lágrimas, y el ánimo herido y confuso, puede el gran poeta levantarse hasta las mas altas esferas del arte, entre las tempestades del cielo, entre los coros de los mundos, cual si por vez primera desplegara sus alas para volar á lo infinito, y abarcara los inmensos espacios en su atrevido pensamiento. ¡Ah! Y ciertamente la virilidad de su jenio ha crecido con el infortunio, con el destierro, con el sufrimiento, porque el alma del poeta crece con las lágrimas como la flor con la lluvia del cielo. Cada gran poeta lleva en su alma un dolor

infinito, una tempestad; y ese dolor, esa tempestad es su jenio, que se siente aprisionado y triste en la estrechez de la tierra. Desde el principio de los tiempos, la poesía ha sido un gran sollozo. ¡Ah! Sí, es el clamor del alma desterrada que quiere volver al cielo.

Indudablemente Victor Hugo es el mas gran poeta de la época. A su nombre va unida una revolucion en el arte. Él es el Mirabeau y el Danton de la revolucion artística, es decir el pensamiento y la accion, la idea y la palabra, la esencia y la forma del grandioso movimiento que arrastró las aras y los ídolos que reinaban sin rival en los altares de la poesía. La revolucion no habia llegado al arte, no habia cumplido con esta gran necesidad de sus ideas, con este grandioso fin de su destino, y por consiguiente no habia completado su serie. Andrés Chenier y los poetas de la revolucion hablaban en el estilo y en la entonacion de los tiempos de Luis XIV. El rumor de la tempestad no dejó oir el cántico de los grandes poetas. Chateaubriand, que levantó su voz cuando la tierra estaba humedecida aún con las aguas del gran diluvio, que habia sepultado las instituciones antiguas, fué rodeado de su escuela, á las antiguas fuentes de la poesía, cegadas y secas, y que brotaban de nuevo á impulso de la restauracion napoleónica. Lamartine mismo lanzaba las primeras notas de su melodioso cántico entre las hojas de los antiguos árboles heridos por el rayo. Vino Victor Hugo, se detuvo un instante ante aquellas ideas, que eran el alimento de su jeneracion, puso una piedra en la restauracion de la Edad Media, no pudiendo en sus primeros años, en que el espíritu individual se confunde con el espíritu universal, libertarse del torrente que en su ímpetu arrastraba todas las intelijencias. Pero bien pronto aquella mirada de águila, que abarca todos los horizontes de la ciencia y de la vida, se detuvo tranquila en un punto, en la renovacion del ideal artístico. A este fin supremo consagró toda su jenerosísima y

abundosa inspiracion. Llevado en alas de ese pensamiento jigantesco, recorrió el mundo real y voló al cielo del arte. En este sentido es el gran revolucionario, el gran innovador de la literatura.—*Emilio Castelar.*

El Consejo de los Diez.

51.—Escuchad, sí, sí, lo habeis dicho, todo lo puedo aquí; soy señor, déspota y soberano de esta ciudad; soy el Podestá que Venecia coloca sobre Padua; la garra del tigre sobre la oveja. Sí, omnipotente, y por absoluto que yo sea, hay sobre mí, reparad en ello, algo grande y lleno de tinieblas: Venecia. ¿Y sabeis lo que es Venecia? Venecia, voy á decíroslo, es la inquisicion de Estado, el Consejo de los Diez. ¡Oh! el Consejo de los Diez! pero hablemos de él en voz baja porque tal vez está ahí y nos escucha. Hombres á quienes ninguno de nosotros conoce, y que nos conocen á todos. Hombres á quienes no se ve en ninguna ceremonia y á quienes se ve en todos los cadalsos. Hombres que tienen en sus manos todas las cabezas, la vuestra, la mia, la del Dux, y que no tienen ni togas, ni estolas, ni coronas, nada que les señale á la vista, nada que pueda haceros decir: este es uno de ellos! Un signo misterioso bajo su túnica, cuando mas; agentes en todas partes, verdugos en todas partes. Hombres que jamas muestran al pueblo de Venecia otros rostros que esas lúgubres bocas de bronce, bocas fatales que la muchedumbre cree mudas y que hablan sin embargo de una manera muy alta y terrible, porque dicen al transeunte: "denunciad." Una vez denunciado, es uno prendido. Una vez prendido, todo ha terminado. En Venecia todo se hace secreta, misteriosa y seguramente. Condenado, eje-

cutado; nada hay que ver, nada que decir; ni un grito es posible, ni una mirada útil; el paciente tiene una mordaza, el verdugo una máscara. ¿A qué os hablaba recien de cadalsos? Me engañaba. En Venecia no muere uno en el cadalso; desaparece. Falta de repente un hombre en una familia. ¿Qué se ha hecho? ¡Los plomos, los pozos y el canal Orfano lo saben!

A veces se oye por la noche caer algo en el agua. Entónces apresurad el paso. Por lo demás, bailes, festines, antorchas, música, góndolas, teatros, carnaval de cinco meses: ¡hé ahí á Venecia! Vos no conoceis mas que esa faz; yo, Senador, conozco la otra. Oidme: en todo palacio, en el del Dux, en el mio, sin que lo sepa quien lo habita, hay un corredor secreto, eterno traidor de todas las salas, de todos los aposentos, de todas las alcobas; un corredor tenebroso cuyas puertas son conocidas por otros que el dueño y que este siente serpentear al rededor de sí, sin saber precisamente donde se halla; una mina misteriosa en la que van y vienen sin cesar hombres desconocidos, que no se sabe lo que hacen. ¡Y las venganzas personales que se mezclan á todo eso y que caminan en la sombra! A menudo por la noche me incorporo en mi lecho, escucho y oigo pasos en mi muro, ¡Hé ahí la prensa bajo la cual yo vivo! Estoy sobre Pádua; pero eso está sobre mí! Domar á Pádua es mi mision; me han ordenado que sea terrible. No soy déspota, sino á condicion de ser tirano. Nunca me pidais el perdon de nadie, á mí que nada puedo negaros; me perderiais. Todo se me permite para castigar; nada para perdonar. Sí, eso es. Tirano de Pádua, esclavo de Venecia. Estoy muy vijilado, sabedlo. ¡Oh! el Consejo de los Diez. Poned un artesano, solo, en un sótano, y mandadle hacer una cerradura; ántes que la cerradura esté concluida, el Consejo de los Diez tiene la llave en su bolsillo. ¡Señora! ¡señora! el criado que me sirve, me espía, el amigo que

me saluda, me espia.....Sí, os lo repito, todo lo que me mira es un ojo del Consejo de los Diez, todo lo que me escucha es un ojo del Consejo de los Diez.—Terrible mano que tantea primero largo tiempo, y en seguida arrebata bruscamente.—*V. Hugo.*

Shakespeare.

52.—Shakespeare es el Homero de los Ingleses, para quienes todo lo ha empezado. Su diccion varonil y pintoresca, su lenguaje enriquecido de espresiones atrevidas y de imájenes, era el tesoro á que acudian los elegantes escritores del siglo de la reina Ana. Sus pinturas vigorosas y familiares, su enerjía frecuentemente trivial, su imajinacion escesiva y sin freno han permanecido como carácter y modelo de la literatura inglesa. A pesar de nuevas perspectivas y de la filosofía, cambio de costumbres y progreso de las luces, subsiste Shakespeare en medio de la literatura de su país, á la que anima y sostiene, como, en esa misma Inglaterra, las viejas leyes, las formas antiguas, sostienen y vivifican la sociedad moderna. Al ver disminuir la orijinalidad, han vuelto con mayor admiracion hácia ese viejo modelo tan fecundo y tan osado. La huella de sus ejemplos, ó siquiera una analojía natural con alguno de los rasgos de su jenio, es patente en los mas célebres autores de Inglaterra.....

Largo tiempo encerrada en su país, la fama de Shakespeare ha invadido poco á poco el orbe entero, y ha llegado á ser desde mas de medio siglo á esta parte, un objeto de emulacion para los estranjeros. Pero, bajo este respecto, su influencia tiene menos fuerza y brillo. Copiado por sistema ó tímidamente correjido, poco sirve para los imitadores. Cuando lo

reproducen con una afectacion de irregularidad bárbara, cuando su desórden es laboriosamente imitado por esa literatura esperimental de Alemania, que se ha ensayado sucesivamente en todos los jéneros, y á veces echó mano de la barbarie como último cálculo, inspira las mas veces producciones frias é incoherentes, donde el tono de nuestro siglo desmiente la dureza finjida del poeta.

Aun cuando, bajo la mano del enérjico Ducis, está reducido á nuestras proporciones clásicas y encerrado en las trabas de nuestro teatro, pierde, con la libertad de su andar, todo lo grande é inesperado que hay para la imajinacion. Los caractéres monstruosos que inventa no tienen ya espacio para moverse. Su accion terrible, sus largos desarrollos de pasiones no pueden caber dentro de los límites de nuestras reglas. No tiene ya su altivez, su audacia; tiene la cabeza atada con los innumerables hilos de Gulliver. No envolvais en pañales á ese jigante; dejadle sus atrevidos saltos, su libertad salvaje. No podeis ese árbol lleno de sabia y vigor, y no cerceneis sus negras y espesas ramas, para acicalar su tallo despojado segun el modelo uniforme de los jardines de Versailles.

Shakespeare pertenece á los ingleses, y sólo á ellos ha de pertenecer. Esa poesía no era destinada, como la de los Griegos, á presentar, como modelo á los otros pueblos, las concepciones mas puras de la imajinacion; no ofrece esa belleza ideal que los Griegos habian trasladado á las obras del pensamiento, así como á las artes del dibujo. Shakespeare parecia, pues, destinado á disfrutar de una fama menos universal; pero la suerte y el jenio de sus compatriotas han estendido la esfera de su inmortalidad. La lengua inglesa es hablada en las ciudades de la India, en la Polinesia y en la mitad del nuevo mundo que debe heredar de la Europa. El célebre obispo James refiere con hondo grito de dolor, que los niños de los colejios *hindu* y *mahometano* de Calcuta, á quienes, segun

el principio riguroso de tolerancia inglesa, se prescinde dar ninguna enseñanza respecto de las verdades del cristianismo, son educados en el culto y admiracion de Shakespeare, y que, á menudo, en las *Distribuciones* anuales de premios, esos jóvenes sectarios de Brahma ó de Mahoma, bajo su traje oriental, declaman en inglés algunas escenas de las trajedias del gran poeta, las que promueven el mayor entusiasmo.

En cuanto á los numerosos pueblos de los Estados Unidos, que, por mucho tiempo no han tenido mas literatura que los libros de la vieja Inglaterra, están todavía sin mas teatro nacional que las piezas de Shakespeare. Hacen venir con gran costo, desde allende los mares, algun célebre actor inglés, para representar ante los habitantes de New-York esos dramas del viejo poeta inglés, que deben ejercer tan grande impresion en un pueblo libre; allí promueven aún mayores estremecimientos y embriaguez que en los teatros de Lóndres. El buen sentido democrático de esos hombres tan industriosos y tan ocupados, acoje con entusiasmo los pensamientos enérjicos, las profundas sentencias que abundan en Shakespeare; agradan esas jigantescas imájenes á esos espíritus acostumbrados á los mas espléndidos espectáculos de la naturaleza y á la inmensidad de las selvas y rios del nuevo mundo. Su desigual dureza, sus estrafalarias groserías, no causan novedad en una sociedad formada de tantos elementos diversos, que no conoce ni las aristocracias ni las cortes, y que tiene los cálculos y armas de la civilizacion mas bien que su finura y elegancia.

Allí, como en su tierra natal, Shakespeare es el mas popular de todos los escritores: él es quizá el único poeta cuyos versos son introducidos á veces en la simple elocuencia y graves discursos del senado de América. Por él, sobre todo, es que ese pueblo, tan hábil y tan activo en los trabajos industriales, parece tener participacion en ese noble goce de las letras que por mucho tiempo dejó á un lado.

A medida que el jenio de las artes irá despertándose en esas comarcas de tan poético aspecto, pero donde en el principio la libertad no ha inspirado mas que el comercio, la industria y las ciencias prácticas de la vida; á medida que en los cortos ocios de una sociedad libre y poderosa, lleguen los placeres de la imajinacion y del pensamiento á tomar mayor ensanche, la autoridad de Shakespeare y el entusiasmo promovido por sus obras no harán sino estenderse mas sobre esa nueva literatura.

Ese cómico del siglo de Elizabeth, ese autor reputado tan inculto, que no habia siquiera él mismo recojido sus obras, rápidamente escritas para oscuros y groseros teatros, será el jefe y modelo de una escuela poética que hablará la lengua difundida en la mas floreciente mitad de un nuevo universo. Nutrirá con su savia poderosa ese idioma trasplantado; él será, sobre esa tierra nueva, la antigüedad y la mitolojía de ese pueblo inmenso, que no tiene antepasados indíjenas; avanzará al mismo paso que él, del norte al mediodia, hácia el este, é irá á encontrar y reanimar en Méjico ese jenio español, cuyas inspiraciones lo habian precedido en Europa, y que tanto ha superado en lo serio y en lo profundo. Tenemos amor, tenemos admiracion por el jenio dramático de la Francia, tan fuertemente espresivo sin barbarie, tan verdadero sin bajeza; y á pesar del desaliento demasiado desinteresado de un ilustre escritor (*), creemos en la eterna duracion de los monumentos graciosos y sublimes de nuestra poesía. *Cinna*, *Polyeucte*, *Athalie*, jamas perecerán; siempre se leerá á Lafontaine y á Molière. Pero, cuando ese nuevo mundo inglés de América, que se desmonta y se elabora con tanta actividad, esté poblado como la Europa; cuando sus *Steam-boats* atraviesen el istmo de Panamá, abierto por un canal, ¿qué inmensa estension no recorrerá la pa-

* Chateaubriand, *Ensayos sobre la Literatura inglesa.*

labra de Shakespeare, en qué lugares lejanos é ignorados por él no serán leidas sus obras, y en qué teatros no será oido é imitado su jenio?—*Villemain.*

Esquilo y Sófocles.

53.—Al atribuir á Esquilo, no tan solo, como lo han hecho la mayor parte de los críticos, la casual belleza de algunos detalles enérjicos y tocantes, sino tambien una concepcion fuerte y profunda, la unidad de argumento, proporcion y enlace de las partes; en una palabra, el jenio de la composicion, que con tanta injusticia se le ha negado, nada le concedemos que puedan desmentir sus dramas, cuyo conjunto, al primer golpe de vista algo confuso, se revela sin embargo por la continuidad y progresion de emociones que escitan. No queremos decir por esto que Esquilo haya tenido un conocimiento claro y perspicaz de su arte, que haya trabajado sobre un plan sistemático, seguido procederes regulares, principios positivos, una teoría fija y bien asentada. No sucede así jeneralmente con esas inteligencias inventivas que guia hácia lo grande y hácia lo bello una especie de instinto secreto que, en su poética supersticion, apellidan ellos su jenio y su dios. ¿Quién es ese dios? Lo ignoran y no pueden decirlo. No es, entre tanto, otra cosa que el asunto mismo que tratan, la idea de que están poseidos y que se esfuerzan en dar á luz. Depositada, encerrada en sus obras, ella comunica á éstas el espíritu de vida que está en sí, desarrollándolas y ordenándolas, en alguna manera por su propia virtud. Es un molde interior sobre el cual se aplican de por sí, sin que lo note el sublime obrero, esas formas maravillosas que mas tarde describirá la crítica, presentándolas á la imitacion como tipo

del arte. Diríase que es el alma que Virjilio coloca en el centro del mundo, animando ese vasto cuerpo con su calor fecundo, circulando por sus venas, y manifestándose en fin en los fenómenos visibles de la vida, en la escena variada de la naturaleza.

¿Cuál es la idea poderosa, creadora, que vive en el seno de Esquilo, y que, pasando á sus composiciones, les imprime ese carácter peculiar de simplicidad y de grandeza, que ningun otro monumento del arte trájico ofrece?

Es la idea de esa divinidad terrible que, en la opinion de esos tiempos remotos, presidia con inquebrantable poder á todas las revoluciones del arte, á los grandes triunfos, á los grandes reveses; cambiando, á merced de un ciego capricho ó de una justicia severa, la desesperacion en alegría y los triunfos en desastres; derramando de lo alto de ese trono de donde reinaba despóticamente sobre los hombres y aun sobre los dioses, los bienes y los males, los castigos y las recompensas; del *destino*, en una palabra, espresion poética, personificacion relijiosa de esa irrevocable fatalidad, que reina en las cosas humanas; imájen imperfecta, representacion confusa de ese poder mas perfecto, que siempre acompaña la sabiduría y la justicia, y que una creencia mas digna de la divinidad nos hace adorar bajo el nombre de Providencia.

Hé ahí la idea dominante de las composiciones de Esquilo, la idea que las llena y constituye; acosa, fatiga la imajinacion del poeta, que se afana sin cesar para espresarla: es como un espíritu maléfico que él obliga por sus evocaciones á aparecer bajo una forma visible, con cuerpo y rostro. Llega á ser esta idea, por abstracta que sea, una especie de personaje vivo y activo, el héroe de su drama, y como el drama mismo.

De allí, el espanto y el estupor que produce tan tremenda aparicion, cuyos progresivos movimientos suplen, por su gradacion, esa sucesion de incidentes, esas pinturas acompañadas de pasiones y caractéres, que todavia no conocia la trajedia.

De allí, la estrema simplicidad de una fábula que jamas ofrece otra cosa sino un golpe súbito é imprevisto de la suerte, el cuadro rápido de una fatal catástrofe.

De allí, la descomunal grandeza de los personajes puestos en lucha con semejante adversario; su activa inmovilidad bajo la mano que los aplasta y que desafian.

De allí, esa pompa majestuosa, esas deslumbrantes imájenes, esas fisonomías altivas, esos pensamientos sublimes, ese estilo enérjico, impetuoso, de jiro tan inusitado, tan estraordinario, que naturalmente inspira tan grande, tan maravilloso espectáculo.

Así se formó, bajo el imperio de una sola idea, una trajedia cuyos movimientos señalan la primera época del arte; trajedia *simple*, como lo dice Aristóteles, si se la considera en su mecanismo; terrible, grande, y como colosal, si nos fijamos en el estilo de la composicion y en sus efectos; trajedia, cuyo sistema, permítasenos esta palabra, se esplica todo entero por las opiniones relijiosas de los Griegos en los tiempos antíguos, por su creencia en la fatalidad.

Pero anunciábase ya, en el mismo seno de esta constitucion primitiva, otra trajedia.... Despues de los Esquilo vinieron naturalmente los Sófocles, que, sin renunciar enteramente al efecto poético de los ajentes sobrenaturales, devolvieron á los actos del hombre el imperio de la accion dramática, y reemplazaron el antiguo ascendiente de la fatalidad por el nuevo resorte de la libertad moral.

Nadie hay que no eche de ver las consecuencias necesarias del rol activo que el hombre empieza á representar en los dramas de Sófocles. De allí debia salir la trajedia *implexa*, toda entera, con sus desarrollos, sus oposiciones de caractéres; con la variedad y encadenamiento de sus situaciones, de sus incidentes, de sus peripecias; con mas difícil y mas hábil artificio en la disposicion; con el nuevo atractivo, si bien débil todavía, que ofrecia á la curiosidad; con sus impresiones

de terror, de piedad, de admiracion que producia la pintura ennoblecida, pero siempre verdadera, de la desgracia y de la heroicidad humana.

Inauguróse entonces un espectáculo del que hoy la imajinacion puede apenas representarse los efectos encantadores : los ojos estaban atraidos por una sucesion de cuadros, ó tocantes ó terribles, que embellecian constantemente la gracia y la nobleza de las actitudes y movimientos ; una versificacion de ritmo variado, cuya armonía estaba ademas marcada por una declamacion y acompañamiento musical variados como ella, encantaba los oidos ; el alma estaba conmovida por discursos que, elevándose hasta lo sublime para descender en seguida hasta lo familiar, se prestaban á la espresion fuerte é injenua de todas las afecciones ; bajo estas formas esteriores se producia la pintura de los caractéres, cuyos rasgos individuales, enérjicamente marcados, resaltaban en medio de los rasgos mas jenerales de la naturaleza humana ; entre tanto, el espíritu estaba dulcemente interesado en el desarrollo verdadero, sencillo y sosegado de una fábula construida con arte, y en la que cada parte concurria á la perfeccion del conjunto.

Hé aquí el drama de Sófocles así como hizo su aparicion ante los ojos de los espectadores atenienses aun turbados por las jigantescas y aterradoras concepciones de Esquilo. Disipose por fin ese horror profundo que no habia cesado de envolver la escena trájica. Una luz mas pura, si bien triste todavía, parece que bajó á ella, iluminando esa noble fisonomía del hombre, que Sófocles revestia de tanta dignidad y gracia, y de la que se esforzaba, por todos los medios de su arte, todos los recursos de su jenio, en espresar la ideal belleza. Así es como despues de una tempestad que ha cubierto de tinieblas la faz de la tierra, vése renacer á los rayos aun velados del sol el risueño aspecto de la naturaleza, que, tras el terror, trae á nuestras almas un dulce arrobamiento.—*Patin.*

Hipócrates.

54.—Hipócrates floreció en la mas brillante época de la civilizacion griega, en ese siglo de Pericles que ha dejado inmortales recuerdos; ha vivido con Sócrates, Fidias, Sófocles, Eurípides, Tucídides, Aristófanes, no siendo indigno de tan alta sociedad. Él tambien se dejó arrebatar por el sentimiento que, en aquella época, dominaba los Helenos orgullosos de su libertad, entusiastas de sus triunfos, enamorados de sus bellas creaciones en las artes, en las letras y en las ciencias. Ved en el tratado de *los aires, de las aguas y de los lugares*, con qué altivez el griego triunfa del bárbaro, el hombre libre del súbdito sometido á un amo, el Europeo vencedor del Asiático, humillado éste en todas partes, en tierra firme y en el mar. ¿Puede hallarse un sentimiento nacional espresado con mayor altivez que en esa superioridad de raza que el médico de Cos atribuye á sus compatriotas? Tanto mas penetramos el sentido de los escritos de Hipócrates, cuanto mas nos identificamos con el fondo y la forma de sus pensamientos; como tambien, cuanto mas comprendemos la afinidad que tiene con los grandes injenios, contemporáneos suyos, tanto mas nos persuadimos que lleva como ellos el vivo sello del jenio griego.....

El odio que Hipócrates sentia y manifestaba respecto de los charlatanes, es muy parecido al odio que animaba á Sócrates, su contemporáneo, contra los sofistas. Persiguen, el médico y el filósofo, con igual reprobacion á esos hombres que engañaban la credulidad popular para vender, los unos una falsa medicina, y los otros una falsa sabiduría. No sólo Hipócrates infama los medios empleados por los charlatanes, no sólo da al público advertencias para que se precava contra las arterías de esas jentes que le estafan, sino que, ademas, insiste con toda la enerjía de que es capaz, en sus advertencias á los verdaderos médicos,

para que no se dejen arrastrar á las tentaciones que pudiesen tener de hacer uso del charlatanismo, sea ó nó éste inocente; les señala este escollo, no queriendo que la menor sospecha empañe su reputacion; recomendándoles sobre todo lo que es sencillo, recto y honesto. No cabe duda que Hipócrates ha debido ser herido por el espectáculo ofrecido por el descaro de los charlatanes y la credulidad del público, luego que lo vemos dirijir con tanta frecuencia y enerjía advertencias á los médicos discípulos suyos, no solo para que no hiciesen uso de un charlatanismo vergonzoso, sino tambien para que rechazasen cualquier proceder que dejase dudas sobre su lejitimidad. La guerra á los sofistas hecha por Sócrates, la guerra al espíritu de charlatanismo hecha por Hipócrates, son de una misma época y revisten el mismo carácter....

Encuéntrase en los escritos de Hipócrates una multitud de pasajes en que critica procederes particulares usados por médicos de su época en la curacion de ciertas enfermedades. Ha reflecsionado bastante sobre las cosas, para no aceptar sin previo ecsámen las tradiciones del pasado ó los ejemplos de sus compañeros; tiene demasiada esperiencia personal, para no haberse hecho una opinion independiente sobre los principales puntos de la medicina, espresándose con justa autoridad sobre lo que aprueba ó rechaza.

Hipócrates es esencialmente práctico; si en la medicina no conoce mas que el arte, quiere á lo menos que este arte sea tratado científicamente, esto es, que en todos los casos se aplique el ecsámen y el razonamiento. Cuando encomienda se busque la solucion de ciertos problemas de medicina, entiende con esto problemas relativos á la clase de réjimen que conviene prescribir á los dolientes en las enfermedades agudas, y si alababa la segunda edicion de las *sentencias cnidianas* por ser un poco mas médica que la primera, es porque estas sentencias contienen mas detalles sobre la práctica y son mas apropiadas á los usos del médico. Para él, siempre

la medicina es el arte; lo que quiere, es llevar la luz en las observaciones recojidas, cerciorarse de los principios jenerales que han de guiar la práctica del médico y dar al *arte* un asiento científico: así es como se eleva á la ciencia. Grande es su mérito por haber sabido encerrarse en este órden de ideas; el arte estaba todavia demasiado junto al empirismo del cual salia, para tener pretensiones mas elevadas que las que le atribuye Hipócrates; y este médico tenia el espíritu demasiado perspicaz para mirar como guia seguro la especulacion fisiolójica que ocupa á todos los filósofos de su tiempo, y para echarse en el campo vacío de las hipótesis. . . . .

Dos cosas hay que considerar, sobre todo, cuando se trata de aconsejar el estudio de los antiguos libros y antiguos tiempos. Suministran á la vez hechos y doctrinas: hechos, sin los cuales no tendriamos mas que un conocimiento erróneo del cultivo de la ciencia. Si es cierto que varian las enfermedades segun los climas; si esas modificaciones hieren cada vez mas los espíritus por su importancia práctica y doctrinal, al paso que la civilizacion se estiende sobre los diversos puntos del globo, no menos cierto es que los siglos presentan á su vez grandes diferencias en su fisonómía patolójica, y que desaparecen ciertas dolencias, mientras que otras nuevas hacen su aparicion en la escena del mundo, como recien nos lo ha demostrado, con terrible rigor, el cólera indiano. Hipócrates, en su estenso ó injenioso sistema, ha comparado las edades de la vida humana con las estaciones del año. Si osara yo imitarle, compararia las edades de la historia de la humanidad con los climas de la tierra. Unos como otros tienen sus enfermedades peculiares, su patolojía especial. De consiguiente, sólo en esos autores, viejos testigos de esos fenómenos ocurridos y que no deben reproducirse; sólo en los libros, fieles depositarios de esas antiguas observaciones, es donde el médico puede buscarlas, estudiarlas y llegar á concebir un conjunto

de la patolojía, del que le daria sólo muy débil idea el pequeño horizonte que abraza. Si debe el médico hacerse cosmopolita por el estudio, tambien debe por el estudio hacerse contemporáneo de todos los siglos. Allí entra en conocimiento de miles de hechos, que sin esto le serian completamente desconocidos; y ese viaje al través de los siglos le sirve tanto como el viaje que haria recorriendo los continentes y los mares.

Esto, respecto de los hechos: esto, respecto de la doctrina: el hombre que medita sobre sí mismo y sobre su conducta pasada encuentra una gran enseñanza para su conducta futura, en lo bueno y en lo malo que ha hecho. Asimismo, la medicina no puede volver sobre su pasado sin hallar en él lecciones para su porvenir. El que esplore con suficientes luces la historia de las teorías y práctica de nuestros antecesores, encontrará fecundos manantiales de saber.

El estudio de la antigüedad debe ser abordado sólo con conocimientos que lo hagan provechoso. Aquí estriba el órden lójico en empezar, no por lo mas antiguo, sino por lo mas reciente. Solo despues de haberse penetrado bien de la ciencia contemporánea, es cuando se deberá acudir á la ciencia antigua. Nada fortifica mas el raciocinio que esa comparacion mediante la cual se desarrolla la imparcialidad del espíritu, se manifiesta la instabilidad de los sistemas, se confirma la autoridad de los hechos, y se descubre en el conjunto una enseñanza filosófica que, en sí, es una leccion. En otros términos, se aprende á conocer, á comprender, á juzgar.

En las obras de Hipócrates han sido depositados muchos jérmenes que, en seguida, recibieron un grande y fecundo desarrollo: muchas cosas han sido dichas que no han sido repetidas despues con el mismo sentido y grandeza. Y cuando el padre de la medicina empieza sus *aforismos* diciendo; *la vida es corta, moroso el arte, falaz la esperiencia, difícil el juicio*, ¿ quién no se siente trasportado á un órden de ideas diferente del que está

vijente ? ¿ quién no entiende en esto un lenguaje diferente del que resuena cada dia en nuestros oidos? ¿quién no cree leer en esta sentencia, semi griega, semi oriental, la inscripcion monumental estampada en el frontispicio de la medicina, en el acto en que se abren sus puertas bajo el esfuerzo de una mano pujante ?—*Littré.*

Dupin.

55.—Ni el camaleon que cambia de color cuando se le mira, ni el pájaro que revolotea mil veces en diferentes direcciones y se escapa por el aire, ni el disco de la luna que se oculta á nuestra vista cuando la estamos observando con el telescopio, ni la navecilla que en un mar ajitado, sube, baja, y aparece de nuevo en la cumbre de las olas, ni la sombra que pasa, ni la mosca que vuela, ni la rueda que jira, ni el relámpago que brilla, ni el sonido que huye, no pueden darnos mas que una idea imperfecta de la rapidez de sensaciones y movilidad de espíritu de Dupin.

Es autor, abogado, majistrado, presidente, orador y decidor de agudezas.

Ha escrito mucho, hasta en latin, en mal latin sin duda, pero al fin siempre es latin. Lo aprendió tarde, casi sin maestro, y con una fuerza de intelijencia poco comun. Ha formulado una multitud de tratados elementales sobre el derecho, buenos ó malos, que podrian ensartarse como rosarios unos despues de otros, y que componen todo su equipaje de autor. Dichos trataditos no son otra cosa que unas recopilaciones de ciencia comun, breves, concisos y juiciosos, pero sin orijinalidad.

Dupin no se halla dotado de la facultad de investigacion pacienzuda y aplicada que profundiza una ma-

teria y llega hasta las fuentes de los principios. Vé de cerca con exactitud y pronto; pero no vé de lejos y por largo tiempo. Tiene la filosofía de la esperiencia, pero le falta la filosofía de la invencion. No sabe crear, arregla. Así zurce un manual como cose una carta, pero no seria capaz de componer una obra.

Si algun diputado tenia la desgracia de acercarse á él demasiado, se volcaba como un erizo y ni aun los ministros se atrevian á rozarse con sus púas. Si algun orador novel se presentaba á perorar por primera vez en la tribuna en medio de las conversaciones y se volvia hácia él para reclamar silencio, Dupin por toda contestacion le arrojaba un sarcasmo doloroso que aturdia al pobre hombre y lo mataba; y esto no porque Dupin tuviera mala intencion, pero á veces se olvidaba de que estaba presidiendo, y cuando le picaba una agudeza era necesario que se rascase.

Dupin es la personificacion mas espresiva y verdadera del individuo de la clase media, y no del fino y elegante vecino de la *Chaussé-d'Antin* que remeda á los caballeros, ni del humilde habitante que lleva galones de lana y que los vende, sino del censualista ó *rentier*, del abogado, del notario, del negociante, del rico propietario á quien no gustan los nobles, y que desprecia á los proletarios. *Vivir cada uno para sí y en su casa*, tales son sus mácsimas favoritas de filantropía interior y de política estranjera. ¡Y suceda lo que suceda despues del pueblo!—*Cormenin.*

FIN.

INDICE.

Advertencia.....pág. 5
Método de composicion literaria..... 9

NARRACIONES.

1.—Escena campestre, *D. F. Sarmiento*..... 65
2.—Las Catacumbas, *Chateaubriand*..... 66
3.—Peste de Atenas, *Barthélemy*..... 67
4.—El Arabe y su caballo, *Lamartine*..... 70
5.—Muerte de Andrés Chénier, *Filon*..... 71
6.—Muerte de Cárlos I, *Guizot*..... 75
7.—Facundo Quiroga acosado por un tigre, *D. F Sarmiento*..... 79
8.—Los cazadores de la Guardia en Waterloo, *Vaulabelle*..... 82
9.—Descubrimiento de América, *Lamartine*..... 83
10.—Los dos vecinos, *Lamennais*..... 87
11.—Naufrajio de Virjinia, *Bernardin de Saint-Pierre*..... 89
12.—Combate entre los Francos y los Romanos, *Chateaubriand*..... 93
13.—Muerte de Sócrates, *Barthélemy*..... 98
14.—La mujer del pescador, *Filon*..... 101
15.—La convalecencia, *id*..... 102
16.—El prisionero de Estado, *id*..... 104
17.—Stradella, *id*..... 105
18.—Viaje al rededor del mundo, *id*..... 108
19.—Combate de las Termópilas, *Barthélemy*..... 112
20.—Las primeras lecturas, *J. Sand*..... 115
21.—La muerte y la niñez, *D. Quincey*..... 117
22.—La última bendicion de mi padre, *Tolon*..... 122
23.—La madre y sus hijos..... 124
24.—El hogar paterno, *D. F. Sarmiento*..... 126
25.—Paso de los Andes.—Chacabuco, *J. M. Gutierrez*..... 132
26.—Los cazadores de la Sábana, *Washington Irving*..... 136
27.—Los dos hermanos..... 137
28.—Heroismo de Guzman el Bueno, *Quintana*..... 141
29.—Sitio de Amberes, *Campo Alange*..... 144
30.—Gil Blas y el parásito, *Le Sage*..... 147
31.—Gil Blas, famoso médico, *id*..... 150
32.—Gil Blas, privado del arzobispo de Granada, *id*..... 154
33.—Batalla de Don Quijote con los molinos de viento, *Cervantes*..... 159
34.—El bálsamo de Fierabrás, *id*..... 161
35.—Sancho Panza manteado, *id*..... 163
36.—Encuentro de Don Quijote con dos manadas de ovejas, *id*..... 165
37.—Aventura de los Batanes, *id*..... 169
38.—Bodas de Camacho, *id*..... 176
39.—Sentencia dada por Sancho Panza en un intrincado pleito, *id*..... 178
40.—Sancho Panza y su médico Tirteafuera, *id*..... 180

DESCRIPCIONES Y CUADROS.

1.—La República Argentina, *D. F. Sarmiento*..... 185
2.—Las selvas de América, *Chateaubriand*..... 189

3.—La noche en los desiertos del nuevo mundo, *id*..... 190
4.—Las ruinas de Palmira, *Volney*..... 192
5.—Al Océano, *Byron*..... 195
6.—La campiña de Roma, *Chateaubriand*..... 196
7.—La oracion á bordo, *id*..... 200
8.—Una tempestad en el desierto, *id*..... 202
9.—Las nubes, *Bernardin de Saint-Pierre*..... 204
10.—El Meschacebé, *Chateaubriand*..... 206
11.—Los sepulcros aéreos, *id*..... 208
12.—Nido de las aves, *id*..... 209
13.—Canto de las aves, *id*..... 210
14.—Grito de los animales, *id*..... 212
15.—La naturaleza bruta y la naturaleza cultivada, *Buffon*..... 213
16.—El abra de Yumuri, *Tolon*..... 215
17—La mañana de primavera cubana, *id*..... 218
18.—El huracan, *Lastarria*..... 219
19.—Catarata del Niágara, *Chateaubriand*..... 224
20.—El Velino, *Byron* y *Lamartine*..... 225
21.—Habitaciones de los castores, *Buffon*..... 229
22.—El Niágara, *D. F. Sarmiento*..... 232
23.—Ventisquero de Rosenlaui, *Dargau*..... 236
24.—La Arabia Petrea, *Buffon*..... 240
25.—El monte Líbano, *Volney*..... 241
26.—Roma, *Byron*..... 243
27.—El Coliseo, *id*..... 245
28.—La Grecia moderna, *id*..... 246
29.—Marcos Bozzaris, *Halleck*..... 248
30.—Las divinidades de la Grecia, *Cousin-Depréaux*..... 250
31.—Pompeya, *Madame de Stael* y *Alarcon*..... 251
32.—El Vesubio, *D. F. Sarmiento* y *Alarcon*..... 254
33.—El Valle del Jordan, *Chateaubriand*..... 258
34.—Asedio de Jerusalen, *Poujoulat*..... 261
35.—La Jerusalen moderna, *Cateaubriand*..... 266
36.—El Sousonghirli, *id*..... 271
37.—Constantinopla, *id*..... 272
38.—Las antigüedades de Mérida, *Larra*..... 275
39.—La mar de hielo, *Alarcon*..... 280
40.—Al Lago Leman, *Byron*..... 281
41.—Las aves y los peces, *Cuvier*..... 283
42.—La naturaleza Sud-Americana, *J. M. Gutierrez*..... 284
43.—En la Cordillera, *id*..... 287
44.—Los Andes y la Pampa, *Lastarria*..... 291
45.—El Tupungato, *id*..... 293
46.—El hogar, *N. Avellaneda*..... 295
47.—La casa materna, *Lamartine*..... 296
48.—El viaje á pié, *J. J. Rousseau*..... 297
49.—El paseo, *id*..... 297
50.—Una noche al raso, *id*..... 298
51.—La vida en el campo, *Julio Sandeau*..... 299
52.—La máquina de vapor, *Arnott*..... 301
53.—La locomotora, *Amadeo Jacques*..... 302
54.—Ituan, *D. F. Sarmiento*..... 303
55 —Las Catedrales españolas, *Cormenin*..... 306
56.—El claustro, *Lacordaire*..... 307
57.—La torre de Lóndres, *F. Varela*..... 309
58.—El Carnaval en Roma, *D. F. Sarmiento*..... 314
59.—La Rioja, *id*..... 318
60.—El valle de Calingasta, *id*..... 320
61.—Las ciudades argentinas, *id*..... 322
62.—Educacion y vida del hombre del campo argentino, *id*..... 324

63.—Córdoba antigua, *D. F. Sarmiento* 327
64.—Tucuman, *id* 331
65.—El Yaraví, *V. G. Quesada* 333
66.—La música y la danza en Santiago del Estero, *id* 336
67.—Las aguadoras cordentinas, *id* 339
68.—Las noches arjentinas, *id* 341
69.—Guardia Vieja, *D. F. Sarmiento* 342
70.—La Tablada, *id* 346
71.—Corrida de toros, *Cormenin* 347
72.—Los trópicos, *Humboldt* 349
73.—Bellezas del hemisferio austral, *id* 351
74.—El Delta del Paraná, *V. G. Quesada* 352
75.—Orcones, *Juana Manuela Gorriti* 354
76.—El Ombú, *Marcos Sastre* 355
77.—El alto Uruguay, *Rave* 357
78.—La cabeza negra, *Alarcon* 361
79.—El buzo, *Schiller* 363
80.—El rio, *Gœthe* 367
81.—El Rin, *Krummacher* 368
82.—La niña en la cuna, *Jacobi* 369
83.—El año nuevo, *Voss* 370
84.—El camino de la vida, *Bossuet* 371
85.—Grandeza de Dios, *Granada* 372
86.—La corrupcion del siglo, *Mejía* 373
87.—Miseria de la vida humana, *Oliva* 375
88.—La mansion del Engaño, *Saavedra* 377
89.—La casa de locos, *Guevara* 379
90.—La poesía, *Schiller* 381
91.—El hombre, *Buffon* 382
92.—El caballo, *id* 384
93.—El perro, *id* 386
94.—El pájaro mosca, *id* 387

CARACTÉRES, RETRATOS Y PARALELOS.

1.—Washington y Bonaparte, *Chateaubriand* 389
2.—Franklin, *Mignet* 392
3.—Lincoln, *D. F Sarmiento* 395
4.—Moreno y Belgrano, *Mitre* 396
5.—San Martin y Bolivar, *J. M. Gutierrez* 397
6.—El Jeneral Paz, *D. F. Sarmiento* 398
7.—El Jeneral Madrid, *id* 399
8.—El Jeneral Las Heras, *Mitre* 401
9.—El Jeneral Lavalle, *Lacasa* 404
10.—San Martin y Alvear, *Mitre* 406
11.—Mariano Moreno, *J. M. Gutierrez* y *J. M. Estrada* 408
12.—El Jeneral Belgrano, *Mitre* 415
13.—Bernardino Rivadavia, *J M. Gutierrez* 418
14.—Florencio Varela, *Luis L. Domingues* 425
15.—Rivera Indarte, *J. M. Gutierrez* 429
16.—Güemes, *Mitre* 432
17.—Facundo Quiroga, *D. F. Sarmiento* 436
18.—El Chacho *id* 437
19.—El pueblo arjentino, *id* 441
20.—El Rastreador, *id* 445
21.—El Baqueano, *id* 448
22.—El Gaucho malo, *id* 451
23.—El Cantor, *id* 453
24.—El Gaucho Arjentino *id* 456

25.—Mirabeau, *Cormenin*..... 459
26.—Danton, *id*..... 466
27.—O'Connell, *id*..... 469
28.—La Biblia, *Fenelon*..... 474
29.—El Evangelio, *J. J. Rousseau*..... 475
30.—Homero, *Barthélemy* y *Lamartine*..... 477
31.—Platon, *Thomas*..... 478
32.—Demóstenes, *Maury* y *Laharpe*..... 479
33.—Demóstenes y Ciceron, *Fénelon*..... 481
34.—Plutarco *Thomas*..... 482
35.—Horacio, *Villemain*..... 483
36.—Dante, *id*..... 484
37.—Cervantes, *Cervantes*..... 489
38.—Lope de Vega, *Ticknor*..... 490
39.—Quevedo, *id*..... 491
40.—Milton, *Villemain*..... 492
41.—Montaigne, *id*..... 493
42.—Descartes y Newton, *Fontenelle*..... 494
43.—Bossuet orador, *Maury*..... 495
44.—Bossuet y su filosofía de la historia, *Saint Marc-Girardin*..... 497
45.—Bossuet historiador, *Chateaubriand*..... 498
46.—Linneo y Buffon, *Geoffroy-Saint-Hilaire*..... 498
47.—Byron, *Th. Moore*..... 500
48.—El predicador, *Cormenin*..... 501
49.—Lamartine, *id*..... 503
50.—Victor Hugo, *Castelar*..... 506
51.—El consejo de los Diez, *V. Hugo*..... 508
52.—Shakespeare, *Villemain*..... 510
53.—Esquilo y Sófocles, *Patin*..... 514
54.—Hipócrates, *Litré*..... 518
55.—Dupin, *Cormenin*..... 522

X.S.
۲

MAR 9 - 1931